

CIÓN



HANSEN



VIDA DE
SANTA ROSA
DE LIMA



BX4700

.R6

H36

c.1

47100

009222

TEODORO PALACIOS
ENCUADERNADOR.

Av. Iturbide 76, Pte. Teléfono Mex. 529
LEON, GTO.



1080021341



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

VIDA ADMIRABLE
DE
SANTA ROSA DE LIMA

PATRONA DEL NUEVO MUNDO

ESCRITA EN LATÍN POR

EL P. FRAY LEONARDO HANSEN

TRADUCIDA AL CASTELLANO POR

EL P. FRAY JACINTO PARRA

RELIGIOSOS AMBOS DE LA ORDEN DE PREDICADORES

Y REFORMADA POR

EL ZUAVO PONTIFICIO SEVILLA

CABALLERO DE PÍO IX



UNIVERSIDAD DE LEÓN
Biblioteca Valverde y Teller

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

VERGARA
TIP. DE «EL SANTÍSIMO ROSARIO»
REAL SEMINARIO

LIMA
CENTRO CATÓLICO
PESCADERÍA, 19

1895



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

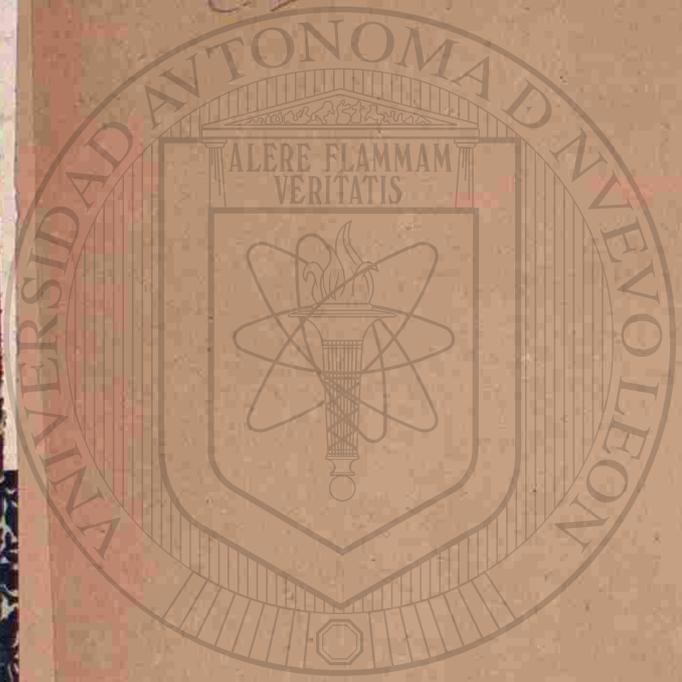
45768

Bx4700

R6

H36

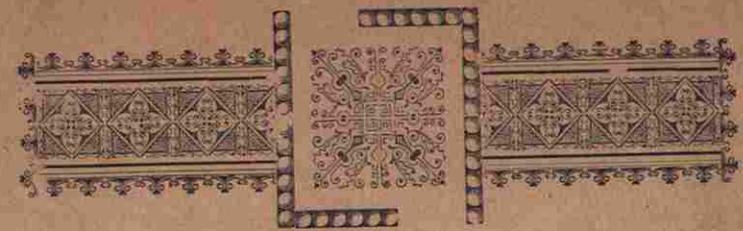
C1



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



DEPARTAMENTO DE...



PRÓLOGO



LA HISTORIA ofrece pocas páginas tan interesantes como las destinadas á celebrar las virtudes en que sobresalieron los campeones ilustres de la Iglesia católica. Fijar la vista en las hazañas, que llevaron á cabo la intrepidez de los guerreros y el genio emprendedor de los conquistadores, vale tanto, en la mayor parte de las ocasiones, como condenarse á presenciar escenas de terror y de luto. ¿No lo son los restos ensangrentados, que, en confuso desorden, se ven esparcidos acá y allá en el campo de batalla, únicos caracteres con que se escribe el panegirico del soldado? ¿No lo son los montones de escombros á que han quedado reducidas ciudades florecientes y populosas, con las que se edifica casi siempre el pedestal que sostiene la estatua del vencedor? Contemplar las conquistas que ha hecho el espíritu en los vastos dominios de la materia á la que ha robado

000222

Biblioteca Universitaria

gran parte de sus secretos; la prosperidad de aquellas naciones que marcan la ruta que deben seguir las otras en su marcha por la senda de la civilización; las diversas fases que ha presentado la industria, ruda y tosca al principio, capaz hoy de satisfacer todas las necesidades de la vida y aún todos los caprichos de la moda; contemplar todo esto, es detenerse á mirar cuadros de escaso ó de ningún mérito moral; por hallarse ocultos los pocos perfiles de verdadera grandeza, que ofrece un progreso semejante, tras las sombras espesas en que suelen envolverle la ambición, la vanagloria, la avaricia y las otras pasiones desordenadas, causas generatrices á menudo del engrandecimiento de las naciones y de los adelantos que se admiran en las artes y en las ciencias.

¿Y pueden despertar verdadero interés en inteligencias ávidas de los resplandores de la verdad y en corazones ansiosos de los encantos del bien, las manchas y sombras, los defectos y ruindades, que componen el acompañamiento obligado de la pobre naturaleza humana, cuando quiera que obra á impulsos de las conveniencias sociales y políticas? Difícilmente se sustenta y robustece el sentimiento con manjares tan poco nutritivos como los que suministra la consideración de las conquistas pasadas y de los adelantos presentes. Pueden servir aquellos recuerdos y esta realidad de base de un orgullo nacional bien entendido; pero todo ello es demasiado vaporoso para que quede satisfecha la voluntad, potencia de suyo exigente y antojadiza en demasia.

Tarde ó temprano suceden la reflexión y los cálculos desapasionados de la verdad al entusiasmo, que despiertan en el alma: el valor militar, la astucia de los que se hicieron dueños de naciones extrañas, la constancia que mostraron los amantes del saber, hasta descubrir alguna de las leyes porque se rige el universo, la inspi-

ración, de los que lograron trasladar al papel ó al mármol la belleza, que vivía en su espíritu; sobre todo si aquellos guerreros y conquistadores y estos artistas y sabios hablaron la lengua de quien les admira, respiraron la atmósfera de sus campos y nacieron bajo el hermoso cielo de su patria. ¿Qué ventajas duraderas, qué consecuencias provechosas para el porvenir, se pregunta á sí mismo el hombre de convicciones profundas y sobre todo de fe sólida y arraigada, se me siguen de que mis antepasados ciñeran sus sienas con corona de laurel, ganada en buena lid; ó de madre selvas y claveles, si se hicieron acreedores á ella, por haber arrancado á la lira sonidos dulces y melodiosos? ¿Qué ganan mi espíritu y mi corazón, en cuanto potencias nacidas para descansar en la posesión de una verdad infinita y de un bien supremo, con el bienestar transitorio, que pueden proporcionarme las riquezas, las comodidades y los adelantos de la sociedad á que pertenezco? No es, pues, la historia de los pueblos, en cuanto son agrupaciones inmensas de guerreros, que caminan sin volver la vista atrás hacia la conquista del vellocino de oro, emblema de un engrandecimiento puramente material; ó agrupaciones reducidas de sabios, de economistas y de políticos, que estudian los secretos de la naturaleza ó la manera de hacer prosperar una nación; no es esta la historia que más interés despierta en el cristiano; hay otra que le tiene para él mucho mayor, y es la que se consagra á inmortalizar los hechos gloriosos de ciertos individuos, de escaso valer á los ojos del mundo, y si se quiere hasta viles y despreciables, según los cálculos egoistas de la prudencia humana.

Para entender esta verdad téngase en cuenta que hay en la vida del discípulo de Jesucristo luchas tan encarnizadas, que frente á ellas son juegos de niños las que traban entre sí los diversos pueblos de la tierra, excita-

dos por el odio de raza, de religión ó por los deseos contrariados de conquista; enemigos tan formidables, que en su comparación no merecen este nombre los más diestros en el arte de matar; ciencias tan difíciles de adquirir, que junto á ellas desaparecen las sombras de que se encuentran cercadas, las que tienen en el mundo material el objeto de sus cálculos y averiguaciones.

¿No es más espinoso y cuesta arriba clavar el estandarte sagrado de la cruz sobre la cumbre del Calvario, al que se llega por el camino estrecho de la paciencia invicta en los trabajos, que rendir una fortaleza por inexpugnable que sea y fijar en cualquiera de sus torres la bandera de la patria? ¿No es menos aventurado exponer el pecho á las balas enemigas, contra las que tanto valen la astucia y los ardides de la guerra, que el corazón á los dardos envenenados de Lucifer y sus satélites; el mundo y las pasiones de la carne, tan diestros en las luchas del espíritu y tan fuertes, desde la prevaricación del paraíso? ¿No es más fácil descubrir las vías ocultas por donde se dirigen los seres al término, para que han sido criados; las leyes á que se sujetan los astros en sus movimientos, las plantas y animales en su propagación, y la materia bruta en los fenómenos, que en ella se desarrollan; no es esto más fácil que abarcar con la vista del alma extremos tan distantes, como la majestad divina y la pequeñez humana, el dominio absoluto de Dios y la sumisión perfecta del hombre; lo que se llama ciencia de los santos, en la que entran el Criador y la criatura racional; aquél cercado de luz, de hermosura, de perfección infinita y ésta rodeada de oscuridad, de sombras, de llagas y de miserias sin cuento?

Según estos datos, que son los únicos por donde se calcula la verdadera grandeza moral del hombre, la tímida religiosa que se espanta al ver cerca de sí á una

persona extraña y al oír de noche cualquier ruido des-acostumbrado ocupa en la escala de los esforzados y valientes un puesto de honor; que envidiarían Alejandro Magno, Julio César y cuantos capitanes ilustres se han distinguido por su arrojo en el campo de batalla; y Pablo el monje, discípulo de San Antonio Abad, célebre por la sublime simplicidad de que dió tan repetidos ejemplos, se internó en regiones, que no pudieron explorar Platón, Aristóteles ni cualquier otro entre los sabios que, al decir del Apóstol, ignoraron la ciencia de Jesucristo crucificado y desconocieron lo que es amar de veras á Dios, lo que es aborrecer sinceramente al mundo, al demonio y á las pasiones desordenadas de la carne.

Dé aquí el que hallándonos incapaces de seguir las huellas que dejaron impresas cuantos arribaron á la cumbre de las grandezas mundanas por el camino del valor, del saber, de la astucia y del acierto en el gobierno de los pueblos, nos veamos obligados á emprender viajes de ascensión por sendas que superan con mucho en longitud, escabrosidad, y aspereza á cuantas han tenido que recorrer los hombres ilustres según el siglo. ¿Y no es un insulto á la común debilidad del género humano pretender que haga lo más, cuando no puede lo menos? ¿No es violentar la naturaleza, exigirla tendencias que la repugnan, virtudes que la molestan, esfuerzos que la contrarian y frutos de bondad, que por estar plantada en el terreno estéril de la culpa, no la es posible producir? «Sí por la gracia de Dios, soy lo que soy», decía el Apóstol: pronto pasa el bien tardo para el mal, amante de los fulgores purísimos, que despide la verdad, enemigo de las sombras espesas, que envuelven el vicio; con la ayuda del mismo principio de vida sobrenatural somos también nosotros capaces de escalar las alturas de la perfección cristiana, no obstante ser preciso salvar la distancia infinita que la semejanza

del pecado pone entre la criatura y su Criador. ¿Y parecerá extraño en vista de esto, que aunque no podamos seguir en la tierra los pasos del genio en sus descubrimientos, del valor en sus conquistas, ni de la ciencia en sus adelantos, debamos volar por las regiones de la humildad santa, de la obediencia perfecta y de las otras virtudes cristianas, adonde sólo llegan los verdaderamente grandes y esforzados?

Por esto entre todas las páginas de la historia las más interesantes para un cristiano son aquellas en que se consignan los hechos gloriosos que llevaron á cabo los héroes de nuestra religión sacrosanta. Al fijarnos en ellas descubrimos, como restos de la lucha entre las soldados de Jesucristo y las pasiones de la concupiscencia, miembros ensangrentados y hasta pedazos del corazón, que ponen de manifiesto lo reñido de estos encuentros; y vemos en la conducta de los valientes de Israel, triunfantes casi siempre, no obstante las heridas que reciben en el campo de batalla, la única senda por donde deben caminar los discípulos de la cruz, si quieren llegar á la verdadera tierra de promisión, que es el cielo. ¿Y hay sacrificios y esfuerzos en el mundo comparables á éstos? ¿Hay nada tan importante en la vida cristiana como conocer á los capitanes, bajo cuyas órdenes se debe pelear para marchar seguros á la victoria?

Aquí se descubre en gran parte el origen del vivo interés que despierta en cualquier alma, iluminada por los resplandores de la fe, la lectura de la vida de un santo. Dicho queda con esto, que hemos creído prestar un servicio á las personas devotas reimprimiendo la de Santa Rosa de Lima, escrita en latín por el P. Fr. Leonardo Hansen y vertida al castellano por el P. Fr. Jacinto Parra; con algunas pequeñas modificaciones, que ha sido preciso introducir.

¡Qué hermosa aparece en ella la primera flor de san-

tividad, que produjo el campo, hasta entones estéril, del Nuevo Mundo! ¡Qué perfumes tan delicados de virtudes perfectas exhala esta virgen inocente, durante los treinta y dos años de su vida mortal! ¡Con qué esmero fué cultivado, en el jardín frondoso de la Iglesia, este lirio de incomparable belleza, por el divino agricultor de las almas, Jesucristo! ¡Qué simpatía sobrenatural tan fuerte hacia esta esposa del Cordero sin mancha se despierta en el interior, al descubrir en ella los ricos colores y dorados matices, que prestan al espíritu todos los dones de gracia, especialmente la pureza, la humildad, la resignación en medio de los contratiempos de la existencia y el amor encendido á Dios y á los hombres! ¿Y cómo no sentir esta admiración afectuosa al ver á una niña de pocos años trepar por pendientes, erizadas de espinas, que asustan á los que mayor decisión muestran por el servicio del Señor?

¿Pues qué dificultades extraordinarias encontró Rosa de Lima, para escalar las alturas de la perfección cristiana? ¿Por qué sendas la condujo el Salvador á la cumbre de la santidad heroica?

No es muy gustosa la que principia en el portal de Belén, donde para cubrir los miembros infantiles de un recién nacido en la noche más cruda de invierno, sólo tiene su Madre unos pobres pañales; continúa por el taller de Nazareth, en el que, junto á un anciano carpintero, se ve á un joven de pocos años, regando la tierra con el sudor de su rostro, para ganar el sustento cotidiano; y termina en el Calvario, sobre el que muere desnudo, pendiente entre el cielo y la tierra, el Señor de todo lo criado. Por esta senda de la pobreza evangélica camina Rosa casi desde que huella con su planta inocente este valle de miserias.

Hija de padres pobres, siente desde muy niña los inconvenientes que trae consigo para el bienestar del

cuerpo, la carencia del metal despreciable, ante el que se postra la mayor parte de los hombres. Contaba sólo nueve meses nuestra virgen, cuando por hallarse su madre falta de leche y por no disponer de los recursos necesarios con que pagar á una ama de cría, comenzó á gustar los frutos amargos y sabrosos á la vez de la virtud celestial, que, como algunas plantas delicadas, vive y se desarrolla sin que la preste jugo alguno la tierra.

Por su pobreza destina desde muy niña diez horas diarias al trabajo de manos, con el fin de aliviar en parte las necesidades que, como carga de plomo pesaban sobre los hombros débiles de Francisco Flores y de María de la Oliva, padres de once hijos, entre los que se contaba nuestra santa. Por amor á la pobreza escoge vestido viejo y remendado, comida escasa y ordinaria; habitación desamueblada y oscura; y apenas descubre el rostro bellissimo de esta hija del cielo se enamora de ella y la une á sí con los estrechos lazos de místico desposorio; sin faltar una sola vez á la fidelidad que la prometió, por correr en pos de las riquezas falaces de este mundo.

¿Por qué sendas condujo el Salvador á Rosa hasta la cumbre de la santidad heroica?

¡Dichoso el que antes de dar al mundo el adios último y eterno de la separación forzosa, que sigue á la muerte, se despide de él, yendo á encerrarse en el sepulcro voluntario, que se llama soledad del claustro, adonde difícilmente llega el confuso clamoreo, que forman las alegres carcajadas de los que gozan, las tristes lamentaciones de los que sufren y los melancólicos suspiros de los desengañados, que tarde ó temprano lo son todos los hijos de Adán! ¡Cuánto tiene adelantado este tal para arribar seguro al puerto sosegado de la dicha transitoria, que acompaña en el tiempo á la virtud; y de la bienaventuranza perdurable con que se premian en

la eternidad las buenas obras! Pero en cambio ¡qué tormentas tan furiosas, qué vientos tan recios y encontrados se desencadenan de continuo contra los que navegan por el mar proceloso del siglo! ¡Cuántas dificultades hallan á cada paso para salvar la distancia que suele separarles de la perfecta tranquilidad de la buena conciencia y de la mansión afortunada de la gloria! Todas las halló y de todas salió con bien nuestra esforzada heroína.

Por disposición de lo alto se vió presa, durante toda su vida, en la cárcel tenebrosa del siglo, sin poder respirar el ambiente puro y regenerador del estado religioso. ¡Qué costoso la debió ser resistir frecuentemente á la dulce violencia, con que la llamaba hacia sí la soledad exterior! Se privaba, sin embargo, de ella, cuando lo exigían la obediencia que debía á sus padres; el carisma santo que profesaba á sus hermanos y á las personas devotas que la visitaban; la salud espiritual ó corporal del prójimo, al que consolaba con prudentes y acertados consejos y con cuantos medios estaban á su alcance; y las muchas ocupaciones que la ponían en contacto con el mundo. Aunque tan cuidadosa de la guarda de los sentidos, por donde suele introducir el infierno de contrabando, las armas de guerra, que utiliza después en sus luchas espirituales contra el hombre, no podía evitar que llegara hasta ella el eco de las rencillas domésticas; de algunas disensiones extrañas; de muchas quejas irracionales, que formulan contra la Providencia paternal de Dios una fe á medias y una esperanza defectuosa; de los ayes y gemidos sin cuento, que allí como en todas partes y entonces como en todos los siglos, brotaban de manantiales sucios y revueltos, cuales son los corazones faltos de la virtud santa que se llama caridad fraterna.

Como consecuencia forzosa del roce que tenía nues-

tra virgen con el mundo, trabajaba éste sin descanso porque llegaran hasta ella, con el fin de prenderla en las redes del mal, las palabras seductoras y provocativas de los esclavos de las pasiones, cebo agradable que oculta casi siempre el anzuelo de las sugestiones infernales. La ponía también delante objetos que lisonjean la naturaleza corrompida; que era lo mismo que ofrecerla veneno en copa dorada. ¿Y hay nada más desagradable para el paladar interior, informado por la gracia, que las dulzuras que promete la naturaleza; nada más sensible, para corazones tan celosos de la gloria de Dios y tan amantes de la hermosura espiritual, como el de Rosa, que morar en un mundo, cuya ocupación favorita es seducir á las almas para arrastrarlas hasta el abismo de la culpa?

¿Por qué sendas condujo Jesucristo á Rosa hasta la cumbre de la perfección cristiana?

Mucho tiene adelantado en este camino, quien encuentra en los padres que le dieron la existencia y en los hermanos, que le ayudan á llevar la carga de los quehaceres domésticos, ángeles custodios, por cuyas exhortaciones piadosas y ejemplos edificantes se anima á la práctica de la virtud. ¿A quién parecerá extraño, que se cosecharan frutos abundantes de santidad en campos tan cuidadosamente trabajados, como las familias de Basilio el Grande, de Gregorio Nacianceno y de Domingo de Guzmán? Lo sería, sí, no obstante, el esmero que pusieron los padres y hermanos de estos tres héroes de la Iglesia católica en su cultivo espiritual, éstos hubieran producido sólo cosecha ordinaria de perfección evangélica ó no hubieran producido ninguna. También lo es, discuriendo según el mismo principio, que Rosa de Lima, presente tanta abundancia de humildad, de mansedumbre, de caridad perfecta y de todas las otras virtudes habiendo sido plantada en terreno tan

poco fértil para la santidad, como lo era la casa de sus padres.

María de Oliva hacía entrár en el catálogo de las exajeraciones místicas, de las ridiculeces y extravagancias de mal género, tan perjudiciales al cuerpo como al alma, la solicitud con que evitaba nuestra santa el trato con el siglo; la diligencia con que ocultaba la hermosura y belleza, de que Dios la había dotado; el afán que ponía en tener á raya las pasiones de la carne, por medio de mortificaciones y asperezas, superiores á la edad y esfuerzo de una doncella; el desvío que mostraba hacia las diversiones y pasatiempos en que tanto suele agradarse la juventud; la displicencia con que oía hablar de conveniencias mundanas y de lo que se llama partidos ventajosos según los cálculos de la prudencia de la carne, entre los que figura un matrimonio que produzca honra y dinero. Esta fué la causa principal de que se opusiera con una tenacidad tan censurable á los proyectos de perfección, que mostró su hija desde que tuvo uso de razón.

«La modestia de la virgen, dice el P. Hansen, la templanza, devoción y retiro del siglo, el silencio y vigiliás eran graves delitos para la impaciente madre, y culpas tan reprecensibles, que en su aprecio no era bastante castigo reñirla, asustarla con gritos, con injurias é irrisiones; ni era suficiente para satisfacer su cólera el golpearla con la mano y con los puños, ni darla golpes con los pies. Valiase la airada madre de un palo grueso de membrillo, con el que castigaba y hería cruelmente á Rosa, doncella ya entonces de más crecida edad; sobre todo cuando supo que se había cortado á raíz las doradas madejas del cabello, á imitación de Santa Catalina de Sena. No era más apacible el carácter de los otros miembros de su familia. Después que llegaron á entender la singularidad de su vida, las visio-

nes celestiales, el trato estrecho con Dios y aquella abstinencia rara, evidentemente superior á las fuerzas humanas, de que fácilmente se colegía, que siendo tan delicada no podía sostenerse naturalmente con tan corto alimento que era casi ninguno; comenzaron á concebir temor sus hermanos no la llevasen á la Inquisición; y parecían que cada día estaban en este riesgo de que la habian de prender como sospechosa de falsa hipocresía y por embustera y engañadora del mundo, y que fingía santidad sacrilegamente. Y les parecía que era fácil de convencer este crimen ó de hallar indicios bastantes para echarla la mano como rea, con gran desdoro y deshonra de su familia. Con estas cavilaciones infundadas la daban cada día en rostro; con estas amenazas la apuraban y afligian; sin tener ella á quien volver los ojos, porque hallaba armados contra sí á los que debían estar más de su parte. No se recataba su madre de confundir públicamente á su afligida hija; diciendo delante de los de su casa y de los extraños que era una hipocritona, embaucadora, engañadora, fingida santona, ajena y vacía de todo lo que es virtud verdadera y sólida. Añadiase á esto, para que fuese más colmado su desconsuelo la poca inteligencia y caudal de algunos confesores incrédulos, que por mantener su primer parecer errado, se atrevían á persuadir á Rosa que su modo de vivir iba fuera de tino; ó por lo menos que caminaba con poca seguridad; y que las visiones que contaba eran antojos suyos o vahidos de cabeza, causados por la destemplanza de sus humores; y que las que le parecían ilustraciones del cielo, no eran sino ilusiones frívolas del demonio ó desvanecimientos del cerebro.»

¿Por qué sendas condujo el Salvador á la Patrona del nuevo mundo hasta la cima de la perfección cristiana?

Preciso es verlo confirmado por el Sumo Pontífice,

maestro infalible de la verdad en la tierra para poder dar crédito á lo que refiere la historia de las mortificaciones portentosas con que afligió su cuerpo esta esposa inocente de Jesucristo crucificado. Causa admiración y espanto leer en la Bula de la Canonización lo tocante al heroísmo con que satisfizo á la obligación tan sagrada y tan desatendida, que tienen todos los cristianos de hacer guerra á las pasiones desordenadas de la carne. Pocos santos habrán podido repetir con tanta exactitud como ella las palabras del Apóstol: «Estoy enclavada en la cruz de mi Señor Jesucristo. Vivo, pero no yo; sino que vive Jesucristo en mí.»

Aunque tan señalada Rosa en todas las otras virtudes, lo fué de tal modo en la abnegación de sí misma, mediante los rigores de la penitencia, que esta virtud forma el fondo del carácter moral, con que se distingue especialmente, de los innumerables santos que han militado en las filas del Señor, que murió en un infame patíbulo. Es frecuente representarla abrazándose con la cruz; con lo que se quiere dar á entender, que vivió de la savia regeneradora que presta al espíritu fervoroso la mortificación corporal. ¿Qué fué bajo este concepto la existencia sobrenatural de Rosa en este mundo? Poco dan de sí treinta y un años de vida, y sin embargo ¿quién podrá calcular las distancias, que en el camino de esta virtud recorrió nuestra virgen en tan corto espacio de tiempo?

Para salir victoriosa de la gula, hija primogénita de la madre fecunda de vicios, á que llaman los libros sagrados, concupiscencia de la carne, niega al gusto los manjares que, por sí, ó por el condimento con que se preparan, producen mayor deleite y excitan más fuertemente el apetito. ¿Pero qué mucho, si hasta se privaba de lo más preciso para el sostenimiento de la vida? Sin el influjo sobre la parte material de Rosa, de los consuelos

celestiales, los que conservan á veces al hombre, como conserva el rocío de lo alto en ciertas regiones afortunadas, las plantas que en ellas se producen, no siendo necesaria el agua que brota de las fuentes ni la que cae de las nubes, la gloriosa penitente de Lima se hubiera agostado bien pronto, por faltarla el jugo indispensable para hacer frente á los enemigos de la existencia.

Cuando sólo contaba seis años, emprendió la ruda tarea de sacrificar en aras de la mortificación cristiana, los instintos propios de la naturaleza en esa edad. Puso sobre sus hombros la cruz de una abstinencia, capaz de hacer desfallecer á los más esforzados en la práctica de esta virtud. Prometió al Señor no comer más que pan y agua los miércoles, viernes y sábados de cada semana. A los quince, época crítica en el orden moral, por lo mismo que comienza en ellos á brotar la cizaña, que los enemigos espirituales arrojan al campo, que cultiva el Padre de Familias, nuestra virgen, para hacer estéril en sí misma la concupiscencia, de modo que no produjera los frutos de perdición que señala y lamenta el Apóstol, contrajo el compromiso sagrado de privarse en adelante de la carne; á no ser que la obligara á comerla la obediencia, que debía á sus superiores. Y ¡qué avara y miserable se mostraba con su cuerpo, cuando llegaba el caso de darle el sustento, que tan justamente reclamaba! Con menos de dos panes pequeños, de ocho que la daban de limosna todas las semanas, pasaba cada una de ellas; no tomando jamás otro alimento. Aun de este escaso refrigerio se privaba con mucha frecuencia, dejando pasar algunos días seguidos y hasta semanas y meses, sin gustar un solo bocado de pan. Y cuando lo tomaba, ¡qué adulterado se lo ofrecía á su estómago necesitado! Rociaba todo lo que comía con hiel y vinagre; ya para mortificar el sentido del gusto, ya para pagar con este acto de penitencia la deuda de amor, que con-

trajo el hombre con Jesucristo, al beber este Señor en la cruz hiel y vinagre.

Sigamos admirando el valor sobrenatural de Rosa, mientras sube por la pendiente erizada de espinas, que concluye en el monte santo de la mortificación cristiana. Tuvo siempre por vergonzoso esta virgen dejarse vencer del sueño, el que, no obstante el dominio avasallador que ejerce sobre la naturaleza, no pasa de ser un enemigo perezoso y cobarde. ¡De qué ardidés no echó mano á cada instante para triunfar de quien tan blandamente ataca, tan sagazmente seduce, tan fuertemente sujeta y tan vergonzosamente alcanza victoria del hombre! Luchaba contra él esta esforzada guerrera de la virtud á brazo partido: bien permaneciendo derecha muchas horas seguidas, para esquivar de este modo más fácilmente la tentación; bien golpeándose á sí misma en la cerviz, en el pecho ó contra la pared, para ahuyentar las huestes formidables de su adversario; bien extendiendo los brazos sobre una cruz de madera, á la que se sujetaba por dos gruesos clavos, perseverando en esta postura noches enteras; ó bien quedando colgada de los cabellos, de modo que tocara en la tierra tan solo con las puntas de los dedos.

Cuando era preciso pagar á la naturaleza el tributo forzoso del sueño, ¡de qué mala gana satisfacía esta deuda! No concedía al cuerpo rendido por las continuas austeridades mas que dos horas de descanso; si merece este nombre el recostarse sobre cerca de trescientos cascos de teja, esparcidos por las tablas desnudas, que servían de lecho á nuestra virgen; el apoyar la cabeza sobre una piedra esquinada ó sobre troncos nudosos; y el beber antes de entregarse al sueño buena cantidad de hiel, en memoria de la que amargó las fauces del Hijo de Dios próximo á la muerte.

¿Cómo pudo un organismo tan gastado como el de la

celestiales, los que conservan á veces al hombre, como conserva el rocío de lo alto en ciertas regiones afortunadas, las plantas que en ellas se producen, no siendo necesaria el agua que brota de las fuentes ni la que cae de las nubes, la gloriosa penitente de Lima se hubiera agostado bien pronto, por faltarla el jugo indispensable para hacer frente á los enemigos de la existencia.

Cuando sólo contaba seis años, emprendió la ruda tarea de sacrificar en aras de la mortificación cristiana, los instintos propios de la naturaleza en esa edad. Puso sobre sus hombros la cruz de una abstinencia, capaz de hacer desfallecer á los más esforzados en la práctica de esta virtud. Prometió al Señor no comer más que pan y agua los miércoles, viernes y sábados de cada semana. A los quince, época crítica en el orden moral, por lo mismo que comienza en ellos á brotar la cizaña, que los enemigos espirituales arrojan al campo, que cultiva el Padre de Familias, nuestra virgen, para hacer estéril en sí misma la concupiscencia, de modo que no produjera los frutos de perdición que señala y lamenta el Apóstol, contrajo el compromiso sagrado de privarse en adelante de la carne; á no ser que la obligara á comerla la obediencia, que debía á sus superiores. Y ¡qué avara y miserable se mostraba con su cuerpo, cuando llegaba el caso de darle el sustento, que tan justamente reclamaba! Con menos de dos panes pequeños, de ocho que la daban de limosna todas las semanas, pasaba cada una de ellas; no tomando jamás otro alimento. Aun de este escaso refrigerio se privaba con mucha frecuencia, dejando pasar algunos días seguidos y hasta semanas y meses, sin gustar un solo bocado de pan. Y cuando lo tomaba, ¡qué adulterado se lo ofrecía á su estómago necesitado! Rociaba todo lo que comía con hiel y vinagre; ya para mortificar el sentido del gusto, ya para pagar con este acto de penitencia la deuda de amor, que con-

trajo el hombre con Jesucristo, al beber este Señor en la cruz hiel y vinagre.

Sigamos admirando el valor sobrenatural de Rosa, mientras sube por la pendiente erizada de espinas, que concluye en el monte santo de la mortificación cristiana. Tuvo siempre por vergonzoso esta virgen dejarse vencer del sueño, el que, no obstante el dominio avasallador que ejerce sobre la naturaleza, no pasa de ser un enemigo perezoso y cobarde. ¡De qué ardidés no echó mano á cada instante para triunfar de quien tan blandamente ataca, tan sagazmente seduce, tan fuertemente sujeta y tan vergonzosamente alcanza victoria del hombre! Luchaba contra él esta esforzada guerrera de la virtud á brazo partido: bien permaneciendo derecha muchas horas seguidas, para esquivar de este modo más fácilmente la tentación; bien golpeándose á sí misma en la cerviz, en el pecho ó contra la pared, para ahuyentar las huestes formidables de su adversario; bien extendiendo los brazos sobre una cruz de madera, á la que se sujetaba por dos gruesos clavos, perseverando en esta postura noches enteras; ó bien quedando colgada de los cabellos, de modo que tocara en la tierra tan solo con las puntas de los dedos.

Cuando era preciso pagar á la naturaleza el tributo forzoso del sueño, ¡de qué mala gana satisfacía esta deuda! No concedía al cuerpo rendido por las continuas austeridades mas que dos horas de descanso; si merece este nombre el recostarse sobre cerca de trescientos cascotes de teja, esparcidos por las tablas desnudas, que servían de lecho á nuestra virgen; el apoyar la cabeza sobre una piedra esquinada ó sobre troncos nudosos; y el beber antes de entregarse al sueño buena cantidad de hiel, en memoria de la que amargó las fauces del Hijo de Dios próximo á la muerte.

¿Cómo pudo un organismo tan gastado como el de la

virgen de Lima hacer frente al tropel de sufrimientos que van en pos de las penitencias heróicas, hasta aquí enumeradas? Aun nos queda mucho que mirar y que admirar. Fijémonos de nuevo en Rosa, dispuesta á llegar hasta la cumbre del Calvario, por el camino más molesto y trabajoso, de los muchos que á ella conducen. ¿No lo es en efecto descargar todas las noches sobre el cuerpo el golpe riguroso de la sangrienta disciplina, hasta regar el suelo con sangre inocente? ¿No lo es sostener desde niña todos los días durante algunas horas, gruesos maderos y pesados ladrillos, con el fin de quitar á la concupiscencia, por medio de la fatiga y del cansancio, la poca savia que la daban el alimento y el sueño? ¿No lo es ceñir tan apretadamente la cintura con cadena de hierro, que haga ésta surco profundo en la carne, y quede enterrada debajo de ella? ¿No lo es vestir tan áspero cilicio de cerdas de caballo, que todas las partes del cuerpo, desde el cuello hasta las rodillas, sientan el desfallecimiento que produce el ardor exterior, cuando es insoportable? ¿No lo es poner las plantas de los pies, á los que no llega la aspereza del cilicio, á la boca del horno encendido, cuando en él se cuece pan; que es dos ó tres veces cada semana? ¿No lo es pasear de noche el huerto de su casa, llevando sobre los hombros una cruz, que apenas pueden mover los brazos debilitados de la virgen; cayendo á plomo en el suelo, para sentir parte de los dolores que experimentó el Hijo de Dios en la calle de la Amargura, cuando llevaba sobre sus espaldas benditas el afrentoso madero, en que había de ser crucificado? ¿No lo es atormentar la cabeza con una corona en que hay clavadas noventa y nueve púas de metal, las que por el hecho de taladrar tan cruelmente las sienes abisman á Rosa en un piélago insondable de sufrimientos y dolores? ¿No lo es, sobre todo, sentir martirio tan intenso como el que experimentó próxima á la

muerte, según lo confesó ella misma al médico que la asistía en la última enfermedad, cuando «la parecía que »la aplicaban á las sienes un globo de hierro encendido; »que un asador hecho ascua la atravesaba desde lo alto »de la cabeza hasta la planta del pie derecho; que un »puñal abrasado la penetraba por medio del corazón; »que tenía en la cabeza un morrión de llamas, que gol- »peaban por todas partes con golpes de martillo, y que »los huesos se resolvían poco á poco en polvo y las me- »dulas se secaban y se convertían en ceniza?» Con dificultad se encontrará en la historia eclesiástica un ejemplar más acabado de la abnegación, que pide el Apóstol de las gentes cuando dice: «Mortificad los miembros del pecado, que es vuestro cuerpo de corrupción y de muerte.»

¿Por dónde condujo el Hijo de Dios á su amada esposa, la virgen de Lima; mientras vivió en este valle de miserias y quebrantos?

Sería preciso para responder de un modo conveniente á esta pregunta, poder sondear las profundidades de dolor, que encierra un alma santamente enamorada del Esposo divino, cuando cree que se halla apartada para siempre del blanco de sus afecciones castas, del dulce imán de todas sus tendencias y deseos.

¿Pero cómo podremos expresar las torturas que produce en corazones tan amantes como el de Rosa, esta clase de desvíos, nosotros, que gemimos bajo la carga ignominiosa de la indiferencia en el servicio del Señor? ¿Cómo mediremos la extensión de este desconsuelo, los que tenemos en tan poco las riquezas de la gracia, que las posponemos con frecuencia á los sucios deleites de la carne? ¿Qué distintos eran el criterio y la conducta de la Patrona del Nuevo Mundo! Amaba de todas veras á Jesucristo; y de aquí el que la fuera tan insoportable, hallarse sumergida en el abismo de oscuridades interior-

res en que son purificados los corazones capaces del heroísmo del sufrimiento; desde el que, ó no se descubre á Dios, ó si se le vislumbra, es á la luz amortiguada y confusa que despiden el recuerdo de las faltas pasadas y la consideración del juicio venidero. Amaba, pero al no gustar ninguno de los frutos sabrosos, que produce el árbol de la caridad divina, cuando es verdadera, sentía desfilár por delante de su alma en agitado tropel y desorden los recuerdos tristes de los pecados cometidos, los que engendraban á su vez en ella sospechas de que su amor no fuera verdadero. Amaba, y la era por consiguiente más amargo que mil martirios no descubrir como en otro tiempo las huellas de luz y los perfumes celestiales, que, á su paso por el entendimiento y por la voluntad, deja el Señor en estas potencias. Amaba, y el no-saber si merecía ser correspondida, la causaba amarguras interiores, que tenían alguna semejanza con las penas que sufren los condenados en el infierno y mucha con las de las infelices almas del purgatorio. «Cuando entre esas tinieblas, decía á nuestra virgen el que más profundamente sondeó su espíritu, que fué el Doctor Castillo, te parecía ¡oh Rosa! que podías esperar salida y que había de tener fin el molesto ahogo, has de saber que fué gustar en cierto modo las penosísimas dilaciones de las almas del purgatorio, que en aquella cárcel gimen, viendo lo que se dilata el sumo Bien que esperan. Pero cuando por ningún lado ni camino se descubría luz para esperar libertad y remedio, y se introducía la oscuridad y horror envuelto en el humo de la eternidad, esto era una imagen muy viva de las penas del infierno... En este crisol se purifica el oro, resplandece la hermosura de la caridad y cobra fuerzas y robustez el amor varonil y se arma como con una adarga invencible, acostumbándose á amar á Dios como es en sí mismo.....»

He aquí perfilado muy á la ligera el retrato moral de Rosa de Santa María. Aparece iluminado por los fulgores purísimos, que despiden la oscuridad de la pobreza evangélica, el sombrío retraimiento de las pompas mundanas, viviendo en medio de ellas, la palidez con que marcan su paso por el cuerpo las austeridades y mortificaciones, elevadas al mayor grado posible de perfección, y sobre todo, las tinieblas interiores del alma, atmósfera vital, que tienen que respirar cuantos han de despojarse en absoluto de lo que llama San Pablo «hombre viejo» para vestirse de Jesucristo, luz indeficiente y eterna, amor purísimo y vivificante.

¿Qué extraño que cause tan dulce impresión fijar la vista en el rostro de Rosa de Santa María? ¿Qué extraño que la consideración de las virtudes de esta virgen haya movido tantas lenguas para cantar sus glorias y tantas plumas para ensalzar sus méritos? El Dr. Zegarra, en su *Estudio bibliográfico sobre Santa Rosa*, premiado con medalla de oro en el Concurso literario, cita á 276 autores que han escrito en alabanza de la Patrona del Nuevo Mundo. En la imposibilidad de nombrarlos, séanos permitido tomar de la introducción que dicho escritor pone á su *Estudio*, los siguientes párrafos:

«En el huracán de las pasiones humanas, que azotando con furia incontenible, ha dejado asolados nuestros valles y nuestros montes, el pasado permanece intacto, sin duda por inaccesible á la codicia extraña; y entre las joyas de ese pasado remoto, ninguna de mayor precio que la niña sencilla, que desde el oscuro rincón de humilde retrete ascendió hasta los altares, dejando su nombre en toda la redondez de la tierra venerado; convertido por doquier en tiérnísimo y familiar símbolo de mansedumbre cristiana, de austero sacrificio propio, de

angelical pureza, y eternamente asociado á la ciudad de Lima.

Y en verdad, que no podemos leer las escenas de su admirable vida, sin que al mismo tiempo evoque el espíritu la era colonial y la sociedad de los siglos XVI y XVII, en la opulenta metrópoli de los Reyes.

El arcabucero Gaspar Flores, haciendo su guardia en el ancho vestibulo de la mansión oficial del Marqués de Cañete, y retirándose á su casa «á cuatro cuadras abajo de la plaza principal», después de haber satisfecho las preguntas que sobre su maravillosa hija dirigiánle sin duda los ociosos y las comadres; las atenciones y finezas de doña Maria Usategui, que enviaba á su criada muy temprano á casa de Rosa, con la amplia jicara de chocolate, no menos succulento por el largo recado conceptuoso que la acompañaba; el sobresalto general y serio, por la aparición del terrible Spilberg en el desierto horizonte de estos mares; las escenas producidas al saberse su derrota, pues fué vencido el holandés; manifestándose más eficaz la protección divina contra los antiguos que contra los modernos corsarios,—estos y otros episodios parecidos, son cuadros sociales admirablemente adaptados para la poesía y para la novela.

Isabel Flores vino al mundo cuando aun conservábase en Lima cierta agitación en el devoto sexo femenino. El concilio presidido por el santo Arzobispo Toribio había promulgado, ó intentado promulgar, leyes reformadoras del traje mujeril. Al decir de cierto cronista rimador, se vedaba á las damas nada menos que exhibirse en público, con el rostro encubierto; cual hasta entonces solían, y aunque contra censura semejante reveláronse no pocas, hubo otras menos tenaces, más cuerdas ó más hermosas, que de grado con la novísima pragmática conformadas, recibieron en la faz la clara luz del sol, paseándose galanas sin el prohibido embozo

y cubierto el gracioso talle de abundantes adornos primorosos y bizarramente aderezados. Extasiase el cronista ante el lujo y magnificencia de las nuevas basquiñas y ante el mucho oro y piedras preciosas que guarnecíanlas. (1) Pero ni Doña Bernarda Niño cuya basquiña «en tres mil pesos fué apreciada»; ni Doña Beatriz Aliaga, cuya «gala iba en discreción aviso y buen sentido»; tanto ó más que «en costoso aderezo de vestido» ni las otras opulentas damas, á quienes recuerda el buen Arcediano Centenera, lograron jamás sobrepujar con sus mundanas pompas la magnificencia de la humilde criatura, que debía aparecer en breve sobre el horizonte de la vida, lleno su corazón de virtudes y estrechadas las sienes por diadema de inmarchitable belleza.

Avasallóse muy en breve el mundo entero ante la austeridad extraordinaria, ante la maravillosa vida de la santa indiana; aunque quizá por haber nacido tan peregrina flor en climas lejanos y poco conocidos, dice la tradición, que en un principio fueron escuchados con oído incrédulo episodios conmovedores de sus divinos arrobamientos y los detalles de sus secretas penitencias.

Pero toda duda pasó como una nube, y proclamada solemnemente su santidad, impregnóse el mundo de su cariñoso culto, como del perfume de exquisitas flores el ambiente de la mañana; y el himno de la gloria de Rosa de Santa María comenzó á oirse en todos los idiomas y en todas las latitudes del orbe cristiano.

Corresponde el primer lugar, entre los que su docta pluma consagraron á honrar dignamente á la nueva santa, al religioso dominico Fr. Leonardo Hansen, alemán de nación, varón distinguido entre los de su hábito

(1) *La Argentina* Poema histórico por D. Martin del Barco Centenera.—Lisboa, 1602, 4.º Canto XXIII.

y llamado en fuerza de sus virtudes y de su saber á las funciones más honrosas y graves en la Orden de Predicadores. Aunque hay algunos opúsculos de fecha anterior al año 1664 en que se publicó el primer trabajo de Hansen sobre Santa Rosa, no podrán jamás ellos arrebatarse á las elegantes elucubraciones del piadoso dominico el mérito literario é histórico que encierran, ni la gloria de haber servido de base y cimiento á todos los trabajos posteriores de alguna importancia sobre la santa peruana.

Los Bolandistas dan una sucinta noticia del P. Hansen que íntegra trascribimos en lugar correspondiente. Pero en rigor, corta como es esa noticia, puede reducirse á la última frase admirable, en la que de mano maestra se hace un retrato con dos pinceladas: «Solitudinem amans, semper aut legebat, aut scribebat, aut orabat, donec annis gravis, integro, ad ultimam usque horam sensu cum virtutum odore piam Deo reddidit animam...»

En 1664, publicó Hansen en Roma su *Vita Mirabilis* en 12.º; y en ese mismo año, hizo otra edición en 4.º El libro fué desde un principio muy popular, como lo comprueban sus ediciones sucesivas de 1668, en Lovaina, Augsburgo, y en otras ciudades europeas; así como las traducciones que rápidamente se multiplicaron; y tanto, que cuando publicó en 1680 la tercera edición romana en folio, pudo Hansen hacer referencia en el corto prefacio, á tres traducciones italianas, á dos españolas, á una polaca, á otra flamenca, á otra alemana, y por último, á un breve compendio en francés. Nada prueba mejor que esto, á la vez que el mérito intrínseco y la popularidad de la obra, la rapidez con que se había extendido el culto de la Santa Limeña.

Casi simultáneamente con la del P. Hansen publicóse en Roma en 1665, otra *Vida de Santa Rosa*, sin nombre

de autor; pero bajo los auspicios y con la intervención del M. R. P. Fr. Antonio González de Acuña, de la Orden de Predicadores, célebre catedrático de Teología que alcanzó renombre no pequeño y fué sucesivamente definidor provincial en 1657; procurador de la beatificación y canonización de Santa Rosa; visitador y vicario general en Nápoles; provincial en Tierra Santa, y por último obispo de Caracas, en 1676, en cuya elevada dignidad falleció seis años después.

La parte que tuvo el P. Acuña en la publicación del *Compendio* anónimo de 1665, conocida sin duda, produjo naturalmente la creencia general que le identificaba con el autor de aquel libro. Perpetuóse esta presunción durante buen número de años, hasta que investigaciones posteriores vinieron á comprobar que el *Compendio* atribuído al P. Acuña había sido escrito por el jesuita italiano Lorenzo Lucchesini, sabio teólogo y distinguido literato, natural de Luca, que después de dedicarse en su Instituto á la enseñanza de las bellas letras, logró captarse la confianza del Sacro Colegio, formando parte de la *Consulta de los Ritos* y de la comisión examinadora de candidatos al episcopado; funciones delicadas y gravísimas que llenó con tino y circunspección hasta 1716, año de su muerte.

Del *Compendio* vieron la luz pública no menos de ocho ediciones en otros tantos años. En 1696 publicóse la edición novena, siendo su popularidad tan general como la que gozaba la obra de Hansen y compartiendo con ésta el honroso privilegio de ser vertida en casi todos los idiomas europeos.

Al lado de Hansen y Lucchesini debemos asignar, para ser justos, lugar honroso á Fr. Domingo María Marchese, que publicó una *Vida de Santa Rosa* en italiano, Nápoles, 1665; de la que hubo otra edición en 1668, impresa en la misma ciudad y una tercera en Venecia, en

1669. Es natural que el P. Marchese publicase otras ediciones de su *Vida* antes de 1692, en que ocurrió su fallecimiento.

No fué este el único religioso italiano que, atraído por la bondad del tema, consagró su pluma á la narración de tan excelente *Vida* y á generalizar entre los fieles el conocimiento de las bellezas que la adornan. Los PP. Bolandistas, refiriéndose á Echard, recuerdan á Bertollini, 1666, á Manuel y á Lotello, 1668; y en fin á Scotto, 1669, autores, los cuatro, de sendas biografías de Santa Rosa.

Por los mismos años circularon otros trabajos sobre tan simpático asunto y debemos citar entre ellos, el *Compendio* latino de Waldhanser, el atribuido al P. Acuña, los textos en francés del P. Feuillet, del P. Faure, los *Compendios* publicados en Colonia, 1671; en Lisboa, 1670; el escrito por Fontaine, en 1682; los de Grippi, Sobèges, Giovagnolli y otros; y por último, las nuevas ediciones de las primitivas biografías, muy estimadas siempre y consultadas con entusiasmo.

Existen en castellano no pocas obras dedicadas á dar honra y prez á nuestra santa, desde la *Vida* del P. Valdecebro y el *Compendio* del P. Pérez de Menacho que solo conocemos por una lijera referencia de Mendiburu, hasta los trabajos de D. José Manuel Bermúdez. Estos últimos han sido y son todavía populares entre nosotros; y por ellos, varón tan docto rescatará, sin duda, su nombre de perpetuo olvido en los tiempos futuros.

Pero apreciable como es la obra del Doctor Bermúdez, deseáramos tener un trabajo más en consonancia con la índole y con las tendencias de la época; una *Vida de Santa Rosa* que, al par que sencilla sea filosófica; que exhiba á la heroína cristiana bajo nuevas fases y que nos arrastre, en fin, hacia ella en fuerza del dominio que ejercen los grandes caracteres; y del imperio irris-

tible con que siempre se imponen los grandes corazones.

Algo de esto ha hecho el venerable cura de Berátzhansen, Jorge Ott. para los alemanes; y para los franceses, el Vizconde de Busierre. Escribe este último en un estilo elevado; su lenguaje es natural á la vez que elegante; orilla con desemboltura las cuestiones teológicas más profundas y jamás olvida que el lector del siglo XIX no es el del siglo XVII. He aquí cómo muestra su manera de discurrir acerca de las inauditas austeridades y penitencias de la bienaventurada Isabel Flores:

«Las mortificaciones asombrosas que practica y que creemos necesario recordar aquí, se nos proponen como prodigios de la gracia, que hemos de admirar no como ejemplos que hayamos de seguir... no es, pues, conveniente dejarse arrastrar demasiado por la fuerza de la imaginación, cuando se cuentan las prodigiosas mortificaciones de esta santa, ni creer que no se llega al término de la perfección cristiana sino se sigue la senda por donde ella andubo. Al someter el cuerpo á un regimen, el más áspero de todos, intentaba principalmente con esto la práctica de las virtudes interiores; reconocía en estas lo esencial de la santidad evangélica y sabía que las mortificaciones exteriores no lo son tanto, sobre todo en el grado, que ella las practicó.»

Y estas ideas las expresa el piadoso Vizconde, á la vez que discurre, no sin elegancia, sobre el misticismo cristiano, el estado estático, la estigmatización y la demonología.

Baillet había encontrado más sencillo el camino de negar la verdad de los prolongados ayunos y ásperos tormentos con que la santa limeña mortificaba su organismo; exceso poco reverente que, como es natural, ha atraído sobre el perpetrador las justas censuras de todos los piadosos apologistas de Rosa de Santa María,

desde los Bolandistas hasta el mismo Vizconde de Bussierre.

Después de las biografías vienen en segundo lugar los *Sermones* y las *Novenas*. Entre los primeros bástenos citar el pronunciado en Roma, con aplauso unánime de los contemporáneos por el P. Juan Pablo Oliva, general de la Compañía de Jesús, durante las grandes y solemnisimas funciones de la canonización; y entre las *Novenas*, la publicada en 1798, en Lima, amenizada con ciertos versos que fielmente hemos trascrito y que son, á no dudarlo, fruto de la inspiración de algún vate limeño de la época.

Dió el poeta á la vida de las rosas la duración de una mañana; pero la mañana hermosa y apacible que mide la vida inmortal de nuestra Rosa en la memoria reverente de la humanidad, no conoce término, no sufre limitaciones y su luz deslumbradora brilla y brillará inextinguible, no en un país ni para una raza, sino en todos los países y para todas las razas de la civilización cristiana.

LIBRO PRIMERO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

desde los Bolandistas hasta el mismo Vizconde de Bussierre.

Después de las biografías vienen en segundo lugar los *Sermones* y las *Novenas*. Entre los primeros bástenos citar el pronunciado en Roma, con aplauso unánime de los contemporáneos por el P. Juan Pablo Oliva, general de la Compañía de Jesús, durante las grandes y solemnisimas funciones de la canonización; y entre las *Novenas*, la publicada en 1798, en Lima, amenizada con ciertos versos que fielmente hemos trascrito y que son, á no dudarlo, fruto de la inspiración de algún vate limeño de la época.

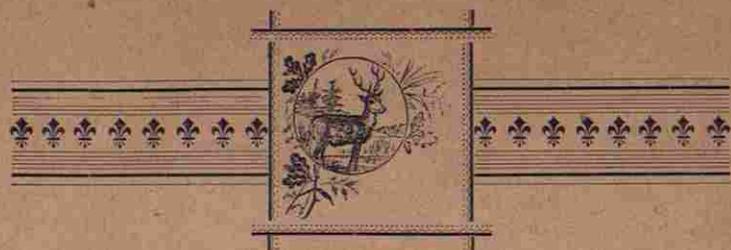
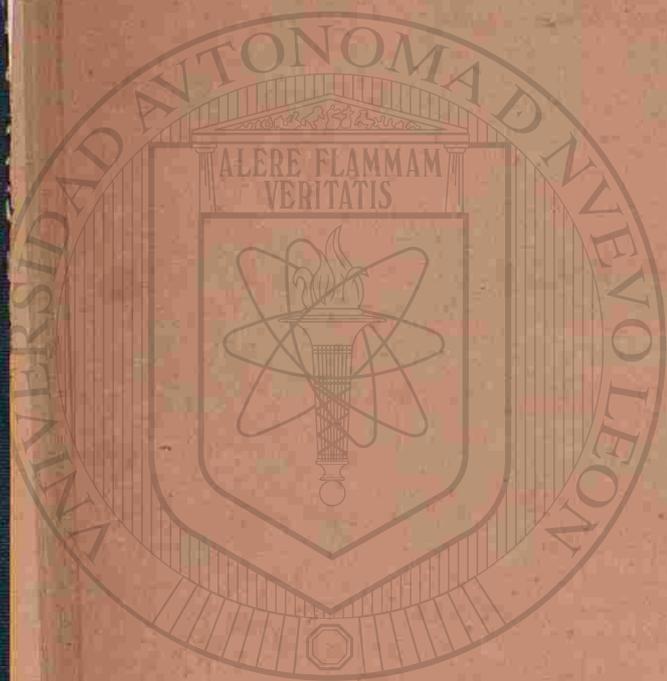
Dió el poeta á la vida de las rosas la duración de una mañana; pero la mañana hermosa y apacible que mide la vida inmortal de nuestra Rosa en la memoria reverente de la humanidad, no conoce término, no sufre limitaciones y su luz deslumbradora brilla y brillará inextinguible, no en un país ni para una raza, sino en todos los países y para todas las razas de la civilización cristiana.

LIBRO PRIMERO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO I

Patria, nacimiento é infancia de Rosa.

MEDIO siglo de existencia contaba tan sólo la Ciudad de los Reyes, como ha dado en llamarse á Lima, capital del Reino descubierto por el intrépido explorador Francisco Pizarro, cuando brotó en ella la flor más hermosa de virtud, que ha producido hasta el presente el jardín ameno del Nuevo-Mundo. Fué esta flor de incomparable belleza espiritual, Rosa de Santa María, la que, según la opinión más fundada, nació el 20 de Abril del año 1586, día en que celebra la Iglesia las virtudes prodigiosas de Santa Inés de Montepoliciano, hija ilustre del mejor de los Guzmanes; llamada con toda propiedad la virgen de las flores, por las muchas que brotaban doquiera que se arrodillaba para entregarse á los trasportes místicos de la oración y contemplación.

Dios, que privó á los padres de Rosa de Santa María de los bienes que llaman de fortuna, les enriqueció con una prole numerosa y escogida; tesoro digno de todo

aprecio, especialmente cuando hacen ilustre los hijos el apellido que han heredado, con los resplandores de la virtud ó con el brillo de la ciencia. Buena prueba tenemos de esto en el caso que nos ocupa. A no ser por Rosa de Lima ¿quién pronunciaría hoy con respeto, mezclado de justa emulación, los nombres del pobre arcabucero real, Francisco Flores y de la humilde y oscura madre de familia, María de Oliva, padres afortunados de la ilustre patrona de todas las Indias? Sin duda que permanecerían ambos ocultos entre las sombras del olvido, como tantos otros, que por no haber tenido como pedestal de una grandeza puramente humana el oro, las dignidades, el saber, la autoridad se han hundido en la tumba, sin reflejar sobre el porvenir un solo rayo de luz que les hiciera visibles á las generaciones futuras. ¡Dichosos los padres que cuentan entre sus hijos uno solo que dé frutos de santidad cristiana. Tienen casi asegurada una protección especial del Señor, por los méritos del hijo á quien han dado el ser; y dejan en pos de sí la estela refulgente de un nombre, que repetirán con respeto todos los pueblos y todas las generaciones.

La circunstancia de no haber sentido María de Oliva molestia alguna cuando dió á luz á nuestra santa; siendo así que en el parto de los otros hijos se había visto siempre al borde del sepulcro, fué causa de que cuantos tuvieron noticia del prodigio, auguraran favorablemente de la niña que acababa de venir al mundo. La Providencia divina señala muchas veces el camino que han de recorrer los santos con prodigios que les dan á conocer, apenas sientan la planta en la senda de la vida. También debe tenerse en cuenta otro detalle, insignificante sin duda para quien halla en todas las cosas el influjo de la coincidencia y de las casualidades; pero de mucha significación para los que tenemos la fortuna de descubrir en todo la mano infinitamente sabia de Dios nuestro Señor. Nació esta niña en la calle de Santo Domingo; como queriendo el cielo dar á en-

tender con esto que pertenecía al Padre de los Predicadores, cuyo espíritu y cuyas virtudes había de copiar con tanta exactitud en sí misma.

Sin que pueda adivinarse la causa, consta por los libros de bautizos de la parroquia de San Sebastián de Lima, que no recibió nuestra Santa el sacramento de la regeneración espiritual hasta el día de Pentecostés ó de las Rosas, como le llaman los romanos, que cayó aquel año el 25 de Mayo. En el bautismo la fué impuesto el nombre de Isabel, probablemente y siguiendo una costumbre generalizada en América, para perpetuar la memoria de su abuela materna, llamada Isabel de Herrera.

¿Qué es lo que dió ocasión á que se la cambiara este nombre por el que actualmente tiene? Dejemos hablar á María de Oliva, la que deponiendo como testigo en la causa de la beatificación de nuestra Santa, dice textualmente: «En este nombre de Isabel la fueron criando, hasta que tuvo tres meses, que estándola meciendo una india criada en la cuna, teniendo cubierto el rostro, la dicha india se le descubrió por ver si había tomado sueño y lo vió tan hermoso, que llamó á más niñas, que estaban labrando, para que la viesen. Y haciendo todas admiración; esta testigo desde el aposento donde estaba la vió hacer extremos y sin decirle cosa alguna se fué derecha donde estaba la niña; y como la vió tan linda y hermosa y que le parecía que todo su rostro estaba hecho una rosa muy linda y en medio de ella vefa las facciones de sus ojos, boca, nariz y orejas quedó admirada de ver aquel prodigioso suceso; la tomó en las manos y empezó á hacer con ella mil alegrías y mostrar sumo gozo y contento, diciendo con estas demostraciones: Yo te prometo hija y alma mía, que mientras viviere, de mi boca no has de oír otro nombre sino el de Rosa.»

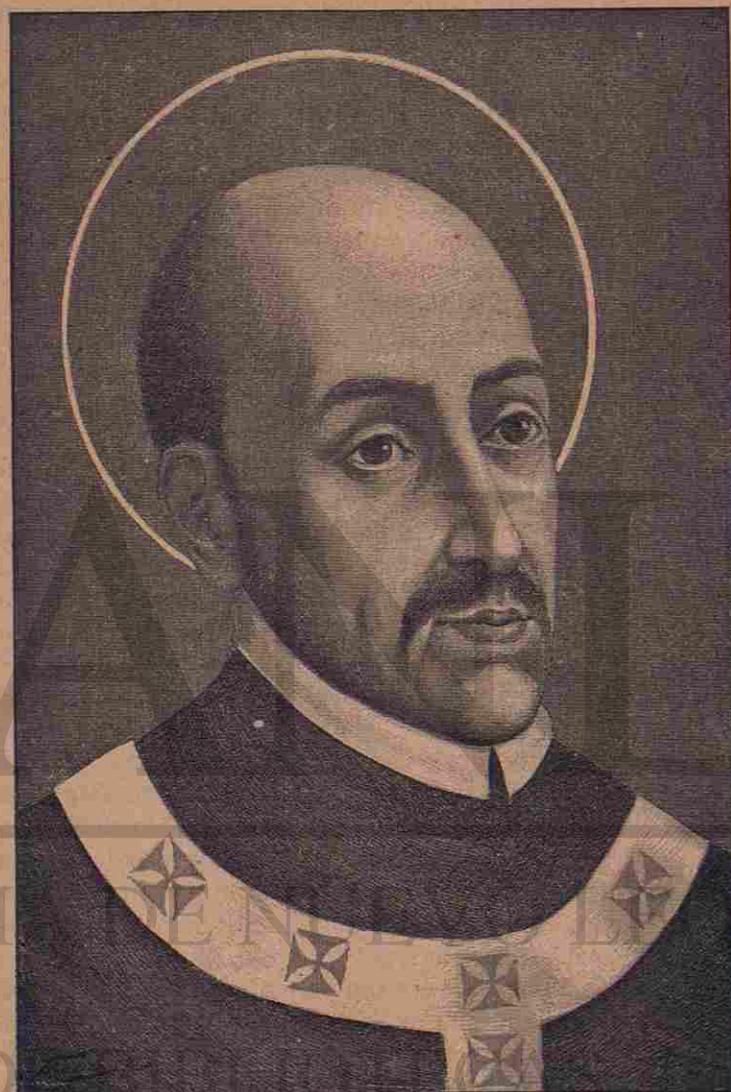
No sentó bien á la abuela de la Santa el cambio de nombre que se había hecho en ella. Por lo mismo que la amaba con gran cariño, la era muy sensible que no

siguieran llamándola los de casa como hasta allí; y aún creyó que se había obrado de aquel modo por el poco aprecio que se la tenía. Vivió enojada por espacio de cinco años; y hubiera seguido el enojo por muchos más, á no haber mediado un incidente extraordinario que la aplacó para siempre.

Hallándose confirmando Santo Toribio de Mogrovejo, Arzobispo de Lima, en un pueblo llamado Quibi, al que se había trasladado con su familia Francisco Flores, al administrar á nuestra Santa el sacramento de la Confirmación, movido sin duda por superior impulso, en vez de llamarla con el nombre de pila, la llamó Rosa; como antes lo había hecho su madre, cuando la vió tan hermosa en la cuna. Con esto quedó sosegada la abuela de la niña.

Pasados algunos años, dispuso el Señor que al tener conocimiento esta virgen del cambio de nombre, que en ella se había verificado por voluntad de su madre, se sintiera atormentada por los escrúpulos más tenaces, los que sirvieron en este caso para hacer patente con un prodigio la voluntad divina. El caso sucedió del modo siguiente.

Había ya la virgen crecido en años y edad; era dueña de su albedrío por el uso de la razón; y llegando á conocer que el nombre de Rosa no era el que le dieron en el bautismo, sino el que su madre le había puesto en la cuna, comenzó á turbarse interiormente, sospechando que la variación y el haber dejado el nombre de Isabel y tener el de Rosa, sólo era por querer acreditar su madre la gala, el donaire y lo hermosa, con tan agradable título. Afligida, pues, por este escrúpulo, sin sosiego, como cierva herida, en quien ha penetrado aguda flecha, fué á buscar con toda prisa el remedio á la fuente de todos los bienes que era la Virgen del Santísimo Rosario. Allí, deshecha en un mar de lágrimas, desahogó, postrada en tierra, su pena y representó su cuidado á la que es Madre de misericordia y piedad, pidiendo socorro para la dolencia de su espíritu. No dilató mucho tiempo el



SANTO TORIBIO DE MOGROVEJO, ARZOBISPO DE LIMA.

consuelo de la virgen Rosa, la que es Virgen y Rosa mística; y así con una ilustración oculta, se dignó hablarla en lo muy interior del alma, dando á conocer, como soberana Maestra, á la santa que estaba temblando y llena de temores, que el nombre de Rosa le era admirablemente agradable al Niño Jesús, que tenía en sus brazos; y que para mayor demostración de sus favores, era voluntad suya coronar este nombre, aumentándole con el suyo; y que así de allí en adelante había de llamarse *Rosa de Santa María*. Después de esto, la que antes rehusaba, temerosa, el primer nombre de Rosa, con el sobrenombre cobró firmeza; segura y alegre al ver que poseía ambos nombres por especial orden del cielo, «Tienen este privilegio los méritos de los santos, dice San Ambrosio, que Dios los pone á su elección el nombre.» ¡Qué dicha será la de Rosa, cuando no sólo recibe el nombre del cielo, sino el sobrenombre también?

Razón tenía, pues, la afortunada virgen, cuando al regresar á su casa, después de haber comulgado, abrasada en divinos incendios, sin poder irse á la mano, impetró de su madre con reiteradas súplicas que le repitiese muchas veces el dulce nombre *Rosa de Santa María* porque en sonando en sus oídos se recreaba maravillosamente su espíritu, derritiéndose en suavísimas dulzuras. Maravillóle en verdad á la madre cambio tan repentino, y apenas prestaba crédito á lo que veía; más atajóle su hija toda duda al decirle: «Ahora mismo me acabo de levantar de los pies de la gran Reina Madre de Dios, y tengo completa certeza, de que le es agradable este mi nombre, y con su bendición y maternal cariño he llegado á entender que mi alma se ha transformado en una Rosa consagrada al amable Jesús Nazareno.» Con lo cual si en algún tiempo el nombre de Rosa le había sido dudoso, con la aprobación del cielo andaba asegurada; y por esto quería que le repitieran el nombre; pareciéndole que con ello le recordaban sus deberes para con Dios.

Gregorio Guiriqués.



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE BUENOS AIRES
ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPÍTULO II

Niñez de Rosa, sus inclinaciones y el voto que hizo de virginidad.

LA INFANCIA y niñez de Santa Catalina de Sena, según refieren los historiadores, fueron tan apacibles y tan pacíficas que por esta causa muchos la llamaron, en vez de Catalina, Eufrosina, que significa graciosidad y alegría. Del mismo natural dotó Dios á Rosa en su infancia. Era quieta, apacible y graciosa, y tenía de continuo, sereno el rostro, sin aquellos porfiados llantos que tan comunes suelen ser en los niños. Era el gozo común de la casa por la afabilidad de su rostro. Observaron sus padres y hermanos que aun cuando estaba fajada y entre mantillas, nunca turbaba la quietud con voces ni quejas, ni interrumpía el silencio con lloros y lágrimas. Sólo una vez, sacándola su madre á visitar á cierta señora noble que deseaba conocerla, no pudieron acallarla hasta que la volvieron á casa: como si ya desde entonces comenzara á conocer lo que importa aborrecer la publicidad y el trato del mundo. En adelante hizo su

madre propósito al salir fuera, de no sacarla consigo, por no dar molestia á la apacible niña.

De tres años era cuando comenzaron á descubrirse en ella las muestras de virtudes verdaderamente heroicas. Fué ante todo de ánimo valeroso en padecer dolores, fuerte, sosegada, para que así fuese manifiesto á todos que á la Rosa ni la espantan ni la abaten las espinas, ni pierde con ellas su verdor, su pompa y lozanía. Para prueba de ello citaremos algunos ejemplos. Sucedió que cerrando un arca muy grande, cayendo la tapa de golpe le cogió un dedo. Al ruido del golpe acudió luego desalada su madre para ver si era grande el daño. Pero disimuló Rosa el dolor, á pesar de ser de tan pocos años, y ni siquiera lo dió á conocer exteriormente en el rostro. Al fin después de algunos días, corrompida la sangre con la fuerza del golpe, se vió precisada á manifestar lo que le pasaba. Se llamó al cirujano luego, con el fin de que reventase las materias podridas del atormentado artejo del dedo; y él usando del rigor del arte, aplicando remedios duros, arrancó casi toda la uña, y después levantó á tirones las raíces que le habían quedado, con que los dolores casi intolerables se le duplicaron á la santa. Era de ver á la niña Rosa inmóvil entre tantos sufrimientos y casi insensible entre tantos tormentos; como si no fuera suyo el dedo que padecía, ni contra quien el cruel hierro del cirujano se había armado tantas veces para destrozarle. Más que todos los que asistían á este martirio se asombraba de esta constancia Juan Pérez de Zumeta (este era el nombre del cirujano), no comprendiendo cómo una niña tan delicada podía tener valor y fuerzas entre tantos dolores. Admirábase advirtiendo que no habían sido poderosos los instrumentos con que lastimaba el dedo para sacarla un gemido; con haber sido tan largo el tiempo que duró el curarla. Ni había flaqueado con el menor ademán el rostro, ni perdido el color á vista de la lanceta que la hería y de la sangre que abundantemente corría cuando la curaban.

Aún no había llegado á cumplir cuatro años de edad cuando en el oído se le formó una postema. Fué otra vez necesario valerse de las manos del cirujano, quien después de aplicados todos los lenitivos, se vió forzado á emplear instrumentos de hierro para el remedio. Rosa entre tanto que le cortaban una parte de la ternilla, que estaba corrompida por el pus que se había aglomerado, recibió el golpe con tal firmeza, así del rostro como del ánimo, cual no tuvieron los que miraban; desmayándose de ver los surcos que hacía la navaja del cirujano. Corrían los hilos de la sangre hasta los hombros, sin causar horror ni movimiento en Rosa, aunque conocía que era suya la sangre que se desperdiciaba.

Había entrado en los cinco años cuando se le llenó la cabeza de empeines, causándola mucha molestia y grandes dolores. Su madre, deseosa de atajar el daño, dejándose persuadir más de lo manual del remedio que la ofrecían que no de lo acertado; sin atender á que debía consultarlo, aplicóla unos polvos; pero con efecto bien contrario á la salud. Fueron los que se llaman de oropimente, tan corrosivos, que iban royendo poco á poco la piel y aun la carne de la cabeza, tan cruelmente, que con ser tan sufrida Rosa, advirtieron algunos de los de su casa que de cuando en cuando la viveza de los dolores hacía que le temblase todo el cuerpo, como si estuviese azogada. Y con ser tan vehemente el tormento nunca pudo vencer su constancia para que diese un solo suspiro, que fuese indicio leve de lo mucho que padecía. Sólo pudo sacarse de ella que preguntándola su madre si le dolía y no pudiendo con verdad negarlo del todo, respondiese que sí; pero que era poco y fácil de llevar lo que sentía. Y así pasó toda una noche en la cama al lado de su madre con profundo silencio, sin moverse un punto, sin inquietarse, como si fuera de mármol; hasta que acongojada la piadosa madre, sospechando lo que ello era, quitándole al día siguiente lo más blandamente que pudo aquel mordaz

emplasto, y mirando la cabeza desnuda, se quedó aborta, viendo que estaba por una parte llena de ampollas, por otra llena de surcos con llagas profundas. Y como amaba tanto á su hija, á vista de tan horrible espectáculo, llena de lágrimas y en alta voz la dijo: «Miserable de ti, hija mía, ¿es posible que hayas podido pasar toda una noche en peso abrasada con estos polvos, que en tan mala hora me determiné á aplicarte?» Calló entonces Rosa, sin que las instancias de su madre pudiesen sacarla otra palabra más que decirla, que no habían sido muy grandes, sino llevaderos los dolores de aquel remedio. Llamado el cirujano, tardaron cuarenta y dos días continuados en curarse las llagas, hasta criar nuevo cutis en la cabeza; pasando todo aquel tiempo tormentos poco menos crueles que los que había experimentado la primera noche. Pero con ser tan prolijo el tiempo de la cura y el dolor tan prolongado, no le faltó á Rosa tal paciencia y constancia, cual á juicio del cirujano no podían esperarse ni en aquella tierna edad, ni en la más robusta y crecida del más animoso joven.

El mismo valor y ánimo manifestó Rosa á los seis años de su vida, cuando volvió á caer en las manos del cirujano, con ocasión de haberle nacido un molesto grano por dentro de las narices, que fué necesario le arrancasen la violencia y el arte. Diríase que era el natural de Rosa nacido para sufrir. Mas eran estos solamente preludios y rudimentos con que de antemano se industriaba el ánimo á tratar su cuerpo, como si fuera ajeno. Resta ahora ir delineando los penosos sucesos de la edad pueril de Rosa.

Siendo ya de cinco años, término para muchos de la infancia y principio del uso de la razón, se iban descubriendo y como amaneciendo en Rosa con alegre luz la aurora de su conocimiento, la noticia de Dios y el temor suyo, con modo admirable. Los mismos juguetes y niñerías propios de la edad le comenzaron á abrir los ojos, infundiéndole temor y reverencia de la Majestad

divina. Sucedió, pues, que jugaba con la niña Rosa un hermano suyo algo mayor de edad; éste usando de las travesuras acostumbradas (no se sabe si por casualidad ó de propósito), arrojándola lodo, manchó la hermosísima cabellera de la inocente niña. Burla era de niños y materia para reirse. Mas no le cayó en gracia á la virgen, á quien desagradaba, no tanto el poco aprecio de los cabellos, que ya comenzaba á estimar en algo, cuanto la fealdad de la mancha. Por lo que mostrando enojo y dándose por resentida, trató de interrumpir el pesado juego. A esto se opuso el hermano diciendo: «Oh hermana mía! si tan de veras te enojas el ver manchados con lodo los cabellos, atiende y sabe que los rizos y trenzas cuidadosamente compuestas y enlazadas de las mujeres son redes del infierno, en las cuales enredadas las almas de los poco cautos manebos, dejándose arrastrar, no paran hasta verse arrojados en los fuegos eternos; y así acaba de entender y desengáñate que Dios aborrece los cabellos de las mujeres en que tú ahora pones tanto cuidado y miras con tanto afecto.» Dicho esto por modo de risa, aunque con ademanes y gesto de predicador severo, quería el muchacho volver al juego; pero las palabras habían penetrado el corazón de Rosa más hondamente de lo que pudiera esperarse de su pequeña edad, y del modo con que las dijo el predicador. No le parecían á la virgen palabras que lleva el aire, sino truenos formidables que bastarían para poner miedo á un gigante. Y así aquella alma capacísima de recibir ilustraciones divinas, en un punto concibió dentro de sí horror inmenso del infierno y de la eternidad. Comenzó también á hacer peso en su imaginación la reverencia de la Majestad de Dios. Y con mucho acuerdo ponderaba entre sí la fea infelicidad del pecado. Desde aquí, vuelta en sí misma, comenzó á tener aborrecimiento á los cabellos, á proponer firmemente no ofender jamás á Dios y á evitar todas las ocasiones de pecado, que son las que arrastran las almas al infierno. Y finalmente, co-

mo en un castillo fuerte y bien cerrado, hicieron asiento dentro de su alma la altísima estimación de lo que es Dios, el temor filial de su grandeza, el cuidado solícito de salvarse y el aborrecimiento firme de los pecados.

¿Quién pudiera esperar cosas tan grandes de lo que era juguete y entretenimiento de niños, y de un poco de lodo que salpicó el cabello? Pero con la luz de este rayo divino pasó más adelante Rosa, hasta conocer con toda claridad sus pocas fuerzas para afianzar la consistencia de las virtudes; y la necesidad que tenía de implorar siempre en su favor el auxilio divino y los socorros del cielo. Comenzó desde aquí á arder en su pecho un conato increíble de levantar el alma á Dios, con el cual pudo y supo formar un nuevo modo de oración, jaculatoria breve, reducida á estas palabras: «Jesús sea bendito, Jesús sea conmigo, amén»; llenándose de allí adelante de suavísima dulzura los labios puros y el corazón tierno de Rosa, al repetir estas breves palabras. Tanto como esto había ya ocupado por todas partes los sentidos interiores de la virgen la presencia de su Dios.

Con tan anticipadas, aunque sublimes noticias de Dios, á los cinco años sintió Rosa que la divina providencia dulcemente la disponía con claridad para que se decidiese á caminar por los senderos estrechos, por los que caminó Santa Catalina de Sena, tan grande é ilustre en la Iglesia de Dios. A su ejemplo, desde luego, también ella en los primeros pasos de tan tierna edad hizo á Dios voto de virginidad perpetua. Y después, no contenta con esto, siguiendo á la virgen seráfica, ella misma se cortó hasta la raíz los cabellos, sin saberlo su madre: para que con eso no quedase materia con que pudiese ó dejarse llevar ó arrastrar á los hombres al matrimonio; tan en ofensa del divino Esposo á quien se había ya ofrecido. Había aprendido en los juegos que tuvo con su hermano, cuán inconveniente era el conservar cabellos que pudiesen admitir mancha, y salpicarse con lodo que los afease. Este, pues, fué el

fin, no menos feliz que admirable, donde fueron á parar los dijes y los juegos de la niñez de esta virgen. Y es extraño el que la gracia se sirviese de aquellos entretenimientos inocentes para hacer comprender á nuestra virgen verdades tan importantes, como son las que se refieren al pecado, á la eternidad de las penas del infierno y á la dicha que acompaña al amor divino cuando es perfecto. No se puede pasar por alto hacer constar que los que dirigieron la conciencia de Rosa, tuvieron por cierto que estos rayos y movimientos de la gracia comenzaron á brillar y descubrirse en Rosa al mismo tiempo que llegó al uso de la razón, cuando deben los hombres ofrecerse á Dios y ordenar á Él todas sus acciones. Mas sea de esto lo que quiera, es cierto que en aquellos primeros visos del uso de la razón, no comenzó poco á poco y entre sombras á vislumbrarse la luz del conocimiento divino; sino que en un punto se halló engolfada en los resplandores del mediodía, con cuya ilustración comenzó á hervir en su corazón el amor divino. Y acertó á elegir el camino más remontado de la perfección á que Dios la llamaba. Y fué mucho más no apartarse jamás en lo restante de la vida de la senda que había tomado, no cometiendo pecado mortal, como después afirmaron sus confesores.



CAPÍTULO III

Educación de Santa Rosa

PREVENIDA é inspirada por la gracia, nuestra santa iba haciendo en la primavera de su vida los más rápidos progresos en la perfección; y merced á una educación esmerada se desenvolvían y perfeccionaban los talentos y habilidad con que el cielo la había dotado.

María de Oliva, aunque pobre, era mujer de gobierno y buena conducta é instruída en las obligaciones y deberes de toda madre de familia, sinceramente cristiana. Quizá para atender á sus necesidades, se ocupaba en enseñar á algunas niñas de calidad, que varias personas nobles entregaban y confiaban á su dirección; como se da á conocer y se colige del contexto de los hechos y ocasiones, en que se nos presenta Rosa haciendo labor, acompañada de otras niñas. Sea de esta conjetura lo que fuese, lo cierto es que ella se esmeró sobremanera en dar á su hija el más prolijo cultivo y la más esmerada educación.

Rosa descollaba en cuanto la enseñaban, y en las labores de su sexo. Denotaba ser de sólido juicio, ingenio claro, discurso vivo, natural aplicado é industrioso. Tenía feliz memoria, condición suave y dócil; cualidades que la hacían aptísima para cuanto se quería que aprendiese; y más fundándose en el firme y sólido cimiento de la humildad. Supo leer y escribir perfectamente, sin maestro que la dirigiese y sin haberlo adquirido á fuerza de un estudio molesto y continuado.

El Señor, que tanto la distinguió, le ahorró ese trabajo penosísimo para los otros niños, á fin de que nada defraudase del tiempo que necesitaba para sus ejercicios espirituales. Era muy aficionada á la lectura de libros piadosos que mejor tratan de la oración, entre los que prefería las obras del profundo, erudito y elocuente Fr. Luis de Granada; persuadiendo á otros que hiciesen lo mismo. No estrañará el portento de haber sido enseñada por el que es sabiduría eterna, quien sepa que Dios infundió al primer hombre los principios de todas las artes y ciencias, para que los participase á su posteridad; que comunicó á los Apóstoles el don de lenguas, para que difundiesen en todos los pueblos el santo Evangelio, y que, para ajustarnos más á nuestro propósito, enseñó á leer y escribir á la insigne virgen Santa Catalina de Sena. ¿Qué mucho que reprodujese este mismo portento en su querida Rosa? Aprendió también con admirable facilidad y perfección todos los adornos y ejercicios propios del sexo femenino. Era notable en hilar, coser, bordar, tejer, hacer flores muy vistosas, parecidas á las naturales, con todo género de labores esquisitas y delicadas y con tal primor, que parecían obras de consumado artista. Se podían examinar con el mayor cuidado y admirar lo prolijo y acertado de su hechura; quedando sus labores tan limpias, acertadas y lustrosas, que se creía no haberlas tocado mano alguna.

Con igual facilidad se halló impuesta en la música, poesía y canto. De repente se la vió y oyó tocar el arpa,

la cítara y vihuela sin que nadie la hubiese instruído ni se la observase haber interrumpido el tiempo que gastaba en la oración, meditación y faenas domésticas. De estos instrumentos usaba para alabar al Señor con mayor armonía y devoción.

Poseída de ímpetu sagrado y del sublime fuego del amor divino que anidaba en su pecho, se empleaba en componer algunas letrillas en alabanza de su divino Esposo, que copiamos en el mismo estilo y palabras, que hemos tenido la satisfacción de extraer de los procesos originales. Y aunque no siempre se sujetaba á las reglas comunes del metro, como notó el R. P. Maestro Meléndez en sus *Tesoros verdaderos de las Indias*; pero ¿quién podía negarle el entusiasmo, que es lo que constituye la poesía y nutre el pecho de los verdaderos poetas? Agitada de este entusiasmo divino, no atendía muchas veces el fervor de su espíritu á la consonancia arbitraria de las voces, sino á la constante armonía de sus afectos.

Solía tomar la cítara, y pareciéndola que nadie la oía, sin atender á los que entraban y salían entonaba sus amorosas composiciones con angélica voz, en honor de su dulce dueño. Levantaba hacia Él su espíritu, admirando la infinita dignación con que su celestial Esposo la miraba; haciendo resonar los ecos con esta dulce canción:

¡Ay Jesús de mi alma,
Que bien pareces
Entre flores y rosas
Y olivas verdes!

Ahí reconocía la suprema bondad, la que no se desdenaba de Rosa, cuyo padre se apellidada Flores y su madre Oliva.

Sucedíole alguna vez faltarle al instrumento las diez cuerdas; y con todo Rosa tocaba la cítara, atenta tan sólo al canto, que hacía consonancia con la interior melodía de su alma. Era tan aficionada al canto nuestra Rosa, que tratando de este punto con uno de sus

más sabios confesores, le decía: «Quitarme á mí el cantar, es quitarme el comer.»

Su rara cordura, asiento y prudencia, con sus demás virtudes crecían y ganaban tierra cada día. Guiada de la reflexión más madura, á nadie molestaba con quejas ó con la relación importuna de sus males y trabajos, habiendo pasado muchísimo desde su niñez. De aquellos que la perseguían, se apartaba como muda, sin decir palabra en su defensa. Máximas que observaba cuidadosamente á imitación de varios santos, cuyas vidas había leído, siendo su último recurso, en tales casos, encerrarse en su aposento, y desahogarse con su acostumbrado canto. Cuando se veía precisada á corregir y reprender, se mostraba más suave, blanda y agradable. Era tanta la persuasión y el singular arte de insinuarse, que no parecía pedir sino obligar, ni dejaba casi libertad para reusarle cosa alguna. Todo esto causaba gozo, cautivando á propios y extraños; de manera que parecía imposible conocer á Rosa sin amarla.

Cuando apenas tenía cuatro años, suplicaba encarecidamente á una pequeñuela indígena llamada Mariana, coetanea suya, con quien se criaba, y confidenta de toda confianza, que la cargase con adobes, troncos nudosos y pesada cruz para hacer penitencia; con cuya carga tan pesada recorría el recinto de su huerta cayéndose y levantándose á imitación de Cristo cuando caminaba hacia el Calvario.

Tenia Rosa el rostro ovalado, sereno y apacible, pelo rubio y abundante, frente despejada, ceja arqueada y cordoneada; ojo grande y negro; nariz afilada; mejillas rosadas; boca muy chica; barba prominente; manos blancas, pequeñas y bien torneadas, y regular estatura.



CAPÍTULO IV

Admirable obediencia de Rosa. Piedad y solicitud con que asistió á sus padres.

EN el concurso de dos preceptos, al parecer encontrados, donde por una parte era justo honrar padre, y madre, y por otra conveniente atender más al servicio de Dios, que al gusto de los hombres, aunque sean padres, fué necesario en muchas ocasiones todo el ingenio y la agudeza de Rosa, para obrar de modo que no ofendiese á ninguno. El celestial Esposo tiraba hacia sí el ánimo de la virgen, á quien había escogido y guiado por sendas particulares de perfección, no conocidas al corto juicio de los mortales. Por el contrario su madre, no experimentada en los primores del espíritu, quería reducir á sus órdenes á la inocente hija, pronta y dispuesta á obedecer en todo. Quería la madre que se entregase la virgen á las pompas vanas y burlerías del siglo; que usase de galas, y se introdujese en la celebridad del mundo. Entre estos dos apremios tan distantes entre

más sabios confesores, le decía: «Quitarme á mí el cantar, es quitarme el comer.»

Su rara cordura, asiento y prudencia, con sus demás virtudes crecían y ganaban tierra cada día. Guiada de la reflexión más madura, á nadie molestaba con quejas ó con la relación importuna de sus males y trabajos, habiendo pasado muchísimo desde su niñez. De aquellos que la perseguían, se apartaba como muda, sin decir palabra en su defensa. Máximas que observaba cuidadosamente á imitación de varios santos, cuyas vidas había leído, siendo su último recurso, en tales casos, encerrarse en su aposento, y desahogarse con su acostumbrado canto. Cuando se veía precisada á corregir y reprender, se mostraba más suave, blanda y agradable. Era tanta la persuasión y el singular arte de insinuarse, que no parecía pedir sino obligar, ni dejaba casi libertad para reusarle cosa alguna. Todo esto causaba gozo, cautivando á propios y extraños; de manera que parecía imposible conocer á Rosa sin amarla.

Cuando apenas tenía cuatro años, suplicaba encarecidamente á una pequeñuela indígena llamada Mariana, coetanea suya, con quien se criaba, y confidenta de toda confianza, que la cargase con adobes, troncos nudosos y pesada cruz para hacer penitencia; con cuya carga tan pesada recorría el recinto de su huerta cayéndose y levantándose á imitación de Cristo cuando caminaba hacia el Calvario.

Tenia Rosa el rostro ovalado, sereno y apacible, pelo rubio y abundante, frente despejada, ceja arqueada y cordoneada; ojo grande y negro; nariz afilada; mejillas rosadas; boca muy chica; barba prominente; manos blancas, pequeñas y bien torneadas, y regular estatura.



CAPÍTULO IV

Admirable obediencia de Rosa. Piedad y solicitud con que asistió á sus padres.

EN el concurso de dos preceptos, al parecer encontrados, donde por una parte era justo honrar padre, y madre, y por otra conveniente atender más al servicio de Dios, que al gusto de los hombres, aunque sean padres, fué necesario en muchas ocasiones todo el ingenio y la agudeza de Rosa, para obrar de modo que no ofendiese á ninguno. El celestial Esposo tiraba hacia sí el ánimo de la virgen, á quien había escogido y guiado por sendas particulares de perfección, no conocidas al corto juicio de los mortales. Por el contrario su madre, no experimentada en los primores del espíritu, quería reducir á sus órdenes á la inocente hija, pronta y dispuesta á obedecer en todo. Quería la madre que se entregase la virgen á las pompas vanas y burlerías del siglo; que usase de galas, y se introdujese en la celebridad del mundo. Entre estos dos apremios tan distantes entre

si, fué ardid más que humano, que Rosa dejando á salvo á entrambos, ni se apartase un punto del camino derecho por donde guiaba el Esposo, ni faltase al cumplimiento ajustado de los mandatos de su madre; siguiendo en ambas cosas el gusto de su divino Señor.

Estando en una ocasión su madre de visita con otras señoras nobles, aconteció, que todas ellas comenzaron á pedir con instancia á Rosa se pusiese una guirnalda de flores, que acaso estaba en la pieza, para darla olor y fragancia. Era tan hermosa y tan bien tejida, que llenaba los ojos, y robaba la afición de todas las circunstantes. Rehuía la modesta virgen con todo encogimiento. Porfiaban ellas con todo esfuerzo importuno, hasta que la madre por no parecer grosera, y por dar gusto á las que estaban de visita mandó las obedeciese. ¿Quién podrá explicar aquí la lucha sangrienta que en un punto se armó en el pecho de Rosa, entre la obediencia que debía á su madre y el casto amor del celestial Esposo, que le ponía horror para que no admitiese estas vanidades? Venció, empero, el ingenio peregrino de Rosa, haciendo paces, y dejando dueños del campo los dos opuestos afectos. Clavó un grueso alfiler por parte de dentro de la guirnalda con disimulo y maña; y de esta suerte no solo se puso en la cabeza airosamente la corona, que ya era para ella de espinas, sino que le apretó con toda fuerza en las sienas, consiguiendo por esta ingeniosa astucia, que fuese instrumento de tormento lo que á los ojos de los hombres era ornato y gala. Así obedeció á su madre; así corrió el espíritu con apresurados pasos al olor del Esposo divino coronado de espinas. Quedara para siempre sepultada en el olvido, esta estratagema rara; si después no fuera necesario valerse de manos ajenas para sacar la punta, que escondida en la corona, habia profundizado demasiado en la cabeza; si bien se queda siempre en duda, cual fué lo que más vivamente lastimaba á Rosa, ó la acerada aguja que la ensangrentaba, ó el tormento que le causaba la abo-

rrécida corona. Es cierto, no obstante, que en todo caso era más amiga Rosa de espinas, que de guirnaldas.

Otro caso le sucedió también no menos singular. Deseaba su madre, llevada de la inclinación que todas tienen de ver celebradas sus hijas, que las manos de la virgen, aunque fuese con ayuda del arte, estuviesen muy pulidas, agraciadas, blandas, hermosas, blancas y delicadas. Con este fin habia comprado unos guantes de mucho precio, y de muy particular hechura, para que poniéndoselos de noche la virgen, como hacian otras, creciese con este artificio postizo la hermosura de sus manos. Gimió dentro de sí tristemente y estuvo gran rato suspensa; hasta que viendo la cólera con que se lo mandaba, á pura fuerza se rindió á la pesada obediencia, prometiendo cumplir su gusto. Deseaba que se alargase el día, temía que se llegase la molesta noche, en que habia de ser forzoso ponerse los guantes. Llegóse ya la fatal hora del sueño; apagáronse las luces; y apenas la temerosa virgen comenzó á dormirse, cuando los guantes se convirtieron en láminas abrasadas. Parecia que le abrasaban los dedos con hierros encendidos. Y no era solo parecer de la fantasía, pues de veras la quemaban y abrasaban las manos. Admiróle el nunca experimentado tormento, aunque se alegraba su espíritu, por parecer que con este prodigio la daba Dios licencia para arrojar de las manos tan infernal fuego, sin faltar á la obediencia. Quitó los guantes á prisa y vió claramente que despedían verdaderas llamas, que llenaban el aposento de luz y aun corría riesgo de quemarse toda la casa. Después de arrojados al suelo cesó la llama, apaciguóse el dolor de las manos, y Rosa recreada con suavísimo refrigerio del cielo, descansó con quietud, y pudo reposar lo restante de la noche. Apenas amaneció devolvió gustosamente á su madre los guantes que antes habian sido verdugos de sus manos; y refiriéndole con cándida sencillez todo lo sucedido la mostró las manos abrasadas por las estremidades; y rogóla, que de allí

adelante no le castigase con severidad tan rigurosa, obligándola á usar de artificios tan molestos, sólo por el bien parecer. No daba crédito á esto la madre, pareciéndole que era ficción de Rosa; y para certificarse, miró con atención las manos, lastocó, las examinó despacio, y viendo que estaban llenas de ampollas, tembló de miedo, y cesó de condenar á la hija que era obediente á tan insufribles tormentos.

Treguas fueron estas, en que no la molestó su madre, de poco tiempo; no fué paz asentada y durable; porque valiéndose luego de nuevas artes, ya persuadía á Rosa que tratase de componerse, como lo hacían las otras doncellas de su edad, y á que se adornase el cuello y los brazos; y conformándose con la costumbre admitida pintase el rostro con ungüentos y albayalde; y avivase la agradable belleza de la cara con color y afeites; y que con galas de buen gusto luciese el brío y las prendas con que la dotó liberal la naturaleza. Finalmente todo era predicarla con reprensiones y desazones, hasta llegar á ponerla las manos y maltratarla con golpes, diciéndola que era grosera, desaliñada, ruda, y que por eso huía de lo que usaban todas, y gustaba de andar mal vestida y peor compuesta, sin curiosidad ni cuidado, desdiciendo mucho de las mujeres de su edad y estado, afectando singularidades que nacían de ánimo abatido y despreciable; que por solo su antojo ahogaba las altas esperanzas de lograr matrimonio acomodado y honrado, siendo así que lo extremado de su garbo y buen parecer, el brío y el donaire natural, podían levantarla los pensamientos á empresas grandes; pero que ella todo lo atropellaba, por dejarse llevar de una hipocresía baja y soez.

Rosa firme en el propósito que había formado de virginidad perpetua y más cuidadosa de deslucir, que de aumentar con arte la hermosura del cuerpo, escuchaba todas estas palabras, clavados en el suelo los ojos, con profundo silencio. Digería este alimento indigesto, amargo y desabrido con disimulo y sosiego, ha-

ciéndose sorda á todo; y esto porque hasta entonces sólo esgrimía su madre reprensiones y palabras de quejas. Cuando mediaba mandato, obedecía al punto, haciéndose violencia; porque en su aprecio era igual delito, resistirse á lo que mandaban, que ejecutarlo con tibieza perezosa. Llegó á entender la madre las fuerzas que tenía la obediencia en Rosa, y juzgando echar por el atajo, usar del imperio, deseando un día que saliese su hija muy ataviada y que se pusiese un tocado de mucho relumbrón, tejido sutilmente de azul, de oro y de seda, usó del mandato, pareciéndole que era atar á Rosa de pies y manos; para que sin réplica pusiese por obra lo que se la ordenaba. Aquí fué donde se halló del todo afligida y perpleja, sin saber qué hacerse. Lo más que pudo lograr, fué sacar licencia para no ponérselo hasta dar parte á su confesor. Llegó á sus pies anegada en un mar de lágrimas, asegurándole, que si no hacía de suerte que su madre levantase el precepto que la tenía puesto, era imposible dejar de obedecerla, y que tenía por mejor usar del rozagante tocado, aunque padeciese tanta molestia, que violar en un ápice el derecho que tenía su madre á mandarla. Oyóla el confesor y considerando el aprieto en que estaba Rosa, determinó hablar sobre el caso á su madre. Amonestóla, y con palabras graves la persuadió que cesase en tentar la paciencia de su hija, pues la era tan obediente, sin obligarla á vanidades inútiles y peligrosas, y que acabase de entender, que la virgen desde su infancia iba guiada por el Espíritu divino con secretos y soberanos impulsos, á un alto estado de perfección. Temió, oyendo esto, su madre y por este medio se quebrantó aquella hinchada ola, con que podía irse á pique la obediencia de nuestra virgen.

Escarmentada con estos riesgos Rosa, y deseando asegurarse para adelante, empleando todo su ingenio, inventó después un medio muy á propósito para estar siempre de parte de la obediencia, y redimir por otra vejación, con que la obligaban á engalanar vanamente

su cuerpo. Y así hablando á su madre, supo darla razones tan insinuantes, tan cuerdas y palabras tan cariñosas, que la cogió el corazón, y la sacó licencia para vestirse un saco basto, y sin teñir, de materia vil y grosera, traje que ni desdice de la modestia, ni es extraño entre las mujeres, que dando de mano al mundo y al matrimonio, desean sólo atender á Dios, y á la devoción; protestando á todos con este modo de vestir que esto sólo es su empleo. Con esta divisa castísima se armó Rosa para desterrar y ahuyentar de sí toda la vanidad y la pompa del siglo. No la engañó el corazón: pues así pudo á la sombra de aquel sayal vivir escondida, sin ver ni ser vista, hasta llegar á los 20 años, en que recibió el hábito de Sto. Domingo; con que del todo escapó de trajes profanos, que suelen ser el mayor incentivo de los vicios. Libre, pues, de cuanto era adorno y alíño de su persona, no le parecía ya que era dificultoso obedecer en todo lo demás á su madre, por molesto que fuese. Pondré sólo un ejemplo, por el que podrá fácilmente el discreto lector rastrear lo heroico de su obediencia.

Canta es un lugar afamado, y célebre en el Perú, por las minas que enriquecen su distrito. Pero es mal sano por sus exhalaciones minerales y sus frios intensos. Aquí se había retirado Rosa con sus padres, y al poco tiempo de encontrarse allí no teniendo fuerzas para sufrir los destemplados frios de aquella región, comenzó á padecer contracción de nervios en los pies y manos, llegando á estar casi manca y tullida. Su madre, juzgando que el remedio más á propósito eran pieles de animales que allí se crían, aunque son muy ásperas, aplicóselas á la enferma, atándolas con fuertes vendas y ligaduras, con mandato expreso, que ni las aflojase, ni llegase á quitárselas. Cuatro días pasaron sin que se acordase su madre del penoso remedio que la había aplicado. Callaba Rosa y padecía. Preguntóla su madre cómo la iba y si había quitado las pieles. Respondió la enferma: «Cuanto á la salud no va

mejor; mas á las vendas no he llegado hasta ahora.» Admiróse su madre de tanta sencillez; llegó, desatóla, apartó las pieles y vióla llagada toda y llena de ampollas. Atónita entonces de ver su paciencia, dijo: «¿Cómo has podido pasar días y noches con tal tormento sin quitar la causa de tan insufrible martirio?» A que respondió la obediente hija: «¿Pues no me mandaste expresamente que no llegase á las pieles y que sin tu licencia no las quitase? Te obedecí en todo.»

En otra ocasión quiso averiguar su madre hasta donde llegaba la obediencia de la virgen. Mandóla que formase al revés del dibujo unas rosas que estaba bordando; y que guiase la aguja y los hilos de seda al contrario de lo que dictaba el arte. No quiso ni supo la obediencia de Rosa, ciega en todo cuanto era ejecutar lo que la mandaban, discrepar en nada. Hizo en fin al revés las flores, porque en su aprecio era la primera regla, no el arte, sino el precepto de aquella á quien respetaba por superiora. Vino después su madre á ver la labor, examinóla, miróla despacio, y dando á entender descontento y enfado, dijo: «En verdad que va muy bueno el bordado! ¿Estas son flores ó son monstruos de rosas? ¿Qué has hecho? ¿Así has gastado inútilmente el tiempo? ¿Haste dormido, perezosa? ¿Qué aborto es este de ignorancia necia? ¿No echas de ver que todo va errado? ¿No te han chocado tan feas, tan disformes flores?» Oyóla Rosa y respondió, como mansísima paloma, sin hiel, sin ira y sin enojo: «Aunque sé poco de labor, también me parecía á mí que iba todo errado y sin orden, y que era extraño y peregrino el modo de tirar los hilos para que saliesen las flores; pero como tú lo mandaste, no me atreví á ejecutar lo contrario; pero si tú lo quieres, muy dispuesta estoy á deshacer lo hecho y corregir el yerro como lo dispusieres.»

Cada vez y cada día que, libre de las ocupaciones forzosas volvía á las acostumbradas tareas de hilar, coser y tejer, no se atrevía á sacar del sitio donde lo reservaba; la rueca, aguja, hilo, copos ó lienzo y lo demás

necesario para proseguir su trabajo, sin ir primero á su madre y pedir se los diese con su misma mano, recibéndolos con toda sumisión y respeto; juzgando que todo esto era necesario para cumplir con la debida reverencia y sujeción de hija. La madre, atribuyéndolo á demasiada impertinencia, á extremo y ceremonia que podía excusarse, montando en cólera y con enfado y desaire, solía arrojarla de sí con ceño y desagrado, diciéndola: que no gastase tiempo en esto; que era mejor tomar desde luego el puesto de la labor y aplicarse al trabajo, sin consumir el tiempo supérfluamente. Levantaba también el grito, diciéndola: que era cansada cosa hacer tantas peticiones antes de sentarse á trabajar y que las mujeres caseras y trabajadoras que apreciaban de veras el trabajo, siempre tenían muy á mano los amaños y los instrumentos de que necesitaban, sin detenerse en pedirlos á otras; y que esto parecía poca gana de asistir á la labor. Respondió Rosa á todo esto: «Entendía yo que me estaba mejor y que era más acertado juntar con el cumplimiento de mi obligación el mérito de la obediencia y que me diese orden y precepto particular de cuanto había de hacer, volviendo al cabo del día, no sólo la tarea que me señalabas, sino también el tributo humilde al respeto que te debo por ser mi madre.» Tanto como esto estimaba Rosa las más ligeras ocasiones de obedecer, sin dejar pasar por alto ninguna, por más mínima que fuese.

Casi tres años antes de la muerte feliz de Rosa, le ofreció su casa D.^a María de Usategui, mujer de D. Gonzalo de la Maza, Contador de las rentas reales, para sustentarla en ella. Obedeció la virgen, dejando la casa de sus padres; porque así lo mandaron ellos; y decía que en todo había de rendir la obediencia á D. Gonzalo y á su consorte. Aquí no se quitó, antes se duplicó la ocasión de obedecer, porque era opinión de la humilde virgen que el mudar de casa no era eximirse de la obligación de estar siempre sujeta á otros; y así con la misma prontitud que tenía en la de sus padres, estaba

rendida en la ajena; no sólo á los mandatos de don Gonzalo y de su esposa, sino á la voluntad de sus hijas, de la familia toda y aun de las esclavas más viles.

Pero más admirable es aún el que ejercitase nuestra santa esta virtud de la obediencia aun después de la muerte. Una criada que vivía dentro del monasterio de Santa Catalina de Lima, después de muerta la virgen, perdió por descuido una cuchara de plata. La fundadora del Convento, que era entonces Priora, había mandado que no dejasen rincón en la casa que no se mirase, ni alacena, escritorio ó arca que no se revolviere para buscarla, por ver si parecía á costa de estas diligencias. Buscóse en vano mil veces y no se halló nada. Y ya no era tanto el desvelo de la Priora perder la cuchara, cuanto mirar por la fama de las que vivían dentro de la casa; porque era grande el peligro de que se hiciesen muchos juicios temerarios y acaso contra la que estaba más inocente; como suele suceder á cada paso en lances semejantes. Con esto la Priora, cuyo nombre era Lucía de la Santísima Trinidad, confusa y llevada de un gran tropel de pensamientos y dudas, levantando los ojos á una imagen de Rosa que estaba allí colgada, prorrumpió de repente en estas palabras: «Oye, bendita Rosa, oye mis voces y atiéndeme. Yo te mando bajo de aquella obediencia estrecha á que me están obligadas todas las religiosas de este Convento, que hagas parecer luego la cuchara de plata que se ha perdido, y te protesto con toda verdad que ha de parecer antes que yo vuelva de Vísperas á que voy á asistir ahora.» Volvió de Vísperas la Priora, buscó otra vez la prenda perdida, miró á una y otra parte, y he aquí que estaba la cuchara sobre la mesa de la celda, donde mil veces habían mirado. Este suceso, efecto fué sin duda del gran concepto que había quedado en todos de la rara obediencia de Rosa. De aquí que se persuadiera la Priora que después de muerta había de obedecer quien en vida nunca la había estado sujeta; pareciéndole que

bastaba para mandarla y que ella obedeciese el hospedarse allí solo su imagen.

No será ya difícil de apreciar lo puntual y atenta que estaría Rosa, cuando vivía, á la obediencia de sus confesores. Desde que tomó el hábito de N. P. Santo Domingo, estaba toda como colgada de la boca de sus padres espirituales, y lo que ellos la insinuaban, aunque fuese de paso, no la parecía á la virgen sólo mandato, sino oráculo del cielo. En cierta ocasión, enflaquecida por las continuas lágrimas que derramaba, sintió un desvanecimiento fuerte de cabeza que aumentaba la debilidad á que la había reducido el continuo llorar. No moderó por ello las vigiliias acostumbradas, ni alargó el sueño, como era necesario, para repararse. Dióse aviso al confesor; mandóla que después de media noche durmiese cuatro horas á lo menos. Ponía gran conato la virgen en ajustarse á esta obediencia; pero con la costumbre que tenía de dar menos tiempo al sueño, no podía, como quisiera, llegar al término señalado, sin dormir más ni menos; y esto fué bastante para que la afligiese mucho el escrúpulo; como si este fuera gran delito, y violar del todo los fueros de la obediencia. Advirtieron este espíritu de Rosa los de su casa, y así cuando estaba mala, cuantas veces la rogaban que se dejase aplicar los remedios necesarios para mejorar ó que descansase algún tanto, ó que se dejase tratar con más regalo, siempre la decían que así lo mandaba el confesor; y con oír esto, no replicando palabra, obedecía con toda sumisión y rendimiento.

Se necesitaría ser muy prolijos si se hubiera de referir por extenso la reverencia y amor que tuvo á sus padres, con cuánta solicitud cuidaba de socorrer su necesidad con el trabajo de sus manos, y si estaban enfermos, cuánta diligencia ponía en servirles, asistirles, comprar medicamentos y acudir con todo lo demás que era necesario para su alivio y regalo; finalmente, cuán atenta era en prevenir las ocasiones de discordia que podían ofrecérseles; en aplacar los ánimos, si estaban

desavenidos, y en aliviarles las pesadumbres y disgustos que les sucedían. El contador D. Gonzalo admirábase mucho, aunque no lo decía, de ver á Rosa tan falta de fuerzas, de salud tan quebrantada, y que con todo esto, después de cansada con el trabajo de todo el día, no levantaba las manos de la labor hasta media noche. La mujer del contador, viendo á la virgen postrada con los achaques y casi paralítico un lado, de suerte que apenas tenía fuerza para respirar, la exhortaba con palabras llenas de amabilidad y dulzura, que por entonces dejase un poco el trabajo y diese alivio á su cuerpo. A esto respondía la virgen que no se ajustaba su conciencia sin grande escrúpulo á faltar á las necesidades de sus padres, por atender al descanso de su cuerpo.

Más admirable es lo que afirma en el proceso D.^a Luisa Hurtado de Mendoza, viuda del Alférez, Alfonso de Lombrera. Atestigua esta señora que á pesar de dedicarse tanto la virgen á ejercicios santos, de día y de noche, estando tan impedida con enfermedades y gastando tanto tiempo absorta en repetidos raptos, con todo esto hacía más labor en un día que otra pudiera en cuatro; aunque fuera muy diestra y muy aplicada. Y porque no pensemos que por darse prisa salía menos perfecta ó menos bien acabada la obra, afirma un testigo en la causa de su beatificación que la labor de Rosa era tan primorosa, tan curiosa y tan pulida, que muchas veces parecía exceder todo el arte y la industria humana.

No paró aquí el amor y solicitud que empleaba con sus padres. Antes como buena hija avivaba el ingenio para inventar nuevos modos con que poderlos socorrer. Había escogido en el huerto de su casa algunos cuadros donde plantar violetas. Cultivábalas por sus manos, y en llegando á sazón hacía vistosos ramilletes, dábalos á la criada para que los vendiese y luego traía á su madre el corto precio que recogía. Un varón religioso, como depone un testigo en la

causa de su beatificación, la preguntó cuánto era el caudal que rendía para sus padres el nuevo trato y mercancia de flores, á que respondió ella con gracia: «El provecho es bien poco, si el celestial Esposo por modos más ocultos y admirables no lo supliera todo.»

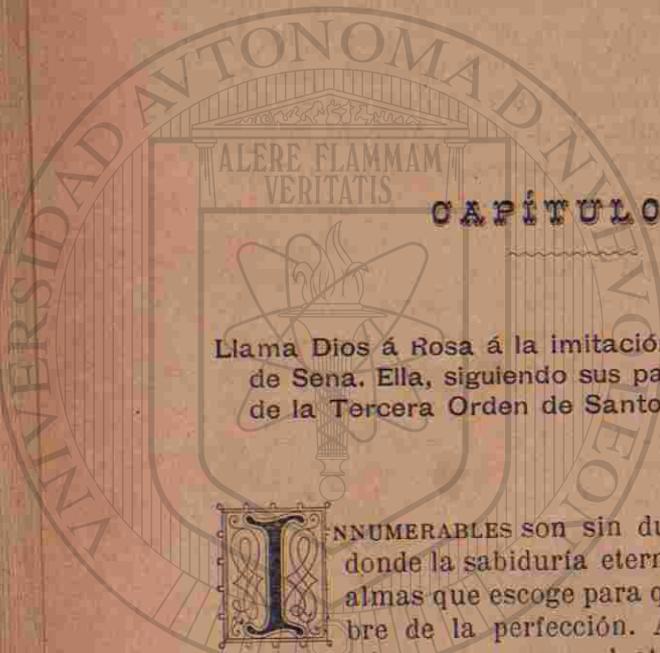
Si acaecía estar enfermos, era su primer cuidado, dando de mano á las otras ocupaciones, servirlos de enfermera, buscar los medicamentos, llevarlos á la cama, darles por su mano la comida, disponer la bebida y los refrescos y aplicarles los lenitivos que ordenaba el médico. Entonces era cuando se le pasaban las noches enteras sin pegar los ojos; estabase junto á la cama, sin apartarse un punto, componía la ropa, sin dejar hacer á las otras nada que pudiese ser de consuelo para sus padres enfermos. No se olvidaba entre tanto de llamar á las puertas del cielo con fervorosas ansias, logrando buen efecto sus oraciones.

No es justo pasar en silencio, supuesto que se habla del amor, que tuvo Rosa á sus padres, la última prueba de cariño que dió á su madre, momentos antes de partir de este mundo. En el último trance de la muerte, estando ya para partirse el alma, miró Rosa á su madre, que estaba á su cabecera, con el dolor que la ocasión pedía. Y no ignorando que había de ponerla en punto de perder la vida, la pena que tan de cerca la amenazaba con la pérdida de tal prenda, rogó á su Esposo (y fué esta la postrera súplica que le hizo en esta vida) que tomase á su cuenta dar á su madre ánimo y valor en tan apretado lance; pues no bastaban sus fuerzas para no desmayar con tal golpe. Así sucedió, y más cumplidamente que lo había pedido; en espirando la virgen, fueron tantas las avenidas de consuelo y gozo que desde lo alto inundaron el corazón de la afligida madre, que la obligaron, como ella después confesó con juramento, á hacerse mucha violencia á sí misma, para no manifestar la alegría, sin poder sufrir por largo espacio de tiempo tanto raudal de dulzuras como sintió su pecho; tanto que casi no podía contenerse sin

dar saltos de placer. Se vió obligada á retirarse á un rincón de la pieza donde acababa de morir Rosa, para soltar más libremente las riendas al contento y desahogar el corazón que estaba palpitando con la sobrada alegría que le hacía no caber en el pecho. Así que llamándola poco después á otro aposento con el fin de apartarla del espectáculo del cadáver de su hija, no quería ir, por no dejar aquel rinconcillo, sabedor y testigo del mucho júbilo que en él estaba gozando. Nunca la piedad de Rosa recreó á su madre con más solicitud y regalo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO V

Llama Dios á Rosa á la imitación de Santa Catalina de Sena. Ella, siguiendo sus pasos, toma el hábito de la Tercera Orden de Santo Domingo.

INNUMERABLES son sin duda los caminos por donde la sabiduría eterna suele llevar á las almas que escoge para que suban á la cumbre de la perfección. A Rosa quiso guiarla por su misma mano, por el atajo, por donde quiso caminar la seráfica virgen Santa Catalina de Sena.

Estaba su madre muy ufana y desvanecida, no con mal fundadas esperanzas, pensando había de casarla con mucho interés y honor. Al matrimonio la tenía destinada desde sus primeros años. Y no desdecían del propósito la peregrina hermosura de Rosa, su discreción, el brío y gala de su talle y cuerpo bien dispuesto; y finalmente la dulzura de carácter que en ella se descubría, efecto en primer término de la gracia y después del mucho cuidado que María de Oliva había puesto en la educación de su hija; prendas todas que la hacían amable y que despertaban la atención y el deseo de muchos pretendientes, para pedirla por esposa. Por

el contrario, creía la inocente Rosa que el haberse anticipado con tanto tiempo cortándose el cabello, imitando en este hecho heroico á Santa Catalina de Sena, había sido también cortar las esperanzas de su madre y las redes y lazos que podían armarla en orden á tratar de casamiento. Y no parando aquí, prosiguió sin descanso la obra de desfigurarse á sí misma con ayunos; y de afearse vistiéndose un tosco saco de sayal. Huía las ocasiones de ver ó ser vista en público; estaba siempre escondida en casa, para no ponerse en riesgo de que nadie la mirase con afición y cuidado. En los cuatro años que vivió en Cantá con sus padres, ni un pie sacó fuera de los umbrales de su posada, ni quiso ver un jardín ameno que estaba muy cercano á su casa, sino sólo una vez que la mandaron sus padres que fuese en compañía de otras doncellas, hijas de señoras de distinción, que deseaban ver los ingenios de los indios. Y aun entonces apenas llegó al verjel ameno, se estuvo sentada en un rincón, sin que la curiosidad pudiese vencerla á fijar la vista en el sitio ameno ó á ver la famosa fábrica. Mas tanto retiro no bastó para no tener muchos pretendientes, á quien el mismo recato y honestidad en medio de tanta belleza ponía en mayor deseo de tenerla por esposa.

Entre muchos que estaban á la mira, cierta matrona esclarecida, por la nobleza y por los intereses, deseaba mucho tener á Rosa por nuera; y que fuese esposa de un solo hijo que tenía. No se engañaba en el trato; pues en tan feliz cambio, más bienes había de recibir, que podía dar en dote con el hijo heredero. Agradaba mucho á entrambas partes este convenio por lo bien que les estaba; y en especial, porque los padres de la virgen, como cortos en los caudales y hacienda, se veían en necesidad de apelar á toda clase de recursos lícitos para mantener á los hijos. Sólo faltaba que Rosa, á quien ponía en punto de perder la vida, sólo el oír nombrar casamiento, porque se acordaba siempre del voto de virginidad que tenía hecho á su Esposo, accediese á lo

que sus padres la proponían. Con todo esto no se atrevía, conociendo la recia condición de su madre, á descubrir el secreto impedimento con que de su voluntad estaba ligada. Los pesares y rencillas domésticas, las injurias y malas palabras, así de sus padres y hermanos, como de sus parientes, que sufrió nuestra virgen con igualdad de ánimo por esta causa, ninguno podrá ponderarlos ni comprenderlos, á no ser leyendo atentamente la historia de Santa Catalina de Sena, en la que se escribe que su madre Lapa, la reprende, la molesta y la riñe sin clemencia; y en la que, la santa, insensible á todo, conserva el propósito tenaz de no sujetarse al yugo del matrimonio. La única diferencia que se advierte entre una y otra santa, es que Santa Catalina sólo tiene que sufrir de sus domésticos palabras pesadas, mientras que Rosa de Lima siente los efectos de la ira de sus padres y hermanos, en las bofetadas y puntapiés que descargan sobre ella. Con todo esto prevaleció en la constante virgen la idea de la Maestra Seráfica, (así solía ella llamar á Santa Catalina de Sena), á quien desde sus primeros años había elegido por ejemplar, para imitarla en el hábito, en las costumbres y en el estado.

Todas las cosas parece se habían conjurado contra Rosa para que no consiguiese lo que tan ardientemente y con tantas lágrimas deseaba, que era el hábito de Terciaria de Santo Domingo de Guzmán. Fué también obstáculo para esto la fundación del convento de Santa Clara, hecha por la esclarecida señora D.^a María de Quiñones, sobrina de Santo Toribio de Mogrovejo, que todavía vivía, modelo acabado de celo pastoral y de todas las otras virtudes. que debe poseer un sucesor digno de los apóstoles.

Sin que hubiera precedido solicitud ninguna por parte de Rosa, la invitaron para que se decidiera á formar parte de aquella comunidad. Luego que lo supo con certeza, trató de consultarlo con Dios, dejando con todo rendimiento en sus manos el misterio de su vocación. No rehusaba la estrechísima clausura del con-

vento que la ofrecían, ni la observancia del arduo instituto; antes viendo que este era el asilo seguro de su pureza, hallaba que era muy conforme al deseo de vida más observante, que desde que tuvo uso de razón sintió en sí misma. Se mostraba tanto más inclinada á este partido, cuanto que había aprendido por una triste experiencia que apenas podía escaparse de otra manera de las importunas molestias de los que la pretendían para esposa; de la batería de sus padres, hermanos y domésticos; y de la vista y conversación del mundo, que tanto la ofendía. Pero aquí se descubrió el secreto de la divina providencia en el medio que escogió para que esto no se llevase adelante, que fué la madre de Rosa. ¿Quién había de sospechar tal cosa? Juzgaban todos que ésta había de ser la primera que lo solicitara; ya por el respeto debido á tal Arzobispo, ya porque viéndose cargada de hijos y obligaciones podía dar estado tan honrado á su hija sin dote alguno. Con todo esto ella lo resistió, dando por excusa la pobreza de su casa, la que sustentaba Rosa con el trabajo de sus manos. Se oponía también su abuela, ya casi acabada y consumida con la edad y enfermedades, y siempre en la cama; á quien sólo asistía la virgen, acudiendo á las muchas necesidades que se le ofrecían. Otros obstáculos se pusieron delante; dispuestos, sin duda, por la Sabiduría divina, la que guardaba á Rosa para adornar el vergel florido de Santo Domingo de Guzmán.

Para hacer más palpables éstos designios de la Providencia de Dios, fueron necesarios dos prodigios. El primero se realizó de este modo: Los que conocían á Rosa y la veían tan sedienta de dones celestiales y de vida muy ajustada, los que la consideraban tan dada á ejercicios espirituales, á soledad, penitencia y castigo de su cuerpo; y que vivir en el siglo le daba en rostro y que le era el mundo aborrecible, la persuadían que entrase en algún monasterio, donde con más libertad pudiese servir á Dios. Lo mismo juzgaron después los

confesores; en esto convenían también otros muchos hombres eminentes por la ciencia y la virtud. Al juicio de tantos tuvo que sujetar Rosa su dictamen; y así por medio de un hermano suyo se determinó á intentarlo, con consentimiento de su abuela; resignándose toda en la voluntad divina, como lo había hecho en el suceso pasado. Valiéndose de un hermano suyo, había conseguido ser admitida en el convento de la Encarnación de religiosas agustinas. Nada faltaba por hacer, sino que dejando Rosa la casa de sus padres, se fuera derecha al convento en el que la esperaban con las puertas abiertas para recibirla en secreto, sin ruido ni pompa.

En el domingo siguiente, día señalado para hacer este piadoso robo de sí misma, tomó el camino y por guarda ó compañero de tan alegre viaje á su hermano, que estaba en todo. Al pasar por la iglesia de Santo Domingo entró allí con su hermano, para tomar de antemano en la capilla del Rosario la bendición de María Santísima, á quien siempre tuvo por Madre, para que fuese su ayuda para proseguir el camino comenzado. Apenas se puso de rodillas para hacer oración, cuando se halló como clavada en el suelo del templo, sin poder moverse. Viéndola su hermano tan fija y que se iba pasando el tiempo concertado con las monjas, comenzó á darla prisa, diciendo que era ya ocasión de irse, y que para detenerse en la oración, más y mejor lugar tendría en el monasterio á donde caminada. Mas la virgen reconociendo que no podía moverse del lugar donde estaba, corrida de sí misma y saliéndole al rostro los colores, intentaba por otra parte disimularlo, y forcejaba, por ver si de algún modo podía desasirse de aquellos secretos grillos y cadenas, con que la tenía aprisionada aquel raro y misterioso prodigio. Entre tanto su hermano, volviendo desde la puerta de la iglesia á llamarla, reprendió su tardanza, exajeró el peligro que había en detenerse, dió la mano á la que procuraba levantarse y no podía: ambos probaron las fuerzas y ambos se cansaron en vano. Entendió ella el misterio

como discreta, de que no era Dios servido se recogiese en aquel monasterio tan poblado de vírgenes; que era otra cosa la que había dispuesto en orden á su modo de vida la Providencia eterna; y que era resolución del cielo que siguiese los pasos de Santa Catalina de Sena, y viviese cercada de espinas y de trabajos. Por lo cual así como estaba inmóvil, vueltos los ojos á la clementísima Reina del Rosario, en la actitud en que se encontraba la dijo: «Yo prometo, Señora, de volverme desde aquí á la casa de mi madre, y hacer de ella retiro y monasterio todo el tiempo que Vuestra Majestad fuere servida.» ¡Raro portentoso! Desde aquel instante se sintió ligera como una pluma, la que había sido hasta allí de plomo; y sin que la diesen la mano se puso en pie y se volvió á su casa.

El otro prodigio sucedió del modo siguiente. Produce Lima una especie de mariposas de tan brillantes y variados colores, que casi pueden competir en los matices con los papagayos, de que hay allí mucha abundancia. Estaba una vez la virgen suspensa mirando el hábito listado de blanco, y negro de la Seráfica Maestra, Deliberaba consigo misma, sin acabar de determinarse, sobre tomar el hábito Dominicano; y en aquella sazón una mariposa pintada hermosísimamente de blanco y negro, batiendo blandamente, aunque no sin misterio las alas, comenzó á formar círculos en torno de Rosa con halagüeño festejo. Ella al punto arrebatada en éxtasis, conoció claramente el enigma del misterio, en que poco antes vacilaba, y que este prodigio era oráculo divino, y que daba á entender, que al fin había de vestir el hábito de la Tercera Orden de Predicadores.

No resultaron fallidas las esperanzas, que concibió nuestra santa de vestir el hábito de Terciaria dominica. Desvanecidos poco después todos los obstáculos y dificultades pudo conseguir lo que pretendía, y vistió el hábito de dos colores, que tanto amaba en su maestra; dándosele por sus manos solemnemente su Confesor, que era el Padre Maestro Fr. Alonso Velázquez, de la

Orden de Predicadores, por comisión del Provincial, y en la Capilla del Rosario donde aconteció el primer prodigio. Sucedió esto el año 1606, día de San Lorenzo Martir. Desde entonces se consideró la ilustre terciaria como la más feliz de las vírgenes, por la semejanza exterior que tenía con Santa Catalina de Sena. ¿Qué mucho, si desde los más tiernos años creció con ella este deseo, consagrándose desde el quinto, y entregándose toda á la que llamaba su querida maestra? Mas cuando en lo retirado de su casa oyó leer después la historia de su Maestra, con tanta atención escuchada, como si para ella sola se hubiera escrito, se sintió interiormente inflamada en deseos de imitarla en todo; sin poder quietarse hasta conseguir el conformarse como verdadera discípula con la perfección heroica de tal Maestra; no solo en lo exterior del hábito, sino en lo interior de las virtudes.

Y si fué dificultoso conseguir el hábito sagrado al cabo de veinte años de deseo y venciendo tantas dificultades, no lo fué menos conservarle hasta la muerte. Se halló en efecto combatida por muchas partes, para tomar otro estado, y no dejaba la prudencia humana, ignorante de la disposición divina, de persuadirla admitiese el ser monja en otras religiones, porfiándola en esto y molestándola; representándola que era mejor empleo y más digno de su espíritu recogerse al monasterio que vivir en el siglo, aunque fuese con hábito de Tercera.

Solo referiré dos casos en que fué más recia la batería y donde más dura prueba se hizo de su constancia, siempre insuperable, invencible siempre.

El contador D. Gonzalo de la Maza, que tenía mucha autoridad con la virgen, porque la sustentaba en su casa, y cuyas palabras eran para ella más que precepto; ó movido por sí ó á persuasiones de otros la hacía grandes instancias para que entrase en la nueva reforma de las Franciscanas Descalzas, creyendo que este era el estado más ajustado al genio de Rosa. Fundábalo

en decir que era más conveniente vivir en convento tan célebre, que no entre las beatas, cuyo estado era menos perfecto; y que podría en aquel santuario tener mejores ocasiones de servir á su Dios, vacar toda al espíritu y darse á la contemplación; y que no la diese cuidado el dote, que él lo allanaría todo, de suerte que fuese sin dificultad admitida. Este tiro fué de mucha fuerza para batir el corazón de Rosa. Añadíase á esto el ser del agrado de su madre, viéndose necesitada; y el convenir en lo mismo el parecer concorde de muchos siervos de Dios.

La virgen, aunque siempre estaba firme en su primer propósito y bien certificada de que su estado agradaba á Dios, no quiso dar á entender que era caprichosa ó que hacía poco caso de tantos como juzgaban le era más conveniente el nuevo monasterio; por lo que usando como otras veces del ardid de su extremado ingenio, eligió cuatro excelentes teólogos de la Orden de Predicadores; puso en sus manos y parecer el negocio; prometió ejecutar lo que determinase la mayor parte, teniendo por muy cierto que la Providencia divina no había de permitir que ellos concordasen en que dejase la senda estrecha que había escogido en el humilde estado de Tercera, por donde tan felizmente había corrido la seráfica maestra Santa Catalina de Sena.

A sus deseos correspondió el suceso, y obrando Dios con su poderosa mano, se dividieron en igual parte los votos, sin poder vencerse, ni moverse unos á otros; admirándose la virgen de ver que no les ocurrían razones á tan grandes maestros, para inclinar más la balanza á una parte que á otra, quedándose en el fiel. Venció, pues, su constancia, y desde allí adelante con más ánimo y confianza despidió á D. Gonzalo y á otras muchas personas que la importunaban que mudase de estado. A todos les respondía con humildad y dulzura: «Que le agradaba mucho la Orden que la proponían, que con tanta hermosura florecía en la Iglesia, y que estimaba las ofertas y la buena voluntad; pero que el

resolverse dependía de la inspiración divina, á quien siempre había de atender; que ésta tira por donde Dios quiere; que no siempre ordena lo que es de nuestra elección y antojo; que el mudar y elegir estado, si ha de ser con acierto, no es del que quiere ni del que corre por más que se fatigue, sino de la misericordia divina; que hasta ahora no había tenido impulsos que la moviesen á mudar de hábito, y que ella estaba determinada de vivir y morir sujeta al magisterio de Santa Catalina de Sena, y con la divisa de su hábito, que tiernamente amaba; que llegaría el tiempo en que se fundaría en Lima un nuevo monasterio de este nombre, y que no sabía si la tenía Dios reservada para que le habitase.»

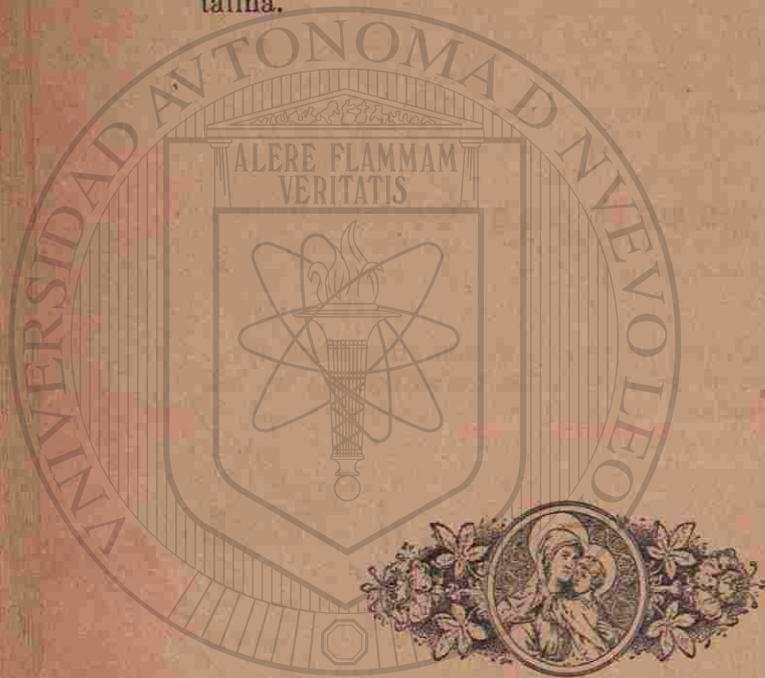
Vencida esta dificultad quedaba otra mucho mayor y al parecer más justificada, como que tenía su fundamento en la humildad de la misma santa. Un escrúpulo que abrió brecha á un pensamiento temeroso la afligió mucho, representando á su imaginación que no venía bien que aquella cuya conciencia estaba tan manchada, vistiese exteriormente el hábito, que es todo nieve y todo armiños, cual es el de Santa Catalina de Sena, y que así se desengañase que era indigna de traerle; que con el candor de aquel traje engañaba al mundo, pues prometía más á la vista de los hombres de lo que valía el espíritu; que á ella sola faltaban todas las prendas y requisitos que deben corresponder á la blancura que brilla en el escapulario cándido; que el hábito que en Santa Catalina había sido protesta de virtud verdadera y símbolo de religión y observancia, era en ella no más que fantasma, público engaño y mentirosa hipocresía de santidad usurpada. Apretaba más las dificultades y la conciencia ver que el vestido blanco parece que eraregonero de la pureza, y daba ocasión al aplauso humano y á que la tuviesen en mucho y estimasen por muy casta y muy recatada. Esto daba á la virgen intolerable pena, porque muy de corazón había dado de mano á todo lo que era celebridad de su

nombre; y viendo que por lo público del hábito y por lo blanco era conocida entre las otras, y que cuando iba al templo desde muy lejos la señalaban con el dedo, la decían alabanzas y lisonjas á sus oídos, y algunos, cuando la encontraban la comparaban con Santa Catalina de Sena, sentía tanto tormento, que casi esto bastara á quitarle la afección que tenía al sagrado hábito que vestía y á persuadirla lo primero, que trajese el hábito oculto y después á que le dejase del todo. Apuráronla tanto estos pensamientos, que una vez la obligaron á que sin reparar en nada, partiese ligera á la capilla del Santísimo Rosario, como á sagrado, para librarse de las aflicciones que padecía, y radicarse más en su primer propósito, valiéndose del amparo poderoso de la Reina del cielo.

Sucedíola como deseaba; ya que en hincando las rodillas en la peana del altar, estando en oración se quedó sin sentido en un gustosísimo desmayo, que á la verdad fué arrobamiento y éxtasis soberano. Las que allí estaban de su hábito advirtieron en el rostro de la virgen que estaba como colgado de la sagrada imagen, fijos en ella los ojos por mucho tiempo, sin pestañear, y que al principio se puso pálida; luego comenzó á cambiarse en color de rosa, como si fuera un carbón ardiendo; toda la cara se llenó de luces y resplandores, despidiendo algunas centellas. Conjeturaron lo que podía ser, y que entre Rosa y Dios se trataba algún negocio de mucha importancia, y que el dosel en que presidía la Majestad misericordiosa era el Rosario, cuyos misterios son representados por los tres colores, blanco, rojo y resplandeciente. No se equivocaron las Terciarias; supuesto que vuelta Rosa á sus sentidos y al color natural, la que antes estaba enajenada prorrumpió súbitamente en alegres demostraciones de júbilo, y cantando sus victorias, dijo en voz alta: «Ea hermanas, alabemos todas á Dios, que ha sido servido unir á sus Terceras, y que seamos fieles compañeras, siendo el vínculo de todas la caridad bien

fundada.» Fácilmente entendieron el enigma cuantas eran sabedoras del combate pasado.

Tanto como esto costó á Rosa conseguir y conservar constantemente el hábito blanco de la seráfica Catalina.



CAPÍTULO VI

Abiertos los cimientos de una humildad profunda, levanta Rosa en su alma el suntuoso edificio de las demás virtudes.

CUÁN profundamente y con cuánta detención se ocupaba Rosa en considerar y ponderar el fondo de su nada, publicarlo á voces las acciones todas de su vida, que fué humildísima. Diremos aquí algo, compendiando lo mucho que pudiera decirse. Pareciale poco menos que nada hacer en casa de sus padres los oficios de una vil esclava, olvidando el ser hija querida; y así procuraba abatirse aún mucho más. Servía en ella una india cuyo nombre era Mariana, de condición agreste y rústica. Llamando á ésta aparte en lo mas retirado y más escondido de la habitación, la rogó, instó y obligó á que la pisase la boca y se pusiese de pies sobre sus espaldas y la pisotease como á desecho del mundo; y aun no satisfecha con esto, la pedía con humildes súplicas que la escupiese, maltratase y diese golpes; no omitiendo nada que pudiese conducir á vilipendio y desprecio. Si Mariana se templaba en la ejecución y solo obraba por

fundada.» Fácilmente entendieron el enigma cuantas eran sabedoras del combate pasado.

Tanto como esto costó á Rosa conseguir y conservar constantemente el hábito blanco de la seráfica Catalina.



CAPÍTULO VI

Abiertos los cimientos de una humildad profunda, levanta Rosa en su alma el suntuoso edificio de las demás virtudes.

CUÁN profundamente y con cuánta detención se ocupaba Rosa en considerar y ponderar el fondo de su nada, publicarlo á voces las acciones todas de su vida, que fué humildísima. Diremos aquí algo, compendiando lo mucho que pudiera decirse. Pareciale poco menos que nada hacer en casa de sus padres los oficios de una vil esclava, olvidando el ser hija querida; y así procuraba abatirse aún mucho más. Servía en ella una india cuyo nombre era Mariana, de condición agreste y rústica. Llamando á ésta aparte en lo mas retirado y más escondido de la habitación, la rogó, instó y obligó á que la pisase la boca y se pusiese de pies sobre sus espaldas y la pisotease como á desecho del mundo; y aun no satisfecha con esto, la pedía con humildes súplicas que la escupiese, maltratase y diese golpes; no omitiendo nada que pudiese conducir á vilipendio y desprecio. Si Mariana se templaba en la ejecución y solo obraba por

cumplimiento, ella se le arrojaba á los pies, pidiéndola que obrase con todas veras, y no se levantaba hasta verse bien satisfecha de malos tratamientos y vilipendios. Siempre que su madre y hermanos la despreciaban con palabras injuriosas, motejando la singularidad de la vida á que se había reducido, creía que sus palabras eran demasíadamente templadas y moderadas, y que habían de ser diez veces más acedas y rigurosas, si hubieran de ajustarse á lo que merecía. Y así en vez de irritarse, solía exajerar lo feo de sus acciones y el mal modo que tenía de obrar, ofendiendo á todos; pretendiendo dar á entender que nadie la afligía ni despreciaba todo lo que pedían sus culpas. Y nacía todo esto de la ambición grande que tenía de verse ultrajada y puesta á los pies de todos.

En las enfermedades, que por la flaqueza del cuerpo y tenerle consumido con penitencias, eran muy frecuentes y muy penosas, acostumbraba la virgen á callar y no manifestar sus dolencias; porque ninguno tratase de aliviarla ni socorrerla. Pero cuando ya no podía disimularlas, ó por ser insufribles los dolores que parece la despedazaban las entrañas, ó por ser notorios los síntomas de la dolencia, confesaba ingenuamente los tormentos que la afligían, mas con tal artificio de palabras, que fundasen esperanza cierta de persuadir á los que la oían, que lo crecido de sus dolores nacía de ser ella gran pecadora á los ojos de Dios, quien descargaba sobre ella tantos azotes, tanta venganza justificada en castigo de sus pecados. Esto creía Rosa de sí misma y este crédito deseaba tuviesen todos de su persona.

De aquí también provino el repetir muchas veces llena de confusión, tristeza y temores, delante de las amigas más íntimas: «Que se admiraba mucho cómo Dios no había ya anegado en abismos horribles al mundo infeliz, solo por sustentar sobre sí tan gran pecadora. Que sus culpas eran tan feas y tan grandes, que muy de justicia se les debía en el infierno el lugar

más hondo y más infame. Que era carga vilísima de la tierra, asqueroso cáncer del género humano, hedionda hez, podrida y pestilente sentina, indigna de que la alumbrase el cielo con su luz, de que la tributase el aire respiración y la sufriese sobre sí el suelo. Que era contagio con que se apestaban los elementos y que con sus maldades se agravaba la tierra.» Si sucedía algún desastre ó caso desgraciado en su casa ó fuera de ella, no dudaba imputarlo á sus delitos. Y como tan de veras lo sentía, y lo decía, no podía llevar en paciencia que rehusasen darle crédito los que tenían muy bien conocida su inocencia; crecía el dolor, si la replicaban que este decir tenía su origen en la humildad extrema da con que sentía de sí, á que luego se oponía, diciendo que pues ella sola se conocía, se le debía dar más crédito que á los que la miraban de á fuera. Mas si pasaban tan adelante que llegasen á decirla alabanzas para desvanecer los vituperios que de sí publicaba, temblaba con miserable espanto y se asustaba como si un rayo la hubiera herido. Lo pálido del rostro, el no acertar á hablar, el llanto copioso, eran fieles testigos, aunque tristes, de lo mucho que esto la atormentaba.

Visitando en cierta ocasión el canónigo D. Miguel Garcés al contador D. Gonzalo en su casa, pasando adelante la conversación y llegando á tratar varias cosas, comenzó D. Gonzalo á contar la admirable santidad de vida, la mortificación, la penitencia y excelencia de costumbres de Rosa, que entonces vivía en su casa. Estaba ella á la sazón en una pieza tan junta á la sala donde esto se hablaba, que sólo un tabique delgado la dividía; y así, á pesar suyo, no pudo excusar el oír lo que se decía. Mas no teniendo ánimo para sufrir lo mal que la sentaban alabanzas propias, huyó de allí con la ligereza del gamo, no parando hasta retirarse al aposento donde estaba doña Micaela, hija del contador. Allí soltando las riendas del desahogo, levantó el grito, y lamentándose amargamente de su infeliz suerte, he-

ría con golpes el pecho, y despedía el sinsabor de sus alabanzas, que tanto la inquietaban. Estaba llena de confusión y de empacho. Y por ver si podía sacar un tormento con otro, golpeaba á puño cerrado en la cabeza, para herirse con las púas de la corona con que tenía ceñidas las sienas. Quien tanta molestia sentía en las alabanzas propias, ¿con qué gusto y alegría será razón pensar que recibiría los desprecios y baldones, las injurias y denuestos? Pero vamos adelante, haciendo lugar á mayores prodigios de humildad.

Había intentado la virgen una acción ardua de virtud heroica, á imitación de Santa Catalina de Sena y había salido con ella. Creyendo doña Isabel Mejía, que esto había de ser dañoso y fatal para su salud, estimulada de un horror piadoso, dió aviso al Padre Maestro Fr. Alonso Velázquez, que era su confesor, rogándole que reprendiese ásperamente aquel exceso de virtud, al parecer temerario, y que la atemorizase para que en adelante no se aventurase á más de lo que podían llevar sus debilitadas fuerzas. Hizolo así el confesor, no sabiendo por las circunstancias, cuánta alabanza merecía, en vez de reprensión. Pero Rosa, como humilde, pidió perdón, y como si fuera culpa lo que era acción santísima, prometió la enmienda; alegre de verse reprendida en aquello en que había temido aplausos y vanagloria.

Cuantas veces se postraba á los pies del confesor para acusarse á sí misma, al instante se anegaba en lágrimas, y en sollozos; partíasele el corazón, exhalando de lo profundo tantos suspiros que no parecía creíble ser tan grave el sentimiento, sino fueran enormes los delitos que confesaba. Parecía una nueva Magdalena, que fué escándalo público de su ciudad; avergonzabase, heríase con recios golpes el pecho, temblaba como azogada, ó como si vieran los ojos que abriéndose se la tierra, estaba allí el infierno para tragarla. Y con todo esto, entre tanto aparato de contrición, humildad y penitencia, apenas hallaba el confesor materia para

absolverla. Muchas veces los confesores, como después afirmaron, trabajaban no poco, escudriñando con examen atento las acciones de la virgen, para descubrir algo que de cierto tocase al fuero de la penitencia. No menos se fatigaba Rosa exagerando inmensamente los menores defectos, pidiendo muy de veras medicina, con gemidos y llanto. Y no contenta con esto, fuera de las muchas confesiones sacramentales que hacía en la semana, se puso ley de decir cada día sus culpas delante de su Padre Santo Domingo: y como si estuviera en capítulo se acusaba por menudo de todos sus defectos pidiendo con humildad perdón y remedio.

Doña María de Usateguí, mujer del contador D. Gonzalo, atestiguaba que mientras vivió Rosa en su casa, y fué por espacio de tres años, siempre se tuvo por la menor de cuantos en ella estaban. Y así se sujetaba en todo y por todo, no sólo al padre de familias, á su mujer y á sus hijas, que eran niñas, sino también á los criados y criadas, hasta los más abatidos esclavos. Y estaba tan prontamente dispuesta á obedecer á cada uno de ellos, como si tuvieran potestad para mandarla. Tenía á gran favor y dicha que se sirviesen de ella como de criada que comía de valde y estaba admitida de merced y gracia para hacer mandados, sin atreverse á beber un poco de agua sin pedir primero licencia á D. Gonzalo, si acaso estaba en casa, y esto puesta de rodillas. Largo fuera de contar lo mucho que observaron cuantos habitaban en casa de D. Gonzalo, acerca de la humildad mansísima de Rosa. Citaremos tan sólo lo que acaeció al fin de su vida.

Estaba la virgen en la cama, cercana á la última agonía, pues no vivió después un cuarto de hora, y la ofrecieron una bebida para confortar el corazón. Aunque no podía beberla, como dijo á la que se la daba, tan pronto como oyó que lo mandaba el señor de casa, trayendo á la memoria que era súbdita suya, obedeció, echóla á pechos hasta agotar el vaso, y dijo con trémula y desmayada voz: «Digan á D. Gonzalo, mi señor, que aunque

yo no podía tomar la bebida, me dió fuerzas la obediencia, y que á los mismos umbrales de la muerte no estoy desacordada cuánto es lo que debe una criada á su señor.» Si no hubiéramos de hacer lugar á otras muchas cosas, nos extenderíamos en ponderar con qué humildad y abatimiento de ánimo pidió en aquel trance perdón á cuantos de aquella casa estaban presentes, diciendo la perdonasen si acaso había pecado contra aquella familia con su mal ejemplo, con sus ásperas y poco afables costumbres.

Largó tiempo vivió ignorante Rosa que hubiese en ella prenda alguna, ni de alma ni de cuerpo, que fuese digna de alabarse. Mirándola en cierta ocasión una mujer, aunque muy de paso, las manos, comenzó á exagerar la blancura, decente belleza y proporción hermosa que en ellas advertía. Horror causó á la virgen verse ensalzada de aquel modo; por lo que echando luego mano á un montón de cal viva, restregó fuertemente las manos una con otra, hasta que se llenaron de grietas y se poblaron de ampollas; causando el ardor de la cal tanto dolor y daño, que en más de treinta días, no pudo vestirse; siendo necesario valerse de la ayuda de Mariana, criada de su casa, para este efecto. Esta fué la que después de su muerte contó todo el suceso que la humildad de Rosa hubiera ocultado, según acostumbraba.

Muy desde los principios tomó á su cuenta esta virgen emplear todo el caudal de su ingenio, llevada de su humildad, en borrar y deslucir la nativa agraciada belleza del rostro, peregrinamente hermoso, por no dar ocasión de agrandar á nadie. Ya parecé que lo había conseguido, no solo con repetidos y prolongados ayunos y mortificaciones, sino también por bañarse todo el cuerpo muy á menudo en agua casi elada, con lo que, retirándose la sangre de la cara, nada se veía que no fuese palidez y flaqueza macilenta, hundidas las mejillas, escondidos los ojos, y hecho todo el rostro un retablo de penitencia. Pero cuando llegó á entender,

que por estos indicios poco á poco iban rastreando los curiosos la austeridad de su vida, y estimaban, y exageraban con encarecimiento su abstinencia, juzgando como discreta, que era más de temer la vanagloria, pollilla de las virtudes, que no lo ventajoso de la hermosura, acudió al auxilio de la oración, y alcanzó de Dios á fuerza de súplicas, que de tal suerte la templase, y dispusiese el parecer y forma del rostro, que no publicase ni diese á entender á los que la miraban el rigor de su abstinencia, ni los muchos ayunos, con que affigia el cuerpo. Al punto se restituyó el color rosado á las mejillas macilentas, volvióse el rostro á su corpulencia antigua, resplandeció la frente, cobraron vigor los ojos; de tal modo, que pudieran jurar en algún modo los que la miraban, que Rosa no sabía que cosa era mortificarse.

Esto dió ocasión á un sazonado chiste. Estaban algunos jóvenes curiosos hablando entre sí con demasiada licencia y libertad en el atrio de una iglesia el día de Viernes Santo. Había pasado la virgen toda aquella cuaresma ayunando á pan y agua; y mas aquellos últimos días de Jueves, y Viernes Santo, que había estado inmóvil en el Templo delante del Santísimo Sacramento, puesto en el arca del Monumento, por espacio de treinta horas, sin haber tomado un solo bocado de pan, ni una gota de agua. Estando, pues, los ociosos charlatanes mirandola como venía con su madre de la Iglesia de Santo Domingo, y viendo el rostro rosado, el aspecto risueño y nada desfigurado, sospecharon temerariamente que venía bien regalada del convento. Y así en voz alta, para que al pasar lo oyese, digeron con libertad, y descaró. «A fe que la Beata no va en ayunas, bien publica el rostro que le han festejado con buenos bocados. Así ayunan las Beatas de este garbo y talle» Desagrado á su madre el pesado gracejo, y la atrevida censura; pero alegrábase la virgen, que de tal suerte se escondiesen sus ayunos, que llegasen á padecer calumnia tan ridícula, como decir que se banquetaba.

Puntas eran estas que en vez de lastimar, alagaban y deleitaban á nuestra Rosa.

Igual á este era el cuidado solícito que siempre tuvo de ocultar los ricos tesoros de otras muchas mercedes que Dios la hacia, y virtudes que ella ejecutaba; no dando lugar á que hiciesen presa en ellos las alabanzas humanas. Y esta es la causa, por la que muchos de sus hechos heroicos, visiones, y secretos regalos del espíritu, de tal suerte se hallan ocultos, sin que bastara para descubrirlos la sagacidad continua de su madre, y sus compañeras, y la diligencia de los confesores. Cierta persona muy célebre por su virtud, y espíritu, vivía con grandes deseos, continuados por algunos años, de penetrar los efectos singulares que la divina gracia obraba en esta virgen.

Desesperando poder conseguirlo por otros medios, se valió de la autoridad que tenía con el confesor de la virgen, y pudo inducirle á que usando de rodeos, y preguntas disimuladas, procurase sacarle algo de estos secretos, sin que ella lo sintiese. Por muchas veces lo rehusó el confesor, lo dilató por mucho tiempo, conociendo las dificultades que había de encontrar en el caso. Finalmente, ó viniéndosele la ocasión á las manos; ó ya que él la asiese por los cabellos, comenzó á disponerla con preguntas equívocas, que al parecer iban muy á lo largo para atarla de pies á manos, y sacar de la respuesta alguna luz, ó que la virgen inadvertidamente se dejase caer algunas palabras por donde rastrear los dones, y favores con que la favorecía el cielo. Mas ella con presteza admirable, conociendo el fin á que tiraba aquel examen, dándose mas prisa en declararse, que quisiera el confesor, cortó sus molestos designios, atajándole con estas cuerdas, aunque mansísimas razones: «Tened por cierto Padre, mio, que yo con todo esfuerzo desde mis primeros años, supliqué con grande instancia á mi Dios, no diese lugar á que viniese á noticia de ninguno de los mortales lo que su altísima misericordia se sirviese de obrar en los ocultos senos

de esta alma miserable. Condescendió á mis ruegos aquel Señor, á quien están patentes los corazones; y así cesad, Padre mio, de escudriñar mi espíritu, y no os canseis, ni á mi me fatiguéis, tomando á pecho una empresa imposible; y pues Dios me concedió este favor, no quiera privarme de él, quien es ministro suyo». Con todo eso, cuando una y otra vez sujetó su espíritu al examen de los confesores, y del Doctor Juan del Castillo, descubrió grandes y admirables secretos, porque así convenia entonces, y porque se veía obligada para vivir más segura; si bien esto fué con tal peso de palabras, con tal cautela y tiento, que no se extendió un punto más de lo que era preciso para responder con verdad á lo que era preguntada. Y así lo que entonces declaró llena de empacho y á fuerza de la necesidad, creo que fué lo menos heroico y lo más vulgar de sus hechos.

Favoreció á esta virtud admirablemente la soberana Reina del cielo, como modelo que es de los humildes; pues estuvo muy de su parte y la ayudó, para que no se descubriesen los rigurosos instrumentos de su mortificación. Y sucedió así el caso. Había ido la virgen á la iglesia de Santo Domingo á hacer, como solía, oración, cuando estando allí, súbitamente le ofreció la memoria, con gran tristeza suya, que uno de los varios instrumentos con que mortificaba el cuerpo, por descuido se había quedado en el aposento, sin haberle escondido; de suerte que fácilmente podía encontrarle cualquiera que entrase. Perdió el color, temiendo no se descubriese por este indicio lo mucho que se daba á ejercicios de penitencia. Y no sabiendo qué hacerse, volvió los ojos á la Virgen Madre, pidióla fervorosamente la socorriese, ocultando aquel instrumento en otro lugar retirado que ella tenía presente en la imaginación. Hecho esto se desvaneció al punto el miedo. Huyó el recelo y volviendo á su casa, halló que el instrumento no estaba donde lo había dejado, sino donde

había pedido á la que es Madre de gracia que estuviese escondido.

A esta rara humildad se juntaba, sin apartarse jamás de ella, una mansedumbre llena de suavidad, afabilidad agradable, rostro apacible, sin sobrecejo ni altivez. Admirábanse cuantos la conocían viendo que jamás se le cayó de la boca una palabra que tuviese dureza, ni fuese satírica ó áspera. Nunca se la oyó voz arrogante, ni de ostentación ó fausto. Nada se descubrió en sus costumbres y acciones ó movimientos que fuese desden, ni que oliese á austeridad ó tristeza. Siempre tenía sereno el rostro, siempre la hallaron benigna y tratable para con todos. Ignoraba el sentir altamente de sí. Sólo sabía sujetarse á cualquiera criatura por respeto de Dios.



CAPÍTULO VII

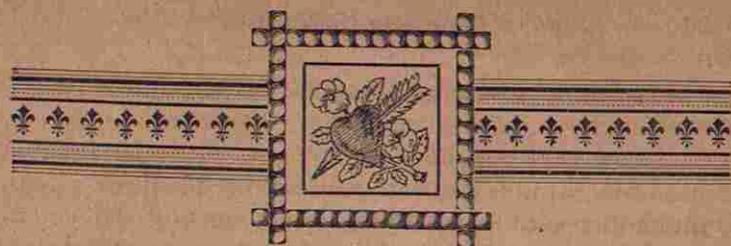
Abstinencia admirable de Rosa y exceso prodigioso de sus ayunos.

SOBRE cimientos tan sólidos, tan profundos y tan capaces, pudo levantar Rosa con seguridad el excelsa edificio de las virtudes. Es cierto que excede á todo cuanto puede decirse lo que se sabe de sus ayunos; aunque es lo menos. Sólo consta sumariamente, que siguiendo las pisadas de Santa Catalina de Sena, poco á poco y por sus grados llegó á pasar la vida casi sin dar al cuerpo lo más preciso para ello.

No había salido aún, como dicen, de los pañales ni de los primeros años de la infancia, cuando se puso ley rigurosa de abstenerse de todo género de fruta, lo que es raro en aquella edad y digno de grande ponderación. Más de una vez se quedó admirada su madre, viendo que su hija en tales años y en tal niñez no se pagaba de la suavidad ni de la hermosura de la fruta. La que la daban repartíala luego con otras, aún á los

había pedido á la que es Madre de gracia que estuviese escondido.

A esta rara humildad se juntaba, sin apartarse jamás de ella, una mansedumbre llena de suavidad, afabilidad agradable, rostro apacible, sin sobrecejo ni altivez. Admirábanse cuantos la conocían viendo que jamás se le cayó de la boca una palabra que tuviese dureza, ni fuese satírica ó áspera. Nunca se la oyó voz arrogante, ni de ostentación ó fausto. Nada se descubrió en sus costumbres y acciones ó movimientos que fuese desden, ni que oliese á austeridad ó tristeza. Siempre tenía sereno el rostro, siempre la hallaron benigna y tratable para con todos. Ignoraba el sentir altamente de sí. Sólo sabía sujetarse á cualquiera criatura por respeto de Dios.



CAPÍTULO VII

Abstinencia admirable de Rosa y exceso prodigioso de sus ayunos.

SOBRE cimientos tan sólidos, tan profundos y tan capaces, pudo levantar Rosa con seguridad el excelso edificio de las virtudes. Es cierto que excede á todo cuanto puede decirse lo que se sabe de sus ayunos; aunque es lo menos. Sólo consta sumariamente, que siguiendo las pisadas de Santa Catalina de Sena, poco á poco y por sus grados llegó á pasar la vida casi sin dar al cuerpo lo más preciso para ello.

No había salido aún, como dicen, de los pañales ni de los primeros años de la infancia, cuando se puso ley rigurosa de abstenerse de todo género de fruta, lo que es raro en aquella edad y digno de grande ponderación. Más de una vez se quedó admirada su madre, viendo que su hija en tales años y en tal niñez no se pagaba de la suavidad ni de la hermosura de la fruta. La que la daban repartíala luego con otras, aún á los

labios no la llegaba para probarla. De seis años ayunaba á pan y agua los miércoles, viernes y sábados; sino es que á lo contrario la obligase, ó el mandato de su madre ó la orden del médico. En llegando á los quince, hizo voto de no comer carne en toda su vida; en cuanto lo permitiesen aquellos á quienes estaba obligada á obedecer. Fué esta penitencia digna de una prudencia madura y de muchas canas; y más admirable en tan pocos años, quitarse de tal suerte y con tal arte el regalo del cuerpo, no quitando nada al derecho que tenían los que podían mandarla. No le faltaron extratagemas con que pudo, siendo hija de familias, ocultar ingeniosamente á los ojos de su madre el tenor severo de su abstinencia, para que no la obligase á comer manjares de más sustancia.

En aquel tiempo algunas señoras nobles, llevadas de devoción, solían convidar á Rosa y á su madre á su casa, rogábanles que se sentasen á la mesa con ellas, sirviéndoles comida, aunque no muy ostentosa bien sazónada. Eran estas ocasiones muy molestas para la virgen, á quien solo el olor de la carne ofendía. Su madre, más atenta á complacer á las que hacían el convite, que no á su hija, mandábala que comiese; pareciéndole que era profanar la mesa con descortés singularidad, usar en aquella ocasión de la estrecha templanza que tenía Rosa en comer. Obedecía la virgen no solo con tristeza, sino con grave daño y tormento del estómago, no acostumbrado á semejante alimento. Y así no haciendo asiento la comida, se veía después obligada á arrojarla. Y era de tener lástima lo que en esto padecía. Si alguna vez el flaco y delicado estómago, aun haciéndole fuerza, no podía lanzar la comida que le inquietaba; luego advertía grandísima molestia; y se sentía acometida de fuerte calentura. Lo mismo la acontecía cuando estando enferma ó dilatándose demasiado la convalecencia, intentaban los médicos, que reparase las fuerzas perdidas comiendo carne. Este medio estaba tan lejos de aliviar á la enferma, que con solo un bocado, como si

fuera veneno, volvía á recaer, perder las fuerzas y padecer la enfermedad en su primer estado. No cobraba alientos la enferma sino el achaque. Habiendo estado una vez muy en duda su vida, se hallaba ya en el término de la peligrosa dolencia, cuando juzgó el médico ser necesario para restaurarle que comiese un poco de carne; aunque lo rehusaba el estómago, receloso del daño que le amenazaba. Comió, y vióse al punto que desfalleció el cuerpo; que un temblor, al que se siguió un desmayo, quitó del todo las pocas fuerzas que habían quedado. Se sintió acometida por el asma, y apretóla tan fuerte que casi cerró del todo las vias de la respiración. En muchas horas apenas se vió la virgen libre de este aprieto; y por espacio de algunos días, ni pudo dar un paso, ni tenerse sobre las plantas de los pies; hasta que teniendo licencia para guardar la acostumbrada abstinencia, poco á poco volvió al vigor y salud primera. Había casi convalecido y obligándola de nuevo á que comiese carne, otra vez la volvieron los mismos accidentes, ni se halló otro remedio sino el usado pasto de pan y agua.

Molestábala mucho el dolor de la ciática, á que estaba sujeta muy de ordinario; y muchas veces con tanta vehemencia, que se descomponía de todo punto el estómago. Pasaba en este tormento días enteros con sus noches, sin comer ni un solo bocado. En pasando el combate, la piedad de los de su casa se empeñaba en porfiarla que tomase siquiera unos tragos de caldo de carne. Escusábase la virgen, y con urbanidad decía que era mejor la trajesen su familiar regalo de pan y agua. Hacía sobre esto sus súplicas con instancia. Y en consiguiéndolo, como si se banqueteara muy opíparamente, se sentaba en la cama, sacaba el migajón del pan, bañábale en un vaso de agua fría; y en tomando el sabroso regalo, de allí á poco se levantaba del lecho muy satisfecha. El contador D. Gonzalo dos ó tres veces experimentó en su casa que Rosa convalecía con este medicamento de anacoretas; confesando que no

podía acabar de entender cómo podía alimentar el ayuno.

Conociendo el mismo en otra ocasión la gran debilidad de Rosa, por muchos y manifiestos indicios, quiso que tomase un poco de alón de una ave cocida, para reparar el desfallecimiento que padecía el estómago. Rosa, aunque sabía lo mucho que solía costarle el probar la carne, esforzabase á obedecer, por no parecer grosera. Apenas había pasado el primer bocado al estómago, cuando sintiendo presagios del peligro, dejó cortésmente la mesa y fuése á toda prisa al oratorio que estaba allí cerca. Echó trás sí las puertas, cerróse y salió después muy entrada la noche, como acostumbraba; pero muy perdido el color y muy macilenta. Preguntada cual fuese la causa del nuevo accidente, dijo casi temblando al contador y á su esposa, que había faltado muy poco para pagar con la vida el haber tomado el pedazo pequeño de ave á que la obligaron. Tal había sido la obstrucción del pecho, que estuvo á punto de ahogarla.

Estas experiencias ejecutadas tan en daño de Rosa, obligaron al contador á que movido de lástima, rogase con grande instancia y protesta á los confesores, á los médicos y á los padres de la virgen, que de allí adelante no tratasen de poner en peligro su vida, mandándola comer carne; que bastaban tan siniestros sucesos para testimonio de su obediencia, que se extendía aun más allá de lo que alcanzaban sus fuerzas; que era crueldad y desagradar á Dios cuanto se intentase, haciendo guerra á la abstinencia de Rosa; de la cual, como se veía claramente, estaba pendiente su vida. Con tal abogado y patrono también se alentaba la virgen con valor santo á suplicar más libremente á los médicos, que no tomasen por medio para curarla el que comiese carne; pues era matarla en vez de sanarla. Y aun decía que no había de admitir ningún otro alimento de más sustancia que su pan y agua; porque así lo quería Dios, á quien las mismas leyes de la naturaleza obedecen pun-

tuales. Acaso aludía con esto á una visión que tuvo entonces, en que Cristo, entre reprensiones y halagos la había enseñado que era su voluntad que le sirviese con tan rígidos y tan constantes ejercicios de penitencia; que su salud y vida quedaban á su cuenta; y que no había que desconfiar, que aquel que en la cruz había muerto por ella, á quien costó tan caro, que derramó pródigamente hasta la última gota de su preciosísima sangre, que en ella había amontonado tantos tesoros de gracia, había de negarle esta merced que ya había comenzado á conceder á su cuerpo, que era poder vivir sin comer carne.

Más tarde se persuadió su madre de que debía permitir á Rosa tanta severidad consigo misma. Cada vez, sin embargo, que notaba en su rostro color macilento y pálido, ó que las fuerzas estaban postradas más de lo que era necesario para vivir sana, echaba luego la culpa á la dieta rígida que observaba su hija. Y como si fuera delito atroz, levantaba la voz enfurecida, impaciente y despechada, casi con las mismas palabras con que en otro tiempo Lapa, madre de Santa Catalina de Sena, la mortificaba, diciendo que era singular, neciamente penitente y verdugo de sí misma. Y aun viendo lo poco que aprovechaban palabras y gritos, pasó á mandarla imperiosamente que desde allí en adelante no comiese retirada ni á solas, sino á la mesa con ella y con su familia; que así vería por sus ojos qué era lo que comía y en qué cantidad. Con todo esto Rosa, con grandes demostraciones de humildad y de súplicas, consiguió que no la obligase á comer de todo lo que se servía á la mesa, sino solo aquellos manjares que no entrasen á pura fuerza en el estómago y pudiesen digerirse. Asentado este partido entre una y otra parte, la prudente virgen trató de ganar á Mariana, que cuidaba de la cocina. De esta sacó, usando de su ingenio y su destreza, y después de haber dado palabra de guardar silencio, que sólo la guisase una torta compuesta de pedazos de pan y un puñado de yerbas, coei-

das con solo agua; pero sin sal ni otro condimento, mezclando tal vez algunos pocos granos de pasas, para que así juzgase su madre, que iba contándole todos los bocados, que comía regalándose mucho. Era empero muy al contrario de lo que parecía, porque las yerbas que recogía con especial cuidado la virgen para su comida eran muy amargas, y con la aspereza agria y malignidad del sabor atormentaban el paladar en vez de regalarle. Con estas delicias lisonjeaba el gusto, mezclando muchas veces ceniza, para que la salsa no desdijese de la vianda.

Había llegado á los oídos de Rosa que en una selva cercana nacía cierto género de yerba muy amarga. Hizo que con secreto se la trajesen y que con ella de allí adelante sazonasen el potaje. Y porque no faltase provisión tan extraordinaria, plantó la yerba en su huerto, cultivándola por sus manos con gran diligencia y persuadiendo á su madre que era muy medicinal y muy provechosa. Ella que, demasiadamente curiosa, andaba registrando cuanto tocaba á la virgen, halló en una ocasión un pequeño vaso lleno de hiel, que estaba escondido en las cercas y paredes de aquel huerto, y sospechando al punto lo que ello era, preguntó á su hija con qué fin había puesto aquel vaso en lugar tan oculto. Ella, viéndose cogida, respondió con llaneza que usaba de aquel licor para rociar la comida. Excitante sin duda muy á propósito para despertar el apetito y las ganas.

Súpose después, y lo refirió Mariana, que casi todas las mañanas al salir el alba, si no había de comulgar aquel día, paladeaba la boca con dicha hiel, en memoria de la Pasión de Jesucristo. Y usaba de este regalo más especialmente los viernes, para gustar con Cristo en la cruz la esponja desabrida que le amargó la boca. De esta hiel y de cortezas de pan hacía un letuario, amasado con vinagre y copiosas lágrimas, al que ella llamaba *mís gazpachos*; porque tomaba este adobo frío y sin aplicarle á la lumbre. A falta de la hiel, usaba

unas hojas amarguísimas de cierta planta, y tomándolas en la boca, ó chupándolas el jugo con meditación profunda y compasiva ternura, hacía memoria del hisopo amargo que aplicaron los sayones á la boca de Cristo, para refrigerar cruelmente la sed que en la cruz padecía.

En las espaciosas y dilatadas campiñas de las Indias Occidentales brota una planta maravillosa que los naturales llaman granadilla. Los españoles la pusieron el nombre de flor de la Pasión, por verse representadas en ella, como en abreviado compendio, las principales insignias de nuestra redención y Pasión de Cristo. Entre las hojas se divisa la columna á que Cristo estuvo atado cuando le azotaron, hermosamente salpicada con pintas sangrientas; al pie de la columna se descubre la corona de espinas; por lo alto tres clavos; adornan las hojas los azotes, que parece están pendientes de un hilo; y por último se descubren en su interior muchos granos ó pepitas, todos ellos de sabor muy agradable. Estas circunstancias movieron á que hiciese Rosa plato regalado de esta planta maravillosa. No usaba de las pepitas, porque eran dulces, sino de los pámpanos, porque son amarguísimos; para que de este modo, juntándose lo acedo del sabor con el misterio que representaban las flores, fuese la comida refrigerio del alma enternecida, más que alimento del cuerpo, á quien mortificaba.

Pasemos á tratar de los ayunos, aunque pudiera con razón dudarse cuál era mayor tormento para Rosa, el comer ó el ayunar. Los que después de su muerte testifican en el proceso lo tocante á la vida y virtudes de la virgen, afirman que usó de dos maneras de ayunos. Uno común, que era de pan y agua, sin probar nada de esto antes de cerrarse la noche. Otro que ella llamaba propio suyo, que consistía en no probar cosa alguna en todo el día ni la noche. El primero, aunque era casi cuotidiano, especialmente en los últimos tiempos de su vida, que acabó dichosamente en casa del contador

D. Gonzalo, mas en particular le observaba desde Santa Cruz de Setiembre hasta la Pascua de Resurrección; conformándose con las constituciones de la sagrada Orden de Predicadores. En estos siete meses iba acortando poco á poco la porción de pan y de yerbas, hasta que entrada la Cuaresma, totalmente escusaba el comer pan, pasando con pepitas de membrillos ó de cidras en cantidad muy poca; porque los viernes solo comía cinco granos, bebiendo con ellos hiel, para que la misma comida le recordase el dolor acerbo de las cinco llagas de Cristo. En lo restante del año era la ración de que usaba tan tasada y tan corta, que lo que para otros no pareciera bastante alimento para solo un día, tardaba ocho días la virgen en consumirlo.

Cuando Rosa en casa de sus padres habitaba en la estrecha clausura, de que después diremos, la mujer del contador Don Gonzalo la enviaba todas las semanas ocho panecillos de pan grosero, para que cada día gastase por lo menos uno en el sustento de su persona; pero al cabo de la semana, cuando enviaba otros ocho recientes se reconocía que sólo había comido en toda la semana uno y medio; y así restituía los seis y medio, que le habían sobrado de la provisión primera.

Se observó, que la virgen con solo un pan, y este bien pequeño, y con un vaso de agua, y éste no grande, se pasó cincuenta días, desde la Pascua de Resurrección, hasta la del Espíritu Santo. Otro año, fuera de esto, corrió el mismo espacio de tiempo, sin beber ni una gota de agua. No chocó en la casa del contador verla pasar muchos días sin comer cosa alguna. Allí solía encerrarse frecuentemente en el oratorio, desde el jueves hasta el sábado, sin comer, sin beber y sin moverse de un rincón; como si la hubieran clavado en el primer lugar que ocupaba; ni había necesidad, por urgente que fuese, que pudiese obligarla á dejar el primer puesto; esto es lo que más ponía en admiración al contador D. Gonzalo, que la tenía en su casa. Pero ¿qué mucho, si el sustento abundante de la gracia

del Espíritu Santo suplía en ella el alimento del cuerpo?

Las especies sacramentales, la daban alguna vez tal fortaleza, tan robusto brío, que pudo pasarse ocho días, sin otro alimento. En otra ocasión vióse obligada á tomar cierta cantidad de comida, fuera del tiempo acostumbrado; no pudo sufrirlo el estómago; lo arrojó en seguida, y como si hubiera sido un gran pecado contra la templanza, se condenó al ayuno rígido de diez días.

Finalmente halló modo para mortificarse, y dejar burlado el apetito, y el gusto de beber agua; y así se le pasaban semanas enteras sin gustar una gota, y sin dar refrigerio al ardor de las fauces, que le afligía mucho. Y cuando bebía era agua caliente y á sorbos, temiendo el pequeño regalo, que podía recibir bebiendo agua fresca; con que, en beber y en no beber ejercitaba la abstinencia. Preguntándole por qué no bebía agua fresca, para disimular daba otras causas, diciendo: «Que por este medio intentaba resistir al sueño, al que promueve el agua cuando está fría.» Séame lícito aquí pasar por alto otras muchas cosas de menor monta; pues parece que basta lo dicho, para que nadie entienda que fué vulgar la templanza, la escasez y parsimonia que observó en comer esta virgen.

Mucho más admirable fué lo que advirtieron los domésticos, y familiares de Rosa, que recibía siempre más fuerzas, y más vigor de los ayunos largos, que del alimento corporal.





CAPÍTULO VIII

Doma Rosa el delicado cuerpo con cilicios, disciplinas, y cadenas.

MARAVILLA fué que en un cuerpo consumido y atenuado con tantos ayunos, hubiese lugar para recibir tantas disciplinas, y que pudiese sacar y derramar sangre el golpe de los azotes. No obstante esto, era tanto el ardiente deseo que tenía de castigarse, que fué necesario que le fuesen mucho á la mano los confesores. Al principio, cuando vistió el hábito de Santa Catalina de Sena, no contenta con los látigos torcidos de que comumente se componen las disciplinas, las fabricó ella de cadenas de hierro con las que todas las noches, á imitación de su Padre Santo Domingo, hería las espaldas y los hombros con tanto rigor, que se teñían de sangre la ropa interior, las paredes, y el suelo, como advirtieron muchos. Creía la inocente virgen que debía tomar tan rigurosa venganza de sus pecados; y movida, de conmiseración por las calamidades públicas, que el mundo padecía, procuraba por este medio, á ejemplo de la Seráfica Maestra, aplacar la justa ira de Dios, y mitigar su justicia.

Se sacrificaba como víctima cruenta, sin tener lástima de sí; ya por los trabajos de la Santa Madre Iglesia, ya por las calamidades de la patria, para impetrar clemencia, y excusar los azotes de Dios á costa de sus llagas.

Si amenzaba el cielo con algún castigo al reino del Perú, ó á Lima, su patria, procuraba apartarle, con sus disciplinas. Recordando las penas que padecen las almas del Purgatorio, duplicaba los golpes; para que los arroyos de su sangre apagasen parte del fuego, que las aflige. Con no menor desvelo, y costa negociaba con Dios socorros, para los que están en el trance de la muerte; considerádo que aquel último momento, es de tal importancia, que de él depende una eternidad. Pero por las culpas ajenas y para satisfacer por las injurias, que atrevidamente cometen los pecadores contra la magestad divina, por su desengaño, y conversión á más ajustada vida se martirizaba tanto, cuanto apenas es concebible. Distribuía en diversas partes del cuerpo las disciplinas, para que, mientras se curaban unas llagas otras se abriesen en otras partes: volviendo después á lastimar las primeras, antes que estuviesen del todo sanas. Esta sucesión alternativa y rigurosa, aumentaba tanto más los dolores, cuanto estaban hoy más sentidas las partes que fueron ayer cruelmente azotadas.

Solían los de su casa, sin entenderlo la virgen, escuchar con cautela todas las noches el estruendo de sus disciplinas; aunque ella se escondía en la parte mas retirada. Una vez, entre otras, les causó mayor novedad y horror; en ocasión en que Rosa, sin hacer distinción de los miembros de su cuerpo, ya estuviesen llagados del ejercicio del día anterior, ya estuviesen ilesos, descargaba severamente la mano, en todos; affigiendo todo el cuerpo con tanto ruido, que se oía de largas distancias. Dió ocasión á esto un alboroto que se levantó en la ciudad de Lima, de ligeros principios como casi siempre sucede. Fué el caso, que aquel va-

rón apostólico, miembro ilustre de de la Orden Seráfica, el venerable Padre Fr. Francisco Solano, esclarecido en vida, por la fama de su santidad, y después de muerto, por la gloria de sus prodigios dijo en el púlpito algunas cláusulas algo oscuras, á que el pueblo dió sentido, distinto del que el predicador intentaba. Con este motivo se apoderó de la ciudad el más súbito y repentino temor, esparciéndose un rumor vago, que había de undirle muy presto; y que esta era profecía, que había predicado el Padre Solano; cosa que ni él dijo, ni soñó decirlo. Rosa avisada del peligro que corría, ya el nombre, y el crédito de varón tan célebre, ya el sosiego público de la asustada y temerosa Lima, empleó aquella noche descargando sobre su cuerpo una verdadera tempestad de azotes, para quietar por este medio la turbación común de su patria; que á juicio de las personas sensatas era peor que el terremoto que se temía, por formidable que fuese. Tanto como esto valía en el aprecio de la Virgen sosegar vagos rumores del vulgo que nacen siempre de monstruosos efectos; y conservar ilesa la estimación de un varón venerado por apostólico.

El Maestro Fr. Juan de Lorenzana, confesor de la virgen juzgó que debía moderarse el rigor de las disciplinas, atendida la flaqueza de su cuerpo. Ella, empero, en vez de esto, pudo tanto con sus razones y súplicas que vino á alcanzar licencia para darse dentro del espacio de pocos días, no menos que cinco mil azotes, que es el número que Cristo recibió por nuestras culpas en su pasión, según que piadosamente se cree. Dado el permiso, no menos la puso en cuidado, pasar el número señalado, que no llegar á cumplirlo. Con el fin de no excederse, pedía licencia al confesor, cuantas veces necesitaban de su socorro, ó las calamidades de los prójimos, ó las necesidades públicas. Para llegar á cumplir la penitencia que se había impuesto, contaba atentamente los días, que impedida por alguna enfermedad que la obligaba á hacer cama, dejaba el santo

ejercicio. Dividía los golpes que había omitido en los días siguientes; para igualar puntualmente con esta añadidura, el número de los cinco mil azotes, para los cuales tenía licencia; no dejando por esto de recibir el número que á cada uno de aquellos días tocaba, según la primera cuenta y repartimiento. Con igual puntualidad obedeció al confesor, cuando le mandó que conmutase la cadena de hierro por una disciplina, compuesta de hilos de cordel bien torcido, áspera y llena de nudos; para que así con más humildad se conformase con el uso más común de su orden. Difícil es calcular aquí qué fué más meritorio en Rosa; ó el usar para mortificarse el cruel instrumento de disciplinas de hierro, que hacían surcos en las espaldas, ó el renunciarle prontamente, atendiendo á la obediencia.

Lo mucho que se inclinaba Rosa á usar con gusto los ejercicios de penitencia, lo manifestó casi desde su infancia, en la que se vislumbraron ya indicios manifiestos de lo mucho que había de ejercitarse en esta virtud. De cuatro años era cuando por no tener disciplinas, ni saber, ni poder hacerlas, comenzó á fatigar sus hombros; ya cargando sobre ellos adobes, ya lastimándose con un pesado tronco; como si desde entonces pusiese todo el conato en llevar la cruz en seguimiento de Cristo, que con tanto afán echó sobre sus hombros el afrentoso leño. Por algún tiempo sola Mariana, criada de la casa, fué sabedora de tan ocultas mortificaciones; sola ella era la confidente de Rosa. Llamándola á parte y retirándola ya á los sitios más remotos del huerto de su casa, ya á los desvanes y terrados más apartados, hincada de rodillas la rogaba que la cargase los hombros, con el peso de los ladrillos que estaban por allí tirados, viendo que ella sola no tenía fuerzas para echarlos sobre sus tiernas espaldas. Con este peso, que á la verdad la abrumaba, perseveraba una niña tan pequeña, puesta en oración prolija; y después hacía señas á la criada para que sin hacer ruido la ali-

viase, sin que lo sintiese su madre, la que si acaso lo viera, podría impedir semejantes ejercicios.

Otras veces la rogaba, encargándole encarecidamente el silencio, que la cargase los hombros, echando sobre ellos una viga tosca y sin labrar; recogiendo dentro de sí todas sus fuerzas, que eran bien cortas, para poder sostener tan desmedida carga todo el tiempo que tardaba en rezar algunas oraciones; por cierto bien largas. Forcejaba con el peso, gemía, luchaba, resistía, hasta que rendida por la carga, caía derribada al suelo. Eran estos, felices preludios de la penitencia, que en edad más madura, prometía no menos delicias al alma que afanes y fatigas al cuerpo.

Aun no había pasado de los catorce años, cuando se comenzó a notar en Rosa, entre otros ejercicios de penitencia, que de noche paseaba el huerto, los pies desnudos, con una cruz muy grande puesta en los hombros; y que no contenta con esto, dejaba caer á plomo las rodillas, hiriéndolas contra el suelo; midiendo de esta suerte con íntimos suspiros y lágrimas amargas los pasos de la via sacra del Calvario; sin que fuesen bastantes para que levantase la mano de este ejercicio, ni la destemplanza del aire, que en aquellas horas suele ser malsano en Lima, ni la oscuridad y tinieblas horribles de la noche; porque sólo tenía por blanco su deseo, buscar por todos los caminos imaginables lo que era más molesto para su cuerpo.

Su confesor, como arriba dijimos, la había prohibido el uso de la cadena de hierro en las disciplinas. Ella, ateniéndose á lo que sonaban las palabras, interpretó el mandato de suerte que sólo le obligase á no disciplinarse con aquel instrumento; no, empero, á que le soltase del todo para que no le sirviese de mortificación y de pena. Y así dando tres vueltas á la cintura con la cadena y apretándola fuertemente, y echado un candado en los últimos eslabones, arrojó la llave donde ni ella misma, aunque la buscara, pudiese hallarla. Este género de tormento quedó oculto, porque no fué necesari-

rio dar parte á otros para ejecutarle, ni tuvo noticia su misma confidente, que era Mariana; y así era fácil que nadie lo entendiese, y quedase por mucho tiempo ó para siempre sepultado en el olvido. Mas no fué esa la voluntad de Dios; por lo cual se descubrió de este modo. Muy entrada la noche, estando Rosa en el lecho, la acometió un dolor agudísimo de caderas, que la medicina llama *ciática*. Sentía la afligida virgen que todo el mal nacía, como de causa, de la cadena que tenía ceñida, la cual, después de haber destrozado el cutis, había profundizado; haciendo asiento en la carne y en los nervios; por lo cual el frío del hierro había sido causa del dolor tan fuerte que sentía en los riñones y en el costado. Eran grandes sus congojas viendo que ni ella sola podía romper la cadena, ni abrir el candado estando sin la llave. Entre tanto crecía el tormento de la ciática hasta el punto de verse obligada, después de haber ahogado muchos gemidos, á gritar de modo que fuese oída. Despertando despavorida Mariana, saltó de la cama, llegóse á Rosa para favorecerla, prometiéndola su ayuda en cuanto pudiese; preguntándola también asustada y perpleja, cuál era el accidente que de improviso le había sobrevenido y cuál era la causa? Aquí la pobre Rosa se vió obligada á descubrirse y declarar todo su secreto á la criada, de quien se había recatado; para que le diese consejo y modo con que romper la cadena, antes que despertando su madre comprendiese lo que sucedía. Intentaron las dos, por cuantos medios estaban á su alcance, soltar la cadena; pero fueron inútiles todos sus esfuerzos. Ocurriósele á la criada que semejantes candados suelen abrirse con golpes; pero entretanto que iba á buscar un guijarro, temiendo Rosa que en vez de buscarle fuese á dar aviso á su madre, ó que ella por sí misma viniese llamada por el ruido y el alboroto; acogióse á la oración, que fué tan poderosa, que se abrió el candado. ¡Cosa maravillosa! Cuando volvía Mariana cargada con una piedra, oyó que el pestillo del candado había saltado, dando un estallido; y

viendo que estaba abierto, fueron las dos aflojando poco á poco la cadena, tirándola con tiento, hasta quitarla del todo: pero como estaba tan introducida en las carnes, fué necesario arrancarla á tirones por muchas partes, trayéndose de camino el pellejo y corriendo la sangre. Vencida con felicidad esta sangrienta lucha y agonía, volvióse Rosa á su quietud, dando lugar á que volviese Mariana á su primer reposo: y á la mañana, tan sosegada y tan serena como si no hubiera sucedido nada, asistió á la acostumbrada tarea de su labor.

Apenas se habían cerrado estas llagas, cuando volvió Rosa á ceñir su cadena, y traer consigo el instrumento de un dolor continuado, hasta que tuvo al fin noticia su confesor, no se sabe cómo, y la mandó que al punto le enviase la cadena así como estaba. Obedeció, arrancóla de la cintura, experimentando nuevos dolores, porque estaba segunda vez introducida en las carnes, envolviola con diligencia en un lienzo, juntamente con el candado que la cerraba, dióselo al sacristán, Fr. Blás Martínez, para que la entregase en propia mano al confesor que la había pedido. El sacristán juzgando por el peso, que llevaba algunas cadenas de oro ó joyas preciosas, en apartándose de la virgen desató el envoltorio, y halló un tesoro muy distinto del que entendía; vió una cadena de hierro bañada en sangre reciente, que por varias partes tenía pegada carne y pellejos, como puntas que la esmaltaban. Algunos eslabones de esta cadena se conservaron por mucho tiempo, después de muerta Rosa, en poder de Doña María de Uusateguí y despedían de sí suavísima y peregrina fragancia.

Ni aún las pulpas de los brazos se vieron exentas de especial mortificación en Rosa, porque las traía ligadas fuertemente con cintas que atormentaban los brazos cuando se ofrecía levantar algo del suelo ó poner en alto las manos. Así acompañaba con profunda meditación á su Esposo en la prisión del huerto de Gethsémani y en las estaciones de Caifás, Anás y Pi-

latos. Aunque estaban bien apretadas las cintas no las había cubierto el pellejo de los brazos; y así pudo verlas Mariana, cuando curaba los hombros maltratados á fuerza de disciplinas; diligencia que era muy continua, por tener abiertas las espaldas con las llagas de los azotes.

Mientras padecían los brazos con las prisiones y la cintura con la cadena, los pechos, los costados y los huecos que están debajo de los brazos no estaban ociosos, porque los molestaban manojos de ortigas y pequeñas puntas de espinas, para que no hubiese parte en su cuerpo que no padeciese; ya que por falta de dinero le faltaba cilicio que fuese á su gusto. Así Rosa era vivo trasunto de la azucena, entre espinas que celebra el sagrado libro de los Cantares.

Cuando se vió enriquecida con un pequeño cilicio que le dió una persona devota, parecióle que era dádiva de mucha estima y presente de mucho precio; y que no había púrpura ni otra tela, por rica que fuese, que pudiese comparársele. Daba los parabienes al enflaquecido cuerpo, que temblaba á la vista de aquel nuevo instrumento de mortificación.

Al principio, aunque sintió aspereza, era menos de la que deseaba la virgen, porque apenas excedía la medida de media vara; y ella apetecía un cilicio muy ancho, que pudiese dar al cuerpo vuelta entera por todas partes. Pero después le dió otro mayor cierta persona religiosa, que colmó de todo punto el contento de Rosa. Tenía mangas, y desde el cuello se extendía hasta más abajo de las rodillas, extraordinariamente áspero y tupido, tejido de gruesas cerdas de caballo, poco menos pesado que una cota de malla. Siendo el cilicio tan grueso, que no permitía á la santa el doblarse, parece debía satisfacer los deseos de penitencia que la abrazaban. Con todo esto aun no pudo llenar del todo el afán insaciable que tenía Rosa de hacer guerra á su cuerpo; y así le armó por dentro con delgadas puntas de agujas, repartidas por todas partes. Usó del peniten-

te vestido por muchos años, hasta que repitiéndose los vómitos de sangre, obligada por mandato que no podía desobedecer, tuvo que abstenerse del cilicio, que tanto daño la hacía.

Pronto inventó otro nuevo modo de castigarse, que ocultamente sustituyese el pasado tormento con menos riesgo de su salud, mas no con menor molestia. Fabricó un saco pesado de toseco sayal, muy grueso y muy doble. Era de la forma de una camisa; y porque no pudiese conocerse la tela, cubrió las bocamangas de lienzo delgado. Con este peso se abrasaba en verano y se helaba en invierno, cansábase, fatigábase á cada paso; falta y apurada de fuerzas, no podía andar ni moverse sin hallar dificultades. Si se sentaba ó ponía de rodillas, era casi imposible levantarse en pie. No había movimiento que no fuese penoso. Desfallecían los miembros con la pesada carga y pareciale que el vestido interior no era de cáñamo sino de planchas de plomo. En tanta batería de mortificaciones, sólo las plantas de los pies, á los que no alcanzaba la disciplina ni lastimaban las cerdas ásperas del cilicio, parece que estaban libres. Con todo esto halló modo Rosa, domadora solícita de la carne, para que les cupiese parte de los rigores. Y así cuando en casa se encendía el horno para cocer pan, valiase de la ocasión y ponía los pies desnudos en la boca del horno, donde es más vehemente el ardor de la llama, meditando lo acerbo de las penas del infierno, que ella entendía muy de veras merecían sus culpas.

Así se verificó que desde la planta del pie hasta lo alto de la cabeza no quedó parte alguna en el cuerpo en que no ejercitase voluntarios tormentos tomados por su mano y buscados con su industria.

Con estos regalos halagaba su cuerpo Rosa, al que por estar consumido con enfermedades continuas le sobraban penas y trabajos. Y con todo esto aun no se satisfacía el deseo que tenía de intentar mayores empresas, en materia de rigores, y austeridades. Si los prudentes confesores no le hubieran ido á la mano,

interponiendo el mandato y amonestándola frecuentemente, que en los ejercicios de mortificación se habían de ajustar discretamente los santos deseos con lo que podían sufrir las fuerzas del cuerpo, aún hubiera tratado con mayor rigor su carne.

Para que se vea qué poco apasionada fué de su cuerpo, baste considerar que la virgen vivía tan cautelosa, y tan prevenida, qué aun no permitía que las delicias, y gustos del espíritu redundasen en el cuerpo. De pocos amigos de Dios se lee que pusiesen en esto especial cuidado; sólo de aquel gran varón, Gregorio López, que vivió en Méjico, lo había leído Rosa, y al punto le tomó por ejemplar, para imitarle. Hasta en esta sutil división de la carne y del espíritu, quiso la virgen conformarse con el Esposo crucificado, sabiendo que este Señor no había permitido que la gloria del alma se comunicase al cuerpo mientras fué mortal, ni los gozos de la parte superior á la porción inferior, para dar más lugar al sentimiento de los dolores de su pasión. Experimentaba Rosa, que con el admirable sabor, y gusto de los dones celestiales, se llenaba de dulzura el espíritu, se embriagaba el alma, y se sazónaba todo el hombre interior; y con todo esto, entre tantas dichas, procuraba cuanto podía, que al miserable cuerpo, cargado de mortificaciones y penitencias no alcanzase siquiera una migaja de aquel convite opíparo, de que parece debía participar por la unión que tiene con el alma. Rosa sólo quería cuerpo para hacerle padecer; no para que gozase regalos, aunque fuesen tan lícitos, y tan justificados. Y si el Rey de la gloria, tal vez la introducía en los secretos retretes, y en la despensa abundante de todos los bienes con qué festeja, y acaricia á sus amigos; mandaba ella al cuerpo que se quedase fuera, y que esperase. Creemos, que este nunca visto divorcio entre cuerpo, y alma debe contarse entre las más sublimes, más admirables y más gloriosas proezas de nuestra virgen.

CAPÍTULO IX

Rosa ciñe la cabeza con corona de agudas púas y la fija y asegura en ella.

SIENDO Rosa la discípula más devota de Santa Catalina, al mismo tiempo que la que ha imitado mejor sus virtudes era conveniente, que á su ejemplo gozase como ella la corona, y consiguiese el lauro. Maravillosa cosa es la ambición con que anhelan los santos en esta vida tener en más verse coronados de espinas, que de oro, y piedras preciosas. Mas en particular en las rosas, ni es seguridad, ni hermosura carecer de espinas, que por todas partes las cerquen, y las defiendan.

Doce años tenía nuestra virgen cuando mirando atentamente una piadosa imagen de Cristo del Ecce Homo, la tierna, y devota compasión de lo que veía, la compungió el corazón, la traspasó las entrañas. Deteniase contemplando la corona de espinas, que taladraba tan cruelmente las sienes benditas del amantísimo Hijo de Dios. La causaba confusión inexplicable el que buscasen regalos y bienestar temporales los miembros del cuerpo místico de la iglesia, que son los cristianos, hallándose su cabeza, que es Jesucristo coronado de espinas. Moviada de esta piadosa conside-

ración hizo la primera corona, que comenzó entonces á usar que era de estaño vaciado. La rodeó de cordeles y mimbres; de suerte que parecía culebra enroscada, poniéndola algunos clavos muy punzantes, á cierta distancia unos de otros por la parte de dentro; con ella ceñía ocultamente la cabeza no sin herirse, y ensangrentarse; aunque lo disimulaba la toca. Parecía víctima coronada, como era costumbre hacerlo en los pueblos gentiles con las víctimas destinadas al sacrificio.

Perseveró en este ejercicio tan molesto de mortificación cristiana hasta que le substituyó por otro, mucho más repugnante á la carne amiga de comodidades y deleites. De ensayo pueril puede calificarse la primera corona, si se compara con la segunda, que contaba noventa y nueve púas. La hizo Rosa casi diez años antes de su dichosa muerte despues de haber recibido el hábito de la orden, no dejándola hasta que dejó la vida. Considerando en contemplación profunda la gloriosa suerte de Santa Catalina de Sena que vió trasladada á su cabeza la corona de espinas del Redentor, no pudo aquietarse su espíritu hasta no gozar con santa emulación de la corona de su Maestra Seráfica. Ni le parecía, que había vestido perfectamente su hábito, si no se veía adornada con su propia divisa que es la corona.

Llevada, pues, de un ardiente deseo de padecer, formó un círculo, y doblando un pedazo de una lámina de plata, introdujo en ella por la parte de dentro tres órdenes de puntas ó clavos, que eran también de plata; de modo que cada orden tenía treinta y tres púas, correspondientes á los treinta y tres años que vivió Cristo. Y porque los cabellos, que habían crecido algo desde que les cortó á raíz, no estorbasen el asentarse más vivamente aquellas puntas en la cabeza, se quitó el pelo á navaja, dejando solamente sobre la frente una mata de cabellos que sirviese para cubrir la corona y para que no lo conociese su madre.

La crueldad con que esta corona poblada toda de

dientes, mortificaba la cabeza de la virgen, la viveza con que la hería y punzaba por todas partes, cuando parece que una sola punta bastara para maltratarla, se colegirán fácilmente si se advierte que no la herían á la vez todas las púas de que constaba la misma. De dos en dos, de tres en tres y de más en más, según las ocasiones y movimientos, penetraban por el cutis, completamente desnudo de cabellos, y atormentaban la cabeza de la virgen, ocasionándola dolores insostenibles. Se torcían y se encontraban en aquel pequeño espacio, renovando las heridas y haciendo unas asientos donde habían hecho llaga y sacado sangre las otras. Túbose como cosa averiguada, que aun el hablar la causaba grandes dolores, efecto de estar encogidos los nervios por la fuerza del dolor. Y si esto acontecía cuando tan poco esfuerzo hay que hacer, como es el que se requiere para articular palabras, ¿qué sería cuando ahogado el pecho le apretaba más la tos? ¿qué, al estornudar ó al verse obligada por alguna necesidad inevitable á mover con más fuerza la cabeza ó mudar su natural puesto? No es fácil explicar lo que padecía.

Todo esto le parecía á Rosa cosa de juguete, según era su fervor, y que era necesario ayudarse del arte para que con más inclemencia la punzasen los clavos de la corona. Por lo cual ató dos cintas por las extremidades por donde se juntaban las puntas de la lámina de plata que formaba el círculo de la corona, con el fin de que tirando por ellas pudiese apretarse y estar fija en la cabeza. Inventó también esta estratagema piadosa para aumentar el dolor cuando deseaba mortificarse de un modo especial, lo que ejecutaba principalmente los viernes en memoria del Esposo coronado de espinas. Intentó la virgen ponerse una corona de verdaderas espinas para que fuese la semejanza más conforme al Esposo; y habiendo consultado el caso con su confesor, éste la disuadió, temiendo se engendrarse materia corrompida en la cabeza, pudriéndose las puntas de las espinas. También la virgen se disuadió de

ello, considerando que no podía ocultarse bien esta clase de corona debajo de las tocas, saliendo forzosamente muchas puntas á la parte de afuera; y porque tenía por inconveniente, según era el deseo grande que tenía de atormentarse, que no todas las espinas la traspasasen por dentro las sienes y que solo una se malograra. Por estas razones se resolvió á no innovar, sino á proseguir en el uso de su lámina de plata; y también porque esta era más firme en herirla y conservaba con más tenacidad las puntas que tenía clavadas. La prueba de que estaban muy fijas se vió después del tránsito feliz de nuestra santa. En efecto, un plateero á quien encargaron quitar de aquella corona algunas espinas para repartirlas entre personas devotas que las pedían, valiéndose de las tenazas, las halló á todas tan firmes, que no pudo sacar ninguna, aunque con la fuerza del hierro quedaron torcidas. Para que por aquí se entienda que ni las puntas cedieron á la paciente Rosa, ni ella á las espinas. Parece que era invencible en entrambas la fortaleza.

No contenta con esta cruz cotidiana, halló modo su ingenio para renovar cada día las heridas. Cuando se ajustaba la corona por la mañana, nunca la asentaba en el mismo sitio que el día antecedente. Mudaba el puesto todos los días, para que la variación diese lugar á que punzasen con más rigor las púas; y que no quedase parte intacta en la cabeza que no recibiese heridas. Los viernes, para mayor tormento, hacía que viniera á caer la corona por un lado alrededor de los oídos, para que así fuese mayor la molestia, entrándose las puntas por partes más delicadas y más sensibles, cuales son las sienes, las ternillas, el cuello; y creciese más vivamente el tormento. Esto mismo repetía los sábados, acompañando de esta suerte con devota compasión á la Virgen Madre, cuyo espíritu traspasaron los puñales del dolor en la muerte del Hijo.

Por mucho tiempo estuvo secreto el círculo de sangrientas espinas, sin que llegaran á sospecharlo ni su

madre, ni los más familiares y domésticos de su casa, que se ocultaba tan cruel instrumento de martirio debajo de unas tocas; ¿y quién había de averiguarlo, siendo ella una virgen tan recatada y modesta? El mismo confesor, que había dado licencia para esta mortificación oculta, porque sin ella no se atrevía la obediente virgen á emprender la más mínima cosa, sabía en confuso que traía una corona de púas; pero ni la había visto, ni le habían pasado por el pensamiento los ardidés peregrinos que había inventado Rosa para lastimarse tan atrocemente. Mas al fin no permitió la Providencia divina que se ocultase. Quiso que el ejemplo de virtud tan rara viniese, para provecho suyo, á noticia de muchos.

Sucedió que el padre de Rosa, irritado y colérico, buscaba por la casa un hermanito de la santa para castigarle, por no se sabe qué travesura. Interpusose Rosa para aplacar la ira de su padre con blandas y amorosas palabras. El, procurando apartarla de sí con algún ímpetu, acaso sin pretenderlo, dió un golpe no muy fuerte á la virgen en la cabeza por la parte donde estaba oculta la corona. Al punto saltaron con el golpe tres hilos de sangre que corrieron por el rostro y frente de la inocente hija, y que descubrieron lo que podía ocultarse bajo las tocas con que cubría la virgen su cabeza. En lance tan apurado, sintiendo más Rosa ver descubierto el secreto, que la sangre y el golpe, se llenó de empacho, y procurando disimular el caso, cautelosamente se retiró á otro aposento, quitóse á toda prisa la corona, limpió la sangre, púsose unos paños para atajarla, y volvióse á poner la toca y el velo. Esta diligencia, este huir de la presencia de su padre, no se escapó á su madre, temerosa siempre de las penitencias de su hija. También Mariana se fué en seguimiento suyo, y la pidió que la dijese la causa por la cual de tan leve golpe se había seguido tanta sangre. Finalmente, por más que se escusaba é interponía los ruegos, entrando en mayor sospecha su madre, mandó

quitar la toca y descubrir la cabeza, y viéndola alrededor herida y punzada por tantas partes, pudo fácilmente conjeturar cuál podía ser el principio y origen de la multitud de llagas que se advertían en Rosa. Con todo no quiso darse por entendida, porque tenía por cierto, por habérselo enseñado una experiencia muy larga, que si la obligaba á declarar el suceso ó á dejar el uso de la corona, había luego de inventar más áspero modo de atormentarse, sin que pudiese esperar que había de dejarse vencer jamás en este propósito. Y así haciéndose la disimulada é indiferente, labó y roció blandamente la cabeza de su hija con vino un poco tibio, que creyó á propósito para curar las heridas y contener la sangre. Dejó la madre para otro tiempo buscar los medios convenientes que hicieran desistir á la virgen de atormentarse tan cruelmente con la corona.

Sin tardanza alguna se dió parte luego al que, al parecer de la madre de la virgen, con más certeza y brevedad prohibiría á la virgen este ejercicio; dióse á uno de los Padres espirituales, á quien en todo obedecía. Este era el sabio y prudente P. Juan de Villalobos, Rector del Colegio de la Compañía de Jesús de Lima, varón grandemente celebrado por su mucha religión y virtud, maestro muy diestro en guiar las almas por los atajos más seguros de la perfección. Este, en oyendo el suceso, mandó á la virgen que le llevase allí el instrumento, cualquiera que fuese, con que apretaba y mortificaba la cabeza. Obedeció al punto; pero como se la obligó á que lo hiciera tan de prisa, no tuvo lugar para limpiar del todo las manchas de sangre con que estaban teñidas las púas. Viéndola el prudente y piadoso Padre, no sin horror y lástima, juzgó que era más rígida de lo que convenía al flaco sexo y tierna edad de Rosa. Y así con blandas razones procuró persuadirla y convencerla á que dejase instrumento tan severo y tan cruel. Ella reparando que el Padre solo trataba entonces de moverla con razones, no de obligarla con imperio, propuso también con toda humildad y rendimiento

las que le parecieron que tenían fuerza en contrario. Capitularon los dos, y consiguió Rosa que el Padre la volviese su corona, aunque algo más suavizada. En efecto, tomando el P. Juan de Villalobos una lima, repasó todas las puntas, remachó las que pudo y embotó las que sobresalían más, pareciéndole que con esto no había acabado poco con la virgen, ya que no había podido convencerla del todo á que dejase el uso de la corona. Pero ella, estimándola en más que un reino, gozábale grandemente de haber vuelto á recuperarla, sin haber perdido ni una sola punta, y poco menos áspera de lo que estaba. Y así volvióse á valer de los antiguos artificios para procurarse á sí misma sufrimientos, ya tirándose de las cintas, ya hiriéndose con el puño, para que de este modo penetrasen más las púas. La lima, no había podido embotar de tal modo las puntas de los pequeños clavos que la poblaban, que no pudiesen, ayudados de estos medios hacer el primer oficio de ensangrentar la cabeza de la virgen con la misma piadosa crueldad que antes. Vióse esto claramente cuando resbalándose en una ocasión la virgen, se dió un ligero golpe en la cabeza contra un baúl, pues comenzó luego á correr la sangre por los hombros, por estar muy apretada la corona y muy ajustada á la cabeza.

De la corona de Cristo canta la Iglesia: «Feliz espina cuyas agudas puntas quebrantan las fuerzas del rey infernal.» Esto mismo mereció experimentar nuestra Rosa; ya que cuantas veces se acercaba este enemigo, intentando manchar su pureza con representaciones sucias y feas, no tenía necesidad la vigilante virgen de valerse de otras armas para rechazarle, más que tocar tres veces con el dedo su corona en reverencia de la Santísima Trinidad. Era clarín militar que en sonando ponía en vergonzosa huida al ejército de Luzbel y agrupaba á su alrededor numerosos coros de ángeles, que la defendían del poder del infierno. Más admirable es lo que se averiguó de esta corona, después de muerta la virgen. Un siervo de Dios, de gran reli-

gión y virtud, después de las exequias de Rosa, se fué á casa del contador D. Gonzalo con ánimo de tocar con sus manos devotamente los instrumentos con que solía en vida domar su cuerpo. Por darle este gusto le sacaron un anillo y la horrible corona con que atormentaba Rosa la cabeza. Apenas la tocó con las manos, cuando sintió un desusado incendio de amor divino, con que se abrasaba y dulcemente se derretía y deshacía en el interior del espíritu con increíbles gozos y sentimientos y con gustos sabrosos de delicias sobrehumanas, cojiendo de aquellas espinas frutos sazonados de vida eterna.

No causará molestia al piadoso lector, el que volvamos de nuevo los ojos á la esclarecida imitadora de Santa Catalina de Sena, en lo que se refiere á las coronas, con que una y otra ciñeron sus sienas. Séanos permitido referir lo que sucedió en la muerte de nuestra santa. Estando su cadaver puesto en el féretro, había dispuesto la divina Providencia, respecto de la cual nada sucede al acaso, que faltase corona de flores con que adornar su cabeza, como se acostumbra en los entierros de las doncellas, cuando se acercaba el momento de llevarla al templo para darla sepultura. Parece que de propósito habían huído y retirádose todas las flores, teniéndose por indignas de coronar á la Rosa que estaba ya trasplantada al Paraíso. Entre el tropel confuso de los unos que daban prisa pidiendo una guirnalda para que saliese el féretro de la pieza; y de los otros que se detenían perplejos, sin hallar á mano flores con que tejerla, sin duda por instinto divino se vieron finalmente obligados á acudir á la imagen de Santa Catalina de Sena, que con tanto desvelo y curioso aliño había acostumbrado Rosa á vestir y adornar con flores, cuando vivía. Quitáronle la guirnalda á la santa imagen y trasladáronla á la cabeza de su discípula. Con ella la sacaron de la casa del contador para el sepulcro; para que aquella que había sido en vida imagen de la Madre Seráfica por la diadema de espinas,

con que se coronaron ambas, fuese después de muerte un retrato mucho más exacto de la misma; siendo una misma la guirnalda que ciñera las sienes de ambas. Aprobaron el suceso cuantos habían conocido el misterio; estando muy ciertos de que este singular testimonio de virtud había sido dado á la virgen, no por industria humana, sino por consejo divino.

Como remate de este capítulo se debe hacer constar que mientras en el aparato funeral coronaba de este modo la tierra á nuestra virgen, la corte de los bienaventurados la coronó en la gloria con muy parecidas demostraciones. Con esto se puso de relieve que en ambos estados fué nuestra santa sucesora de Santa Catalina en la dicha de la corona. El caso, que se hizo notorio, luego que felizmente falleció la virgen, sucedió de este modo. Cierta persona de gran santidad y fama, en visión imaginaria descubrió entre millares de espíritus celestiales gran multitud de vírgenes que caminaban en fila hacia el trono de la Trinidad Beatísima. En medio del escuadrón glorioso resplandecía Rosa, llevando en la mano palma refulgente; el rozagante vestido era blanco como la nieve; sólo se echaba de menos el no ir coronada como las otras vírgenes que la asistían y acompañaban. Se hallaba al pie del trono de la Santísima Trinidad la Virgen Madre del Verbo, la que tenía en la mano derecha una vistosa y luciente guirnalda, esperando llegase la procesión para coronar á Rosa. Con las mismas ceremonias coronaron á Santa Catalina en el cielo cuando partió de la tierra; con lo que quiso descubrir el Señor que no había habido diferencia entre maestra y discípula en la corona de espinas ni en la de oro. Felices espinas, que merecieron la corona de la gloria, puesta por mano de la misma Madre de Dios.



CAPÍTULO X

Lecho estrecho, cabecera dura y vigilijs nocturnas de Rosa.

FUÉ tanto el cuidado y empeño que puso Rosa en mortificar su cuerpo, que aún no permitió que las pocas horas que de noche reservaba para el sueño, estuviesen libres y exentas de particular tormento. A este fin dispuso que fuese tal la dureza de la cama donde había de tomar reposo, que más sirviese para espantar el sueño que para llamarle y conciliarle. Pasó tan adelante su industria y empleo de tal modo en esto su ingenio, que pudo trocar el lugar de descanso en potro penoso. De suerte, que no se regalaba el cuerpo trabajado y molido, sino que quitaba el tiempo al sueño para darle á la oración. Muy de antemano rastreó su madre, cuidadosa en extremo de fiscalizar las acciones de Rosa el fin á que tendía la conducta de su hija. Había advertido en efecto que desde los primeros años de su vida nada procuraba ella con tanto afán como atormentar el cuerpo con

con que se coronaron ambas, fuese después de muerta un retrato mucho más exacto de la misma; siendo una misma la guirnalda que ciñera las sienes de ambas. Aprobaron el suceso cuantos habían conocido el misterio; estando muy ciertos de que este singular testimonio de virtud había sido dado á la virgen, no por industria humana, sino por consejo divino.

Como remate de este capítulo se debe hacer constar que mientras en el aparato funeral coronaba de este modo la tierra á nuestra virgen, la corte de los bienaventurados la coronó en la gloria con muy parecidas demostraciones. Con esto se puso de relieve que en ambos estados fué nuestra santa sucesora de Santa Catalina en la dicha de la corona. El caso, que se hizo notorio, luego que felizmente falleció la virgen, sucedió de este modo. Cierta persona de gran santidad y fama, en visión imaginaria descubrió entre millares de espíritus celestiales gran multitud de vírgenes que caminaban en fila hacia el trono de la Trinidad Beatísima. En medio del escuadrón glorioso resplandecía Rosa, llevando en la mano palma refulgente; el rozagante vestido era blanco como la nieve; sólo se echaba de menos el no ir coronada como las otras vírgenes que la asistían y acompañaban. Se hallaba al pie del trono de la Santísima Trinidad la Virgen Madre del Verbo, la que tenía en la mano derecha una vistosa y luciente guirnalda, esperando llegase la procesión para coronar á Rosa. Con las mismas ceremonias coronaron á Santa Catalina en el cielo cuando partió de la tierra; con lo que quiso descubrir el Señor que no había habido diferencia entre maestra y discípula en la corona de espinas ni en la de oro. Felices espinas, que merecieron la corona de la gloria, puesta por mano de la misma Madre de Dios.



CAPÍTULO X

Lecho estrecho, cabecera dura y vigilijs nocturnas de Rosa.

FUÉ tanto el cuidado y empeño que puso Rosa en mortificar su cuerpo, que aún no permitió que las pocas horas que de noche reservaba para el sueño, estuviesen libres y exentas de particular tormento. A este fin dispuso que fuese tal la dureza de la cama donde había de tomar reposo, que más sirviese para espantar el sueño que para llamarle y conciliarle. Pasó tan adelante su industria y empleo de tal modo en esto su ingenio, que pudo trocar el lugar de descanso en potro penoso. De suerte, que no se regalaba el cuerpo trabajado y molido, sino que quitaba el tiempo al sueño para darle á la oración. Muy de antemano rastreó su madre, cuidadosa en extremo de fiscalizar las acciones de Rosa el fin á que tendía la conducta de su hija. Había advertido en efecto que desde los primeros años de su vida nada procuraba ella con tanto afán como atormentar el cuerpo con

penitencias y mortificaciones, especialmente en lo que se refería á la austeridad y dureza con que dormía, y al estudio que ponía en disimularlo. En consecuencia, sin darse por entendida, la mandó por algún tiempo que durmiese con ella en su misma cama, para frustrar con esta diligencia las muchas industrias y trazas que inventaba su hija para mortificarse. Obedeció puntual la virgen; pero con ardid tan ingenioso, que pudiesen juntarse en un mismo lecho los méritos de la obediencia y de la penitencia. Apenas sentía que el primer sueño había embargado los sentidos de su madre, cuando por no ser sentida, con mucho tiento, se tiraba de la cama, y se echaba inmediatamente sobre las tablas, recostando la cabeza sobre un leño ó algún ladrillo que allí tenía escondido, en vez de la blanda almohada. La misma lucha hubo entre Santa Catalina de Sena y Lapá su madre, y de la misma estratagema se valió aquella para que triunfase la penitencia. Viendo Rosa cuán felizmente le salían sus artes y el buen logro de su ardid, procedía alegremente en la obediencia, y asegurada con la experiencia, pasaba más adelante, no contenta ya con dormir en las desnudas tablas; y así andaba buscando y pensando como hallaría una piedra tosca que la sirviese de cabecera. No duró mucho tiempo esta seguridad, porque despertando una vez la madre, interrumpió la solicitud de la hija. Vió que estaba sobre las tablas; y como si la hubiera cogido en alguna acción criminal, la reprendió y riñó con aspereza, dándole en rostro con la obstinación astuta de que usaba; diciendo que si todo su deseo era engañar y burlar á su madre, que fuese, y de allí adelante buscarse donde dormir, y que armase una cama hecha de tablas, á medida de su gusto y de su antojo, con tal que no usase cabecera tan dura, y que pusiese sobre las tablas un cobertor ó una manta.

A los ecos de estas últimas voces saltaba de placer el espíritu de Rosa. Valióse del permiso concedido. Y aunque le había costado el oír desaires y sufrir correc-

ciones, le parecía que eran amorosas caricias. Aceptó á dos manos, como dicen, la condición. Dió gracias con ternura á su madre por haber andado tan generosa con ella; y poniendo luego en ejecución la licencia, buscó dos tablas, y acomodándolas como pudo en un rincón de su aposento, compuso la cama blanda y mullida, echando un cobertor con dos almohadas, haciendo una cama al parecer de regalo para el cuerpo. Cuando iba á acostarse arribaba las almohadas á un lado y ocupaba su lugar un duro tronco por desbastar. Puso también piedras esquinadas debajo del cobertor, ocultas por el día; para que con la desigualdad se lastimase el cuerpo, al que fuera demasiado regalo descansar sobre las tablas, que aunque duras estaban lisas y llanas. Cuánta fatiga y pena causasen las piedrecitas sembradas por el lecho en el cuerpo de Rosa, fácil es de conjeturarlo por la mella y los hoyos que hicieron en los maderos de la camilla. Las mismas tablas que quedaron marcadas con las piedras eran protesta viva y eficaz de la mortificación que se impuso á sí misma por la noche esta santa virgen.

Mas como las piedrecillas esparcidas por la cama eran fáciles de moverse y apartarse unas de otras al volverse del otro lado la que dormía, parecía conveniente buscar modo, con que fuese el tormento más estable y más duro, puesto que la cama no había de servir de regalo, sino de tormento. Para esto escogió tres leños torcidos por labrar y llenos de nudos; los colocó sobre las tablas y ajustólos con cuñas, que por un lado y por otro se encajaban en las juntas de las tablas para mayor firmeza. De día escondía los troncos movedizos debajo de la cama, porque no lo conociese su madre viendo la desigualdad del cobertor de la cama; ó si estuvieran en otra parte más pública, cayesen en sospecha de lo que era. Solo Mariana, á quien siempre fiaba sus secretos Rosa, era sabedora del caso, á quien encargó con grandes súplicas no lo descubriese. La dijo que si acaso era necesario revolver el aposento, ó

dejase en su lugar los leños, ó volviere luego á esconderlos si les sacaba del sitio en que estaban. Por largo tiempo gozó la fervorosa virgen del deseado cepo; y le agradara mucho más si fuera más penoso, si por todas partes más agudamente la maltrataran las puntas y esquinas de los maderos. Era su mayor fatiga el que entre los vacíos de los mismos no hubiera cosa que le atormentase á medida de su deseo.

Pronto se la ofreció ocasión de hacer de todo punto áspera y casi intolerable la cama. Ajustando, pues, lo más que pudo las tablas de la tarima, colocó siete cuartones á debidas distancias, y porque no se moviesen, los afianzó atándolos con fuertes ligaduras. Llenó los huecos con broza de fragmentos de tejas y platos quebrados y cascós puntiagudos de cántaros, para que como puntas de acero hiriesen el cuerpo. Estaban dispuestos con tal arte, que ni pudiesen desviarse á un lado como las piedrecillas, ni dejasen de punzarla por todas partes. Por debajo no podían irse ni caerse, por haber apretado con tanta diligencia las tablas; por los lados no podían apartarse, por estar los maderos bien atados, para que hiciesen costado; con que no pudiese desunirse aquel escuadrón de puntas, armado contra el sueño y contra el descanso. ¿Quién creyera que sólo una cama tan incómoda pudo agradar á Rosa para descansar en ella? Para cama tan molesta, necesario era buscar cabecera correspondiente á tanta incomodidad, y la buscó, como diremos después. Cubrió los mullidos colchones con cobertores, muy á propósito de sus deseos, porque eran de duras cerdas, como un cilicio, tejidos los hilos en forma de crivo, para que por una parte afligiesen las cerdas el cuerpo desnudo, y por otra diesen entrada libre á las tejas quebradas por las carnes de la virgen y juntamente cubriesen y ocultasen á la vista todos estos rigores. Tenía también á la cabecera ocultamente colgada una redoma de hiel, y no se avenía á coger el sueño antes de regalar la boca con este delicado sorbete, en memoria de su dulce Es-

posó, á quien en el lecho de la cruz refrescaron con hiel y mirra. Alguna vez confesó Rosa que esta bebida no le era tan molesta cuando la tomaba, como después cuando despertaba. Porque entonces sentía que se le había secado totalmente el paladar hasta las entrañas, y que tenía la lengua casi inmóvil por faltarla saliva; y la garganta y las fauces encendidas; siéndola muy molesto aun el respirar. No es de maravillar, en vista de esto, que Rosa intrépida siempre en acometer mortificaciones, sólo en imaginar que se había de llegar el tiempo de entrar en la cama temblara, se congojara y sudara; estremeciéndose muchas veces llena de horror y temores. Sólo con llegar á tocar las orillas de la cama viendo las almohadas que la esperaban, el potro de las puntas que la amenazaban y los dolores que estaban conjurados para recibir el cansado cuerpo, había más que suficiente para atemorizar al más esforzado. Sabía que no había de levantarse sin sacar todos los miembros casi pasmados, quebrantados los huesos, desconcertadas las caderas, los hombros, los pies y brazos. Preguntándole amigablemente cierta señora después de muchos años cómo había podido pasar sólo una noche en una cama tan horrible y tan intolerable, respondió con gracia como solía: «Que allí recogía penas y dolores cuantos eran bastantes para ofrecer á Dios en satisfacción de las culpas de la persona que más quisiese.»

Como prueba de esto citaremos lo que aconteció en una ocasión á Rosa. Antes de acostarse considerando que el lecho era campo fertilísimo de penas, en vez de ser reposo con que aliviarse y repararse de las fatigas del día, estuvo suspensa por mucho tiempo, ponderando que sus fuerzas eran menores y desiguales al temor que le causaba el tormento que esperaba. No acababa de determinarse á subir á la cama. En este conflicto y dudas la socorrió luego Cristo, apareciéndose á la virgen que estaba casi desmayada, con rostro apacible y blando, diciendo estas cariñosas palabras: «Acuérdá-

te, hija, que fué más dura, más angosta y más horrible la camilla del Calvario, en que tomé por tí el sueño de la muerte. Bien sabes la hiel que allí me dieron á beber y yo gusté por amor de ti. No ignoras que las puntas que me atravesaron los pies y manos hasta obligarme á dar el alma, no eran de teja, sino de hierro. Repasa esto en tu memoria y pesa en tu consideración mis penas con las que padeces en esa cama: si te riges por el dictamen de la caridad, te persuadirás que nuestro lecho, aunque pequeño es florido.» Maravilla es cuán hondamente penetraron estas palabras el ánimo de la virgen; cuánta constancia y fortaleza le comunicaron para que no temiese, ni rehusase de allí adelante aquel horrendo ejercicio de la paciencia. Es cierto que perseveró invicta por espacio de dieciseis años en el tormento acerbísimo, acostándose cada noche en aquel lecho; más dispuesto para hacerla agonizar que para dormir; y es más de admirar que lo sabía su madre, que lo llevaba muy á mal y que con todo esto lo consentía, sin atreverse á contradecirlo. Muchas veces había intentado disuadir á su hija de tanta austeridad, y hacer pedazos el lecho cruel; pero hallábase embarazada luego con el remordimiento de la conciencia. Y así ni se atrevía á extender las manos para desbaratarle ni á mover la lengua para mandar á Rosa que no lo usase.

Parecióle más acertado ponerlo en conocimiento de los confesores; pero veíalos temerosos, como si los introdujera en un negocio de gran perplejidad y dificultades, sin acabar de resolverse en nada. Y era esto, indicio bastantemente claro, ser voluntad de Dios que la virgen estuviese crucificada con su querido Esposo por medio de los sufrimientos de un lecho tan duro.

Digamos ya algo de las almohadas. Era el intento de Rosa ir dejando poco á poco la cabecera blanda y llegar á dormir sobre una piedra grande, á ejemplo de su maestra Santa Catalina de Sena; y que esto fuese de suerte que no pudiese llegarlo á entender su madre. Al principio reclinaba la cabeza sobre un lío de paño gro-

sero; después sobre unos ladrillos por cocer y finalmente llegó á hacer cabecera de una piedra esquinada; mas luego que lo alcanzó su madre, quitó la piedra, dióle una funda de almohada, mandándola expresamente que la llenase. Calló Rosa, recibióla, obedeció puntualísima, llenóla, mas no de lana, como creyó su madre. Juntó muchas astillas de las que caen al suelo del cepillo y de la azuela del carpintero; y de esta suerte usaba de la almohada. No se pasó mucho tiempo sin que lo conociese su madre, la que como andaba recelosa de las penitencias de su hija en todo se fijaba. Cogió la almohada, arrojó las astillas y con grandes voces y gran imperio mandó á la virgen que sustituyese lana en lugar de las astillas. Obedeció Rosa muy á la letra, llenó con lana la funda, mas no con lana sola; porque entre la lana y el lienzo sobre que había de asentar el rostro para dormirse, escondió varas torcidas de juncos que para este fin había sacado de una cesta vieja. Los juncos hacían su oficio y como si fueran rallos punzaban el rostro á Rosa; tanto que su misma madre advirtió muchas veces las menudas heridas de las mejillas y frente de Rosa. No podía adivinar la causa. Vivía segura dando por cierto que la almohada estaba llena de lana; hasta que por casualidad, poniendo sobre ella la mano, descubrió el enemigo, que estaba como en celada. Tocó los juncos y los sacó. Vieraís aquí otra vez representada á Lapa, madre de Santa Catalina, amontonando oprobios, injurias y quejas contra su hija; no faltó más que descargar duros golpes sobre ella. Así á Rosa, ya que se había determinado á buscar dureza en la cabecera, fuéle forzoso sufrir durísimas palabras. Su madre, burlada tantas veces y recelando para adelante, la mandó que en virtud de santa obediencia desocupase la almohada y que la volviese á llenar con lana sola. Otra vez obedeció Rosa. Pasando, sin embargo, más allá de la letra, duplicó la lana, y valiéndose de un palo, de tal suerte la apretó, que pudiera igualar la dureza de un madero. Le parecía que había vuel-

to á cobrar otra vez el tronco que antes su madre le había quitado, y era de un árbol que los naturales llaman *pacay*, hendido en medio en forma de canal y dispuesto para recibir la cabeza y el cuello de la virgen. Conoció la madre la última estratagema de Rosa, y dirigiéndose á ella con marcado descontento la habló de esta manera: «Es verdad que has obebecido Rosa mía; has obedecido, pues no hallo aquí sino solo lana. Basta y aun es más de lo que basta, pues has sabido convertir la lana en tormento. No sé ya qué mandarte ni cómo; por no salir un punto de lo que te mandó tu madre has hecho que la lana se endurezca como una piedra. De aquí adelante haz lo que quisieres. Aunque te mates, aunque te vea tomar la muerte por tus mismas manos no hayas miedo que yo te hable palabra ni te vaya á la mano en nada.»

Al fin se llegó el tiempo tan deseado de su madre, en que pudo sin embarazo y con permiso de los confesores, deshacer con gran satisfacción suya y con sus propias manos el penoso lecho de Rosa. Los que cuidaban de la conciencia de la virgen, considerando, casi tres años antes de su muerte dichosa, que se le iban atenuando las fuerzas, que consumido el cuerpo con tantas disciplinas, ayunos y enfermedades, no podía ya pasar adelante sin riesgo conocido de la vida, el suplicio difícil de cama tan áspera, juzgaron que ya que no podía tratarse de persuadirla, que admitiese regalos con que repararse, por lo menos era necesario poner tasa y moderación en las penitencias con que se iba acabando. Por lo cual dieron á su madre, que lo deseaba mucho, por despojo y presa, la camilla, que fué teatro de tanto quebranto por espacio de quince años. Con qué ánimo recibió esta orden la hija, más deseosa de hacer penitencia, que de vivir, no es fácil de explicar con palabras. Lo cierto es que su madre, como si la hubieran dado licencia para acometer y dar asalto á una mazmorra donde estuviese presa su hija, se puso en armas para destruir aquella máquina enemiga.

Arrojó por una y otra parte los troncos, leños y tablas; sacó las cuñas, no sin ofenderse las manos con la precipitación; recogió las tejas y cascotes, y finalmente las arrojó en el río vecino de la ciudad, porque no volviessen á ser verdugos de Rosa. Quiso contarlos primero, y halló que faltaba poco para llegar al número de trescientos.

Hecho el destrozo, se vió precisada Rosa á dormir en otra cama, que procuró no fuera mucho más blanda que la deshecha. La hizo de las tablas que había usado en otro tiempo, sin colchón, sin admitir siquiera unas pajas; contentándose con extender sólo un cobertor. De este modo se tendía sobre ella, la que casi estaba extenuada por la fuerza de las penitencias antiguas. Le parecía, sin embargo que era demasiado regalo, aun siendo tan pobre el tálamo. Por lo cual los tres últimos años de su vida, que vivió en casa del contador D. Gonzalo, pasaba las noches recogiendo el cuerpo y acomodándole en una silla y reclinando un poco la cabeza sobre la columna de la camilla en que dormían las hijas menores de D. Gonzalo. Principalmente en tiempo de invierno, en que por ser grandes los fríos temblaba el cuerpo, se pasmaba de modo que puesta en pie no podía tenerse. Alguna vez despertando traspasada con el demasiado rigor del hielo, encendiendo al candil algunas ramas de romero, procuraba con el humo recibir brevemente algo de aquel calor fugitivo. Con el aborrecimiento que tenía de su cuerpo, nunca quiso despierta admitir almohada en que sentarse; de pie hacía su labor. Y cuando era forzoso el haber de sentarse, un madero duro le servía de silla.

En el interin, acordándose con ansias de su primer lecho, fatigaba continuamente los oídos de los confesores, quejándose amargamente de que perdía ociosamente lo mejor de su vida. Cuando la obligaban contra su voluntad á que hiciese pausa en los antiguos ejercicios de penitencia, decía que con tan demasiada lástima como la tenían sus padres espirituales, se hallaba

totalmente vacía de paciencia; y que llamando todos los días á su gran Patriarca Santo Domingo con el glorioso título de *Rosa de la paciencia*; ella sin esta virtud ni era ya Rosa, ni hija de tan gran Padre. Finalmente suplicaba que ya que no hacía obra que fuese buena, la permitiesen siquiera padecer males. Tanto insistió en esto la virgen que uno de los confesores, como por indulgencia, le dió licencia para que toda la cuaresma de aquel año y del siguiente, que fué el último de su vida, volviese á preparar de nuevo la cama con leños, cascos y tejas conforme al rigor antiguo. Puso Rosa al punto por obra el nuevo permiso, juntando sumo secreto con la suma diligencia que puso en la fábrica. Tanto que ni después de su muerte pudo hallarse el potro de sus penas. Creible es que en acabándose la cuaresma; porque entonces cesaba la licencia, deshacía también el penoso lecho, arrojaba las quebradas tejas, escondía los leños y tablas para que no hubiese noticia; aunque sobraba la diligencia en averiguar sus mortificaciones así en casa de su madre como en la del contador D. Gonzalo.

Este ansioso deseo de que fuese dura la cama, que casi había nacido con Rosa, no se ausentó de su pecho ni cuando estaba muy vecina á la muerte. Se hallaba casi en la agonía y no cesaba de quejarse de que no la dejaban morir en su cama antigua. Pero ¿quién había de ser tan cruel que tuviese corazón para darla ese gusto, viendo la inocencia de su vida y el tormento que buscaba cuando estaba moribunda? Mas ella instaba y pedía que á lo menos la bajasen de aquella cama, que era más blanda y la dejasen morir en el desnudo suelo. Llegando á entender que ni aun esto le habían de conceder los que la asistían, viendo que estaba allí su hermano, le rogó que le apartase las almohadas, y fueron estas las últimas palabras que le dijo en esta vida. Apartólas un poco y mostraba alegría la moribunda, sintiendo que la cabeza y hombros estaban reclinados en las tablas que hacían respaldo á la cama; contenta

de que así moriría reclinada en un duro leño, conformándose de algún modo con el Esposo crucificado. Poco después exhaló con envidiable quietud y sosiego el feliz espíritu en manos del Criador. No faltó quien mirando con atención el aspecto pálido de Rosa cuando espiraba, le pareció una viva efigie de Cristo espirando en la cruz; maravilla que también se observó en Santa Catalina de Sena, estando mala en la cama; aunque fué en otro lugar y tiempo.

Fácilmente colegirá cualquiera, de la dureza que usaba Rosa en la cama, lo mucho que se daba á las sagradas vigiliás, cuando el mismo lecho la quitaba el sueño. Alguna vez la seráfica Maestra Santa Catalina de Sena dijo familiarmente á su confesor el B. Fr. Raimundo de Capua, que ningún enemigo le hacía más guerra, ni más costosa y difícil que el sueño; al que redujo á tal sujeción, y á tales términos, que con sólo dos horas le contentaba. Esto mismo ejecutó Rosa, como discípula de Santa Catalina; el mismo triunfo la coronó victoriosa. También redujo el sueño al estrecho término de dos horas, y tal vez á menos, aunque tan importunamente la molestaba. Por lo cual pudo distribuir el tiempo de la noche y del día, de modo que la quedasen reservadas doce horas para la oración; las otras diez daba á la labor y trabajo de manos, con que sustentaba á sus padres; las dos que quedaban estaban dispuestas para acudir á las necesidades del cuerpo y para el sueño. A esta facilidad en tantas vigiliás, ayudaban mucho los ayunos largos; el estar como metida entre puntas de cardos con el cilicio que usaba y la cama que tenía; la abstinencia dilatada del agua fría y de todo género de bebida, la meditación profunda y estar tenazmente clavada en la consideración de los misterios más elevados. Con todo esto no se olvidaba el astuto enemigo de emplear contra ella todas sus artes y esfuerzo, antes en levantándose á orar en lo más profundo de la noche, la molestaba más tenazmente, para reducirla al sueño. Costáronle muy caro á Rosa estas

batallas; porque si hincando en el suelo las rodillas, comenzaba la oración, parece sentía sobre los párpados una pesa de ploma. Si se ponía en pie daba cabezadas, y si se postraba en tierra, extendidos en cruz los brazos, blanda y halagüeña la suavidad del sueño, entorpeciendo los sentidos, iba creciendo hasta hacerse dueño de Rosa. Le parecía á la virgen cosa vergonzosa rendir la cerviz á contrario tan perezoso y á competidor tan cobarde; peleaba sin perder el ánimo, aunque diese caídas. Golpeaba contra la pared las cervices, hería los costados con sus mismos puños; no había ardiz de que no usase para ahuyentar el letargo, que dulce y y disimuladamente se le introducía; vencía, en fin, pero no sin sudor y sin agonía. Triunfaba; pero en la cruz; y es que en el aposento de la virgen había una cruz de madera de la altura de un hombre, en cuyos brazos había también dos clavos fuertes, suficientes para sostener todo el cuerpo. De estos se asía con ambas manos, para pelear valerosa, cuando el tardo sueño la presentaba batalla. Colgada estaba de ellos con apretado abrazo, pendiente todo el cuerpo, mientras rezaba todo el oficio de Nuestra Señora. De esto se valía para ahuyentar al enemigo del sueño. Así crucificaba el mortal enemigo, y no apartaba los brazos de los instrumentos de la victoria hasta verse triunfante de su adversario. Así alcanzaba la palma; pero no sin adquirir muy duros callos en las palmas de sus delicadas manos.

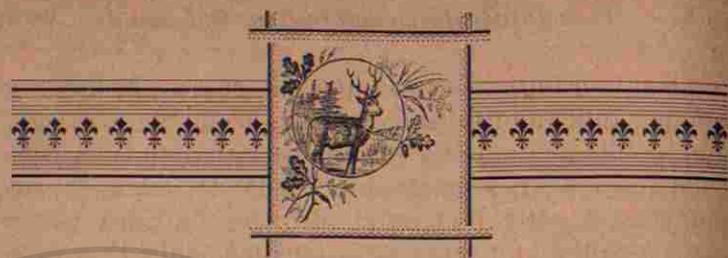
Inventó también otro modo de pelear no menos costoso. En la pared de la celda que habitaba Rosa, había fijado un clavo, casi un palmo más alto que su estatura. En este enredaba aquella mata de cabello que había reservado sobre la frente para cubrir la corona, invención nueva contra las asechanzas del sueño. Así con este martirio hacía huir al sueño y en este lugar de suplicio rezaba sus devociones y ahogaba como á ladrón el molesto apetito de dormir. Y viendo que tan pocos cabellos no eran bastante para sustentarse en el aire to-

do el peso de su cuerpo se apoyaba, como podía sobre la tierra con la extremidad de los dedos de los pies, aunque le costaba grandes dificultades; porque flaqueaba el apoyo débil y era necesario estar tal vez sobre un pie, y después tenerse en el otro. De aquí se deduce cuán importuna era la fuerza del sueño en una doncella tierna como era Rosa; pues para pelear contra él la fué necesario valerse en la cama de abrojos y picos de quebradas tejas y fuera de ella de medios tan extraños como los apuntados. Así que durmiese ó velase la virgen, siempre había de estar padeciendo dolores insufribles.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO XI

Rosa evita cuanto puede el presentarse en público y se reduce á muy estrecha celda.

Como antiguamente el amor de la soledad se apoderó de Santa Catalina de Sena, y siendo muy niña la sacó de su casa y la puso fuera de la ciudad, buscando en despoblado cuevas y grutas donde hacer vida heremítica, así también enseñó á Rosa desde sus primeros años á buscar los rincones solitarios de su casa y huir el trato y el comercio del mundo. Solían acudir á su casa muchas niñas de los vecinos, deseando jugar con ella. Este es el primer cuidado de aquella edad. Traían sus muñecas y conformándose con el sexo y con las años, entreteníanse en vestir las y engalanarlas. Cada una á competencia, y con emulación inocente enseñaba su muñeca á Rosa, que no despegaba los labios, rogándola y persuadiéndola que ella también hiciese otra, y se la diese á ver. Rosa decía, que ni quería tener muñecas ni tocarlas; porque había oído decir que el diablo una vez había chillado

como si fuera un pájaro en una muñeca: acaso tendría esto por fundamento haber hablado el demonio en algún idolillo pequeño de los indios antiguos. Así que dejando á las otras niñas ocupadas en el juego de las muñecas, se retiraba á un rincón secreto, para vacar con más quietud á otros pensamientos ocultos, que la llevaban más la atención. Cogiéndola una vez su hermano en tal lugar, y casi con el hurto en las manos, preguntóla cuál era la causa de que no se entretenía en jugar y alegrarse con las otras niñas; y por qué gustaba más de estarse ociosa y retirada en los rincones llenos de polvo, de mosquitos y telarañas? A lo que respondió la virgen con más seso que pedía su edad: «Dejadme aquí escondida y sola con mi Dios; quié sabe si asiste tan propicio entre aquellas muñecas como lo está aquí?»

Creía con los años el deseo de vivir retirada. Y así viendo que en el huerto de su casa, junto á las cercas había unos plátanos, cuyas dilatadas ramas hacían apacible sombra, escogió aquel lugar para formar un oratorio apartado de la vista de los domésticos, tomando por ayudante de la fábrica á su hermano Fernando. Allí, entretegiendo ramos, mimbres y matas hizo una pequeña choza, cubriéndola por arriba con frondosos arcos. Dentro hizo un pequeño altarcito pegado á la pared. Puso en él una cruz de cartón, adornada con flores y plumas de varios colores, y cuantas estampas y sagradas imágenes podía haber á las manos, llevábalas luego al famoso templo que había erigido. Parecía á Rosa que estaban allí reducidos todos los gustos y delicias del mundo, y no sabía salir de aquella soledad en todo el día. En cenando, en levantándose de la cama, íbase luego á aquel sagrado, donde hallaba ocasión de oración y meditación. Aquel era el asilo donde se recogía para librarse del bullicio de las chanzas y conversaciones ociosas, vacando sólo á sí y á las cosas del cielo. Fuera de este paraíso en ninguna parte hallaba quietud y descanso, tanto que era dicho común de la

casa: «Quien quisiere hallar á Rosa váyase al huerto.» Y porque sólo de día podía gozar de este consuelo, llegando á más años, consiguió de su madre la señalase dentro de su casa un aposento donde pudiese pasar la noche en soledad, apartada de los otros hermanos. Fueron éstos, preludios tempranos, que se descubrieron en la tierna inclinación de la virgen; para que de estos preámbulos pudiese conjeturarse lo que sucedería cuando fuera más avanzada en edad.

Había ya llegado á edad suficiente para salir con su madre y acompañarla á las visitas de más cumplimiento. Pero como la tiraba tanto el amor del yerno, érale molestísimo ver y ser vista en público. Y así ya con ruegos, ya con lágrimas suplicaba á su madre que no la llevase fuera consigo. Causaba esto mucha admiración á María de Oliva, no comprendiendo por entonces de qué causa podía nacer que solo Rosa aborreciese aquello que otras doncellas suelen desear y pretender con tantos desvelos y diligencia. Así que muchas veces aunque veía el disgusto de la virgen, la obligó con mandatos á que saliese con ella á visitas, cierta que en oyendo precepto suyo, habla de obedecerla sin réplica. En una ocasión, diciéndola que había de ir á cumplir con algunas visitas y que la acompañase, no sabiendo Rosa con qué medio impedirlo, pasando junto al horno de casa dejó caer de propósito sobre un pie una pesada piedra de las que estaban á la boca, y con la herida y el golpe, cojeando sin fingimiento, consiguió que no la sacasen fuera.

Otra estratagema no menos ingeniosa se ocurrió á esta virgen, tan enamorada de la soledad, con que redimir la vejación de salir en público. En barruntando que su madre había de mandarla prepararse para salir á visitas, muy de secreto solía estregarse las pestañas y párpados con pimienta fina. Y con esta diligencia se le encendían los ojos y parece que despedían llamas. Poníanse llorosos, como si les hubiera sobrevenido alguna gran fluxión. Con esto, cuando su ma-

dre la llamaba para ir á la visita, bastábale por excusa para quedarse mirarla á los ojos hinchados, escocidos y que destilaban lágrimas. Compadeciéndose de ella su madre, al verla en tal estado, porque el aire de la calle no hiciese daño á los ojos, que veía tan lastimados, la daba licencia para que se quedase retirada en lo más oscuro de la casa, que era lo que ella más deseaba. Duro modo de escaparse, traza costosa; pero Rosa estimaba más que las niñas de sus ojos el quedarse en casa como anacoreta. Largo tiempo le valió esta astucia, hasta que la misma repetición y frecuencia, haciendo caer á su madre en sospecha, vino á descubrir el secreto. Sucedió el caso del modo siguiente. Se habían dado palabra D.^a Luisa de Vargas y Carvajal y María de Oliva de ir cierto día con sus hijas á pasear en coche y visitar un celebrado santuario de Lima, donde está la imagen de Nuestra Señora de Monserrat. Llegó el día señalado; paró á la puerta el coche con D.^a Luisa y con su hija D.^a Isabel Mejía. La madre, dispuesta ya, llamó á Rosa para que tomasen ambas el coche. Mas la virgen vino luego á su presencia con los ojos hinchados, inflamados los párpados y echando sangre, de puro colorados, dando á entender con esto que la fluxión de los ojos, la inflamación, el dolor, el pestañear aprisa eran causas suficientes para no exponerse por todo un día á la destemplanza del aire y á la fuerza del sol. Aquí, finalmente, acabó de caer en la cuenta su madre, haciendo algunas reflexiones sobre lo pasado; y después de haberse excusado cortésmente con D.^a Luisa, á título del achaque de los ojos de Rosa, comenzó entre sí á pensar con atención qué misterio tendría que su hija saliese con fluxión de los ojos cuando se ofrecía el recibir visitas de señoras ó el tener que hacerlas. Miró y remiró con grande advertencia el rostro y los ojos de la virgen, vió que no era fingimiento y que de veras estaban enconados y sangrientos, y que el llorarle los ojos, el estar tan inflamados los párpados, eran testigos abonados, aunque mudos,

del dolor y sentimiento que padecía. Con todo esto, usando de la licencia de madre, y pegando su rostro con la boca y nariz de Rosa, la dió luego el olor de la pimienta, y lamiendo con la lengua los párpados, descubrió lo que ponía encarnados á su hija los ojos. ¿Quién podrá pintar aquí la indignación, la impaciencia, los gritos, las afrentas, que como si fuera un nublado de piedra y rayos, descargó de repente sobre la inocente Rosa? «¿A dónde tiran, decía, estos engaños? ¿Para qué pueden ser buenos estos embelecos? Si el fin era traer engañada á tu madre y burlarte de ella, ¿qué atrevimiento infame es jugar con la vista, poniéndose á peligro de perder los ojos? ¿Tan presto te has olvidado, malvada hembra, de lo que sucedió poco ha con la esclava de Fernán Méndez, que usando de semejantes embustes, y refregándose los ojos con pimienta y ajos, ha quedado ciega?» A todo esto respondió Rosa con brevedad y modestia: «Por mejor tuviera, madre mía, perder la vista, que emplearla en mirar las vanidades del siglo.» Esta satisfacción hizo gran fuerza á su madre. Dióle licencia para que se estuviese en casa cuanto quisiese, con condición de que no se salpimentase otra vez los ojos. Tanto como esto le costó á Rosa la licencia de estar en casa, aunque fué tan tarde. Pocas quisieran dar tan subido precio por ella, y comprarán de buena gana á peso de oro la facultad de no estar un instante recogidas en casa.

Después de algún tiempo, por inspiración divina, descubrió nuestra santa medio más sencillo para llevar adelante sus propósitos de soledad completa. Pidió á sus padres con todo rendimiento y respeto le concediesen en el más retirado rincón del huerto, lugar y espacio para trazar una celda solitaria, que ella deseaba no excediese las medidas de su estatura, haciendo una pequeña ventana, cuya llave había de tener ella sola, si gustaba su madre; porque intentaba, sin perder un punto de tiempo emplearse toda utilísimamente en el trabajo de manos, en el estudio de oración

y meditación y recogimiento de espíritu. Daba para esto razones sólidas y de peso, que el cielo y el deseo de servir á Dios le dictaban. Contradecía su madre, rehusando que se enterrase su hija viva en tan estrecho sepulcro. Después de muchos ruegos, sin fruto; después de verse despedida, con obstinación y porfía acudió la virgen, como solía, á los socorros del cielo. Invocó primero á Dios nuestro Señor, luego á su Santísima Madre, para que con poderosa mano hiciesen que viniese en ello su madre; y no dudaba que había de ser oída. Y así movida con impulsos del cielo esperaba prendas que la asegurasen, y vino á conseguirlo. Sucedió el caso de esta manera. Tenía la virgen, entre otras alhajas de su pobre tesoro, una corona de cuentas de coral. Solicitó Rosa que se pusiera en el cuello de la imagen del Santísimo Rosario, adornándola con esta preciosa joya. Llamó con este fin á un religioso conocido, para que sin dilación la pusiese en la imagen. Descuidóse él algún tanto, acaso por estar muy alta la imagen y no haber á mano escalera ninguna. El día siguiente vino Rosa á oír misa, y viendo que aún no estaba puesta su corona en la imagen, rogó con mucha instancia al sacristán mayor la pusiese, porque le iba mucho en esto; ya que intentaba cautivar á la Madre Virgen con estas amorosas prisiones, para que así saliese por fiador el Hijo que tenía en los brazos. Eran estas últimas palabras enigmas que no entendió por entonces el sacristán, quien puso en ejecución lo que decía Rosa; arrimando al altar la escalera, no sin trabajo, colocó la corona en el cuello de la santa imagen. Llegóse el día, en que cumplido el plazo, había de ejecutar Rosa al fiador de María Santísima. Fué con estos intentos á la iglesia de Santo Domingo, entró en la capilla del Rosario y vió que la corona de coral que hasta allí había estado en el cuello de la Madre, se había pasado á la mano del Hijo. Lo mismo vieron cuantos estaban presentes en la capilla, aunque ignoraban el misterio, y pensaban que lo habría hecho el sacris-

tán. Avisado éste del prodigio, vino, y llenóse de asombro, porque estaba muy cierto que ni él ni otro ninguno de los que servían en la capilla había mudado la corona desde que se puso en la imagen. Solo Rosa era sabedora del milagro, y sentía gran contento por ver que el cielo apoyaba sus deseos. La Reina Santísima del Rosario había concedido la gracia que le pedía Rosa. El Hijo había salido por fiador, y por esto había trasladado á su mano la prenda de coral; dando á entender que estaba su Madre libre de la promesa y que corría por su cuenta el ponerla por obra.

Con este portentoso quedó asegurada Rosa. Parecía que ya tenía en las manos lo que deseaba, y así trató de enviar á su madre honorífica legación, siendo los embajadores el Maestro Fr. Juan de Lorenzana, catedrático de la Universidad de Lima, D. Gonzalo de la Maza, contador del rey, y Doña María de Usateguí, su mujer. Día era de la Purificación de Nuestra Señora, cuando entraron los tres á hablar á la madre de Rosa, proponiéndole el constante propósito que tenía de edificar una celda angosta y solitaria, donde nadie pudiese hablarla ni verla sin licencia del confesor. No interpusieron ruegos para persuadirla, antes la daban congratulaciones y parabienes de que tuviese tal hija, y de que ella emprendiese tal retiro y recogimiento. La madre, que hasta allí se había obstinado siempre en negar, ahora, blanda como la cera, se allanó á todo sin pedir un instante de tiempo para mirarse en tan difícil punto. Y como era Dios fiador de su Madre, cumplió el empeño, dando á conocer que no menos tenía en su mano el corazón de la madre de Rosa, que los corales que había trasladado á sus dedos, estando primero en el hermoso cuello de María.

Concluido este negocio tan felizmente y lograda tan deseada licencia, cuál sería el regocijo con que pasó Rosa aquel día? Parece que se venía rodado lo que canta la Iglesia del santo anciano Simeón y se verificaba en la virgen: *Responsum accepit Simeon a Spiritu San-*

cto. Con santo atrevimiento, aunque con desigual motivo, cantaba en su corazón con increíble alegría el *Nunc dimittis*, haciendo á su Dios la salva; como quien pisaba ya las arenas de la playa y poseía la seguridad del puerto, después de navegación larga y peligrosa, esperando gozar los apretados abrazos del divino Esposo, que aunque tierno infante, retira á sus esposas á la soledad para hablarles allí muy al corazón. Finalmente sentía en lo interior del alma avisos soberanos con el último responso de aquel festivo día, que dice: «Adorna tu tálamo Sión.» Y lo estrecho de la celda que preparaba, en todo parecía tálamo, no habitación humana. A Rosa se le hacían los instantes siglos, esperando que amaneciese el día siguiente para dar principio á su fábrica. Llegó al fin, y con toda diligencia comenzó á edificar el tálamo para el celestial esposo. Llevó al huerto los materiales, y en pocos días terminó la mansión humilde, estrecha y pequeña, en donde había de encerrarse. Tenía cinco pies de largo y cuatro de ancho. A uno de sus confesores le pareció habitación muy estrecha, á quien ella satisfizo en breves palabras con agudeza y donaire: «Bien cabemos en ella yo y mi Esposo celestial.» ¿Qué mucho si era tálamo que había dispuesto la hija de Sión abrasada en amor divino para festejar á su Esposo?

Puestos en ejecución sus deseos, teniendo ya donde retirarse en la soledad de aquel nuevo yermo, empleó todo su cuidado en gozar estas felicidades, y en que no se le pasase un instante de tiempo sin mucho fruto. Aquí se encontraba todo el día y la mayor parte de la noche entretenida y gustosa. Aquí repartía las horas, dando á cada una diversos oficios de devoción y ejercicios de piedad. Aquí libre de otros cuidados, con el uso de la contemplación, disponía en su corazón escalones para irse elevando más y más hacia el cielo, casi olvidada si vivía en cuerpo mortal ó fuera de él, como si fuera un ángel. Después que se encerró en este retiro fué Dios servido de manifestar en un rapto á cierta señora de

santidad conocida la virtud de Rosa. Mostrósele el Señor en forma de estrella lucidísima, cuyos rayos y claridad no podía encubrir ningún obstáculo ni impedimento. Lima, que por otro nombre se llama la Ciudad de los Reyes, también había de tener su estrella, que girando silenciosamente, guiase hacia la estrecha cuna del Salvador. Debemos de tocar de paso lo que muchos observaron en Rosa cuando vivía; la que se deleitaba maravillosamente en mirar al cielo cuando estaba más sereno. Algunas veces pasaba la mayor parte de la noche como pasmada, sin pestañear, ocupada en mirar el vistoso espectáculo de la multitud casi innumerable de estrellas que brillaban en el firmamento. Nada de extraño tiene, sin embargo, esto, para quien considera que nada más propio de la que era nueva estrella de la ciudad de los Reyes, que buscar su centro y girar dentro de su esfera. En el cielo tenía puestos Rosa todos sus cuidados y anhelos. Era esta virgen de condición é inclinaciones puramente celestiales; y como alma nacida para el empíreo, nada podía apartarla de registrar muy despacio en el sosiego de la noche los astros refulgentes que tanto adornan y hermocean la morada dichosa de luz y claridad, que es el cielo. Confesó ella misma, que descansaba y se reparaba de todos sus afanes y ahogos contemplando las estrellas. Y así persuadía á muchos que usasen de este ejercicio; porque la vista del firmamento, cuando está claro y sereno, se ha de contar entre los primeros incentivos y motivos eficaces que despiertan el espíritu para conocer á Dios. Bien claro es, en vista de esto, qué atinada andubo aquella religiosa matrona que vió á Rosa en forma de estrella, siendo tan amiga de ellas.

Los que sabían el afecto y devoción que tenía Rosa de asistir á los templos, y estar en lugares sagrados se admiraban de verla tan aficionada á su celdilla, y de que los días de trabajo fuese rara vez á la iglesia. No faltó quien movido de esto le preguntase cómo podía sufrir su corazón piadosísimo el no dejar su retiro siquiera

por la mañana, para oír misa todos los días, pudiendo volverse luego, sin detenerse, á su celda. Oigamos la respuesta de la candidez simplísima de Rosa, que sin duda nos causará asombro. Dijo, pues, á la persona que la hizo tal pregunta: «No la detenía el cariño de la celda, sino las ocupaciones de su madre, que atenta á los cuidados domésticos no podía todos los días salir de casa y oír misa; y que no tenía licencia de los confesores para ir sin ella á la iglesia; mas que la bondad divina por otro medio acudía á aquestos inconvenientes, haciendo que cada día desde el retiro de su celda oyese y viese no una sino muchas misas.» Preguntáronla el modo, y vino á averiguarse que era privilegio soberano que estando ausente de la iglesia con el cuerpo, estuviese presente con el espíritu, oyendo las misas que decían en el hospital de Sanctispiritus, que estaba cercano; y en la iglesia de San Agustín, que se hallaba á más de una milla de distancia. No puede negarse que era esto gran consuelo para una virgen tan devota, obligada por otra parte á vivir encerrada por no tener quien la acompañara al templo.

Reducida ya la virgen á vivir en su destierro, gozó de privilegios singulares para con los mosquitos; que mejor podríamos llamar obsequios que estos animalitos la tributaban. Era muy húmedo el sitio de la ermita en que hacía la santa vida de anacoreta; y por ser mucha la espesura de matas y árboles frondosos que la rodeaban por todas partes, era casi infinita la multitud de mosquitos que se criaban, fuera de los otros que llevaba al mismo lugar la fresca sombra de que naturalmente son muy amigos. Es molestísimo este género de animalillos para los hombres, tanto como el que más; porque con su pequeña trompa, inquietan por una parte y causan dolor por otra. Enjambres y ejércitos numerosos entraban en la retirada choza, especialmente cuando los ardientes rayos del sol al mediodía, ó el sereno al anoecer les obligaba á defenderse de la inclemencia de los elementos. Con todo eso no hubo uno

que entre tan pobladas legiones se atreviese á picar á Rosa. Hervían las paredes, pobladas por todas partes de cínifes. La puerta sonando con estruendo confuso parecía la entrada de una colmena. Bullían por la ventana el tropel y las avenidas de los que entraban y salían volando. Cautelábanse todos de no hacer asiento en la virgen, perdonando á su piadosa huésped; como si juramentados hubieran hecho concierto, pagando así la posada. Aconteció alguna vez entrar en el aposento su madre ó algunas otras personas, que con licencia del confesor venían á comunicar cosas de espíritu. A éstas, en sentándose ó junto á la puerta ó cerca de la ventana, no daba lugar para otra cosa el estrecho espacio de aquella cabaña, acometían luego en batallones cerrados, poniendo sitio á la cara y á las manos con velocidad y prisa. Si ahuyentaban á unos ocupaban otros el mismo puesto. Y los que estaban de emboscada, saliendo de repente sacaban la sangre, cuando menos se esperaba; dejando por trofeo y señal de la victoria, quemazón y ronchas en la cara, en las manos y en cualquier otra parte del cuerpo donde se parasen. Admirábanse los que esto experimentaban, viendo que Rosa se estaba días enteros quieta y sin moverse metida en esta plaga de Egipto. Crecía la admiración cuando advertían que ni en manos ni en rostro tenía una sola señal del combate sangriento de los mosquitos. Sonrióse la virgen y respondió á su madre y á otras matronas: «Cuando me entré en esta celda hice paces generales con estos cínifes; fueron las condiciones que ellos no me turbasen ni me afligiesen, y que yo en nada les haría agravio. Hemos cumplido puntualmente entrambas partes; y no solo gozamos con sosiego y sin hostilidades de esta común estancia, sino que ellos también á su modo me ayudan á cantar las alabanzas divinas.» Así sucedía en efecto; porque al amanecer, cuando Rosa abría las puertas de la celdilla y quitaba las aldabas á la ventana, decía á todos los que allí habían hecho noche: «Ea, amigos, levantarse á dar á Dios alabanzas», y

ellos luego, con una música blanda, zumbando, parece que entonaban cánticos alegres, y dividiéndose en tropas y girando alrededor mezclaban entre sí agudos murmullos, para alabar á su Hacedor, del modo que podían. Cumplida esta obligación, volaban todos á buscar que comer, ocupando diversos puestos. Del mismo modo, cuando al caer el sol volvían á recogerse, les intimaba Rosa, que antes que se acomodasen á tomar reposo, cantasen con ella los laudes de la tarde al común Criador. Y luego con alegre susurro y competencia sonaban los ángulos de la celda, con ruidos parecidos á los de la mañana; y duraba esta consonancia hasta que haciendo señal la virgen callaban todos, atados con las leyes del silencio de la noche, que es sagrado en la Orden gloriosa que había profesado Rosa de Santa María. El imperio sobre estos animalillos tan viles, estuvo reservado al estado de la inocencia. Tocóle tan de cerca Rosa, que pudo disfrutar en su celdilla de los privilegios del paraíso.

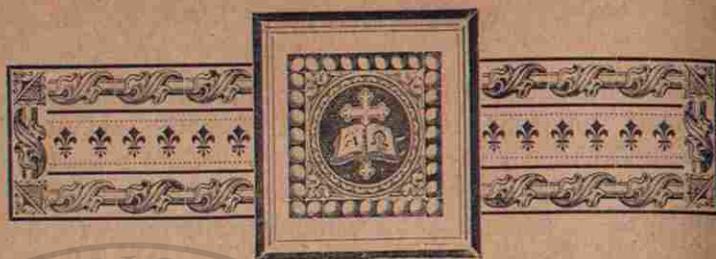
Sor Catalina de Santa María, de la Tercera Orden de Santo Domingo, y largos años compañera de D.^a Leonor de Castro, solía visitar á Rosa en su yermo. Y no pudiendo sufrir la insolencia atrevida de los mosquitos, mató uno, después que estaba bien hinchado y embriagado con su sangre. Rosa cuando lo vió se quedó admirada y dijo: «¿Qué es lo que haces, hermana carísima? ¿Así quitas la vida á mis huéspedes?» Respondió Catalina: «¿Estos llamas huéspedes? No son sino enemigos carniceros y crueles. ¿No ves qué lleno estaba este cínife de mi sangre?» A lo que replicó Rosa: «¿Qué mucho es haber dado alimento con tu sangre á este animal tan pequeño, cuando nuestro Criador tantas veces nos apacienta con la suya? Y así no pases adelante castigando tan severamente á mis mosquitos, que yo te doy palabra, si así lo haces, que harán paces contigo, como las tienen conmigo.» Fué así, que de allí adelante ninguno picó ni sacó más sangre á Sor Catalina. Se tiene como cosa cierta que sucedió lo mis-

mo á la madre de Rosa, al contador D. Gonzalo, á su consorte D.^a María y á otras muchas personas; para que no pudiese dudarse del imperio admirable que tenía Rosa sobre estas criaturas, que eran sus domésticos y los inquilinos de la desierta ermita que habitaba. Lo mismo experimentó Sor Francisca de Montoya, que era también Tercera de la Orden, aunque fué de modo diverso. Esta, pues, ocupada en pláticas espirituales y coloquios santos, que estando de visita, había travado con Rosa, viendo el asalto hambriento de tantos enemigos, asustóse un poco. Rosa cayendo en ello: «No temas, la dijo, carísima hermana, yo te aseguro que solos tres mosquitos te han de picar este día á honor de la Trinidad Santísima. Desde hoy en adelante quedarás libre de esta molestia, como yo lo estoy.» Sucedió así. Tres veces la hirió el aguijón del cínife. Desde allí adelante en la presencia de Rosa siempre estuvo exenta. Bien está que el retiro solitario por dispensa divina gozase del privilegio de esta inmunidad admirable; pero que pudiese Rosa comunicarle á todos los que allí asistían, sin duda es singularísimo.

Los tres últimos años que vivió Rosa en casa de D. Gonzalo, guardó casi igual soledad y desvío. Estabase todo el día y gran parte de la noche cerrada en el oratorio ó en los aposentos más retirados. No dejó por intentar prevención ni diligencia, sólo con el fin de excusar visitas inútiles. Algunas veces con permiso de sus confesores y licencia de D. Gonzalo iba á casa de su madre, para gozar á sus solas de las dulzuras de la antigua celda, y en muchas ocasiones se quejaba tiernamente, desahogándose con aquellos á quienes trataba familiarmente; y ponía delante el dolor y la pena que la afligía. Querellábase de que el estado de nuestro siglo y la honestidad del sexo no permitiesen el retirarse á la aspereza de los montes y buscar allí una gruta inculta entre las quiebras de los peñascos, donde vivir apartada de todo comercio humano. Alababa continuamente con santa envidia los felicísimos tiempos

de los ermitaños antiguos; suspiraba en oyendo que se hacía cualquier mención de los desiertos de Nitria y de la Tebaida; y para decirlo en una palabra, habíanse pasado á Rosa los encendidos deseos de Santa Catalina de Sena, con que antiguamente había buscado con ansias las cuevas remotas del yermo.





CAPÍTULO XII

Admirable desposorio de Rosa con Jesucristo, siendo madrina la Reina soberana de los ángeles.

NOTICIAS tenía Rosa por las historias que había leído que la sagrada virgen Santa Catalina de Sena, viviendo en carne mortal, por un efecto singularísimo de la gracia divina, había recibido las arras de esposa de la misma mano de Cristo. Corría ella también por la misma senda, llevada del olor y fragancia del Esposo; mas como su humildad era tan profunda, no tenía alientos para aspirar ni pretender la dignidad soberana, ni el título glorioso de esposa de tan divino dueño. Contentábase con seguirle con el nombre de doncella que sirviese en su palacio. Con todo esto eran grandes los tesoros de virtudes que había granjeado su industria, ayudada de la gracia. Descollaban en Rosa la pureza virginal y el abismo de humildad, que son las disposiciones más próximas y más propias para conseguir el desposorio divino y que componen el dote debido á tal matrimonio. Y aun por esto, cuando Cristo se digna celebrar

con las almas más queridas y perfectas los divinos desposorios, preside la Emperatriz augustísima y Señora de los ángeles; porque ella es por excelencia Virgen singular, que goza del privilegio de pureza suma después de Dios, y su humildad es la más profunda que hay entre puras criaturas; no teniendo en estas dos virtudes, como ni en las demás, primera que la ventaja, ni segunda que perfectamente pueda seguirla, ni igual que pueda competir con ella.

De la humildad de Rosa dijimos ya algo en otro lugar. De la pureza debíamos tratar aquí extensamente antes de hablar de sus desposorios con el verdadero Esposo de las almas; pero nos contentaremos con lo más principal de esta virtud. Todos los confesores de la santa, que llegaron hasta once, seis de la Orden de Predicadores, y cinco de la Compañía de Jesús, en el examen jurado, contenido en el proceso, rectificaron conformes, como si hablaran por una boca, que el candor virginal de Rosa resplandeció siempre con tal pureza, que no se le advirtió ni aun culpa venial que pudiese mancillar jamás el cristal de su entereza; y que nunca se atrevió ningún pensamiento feo á acometer su firmeza en el largo espacio de su vida. ¿Qué mucho que á Rosa de tanta fragancia no haya podido tocar nunca el escarabajo inmundo, el vil y asqueroso animal de la lujuria?

De aquí el que donde tan rara honestidad, virginidad tan pura, consagrada á Cristo con voto especial desde los primeros cinco años de su infancia, fueran dote apropiado para el futuro matrimonio con el Esposo Nazareno. Rosa, empero, cuanto amaba con más veras y ternura la azucena cercada de espinas, tanto más bajamente sentía de sí. Por lo cual fué necesario que usase Dios de prodigios, con que muy de antemano la fuese preparando para el misterio, y alentando el ánimo para el consentimiento. El primero de los que se saben fué el que sigue. Cuando aquella mariposa listada de dos colores, negro y blanco, de la que habla-

mos arriba, volando desde lo alto, hizo asiento sobre Rosa, advirtieron los presentes que iba trepando por el lado izquierdo de la virgen con movimientos varios é inciertos, hasta ponerse sobre el mismo corazón. Allí la veían detenerse más tiempo y con más cuidado; y que al modo de una aveja, ocupada en fabricar su panal, giraba y revoloteaba al rededor del mismo. Al poco tiempo voló y desapareció; viéndose dibujado en el mismo instante sobre el vestido de Rosa un corazón muy perfecto retocado de colores. Esto vieron y observaron las doncellas que estaban haciendo labor con Rosa dentro de la misma pieza, aunque estaban ignorantes del misterio que indicaba aquel corazón dibujado sobre el corazón de Rosa. Ella sola era la que sentía, aunque entonces entre obscuridades, la voz lejana del Esposo que la decía: «Dame tu corazón.» Conjeturaba con fundamento que la mariposa con la librea de varios colores no sólo la incitaba á que vistiese el hábito, conforme en el color al de Santa Catalina de Sena, sino que la señalaba con la divisa del corazón, lo que en otro tiempo sucedió á la virgen de Sena, cuando cambió su corazón con el de Jesucristo. Con todo esto, eran estas señas más remotas de lo que era necesario para que concibiese Rosa esperanzas firmes de llegar á la gloria de tan alto y tan dichoso tálamo. Eran, sin embargo, preludios felices del desposorio; si bien estaban algo distantes, como después se advirtió.

Más claro y más manifiesto fué el prodigio que se sigue. Después de tomado el hábito de la Tercera Orden, una noche en la suspensión del sueño, se le mostró un mancebo vestido con riqueza de adornos, de hermosas facciones y de esbelta figura. El corazón que no se engaña, y más con luces del cielo, le decía ser cortesano del empíreo el que miraba entre sueños, ó el mismo Señor de los cielos y de la tierra, Cristo nuestro bien, que es el más hermoso y agraciado entre los hijos de los hombres. El traje, sin embargo, desdecía del que le llevaba; porque se presentaba en forma de maes-

tro de cantería en actitud de dirigir á los que cortan los mármoles y jaspes y les pulimentan y labran. Y á la verdad era Cristo, que venía disfrazado á festejar á la virgen, como amante, pretendiendo ser su Esposo. Rosa, á quien ni por sueños había pasado jamás el más leve pensamiento de admitir plática que se refiriese á matrimonio, sentía muy dentro de sí que si éste se realizaba no pudiera sucederle mayor dicha en toda su vida, aunque ella fuese muy larga. Era esta una simpatía oculta de la gracia que la enseñaba á querer los misterios que no alcanzaba; así que arrebatada por inclinación secreta, la casta tórtola dió luego el sí al concierto matrimonial que el mancebo la ofrecía; y dándose la palabra de ambas partes, el Esposo celestial, lleno de gracia y de gala, se despidió de la virgen, diciendo que era forzoso partirse al punto, por no poder excusar una jornada precisa en que había de detenerse; dejando á su nueva esposa encargado cierto número de mármoles para que los cortase, los labrase y dispusiese, mientras que después de algún tiempo volvía á su presencia para vivir con ella. Y porque es muy propio de los casados dejar el padre y la madre para que estén las dos almas unidas en una carne, avisó el Esposo á su querida esposa Rosa que de allí adelante dejase á su cargo el cuidado de alimentar á sus padres, que él por otros medios les daría las asistencias necesarias para el sustento. Vió después que de repente volvía el Esposo de su jornada, y Rosa, que con alguna pereza no había dado fin á la obra de cantería que le estaba encomendada, llena de empacho y vergüenza procuraba disculparse, dándole muchas excusas, diciendo que el embarazo de las necesidades de sus padres no la habían dado lugar, que estaba ruda en el arte y poco experta en oficio tan extraño á las manos femeniles, sólo acostumbradas á la rueca y al hilar y manejar la almohadilla. Sonriéndose entonces el Esposo: «No creas, dijo, querida mía, que eres tú sola entre las mujeres á quien he ocupado en este ás-

pero ejercicio.» Y sin detenerse más, abriendo de repente las puertas de una anchurosa pieza, mostró á Rosa una oficina espaciosa en que se labraban piedras; donde sólo trabajaban hermosísimas doncellas, muy empeñadas y diligentes en desbastar varios mármoles. Ocupaban sus delicadas manos, en lugar de la aguja y el huso, la escoda, el martillo, el pico, el escoplo y el buril. En vez de algodón y lino, labraban piedras y cantos. En cortar, en igualar, en ajustar con la plomada, estaban ocupadas con atención y fatiga. Cavaban montañas, serraban mármoles, pulían jaspes, alisaban piedras, y para que las herramientas pudiesen vencer la dureza de los mármoles, ablandábanlos ellas con repetidas lluvias de lágrimas. Lo que más llamaba la atención de Rosa era ver que entre tantos montones de piedras vastas, entre el polvo y el sudor, el vestido de las vírgenes no era común ni plebeyo, como lo pedían la ocupación y el oficio. Era rico, muy de gala, y muy de fiesta, como le suelen vestir en las bodas ó el teatro; muy ajeno de aquella oficina, donde todo es afanar, sudar y rozar vestidos. Admirábase la virgen de ver las otras tan metidas en oficio tan ajeno de doncellas. Significaba esto que la virtud heroica se emplea en lo más dificultoso. Veía con admiración que los mármoles que tocaban por tarea á cada una de las trabajadoras, estaban ya labrados, acabados, y puestos aparte, sin que les faltase nada para quedar muy perfectos. Finalmente, volviéndose á mirar Rosa muy acaso, vióse vestida de gala, con el mismo primor y aliño que admiraba en las otras vírgenes. Y la que hasta allí solo estaba vestida del hábito dominico, se halló de repente con ricas ropas, sembradas de oro y de perlas; entendiendo que era esto darle la investidura de oficiala de los mármoles, para que trabajase como las otras. Cuántos y cuán grandes fueron los misterios que en sola esta visión se descubrieron á Rosa, después se indicarán más por menudo; ahora solo intentamos explicar el admirable suceso del dichoso

desposorio que celebró nuestra virgen con el Esposo celestial, disfrazado con aquel traje de maestro de cantería.

Después de tantos preámbulos sólo faltaba por último que se declarase el Esposo y que convidase á Rosa á la gloria de su tálamo, no en sueños ni velando, sino sin disfraz y sin rebozo. Sucedió esto, como se ve en el caso siguiente. Llegó el día del Domingo de Ramos, en que después de haberlos bendecido el Preste con sus ministros, es uso que los sacristanes los repartan á dos coros, mientras se prepara la procesión. En el interin estaba esperando Rosa con las demás beatas la diesen su palma, y estaba de rodillas en la capilla del Rosario. Pero ya fuese yerro ó descuido del sacristán, que andaba de prisa, ó disposición singular del cielo, que es más creible, al fin se quedó la virgen sin palma, fuera de lo acostumbrado; porque en los años antecedentes nunca le había sucedido siendo Tercera. Confusa con esta novedad la virgen, como suele acontecer á las conciencias tiernas y delicadas, temió no fuese la causa de quedarse sin la palma alguna culpa que la hiciese indigna de ir con ramo en aquella procesión. No por eso dejó de asistir á ella como las otras beatas; pero iba triste y vergonzosa; y en acabando fuese derecha otra vez á la capilla del Rosario, que era el puerto de sus penas y asilo de sus desgracias. Postrada allí á los pies de la Virgen Madre, derramó su corazón, que salía por los ojos en copiosas fuentes de lágrimas; allí se acusaba á sí misma, juzgando que había perdido la palma bendita, ó por haber puesto demasiado deseo, ó por ser demasíadamente floja y remisa en pedirla. Después, clavando los ojos en la santísima imagen, viendo su rostro más sereno que solía, y más propicio y risueño, reparando también que parece la alhagaba dulcemente con apacible semblante, volvió luego sobre sí y se tranquilizó, dando por bien empleado cuanto le había sucedido. No trocara ya su suerte con las que habían llevado palma en aquella procesión. Y así dijo

á la Emperatriz del cielo: «No quiera Dios, Reina mía, que yo reciba la palma de mano de los mortales. Tú, Señora, tú que eres la palma que se exalta y se remonta en Cades, tú me has de dar de tu mano ramos que no se marchiten; con eso quedaré ufana, rica, próspera y feliz.» Al decir estas palabras, enfervorizándose y casi fuera de sí, vió que la Reina celestial con cara afable y rostro alegre se volvía al Hijo que tenía en sus brazos y desde allí la miraba con más suavidad y benevolencia, dando indicios manifiestos de la buena suerte que le esperaba. Rosa entonces, rebotando el corazón con gozo tan crecido, como no esperado de su humildad encogida, puso los ojos en el Dios Niño y vió que también la miraba con agrado y con cariño. Suspensa entre los dos rostros tan cariñosos y tan dulces, no sabía Rosa qué hacer; fijaba la vista, bien en la cara del Hijo; bien en la de la Madre; como aveja solícita que salta de una flor á otra, para extraer la miel dulcísima de los consuelos inefables que aquel espectáculo la proporcionaba. Otras muchas veces, como diremos después, había favorecido esta sagrada imagen á la virgen dejándose ver con la afabilidad y la dulzura, pintadas en su rostro, estando Rosa en oración; pero nunca con tanto afecto ni tanta familiaridad, ni tan a las claras, ni con tantas demostraciones de cariño como en esta ocasión. Fué esta dicha de tanto peso, que allá en el fondo del alma sentía Rosa que no estaba muy lejos el antiguo enamorado; aquel que en traje de labrar piedras la había aparecido en sueños. Afectos eran estos tan subidos, que no tiene términos ni palabras la elocuencia ruda de los mortales para explicarlos.

¿Mas para qué nos detenemos, sin decir de una vez la dicha inefable de nuestra virgen? El divino infante Jesús, abrasado en amores, sin poder disimularlos, habló finalmente y le dijo estas palabras llenas de favor [y ternura: «Rosa de mi corazón, yo te quiero por esposa.» Estas voces penetraron el corazón de la

virgen; y herida el alma con las saetas y dardos del amor, sin poderse tener en pie, cayó de improviso desmayada; y tras una breve lucha de afectos de amor y de temor, de temblor y de alegría, se undió en el abismo de su nada. Luego, como nadadora diestra, subió sobre sí misma en alas de la alegría que la comunicaban favores tan altos; no sabía qué decir, conociendo mercedes tan milagrosas, ni se la ocurrieron palabras más adecuadas que las que pronunció la humildísima Madre del Redentor al ser escogida para tal dignidad: «*Ecce ancilla Domini*, dijo. Aquí tenéis, Señor, vuestra sierva, aquí tenéis una esclava dispuesta siempre á servirlos. ¡Oh Rey de Majestad eterna! tuya soy, confieso que soy tuya y seré tuya eternamente.» Más quisiera decir la virgen; pero como estaba embriagada con el vino de favores tan inapreciables, no supo hacer otra cosa que repetir las mismas palabras. El tierno infante, por su parte, parece que también balbuceaba, y que no podía expresarse sino con palabras entrecortadas. Aquí se conoció claramente que no erró cualquiera que fuese el primero que pintó al amor desnudo y niño.

Tampoco pudo contenerse sin hablar en esta ocasión feliz la que fué interlocutora en las bodas de Caná, y más siendo ella la que hizo el oficio de mediadora, la que alentó á Rosa y le animó á recibir tan excesivo favor, la que intercedió con su Hijo como madrina, y así la dijo: «Mira, atiende, oh Rosa, la merced crecida que mi Hijo ha sido servido de hacerte.» Epitalmio fué este, ó cántico nupcial, que entonó la celestial Madre, tomándole, no de la boca de David, sino de su mismo Hijo. Trabajada Rosa con tantos golpes de gozos inexplicables, experimentó en sí tan gran gusto y gran sabor, que anduvo muy acertado el que dijo: «Aunque sea fuego el amor, no es leve el peso que hace.» Abrasábase en el horno de su amor, faltábale ya el aliento, se alegraba del olvido de la palma, gozando en vez de aquel ramo, la azucena de los valles, tan her-

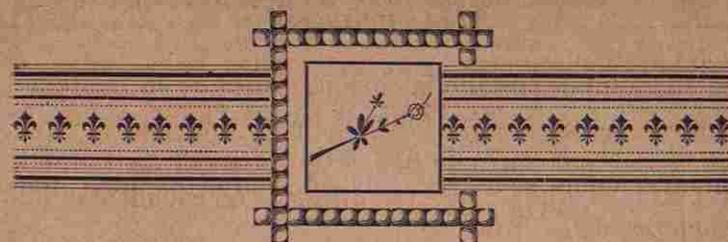
mosa, tan preciosa, que robaba toda el alma. Finalmente, era de grandísimo gusto para la virgen ver que en un mismo lugar y un mismo día había perdido palma y rosa; porque después de este espiritual matrimonio, perdida por Dios, no era suya.

Siguieron luego dones abundantísimos, dádivas dignas de un Esposo Dios, con que la enriqueció y la colmó toda el alma. Y como ella confesó, cuando se sujetó al examen de su vida, del tesoro de las gracias más escondidas que Dios reserva, descendieron á su espíritu increíbles incendios de amor seráfico con riquezas inestimables de varios dones y espirituales carismas. Con estos caudales tan crecidos enriqueció Dios el alma de su Esposa, la adornaba, la ilustraba; haciéndola comprender cuánto puede el amor de tan noble Esposo, si se empeña y se declara. Lo cierto es que estas arras soberanas, estas joyas y estos dones son tan inefables, que no pueden ser comprendidos por inteligencia humana, ni explicados por lengua de criatura alguna. De aquí procedió el que preguntada acerca de esto muy en particular por uno de sus examinadores para que lo declarase, no atreviéndose á negar, sólo se pudo excusar la virgen con decir que era inexplicable.

Y para que la memoria de tan alto beneficio no se apartase jamás de ella, apenas volvió á casa Rosa comenzó luego á tratar consigo de hacer un anillo que ajustase al dedo del corazón y fuese testigo público que siempre testificase la dicha del desposorio y fuese despertador del feliz estado que gozaba con su Dios. A este fin llamó aparte á su hermano Fernando. Le explicó brevemente su deseo, aunque le ocultó el misterio. El, por darle gusto delineó con un compás en un papel la forma del anillo, el tamaño y la medida, describió la figura y el lugar donde se había de esculpir el Niño Jesús, en vez de esmeralda ó de diamante. Sólo faltaba el mote con que había de esmaltarse la sortija por la parte de fuera. Aquí Rosa, suspensa,

puestos los ojos en su hermano, esperaba su elección para no errar en la empresa. El, advirtiendo el cuidado de su hermana, con desahogo, sin detención, ni embarazo, como si hubiera sido testigo llamado á los desposorios, escribió estas palabras: «Rosa de mi corazón, yo te admito por esposa»; que fueron las mismas que había dicho á la virgen el Niño Jesús en los brazos de su Madre. Enmudeció entonces Rosa, quedó fuera de sí llena de pasmo y de asombro, viendo que su hermano, sin deliberación propia, movido de impulso soberano, había dado con el mote, que era el blanco y punto propio del misterio, y que había escrito al pie de la letra aquello que había dictado el Esposo. Sabía que ni su hermano, ni otro alguno de los mortales podía tener noticia de este secreto, y que así era dictamen de instinto superior. Por lo cual alborozado el espíritu con júbilo y placer, absorta por prodigio tan dulce, adoraba con ternura y reverente silencio la omnipotencia poderosa de su Esposo, que la entretenía y favorecía tan gustosamente. Después de esto el día de Jueves Santo llevó su anillo á la iglesia, más apreciado ya y más querido, por lo que le había sucedido; y á costa de muchos ruegos alcanzó del sacristán que le pusiese en el arca, donde aquel día se encierra el Santísimo Sacramento. Quería que la estimada prenda de su amor estuviese todo aquel tiempo sepultada con su dulce dueño y Esposo, para volverla á cobrar cuando le celebrasen resucitado; á quien protestaba con ansias y finezas que no se daba por libre de la ley del matrimonio, aunque la Iglesia se le representase muerto. Con aquellas piadosas demostraciones testificaba que su alma estaba acompañándole con lazos indisolubles de amor por medio de aquel anillo, haciendo común á entrambos el desmayo de la muerte. Finalmente, amaneciendo el feliz día de Pascua, volvió Rosa á recibir su anillo, más sagrado ya, más agradable, por haber estado tres días sepultado con Cristo. Delante de la imagen sagrada de la Virgen del Rosario, donde se

habían celebrado las bodas celestiales, se le volvió á poner en el dedo del corazón; y no sin nuevo prodigio; porque fué la ceremonia tan oculta y tan secreta, que se le pasó por alto á su madre, que estaba de rodillas y á su lado, aunque era tan diligente en escudriñar las acciones de su hija.

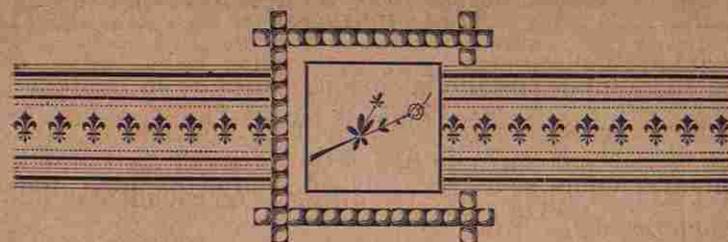


CAPÍTULO XIII

Rosa con el ejercicio continuo de la oración consigue admirable unión con Dios.

SIEL que se acerca á Dios se hace con él un espíritu, como enseñó San Pablo á los corintios, nos será lícito conjeturar el sublime grado de unión que tuvo Rosa con Dios. Continuamente estaba en su presencia, sin atender á otra cosa; tratándole con familiaridad por medio de la oración. Aun siendo niña, la unción interior del divino Espíritu la había enseñado á orar, infundiéndola tal fervor, que muchas veces ni aun el sueño de la noche pudo distraerla para pensar en otros objetos. De aquí que la oyeran muchas noches cuando estaba durmiendo repetir puntualmente el número de oraciones y devociones que había rezado cuando estaba despierta. Crecía en ella con la edad la oración, con la estatura del cuerpo la elevación del alma, y el ejercicio de los años pueriles era frecuentar seriamente la meditación. Por lo que con tan súbitos y tempranos aumentos llegó

habían celebrado las bodas celestiales, se le volvió á poner en el dedo del corazón; y no sin nuevo prodigio; porque fué la ceremonia tan oculta y tan secreta, que se le pasó por alto á su madre, que estaba de rodillas y á su lado, aunque era tan diligente en escudriñar las acciones de su hija.



CAPÍTULO XIII

Rosa con el ejercicio continuo de la oración consigue admirable unión con Dios.

SIEL que se acerca á Dios se hace con él un espíritu, como enseñó San Pablo á los corintios, nos será lícito conjeturar el sublime grado de unión que tuvo Rosa con Dios. Continuamente estaba en su presencia, sin atender á otra cosa; tratándole con familiaridad por medio de la oración. Aun siendo niña, la unción interior del divino Espíritu la había enseñado á orar, infundiéndola tal fervor, que muchas veces ni aun el sueño de la noche pudo distraerla para pensar en otros objetos. De aquí que la oyeran muchas noches cuando estaba durmiendo repetir puntualmente el número de oraciones y devociones que había rezado cuando estaba despierta. Crecía en ella con la edad la oración, con la estatura del cuerpo la elevación del alma, y el ejercicio de los años pueriles era frecuentar seriamente la meditación. Por lo que con tan súbitos y tempranos aumentos llegó

en ella á tal desarrollo la ciencia infusa de la contemplación, que á los doce años de su edad había subido á aquel grado de oración, que llama unitivo la teología mística; como se averiguó después en el examen que se hizo de su vida y virtudes.

Se había acostumbrado á dos modos de oración. El primero y más principal era cuando desembarazando el cuerpo y el alma de otras ocupaciones, con suma quietud se recogía toda para hablar con Dios. El otro, cuando haciendo labor, y entre otras ocupaciones exteriores, fijaba en Dios toda su atención. Al primer ejercicio daba cada día doce horas, como arriba dijimos. El segundo era continuo en Rosa y sin interrumpirse; cuanto puede permitirlo la fragilidad de nuestra mortalidad. Fué dón de la diestra omnipotente de Dios, raro y singularmente admirable en la virgen, que en todas ocasiones, en todos tiempos, ya durmiese, ya velase, nunca se ausentaba de los ojos del alma la presencia del Esposo celestial. Cuando hilaba, tejía, cosía; cuando bordaba las más primorosas flores, cuando conversaba con los prójimos; mientras comía, leía ó andaba; en el templo, en el huerto, en casa, fuera, en la plaza, en la celda, en todas partes, estaba siempre mirando muy de cerca y como en un espejo la amable Majestad de aquel á quien sirven los ángeles, cuya hermosura admiran el sol y la luna. Y lo que excede todo discurso y admiración es que esta presencia de Dios ocupaba las potencias interiores de Rosa, sin causar abstracción de los sentidos que pudiese notarse. De suerte, que mientras dentro de sí hablaba con Dios, pudiese juntamente sin impedimento, tratar exteriormente con los de casa cuanto era necesario para la vida social y doméstica. Respondía á lo que la preguntaban seriamente, al punto y con orden. Conversaba expeditamente con todos, disponía lo que se había de hacer, obraba lo dispuesto con aquella facilidad, atención y prontitud que suelen observar los que únicamente están entregados á los negocios exteriores.

Ejemplo muy semejante había precedido en Santa Catalina de Sena, á quien Dios concedió esta gracia, y no es mucho la participase quien era tan perfecta discípula, cuando condenada á los oficios ruidosos de la cocina, fabricó en el retiro íntimo del alma aquella dichosísima celda de quietud imperturbable, donde nunca hallaron entrada los tumultos importunos de cuidados temporales. Así Rosa, toda fuera de sí al parecer, cuando exteriormente á ejemplo de Marta acudía diligente á los ministerios manuales de su estado, y al mismo tiempo toda dentro de sí, imitando á María, recreándose con el divino Esposo en el tálamo secreto del corazón, unía la perfección de las dos vidas de que habla el Evangelio. De aquí venía lo que observaron muchas veces las hijas del contador, que cuando Rosa estaba cosiendo, al levantar en alto la aguja y el hilo, juntamente con el brazo, parece que se elevaba el espíritu en éxtasis divino; y estando un breve espacio suspensa, en alto la mano, se volvía luego al mismo instante á la labor con tan acertado tino y con tal destreza, que se volvía la aguja al lugar que era necesario para que el trabajo resultase acabado.

Otra gracia no menos admirable se añadió á esta merced, que hemos referido, para que fuese colmada; y era, que mientras estaba orando no la distraían fácilmente los asuntos y quehaceres que no la pertenecían ó no la tocaban; como si para sólo ellos estuviese arrobada y entorpecida la atención de los sentidos. En consecuencia de esto notaron muchas veces en ella las otras beatas, que si una vez tomaba lugar en frente del altar mayor para orar con atención, aunque hubiese mucha gente en la iglesia se estaba inmóvil por muchas horas, clavados los ojos en el altar, no veía ni atendía á los que pasaban delante de ella, no volvía el rostro aunque repentinamente se hiciese ruido cerca de donde estaba; y si algo derechamente le tocaba en los ojos, ni movía las cejas, ni pestañeaba, ni cerraba los párpados, ni apartaba la cara. Parecía ciega, cuan-

do como águila real estaba mirando de hito en hito á su Sol divino. De aquí nacía la inmovilidad de peñasco que tenía el cuerpo de la virgen, cuando vacaba á la oración, ya estuviese en el templo, ya en la capilla del Rosario, ya en el oratorio de su casa. Porque en aquel mismo lugar y sitio en que al principio se ponía para orar, en el mismo la hallaban, sin haber hecho variación ni mudanza, después de algunas horas, y después de un día entero, y aun después de dos noches continuadas con sus días. La mujer de D. Gonzalo la halló puesta de rodillas á las cuatro de la tarde en el mismo rincón que al punto de mediodía había ocupado para el ejercicio santo de la meditación. Cuando asistía á la iglesia, estando descubierto el Santísimo Sacramento, ó por celebrarse las cuarenta horas, ó por alguna otra causa, se estaba en el lugar que había tomado por la mañana hasta la tarde, sin comer y sin moverse como si estuviese clavada. Cuando se encerraba Rosa en el oratorio del contador, desde el jueves por la mañana hasta el sábado y tal vez hasta el domingo, lo primero rogaba á Doña María de Usategui que en todo aquel tiempo no la llamasen, aunque se ofreciese ocasión muy urgente; aunque su misma madre viniese á hablarla. Preguntándole la causa de encerramiento tan inviolable, respondió cándidamente: que ella todo aquel tiempo estaba inmóvil y que no podía tenerse en pie, ni levantarse, ni aún para abrir la puerta del oratorio, si alguno llamase.

Tres horas había escogido todos los días; una por la mañana, otra al mediodía y otra al ponerse el sol, que empleaba enteramente en dar gracias á su Dios. En ellas con afecto tiernísimo hacía memoria de los beneficios particulares que Dios la había concedido, admiraba la benignidad que Dios usaba con ella, adoraba la pródiga y larga liberalidad de tantos dones, gracias y carismas como la infundía; y á la verdad hallaba cada día nuevos motivos y nuevas mercedes de que hacer memoria su atento agradecimiento. Usó también muy

familiarmente cierto género de oración altísima, con el que repasando en su memoria por sus nombres los atributos gloriosos de Dios, iba dando á cada uno de por sí especial culto y reverencia de adoración. Y porque fiaba más del parecer ajeno que de su propio ingenio, fuese á un Padre de la Compañía de Jesús, teólogo piadoso y docto, y le pidió que recogiese de la Sagrada Escritura un compendio abreviado en que estuviesen contenidos los nombres de los atributos divinos. Hizo lo así el piadoso Padre y recogió muchos. Mas á la virgen, según era grande su afecto, le parecían pocos y deseaba un haz muy crecido; y no se contentaba con un pequeño aunque curioso ramillete. Así, pues, alcanzó del P. Maestro Fr. Juan de Lorenzana mayor suplemento, hasta llegar la suma al número de ciento cincuenta. Les dividió acertadamente la virgen en quince dieces, terminando cada uno con su Gloria Patri. Afirmaba después que esta forma de oración era de grande espanto á los demonios, y no es de creer que lo dijera, si no lo hubiera probado por experiencia propia. Finalmente con esta meditación de los atributos divinos respiraba el corazón de Rosa, dilatándose y recogéndose sus alas; y llegó á tanto aprovechamiento, que pudo alguna vez decir, aunque con la modestia que siempre guardaba, que cuando hacía labor, al dar cada puntada, daba á su Dios nuevo elogio, alabándole con uno de sus atributos.

Fuera de esto advirtieron los que la trataban, que estaba tan asida á la oración, que aún las mismas palabras con que comúnmente trataba á los más familiares, muchas veces las equivocaba; de modo que fuesen oración para con Dios y conversación para con los hombres; y lo que respondía cuando la preguntaban algo, juntamente era con frases propias del que está elevado en oración. Pongo por ejemplo: si cuando entraba en el huerto con otras mujeres, alababan aquella florista, respondía con agrado y cortesía: «Hermoso está el jardín y vistoso, Dios dé mucho aumento á sus flo-

res.» Ella lo entendía del vergel del alma, pidiendo aumentos floridos de virtudes. Así que dando á una proposición dos sentidos, con el uno daba satisfacción á las que le hablaban y con el otro se entendía ella á sus solas con Dios ingeniosamente. Esto mismo se observó en la virgen muchas veces y en materias muy varias; sin que casi en ninguna se le escapase esta santa y espiritual destreza de equivocarse, ni se le cayese una sola palabra de la boca que no fuese de oración y de provecho espiritual.

Aconteció una vez, que viniendo de la iglesia y hallándose mal dispuesta, para confortar el estómago, quiso tomar unos sorbos de caldo, y eran los ingredientes agua pura con pan rallado. Para encender fuego había ido á buscar un tizón á la cocina. Al volver con él en la mano, oyó que en la azotea cantaba un pajarillo con mil quiebros graciosos. Paróse la virgen, no desdenándose de oír á un músico de tal naturaleza, por lo mismo que se figuraba que cantaba con la arpada lengua dulces motetes al Criador, del modo que podía. Proseguía el avecilla en la armonía sonora, y con gorgoros bien acentuados duplicaba los tonos, suspendiendo el ánimo de cualquiera que le escuchara. Corrida Rosa, comenzó á reprenderse severamente á sí misma, á propósito de la música que estaba escuchando: «¿Cómo es esto, decía, que una criatura tan pequeña, un animalillo tan sin arte, se está deshaciendo en alabar á mi Criador y suyo, olvidado del sustento, y yo me pondré muy despacio á gastar el tiempo en guisar comida para mi cuerpo? ¿Qué monta lo que el Autor de la naturaleza comunicó á este pajarito, y con todo esto vedle aquí que pone todas sus fuerzas en tributarle alabanzas, y yo ocupo el pensamiento en comer; y no me da esto cuidado? ¿Con qué pagaré á Dios los muchos beneficios que me está comunicando? Volviendo luego los ojos al tizón que llevaba en las manos, vióle del todo extinguido y admiróse de haberse detenido tanto en la suspensión que hubiese sido bastante, para que poco á poco

llegase á apagarse. Creía que no podía exceder de medio cuarto de hora el tiempo que había gastado en escuchar al avecilla, y acaso se habían pasado algunas horas enteras. Por lo cual recogiendo de nuevo dentro de sí, comenzó también ella á alabar á su Dios con tanto fervor, que poco á poco se fué enajenando hasta arrojarse en éxtasis, de que no se desembarazó hasta la tarde; siendo así que casi tres horas antes de medio día comenzó á escuchar la suave melodía del pajarillo.

Fuera cosa de risa y paradoja ridícula, si lo que Rosa persuadía á todos con tanto ahinco, no lo hubiera ejecutado por sí misma. Lo que principalmente aconsejaba al prójimo, lo que le repetía con más frecuencia era el ejercicio de la oración. A este santo ejercicio procuraba con todas sus fuerzas reducir entre otros á su hermano Fernando, prometiéndole colmados frutos, inestimables bienes á costa de poco trabajo. No dudaba él de los frutos que se esperaban; pero creía que las dificultades eran mayores que las que su hermana representaba ó quería que se creyesen. Juzgaba que eran hipérboles ó fábulas de la simplicidad santa de Rosa, cuanto ella afirmaba de este saludable ejercicio. No por eso desmayó la virgen, ni dejó de enseñarle el modo y el método con que podía en medio de las ocupaciones del siglo tener el ánimo fijo en la oración. Con igual diligencia leía y persuadía á otros que leyese los piadosos libros que mejor tratan de la oración. Entre éstos daba el primer lugar á las obras eruditas de oración y meditación del P. Maestro Fr. Luis de Granada. Y para leerlos y darles muchas vueltas dividió los días de la semana, señalando con curiosos registros de varios colores, lo que á cada día tocaba. No con menor instancia y cuidado rogaba á sus confesores persuadiesen á sus penitentes con maña y con eficacia el santo ejercicio de la oración mental. Que los advirtiesen que es una oficina grande, llena de antidotos contra el veneno de los pecados, que con el uso de la oración se quita y

purga el espíritu, se curan las llagas de las almas y se abre puerta franca para entrarse en la despensa del divino Esposo, donde hay remedio, unguentos preciosos, olorosos, y fragantes regalos y medicinas para todos los achaques.

No contenta con estas diligencias, suplicaba encarecidamente á los Predicadores del Evangelio que procurasen encender en sus oyentes el fuego sagrado del deseo de la oración y que persuadiesen al pueblo la necesidad que tenía del uso de las meditaciones piadosas; y que empleasen toda la fuerza de su ingenio y argumentos, y todo el raudal y esfuerzo de su elocuencia en recomendar en público y en secreto la utilidad, la suavidad y excelencia de este ejercicio. Muy en particular robaba su afición el rezo del Rosario de Nuestra Señora, especialmente con aquel modo y forma que le introdujo en el mundo, instruído por la Reina de los Angeles, nuestro gran Patriarca; acompañando los padrenuestros y avemarías de que se componen los dieces con la meditación de uno de los principales misterios de nuestra redención. Amaba mucho esta forma de súplica, por hallarse en ella unidos lo vocal y lo mental, y todas las partes y afectos de la oración, que son petición, alabanza de Dios y hacimiento de gracias. Por la cual siempre traía rodeado al brazo un Rosario entero de menudas cuentas, armándose con él como si fuera brazaletes; y estábale rezando aún cuando estaba en conversación con otras. Aprovechó á muchos el ejemplo de Rosa, y la exhortación ardiente y continua para irse acostumbrando á frecuentar el ejercicio de las alabanzas divinas.

Este afecto y deseo de orar fueron en Rosa de energía tan poderosa que llegaron á obligar aún á las plantas insensibles, á los leños pesados, á los troncos mudos á que alabasen, reverenciasen y bendijesen á su Dios. Refiero una cosa inaudita. Cuando el alba rompía el negro manto de sombras de la noche y despuntaba el rosado crepúsculo por el oriente, cuando Rosa abría

las puertas del huerto para volver á ocupar, como anacoreta, su celdilla estrecha, al dar los primeros pasos convidaba en alta voz á los árboles y las plantas, á las hierbas y florecillas, para que todos la ayudasen á dar mil bendiciones al Criador, diciendo con el Rey salmista: «Benedicid al Señor todas las plantas que en la tierra os vestís de verdor, os adornáis de pimpollos y os coronáis con las flores.» Al punto comenzaban á moverse las ramas con rumor músico y ruido armonioso; al momento las hojas de los árboles batiéndose blandamente unas con otras aplaudían al Señor con dulce estruendo. Estremecíanse reverentes las cabezas de las plantas pequeñas, las legumbres más humildes, las flores más ufanas, los racimos de las yedras más poblados; con varias agitaciones y movimientos cobraban alma. No solo esto. La más erguida arboleda inclinaba hacia la tierra el pomposo copete, haciendo ademán humilde de abatirse á besar el suelo en reverencia de su Hacedor, Una mañana, cuando entraba en su huerto Rosa, íbala acompañando cierta persona de autoridad y de crédito. Apenas habia entrado, cuando en oyendo la acostumbrada invitación de Rosa, vió que humillándose á competencia los árboles, tocaban la tierra con las más empinadas copas y barrían lentamente el suelo; haciendo inclinación profunda á Dios con ceremonia y rito tan solemne como nunca visto de los mortales. Espantada quedó la compañera de Rosa de este nuevo espectáculo, y mucho más, advirtiendo que no le hacía novedad: y porque ya sabía la virgen que era notorio el prodigio, por ser tan continuo, ni procuró encubrirle, ni pudo negarle; y así decía á quien le acompañaba: «Mirad, señora, si el admirable artífice del mundo es digno de que le amemos! Mirad si aquella eterna Majestad merece que le alabemos, reverenciamos y adoremos! pues estas plantas terrenas, estos rudos y toscos troncos, todas estas criaturas del modo que pueden, con susurros mal articulados, le cantan

himnos de alabanza y postrados le pagan tributo de reconocidas y humildes veneraciones.

Apuntaremos otro prodigio tan estupendo como éste, para terminar este capítulo. El último año que vivió Rosa en este mundo, durante toda la cuaresma, cerca de su aposento y en frente de la ventana, al ponerse el sol, se posaba un pajarillo pequeño en el cuerpo, admirable en los trinos y en la voz. Ocupaba en lo frondoso de un árbol una rama vistosa y estaba esperando allí á que le hiciesen señal para prorrumpir en cánticos. Rosa en viendo á su músico vespertino, también ella se preparaba para ayudarle á cantar las alabanzas de Dios. Y luego, haciendo señas al avecilla, la convidaba á cantar, entonando ella primero el villancico que para este fin había compuesto, que decía de este modo:

Voz anhelante componga,
Himno de unidas cadencias;
Que sacrifique al Señor
La humilde alabanza nuestra.
Ensalza á tu Criador,
Yo á mi Salvador: y tenga
Dios nuestro en la aclamación
De dos: una reverencia.
Abre el pico y la garganta,
Demos en blandas cadencias,
Con alternado rüido
Dulce canto á voces tiernas.
Cómo te amaré, Señor,
Siendo yo tu criatura
Tú mi amante Criador?

En sonando los últimos ecos de Rosa, penetraba en la estancia el ruiseñor y con gorgoros inimitables, ensalzaba al Señor, que le había dotado de tan rara habilidad. Después de cierto tiempo daba lugar á las alabanzas de la virgen, callando de repente. Entonces Rosa, con plateada voz, como si fuera la de un ángel, proseguía con suavísima armonía las divinas alabanzas, reducidas á motetes que componía su ingenio, prodigio-

samente pronto y fecundo. Así alternaban dulcemente Rosa y el ruiseñor, no de paso ni por breve espacio. Duraba una hora entera la música con pausas tan ajustadas, que en cantando el avecilla, no desplegaba Rosa los labios, y en alzando ella la voz al aire, ni con un solo reclamo la interrumpía el pájaro. En llegando las seis de la tarde volaba el ruiseñor para volver el día siguiente á la misma tarea. Mas Rosa, felizmente presta y fácil en componer de repente versos, por ser el amor poeta, daba fin á la música con este metro, que era como el epílogo de todas aquellas alabanzas:

Por amarte padezco dulce violencia,
Que á quererte, Rey mío, la ley me fuerza;
No una ley, sino todas las leyes juntas,
Que eres Criador mío, yo tu criatura.

Acabado el tono, viendo que velozmente huía su músico, volviéndose á las amigas y compañeras, con sazón y donaire volvía á cantar:

Déjame la avecilla,
Huye el veloz cantor.
Mas siempre permanente
Conmigo esté mi Dios.

Baste esto para conocer la perfección admirable de la oración de Rosa; pues pudo obligar á que la hiciesen compañía, alternando con ella, las aves que vuelan por el aire, y las plantas inmóviles que están fijas en la tierra.



ALERE FLAMMAM
VERITATIS

CAPÍTULO XIV

Ejercita Dios rigurosamente á Rosa con visiones aterradoras; la da á gustar las penas horribles de la otra vida.

Lo que es el crisol para el oro, es la tribulación para los escogidos, principalmente cuando es necesario impedir y estorbar que desvanezca la grandeza de las revelaciones. Este fué el horno encendido en el que se purificó la caridad de San Pablo. En este también se purificó la virtud de Rosa, aunque fué muy diverso el fuego. Al Apóstol el aguijón molesto de la carne que le sujetó, como dice él mismo, á las bofetadas de Satanás, fué el que limpió su espíritu. A la virgen los carbones encendidos de sequedades interiores y soledades de espíritu, purificaron como en un crisol doloroso. Uno y otro acongojados con mortales angustias clamaron al cielo; ambos oyeron una misma respuesta, que fué decirles: «Basta para todo mi gracia, porque con los trabajos y fatigas se fortalece la virtud, si ha de ser perfecta y sólida.

Concretemos más el asunto. Había llegado Rosa en

alas de la oración hasta el grado supremo de perfecta unión con Dios. En este mismo tiempo comenzó á padecer cada día desvíos rigurosos de oscuridades mentales, que no de paso sino muchas veces por horas enteras, de tal modo la abatían y humillaban, que no sabía si estaba en el infierno ó en la cárcel terrible del purgatorio, ó en otros calabozos profundos, privados de toda luz y consuelo. Se hallaba en un momento metida en donde del todo se retiraba la memoria suavísima de la divinidad: huía allí todo el gusto de la presencia del sumo Bien, sin quedar ni sombra, ni rastro, ni señal alguna de alivio. Era aquel un destierro de densas tinieblas, una región de muerte, noche de olvido y desmayo, mazmorra de calamidad extrema; allí cuanto más se alejaba Dios de la virgen, tanto más distante se hallaba de sí misma. Yacía Rosa postrada y abrumada por insufrible peso de tinieblas palpables, sin poder levantar el ánimo á la consideración de los misterios sobrenaturales. Faltábanle los bríos, aun para poner los ojos en objetos naturales que la distrajesen. Trabajaba el entendimiento por rastrear algunas luces de las perfecciones de Dios; pero habianse retirado las luces y las ideas de tales perfecciones. Deseaba la voluntad prorrumper en actos de amor: pero faltábanle alientos, porque se hallaba yerta y helada. Fatigábase la memoria en reducir á su presencia alguno de los muchos favores que había recibido de la mano bondadosa de su amante dueño; más no podía porque se hallaba ciega. Y para que llegasen al último colmo las penas, solo se acordaba como entre espesas y confusas nieblas, que alguna vez había conocido á Dios y le había amado; mas sentía que ahora ni le amaba ni le conocía, porque le divisaba confusamente como entre sombras; y le miraba como peregrino ausente, ajeno, extraño, muy á lo lejos, como que le conocía de fama, no de vista, de trato ni de presencia. Y esto era lo que más le martirizaba, verse en destierro tan distante de las noticias de su querido Esposo. Intentaba entre tantos ahogos, mirán-

dole perdido, buscarle por las enmarañadas huellas y señas equívocas de las criaturas; pero ni éstas ni aquellas se descubrían, antes se escondían todas las líneas y proporciones con que las obras de Dios suelen conducir el entendimiento á la noticia de su Hacedor. Y en el interin el espanto y la agonía hacían diligentes su oficio en atormentarla. Voceaba el corazón afligido, clamaba diciendo: «Dios mío, Dios mío, por qué así me has desamparado»; pero en los vacíos del alma ni aun los ecos respondían de tales lamentaciones. Volvíase luego á la lucha, forcejando por salir del abismo oscuro; pero estaba amortiguado el calor de los afectos, embotado el discurso, y todo el sentimiento de la piedad sumergido en letargo profundísimo. ¿Qué haría la virgen, cercada por todas partes cuando se hallaba tan despedazada dentro de sí, como arrojada de la presencia de su querido y amante Esposo?

Lo que más vivamente apretaba los cordeles al sentimiento, era presentarse estas penas, como si hubiesen de durar para siempre, sin indicios, siquiera leves de tener término tan grande aflicción y miseria. Por ningún resquicio se descubría salida de tan intrincado laberinto. Parecíale que estaba cerrada con muros de diamante la puerta para escaparse. Así que perpleja Rosa no hallaba razón para distinguir la infelicidad extrema que padecía, de la pena de daño que atormentaba á los condenados. Solo le quedaba el consuelo de parecerle que no podría durar mucho la vida en estado tan miserable y que era imposible que una criatura frágil pudiese resistir mucho tiempo tanto combate sin rendirse á los filos de la muerte, que en tal aprieto fuera la mayor dicha. Pero al punto se le ofrecía para mayor molestia la inmortalidad del alma, á quien ninguna pena puede acabar, ningún infierno extinguir. Viéndose apurada entre tantas confusiones, estaba muchas veces para dar gritos y voces pidiendo alivio y socorro. Sin embargo reprimía estos impetus vanos la memoria que la dictaba no haber criatura que pudiese librar-

la ni socorrerla, ni palabras que pudiesen de ningún modo explicar á los hombres su desventura, y que en todo el mundo no podía hallarse maestro de espíritu tan entendido, tan discreto y tan profundo que pudiese especular con el entendimiento, ni medir con su talento lo acerbo y lo crecido de esta pena.

Por espacio de quince años una vez cada día y durante una hora entera, á lo menos, se hallaba Rosa anegada en este abismo de oscuridad interior y desolación de espíritu, y pasaba todo este tiempo temblando, temiendo, palpitando el corazón, como el que está agonizando en los últimos desmayos de la vida. Estuvo, pues, tan lejos de que la costumbre y el repetirse cada día, mitigase los rigores; que antes la misma experiencia los aumentaba; porque cuando el día siguiente otra vez se hallaba precipitada la virgen en este caos y mar sin suelo de penas, volvían los mismos horrores á embargarle la memoria, representándose en la fantasía temerosa que habían de eternizarse aquellos sufrimientos; sin que la sirviera de consuelo saber que se había visto libre de ellos el día antes. Apenas llegaba el momento fatal volvía su alma á secarse y aniquilarse con los males presentes; volvía á ausentarse el consuelo, sin dejarle prendas de escapar del riesgo que la afligía; otra vez sepultaban los abismos á la que estaba ya medio muerta; y se hallaba Rosa, no solo cercada de espinas, sino convertida en ellas, estando yerta y fría, arrojada en aquella sima profundísima de tribulaciones y soledades. Algunas veces, sin embargo, se descubría como por entre rendijas alguna luz amortiguada que la daba esperanza, aunque pequeña, con que poder sospechar que había de acabarse el suplicio; y entonces aquella pena, más parecía participación del purgatorio que del infierno. Esto mismo la martirizaba con mucha más viveza; porque molestaba mucho su amor la ausencia del Esposo, y se le hacía intolerable el destierro, y amarguísimo el divorcio de viudez tan larga. Crecía incomparablemente más

la tristeza; experimentando que aunque empleaba todo su esfuerzo en conocer y amar á Dios, ni uno ni otro podía. Hallaba las potencias sin vista, ciegas, confusas y así caminaba sin saber por donde. Palpaba las paredes, tropezaba y caía, por lo mismo que eran grandes las tinieblas que padecía. El atribulado espíritu buscaba, llamaba, gemía por su Esposo y no había quien se diese por entendido de que lo oía. Habíase secado el corazón y marchitádose todo el vigor del ánimo; no tenía movimiento vital, y el afecto interior estaba totalmente destituido del gusto y sabor de cuanto es Dios, porque estaba enfermo el gusto. Finalmente tal era el horror de estas representaciones, tanto el sinsabor que estos horrores causaban en su alma, que aunque el espíritu de Rosa fué desde sus primeros años valeroso é intrépido para emprender penalidades y mortificaciones, con todo, decayendo los bríos, pidió con veras á Dios que no la diese á beber cáliz tan amargo, porque era superior á sus fuerzas y de todo punto intolerable. Le pedía fuese servido de llevarla por el camino ordinario de sus amigos; y que pues la amaba, no la dejase despeñar y anegar en este tan hondo abismo, donde parece que el alma pierde su ser, sus fuerzas y su sustancia; y aunque es cosa dura para el alma el apartarse del cuerpo cuando el hombre muere, más duro es apartarse de sí misma, y durísimo apartarse de su Dios, después de haber experimentado la unión mística, y los abrazos deliciosos y suaves con aquella bondad suma y hermosura infinita. Fúndase esto en lo que enseña San Agustín cuando dice: que lo que es para el cuerpo el alma, esto es para el alma Dios; y así viene á ser menor pena dejar de animar el cuerpo, que dejar de amar á Dios. Conociendo, sin embargo, Rosa que era agradable al Señor que así padeciese, abrazóse con los tormentos con espíritu varonil y heroico, diciendo: «Señor, hágase tu voluntad y no la mía.» De aquí que se dispusiera varonilmente de un día para otro, para sufrir el martirio que sabía la estaba reser-

vado. Ignoraba á qué hora comenzaría la tortura ni cuándo se daría principio al tormento de la cruz en que había de estar enclavada por espacio de una hora. Con ser de corazón tan resuelto, el cuerpo no podía evitar el espanto que le causaban sufrimientos tan intolerables.

Tan monstruosas y desconocidas eran la forma y naturaleza de estas desolaciones de Rosa, que apenas se hallaron después de mucho tiempo teólogos bastante perspicaces y tan expertos que pudiesen resolver cuáles eran sus cualidades y su modo de ser. Al principio todo se le iba á Rosa en variar de confesores, por ver si acertaban á darle remedio, alivio ó consejo; pero ni ellos acababan de entender qué era lo que les quería decir la virgen, ni se juzgaban capaces de comprender lo que parecían paradojas ó por lo menos enigmas indescifrables de mística. Unos decían que eran delirios y sueños; otros que era cosa de duendes y de fantasmas, y no faltó quien dijo que eran desvaríos, ilusiones del diablo y espantos infundados. Los más templados y de más seso lo achacaban á la melancolía y al desvanecimiento del cerebro, originado de los continuos ayunos y las frecuentes vigiliás. Enflaquecida la cabeza, decían ellos, por la fuerza de las mortificaciones, nada de extraño tenía que soñara con cosas tristes y melancólicas, que no tenían otra realidad que la que la daba una imaginación enferma. Mas Rosa, estando muy cierta de que la calamidad que padecía no tenía su origen en la mala disposición del cuerpo, se afligia mucho más con estos dictámenes; no hallando médico que acertase á curar la dolencia de su espíritu, ni quien la descubriese estrella por donde guiarse en el mar proceloso por donde navegaba. Gemía, echaba la culpa á su rudeza; pensaba que era falta de ingenio y cortedad de palabras, y que así no sabía explicarse. Por lo cual á sí sola se acusaba, juzgando que ella era la causa de ser incurable la enfermedad.

Quedábale un solo consuelo, aunque bien pequeño, y era que su madre si no podía ayudarla en este con-

flicto, por lo menos vivía ignorante de sus agonías; la que si lo supiera, había de turbarse y afligir á la virgen con el sentimiento. Pero esto mismo fué después aumento de sus penas; porque como algunas veces reparase la madre en el rostro de la virgen y que á ciertas horas del día se la mudaba el aspecto y quedaba casi difunta, con mil congojas, con sudor frío, palpitando el corazón, yerto el cuerpo, sufría Rosa viendo sufrir por su causa á quien tanto amaba. Preguntábala aquella con importunidad qué género de accidente era el que padecía y por qué lo disimulaba: y cuanto menos podía explicar la obediente hija lo que padecía, tanto con más vehemencia la apretaba su madre, instándola más porfiadamente para averiguar qué podía ser lo que Rosa la ocultaba. Se excusaba la virgen diciendo que aún no tenía conocido el mal que la afligía el alma; y su madre, sospechando que era mal de corazón, llevada principalmente por ser de este parecer algunos confesores, llamó al médico y puso en cura sin utilidad ni fruto á Rosa, lastimada por todas partes con tantos abrojos. Protestaba la inocente virgen que era en vano perder el tiempo, el trabajo y el dinero en curarla, que su mal no estaba en el cuerpo, sino en el alma, y que allí tenía el predominio. Mas no hubo quien la diese crédito; y así viendo que resistía en vano y que no la daban oídos, calló y se sujetó al médico, por más que sabía que de nada había de aprovecharla tal obediencia. Esto solo faltaba para que llegasen sus trabajos á mayor colmo; ver que no podían curarla las medicinas y que la obligaban á tomar píldoras, jarabes y sangrías.

Empleaba Rosa todo su ingenio cuando se ofrecía ocasión de hablar con libertad de los sufrimientos de su espíritu, en inventar símiles con que darse á entender y explicar siquiera en bosquejo algo de lo mucho que sentía; pero luego reconocía que se cansaba en valde. Comparádoles con el fuego que tanta virtud tiene de abrasar, decía que era comparación ridícula,

porque éste sólo puede causar pena de sentido. Parecíale que se acercaba más á la verdad San Agustín, cuando dice que «se halló lejos de Dios en la región de la desemejanza.» También parece que había gustado algo de estas sequedades el Rey salmista, cuando las llamó «tempestad y pusilanimidad del espíritu»; y San Pablo cuando dió á estos afectos el nombre enfático de «Anatema de Jesucristo». Pero con aclarar tanto estas comparaciones las penas del alma, sentía en sí Rosa mucho más de lo que explicaban estas palabras. Decía que estos terrores ó imágenes horrendas eran de dolor tan subido, que bastaban millares de veces para partirla el corazón, para quitarla la vida; y que nunca se había hallado con fuerzas suficientes para tolerarlas con la igualdad de ánimo que es indispensable; y que prodigiosamente la conservaba en esta vida la omnipotente mano de Dios. Alguno juzgó que la llevaba el Señor por el camino escabroso de San Antonio Abad, á quien tanto persiguieron los espíritus del averno con formas terribles; pero era combate el de San Antonio, no aflicción suma del alma, ni caerse á plomo todas las fuerzas del espíritu. Créese que Santa Catalina de Sena padeció alguna vez lo que Rosa. Del Beato Enrique Susón nos lo dice la historia como cierto y asentado. Algo se parecen á estos dolores las ansias que experimenta un alma delicada y muy escrupulosa cuando le parece que se le cierra el cielo, que Dios la tiene olvidada, que la deja de su mano, que el infierno está abierto y quiere tragársela; lo que sucede cuando Dios la suelta y la deja entregada á sí misma, sin darla por entonces ninguna ayuda de su parte.

Lo que con mayor exactitud retrata los sufrimientos de Rosa y lo que da de ellos alguna idea es la consideración del rostro terrible y formidable á los mismos demonios que ha de tener Cristo el último día del juicio, cuando esté ya para pronunciar la espantosa sentencia: «Id malditos al fuego eterno.» Este ceño, este trueno, este espanto le parecía á Rosa que experimen-

taba con profunda tristeza y desconsuelo la hora que duraba su desamparo. Y así después de varias comparaciones que no explicaban su intento, no se le ofrecían palabras más acomodadas que las que dijo David: «Los dolores del infierno me han cercado por todas partes, y los lazos de la muerte me tienen presa.»

Dos veces obligaron á la virgen los que podían mandarla que explicase la segunda parte de la tragedia: esto es, de qué suerte la amanecía el sol divino, después de tantos nublados y tempestades; porque no parecía creíble que el Esposo dulcísimo, después de tan tenebroso eclipse, no se esmerase mucho en confortar y acariciar un alma, á quien tan duramente y con tantos dolores había afligido. Al oír estas palabras, más hubiera querido Rosa callar ó cambiar el tema de la conversación. Viendo que no podía excusarlo, confesó ingenua y cándidamente con las mejores palabras que pudo, las grandes misericordias que Dios la hacía después de tantos aprietos. Decía que en un momento se hallaba restituída á la unión, de donde había caído, ó que ella pensaba que había perdido; que al mismo punto sentía el alma inflamada y bañada toda en luces. Pero de esto trataremos en el capítulo siguiente, en la descripción del examen, donde vendrá más á propósito. Lo que nos conviene aquí es admirar el modo con que la sabiduría eterna trata las almas de los escogidos, para mayor bien suyo, como dice la Escritura sagrada. «Las mortifica y las vivifica, las humilla hasta hundirlas en los senos del infierno, para sacarlas con gloria.»



CAPÍTULO XV

Sujétase Rosa al examen de hombres doctos para que averigüen y juzguen si su espíritu es de Dios.

LA LUZ secreta de la divina gracia que guió desde su niñez á Rosa por caminos derechos, la había también asegurado que era Dios quien la llevaba y que no había que dudar que caminaba sin error y sin peligro por sendas ciertas, aunque poco andadas, y donde apenas se veían estampadas huellas que seguir, por ser pocos los que habían echado por este atajo. Aunque estaba tan cierta, con todo eso como humilde no quería parecer todo lo que era. Por lo cual no rehusaba el examen grave, serio y repetido de hombres ilustrados, que calificasen su vocación y asegurasen si iba seguro su espíritu. Entre otros, los principales á quienes destinó la buena suerte para ser exploradores sutiles del estado de la virgen, fueron el doctor Juan del Castillo y el Padre Maestro Fr. Juan de Lorenzana, que fué el que la guió principalmente por la senda de la perfección cristiana, hasta que entregó su espíritu dichoso en manos del

taba con profunda tristeza y desconsuelo la hora que duraba su desamparo. Y así después de varias comparaciones que no explicaban su intento, no se le ofrecían palabras más acomodadas que las que dijo David: «Los dolores del infierno me han cercado por todas partes, y los lazos de la muerte me tienen presa.»

Dos veces obligaron á la virgen los que podían mandarla que explicase la segunda parte de la tragedia: esto es, de qué suerte la amanecía el sol divino, después de tantos nublados y tempestades; porque no parecía creíble que el Esposo dulcísimo, después de tan tenebroso eclipse, no se esmerase mucho en confortar y acariciar un alma, á quien tan duramente y con tantos dolores había afligido. Al oír estas palabras, más hubiera querido Rosa callar ó cambiar el tema de la conversación. Viendo que no podía excusarlo, confesó ingenua y cándidamente con las mejores palabras que pudo, las grandes misericordias que Dios la hacía después de tantos aprietos. Decía que en un momento se hallaba restituída á la unión, de donde había caído, ó que ella pensaba que había perdido; que al mismo punto sentía el alma inflamada y bañada toda en luces. Pero de esto trataremos en el capítulo siguiente, en la descripción del examen, donde vendrá más á propósito. Lo que nos conviene aquí es admirar el modo con que la sabiduría eterna trata las almas de los escogidos, para mayor bien suyo, como dice la Escritura sagrada. «Las mortifica y las vivifica, las humilla hasta hundirlas en los senos del infierno, para sacarlas con gloria.»

DIRECCIÓN GENERAL



CAPÍTULO XV

Sujétase Rosa al examen de hombres doctos para que averigüen y juzguen si su espíritu es de Dios.

LA LUZ secreta de la divina gracia que guió desde su niñez á Rosa por caminos derechos, la había también asegurado que era Dios quien la llevaba y que no había que dudar que caminaba sin error y sin peligro por sendas ciertas, aunque poco andadas, y donde apenas se veían estampadas huellas que seguir, por ser pocos los que habían echado por este atajo. Aunque estaba tan cierta, con todo eso como humilde no quería parecer todo lo que era. Por lo cual no rehusaba el examen grave, serio y repetido de hombres ilustrados, que calificasen su vocación y asegurasen si iba seguro su espíritu. Entre otros, los principales á quienes destinó la buena suerte para ser exploradores sutiles del estado de la virgen, fueron el doctor Juan del Castillo y el Padre Maestro Fr. Juan de Lorenzana, que fué el que la guió principalmente por la senda de la perfección cristiana, hasta que entregó su espíritu dichoso en manos del

Criador. Hubo también otros que investigaron los senos más secretos de su espíritu con mucha curiosidad y cuidado, aunque no de continuo, sino solo con ocasión de oírla algunas veces en el tribunal de la penitencia y en reemplazo de los que dirigían de ordinario su espíritu. Es forzoso que antes de tocar el punto principal digamos algo de los dos primeros sujetos, para que conocida su santidad, experiencia y destreza, se pondere mejor el peso, el crédito que se debe tener del maduro examen que hicieron y la aprobación que dieron á los ejercicios de Rosa.

Era el doctor Juan del Castillo en la profesión y el oficio, médico; seglar en el estado; en la vida, pureza del espíritu y en los ejercicios y en la perfección, religioso. En Lima por aquel tiempo, era venerado por varón excelente en virtudes; y entre los siervos de Dios más escogidos, estimado por uno de los primeros. Fué consumado en los estudios de filosofía natural y medicina; penetró con la agudeza del ingenio los secretos más delicados de la metafísica; fué celebrado por muy docto en las escuelas y academias. Aplaudíanle los varones más señalados en letras, porque tenía dón de claridad y porque sabía explicar los conceptos más oscuros, con términos breves, propios y clásicos, prenda de que gozan pocos, aunque sean muy grandes. Su vida era un espejo puro y terso de piedad, tanto que en el común sentir se tenía por cierto que poseía todas las virtudes en grado heroico. Era sabio en la teología mística; no á fuerza de especulación y estudios, que se queda muy afuera en esta materia, sino por experiencia propia. La poseía con conocimiento de causa; ya que de los principios que la son propios sacaba legítimas consecuencias. Tanto es así, que aquel famoso maestro de espíritu de aquel siglo, el Padre Diego Alvarez de Paz, de la Compañía de Jesús, Provincial entonces del Perú, cuando escribía aquellos celebrados escritos de oración, meditación y contemplación que tanta luz han dado á las almas, para dar-

los á la estampa, en muchos puntos consultaba á este gran varón; y le alega, aunque sin decir su nombre, en el tomo III de *Contemplación*, libro 5, tratando de aquella cuestión tan controvertida entre los místicos, «si puede amar la voluntad lo que no conoce el entendimiento; y le cita como á maestro de oración y perfección sólida, aunque calla su nombre porque vivía entonces; si bien para darle á conocer sólo falta señalarle con el dedo. Escribió este Doctor por especial orden y mandato del P. Diego Alvarez, un tratado de mucho mérito acerca de las cosas que á él le ocurrían en la contemplación. Vió este libro y admiróle el Arzobispo de Myra, varón muy entendido y versado en materias místicas; le mandó traducir para ofrecérsele en propia mano al Romano Pontífice. Tal es el juicio que del Doctor Castillo formó, como testigo, jurídicamente preguntado, el Doctor D. Pedro de Ortega y Sotomayor, primer catedrático de Prima de Lima y después Canónigo magistral, Arcediano de aquella Santa Iglesia Metropolitana, Consultor del Santo Oficio, Obispo de Trujillo, de Arequipa y del Cuzco. Añadió que si sobreviva al Doctor Castillo, el que aún vivía, había de publicar mayores cosas de este gran sujeto. Pasemos ahora al otro examinador, de quien hablaremos con más brevedad.

El Maestro Fr. Juan de Lorenzana, de la Orden de Predicadores, como testifica el ilustrísimo señor que poco ha citamos, era tenido en la común opinión por casi igual en virtud y santidad al Doctor Castillo. Señalábanse mucho en este varón insigne la perfección de la vida y la profunda sabiduría de Teología escolástica. Concurrían para hacerle grande, ardiente estudio de contemplación, y en la vida activa destreza en el gobierno. Era su ingenio agudo y perspicaz, el juicio alto y maduro, mucho retiro del siglo, mucho acierto en el manejo de los negocios. Por eso se acumularon sucesivamente en él, como en su centro, tantos puestos y oficios, regencias de cátedras y prelacías de conventos.

Fué catedrático de Prima de la Universidad de Lima y el primer Consultor del Santo Oficio de la Inquisición del Perú, que tuvo aquella escuela, Prior del Convento de Lima, Vicario general de la provincia de San Juan Bautista del Perú, y finalmente su Provincial y Visitador, siendo igualmente entendido y versado en las cosas eclesiásticas y políticas; amado de toda clase de personas, desde la más elevada hasta la más ínfima. Sujeto admirable, á quien acudían como á común oráculo todos cuantos se encontraban con dificultades en los negocios arduos de la vida. A él pedían consejo los Obispos, consultaban las Cancillerías, las ciudades y los tribunales las dudas que se ofrecían en el fuero exterior y en el interior de la conciencia; porque comprendían todos que tenía dón singular y admirable para dar consejos acertados. Si se quiere apreciar cuán grande fué el Maestro Lorenzana en la Teología mística, que es la ciencia de los santos; cuánta la experiencia, el gusto y sabor de las cosas celestiales para distinguirlas y conocerlas; lo mucho que se ejercitó en la enseñanza de contemplación altísima; la vista de lince con que distinguía prudentemente la diferencia de los espíritus; si faltaran otros argumentos, bastara saber que la Providencia divina encomendó singularmente á su gobierno el espíritu de Rosa. Bien pudiéramos aquí hacer mención, con casi igual elogio, del P. Diego Martínez, de la Compañía de Jesús, de los PP. Maestros Fr. Alonso Velázquez, Fr. Luis de Bilbao y Fr. Juan Pérez. Mas es tanto el crédito que se debe al examen de los dos primeros, y lo mucho y varió que abraza, que no hay cosa nueva que añadir de los otros. Volvamos ahora con brevedad al principal intento.

Asistieron al primer examen de Rosa, para mayor autoridad y decencia, la madre de la virgen y D.^a María de Usateguí. A la vista de estas dos matronas, por espacio de tres horas, y en la celdilla del huerto tantas veces referido, la hizo el Doctor Castillo muchas preguntas, y como sabio médico tomó el pulso con diligencia

á su espíritu y hallóla sana y sin sospecha. Preguntó lo primero desde qué tiempo comenzó á experimentar en su alma impulsos interiores y estímulos del cielo, y á tener quietud y tranquilidad en la oración. A esto respondió Rosa con santa sinceridad y llaneza que: del tiempo no se acordaba, porque desde el primer uso de la razón siempre se halló muy inclinada á orar y levantar el espíritu á la meditación atenta de los misterios divinos; de suerte que nada le parecía más dulce y más deleitable, ni más conforme á su inclinación, que hablar con Dios, pensar en Dios y desear con vivas ansias los bienes soberanos de la otra vida. No tuvo empacho de confesar esto delante de su madre, que sabía muy bien que era verdad todo. Preguntada del provecho que había sentido en este santo empleo de la oración; si tuvo siempre igual aplicación de ánimo, facilidad, recogimiento, serenidad, sin turbaciones, respondió: que hasta llegar á la edad de casi doce años había experimentado cambios y alternativas en la oración; poniéndosela delante algunas dificultades que fueron siempre muy pequeñas, por lo mismo que no la estorbaban gran cosa volver á recogerse; que las más veces solía dejarse llevar de la contemplación de Dios con ánimo libre, quieto y sosegado; que también le fué forzoso algunas veces luchar con la flaqueza del cuerpo tierno y poco robusto; que tenía sus combates con el sueño y con las distracciones de la imaginación; pero que desde aquel tiempo en adelante se halló con grande facilidad para este ejercicio santo; porque en poniéndose á orar sentía dentro de sí que Dios admirablemente tiraba hacia El toda el alma con todas sus potencias; y que de tal suerte, con gusto indecible, se fijaban el entendimiento, la voluntad y la memoria en la hermosura divina, que aunque quisiera desasirse ó distraerse con la inquietud de la fantasía y las ocupaciones de los sentidos exteriores, no podía soltarse de aquel abrazo casto y apretado, ni de la admiración suavísima de la deidad soberana que sentía presente en

su alma. Preguntaba el Doctor si se veía obligada á hacerse alguna fuerza y contener la imaginación, mientras que las potencias más interiores, memoria, entendimiento y voluntad, estaban en esta unión, saboreándose con la dulzura inefable de su Dios; que declarase si era así, y cuánto ahinco y trabajo le costaba, y en qué apoyo estribaba para mantenerse en esta suspensión dulcísima. Negó Rosa que de su parte hubiese trabajo, fuerzas ni conatos penosos; que espontánea é instintivamente se dejaban llevar las potencias, como cuando la piedra imán atrae el hierro, uniéndole consigo. Decía también que las potencias se iban con inclinación, como natural á Dios como á su centro, con mucha suavidad; y que era tan inmensa la bondad que hallaban, que le parecía que solamente una gota que se destilase de aquel sumo bien, bastaba para corregir y endulzar la amargura del Océano, aunque fuera infinito. Añadía que afluían al corazón, con incomparable suavidad y alegría del mismo, tales gustos y consuelos de aquel centro de todos los bienes, que ni sabía ni podía explicarlo; con lo que comenzaba á resplandecer en el fondo de su alma la presencia de la divinidad, serena, amable y propicia; y que con toda certeza sentía que estaba allí, no pudiendo ya deleitarse con otra cosa sino con la certeza experimental de tener á Dios dentro de sí misma.

Preguntó también el Doctor si había leído acaso libros de Teología mística que la hubiesen dado á conocer el arte y método de este modo de entrarse dentro de sí ó que declarasen la naturaleza, señales, propiedades y efectos de este retiro interior y de este recogimiento. A esto contestó la virgen que lo excaso de su caudal no había dado lugar para tener á mano semejantes libros ni usar de ellos; que en estas materias solo la experiencia y la práctica le había servido de libro; que por eso no hallaba palabras que fuesen á propósito para explicar como quisiera los sentimientos íntimos de su espíritu, y que era al su rudeza, que

aún no había llegado á su noticia si había algún nombre propio que significase esta oración intuitiva que ella practicaba.

Entonces el Doctor, como era tan versado en esta ciencia, se empeñó en enseñar á la virgen con sus propios vocablos los nombres de estas ilustraciones excelsas. Decíale que los maestros de la enseñanza mística llamaban á este género de contemplación, oración de unión. En ella, continuaba, el entendimiento se informa con especies que representan á Dios, no adquiridas por medio de los sentidos, sino infusas superiormente. No es necesario para este conocimiento y para el uso de estas especies y representaciones que el entendimiento haga reflexión sobre los fantasmas que representan objetos singulares y sensibles. Sin valerse de la especulación ni de la fantasía para penetrar y conocer y combinar lo que representan las especies infusas, juzga el hombre y conoce los misterios divinos; sin que entre á la parte la imaginación, sin que haga estruendo, ni ruido, ni inquietud al entendimiento. En tales ocasiones esta potencia espiritual está vacía y desnuda de imágenes fantásticas y sensibles y de especies que tengan su origen y dependencia de los sentidos. Y así se fecunda para conocer á Dios con la pureza luminosa de la forma espiritual, que se infunde y se da á conocer. Aquí Dios penetra en lo más recóndito del espíritu sin necesidad de medio alguno, sino por una unión admirable entre el alma y su Creador, de la que el hombre no puede darse cuenta. La parte afectiva, movida del objeto que le propone el entendimiento así iluminado, se enciende en fuego celestial, como el hierro cuando sale de la fragua. Causando estos efectos maravillosos la llama purísima que despidе el cielo de la bondad divina, comienza á percibirse en el paladar de la voluntad el gusto felicísimo de la fruición divina. Otras muchas cosas le dijo entresacadas de los aforismos de la Teología mística, declarando en qué consiste la simplificación del corazón, cuál

es el norte que ha de seguir la intención purificada, cómo se consigue la desnudez de los afectos, la indiferencia resignada, las introducciones secretas, para hallar á Dios dentro de sí. La expuso doctrinas altísimas acerca del abismo de las luces divinas; del adormecerse el discurso en la intuición y vista de las cosas celestiales; de la fuente de la vida y de otras cosas muy singulares que á Rosa, como estaba tan capaz de percibir las, agradaron cuanto puede encarecerse y aprovecharon de allí adelante para que supiese explicarse con los confesores con más claridad y términos más significativos que hasta entonces.

Pasó adelante el Maestro, y aunque parece que era volverse atrás, tocó de improviso en lo que se refiere á la vía que se llama purgativa. Preguntó con advertencia y cuidado á Rosa que cuánto tiempo se había detenido en hacer guerra á las inclinaciones desordenadas del alma; en descubrir las emboscadas de los vicios que en escuadrón armado salen á embestir las obras virtuosas; en curar las enfermedades de las pasiones indómitas y desenfrenadas; de qué medios se valió para estos efectos; cuánto fué el sudor y la fatiga que costó la empresa. Respondió Rosa que apenas recordaba estas luchas, guerras y combates; porque por la misericordia de Dios desde la infancia había sentido en sí propensión é inclinación á la virtud, sin experimentar tumultos ni rebeldías en las pasiones. Siguió diciendo que desde la primera noticia que tuvo de Dios, cuando amaneció el uso de la razón, se halló llena de temor y horror de los pecados, y que si algún movimiento indeliberado de las pasiones se atrevía á levantarse contra la razón, instantáneamente le desbarataba y rendía, sin guerra, sin pelea, con solo valerse de la consideración de la presencia de Dios, que traía siempre muy á sus ojos. Preguntada qué consuelo hallaba en las criaturas, si alguna vez le acontecía querer recrear algún tanto el ánimo fatigado por la contemplación profunda, aflojando las riendas, dando licencia para

un honesto entretenimiento, usando de las leyes de la virtud que llaman eutropelia; respondió que no podía hallar alivio ni recreación en ninguna criatura; que todo su entretenimiento y deleite consistía en sentir con certeza que tenía á Dios presente en su alma; y que si sólo un momento le perdía de vista, esta era para ella la mayor pesadumbre y pérdida, y que esto le parecía pena más intolerable que el mismo infierno. Preguntó más el Doctor, qué supuesto que no puede subir el alma á este alto grado de quietud, si no es por abrojos y espinas, si había tenido persecuciones y trabajos por otro lado. Dió á entender Rosa que sí; mas teniendo respeto á que su madre estaba presente, no bajó á especificar en particular, contentándose con decir en general que la gente de su casa la había mortificado con vejaciones, molestias y pesadumbres, por causa de tener por singular su trato y modo de vivir. Luego con una digresión muy bien traída, se introdujo en decir algo de lo mucho que padecía con las visiones desolatorias, representaciones y miedos de que hablamos en el capítulo antecedente, rogando con mucho ahinco al Doctor que le explicase, pues era tan sabio, la naturaleza, el origen, las señales y la propia significación de aquel suplicio, desolación y desamparo. No rehusó Castillo el decir su parecer, según se le alcanzaba. «Cuando entre aquellas tinieblas, decía el Doctor, te parecía, oh Rosa, que podías esperar salida y que había de tener fin el molesto ahogo, has de saber que fué en cierto modo gustar las penosísimas dilaciones de las almas del Purgatorio, que en aquella cárcel gimen, viendo lo que se dilata el sumo bien que esperan. Pero cuando por ningún lado ni camino se descubría luz para esperar libertad y remedio, y se introducía la oscuridad y horror envuelto en el humo de la eternidad, esta era una imagen muy al vivo de las penas del infierno. Con este ejercicio se va industriando el alma hasta adquirir el conocimiento de sí propia; y con esta sucesión continua de luces y de tinieblas aprende con

la experiencia de su nada qué es lo que tiene de su cosecha, qué es lo que de Dios recibe y cuánta es la distancia que hay de uno á otro. Con este contrapeso, aunque molestísimo, se tiene en fiel el espíritu, sin desvanecerse con los dones del altísimo. Este eclipse enseña á hacer la debida estimación y aprecio de la merced que Dios hace cuando se deja tratar familiarmente de las almas; y el don de temor enseña con toda claridad que estos favores no son debidos á nuestras obras por excelentes que sean, y que es pura gracia de Dios el comunicarse al espíritu. En este crisol se purifica el oro, resplandece la hermosura de la caridad y cobra fuerzas y robustez el amor varonil, y se arma como con una adarga invencible, acostumbándose á amar á Dios, como es en sí mismo, sin poner los ojos de la afición en las caricias, gustos y delicias que se gozan amándolo. Acuérdomé haber leído, decía Castillo, de algunos grandes siervos y amigos de Dios, que por ser santísimos están ya canonizados, á los cuales sucedía lo mismo que á ti. No faltaron entre ellos algunos que pidieron al Señor con grande instancia que los librase del tormento atroz de estos sufrimientos interiores, ofreciéndose á padecer con gusto cualquier otro género de penas. A esto parece que aludía David cuando, clamando al cielo con gemidos decía: «Pregúntame cada día donde está tu Dios, y mi alma está como el pájaro solitario en los techos y desvanes de la casa: halléme reducido á mi misma nada, y como embelesado, aun de mí mismo no sabía.»

Explicando esto, aunque de corrida, volvió el Doctor á preguntar á la virgen cómo le iba después de aquellos horrores y tinieblas, que eran imagen triste de las penas del infierno. Aquí, espantada Rosa, enmudeció, perdió el color y dejó el lugar donde estaba, como si hubiera pisado un dragón disforme. Conocía que el responder era para ella demasiado difícil, y que como sobraba que decir, así también faltaban palabras con que referirlo. Entre tanto la apremiaba el Doctor;

la instó dos y tres veces, mas no pudo sacarla una palabra. Finalmente, formalizándose mucho, con rostro severo y grave, dijo: «Advierte, Rosa, que no es tiempo ni lugar de callar nada, ni de rehusar el decir cuanto te ha pasado; tu mismo interés te obliga á ello; si disimulares algo, si ocultares algo en este examen, entiendo que es negar á Dios sus beneficios. Si no respondes llanamente á cuanto te pregunto, ni yo te entenderé á ti ni tú á mí, como es necesario, para que tú quedes asegurada y yo satisfecho. Ni te podrás enterar ni hacerte capaz, como deseas, de los enigmas, de las visiones y representaciones que te he comenzado á explicar en parte y después en parte te he de declarar.» Obedeció humilde Rosa, á quien el miedo y empacho había encendido todo el rostro y bañado de rubor vergonzoso; y pidiendo perdón primero, por si acaso como ruda y sin cautela decía algunas paradojas, comenzó á relatar de esta suerte su historia.

Cuando me hallo y me lloro como anegada y absorpta entre los remolinos de mi soledad oscura, de repente me veo restituída á las luces del mediodía y á la antigua unión con Dios, como si reposara en los brazos de mi Esposo; con tanta seguridad como si nunca hubiera caído de aquel felicísimo estado. Siento en mí ansiosos ímpetus de amor, al modo que un caudaloso río, rompiendo las presas y las murallas con que suelen intentar atajar sus caudalosas corrientes, se precipitan, atropellándose sus aguas, llevándose con velocidad las contrapuertas, que antes le detenían y cerraban el paso. Aspira luego el suavísimo perfume de los favores divinos y espárcese la fragancia de los aromas difundiéndose por el campo. El alma se ve sumergida en el piélago inmenso de la bondad divina, y con transformación y metamorfosis inefable, despojándose de sí misma, se transforma en el amado y se hace una misma cosa con él. Aquí hizo pausa la virgen. Mandó el Doctor Castillo que pasase adelante en su narración, y ella volvió á embarazarse con el empacho, sonroseó sus

mejillas la vergüenza, titubearon los labios al articular las palabras; mas al fin prosiguió diciendo: Entre estos favores me parecía que había echado hondísimas raíces en Dios y que estaba inmóvil en él, segura de su amistad y confirmada en su gracia. Sentía también cierto dón inexplicable fundamental y sólido, con que hacía juicio, que moralmente era imposible pecar, como aquel que lleno de seguridades y confianza decía: «¿Quién nos podrá apartar del amor de Cristo? Ciertamente estoy que ni la muerte, etc.» Al decir esto protestaba la virgen, que nunca se había atrevido á descubrir este secreto á ninguno de los mortales, y que tampoco ahora lo hiciera, si no se viera obligada con el rigor de este examen, y que si acaso había errado en el modo de hablar, viéndose necesitada á decir todo lo que le sucedía, y á explicar cosas tan altas, pedía con toda sumisión que la corrigiesen, enmendasen y enseñasen.

Alabó el Doctor la cándida sencillez de la obediente Rosa, mandóla que no temiese, porque hasta ahora no había errado en nada, y que no dejase de decir cumplidamente hasta el fin todo el suceso. Prosiguió Rosa, y con voz balbuciente y desmayada, dijo: que muchas veces después de aquellas tinieblas temerosas y horribles, se le mostraba la humanidad de Cristo, hermosa y afile, ya en forma de varón perfecto, ya de niño; y muchas más veces veía á la Madre Virgen bellísima, amable, dulcemente agradable, familiar y tratable. Preguntada acerca del modo y calidad de esta visión, si era imaginaria ó intelectual, si duraba mucho ó era muy breve, si cara á cara ó por trasparencias y oblicuamente, respondió: que los nombres propios que significan la diferencia de aquellas visiones de que era preguntada, no habían llegado hasta entonces á su noticia; pero que la humanidad gloriosa de Jesucristo se le manifestaba como que pasaba muy cerca y que le veía claramente, como cuando en verano se encienden en el aire las exhalaciones que parecen cometas y corren con paso lento. Que no veía toda la estatura de Cristo, sino

sólo el rostro hasta los pechos; pero que la sagrada Virgen solía detenerse más á sus ojos, regalando más despacio su vista. De aquí infirió Castillo, que estas visiones eran imaginarias. En consecuencia la mandó que declarase de qué modo se cercioraba de la presencia especial de la divinidad, que tanto encarecía. Trabajaba Rosa buscando palabras indoneas con que explicarse; pero al fin no pudo hallarlas, y sólo pudo darse á entender de algún modo con términos que llaman negativos; con los que se expresa lo que no es Dios, para colegir de algún modo por esta vía, lo que es. Manifestó que es una luz sin figura, medida y fin, que nadie la comprende y comprende ella todas las cosas; que es sutil, estable, limpiísima, con suma unidad y multiplicidad, sumamente distante y sumamente cercana, íntima, noble, excelsa y que de mil leguas no puede compararse á ninguna de las criaturas, y que mejor se conoce en esta vida mortal por medio de los admirables afectos inmediatos, con que se comunica vitalmente á las almas, que en su misma sustancia. De donde constó claramente que esta visión era puramente intelectual. Preguntada cuáles son estos efectos por donde se conoce aquella íntima presencia de Dios, de que se trataba, dijo: que era la ternura del gozo fuerte á la vez que superior á todos los gozos imaginables; el parentesco de la filiación divina, la renovación interior de la vejez antigua, experimentada en la misma esencia del alma; el llenarse los senos todos de la voluntad, de vida y alegría firme, santa, sazónada y de todos modos inefable, que se hallaba en todos los afectos.

Veía el examinador que Rosa había satisfecho plenamente á todo lo que podía exigir el examen más riguroso; como quien sabía muy bien que en esta excelsa materia de unión con Dios, cuanto más se dice menos se significa. De aquí que pasando prudentemente á cuestiones más fáciles de resolver, la preguntara sobre los ejercicios de mortificación y penitencia. Rosa, porque á su juicio era muy poco y muy vulgar lo que

obraba, habló muy de paso de sus ayunos, cilicios, disciplinas y otras austeridades, y esto no estando allí presente su madre. Dijo también que en este género no obraba nada por su capricho, sino según el modo y medida que le tasaban sus confesores. Finalmente, después de haberse hablado mucho por una y otra parte de la desconfianza de sí, del ardor de la fe, de la seguridad de la esperanza, de los estímulos del amor soberano; y después de haber explorado con gran sagacidad toda la vida de Rosa, concluyó el Doctor diciendo que el camino que llevaba era llano y seguro, que no podía recelarse ningún engaño del demonio, con que astutamente deslumbra las almas; y que tales afectos, tales efectos y tales luces no podían tener su principio en ilusiones del príncipe de las tinieblas. Desde allí adelante muchas veces vino el Doctor Castillo á visitar á la virgen con toda confianza, no ya para examinarla, sino para tratar entre sí puntos de espíritu; hallando siempre muchas cosas de nuevo que admirar y que aprobar en ella.

Lo mismo sintió el Maestro Lorenzana, después que con toda atención y diligencia exploró el espíritu de la virgen, con examen más frecuente y más repetido. Fuera prolijidad contarle todo por menudo: baste añadir á lo dicho, que después que comenzó á examinar á Rosa en la vía iluminativa, se asombró de oír las respuestas que daba una doncella sencilla y sin letras, acerca del misterio secreto de la Santísima Trinidad, de la unión hipostática del divino Verbo, del Sacramento del altar, de la gloria de los bienaventurados, del libro de la vida y predestinación, de la esencia de la gracia y de otros misterios de la fe y de la teología. Dejó oír Rosa en esta ocasión axiomas tan profundos y sólidos, conceptos tan sublimes y agudos, sentencias tan claras, breves y fecundas, palabras tan propias, tan del caso, tan inteligibles y sucintas, que no pudo dejar de confesar el examinador delante de muchas personas, que nunca había visto ingenio tan iluminado y perspi-

caz. Y así alababa al Padre de las luces, porque revelaba á los humildes, pequeñuelos é indoctos tantos misterios que se ocultaban á los más sabios y prudentes. Esto mismo admiró después, observando el método admirable de que usaba Rosa cuando se confesaba; con tal distinción de palabras, tal propiedad y circunspección, que le parecía al Maestro Lorenzana que oía, no á una mujer, sino á un teólogo muy hecho y muy consumado; tanta era la proporción de sus palabras, la gravedad y medida de ellas, sin despropósitos, sin rodeos, sin confusión y superfluidad. Por esto cuando en una ocasión le llamó el sacristán menor para que oyese de confesión á la virgen, diciendo que le esperaba en la Iglesia Rosica: le reprendió ásperamente porque tomaba en la boca aquel nombre sin reverencia, y dijo: A vos os parece Rosica la que de verdad es Rosa, y grande á los ojos de Dios. Vendrá tiempo en que todos entiendan cuán crecida es, cuán grande y cuán digna es esta Rosa de mirarse con respeto y con reverencia.

Igual al Maestro Lorenzana en mérito y también catedrático de prima fué el Maestro Fr. Luis de Bilbao. Notó esto mismo en Rosa, cuando la confesaba. Aseguró después, hablando de sí mismo, que entre los coloquios secretos de aquel fuero oculto de la penitencia, enmudecía, considerando la profundidad y erudición de los discursos sólidos con que satisfacía á cuestiones árdas é intrincadas con toda prontitud, facilidad y buen orden; descubriéndose súbitamente que era muy superior el espíritu que hablaba en la virgen. Y realmente entre todas las personas de Lima, que eran todas por célebres en santidad y perfección, se fué introduciendo, y prevaleció por opinión firme y constante, que Rosa obraba gobernándola el espíritu de Dios; que estaba llena del dón de sabiduría y la asistía ciencia infusa. Por lo cual Luisa de Melgarejo, mujer santísima, tenía tan alto concepto de esta virgen, que si alguna vez se encontraban, siempre la saludaba de rodillas,

por más que ella lo repugnase; y si la veía pasar no se podía contener sin fijarse en las huellas de sus pies, y besar el sitio en donde los había puesto en señal de reverencia. Si se la ocurría escribirla alguna vez lo hacía siempre de rodillas.

Principalmente el Doctor Castillo y el Maestro Lorenzana, tratando algunas veces de la perfección con que caminaba Rosa, uniformes entrambos, admiraron en ella dos cosas singularísimas. Lo primero, que en brevísimo tiempo, echando por el atajo, y casi de un salto, había llegado hasta el grado más elevado de la vía iluminativa y unitiva, sin haber tocado en la purgativa. La causa, según confesaban ambos, era el haberla prevenido la divina misericordia desde su infancia con bendiciones de dulzura. Desde entonces la habían movido é impulsado al bien fines altísimos en que casi nada terreno podía encontrarse. Lo segundo, que en aquel horrendo tormento de oscuridades solitarias de espíritu, que solamente los no experimentados dejan de tener por horribles y formidables, era tan admirable la fortaleza, ánimo y constancia de Rosa, que no sólo podía tolerar el tormento, siendo ella tan delicada, sino que suponiendo primero gran resignación y conformidad, importunaba piadosamente á Dios para que la afligiese con más trabajos; con tal que quedase siempre la victoria y el triunfo por la voluntad divina. Este modo de negación de sí misma, es de los más supremos, más finos y más de veras, y juntamente es lo más dificultoso para quien ama con tal extremo, que tiene por mayor felicidad no ser, que dejar de amar. Es fuerza confesar que esta virgen era verdadera Rosa, que no podía marchitarse; pues no pudieron deslucir su verdor, alterar su belleza y hermosura las malezas y espinas sin cuento que por todas partes la cercaban.



CAPÍTULO XVI

Goza Rosa de trato familiar con Jesucristo, con su Madre y con Santa Catalina de Sena. Delicias y consuelos que la proporcionan estas visitas.

Al alma, á quien amargan las cosas de la tierra, son dulcísimas las del cielo. Esto sucedió á Rosa, cuya conversación toda era del cielo. Algunas veces leía entre día libros espirituales y escogía con cuidado los capítulos más acomodados al tiempo que de presente corría y al afecto que más predominaba. Deteníase algún tanto en las líneas donde hallaba escrito el dulcísimo nombre de Jesús; porque en todos los ápices de los caracteres que le componen, sentía el corazón centellas y estímulos amorosos. No paraba aquí su dicha. El amante Niño, en forma muy diminuta, se aparecía á la enamorada virgen encima del libro que estaba leyendo. Luego daba algunos pasitos ligeros por el papel y tal vez con rostro sereno, tierno y dulcemente halagüeño la miraba y hacía dulcísimas caricias. Y como es Verbo y Palabra eterna, introducíase allí como objeto dignísimo de la atención y lección devota de Rosa, aquel en quien

por más que ella lo repugnase; y si la veía pasar no se podía contener sin fijarse en las huellas de sus pies, y besar el sitio en donde los había puesto en señal de reverencia. Si se la ocurría escribirla alguna vez lo hacía siempre de rodillas.

Principalmente el Doctor Castillo y el Maestro Lorenzana, tratando algunas veces de la perfección con que caminaba Rosa, uniformes entrambos, admiraron en ella dos cosas singularísimas. Lo primero, que en brevísimo tiempo, echando por el atajo, y casi de un salto, había llegado hasta el grado más elevado de la vía iluminativa y unitiva, sin haber tocado en la purgativa. La causa, según confesaban ambos, era el haberla prevenido la divina misericordia desde su infancia con bendiciones de dulzura. Desde entonces la habían movido é impulsado al bien fines altísimos en que casi nada terreno podía encontrarse. Lo segundo, que en aquel horrendo tormento de oscuridades solitarias de espíritu, que solamente los no experimentados dejan de tener por horribles y formidables, era tan admirable la fortaleza, ánimo y constancia de Rosa, que no sólo podía tolerar el tormento, siendo ella tan delicada, sino que suponiendo primero gran resignación y conformidad, importunaba piadosamente á Dios para que la afligiese con más trabajos; con tal que quedase siempre la victoria y el triunfo por la voluntad divina. Este modo de negación de sí misma, es de los más supremos, más finos y más de veras, y juntamente es lo más dificultoso para quien ama con tal extremo, que tiene por mayor felicidad no ser, que dejar de amar. Es fuerza confesar que esta virgen era verdadera Rosa, que no podía marchitarse; pues no pudieron deslucir su verdor, alterar su belleza y hermosura las malezas y espinas sin cuento que por todas partes la cercaban.



CAPÍTULO XVI

Goza Rosa de trato familiar con Jesucristo, con su Madre y con Santa Catalina de Sena. Delicias y consuelos que la proporcionan estas visitas.

Al alma, á quien amargan las cosas de la tierra, son dulcísimas las del cielo. Esto sucedió á Rosa, cuya conversación toda era del cielo. Algunas veces leía entre día libros espirituales y escogía con cuidado los capítulos más acomodados al tiempo que de presente corría y al afecto que más predominaba. Deteníase algún tanto en las líneas donde hallaba escrito el dulcísimo nombre de Jesús; porque en todos los ápices de los caracteres que le componen, sentía el corazón centellas y estímulos amorosos. No paraba aquí su dicha. El amante Niño, en forma muy diminuta, se aparecía á la enamorada virgen encima del libro que estaba leyendo. Luego daba algunos pasitos ligeros por el papel y tal vez con rostro sereno, tierno y dulcemente halagüeño la miraba y hacía dulcísimas caricias. Y como es Verbo y Palabra eterna, introducíase allí como objeto dignísimo de la atención y lección devota de Rosa, aquel en quien

están encerrados y escondidos todos los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios.

Más familiar y consolador es el regalo y favor que se sigue. Mientras Rosa se ocupaba en hacer labor, el amado Jesús se sentaba en la almohadilla, como si allí lograrse especial quietud y descanso. Allí con señas y silencio hablaba al corazón de su querida esposa. Allí se reía con ella, y mirándola con ojos favorables, vista tierna y dulce aspecto, la abrasaba el alma con flechas ardientes que despedía, protestándola el amor que la tenía con todas las acciones, movimientos y ademanes, como galán divino; extendiendo hacia ella abiertos los bracitos con amagos de pedirla que la abrazase y se enlazase con su cuello. Cuales serían los sentimientos vivísimos que con estos favores se despertarían en el espíritu de Rosa, experimentando tan singulares finezas, podrá ponderarlo el que más despacio pudiere detenerse á discurrirlos. Lo que causa aquí mayor admiración es ver que Rosa tuviese entonces ojos para atender al hilo, á la aguja y la labor que hacía, y realmente los tenía; porque estos favores, regalando con tanta avenida de gustos el alma, la dejaban libre para que en todo y en parte pudiese entender en las obras exteriores. Que estas dulzuras con el divino infante, con Jesús Niño, presentado en tanta pequeñez las gozase frecuentemente Rosa, y acaso cada día, es casi seguro; como también el que si alguna vez se retardaba este favor y no venía el dulcísimo Jesús al tiempo acostumbrado, se quejaba dulcemente y con el corazón confuso, con tristeza profunda, con perplejidades y dudas, en voz baja solía entre sí lamentarse y decía celosa y santamente impaciente: «Ya se ha llegado la hora en que mi amado suele favorecerme ¡y no se acerca! Ya dió el reloj las doce y aún no ha venido. ¡Infeliz de mí, que entre penas carezco de su presencia! Feliz el alma que con mayores méritos le detiene ahora en sus brazos.» Y como el amor es naturalmente poeta, Rosa, que era tan amante, sujetaba á metro sus que-

jas, y en concertadas estancias y cadencias consonantes, cantaba como tórtola viuda, tristes y amorosas endechas al desvío y olvido del Esposo, de este modo.

¡Ay de mí! A mi querido
¿Quién le suspende?
Tarda, y es medio día,
Pero no viene.
Mientras en otra parte
Sin mí lo pasa,
Corazón, vida y ojos
Se me desmayan.

Enfermó acaso Rosa con dolor de garganta, y luego el que por hermoso es dulce imán de los deseos, como amante y como fino se apareció á la virgen, y para entretenerla y divertiría armó un juego, convidándola á que fuese competidora. Y era el partido, que el premio de la victoria quedase al arbitrio y elección del que ganase. Comenzó luego á tirarse el dado de una y otra parte, favoreció la suerte á la virgen, ganó el juego, triunfó Rosa, y sin querer dar largas, ni que la paga fuese al fiado, ejecutó de presente y pidió al dulce Niño, jugador rendido, que pagase de contado, acordándose por dicha, de lo que tiernamente cantó la Esposa de Salomón: «Su fruto es dulce á mi garganta.» Pidió la enferma que se mitigasen los dolores de la garganta; y como tenía con que pagar de presente el Niño, cobró Rosa la deuda enseguida y sintió notable mejoría. Mas el jugador divino, dando á entender que estaba resentido, y haciendo del impaciente y mal sufrido en perder, como sentido de la adversa suerte del dado, volvió á entablar de nuevo el juego, repitió y tiró, y con más feliz mano salió al cabo victorioso y perdió Rosa aquel juego. Por lo cual quiso también pagarse de contado y cobrarse en la paciencia de la competidora vencida. Aumentáronse otra vez súbitamente los dolores que la embargaron el sueño toda aquella noche, aunque no estuvo mal entretenida en considerar si salió más gananciosa en el primer lance ó en el segundo; teniéndola el amor más apasionada y más de

parte de la gloria de su Esposo que de sí misma. Y así, tanto gozo le ocasionaba el haber sido vencida, como ser vencedora. Admiraba juntamente la dignación asombrosa de la sabiduría eterna, tan prodigiosamente representada en aquellas palabras del sabio: «Mis delicias son morar con los hijos de los hombres».

La madre de Rosa, advirtiendo que le habían vuelto los dolores y con mayor aumento, temía, sospechando que fuese la enfermedad de cuidado y de peligro. La sosegó con prudencia y buen acuerdo la virgen, y para que del todo perdiese el miedo, con blandura y modestia descubrió el secreto, diciendo que todo era juego del divino Esposo; y en tanto que con palabras humildes refería su historia, vióla su madre trasformado el rostro, con cara de angel, que despedía de sí brillantes resplandores; como en otra ocasión sucedió al gloriosísimo martir San Esteban.

Deteniéndose Rosa otra vez más de lo acostumbrado en la celdilla solitaria del huerto, pues estuvo en ella casi hasta la media noche; con la fatiga, como era delicada, le sobrevino de repente desmayo y falta de fuerzas. Esperaba la virgen que pasase de pronto el accidente; pero la molestaba más de lo que había sospechado la debilidad y flaqueza del estómago. Advertía que iba en aumento la dolencia; pero como era tan entrada la noche ni se podía llamar al médico, ni ella se determinaba á inquietar á ninguno de su casa, llamando en su ayuda á quien la socorriese. Conocía la necesidad de tomar algún dulce ó unos sorbos de caldo para reforzar el estómago y cobrar otra vez las fuerzas perdidas; pero era sábado, había de comulgar en la mañana siguiente y no sabiendo de cierto si era ya media noche, no se atrevía á quebrantar el ayuno que se requiere para llegarse al altar. A cualquier parte que volvía los ojos se hallaba atajada, porque si aquel decaimiento perseveraba, no podría comulgar, ni tampoco si comía algo para fortalecerse. ¿Qué remedio entre estos dos riesgos? Acogióse Rosa con segura confianza como

acostumbraba siempre, al sagrado de su Esposo celestial, de quien David cantaba: «Que es el que socorre las necesidades todas á sazón y á tiempo.» Fióse de este médico soberano, le pidió le aplicase el remedio y lo consiguió. Pero ¿de qué modo? Como lo había logrado en otra ocasión Santa Catalina de Sena, poniéndose en contacto con el pecho adorable del Redentor. Este divino pecho, de donde manó el nectar suavísimo de la sangre y agua con que se lavaron los pecados del mundo, aplicó Cristo benignamente, no á la boca, sino al corazón de Rosa. Aquí halló esta virgen el reparo de su flaqueza, aquí el jugo vital de salud y de regalo. Que esta representación, ni fuese vana, ni sin fruto, ni puramente imaginaria, comprobólo bien el efecto. Convaleció Rosa al punto, restituyéndose al cuerpo las fuerzas perdidas, la agilidad y el brío. A la mañana pudo ir á la iglesia, fortalecerse con el pan de los ángeles, satisfacer del todo la hambre y el deseo que tenía de recibir á Cristo en el convite del altar y volverse después á casa, como si no hubiera padecido accidente alguno; experimentando con mucho gusto suyo cuánto mejores son los pechos del Esposo que el vino más generoso, como dice el sabio, y cuánta es mayor su fragancia que la que exhalan los unguentos más preciados y más costosos. Gran dignidad por cierto la de nuestra Rosa, no sólo ser hija y discípula de tal madre y maestra como Santa Catalina de Sena, sino llegar también á ser hermana de leche. Pero hablemos de otras cosas, no menos admirables que las que hemos dicho.

En casa de una señora ilustre, después de haber pasado algún tiempo en santos coloquios, como acostumbraba Rosa, pidióla ésta licencia para retirarse un rato al oratorio. La matrona, mirando por la consideración que se debía á la virgen, mandó que la fuese acompañando una niña de siete años, hija de una esclava que tenía en su casa. Ella, en dejando á Rosa entretenida en la oración, á escondidas se fué con su ma-

dre, que estaba trabajando en otra pieza cercana al oratorio. Volvió dentro de una hora, miró si la virgen había acabado de orar y vió que el Niño Jesús estaba junto á ella, vestido con una túnica de verdegay y de púrpura, muy vistoso y muy galán. Al verle rodeado de claridad, de rayos y de reflejos, no atreviéndose á interrumpir la buena dicha de Rosa, estúvose parada algo lejos, contentándose con gozar de tan agradable espectáculo, cuyos misterios no alcanzaba en tan temprana edad. No lo dijo á nadie hasta que murió la virgen. Lo mismo la sucedió en casa de D.^a Isabel Mejía, como lo refirió su misma hija, que tuvo la dicha de verlo. Y fué el caso que se paseaba Rosa en un cobertizo secreto y retirado de su casa, y á su lado iba el Niño Jesús, á lo que parecía en la estatura, de edad de ocho años; pero el vestido era cortado de tela, de resplandores brillantes. Recreábanse los dos dadas las manos. El paso y la postura eran de dos finísimos amantes. Se decían ternezas, parándose á ciertos trechos para mirarse, como olvidados y descuidados de cuanto no era gozar de la vista dulce y conversación gustosa que entre los dos tenían. El modo de andar del divino Niño era más autorizado y grave y más magestuoso que el que suelen tener los de aquella edad; y donde quiera que asentaba el pie, saltaban luego rayos de luz.

Los celos, como son pregoneros del amor más intenso y más fino y juntamente exploradores de la afición, son por lo mismo tan poderosos, que hacen mal sufrido al amante; tanto, que aunque sea celestial el esposo, le ponen en cuidado. No admite competidor y se recela aun de una flor, si en ella se fija algo el amor de la prenda querida á quien ama. Era Rosa flor en las obras y en el nombre. Así que procuraba, poniendo en ello gran diligencia, que en ningún tiempo del año estuviesen los altares sin el adorno conveniente de flores. Para esto tenía en el jardín divididos varios cuadros y en uno de ellos muchas albahacas. Ponia en

cultivarlas, regarlas y cuidarlas todo cuidado; porque siendo el olor y el nombre que algunos le dan de planta real, le parecía que este era el tributo más á propósito para rendir homenaje al «que es Rey de los siglos invisible é inmortal». Correspondía la planta agradecida á la industria cuidadosa de su jardinera; y cuanto más pomposa y más ufana se mostraba en el huerto, tanto más alegraba á Rosa. Pero como el gozo de las flores siempre es fugitivo y breve, una mañana halló la virgen su vistosa albahaca, no sólo seca y marchita, sino del todo muerta y arrancada por las raíces. Llena de sentimiento, hasta llegó á derramar algunas lágrimas, por no poder adornar con ella en adelante el altar de su amado. Había salido apenas del jardín cuando encontró á Jesucristo, quien hablándola con afabilidad y blandura, la dijo: «¿Qué es lo que sientes? ¿qué dolor es el que penetra tu corazón? ¿Acaso yo, que soy la flor del campo, no soy mejor y más hermoso en tu aprecio que las albahacas todas y que todo el vergel florido del Paraíso? Y para que entiendas que yo solo he de ser tu albahaca, yo soy el que con estas manos la arranqué por las raíces, yo el que quebranté sus ramas, el que arrojé esas matas que has florado por muertas. ¿Eres tú flor vistosa y amas las flores? Vesme aquí, aquí me tienes, en quien más gloriosamente podrás emplear tus amores.» Aprendió Rosa en esta lección mística el mucho amor que debía á su Esposo, pues la amaba tan tiernamente que le atormentaban los celos, aun de cosas tan indiferentes como las flores. Rosa perdía con gusto todas las flores que poblaban su jardín. Estas pruebas admirables y verdaderamente extraordinarias del amor que profesaba el Esposo divino de las almas á Rosa, hacen muy creíble la visión estática de cierta mujer religiosísima y de grande espíritu, á quien con mucha aseveración afirmó el mismo Señor en un raptó: que traía á Rosa en lo más íntimo de su corazón, porque sabía que era muy bien pagado y correspondido; y que ella le daba

también lugar en su corazón virgíneo y puro, donde él solo habitaba con tranquilidad y sosiego.

Que las visitas de la Emperatriz augustísima de los cielos fuesen muy frecuentes á Rosa, fácilmente pudo colegirse de que jamás faltó á esta virgen el consuelo precioso de la familiaridad continua con María desde los once años de su edad hasta lo último de su vida. Permanecía tanto tiempo la virgen en la capilla del Santísimo Rosario, que parece tenía hecha en ella su habitación. Allí se estaba sin poder apartarse, los días enteros; allí recibió el hábito de su Orden; allí gozó la dicha del desposorio con el tierno infante Jesús. No era pues mucho que permaneciese en ella tantas horas seguidas. Ponía todo su empeño en componer curiosamente el altar, para el que toda la parecía poco, según eran los deseos que tenía de honrar á su Reina y Señora. La pagó ésta muy bien el empeño con que la servía y obsequiaba, para lo que baste citar el caso siguiente.

Por mucho tiempo estuvo Rosa tan desvelada y sintió en sí misma tanta dificultad para conciliar el sueño, que se pasaban muchas noches enteras sin poder lograrlo. Creció tanto el insomnio, que llegó á temerse mucho por su vida, sobre todo si se negaba á aplicarse los remedios que se la prescribieron. Fué necesario que los confesores la mandaran que tomase por la noche lechugas y otras sustancias vegetales, á propósito para llamar el sueño; señalando también el tiempo que había de gastar en dormir y la hora en que había de levantarse por la mañana. Procuraba obedecer la enferma; pero con la costumbre continuada de largas vigili-
UNIVERSIDAD ALD

Quejóse á la Reina del cielo, que es la verdadera Estrella de la mañana, y la puso delante su aflicción; pidiendo que le diese ayuda y socorro para vencer el importuno sueño. María Santísima, como Madre de piedad, no sólo le dió gratos oídos, sino que también quiso ser ella quien viniese á despertarla, y desde allí adelante, cuando se acercaba la hora, al punto señalado se presentaba visiblemente la Madre de Dios, y con meliflua voz llamaba á Rosa, diciendo: «Levántate á la oración, hija, levántate que ya es hora.» Despertando ella alegremente, veía cerca de sí y cara á cara, como después confesó la virgen, el astro de gloria lleno de agrado, el rostro de hermosa majestad, el paraíso de amenidad y bienaventuranza; conocía lo dulce de su voz, veneraba su presencia, preguntándose tácitamente á sí misma como la madre del Precursor: «¿De dónde me han venido esta dicha, que la Madre de mi Señor venga á visitarme?» ¡Oh agradable y admirable despertador!

Sucedió una vez que viniendo al mismo oficio esta celestial Señora, estaba Rosa profundamente dormida. Era entonces el primer sueño, porque había tardado mucho en llegar; y oyendo medio entre sueños la voz y diciendo casi dormida: «Ya me levanto, Señora, ya me levanto luego», incorporóse en la cama; pero cargando el sueño y embargándola los sentidos, agravándole los párpados, se volvió á caer sobre las almohadas dormida y soñolienta sin poderlo remediar. Volvió otra vez la Despertadora Augustísima, y acercándose extendió su blanca y virginal mano, favor que hasta entonces nunca había hecho, dióla un golpe blando en un lado; movió el cuerpo con familiaridad y cariño y volvió á decirle: «Levántate, hija mía, no tengas pereza; hasme pedido que te despierte, y vesme aquí te llamo á la oración, levántate, hija mía, levántate, que ya ha dado la hora.» Mucho más suavemente sonaba en los oídos de la virgen que tal Madre la diese el nombre de hija que no el de Rosa. Cedió á la dulzura de esta voz el sueño y juntamente desapareció la Despertado-
UNIVERSIDAD ALD

ra soberana. Luego que abrió los ojos y despegó los pesados párpados, reconoció que era la Madre de Dios; pero sólo pudo darla alcance con la vista por la espalda, porque ya se iba desviando como quien había cumplido el amigable agasajo de despertarla. Mas ¡ay! cuanto bien perdieron los ojos por haber permitido tan breve licencia al sueño! ¡Cuanto dolor costó á Rosa aquella vez que la Reina del cielo la negase el rostro por haberse detenido con algo de pereza. Pero no es esto de extrañar, ya que los favores del cielo son muy delicados, y si se pierde la ocasión, se deslizan de entre las manos.

Desde el tiempo en que una vez Cristo, como después se supo, envió desde el cielo á Santa Catalina de Sena y la señaló y dió por Maestra de nuestra Rosa, muy frecuentemente visitó la santa á la querida discípula que tenía en la tierra, apareciéndose á ella visiblemente; de un modo especial mientras se ocupaba en leer la regla de la Maestra seráfica, que después de muchas diligencias la habían enviado de Cuzco por medio y solicitud de Fr. Juan Miguel, religioso lego de la Orden de Predicadores. La recíproca comunicación y trato de las dos vírgenes fué tan amigable y tan frecuente, que al modo que en el rostro de Moisés quedaron vislumbres del trato que tuvo con Dios en el monte por tanto tiempo; así también parece que se trasladaban los resplandores de Santa Catalina de Sena á la cara de Rosa. Estos de tal suerte perfilaron su rostro, que todo el aire y apariencia eran de una imagen muy bien sacada de la santa, cuya copia y retrato parecía Rosa. Por esta razón comúnmente los limenses la llamaban segunda Santa Catalina de Sena, principalmente después de muerta, cuando puesta en el féretro, pudieron ver más despacio y notar con más libertad el rostro y las facciones de la difunta, que ella siempre ocultaba mientras vivía. Pero de las admirables delicias, favores y agasajos con que la seráfica Maestra obligó y acarició á su querida Rosa, hablaremos más prolijamente en sus propios lugares.



CAPÍTULO XVII

Goza dichosamente Rosa del trato familiar con su Angel de Guarda. Lucha varias veces con el demonio: queda siempre vencedora.

PRUEBA San Bernardo por aquellas palabras del pacientísimo Job: Pones, Señor, en el hombre tu corazón; que los santos ángeles son el corazón mismo de Dios. Tuvo Rosa á su santo Angel, no sólo por custodio, sino por compañero y amigo; y lo que es más, por medianero y agente, que en todo hacía encargos, por secretario de su pecho, por defensor único; para que también por este medio llegase á conocer cuán dulcemente había puesto en ella Cristo su corazón. De aquí nació el tener tan estrecha amistad con su Angel y tanta confianza y llaneza, como si fuera uno de los domésticos y familiares de su casa; hasta llegar á tenerle por correo que llevaba sus recados, cuantas veces su Esposo se detenía sin venir á visitarla á la hora acostumbrada. Entonces con familiaridad hablaba á su Angel, despachábale en busca de su

ra soberana. Luego que abrió los ojos y despegó los pesados párpados, reconoció que era la Madre de Dios; pero sólo pudo darla alcance con la vista por la espalda, porque ya se iba desviando como quien había cumplido el amigable agasajo de despertarla. Mas ¡ay! cuanto bien perdieron los ojos por haber permitido tan breve licencia al sueño! ¡Cuanto dolor costó á Rosa aquella vez que la Reina del cielo la negase el rostro por haberse detenido con algo de pereza. Pero no es esto de extrañar, ya que los favores del cielo son muy delicados, y si se pierde la ocasión, se deslizan de entre las manos.

Desde el tiempo en que una vez Cristo, como después se supo, envió desde el cielo á Santa Catalina de Sena y la señaló y dió por Maestra de nuestra Rosa, muy frecuentemente visitó la santa á la querida discípula que tenía en la tierra, apareciéndose á ella visiblemente; de un modo especial mientras se ocupaba en leer la regla de la Maestra seráfica, que después de muchas diligencias la habían enviado de Cuzco por medio y solicitud de Fr. Juan Miguel, religioso lego de la Orden de Predicadores. La recíproca comunicación y trato de las dos vírgenes fué tan amigable y tan frecuente, que al modo que en el rostro de Moisés quedaron vislumbres del trato que tuvo con Dios en el monte por tanto tiempo; así también parece que se trasladaban los resplandores de Santa Catalina de Sena á la cara de Rosa. Estos de tal suerte perfilaron su rostro, que todo el aire y apariencia eran de una imagen muy bien sacada de la santa, cuya copia y retrato parecía Rosa. Por esta razón comúnmente los limenses la llamaban segunda Santa Catalina de Sena, principalmente después de muerta, cuando puesta en el féretro, pudieron ver más despacio y notar con más libertad el rostro y las facciones de la difunta, que ella siempre ocultaba mientras vivía. Pero de las admirables delicias, favores y agasajos con que la seráfica Maestra obligó y acarició á su querida Rosa, hablaremos más prolijamente en sus propios lugares.



CAPÍTULO XVII

Goza dichosamente Rosa del trato familiar con su Angel de Guarda. Lucha varias veces con el demonio: queda siempre vencedora.

PRUEBA San Bernardo por aquellas palabras del pacientísimo Job: Pones, Señor, en el hombre tu corazón; que los santos ángeles son el corazón mismo de Dios. Tuvo Rosa á su santo Angel, no sólo por custodio, sino por compañero y amigo; y lo que es más, por medianero y agente, que en todo hacía encargos, por secretario de su pecho, por defensor único; para que también por este medio llegase á conocer cuán dulcemente había puesto en ella Cristo su corazón. De aquí nació el tener tan estrecha amistad con su Angel y tanta confianza y llaneza, como si fuera uno de los domésticos y familiares de su casa; hasta llegar á tenerle por correo que llevaba sus recados, cuantas veces su Esposo se detenía sin venir á visitarla á la hora acostumbrada. Entonces con familiaridad hablaba á su Angel, despachábale en busca de su

Dueño, decíale en verso sus deseos, que trasladaba Rosa al lenguaje ordinario, con estas y otras expresiones:

Joven celestial
Vueta al Criador,
Dile que sin vida
Yo viviendo estoy.
Dile de mis ansias
El último rigor.
Pues vive quien espera,
Y espero y muero yo.

¿Por qué á Rosa flor suya
(Inquirirás veloz)
Si es flor del sol, sus rayos
Tarde la muestra el sol?
Ruégale que apresure
A mí su inclinación,
Su rostro manifieste:
Que me muero de amor.

Una noche, cerradas las puertas del huerto, velaba como solía Rosa, en la angosta celdilla que había construido en él. Sintió que de improviso le faltaban las fuerzas; tanto que temió un síncope peligroso. En vista de esto determinó recogerse al cuarto de su madre, comunicando primero esta resolución con el Angel. La madre que de ordinario, tenía la llave del huerto, al abrirla, cuando advirtió en el rostro de su hija señales ciertas de algún desfallecimiento grave, sin dilación, sacando de la bolsa dos reales, mandó á la criada que fuese á la tienda más vecina y comprase azúcar y chocolate, que bebido es muy saludable para esforzar el estómago. Rogábala la virgen con grande instancia que no hiciese por su causa este gasto. Replicó ella: ¿piensas que hay en esta casa siquiera una pastilla de chocolate? Así es, respondió Rosa; pero yo sé que muy presto me la enviarán de casa del contador. Enojóse su madre, y dijo: ó te burlas de mí ó estás soñando, ¿A estas horas quieres que haya quien te envíe chocolate y dispuesto para beberse? ¿Y por dónde ha de haber noticia en casa del contador, que como sabes está tan lejos, que te ha sobrevenido este accidente y que necesitabas de este reparo? Tú, cerrada en tu huerto, no has tenido con quien dar el aviso, ni de esta casa ha salido ninguno que pueda hacer presente al contador tu necesidad y tu aprieto. Volvió otra vez Rosa á rogar á su madre no enviase á la criada, asegurándola con certeza que muy presto llegaría un esclavo del contador con el cho-

colote. Sucedió así, porque estando madre é hija en estos debates, llamaron á la puerta con grandes golpes, y era el esclavo del contador, que pidió abriesen la puerta; porque la mujer del contador enviaba á Rosa chocolate. Luego vieron que descubrió una chocolatera de plata, llena de chocolate. Quedó pasmada la madre; y Rosa despidiendo cortésmente al criado, le mandó que dijese de su parte á su señora, que había llegado muy á tiempo el presente. Con esto, entre tanta multitud de prodigios, su madre confusa y atónita, comenzó á preguntar cuál pudo ser la causa que movió á la mujer de D. Gonzalo á enviar un esclavo desde su casa y á tales horas, siendo tan entrada la noche, y quién pudo dar noticia á aquella señora de la necesidad de su hija; y quién decir á Rosa que venía el esclavo con chocolate. Finalmente la mandó con estrecha obediencia que dijese claramente por dónde supo que á tales horas le enviaban de casa del contador chocolate. Respondió sonriendo la obediente hija: «No te admires dulcísima madre, que mi Angel de Guarda muchas veces se digna de hacerme agasajos de este tamaño. Al instante que sentí el desfallecimiento del estómago en la celdilla del huerto, envié á mi Angel que diese á entender de mi parte á Doña María de Usateguí que necesitaba de este socorro. El cumplió al pie de la letra lo que le dije; y yo estaba muy cierta que no había de faltar al empeño. Con esta confianza y seguridad dejé la celdilla, vine á tu cuarto y sentéme para esperar el esclavo del contador y para partir contigo el regalo del chocolate.» Admiróse su madre de que tan brevemente y tan á punto hubiese venido el obsequio del Angel, y mucho más, advirtiendo que esto mismo no ponía en admiración á su hija; argumento claro de que estaba muy acostumbrada á recibir semejantes favores de mano del Angel.

Otra vez en la misma celdilla, pasada media noche, esperaba la virgen que la llamasen á recogerse en casa, como era costumbre, para tomar reposo. Solía su ma-

dre á las once de la noche bajar al huerto, abrir la puerta, y en saliendo del jardín su hija, irse á su aposento. Mas aquella vez, ya porque creyese que se había recogido, ó ya porque ocupada en otras cosas, se le había pasado de la memoria, olvidóse de bajar al huerto y abrir la puerta, para que entrase la virgen. Ella, viendo que esperaba en vano á su madre, entre tanto que dudaba lo que debía hacer, mirando por una pequeña ventana vió cerca de sí una sombra blanca que se movía con agilidad. Esta la hacía señas para que la siguiese hacia la puerta de la casa. Por los indicios y señales exteriores fácilmente conoció, aprendiéndolo de Santa Catalina de Sena, que era su Angel de Guarda disfrazado en aquella sombra; y así con toda confianza le fué siguiendo. Llegaron entrambos á la puerta del huerto, que se abrió luego con sólo tocarla la sombra sin valerse de llave. Hecho esto, el guía, tomando la delantera, paró delante del aposento de la madre de Rosa y desapareció.

Ya que se trata de la familiaridad con que hablaba Rosa con su Angel tutelar, razón es que se refiera aquí la historia siguiente, testimonio indisputable de que esta virgen disponía al parecer á su albedrío, no sólo de su Angel, sino también del de otras personas. Cierta religioso que había de acompañar á un prelado eclesiástico por muy ásperos y muy largos caminos, representó su necesidad á la virgen, pidióla sus oraciones para que Dios le librase de peligros en viaje tan prolijo y tan dificultoso. Y como era tan pronta y tan generosa para socorrer y ayudar á sus prójimos, prometió encomendarle á Dios, como lo hizo con muchas veras; pidiendo también á su Angel que guardase al caminante de todo mal. Partió el religioso muy consolado y muy seguro con la promesa; porque sabía lo mucho que valían las oraciones de Rosa con Dios y con los ángeles. No se halló burlado en sus esperanzas, porque corrió desde Lima hasta el Potosí, seguro entre varios peligros y múltiples ries-

gos. De allí adelante sintió que faltando las oraciones de la virgen, también le faltaba la tutela y asistencia cuidadosa del Angel. En efecto, caminando desde el Potosí á Trujillo, padeció mucho en sus profundísimos valles, y apenas pudo escapar con vida. Vuelto á Lima se quejó amargamente de la virgen en su ausencia y después en su presencia, porque en medio del viaje le había privado del auxilio de sus oraciones. No negó la verdad Rosa: sólo le preguntó cómo había llegado á conocimiento de esto? A lo cual respondió él: que desde Lima al Potosí había escapado felizmente de todos los peligros, lo que era efecto claro de la asistencia del Angel; pero que desde Potosí á Trujillo todo le había sucedido al contrario; por lo que no pudo dejar de persuadirse que Rosa no continuaba la oración prometida; y que por esto su Angel había levantado la mano de la asistencia con que le libraba de los peligros y desviaba los riesgos. Dijo entonces Rosa. No fué sin fundamento la conjetura; pero has de saber que te sobrevinieron estas desgracias, porque no eras el mismo que solías. Después, concretando más el asunto y especificando cosas muy singulares, dió aviso al religioso de algunos secretos que él solo podía saberlos, y que habiendo sucedido en tan lejanas tierras, no pudo saberlo Rosa, sino por revelaciones de los ángeles.

Cuanto más amaban los santos ángeles á esta doncella angélica, y más la agasajaban y asistían, tanto más la aborrecían las furias infernales y procuraban hacerla daño en público y en secreto con fraudes y á la fuerza y por cuantos medios se hallaban al alcance de su malicia infernal. Era gran tormento para el demonio la celdilla estrecha del huerto, teatro de incomparables favores que recibía del cielo. Causábale indecible dolor al soberbio espíritu ver que solo allí no era temido, siendo quien se encastillaba en aquel aposento una doncella sin fuerzas, sin armas y sin años; y mucho más, que haciendo palestra y liza de aquella soledad, se atreviese á desafiarle. El príncipe de las tinie-

blas no atreviéndose á cara descubierta, ni entre la claridad del día, como traidor y cobarde, á presentar batalla á la virgen, la acometió, valiéndose de las sombras tenebrosas de la noche. Era su forma de un alano disforme, feo y negro como la misma pez, cercado de llamas rojas que daban luz confusa, con la que podía distinguirse la fiera corpulencia del enemigo. Despedía fuego hediondo por los ojos, narices y orejas. Con esta forma horrible y fantástica daba vueltas junto á la virgen, cuando se encontraba ésta en oración. Hacía ademanes con que infundirla miedo; mostrábale los dientes, que eran crecidos y formidables. Tenía la lengua sacada y el olor que despedía era de azufre quemado y casi intolerable; levantaba en alto la cola y las orejas, haciendo como que quería arremeter á Rosa, despedazarla y tragársela. Y no sólo pretendía atemorizarla, sino ejecutar su rabia en ella, si pudiera; porque viendo que la virgen se estaba sosegada y le despreciaba la acometió de un salto, intentando destrozarla con manos y dientes. Finalmente, viendo que no podía ejecutar su furia, con atrevimiento furioso, la arrastró por la tierra, tirándola á una y otra parte, como si fuera un trapo viejo y roto. Ofendida Rosa de su temeridad, aunque sin temor ni miedo del enemigo, llamó en su favor al Esposo con las palabras del salmo, que dicen: «No entregues, Señor, en manos de las cruentas bestias del infierno las almas de los que te alaban y confiesan.» No fué necesario valerse de otras armas para poner en huida al cobarde enemigo. Apenas oyó aquellas palabras, desmayado y sin fuerzas, vencido, quebrantado abandonó el campo y huyó ignominiosamente, soltando la presa. Rosa, hallándose sin daño, admirada de la bondad divina, sosegado el corazón, sin susto y sin miedo, volvió con toda quietud á proseguir su oración.

Saliendo otra vez del oratorio del contador para entrar en una pieza algo más retirada, de improviso la saltó el maligno espíritu, que estaba esperándola y

acechándola. Dióla una bofetada con cuanta fuerza pudo, si bien fué mayor el estruendo que el daño; pues ella, sin sobresalto ni turbación, se quedó riendo del enemigo, pronta y dispuesta á ofrecer la otra mejilla para recibir segundo golpe, si el contrario se atreviera á manifestarse. Estando otra vez en casa de D.^a Isabel Mejía, no teniendo ánimo el espíritu vil para acometerla cara á cara y frente á frente, por las espaldas y desde lejos la tiró una piedra pesada con tanto ímpetu y pujanza, que la derribó en el suelo. Ella, sin turbarse y sin recibir daño, se levantó al punto con más alegría que habia caído, echando en cara al demonio su flaqueza y cobardía. El espíritu maligno, confuso y corrido, viendo el brío de la triunfante virgen, desahogó la rabia que contra ella tenía y se desquitó haciendo presa en los libros espirituales por donde leía; entre estos en el de mayor estimación para ella, que era un tomo de Fray Luis de Granada, con cuya lección dividía los tiempos que meditaba. En este se desquitó de la cólera el enemigo, rasgando, haciendo añicos y arrojando á lugares sucios los libros de la santa, pensando haber hecho con esto una gran hazaña y que era empresa gloriosa haber podido robar algunas de sus armas á la invencible y valerosa amazona. No logró, sin embargo, el demonio lo que pretendía; porque la virgen recuperó después su libro y avergonzó al ladroncillo ratero que habia hecho el hurto, y para mayor desprecio no le nombraba por otro nombre que con el de *sarnoso* y *malagata*, que son lindos nombres para la soberbia, de que se halla dominado.

En otra ocasión, después de haber dado fin á la oración en el mismo oratorio, al ponerse el sol subió la virgen á un aposento que estaba en lo más alto de la casa, por ser más secreto y más á propósito para percibir las dulzuras de la contemplación. Halló una infinidad de ratas que saltaban, se mordían, chillaban, corrían de un lugar á otro, ya por las paredes, ya por las alacenas y vasares, ya entre las tejas; y como si andu-

vieran á caza, con estruendo confuso lo turbaban todo. No había que esperar quietud; porque lo inmundo del lugar y el crecer las sombras de la noche convidaban á tales animales, cuyo natural es huir de la luz, y buscar los lugares sucios y tenebrosos para hacer de las suyas. Con esto Rosa mudó de parecer y trató de bajarse á otro aposento, que caía en lo más hondo de la casa, buscando donde esconderse para gozar de quietud. Estaba allí la despensa, donde se encontraban amontonados los instrumentos de la vendimia, calderas, cuévanos y otras cosas de este género. Apenas entró la virgen, de repente se asustó y se le espeluznaron los cabellos, porque conoció que allí la estaba esperando como en barrera el *sarnoso* para pelear con ella. Y no queriendo rendirse al miedo, mandó á una criada pequeña de la casa que por allí pasaba que encendiese un candil, y en trayéndole la despachó, encargándola que á ninguno dijese donde quedaba y que no la llamase para cenar. Se había apartado ya la criada largo trecho, y apenas cerró la puerta la virgen, cuando oyó que de repente el demonio echó la llave por de fuera, dejándola como presa y sitiada. Cerrada pues ya en la despensa, reparó que el furioso enemigo se entretenía en hacer mucho ruido desde una grande espuerta donde estaba metido. Pareció á Rosa indicio de poco valor y falta de bríos trabar la batalla con tan cobarde competidor, valiéndose del ánimo que podía darla tener la luz encendida, y que no era valentía usar de socorro humano. En consecuencia ella misma con su mano apagó la luz, provocando al enemigo para que dejando la infame trinchera de la espuerta que ocupaba, presentase la batalla en lo anchuroso del aposento y que pelease en el campo abierto, y así decía: «Hola, miserable, hola, puerco sarnoso, salid acá, que aquí os espero; salid si os atrevéis, si tenéis ánimo, si algo valéis, veámoslo ahora. No hay sino descargar todos los tiros que tenéis prevenidos y os ha permitido Dios contra este vil cuerpecillo mío. Bien cierta estoy que no

podéis tocar al alma, que este salvoconducto de que no os podáis atrever á ella me le ha dado mi celestial Esposo, porque es muy suya y corre por su cuenta. Comenzad la batalla, bestia armada de puntas de asqueroso animal, acometed ya, ¿qué hacéis? ¿Cómo no salís? ¿Qué cobardía es esta?» No tardó en salir el enemigo oyendo el desafío, á su sentir tan arrogante como altivo. Saltó en un punto de la espuerta, se plantó en medio en ademán de pelear, y pareció en forma de gigante desmesurado. No tembló Rosa; pero el demonio, asiéndola por los hombros y apretándola, comenzó á bregar furioso con ademanes de hacerla pedazos entre sus manos; y para duplicar los temores, hizo que experimentase con su tacto cuán duros y poblados de espinas de erizo estaban sus brazos. Con estas armas peleaba contra una virgen desarmada, empleando contra ella su fiereza. Ya la arrojaba como pelota, ya la arrastraba sin piedad alguna, ya la acocebaba con furia desesperada, ya la golpeaba con furor y saña, de suerte que parece la había molido todos los huesos, desencajado los hombros y apartado los nervios de todas sus coyunturas. Pero cuanto estaba el cuerpo más maltratado, el espíritu estaba más valeroso; el corazón fijo en Dios se reía del enemigo, despreciábale y burlaba las iras y la locura del gigante furioso. Muchas horas duró la lucha tenebrosa, con grande afrenta y desercito del contrario, que perdiendo las esperanzas de la victoria se contentara con sacar un gemido ó una señal de miedo, y aun esto no pudo. Entre tanto la mujer del contador, preguntando por Rosa á los criados, supo de la muchacha en qué lugar la había dejado con luz encendida y que claramente la había dicho no la llamase á cenar. Fué á la despensa, y no diviso luz, levantó el pestillo, y por no hacer ruido, ni ser sentida, se retiró con tiento, esperando el fin de tanta tardanza. Finalmente, á la media noche se terminó el rudo y temeroso combate. Salió la virgen tan alegre en el rostro como falta de aliento por el cansancio que le había causado

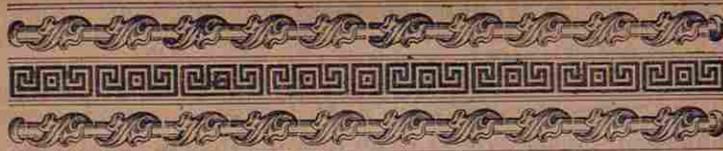
la pelea. Salió, pero más contenta que nunca; de suerte que mirándola al semblante, nadie pudiera dudar que en aquellas tinieblas le había sucedido alguna aventura gloriosa para ella. Al día siguiente la mujer del contador, con mucha importunidad, alcanzó al fin de Rosa la refriese todo el suceso. Se advirtió entonces, entre otras cosas, que semejantes peleas, aunque crudas y sangrientas, no eran raras en la constante virgen, y que nunca salía de ellas con señas de temor y de cobardía.

En cierta ocasión había entrado en el huerto para soltar las velas de su piadoso afecto en oración fervorosa, cuando he aquí que ve salir de la espesura sombría de los árboles á su antiguo competidor, no ya terrible y fiero como otras veces, sino blando, alhagüeño y hermoso, casi transfigurado en ángel de luz; porque el traje, rostro y disposición eran de galán y de cortesano muy compuesto, muy aliñado y á la vista agraciado y bello. Mucho pesar dió á la virgen hallar un hombre en su huerto, cosa nunca vista hasta entonces, y más cuando estaba sola y sin testigos ni compañía. No se descuidó el enemigo en jugar desde luego su artillería: comenzó, estando algo apartado á provocarla con señas y ademanes descompuestos, haciendo el papel de enamorado y aun de atrevido. Viendo esto la virgen, levantando la voz, detestó y maldijo la visión, y volvió las espaldas al fantasma; y la que había hecho rostro con invencible brío á las otras batallas, sólo en esta, que era de castidad, buscó el triunfo en la fuga, al parecer cobarde, para asegurar la victoria. Apenas llegó á las puertas del huerto, en donde se recogió volando más que corriendo, hizo alto en el portal, que estaba cercano, y echando mano á una cadena de hierro, ensangrentó las espaldas, como si fuera culpada; repitió los crueles golpes, dando quejas amorosas á su divino Esposo entre los ríos de sangre y de lágrimas que corrían de sus ojos y de sus hombros; porque en lance tan peligroso y de tanta angustia y congoja, se

había ausentado. Decía que no era creíble que si estuviera presente se hubiera atrevido á ponerse á sus ojos aquella imagen de impureza disfrazada de hombre, con lo que tanto riesgo podía correr su castidad. No tardó mucho en consolarla el amante Esposo, aparecióse luego, dejóse ver muy á las claras y la dijo: «Oye Rosa, atiende. Pues qué, ¿piensas que si yo no te asistiera presente, pudieras tú haber conseguido tan feliz victoria?» Fué este consuelo de grande importancia para la vencedora virgen y lección de grande enseñanza. Semejantes son estos lances á los que sucedieron á Santa Catalina de Sena en otra lucha muy parecida, cuando á semejantes quejas la respondió también Cristo: «Mientras peleabas, mientras vencías, dentro de ti estaba y en tu corazón mirando la pelea, dándote socorro, ayuda y fortaleza.»

Entre los muchos dones de que gozó Rosa, era uno de los más eminentes y admirables, como rectificaron sus confesores, el tener gracia especial de discreción de espíritus para distinguir las visiones verdaderas de las que son ilusiones del demonio y sugerencias astutas de la antigua serpiente. Y es de mayor asombro haberla dotado el cielo desde sus primeros años con esta singularísima prenda, que le valió mucho á ella y fué de gran provecho para los prójimos. Tanto es así, que jamás se le ofreció tentación tan fraudulenta ó engaño tan disimulado que no le descubriese desde el principio, confundiendo al enemigo y quitándole las armas. Causa admiración considerar cuántas victorias alcanzó por solo este medio de las acometidas engañosas del infierno. Aun siendo muy niña, examinándola el confesor, dió eruditamente su parecer y censura en orden al modo de distinguir las verdaderas revelaciones de las falsas, por medio de reglas tomadas de los efectos que unas y otras dejan en el alma. Decía que aquellas eran ilustraciones divinas que dejan en el alma mucha humildad, afecto de reverencia, conocimiento de la propia vileza, orden y unidad en el corazón y gozo en Dios.

Que al contrario, las que son sugerencias del demonio, dejan soberbia, confusión, división del corazón, complacencia de sí, inquietud en orden á las cosas de Dios, oliendo siempre á la pez y á la inmundicia de su malvado autor. Esta era la misma doctrina que Cristo enseñó á Santa Catalina, y de ella lo aprendió, como de única maestra, nuestra virgen Rosa.

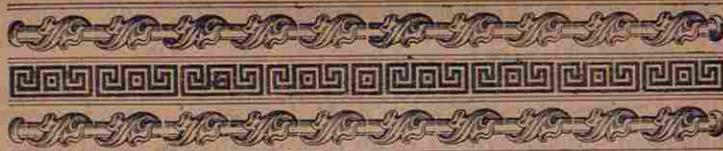


CAPÍTULO XVIII

Rosa oprimida con persecuciones, enfermedades y trabajos, se dispone gloriosamente á ejercitarse con fruto en la escuela de la paciencia.

LAS espinas nacen y crecen con las mismas rosas, sin que se encuentren jamás sin ellas. Lo mismo sucedió en nuestra virgen. Se hallaba todavía en la cuna y la que era rosa en el nombre y en la hermosura, se hallaba cercada ya de las espinas punzantes de los sufrimientos. Cuando solo tenía nueve meses de edad se le secaron á su madre los pechos, faltó la leche, y el corto caudal de sus padres era obstáculo para traer de fuera ama de cría. Aquí se descubren ya los primeros abrojos que pisó en este mundo la que había de caminar en adelante sobre ellos. Procuraba su madre suplir con puches líquidos la falta de la leche; pero era tan pequeñita la boca, que sin tormento suyo, ni podía entrar la cuchara, ni recibirlos la niña, y no por eso lloraba por la falta del sustento. De esta suerte y tan al principio de la vida co-

Que al contrario, las que son sugerencias del demonio, dejan soberbia, confusión, división del corazón, complacencia de sí, inquietud en orden á las cosas de Dios, oliendo siempre á la pez y á la inmundicia de su malvado autor. Esta era la misma doctrina que Cristo enseñó á Santa Catalina, y de ella lo aprendió, como de única maestra, nuestra virgen Rosa.



CAPÍTULO XVIII

Rosa oprimida con persecuciones, enfermedades y trabajos, se dispone gloriosamente á ejercitarse con fruto en la escuela de la paciencia.

LAS espinas nacen y crecen con las mismas rosas, sin que se encuentren jamás sin ellas. Lo mismo sucedió en nuestra virgen. Se hallaba todavía en la cuna y la que era rosa en el nombre y en la hermosura, se hallaba cercada ya de las espinas punzantes de los sufrimientos. Cuando solo tenía nueve meses de edad se le secaron á su madre los pechos, faltó la leche, y el corto caudal de sus padres era obstáculo para traer de fuera ama de cría. Aquí se descubren ya los primeros abrojos que pisó en este mundo la que había de caminar en adelante sobre ellos. Procuraba su madre suplir con puches líquidos la falta de la leche; pero era tan pequeñita la boca, que sin tormento suyo, ni podía entrar la cuchara, ni recibirlos la niña, y no por eso lloraba por la falta del sustento. De esta suerte y tan al principio de la vida co-

menzó á aprender en la escuela de la paciencia lo que es sufrir las penalidades y trabajos de este mundo.

Creció la edad y con ella fueron creciendo la aflicción y la pena; porque en comenzando á soltarse para andar y articular palabras; sobre si le habían de llamar Rosa ó Isabel, comenzaron las rencillas entre su madre y su abuela, y la inocente virgen se halló enredada en las persecuciones de entrambas. Si llamándola su madre ó alguno de los de su casa con el nombre de Rosa iba y se daba por entendida, su abuela encendida en cólera se vengaba con azotarla. Si al nombre de Isabel respondía, montando su madre en ira sacaba luego las disciplinas y sin merecerlo Rosa la castigaba; de modo que alternando las disensiones y discordias de las dos mujeres, la paciente niña no sabía qué hacerse; por todas partes la amenazaba el azote y pagaba por aquello en que no había pecado.

Era tan áspera y tan insufrible la condición de la madre, cuanto blanda y apacible la de la hija; parece que solo el ingenio de la paciencia podía haber juntado este par tan desigual y desemejante, para que tirase la carroza magestuosa de sus triunfos.

La modestia de la virgen, la templanza, devoción y retiro del siglo, el silencio y vigiliias eran graves delitos para la impaciente madre, y culpas tan reprehensibles, que en su aprecio no era bastante castigo reñirla, asustarla con gritos, con injurias é irrisiones; ni era suficiente para satisfacer su cólera el golpearla con la mano y con los puños, ni darla golpes con los pies. Valiase la airada madre de un palo grueso de membrillo, con el que castigaba y hería cruelmente á Rosa, doncella ya entonces de más crecida edad; sobre todo cuando supo que se había cortado á raiz las doradas madejas del cabello, á imitación de Santa Catalina de Sena. No era más apacible el carácter de los otros miembros de su familia. Después que llegaron á entender la singularidad de su vida, las visiones celestiales, el trato estrecho con Dios y aquella abstinencia rara,

evidentemente superior á las fuerzas humanas, de que fácilmente se colegía, que siendo tan delicada no podía sostenerse naturalmente con tan corto alimento, que era casi ninguno; comenzaron á concebir temor sus hermanos no la llevasen á la Inquisición, y pareciales que cada día estaban en este riesgo y que la habían de prender como sospechosa de falsa hipocresía y por embustera y engañadora del mundo, y que fingía santidad sacrílegamente. Les parecía que era fácil de convencer este crimen ó de hallar indicios bastantes para echarla la mano como rea, con gran desdoro y deshónra de su familia. Con estas cavilaciones infundadas la daban cada día en rostro; con estas amenazas la apuraban y afligian; sin tener ella á quien volver los ojos, porque hallaba armados contra sí á los que debían estar más de su parte. No se recataba su madre de confundir públicamente á su afligida hija; diciendo delante de los de su casa y de los extraños que era una hipocritona, embaucadora, engañadora, fingida santona, agena y vacía de todo lo que es virtud verdadera y sólida. Añadíase á esto, para que fuese más colmado su desconsuelo, la poca inteligencia y caudal de algunos confesores incrédulos, que por mantener su primer parecer errado, se atrevían á persuadir á Rosa que su modo de vivir iba fuera de tino ó por lo menos que caminaba con poca seguridad, y que las visiones que contaba eran antojos suyos ó vahidos de cabeza, causados por la destemplanza de sus humores; y que las que le parecían ilustraciones del cielo, no eran sino ilusiones frívolas del demonio ó desvanecimiento del cerebro. Estas y otras muchas cosas semejantes á ellas pudieran desanimar á cualquiera que no fuera Rosa, á quien la paciencia servía de malla acerada para parar estos golpes; tanto más poderosa, cuanto por estos medios mejor conocía que estas persecuciones eran el camino áspero y difícil por donde guiaban las huellas de su Maestra Santa Catalina, sin parar hasta conducir á la unión de su deseado Esposo. Esta fué la razón por la

que preguntándola una señora ilustre en cierta ocasión por qué no rogaba á su Maestra Seráfica, que con su intercesión poderosa la librase de estos trabajos, respondiese con decisión que rayaba en heroísmo: «Si yo hiciera lo que me dices, ¿qué me respondería mi Seráfica Madre? ¿No me dijera: había yo de querer en mi discípula otro camino distinto de aquel que yo seguí tan gloriosamente? No quiera Dios que me agrade la flojedad y el regalo, pues sigo el rumbo del cielo.» Sabían muy bien las dos, entre quienes pasaba esta plática secreta, que Rosa estaba segura de alcanzar de Santa Catalina de Sena cuanto la pidiese, como después veremos muy á las claras. Más estimaba la generosa discípula las llagas dolorosas de su Maestra, que los delicados consuelos que la aconsejaban. Avergonzabase la esposa del Crucificado que la viesen libre de los tormentos de la cruz y exenta del sufrimiento.

Fijándose en la vida de Rosa, se nota que nunca faltó á su paciencia materia en que ejercitarse; pues cuando estaba vacía la cruz exterior, más acerba era la interior en que se hallaba crucificada; y cesando las persecuciones de fuera luego venían á ejércitos enfermedades del cuerpo que la afligían. En la villa de Cantá estuvo tres años en la cama padeciendo contracción de nervios con dolores inmensos, sin un sólo gemido, á no ser aquellos que la arrancaba la consideración, de que era preciso hacer sufrir y padecer alguna incomodidad á los que la asistían. En esta y otras enfermedades solía decir la virgen: «Oh qué saludable, qué gustosa y qué feliz fuera mi suerte padecer mucho mayores enfermedades, con tal que no tuviesen molestia mis prójimos.» Muchas veces, efecto de la inflamación de los músculos interiores, sentía agudísimos dolores en las fauces y en la garganta; muchas veces más los pulmones y las arterias de la garganta luchaban contra el asma molesta que casi la ahogaba; también la atormentaban cruelmente la ciática y los dolores de costado, á que siempre fué muy propensa. Sentía igualmen-

te con mucha frecuencia dolores muy intensos de estómago, de corazón y agudas y molestas contracciones de nervios. Estas enfermedades, cada una de las que bastaran por sí para rendir las fuerzas de un gigante, solían acometer á Rosa de dos en dos, de tres en tres y de cuatro en cuatro, por la complicación de opuestos humores. Esto ponía en admiración á los médicos, que no sabían cómo y dónde en un cuerpecillo tan delicado, tan seco, tan exhausto y tan sin jugo podían hallar alimento é incentivo tan diversos ardores. Bien conocía la virgen, que no tanto nacía esto de la mala disposición y destemplanza de humores, cuanto de la mano benévola del Esposo, que era servido que lidiase con tantos achaques en la palestra de la paciencia.

Causaba admiración ver que una doncella delicada y tierna no obstante sentir tan crueles tormentos en las manos, en los pies, en la cabeza, en los nervios, en todas las partes del cuerpo, estuviera en la cama con un rostro tan risueño y tan alegre. Si le preguntaban cómo le iba entre tantas penas, respondía: «Que bien, ó que todo era muy poco respecto de la grandeza de sus pecados.» A otros que preguntaban si era muy grande la atrocidad de los dolores que le afligían, decía: «Que era suave y dulce viniendo por mano de tan dulce Esposo.» A otros respondía: «Que era necesario poner los ojos en las penas de los condenados, y que con esta meditación se embotaban los filos de los dolores desta vida, que son temporales.» Otras veces, volviéndose á su Esposo decía: «Señor, aumentad, aumentad los dolores, con tal que aumentéis la paciencia.» Hablando de sus enfermedades con cierta persona devota, con quien tenía familiaridad y llaneza, hizo figurar todo este ejército de achaques entre los más preciosos y más ilustres favores que había recibido de la mano de Dios, y dijo más: «Que si ella misma no los hubiera experimentado en sí, nunca pudiera persuadirse que un solo cuerpo miserable fuese capaz de tantos y tan multiplicados dolores; y que no juzgaba que hu-

biera tormento particular de miembro ó parte del cuerpo humano, que ella no hubiese padecido: pero que con todo eso siempre le había asistido socorro y valor del cielo para sufrirlos sin turbación; que jamás le había salteado movimiento de impaciencia para apartarse un punto de la resignada conformidad y ajustamiento con la voluntad divina, y que así tenía vergüenza de sí misma, porque hasta entonces no había correspondido como era justo á tantos beneficios del cielo, y que por esta razón debía ser tenida por una de las criaturas más ingratas de cuantas hay en el mundo, y principalmente después que había visto que Dios la trataba con aquel modo con que solo suele tratar á sus mayores amigos y que con todo eso ella no pagaba como debía á un Dios tan amable y tan amante.» A esto aludía, sin duda, cuando decía: «Que se aumentase el amor juntamente con los dolores.

Es propia de este lugar, y por eso la ponemos aquí, la célebre visión, que según el sentir de muchos teólogos de nota, debe figurar entre los mayores favores que la misericordia divina otorgó á nuestra virgen. La referiremos con las mismas palabras con que la contó Rosa al Doctor Castillo poco antes de su muerte. «Suspensa estaba yo, dijo la virgen, en la luz unitiva de contemplación quietísima, cuando ví un relámpago de admirable resplandor y hermosura. En el centro de este resplandor vistosísimo estaba un arco hermosísimo, graciosamente variado con reflejos y colores, y sobre este arco se veía otro de igual hermosura, y grandeza majestuosa: sobre la parte superior de este lucido arco estaba dándole adorno la cruz gloriosa de nuestro Salvador, retocada de púrpura, y humedecida con sangre, barrenados los lugares de los clavos, coronada con el título triunfal del crucificado. Lo interior del arco llenaba la humanidad de mi Señor Jesucristo, despidiendo rayos de tanta gloria, cuanta nunca me había sido descubierta. Agradó á su dulce bondad comunicarme fuerzas extraordinarias, maravillosamente vivas y efi-

caces, con que pudiese por mucho tiempo, muy á mi gusto, mirar de hito en hito á mi Rey magnificentísimo registrando toda su hermosura; porque entonces no le veía como otras veces de lado, ni sólo se manifestaba su cabeza y pecho, veíale derechamente cara á cara, todo entero desde la cabeza hasta los pies.» Interrumpió aquí el Doctor á la virgen, preguntándole de qué color eran los arcos? A que respondió, «que eran de muchos y peregrinos colores, que ni de mil leguas pueden compararse con ninguno de este mundo visible, sino que parece que la hermosura de aquellos arcos había recogido en sí la variedad y gracia de todos los colores posibles con infinita excelencia. Desde aquí pasó Rosa adelante. Saliendo de la humanidad de Jesucristo sentí que llegaban hasta el hondo de mi alma llamas inexplicables de gloria, de suerte que pude pensar que estaba ya libre totalmente de las prisiones de este mundo corruptible, y trasladada á los gozos bienaventurados de la fruición eterna.»

«Después de esto, aquel Señor que en la hermosura excede á cuanta está repartida entre los hijos de los hombres, puso delante de mis ojos un peso de dos balanzas y no sé qué pesas. Luego se acercaron numerosos escuadrones de ángeles con festivo ornato y resplandor ilustre, que hicieron reverencia é inclinación al Señor de la Majestad. Juntáronse también en copioso número las almas felices, que haciendo reverencia al Salvador con ceremonia de adoración, semejante á la de los ángeles, se pusieron todas aparte en lugar separado. Los ángeles, tomando las balanzas y las pesas, comenzaron á cargar aflicciones sobre aflicciones, amontonando unas sobre otras; como que quisiesen averiguar puntualmente la molestia de cada una; y cuando en esto estaban más empeñados, se entró de por medio Cristo, y tomando para sí este oficio, por ser superior al arbitrio y juicio de los ángeles, con sus propias manos levantó el peso y le puso en fiel, y de los montones que estaban puestos en las balanzas re-

partió aficciones á las almas que estaban allí presentes, entre las cuales puso aparte para mí una porción muy grande de adversidad. Después poniendo de nuevo pesas en balanzas correspondientes, se acumulaban gracias sobre gracias, y queriendo los ángeles que llegaron levantar y hacer el peso, otra vez se entró por medio Cristo para hacer con más atención esta función, digna solamente de su brazo omnipotente; hizo el peso, y con gran cuenta dividió entre las almas que estaban allí presentes aquellos preciosos montones de gracia á proporción de las aficciones que les había distribuido. No me dejó á mí sin parte, pues al peso de la adversidad que me había concedido, también me pesó y comunicó inestimable riqueza de gracias superabundantes. Noté que aquellas almas tenían tan llenos sus senos anchurosos y estaban tan colmadas con el tesoro de la gracia que les había cabido, que robosaban por la boca y por los ojos, sin bastar su capacidad con ser tan grande para contener tanta plenitud. Hecho esto, levantó el Salvador la voz, y con majestad incomparable dijo: «Conozcan todos que la gracia sigue á la tribulación; sepan que sin peso de aficciones no se llega al colmo de la gracia; entiendan que conforme al incremento de los trabajos se aumenta juntamente la medida de los carismas. No quieran errar ni engañarse; esta es la única y verdadera escala del Paraíso, y fuera de la Cruz no hay otra por donde pueda subirse al cielo.» Oídas estas palabras, proseguía Rosa, me sobrevino un ímpetu poderoso que no puede explicar la voz, de ponerme en medio de la plaza para gritar públicamente con clamores, los mayores que yo pudiese, diciendo á todas las personas de cualquier edad, sexo, estado y condición que fuesen: «Oid pueblos, oid todo género de gentes. De parte de Cristo, y con palabras tomadas de su misma boca, os aviso que no se adquiere gracia sin preceder aficciones: necesidad hay de trabajos acumulados sobre trabajos, para conseguir la participación íntima de la divina naturaleza, la glo-

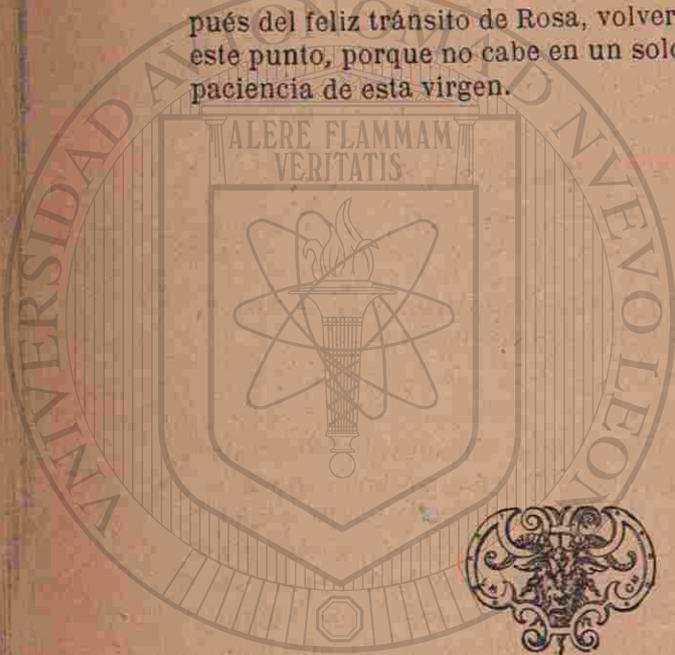
ría de los hijos de Dios y la perfecta hermosura del alma.»

«Este mismo estímulo me impulsaba impetuosamente á predicar la hermosura de la divina gracia; este me angustiaba, me hacía sudar y anhelar. Me parecía que no podía ya el alma detenerse en la cárcel del cuerpo, sino que dejándole había de romper la unión, y que sola y con más agilidad se había de ir por el mundo dando voces. ¡Oh si conociesen los mortales qué gran cosa es la gracia, qué hermosa, qué noble, qué preciosa, cuántas riquezas esconde en sí, cuántos tesoros, cuántos júbilos y delicias, emplearían sin duda toda su diligencia y desvelo en buscar aficciones y penas, andarían todos por el mundo en busca de molestias, enfermedades y tormentos, en vez de aventuras, sólo por conseguir el logro admirable de la gracia. Esta es la mercancía y el logro utilísimo de la paciencia. Nadie se quejaría de la cruz ni de los trabajos que le caen en suerte, si conociera las balanzas donde se pesan para repartirlas entre los hombres.»

Se detuvo el Doctor Castillo, deseando penetrar más por entero en el fondo de esta visión, y preguntó á la virgen en qué forma ó figura se le había descubierto la gracia. A lo que respondió Rosa con presteza increíble: «Que la gracia nada tiene común con figuras corporales, y mucho menos con colores sensibles ni con otra belleza criada. Que su naturaleza es del todo divina, aunque bien había alcanzado que es cosa distinta de Dios, si bien contiene admirablemente su imagen y participada en el alma la hace deiforme.» Preguntó finalmente el Doctor con qué género de locución había Cristo pronunciado las palabras referidas, si era intelectual ó vocalmente. Respondió la virgen: «Que ella no sabía cuál era el nombre que dan los bien entendidos en materias místicas á estas hablas y locuciones; pero que el modo de hablar de que Cristo usó fué este. Que de su boca procedía una aspiración de sabiduría clara y purísima, y que penetrando el fondo del alma, inte-

riormente la significaba cuanto quería que ella entendiese.

Esta ilustre visión preparó con tiempo á Rosa para los últimos dolores de su última perlesia, que le acabaron la vida en edad floreciente. Cuando tratemos después del feliz tránsito de Rosa, volveremos á hablar de este punto, porque no cabe en un solo capítulo toda la paciencia de esta virgen.



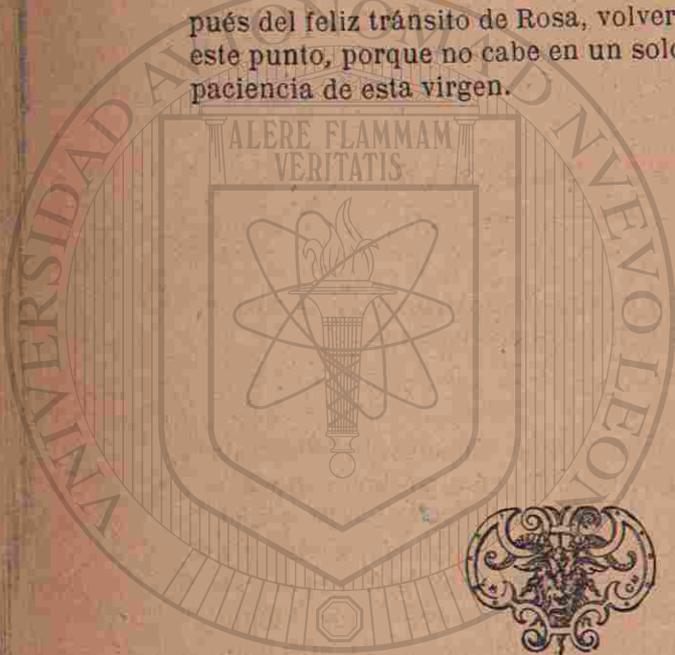
CAPÍTULO XIX

Rosa manifiesta con varias demostraciones el ardor amante que tiene al divino Esposo.

PARA que todo el mundo conociese el volcán de amor divino que ardía en el pecho de Rosa y la grandeza de este incendio, quiso Dios manifestarlo con señales públicas y visibles. Quiso que cuando estaba en la oración saltasen de su rostro centellas y brillasen resplandores de luz. No pudo escusar la virgen el dormir una noche con otra doncella dentro de un mismo aposento. La compañera, despertando al cantar el gallo, vió que entre la obscuridad y tinieblas centelleaban muchas luces en aquella pieza. Asustóse, y con el miedo, mirando á una parte y á otra acabó de conocer que aquella luz que iluminaba la habitación oscura y tenebrosa tenía su origen en el rostro de Rosa, que retirada á un rincón estaba suspendida en oración, la que había dejado secretamente la cama, que por disimular había ocupado al principio y se había puesto en el suelo á orar. Cuando ella creía que por lo oscuro estaba más oculta, venía á estar más en público, porque la descubrían las centellas encendidas que salían por la boca y por los ojos; siendo el

riormente la significaba cuanto quería que ella entendiese.

Esta ilustre visión preparó con tiempo á Rosa para los últimos dolores de su última perlesia, que le acabaron la vida en edad floreciente. Cuando tratemos después del feliz tránsito de Rosa, volveremos á hablar de este punto, porque no cabe en un solo capítulo toda la paciencia de esta virgen.



CAPÍTULO XIX

Rosa manifiesta con varias demostraciones el ardor amante que tiene al divino Esposo.

PARA que todo el mundo conociese el volcán de amor divino que ardía en el pecho de Rosa y la grandeza de este incendio, quiso Dios manifestarlo con señales públicas y visibles. Quiso que cuando estaba en la oración saltasen de su rostro centellas y brillasen resplandores de luz. No pudo escusar la virgen el dormir una noche con otra doncella dentro de un mismo aposento. La compañera, despertando al cantar el gallo, vió que entre la obscuridad y tinieblas centelleaban muchas luces en aquella pieza. Asustóse, y con el miedo, mirando á una parte y á otra acabó de conocer que aquella luz que iluminaba la habitación oscura y tenebrosa tenía su origen en el rostro de Rosa, que retirada á un rincón estaba suspendida en oración, la que había dejado secretamente la cama, que por disimular había ocupado al principio y se había puesto en el suelo á orar. Cuando ella creía que por lo oscuro estaba más oculta, venía á estar más en público, porque la descubrían las centellas encendidas que salían por la boca y por los ojos; siendo el

prodigio claro testigo del incendio que en lo interior ardía. Es cosa averiguada que no fué esta vez sola sino varias las que delante de muchos le sucedió este portentoso, estando ella ignorante de las luces que arrojaba cuando más gustosamente estaba ocupada en la contemplación.

No eran testigos menos abonados de estos ardores los suspiros fervorosos que dejaba oír en la oración, antes lo daban á entender mejor que las centellas; pues con ellos templaba por una parte el calor insufrible del corazón, que estaba como en un horno, por otra parte avivaba y hacía crecer más la llama. No se le caían de la boca estas afectuosas palabras: «Señor y Dios mío, ¿cómo es posible que haya quien deje de amarte? Pero yo, mi buen Jesús, ¿cuándo comenzaré á amarte como mereces? ¡Ay de mí y qué lejos estoy de aquel amor perfecto, íntimo y robustísimo que te debo! Aún no he aprendido á amarte como conviene. ¡Oh lo que me avergüenzo de mi tibieza! ¿De qué me sirve este corazón que tengo; para qué le quiero, si hasta ahora no se ha deshecho en cenizas á puro amarte?» Y es que es muy propio del amor verdadero esta sed continua de aquello mismo de que tiene más abundancia.

Para lograr más y más amor y que fuera éste todo lo perfecto que cabe en una pura criatura, se excitaba continuamente á sí misma á este afecto santo por medio de oraciones cortas ó jaculatorias que pondremos aquí á la letra, por haber agradado á todos cuantos las oyeron y aprovechado á muchos. ¿Pero qué extraño si están hirviendo en amor divino? Son, pues, como siguen. «Señor mío Jesucristo, decía la virgen, Dios y hombre verdadero, Criador y Redentor nuestro: el alma se me quebranta por haberte ofendido, por ser tú quien eres y porque te amo sobre todas las cosas. ¡Oh Señor, tú que eres verdaderamente Dios mío, el Esposo de mi alma, y toda la alegría de mi corazón. Yo, yo soy la que ansiosamente deseo amarte, benignísimo Jesús, con aquel amor perfectísimo, con aquel amor eficazísimo,

sincerísimo, inefable, intensísimo, incomparable, incomprendible, irrefragable, invictísimo, con que juntos te aman todos los cortesanos del cielo empíreo. Y además deseo amarte, Dios de mi corazón y de mi vida, Dios que eres todas mis delicias, gusto y consuelo, quisiera amarte con todo aquel amor con que te ama tu Madre Santísima, Señora mía y Virgen purísima. Y no satisfecha con esto, á ti, oh salud y gozo de mi alma, á ti digo te deseo amar tanto como tú mi Dios te amas á ti mismo. Abráseme yo, desfallezca yo, consumame yo con el fuego de tu amor divino, oh mi Jesús benignísimo.» Inculta y ruda parecerá esta retórica á los oídos de los mundanos, pero en la escuela del divino amor no son exageradas estas hipérbolas, por lo mismo que retratan el estado en que se encuentra el que verdaderamente ama á Dios.

Rosa, valiéndose de su ingenio, sabía muy bien encubrir las demás virtudes. Sola la caridad, que es llama y fuego, no se sujetaba al arte ni á la industria para dejarse esconder. De aquí el que en las conversaciones, en el modo de saludar, en el de responder y en todos los actos de su vida se vislumbrara siempre la caridad que la abrasaba, en el empeño y cuidado que ponía en hacer mención del amor divino. Si hablaba con los de su casa, con señoras ó con otras vírgenes, lo primero que se le oía decir era: «Amemos mucho á nuestro Dios, amémosle.» Si se ofrecía alabar á alguna persona ausente, concluía todo su elogio diciendo: «Amaba á Dios muy mucho y muy de veras.» Siempre que se ponía á los pies del confesor, después de haberse santiguado, prorrumpía en estas palabras: «El Señor sea contigo, mi Padre. Sea Dios todo nuestro amor. ¡Oh quién pudiera hacer que todos le amásemos! ¡Ay! los que no le aman no saben lo que es bondad.» En toda conversación era todo su gusto y consuelo oír hablar ó hablar algo del amor divino y repetir la obligación tan estrecha que tenemos á un Señor que tanto nos amó y nos ama y distinguir los varios títulos, modos é incen-

tivos de este amor. En las conversaciones, aunque el asunto de que se hablara tuviera poca relación con el amor divino, valiéndose de rodeos ingeniosos lograba que se llegara al fin, á sus temas favoritos, que eran el amor y la amabilidad de Dios. Una vez logrado esto, era cosa admirable oír á la virgen, que de suyo era muy callada, con qué palabras tan bien cortadas, tan vehementes y fervorosas se entretenía en ponderar lo mucho que debemos amar á Dios, la afabilidad grande de su su bondad, que no se desdenea de ser amado de sus criaturas, la hermosura de aquella Majestad tan digna de ser querida. Solamente en esta conversación no le faltaban á Rosa vocablos enfáticos; aquí solamente corría el raudal de su elocuencia, aquí se encendía el espíritu, se afinaba la voz, despedían rayos los ojos, brotaba fuego el corazón; y ninguno de los presentes podía dudar que movía sus labios la abundancia del amor que estaba estancado en el corazón.

Cuando estaba sola y recogida en el reducido espacio de su celdilla, ó cuando ella pensaba que nadie podía escucharla, con más ternura y libertad, ya en verso, ya en prosa, hablando ó cantando, daba desahogo al amor intensísimo que ardía en su corazón. En cierta ocasión el contador D. Gonzalo con su mujer é hijos, escuchaban desde un lugar oculto de su misma casa á Rosa, que retirada en lugar solitario celebraba con inexplicable fervor sus divinos amores. Convidaba por su orden á todas las criaturas al amor del Criador dulcísimo. Nombraba los elementos, los cielos, los ángeles, las plantas, los animales, y al nombrar á cada uno repetía: «Amemos á Dios, á Dios amemos; amor es Dios, Dios es amor.» Y no se contentaba con decirlo de paso; se le pasaban dos y tres horas estando fija en un lugar y mirando al cielo. Se detenía en repetir estas voces con tanto calor é ímpetu de espíritu, que sin saberlo ella pudo conmover los corazones de los que la oían á amar á Dios y compungirse de sus culpas. Por causa de estar abrasándose en amores de Dios, no ha-

llando modo con que templar y satisfacer su fervor, solía coger una cítara que estaba colgada en la pared, aunque nunca había aprendido á tocarla, y moviendo las cuerdas según la dictaba la inspiración de que se hallaba dominada, cantaba suavemente las quejas del amor, de quien estaba herida, para dar á entender á su querido Esposo su pasión con estos ademanes de amante.

Es el celo de la gloria divina testimonio irrefragable de la grandeza del amor que siente el alma hacia Dios. El haber sido tan encendido en los santos, es consecuencia del ardor en que se abrasaban sus corazones, cuando consideraban lo que debían al Señor. De aquí nacía el estarse abrasando y consumiendo Rosa, si sabía que pública ó secretamente se cometían acciones que en lo más mínimo violasen la honra de Dios; ni podía acabar consigo el darse por desentendida, aunque fuesen levisimas las ofensas. Abominaba tanto las pláticas ociosas en la iglesia, que aunque era de su natural encogida y sumamente parca en palabras, no podía contenerse sin amonestar á los que así hablaban, del debido respeto con que habían de estar en el templo, por la reverencia que se debe al lugar sagrado. Lo hacía con tal moderación, humildad y prudencia, que más parecía que rogaba que no que corregía. En su casa, cuantos eran de la familia andaban con cuidado de no decir en su presencia palabras necias y ociosas, temiendo el ceño y entereza de Rosa, y esto aun cuando era muy niña. Conocían que aunque era pacientísima para sufrir sus injurias por crecidas y repetidas que fuesen, le eran intolerables cuantas cosas pensaba que podían ofender á Dios, aunque fuesen ligeras. Tuvo este santo tesón desde sus primeros años; porque cuando los otros hermanos, siguiendo el genio parlero de aquella edad, decían sin entenderlo palabras feas ó sin culpa suya repetían cantares de amores, que acaso ofan á otros, lloraba Rosa, huía por no oírlo, acusábalos delante de su madre, querrellábase porque Dios era

ofendido, y lo que no podía castigar por otro camino, lo vengaba en sí misma con llanto amarguísimo.

Aborrecía Rosa tan profundamente las mentiras, defecto muy frecuente en los niños, que tenía á cada paso en la boca estas palabras: «Ni por el cielo ni por la tierra se ha de mentir, porque Dios todo es verdad.» Y así cuando alguno en su presencia, aunque fuese sencillamente y con buena fe, refería algún suceso que no era como él lo contaba, volviendo Rosa por los fueros sagrados de la verdad, le corregía con palabras apacibles y hacía constar con la mayor afabilidad y cortesía que no sucedió como se refería. Poco más de una hora antes de expírarse aconteció que vino á su presencia cierto religioso sacerdote, á quien ella deseaba ver antes de morir. Cuando entraba á ver á Rosa, una de las mujeres que allí asistían dijo con buena fe: «Oh Padre mío, en qué tiempo tan á propósito viene V. Ya había mandado Rosa que le llamasen.» Oyólo la que estaba ya moribunda, y deseosa de que solo se dijese la verdad, recogiendo el desmayado aliento, dijo en voz inteligible: «No erremos, señoras. Yo, padre mío, deseaba veros antes de mi muerte, esto dije solamente y no más.» Tanto como esto era el cuidado que tenía de decir verdad, porque es Dios verdad.

Como sabía que el mejor uso que puede hacerse de las lágrimas es emplearlas en el servicio de Dios, no veía con buenos ojos que se derramasen inutilmente por otra causa; deseando que solamente se reservasen para el Señor como tributo propio de la Majestad divina. Viendo en cierta ocasión llorar á su madre, arrebatada de celo por la gloria de Dios, la dijo: «¡Oh madre mía! ¿qué haces? así desperdicias pródigamente las riquezas reservadas solamente para el tesoro de Dios? Mira y acuérdate que el precioso tesoro de las lágrimas sólo á Dios pertenece, quien nos le ha dado para lavar nuestras culpas.»

Hijo legítimo de este celo amoroso era aquel gozo inmenso con que parece que reverdecía y se hermosea-

ba esta Rosa cuantas veces sabía que se adelantaba con algún insigne suceso la honra de Dios ó su mayor servicio. Era fama común en Lima, que cierta religiosa profesada, quebrantando la clausura, había ido fugitiva, desde Vizcaya á las Indias, y que en traje de hombre había estado mucho tiempo vagabunda en la ciudad de Guamanga, y que finalmente por especial merced de Dios había caído en la cuenta; y que volviendo a tomar el hábito en la misma ciudad, vivía reducida á clausura en un convento de monjas. Oyendo esto Rosa, su abrasado celo se encendió con tantos afectos, cuantos eran los motivos que cuando se refería el caso la arrebataban. Primeramente era increíble el dolor que atravesaba su corazón por la injuria sacrilega cometida contra su Esposo, viendo que se había violado el honor divino con tan feo y público delito. Pero juntamente saltaba el alma de placer celebrando la victoria de la divina gracia. Compadecíase de la miserable mujer que así se dejó caer en culpas tan enormes; y juntamente se alegraba, viendo que en aquella pecadora alababan todos públicamente la bondad y misericordia maravillosa de Dios. A ésta hacía grandes fiestas y le atribuía la gloria y el triunfo de la nueva hazaña. No fuera tan extraordinario su gozo, si por otra suerte ó por gracia la hubieran hecho emperatriz de todo el mundo. Finalmente, mezclándose los afectos, ya temía, ya esperaba la constancia y perseverancia de la recién convertida. Para que fuese más colmado su consuelo, se dignó Cristo de revelar á su esposa, que podía estar segura de la penitencia y reconocimiento de la nueva monja, y que no sólo había de perseverar, sino que había de ser insigne virtuosa y santa.

Nada bastaba á satisfacer el deseo que tenía de publicar los amores de su Esposo; y así casi siempre se lamentaba con sus confesores, diciendo que era ingrata en corresponder á la bondad que en sí experimentaba de tan suave Señor; y que no sabía el modo con que celebrar y reverenciar tan excelsa amistad. Sucedió

caer enfermo de peligro un confesor suyo y en tiempo muy poco á propósito; porque estaba muy cercano el día en que había de predicar un sermón de compromiso y de mucho concurso y solemnidad. Envió un recado á Rosa, avisándole del estado de su dolencia, que había sido repentina, y que se hallaba sin fuerzas para predicar; y que le daba pena, porque faltando el sermón, como parecía forzoso, sería menos autorizada la fiesta y más estando convidado lo más florido de Lima, de donde esperaba coger muy colmado fruto. Rosa, admirada y contristada con la novedad, deliberando algún tanto, respondió: «Supuesto que este negocio es del servicio de Dios, y toca en punto de su honra, id luego y decid al enfermo que sin duda ninguna ha de predicar el sermón que tiene encomendado, y que á su tiempo se hallará con fuerzas, aunque no será esto sin costarle pesadumbre á otra persona que yo me sé.» Y era que había pactado con Dios, que ella padecería las calenturas de su confesor, para que él pudiese predicar, como había sucedido antiguamente á Santa Catalina de Sena. Y no dudó la virgen de hacer con Dios este concierto, aunque fuesen tan costosas las condiciones; porque tenía por menor inconveniente abrasarse con el ardor de la calentura, que no que la fiesta que se celebraba para mayor gloria de Dios, tuviese por falta de sermón el más mínimo deslucimiento. Cumplióse como lo había dicho la virgen. Convaleció el predicador pocas horas antes que se llegase el tiempo del sermón, predicó con admiración y aplauso; y entre tanto que se celebraba esta función lucida, se abrasaba Rosa con una fiebre que no era suya; no dejando por esto de asistir al sermón, porque el celo fogoso de la gloria de Dios podía más que la calentura.

La fuerza del amor, el que si reina en el corazón es inquietísimo, obligaba á nuestra virgen á que no dejase piedra por mover, en orden á servir más y mejor al Esposo que únicamente amaba. Había llegado á entender por las historias, que Santa Catalina de Sena había

dado de limosna hasta el mismo hábito á Cristo, disfrazado en traje de pobre y desnudo. Envidiando Rosa esta gloriosa hazaña, impelida del amor ideó un modo nuevo de vestir espiritualmente á Cristo, tejiéndolo una tela de ejercicios espirituales. Nunca le parecía Cristo más pobre que en el portalillo de Belén, donde le miraba reducido á un establo, pequeñito en el cuerpo, desnudo, tiritando de frío, envuelto en pobres pañales y reclinado en un pesebre. Aplicaba Rosa todo su ingenio para acertar á cortar y coser un vestido muy á medida del amor que profesaba al divino Infante, á costa de obras piadosas, que es la más preciosa tela para este Señor. Será, sin duda, agradable al piadoso lector poner aquí lo que Rosa escribió por sus mismas manos, referente á dicho vestido y á cuanto con él se relaciona.

«Jesús. Año de mil y seiscientos y diez y seis. Con el favor de Jesucristo y de la bendita Madre, comienzo á preparar vestido á mi dulcísimo Jesús, que ha de nacer en Belén temblando de frío, desnudo y pobre. La camisa ha de ser de cincuenta letanías, nueve Rosarios, cinco días de ayuno, en reverencia de la Encarnación santísima. Los pañales constarán de nueve estaciones al Santísimo Sacramento, nueve partes del Rosario, y nueve días de ayuno, que corresponden al número de los meses que habitó en las entrañas purísimas de María. Para mantillas cinco días de ayuno, cinco estaciones, cinco Rosarios enteros á honor de su nacimiento. Para fajas cinco coronas del Señor, cinco días de ayuno, otras tantas estaciones, en reverencia de su Circuncisión. Para flecos y randas con que se adornen mantillas y fajas, treinta y tres comuniones, oír treinta y tres misas: treinta y tres horas de oración mental, treinta y tres Padres nuestros y Ave Marías, otros tantos Credos, con Gloria Patri y Salve Regina. Item treinta y tres partes del Rosario, treinta y tres días de ayuno, tres mil golpes de disciplina, en veneración de los años que vivió el Señor en la tierra. Finalmente, para

dijes y juguetes que se han de presentar al Niño, ofrezco lágrimas de mis ojos, suspiros del corazón, actos fervorosos de amor; y juntamente con esto toda mi alma, todo mi corazón, sin reservar nada para mí, porque así conviene que yo no posea nada y que todo se lo ofrezca.»

Es cosa notoria que de esta oficina sacó Rosa muchas veces vestidos á Cristo, los que á veces repartía entre personas devotas muy amigas suyas, para que los ofreciesen, vistiesen y ajustasen á Jesús desnudo, que era todo su amor. ¿Mas qué dejó de hacer Rosa para que este Señor fuese amado y honrado de todas las criaturas? Agradó tanto este fervor á Dios, que quiso honrar con un milagro célebre la solicitud que ponía en propagar su amor. Por ser tan singular el caso, trataremos de él en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO XX

Para persuadir Rosa á todos con más eficacia el amor de Dios, alcanzó que sudase manifiestamente una imagen de Jesucristo.

EN EL oratorio del contador D. Gonzalo, entre muchas sagradas imágenes que allí había, la más celebrada por hermosa y venerable, era una que representaba en un lienzo el rostro de Cristo en edad varonil, con bellos colores y perfiles delicados. La tenía Rosa mucha devoción, tanto que apenas se corría la cortina que la ocultaba, ponía en ella los ojos, mirándola con tanta ternura y ansias, que parece que quería robarla é introducirla en el corazón á fuerza de contemplación fervorosa. Y no era mucho, pues todo el tiempo que se detenía en mirarla, sentía en el pecho ardores de amor divino.

El año de 1617, á 15 de Abril, por la tarde, cerca de las Ave Marías, estaban en oración dentro del oratorio, como tenían de costumbre, Rosa y la mujer del contador con sus hijas. Se había corrido la cortina que ocultaba la efigie venerable, ardían dos luces, puestas en el altar, para mayor culto y veneración, y otra tercera

dijes y juguetes que se han de presentar al Niño, ofrezco lágrimas de mis ojos, suspiros del corazón, actos fervorosos de amor; y juntamente con esto toda mi alma, todo mi corazón, sin reservar nada para mí, porque así conviene que yo no posea nada y que todo se lo ofrezca.»

Es cosa notoria que de esta oficina sacó Rosa muchas veces vestidos á Cristo, los que á veces repartía entre personas devotas muy amigas suyas, para que los ofreciesen, vistiesen y ajustasen á Jesús desnudo, que era todo su amor. ¿Mas qué dejó de hacer Rosa para que este Señor fuese amado y honrado de todas las criaturas? Agradó tanto este fervor á Dios, que quiso honrar con un milagro célebre la solicitud que ponía en propagar su amor. Por ser tan singular el caso, trataremos de él en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO XX

Para persuadir Rosa á todos con más eficacia el amor de Dios, alcanzó que sudase manifiestamente una imagen de Jesucristo.

EN EL oratorio del contador D. Gonzalo, entre muchas sagradas imágenes que allí había, la más celebrada por hermosa y venerable, era una que representaba en un lienzo el rostro de Cristo en edad varonil, con bellos colores y perfiles delicados. La tenía Rosa mucha devoción, tanto que apenas se corría la cortina que la ocultaba, ponía en ella los ojos, mirándola con tanta ternura y ansias, que parece que quería robarla é introducirla en el corazón á fuerza de contemplación fervorosa. Y no era mucho, pues todo el tiempo que se detenía en mirarla, sentía en el pecho ardores de amor divino.

El año de 1617, á 15 de Abril, por la tarde, cerca de las Ave Marías, estaban en oración dentro del oratorio, como tenían de costumbre, Rosa y la mujer del contador con sus hijas. Se había corrido la cortina que ocultaba la efigie venerable, ardían dos luces, puestas en el altar, para mayor culto y veneración, y otra tercera

estaba en una pequeña mesa, aparte, y algo lejos de la sagrada imagen. Comenzó la virgen en esta ocasión á sentir, más que otras veces, vivos y vehementes estímulos de amor. No pudo contener los gritos, y levantándose en pie, con voz alta y fervorosa, no advirtiéndole que no estaba sola, comenzó á hablar á la imagen, y desahogando su afecto, dijo en suma estas palabras: «Oh Señor mío, y ¿cuándo te amarán todos como mereces? ¿Hasta cuándo has de sufrir que te pierdan el respeto y te irriten los pecadores? Oh quién pudiera hacer que todos conociesen cuán digno eres de ser amado y que acabasen de entender que mereces ser querido por quien tú eres y no por el temor servil de las penas ó por interés de los premios! Ea Señor, haced, haced que os amen como es razón, sacad la aljaba, librad por todas partes saetas encendidas de vuestro amor purísimo, broten en todas partes en los corazones las llamas y los incendios. A vos, Señor, á vos sirvan todos, ríndanse los corazones á las violencias suaves de la caridad, destilen en obsequio vuestro fragantes bálsamos de piadosos afectos. A vos, amabilísimo Jesús, á vos se ofrezcan estos olores, á vos, que tan abrasado estais y tan inquieto os tiene el amor inmenso de los hombres.» Oyendo estas voces, que fuera de sí pronunciaba Rosa, la mujer del contador se salió con sus hijas del oratorio, por no interrumpir ni impedir con su presencia estos ímpetus. Pero una de las hijas, con pretexto de limpiar el pábilo de las luces, entróse otra vez en el oratorio, sin que su madre se lo estorbase, y al punto asaltada por la admiración de lo que veía, comenzó á llamar á Rosa, diciendo: «¿Qué es lo que veo? ¿No advertís en el rostro de Cristo que está cubierto de sudor?» Oyó esto desde fuera su madre, entró luego en el oratorio, vió claramente que corrían por la cara de la imagen copiosas gotas de sudor á modo de granos de aljofar. Iban cayendo unas después de otras, y encontrándose se deshacían, y en hilos corrían por los cabellos y barba del divino retrato. Atónita es-

taba la piadosa mujer con el espectáculo admirable y nuevo. Y no atreviéndose á acercarse, mandó á llamar al contador su marido, que estaba á la sazón fuera, con ocasión de tratar ciertos negocios con el secretario Juan de Tineo, que acababa de llegar á Lima de vuelta del puerto del Callao. Vinieron los dos á casa ignorantes del suceso, y apenas pusieron los pies en el oratorio, donde muda por la admiración le esperaba su esposa con Juan de Benavides y Pedro Leandro, familiares de la casa, cuando vieron, no sin causarles mucha ternura y reverencia, que la sagrada imagen estaba por todas partes cubierta de menudas gotas de sudor, muy semejantes al rocío de la mañana, que llegaban ya hasta el marco de la pintura, y que por la frente, mejillas y ojos iban de nuevo brotando copiosos raudales.

A cualquiera se le alcanza lo inconveniente que resulta adelantar el juicio en hechos de esta naturaleza. Nada importa tanto en estas ocasiones como pesar con discreción los fundamentos que puede haber para dar á los que parecen prodigios y acontecimientos maravillosos la importancia que tienen. Como el jaspe se pulimenta con la piedra áspera, así también se logra que quede pulimentada y esclarecida la verdad con la circunspección y la duda que deben guardarse en presencia de sucesos de la naturaleza del que relatamos. Así aconteció en este caso, porque el contador D. Gonzalo lo primero que hizo fué mandar llamar á Angelino Medoro Romano, que había pintado la imagen, para que investigase solícito si el origen del sudor nacía acaso de la naturaleza del barniz y los colores. No tardó en venir el pintor, y admirado de la claridad de las gotas del sudor que corrían por el lienzo, quitó algunas con los dedos, y frotando uno con otro, los aplicó al olfato, y no sintiendo olor alguno de aceite, bien mirado todo, vino á decir que su parecer era que cuanto allí sucedía era sobrenatural y divino. La costumbre que tenía de examinar el color, olor y otras circunstancias de las

pinturas que empleaba para sus cuadros, le hacía apto para comprender que lo que allí sucedía era verdaderamente extraordinario. No contento con esto el contador, sacando aparte á Andrés López, hombre de toda confianza, le mandó que llegábase al colegio de la Compañía de Jesús, que estaba muy cerca, llamase en particular al P. Diego Martínez y al P. Diego de Peñalosa, sin dar parte á uno ni á otro del motivo que había para llamarles á tales horas. Vino el P. Peñalosa, trayendo por compañero al hermano Francisco López, porque estaba ocupado el P. Martínez. Hacía tres horas que había anochecido cuando entraron ambos, y después de una oración breve, acercándose el Padre á la imagen, y viendo y mirando despacio y con atención el rostro de Cristo, que aún estaba sudando, pidió algodón y comenzó blandamente á limpiar el sudor de la sagrada pintura. Mientras más recogía, más sudor manaba. Volvió otra vez el P. Peñalosa á aplicar el algodón por la parte que estaba seco; volvieron otra vez á sucederse gotas á gotas de sudor. Valióse después de un papel, para cerciorarse de si aquel licor dejaba señal de grasa ó aceite del barniz mezclado con los colores; pero se secaba el papel en breve tiempo, sin dejar señal alguna. Con esto llegó á persuadirse el Padre que el sudor era acuoso, como el de una persona cuando está muy agitada. Cuatro horas continuas, y aun algo más, duró el piadoso portento, admirando á todos los que le veían que tan copioso sudor ni deslustrase la pintura ni los colores, quedando el rostro más vistoso y más bello. No se desvaneció el sudor de suerte que no quedase señal debajo de la barba de la sagrada imagen, el que se divisa claramente después de haber pasado tantos años.

Solo faltaba para autorizar el prodigio que le averiguase y aprobase el ordinario, para que fuese más notorio. Y así el Arzobispo de Lima D. Bartolomé Lobo Guerrero nombró por Juez al Doctor D. Juan de la Roca, Párroco y Arcediano metropolitano. Este tomó los

dichos á los que se habían hallado presentes ante Diego Blanca, Presbítero y Notario, y mandó que se formase el proceso, rubricándole y dando fe como ministro público. En este interin era grande el temor y los cuidados de D. Gonzalo, de su mujer y familia, recelando que aquel sudor portentoso de Cristo, que se había visto en su casa, no fuese sentida demostración contra algún delito oculto que el contador ó alguno de los suyos hubiese cometido; ó que fuese amenaza de la divina venganza, que indicase desgracia y malos sucesos. Aquietó estos vanos temores Rosa, como sabedora del misterio, y así con rostro alegre, con voz mansa y apacible les dijo: «Que no temiesen y que estuviesen seguros que no era aquel prodigio pronóstico infausto de desdichas ni desgracias, que solamente intentaba el Salvador de los hombres dar al mundo á conocer lo que desea que le amen y le sirvan; que esto y no más les decía aquel sudor que admiraban, indicio claro de que era abrasado volcán el pecho amante de Dios, todo fuego de finezas, que sacaba alambicadas tantas perlas de sudor á las sienes y á los ojos, á las mejillas y cara; y que en aquel teatro del altar del oratorio, Dios representó una loa, en que convidaba á todos á recíprocos amores; y no satisfecho con manifestarlo de un solo modo, abriendo todos los poros de la imagen, formaba lenguas de ellos, con que en voz alta decía, enamorado y rendido el Redentor de los hombres: Pagad con amor, ingratos, á quien siempre os está amando. Porque siendo tan sordos los hombres y tan tardos en darse por entendidos del amor que á Dios le deben, nunca alcanzará su rudeza y su desvío, que Cristo hacía de los poros lenguas para enamorar, si por todos ellos en una imagen de lienzo no le vieran con sudor.» Comparando D.^a María Usategui el prodigio que acababa de realizarse con las palabras que poco antes había oído á Rosa, halló fácilmente la consonancia admirable de las palabras de la virgen con los sucesos presentes tan portentosos y divinos, Con no menor admiración con-

tesaban cuantos gozaron la dicha de ver con sus propios ojos el espectáculo raro del sudor de aquella imagen, que á la vista del portentoso habian sentido grandes impulsos de amor en lo interior de su alma, con agudos y nunca experimentados estímulos. Esto era lo que la virgen con ardientes ansias habia pedido cuando miraba la imagen. Los que así aman, nunca se ven satisfechos, pidiendo continuamente á la Majestad divina nuevos grados de amor. «Crecan, decía la virgen, crezcan, Señor, las llamas de la caridad con fuego de vuestro amor, y encienda el amor de los hombres.»

No paró en esto el milagro, sino que nuestro Señor, con nuevas maravillas, hijas del primer prodigio, dió más firmeza al sudor de la imagen y mayor crédito á la explicación de Rosa, sanándole también un brazo. Pocos días antes del suceso referido, que fué lunes de Pascua de Resurrección, dió Rosa una gran caída y se maltrató y descompuso un brazo. Los cirujanos juzgando por las señales del golpe, por la hinchazón y cardenales que habia causado la gravedad del caso, temerosos del remedio, entendían que habia de quedar algo manca; ó que á bien librar sería dudosa, prolija y molesta la cura. Decían que fuera menor el riesgo si se hubiera quebrado el brazo ó salido afuera el hueso. Rosa acostumbrada y deseosa de padecer, como valerosa y fuerte, oía la rigurosa sentencia con rostro sereno, como si no le tocara á ella ó fuera de otro aquel brazo. Hablando cierto día del prodigio referido con D.^a María Usateguí, sintió interiormente que la movían de improviso á tener firme esperanza de recobrar la salud, si le aplicaban al brazo el algodón que habia recibido en sí el sudor de la pintura. Deteniase la virgen, temerosa de perder tan brevemente la ocasión de padecer dolores, que ella deseaba que durasen, por corresponder con esto al fino amor de su Esposo; aunque la mujer del contador solo con haber oído los impulsos de la virgen, cogiéndole de la boca la palabra, habia traído el algodón, mandando que le soltasen las ven-

das con que tenia liado el brazo y que le aplicasen aquel eficaz remedio. Ella se excusaba con decir que no era razón empeñarse en nada sin comunicárselo al confesor; mas porque no pareciese que tenia en poco el remedio, ella misma con toda prisa fué á la iglesia de Santo Domingo para hacer esta consulta, y con aquella candidez que solía dijo al confesor el caso y esperó humilde su parecer. El respondió que no habia que detenerse, que apresurase el paso, que aplicase el algodón y se valiese del favor divino. Obedeció puntual nuestra virgen. Serían próximamente las doce del día cuando después de haber vuelto á casa la virgen, doña María de Usateguí por sus propias manos desnudó el brazo dislocado, puso encima el algodón y atóle con vendas y ligaduras. Hecho esto, entróse Rosa en el oratorio, y saliendo de allí después de dos horas, mostró el brazo, que estaba del todo sano, jugándole sin dolor y sin quebranto. Fué extraño el gozo que recibió doña María, y comenzó á preguntar el modo con que sanó y el tiempo que se detuvo en recobrar la salud. No quiso Rosa negarse á tan piadosa pregunta, y en breves palabras dijo: «Apenas entrando en el oratorio me comuse y recogí para estar en oración delante de aquella imagen sagrada del rostro de Jesucristo, cuando sentí que me tiraban del brazo y se volvían al lugar connatural los nervios torcidos, que cesaba la hinchazón y se desataban los músculos. No quise salirme luego sin dar las debidas gracias al Médico celestial, y en esto me he detenido. Bien se puede ya quitar el algodón, las fajas y ligaduras, porque ya está bueno el brazo.» Tan repentino favor de la poderosa mano llenó de alegría y contento, de parabienes y gozo la casa del contador. Maravillábanse todos, y más los cirujanos, que el día antes tenían casi perdidas las esperanzas de salir de aquella cura con acierto y buen suceso; porque habiendo visto que estaba intratable el brazo y contumaz á todo remedio, en voz baja, porque no lo enten-

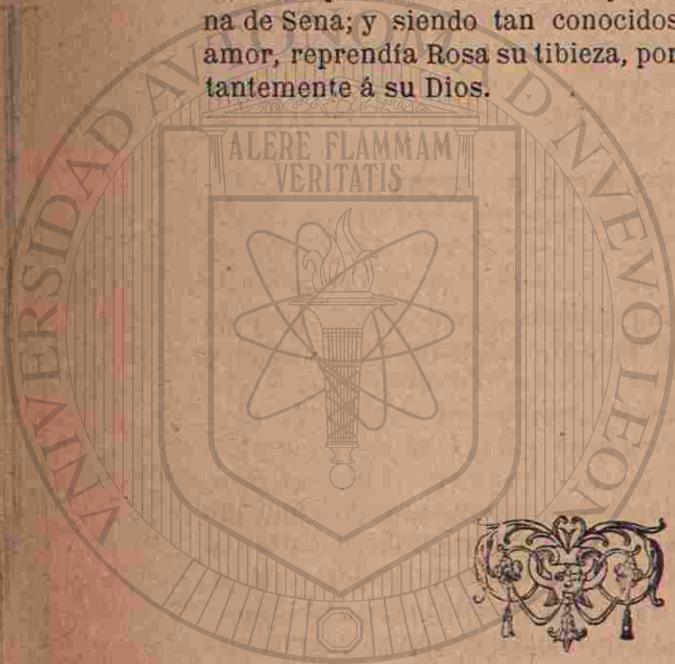
diese la doliente, habían dicho y declarado que era aquel mal incurable.

No pasó mucho tiempo sin levantarse otra tempestad mayor que puso en desvelo y miedo á D. Gonzalo, aunque había de sosegarle con brevedad con el socorro de Rosa. Ibase esparciendo por la ciudad incierto y vago rumor, que debían sacar del oratorio del contador la imagen milagrosa de Cristo, poniéndola en lugar decente y público; porque lo milagroso de aquella efigie pedía, como de justicia, lugar más célebre donde pudiese todo el pueblo venerarla. Esta fama, aunque sin fundamento, affligía mucho al contador, á su mujer y á sus hijas; porque llevaban muy á mal perder el rico tesoro que habían hallado en su casa, donde tenían puestos los ojos, la devoción y el consuelo. Habían oído algunas veces de la boca de la virgen que esta imagen sagrada del Salvador era instrumento de gracias y de favores, era salud y remedio de aquella casa; que en ella obraba secretamente la divina misericordia grandes maravillas y que de ella manaba frecuentemente la bendición de soberanas dulzuras. Llegando á entender Rosa el miedo que atormentaba el pecho de D. Gonzalo, animosamente le dijo: «En nada dudes, padre mío, (llamaba siempre padres al contador y á su consorte para explicar la reverencia que les tenía) vuelvo á decir que no temas, porque el Salvador del mundo, benigno y favorable, no ha obrado estas maravillas para irse luego de casa. El se ha de servir de estarse muy despacio con nosotros; estad de aquesto muy cierto, y si este nuevo milagro había de ser causa para llevar de aquí la santa imagen, todo el oratorio y todas las imágenes que tiene era fuerza llevasen, pues muchas de ellas compiten en hacernos beneficios y obran secretos prodigios.»

Hacía en efecto algún tiempo que barruntaban en casa que todas las imágenes del oratorio eran milagrosas; sacándolo del afecto, devoción y reverencia que mostraba Rosa, ya á esta, ya á aquella imagen; como

si de cada una soprase con abundancia el viento saludable de los favores divinos. Estaba entre otras en el altar la pintura del Niño Jesús, hermosamente matizada y dibujada. Esta la llevaba amorosamente los ojos; mirándola, despedía del pecho repetidamente suspiros tiernos, moríase por ella; y con ser tanta su cautela y su modestia, no podía disimular los afectos íntimos que sentía. Llegó á conocerlo D.^a María de Usateguí, aunque no se daba por entendida, y usando de su prudencia, al fin por embajes y rodeos vino á sacar de la virgen el misterio que estaba escondido en aquella imagen. Confesó Rosa ingenuamente que siempre que la miraba se encendía y se abrasaba con nuevas llamas de amor y de gozo increíble; que el corazón saltaba con el gusto y se inflamaba el espíritu, porque le parecía que aquel divino Niño con blanda risa la saludaba y tal vez la arrojaba, como si fueran flechas encendidas, rayos de luz y de amor que traspasaban el alma; que otras veces parece que sacaba sus brazos pequeños fuera de la pintura, haciendo dulce ademán de salirse del altar para echárselos al cuello y abrazarla estrechamente. Diciendo esto ardía en fervores y sin poder contenerse levantaba la voz, exhortando á reverencia y amor á D.^a María, y decía: «Ea, madre mía, estimad en mucho á este Niño celestial, servid muy de veras á éste Señor, dadle veneración y culto, amad entrañablemente á este Rey de la gloria, que sin cesar desde esta pequeña imagen nos concede tantos dones y tan crecidas mercedes, dispuesto á darlas mayores, si queremos recibirlas.» Volvíase luego á mirar el sagrado rostro de Cristo, de que ya hemos hablado; afirmaba que era éste todo su deleite y gusto, que le daba nuevo sér y nuevas fuerzas; que experimentaba en sí efectos muy semejantes á los que comunica Cristo en el Santísimo Sacramento y que ella los percibía en el cuerpo y en el alma. Finalmente, con lágrimas se quejaba de que fuesen tan pocos los que amasen con verdad y con afecto á aquel Señor tan suave; que este do-

lor le parecía intolerable, y que deseaba otro sexo, otra elocuencia, otras fuerzas, no ser mujer, ser varón fuerte y robusto, para persuadir por todo el orbe solo el amor de Jesús. Estos mismos afectos había sentido en otro tiempo su Seráfica Madre y Maestra Santa Catalina de Sena; y siendo tan conocidos estos excesos de amor, reprendía Rosa su tibieza, porque no amaba bastante a su Dios.

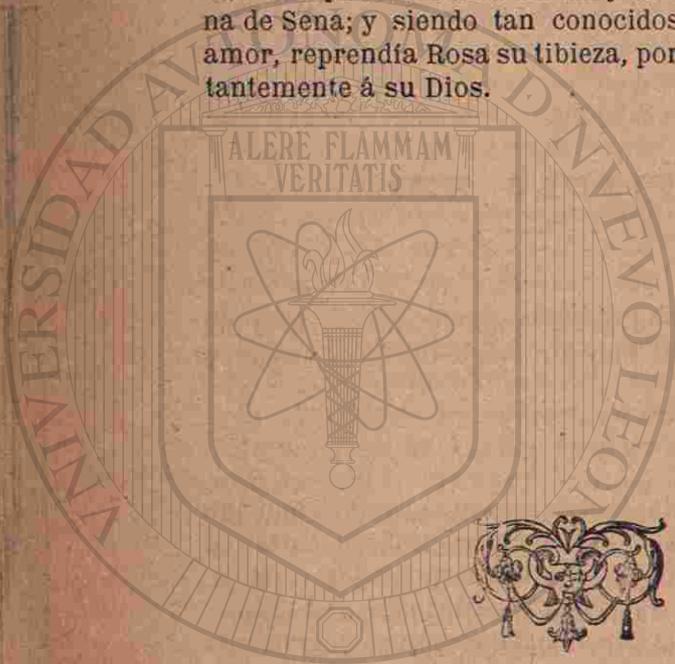


CAPÍTULO XXI

La imagen de la Reina de los Angeles en la capilla del Santísimo Rosario, muy á menudo consuela, regala y enseña á Rosa.

Muy parecido es lo que vamos á referir á lo que hemos dicho arriba; pero antes de entrar en el hilo de la historia, para mayor claridad será forzoso decir algo de la imagen tan célebre en la ciudad de Lima, de la Virgen del Rosario, la que, desde que se difundió en el Perú la fe, se dió á conocer á todos con públicos beneficios; y muy en particular fué propicia á nuestra Rosa y fué muy amada de ella. Esta imagen, á la que tan gran devoción se tiene en todo el Perú representa á la Reina de los cielos con el Niño en los brazos. Se halla en actitud de dar el rosario á los hombres, como remedio poderosísimo contra todas las dolencias de alma y cuerpo. La llevaron al nuevo mundo desde España los primeros conquistadores por norte feliz, y para que les ayudara en el descubrimiento y conquista de las Indias de Occidente; y cuando fundaron la ciudad de Lima la edificaron el primer templo hubo en aquella ciudad, dándole el nombre de

lor le parecía intolerable, y que deseaba otro sexo, otra elocuencia, otras fuerzas, no ser mujer, ser varón fuerte y robusto, para persuadir por todo el orbe solo el amor de Jesús. Estos mismos afectos había sentido en otro tiempo su Seráfica Madre y Maestra Santa Catalina de Sena; y siendo tan conocidos estos excesos de amor, reprendía Rosa su tibieza, porque no amaba bastante a su Dios.



CAPÍTULO XXI

La imagen de la Reina de los Angeles en la capilla del Santísimo Rosario, muy á menudo consuela, regala y enseña á Rosa.

Muy parecido es lo que vamos á referir á lo que hemos dicho arriba; pero antes de entrar en el hilo de la historia, para mayor claridad será forzoso decir algo de la imagen tan célebre en la ciudad de Lima, de la Virgen del Rosario, la que, desde que se difundió en el Perú la fe, se dió á conocer á todos con públicos beneficios; y muy en particular fué propicia á nuestra Rosa y fué muy amada de ella. Esta imagen, á la que tan gran devoción se tiene en todo el Perú representa á la Reina de los cielos con el Niño en los brazos. Se halla en actitud de dar el rosario á los hombres, como remedio poderosísimo contra todas las dolencias de alma y cuerpo. La llevaron al nuevo mundo desde España los primeros conquistadores por norte feliz, y para que les ayudara en el descubrimiento y conquista de las Indias de Occidente; y cuando fundaron la ciudad de Lima la edificaron el primer templo hubo en aquella ciudad, dándole el nombre de

Santísimo Rosario, haciendo allí un convento de Hermanos Predicadores que fuesen sus capellanes. Este nombre fué felicísimo principio para propagar la fe en aquellas extendidas y dilatadas provincias. Aquel templo fué la única y primera parroquia de aquel reino, debajo del patrocinio, advocación y tutela del Santísimo Rosario. Aquí fué donde primero se puso la fuente bautismal para los adultos catecúmenos, que bien dispuestos é instruidos, se reducían al gremio de la Iglesia, dejando las tinieblas de la infidelidad. Aquí se abrió primero la puerta para que entrasen en el redil de la Iglesia, y desde aquí comenzó á propagarse la semilla santa de la fe, que tan abundantes frutos de virtud y perfección evangélica ha producido después.

Por los años de 1535, junto á Cajaguán, en el Cuzco, se alistaron más de doscientos mil indios contra el ejército cristiano, que no subía de seiscientos soldados. Era tan excesivo el número de los indios, que no parece posible que pudieran ser vencidos, si el cielo con algún prodigio singular no daba la victoria á los campeones de la fe. Hallándose los católicos con algunos Religiosos Dominicanos en su campo, implorando en su socorro á la Reina soberana del Santísimo Rosario, consiguieron que al tiempo de acometer se mostrase claramente en el aire para infundirlos valor, la Bienaventurada y siempre Virgen María, con el mismo rostro y en la misma actitud que tiene la imagen de Lima, muy conocida de todos. Esgrimía diestramente la Madre de Dios una vara contra los enemigos infieles, amenazándoles con rostro severo su destrucción y su ruina si luego no se rendían al ejército cristiano. Atónitos los idólatras con tan divino espectáculo, quisieron más pedir paz que experimentar los rigores de la guerra, y arrojando las armas ofensivas y defensivas con que peleaban, sujetaron las cervices con piadosa competencia, con gozo y conformidad, al suave yugo de la fe católica. Desde aquel tiempo creció la devoción de los pueblos hacia la santísima imagen, y con la fama

de tan ilustre milagro se extendió por todo el reino y regiones comarcanas la devoción saludable de la imagen milagrosa.

Deseando nuestro católico Rey asegurar y establecer con más firmeza los reinos del Perú contra los muchos peligros que le amenazaban, valiéndose para ello de la protección augusta de tan celestial Señora, mandó que la eligiesen por protectora y que pusiesen los ojos en su imagen, la más celebrada de todas y la que más favores había hecho á todo aquel reino. Mandó igualmente que se comprometieran por voto á tenerla por Patrona y defensora, donde todos acudiesen en sus aprietos y necesidades, como á público refugio, para pedirle remedio; y en las guerras como á Capitana y Emperatriz que asegurase aquel reino. Obedeciéndose el mandato, y el Virrey con el Arzobispo, juntándose los dos brazos, eclesiástico y seglar, fueron tomando los votos, y de común consentimiento eligieron por Patrona á la imagen milagrosa del Santísimo Rosario de la ciudad de Lima. Este es el origen de la procesión general que se hace el lunes después del domingo de Cuasimodo, para visitar la santa imagen en su capilla del convento de Santo Domingo; asistiendo el Virrey y el Arzobispo y todas las religiones con los ministros del Rey que viven en la ciudad. Cuando sale en procesión fuera de casa, que es por el mes de Octubre, el día octavo de la fiesta del Rosario, dispuesta la milicia y ordenada en dos hileras, se la hacen salvas reales en la plaza, disparando los mosquetes; y todas las banderas que se tremolan tienen grabados el nombre y la imagen de la Virgen del Rosario. En todo el año no cesa el concurso numeroso de los devotos que la visitan en su capilla; y crece más siempre que en los terremotos, la peste, el contagio, las enfermedades ó cualquier otra calamidad les avisa el cielo que allí está el asilo cierto donde han de buscar socorro, los de aquella república, en todas sus necesidades. Baste haber dado de paso noticia breve de la santísima imagen del Rosario

de Lima; volvamos ahora á tomar el hilo para continuar la historia de nuestra virgen.

Desde sus primeros años tuvo Rosa por imán divino á esta santísima imagen. No mueve tan eficazmente aquella piedra el hierro y la llama para sí, como esta santa imagen robaba el corazón de nuestra virgen, trayéndola á su capilla. Algo dijimos arriba; ahora ya es tiempo de referir otros muchos prodigios obrados por este medio. Cuando tomó Rosa el hábito de la Orden delante de la sagrada imagen de la Virgen del Rosario y en su capilla, estuvo presente su madre, celebrando con muchas lágrimas el nuevo estado de su hija. Vió ésta que favoreciéndola con caricias la misma Madre de Dios, se iba elevando Rosa hacia el cielo, con cuya dichosa vista, trocando en gozo las lágrimas, comenzó tácitamente á dar plácemes á la feliz doncella, á quien tanto favorecía la Reina del cielo. Feliz pronóstico y digno de observarse, por lo mismo que con este prodigio se daba á entender que daba su voto á la novicia la que tiene su trono sobre las estrellas; y que siendo feliz puerta del cielo, la daba entrada en la gloria, cuando la admittan al gremio de las Terceras en la Orden Dominicana.

Cuando se resolvía Rosa á pedir á Dios con instancia y alcanzar del cielo algún favor singular ó particular socorro, ya para sí, ya para bien de los prójimos, el medio que elegía era postrarse humilde delante del altar del Santísimo Rosario. Allí presentaba su petición, llena de seguridad y confianza. Hacíase ojos mirando, y atendiendo al semblante de la imagen; decíala mil ternuras, y pendiente de su rostro, como de oráculo, esperaba feliz despacho. Notó muchas veces D.^a María de Usateguí que cuando volvía la virgen á casa, habiendo estado en la capilla del Rosario, en el mismo modo de andar apresurado y alegre daba á conocer las mercedes que recibía; y parece que rebosaban por todos los sentidos el alborozo, el fervor y los consuelos que Dios la comunicaba. Eran los indicios tan manifiestos,

que no podían encubrirse ni engañar á la que piadosamente curiosa andaba siempre observando, notando, escudriñando y advirtiendo todas las acciones, movimientos y ademanes de la virgen. Y así á título de la estrecha amistad y familiaridad que tenía esta señora con nuestra virgen, por darla habitación en su casa, se atrevió en una ocasión, viendo su recato y encogimiento, á decirle: «Hoy Rosa bueno va, paréceme que ha llovido el cielo grandes favores.» Y respondió ella con modestia y apacible risa: «Aquella afabilísima Señora Reina del cielo no se cansa en cargar la mano, concediendo mercedes á esta miserable pecadora.» Acordándose asimismo Rosa que esta señora por haber asistido al examen de su conciencia y vida, de que antes se hizo mención, era sabedora de los secretos, tratos, hablas y visiones que tenía con esta imagen milagrosísima, sin recelo y sin empacho se declaraba con ella desde allí adelante, comunicándola los favores que había expuesto y declarado á los examinadores; aunque siempre lo hacía con toda la modestia posible, refiriéndolos con candidez sencilla.

Preguntada una vez de qué modo entendía y percibía lo que le hablaba la Madre de Dios en esta santa imagen, respondió con llaneza y sin artificio alguno: «Que no hablaba la imagen dando voces, ni usando de particular idioma, ni con movimiento de los labios; que este admirable modo de hablar se obraba por oculta simpatía y que daba á entender todo lo que quería decir solo con el modo con que despedía lucientes rayos de la frente apacible y serena; y que estas eran para su espíritu unas señas tan distintas, tan claras, tan diestramente formadas, que la significaban todo lo que esperaba entender con más certeza que pudiera el más retórico, más fecundo y elocuente, si al oído la respondiera á lo que ella preguntaba.» Decía también: «Que lo mismo hallaba en el rostro del Niño, que como en trono estaba en los brazos de María; que en ambas partes, como en animado libro, leía el despacho, las

respuestas de todo cuanto pedía, y mucho más claramente que si fuera deletreando en un libro donde lo mirara escrito con hermosos caracteres; y que por estos indicios de íntimos conceptos se excitaba en el alma la atención luminosa, para penetrar sin discurso, sin error y con limpia inteligencia cuanto se le proponía. Finalmente, que en la postura de los labios de Hijo y Madre, en los ojos y mejillas le parece que veía un reloj animado, de tal diversidad de señales para explicar sus secretos, que exceden toda locución humana y explican más á lo claro los conceptos que si la lengua formara palabras ordenadas y compuestas.» Era fama pública que Rosa alcanzaba cuanto pedía á la Reina de los cielos delante de aquella imagen. De aquí se seguía que si la rogaban que pidiese esto ó aquello á la Majestad suprema, fácilmente se encargaba de hacer la súplica, si le parecía que importaba para el bien público ó para la salud espiritual de los prójimos. Y así en haciendo oración á la imagen del Rosario, prometía con tanta seguridad los buenos sucesos, como si tuviese en su poder decreto con sello y firma, en que estuviese el despacho de la gracia que pedía.

Por justa permisión del cielo sucedió que Satanás, enemigo de los hombres y envidioso de su bien, sembró gran eizaña de discordias en una comunidad religiosa de la ciudad de Lima. Crecía por momentos la yerba maldita; y lo que al principio sólo había sido discordar en opiniones, con el empeño de la contradicción, degeneró poco á poco en declarada enemistad de voluntad, con rompimiento de la paz y ofensa grave de Dios, que solo habita en la concordia de afectos. Llegó á noticia del confesor de la virgen el daño que en los ánimos se iba introduciendo, mandóla que en la capilla del Santísimo Rosario y delante de la imagen encomendase á Dios y á la Virgen soberana la necesidad urgente de aquella congregación, que del todo se iba á piqué, y que no desistiese de la oración hasta conseguir de Dios el remedio. Pronta obedeció la virgen, por-

que era muy inclinada á ejercitarse en oficios de caridad con los prójimos. Mas después de haber gastado muchas súplicas y largo tiempo en pedir el sosiego y la quietud de aquella comunidad, se hubo de volver á casa, lastimado el corazón y llena de melancolía, fuera de lo acostumbrado. Repitió al día siguiente con más fervor la oración; gastó más tiempo en solicitar el remedio de Dios y llamar á las puertas de la misericordia divina. Postróse á los pies de la milagrosa imagen, vertió copiosos raudales de lágrimas y esperó el pretendido despacho. Después de tan larga detención tenía los ojos y la atención colgados de solo el rostro de la Santísima Virgen, resuelta á no levantarse hasta llegar á entender que eran bien oídas sus súplicas. Al fin, llenándose de nueva alegría que le sobrevino de repente, levantóse en pie, dióla devotamente las gracias y volvióse á toda prisa á su casa. La mujer del contador, aunque sin hablar palabra, había reparado en ambas ocasiones en la cara de la virgen cuando volvía de la iglesia, y admirando la diversidad del semblante, ayer triste y melancólico, hoy alegre y risueño, preguntó la novedad. A lo que respondió sucintamente la virgen solo aquello que podía conducir á la respuesta. Examinándola después su confesor más por menudo, no atreviéndose á callar nada de lo sucedido, refirió puntualmente y por su orden todo el caso. «Dijo que el primer día, importunando con ruegos á las dos Majestades de los cielos, Madre é Hijo, había visto sus divinos rostros, no sólo inexorables y ásperos y más duros que el acero, sino severos también, austeros y encapotados, amenazando venganza, con manifiestas señales de indignación y de ira; que en vano había procurado serenar y aplacar al Hijo, poniendo á la Madre por medianera; que viéndose despedida se hubo de volver á casa con pesar y con tristeza, cosa que con tales circunstancias jamás le había sucedido. Además de esto refería cómo al día siguiente, volviendo á su petición, á costa de muchas lágrimas, había vencido á la Madre de piedad,

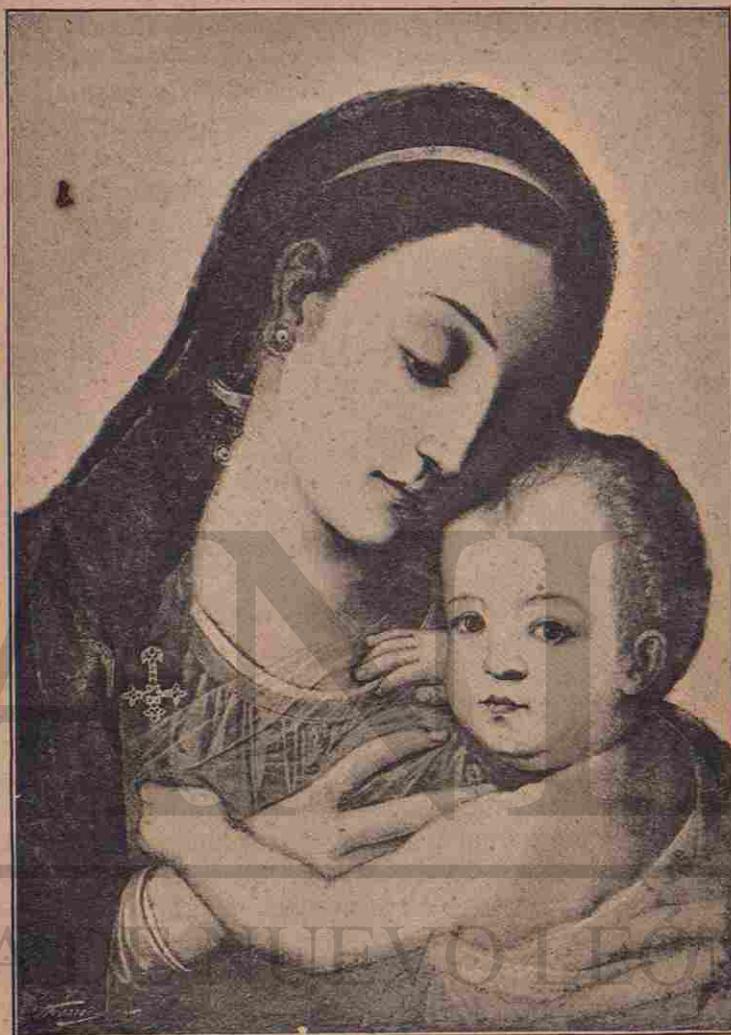
para que hiciese el oficio de intercesora en aquel negocio, aunque el Hijo no admitía al principio las súplicas de la Madre, diciendo que no podía poner término á sus iras estando aquella comunidad tan discordada y tan opuesta. Contaba Rosa lo mucho que había temido el salir bien despachada, oyendo lo que pasaba entre la Madre y el Hijo, y lo que se decían; instando piadosamente la Madre por la gracia y el perdón, y volviendo severamente el Hijo por su justicia y por el justo castigo. Finalmente, templándose el enojo del Hijo, había condescendido con los poderosos gemidos de su Santísima Madre; y así la volvió los ojos y el rostro, mirándola con apacible risa, y después miró también á Rosa con benigno agrado. Y con eso, desde aquel punto tuvo por cierto que estaba ya concedida la gracia que había pedido, y que no dudase el padre confesor que en breve se tocaría el efecto con las manos.» Sucedió así puntualmente, porque pasado algún tiempo, que fué poco, con admiración de todos se fueron reconciliando los opuestos ánimos de aquella congregación, desvaneciéndose como humo la manzana de la discordia y desbaratándose el grueso escuadrón de Satanás que había causado la división. Y adviertan de paso los que introducen discordia y oposición, divisiones y bandos en las comunidades, y maquinan disensiones entre religiosos, que fabrican una obra grandemente abominable para Dios, de gran gusto para el demonio y urden tela perniciososa para los prójimos. Mas pasemos á otras cosas.

No será fuera de propósito enlazar con la historia pasada lo que sucedió á Rosa con otra imagen de Nuestra Señora, no esculpida con buril, sino dibujada con pincel, que estaba en el oratorio del contador D. Gonzalo. Pintada estaba en el lienzo la Virgen, Madre del Verbo, abrazada con el Niño Jesús, durmiendo sobre su pecho. A Rosa le parecía que cuanto veía en esta imagen era vivo y no pintado, y repetía muchas veces lo mucho que la estimaba, por las muchas mercedes,

consuelos y regalos que de allí había recibido; que aquel sueño apacible del Niño y el desvelo con que parecía estar la Madre porque no despertaran á su Hijo, disparaban á su pecho penetrantes saetas de fuego, que la pasaban el alma; de suerte que ni se atrevía á interrumpir el dulce reposo al Niño, ni dejar á la Madre, que estaba guardando el sueño, sin ayudarla á velar y acompañarla con cantares amorosos de corazón abrasado. En esta pugna de afectos encontrados, en esta lucha de intenciones se derretía dulcemente el corazón de la virgen, pareciéndole que el Niño mudamente la decía lo que á la Esposa en los cantares: «Yo gozo apacible sueño, mi corazón está en vela.» Estando en el oratorio sucedió que D.^a María de Usateguí, delante de Rosa y de otras dos personas muy familiares, trabó conferencia espiritual acerca de los grandes beneficios espirituales que comunica á los hombres la Reina excelsa de los cielos; y poco á poco se trató de los milagros que la omnipotente mano de Dios es servido de obrar por medio de la santísima imagen de Nuestra Señora de Atocha, que está cerca de Madrid. Rosa, clavados los ojos en la imagen que hemos dicho que estaba en el oratorio, escuchaba gustosamente la plática; pero viendo que la matrona iba hablando de otras cosas, con énfasis singular la interrumpió y dijo: «Pase adelante madre mía, pase adelante, dí todo lo que sabes á este propósito, que parece que te olvidas y te sales de este punto.» Bien conoció la matrona que entre la imagen pintada y Rosa se trataba algún negocio ó algún misterio de gran monta é importancia, y así despidiendo á todos, quedando á solas con ella, la obligó casi por fuerza á que la dijese claro: con qué fin ó por qué causa había atajado la plática, advirtiéndole que pasase adelante el primer asunto; porque ella tenía por cierto que en esto había algún misterio que la importaba saber. Rosa por atribuir el prodigio, no á sus méritos, sino á D.^a María de Usateguí, respondió: «¡Y cómo si había misterio! Advierte que cuando tú re-

ferias los milagros y portentos de la imagen ausente de Atocha, la que tenemos presente daba señas de alegría extraña, volvía hacia nosotras aquellos hermosísimos ojos de paloma, y cobrando en la representación mayor corpulencia, hacía demostraciones de salirse de aquel lienzo para venirse hacia nosotras con el Hijo que tiene dormido entre los brazos. Esparcía también secretamente dulzuras, despedía majestuosamente rayos de luz, ya acariciando al pequeñuelo Infante, ya mostrándonos agrado cariñoso. Y así mira si era justo detenerse más en los elogios de tan soberana Reina, cuando con tanta largueza nos aplaudía con favores tan extraños. Por eso dije que pasases adelante en la conversación comenzada.»

Es fuerza que volvamos, aunque brevemente, á la capilla del Rosario, pues es el principal asunto de este capítulo. Era el primer cuidado de Rosa, durante todo el año, recoger todos los sábados del huerto rosas, que por su mano cultivaba, formar vistosos ramilletes, llevarlos por sí misma ó enviarlos por otros para adorno del altar. Era admiración de cuantos conocían el hermoso jardín, ver que nunca faltasen en sus cuadros flores que dedicar á la Virgen en el altar del Rosario; ya el ardiente sol de la canícula despojase la tierra de la pomposa gala de las flores; ya el frío excesivo las marchitase en los demás jardines, siempre en el pequeño huerto de Rosa quedaban flores que ofrecer á la que es Reina de todas ellas. Más quisiera nuestra virgen en vez de ramilletes, ofrecer á la sagrada imagen ricos vestidos, mantos preciosos, sembrados de lazos de oro, de finísimos diamantes, de aljofar y perlas; pero no lo permitía su limitado caudal. Suplió esta falta la industria ingeniosa de su devoción y afecto. Así que para vestir espiritualmente dos veces al año á la soberana Reina del Santísimo Rosario, inventó una nueva traza con que tener muy á mano materiales más preciosos, arte y forma de vestirla, al modo con que abrigaba á Jesús recién nacido, de que hemos

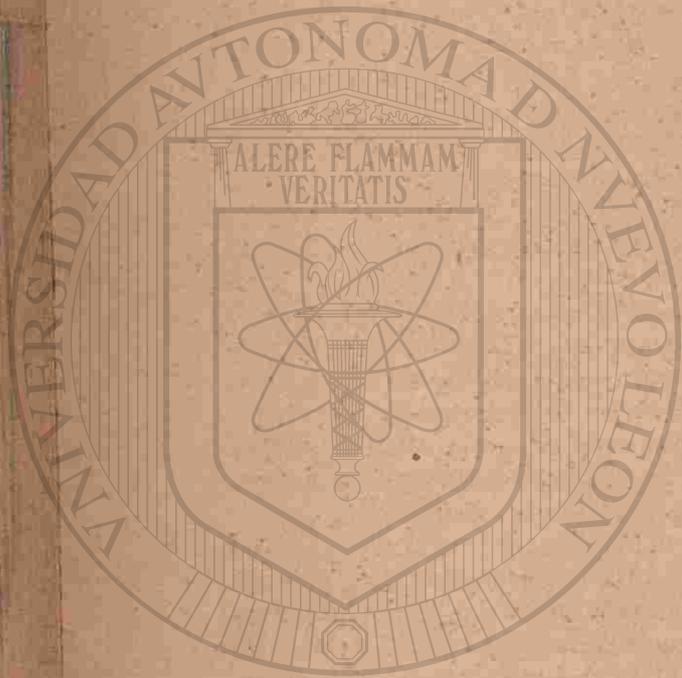


CUADRO DE LA VIRGEN DE BELÉN

tratado antes. La idea de un vestido de estos se halló escrita después de su muerte en un libro de memoria y apuntación de la virgen. Y el tenor suyo era este.

«Memoria del vestido que yo, Rosa de Santa María, indigna esclava de la Reina de los Angeles, comienzo á urdir y tejer á la Virgen Madre de Dios, con ayuda del Señor. Primeramente han de fabricar la túnica interior seiscientas Ave Marías, de Salves el mismo número, con quince días de ayuno, en reverencia del gozo purísimo que recibió con la Anunciación del Angel, cuando supo que en sus entrañas castísimas había de vestirse de carne el Verbo eterno del Padre. Lo segundo, el paño para el vestido se ha de tejer con seiscientas Ave Marías, seiscientas Salves, quince Rosarios y quince días de ayuno, en reverencia del alegrísimo gozo que tuvo visitando á su prima Santa Isabel. Lo tercero, las orillas, orlas y flecos de este vestido serán seiscientas Ave Marías, otras tantas Salves, etc., en reverencia del altísimo gozo que tuvo en el parto de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo. Lo cuarto, para cintas y broches, seiscientas Ave Marías, etc., en reverencia del gozo íntimo que tuvo ofreciendo á su Hijo en el Templo. Lo quinto, para collar se gasten seiscientas Ave Marías, Salves, ayunos, etc., en reverencia del felicísimo gozo que tuvo cuando después de tres días halló á su Hijo en el Templo disputando entre los doctores. Lo sexto, el ramo que ha de llevar en las manos virginales se ha de componer de treinta y tres Padre-nuestros, otras tantas Ave Marías con Gloria Patri, tantos Rosarios de alabanzas divinas y otros tantos de alabanzas de la Virgen, en reverencia de los treinta y tres años que mi Señor Jesús vivió en la tierra.» Y poco más abajo: «Ya el vestido está acabado; Dios sea bendito y su Santísima Madre con su gran piedad supla mis defectos y perdone mi atrevimiento.»

Otro vestido semejante á este, aunque de mucha más obra, hizo Rosa á la Virgen Santísima el primer día del año de 1616, y para que fuese más costoso y de



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más gasto y precio, no se contentaba ya con centenares de Padres-nuestros y Ave Marías; estas oraciones entraban á millares. Mas no hay lugar al presente para referir por menudo los ejercicios de devoción en que se empleaba; han llegado los menos á nuestra noticia, siendo ellos innumerables.



CAPÍTULO XXII

Singular devoción de Rosa á la señal saludable de la cruz. Adornando la imagen de Santa Catalina de Sena, recibe en retorno favores de la Santa.

CASI todo el adorno de la celdilla solitaria del huerto, de que arriba hicimos mención, era una cruz de madera, algo más alta en la estatura que la virgen. Era tan grande porque así representaba más al propio el suplicio del Calvario, cuando en éste meditaba, y también para poder así con más comodidad la nueva Magdalena dar á la cruz sacrosanta muchos y muy apretados abrazos. No se pudo esconder del todo á los de su casa con cuánta ternura imprimía suavísimos ósculos en el madero sagrado; con cuántas lágrimas regó y humedeció el santo leño, regalando allí su espíritu; con cuántos suspiros y ardientes ansias ponía fuego espiritual á su alma, que fué el material del holocausto de Cristo; con qué tenacidad apretaba entre sus brazos aquella santa señal de nuestra redención, deteniéndose en esto días y noches; cuán continuo era el estar postrada al pie de la cruz, adorándola con toda la devoción de su espíritu. Sin sa-

más gasto y precio, no se contentaba ya con centenares de Padres-nuestros y Ave Marías; estas oraciones entraban á millares. Mas no hay lugar al presente para referir por menudo los ejercicios de devoción en que se empleaba; han llegado los menos á nuestra noticia, siendo ellos innumerables.



CAPÍTULO XXII

Singular devoción de Rosa á la señal saludable de la cruz. Adornando la imagen de Santa Catalina de Sena, recibe en retorno favores de la Santa.

CASI todo el adorno de la celdilla solitaria del huerto, de que arriba hicimos mención, era una cruz de madera, algo más alta en la estatura que la virgen. Era tan grande porque así representaba más al propio el suplicio del Calvario, cuando en éste meditaba, y también para poder así con más comodidad la nueva Magdalena dar á la cruz sacrosanta muchos y muy apretados abrazos. No se pudo esconder del todo á los de su casa con cuánta ternura imprimía suavísimos ósculos en el madero sagrado; con cuántas lágrimas regó y humedeció el santo leño, regalando allí su espíritu; con cuántos suspiros y ardientes ansias ponía fuego espiritual á su alma, que fué el material del holocausto de Cristo; con qué tenacidad apretaba entre sus brazos aquella santa señal de nuestra redención, deteniéndose en esto días y noches; cuán continuo era el estar postrada al pie de la cruz, adorándola con toda la devoción de su espíritu. Sin sa-

berlo ella la acechaban de casa por las quiebras y resquicios de la puerta. Si acaso veía en los templos, en las capillas, en las casas el venerable simulacro de la santa cruz, la saludaba con todo el ardor de su encendido corazón. Principalmente en la Semana Santa no había quien pudiese apartarla de la cruz, que se pone en público en el suelo de la iglesia, para que la adoren los fieles. Junto á ella se estaba inmóvil, y apenas se hallaba sola sin el concurso del pueblo, acercábase más y deshaciase dándole besos muy tiernos. Cuando la necesidad de volver á casa la obligaba á retirarse del templo, clavaba en ella los ojos, sin poderlos apartar un momento para mirar otra cosa. Y tanto asiento había hecho en su alma el culto y la reverencia de la sacrosanta cruz, que en donde quiera que la viese formada, aunque lo estuviese por casualidad, nunca pasaba de largo sin hacer la reverencia con atención y cuidado, aunque no hiciese demostración exterior.

Quando su hermano la acompañaba á la iglesia, llevaba muy á mal pararse en el camino cuantas veces Rosa se inclinaba á levantar las pajas que veía por el suelo. Reparó una vez que hacía estas inclinaciones para deshacer las cruces puestas en aquella forma por el aire ó el descuido; no pudiendo sufrir Rosa ver que pisasen las cruces los que pasaban sin hacer caso de ello. Con esto Fernando (que este era el nombre de su hermano) impaciente y enfadado de tan largas detenciones, como haciendo risa y mofa de la piedad supérflua de su hermana, dijo: «¿Piensas que es decente y justo que una doncella se descubra tantas veces en público para separar las pajas que á cada paso se atraviesan en el suelo, tomando á pechos empeño tan necio y tan trabajoso? Y si por este camino piensas que has de honrar la cruz, has tomado una empresa de gran hechura, ó por mejor decir muy ridícula. ¿Qué premio esperas granjear de los que te miran, sino irrisiones y escarnios?» A esto replicó la Virgen con gravedad y mesura: «¡Ay hermano mío! si supieses cuán grande

es el sentimiento que me cuesta ver que pisen y que traigan sin aprecio debajo de los pies cualquier figura por basta y ruda que sea de la cruz de mi Señor, en que nos redimió con el precio de su vida el inocente Cordero, no te espantaras de nada. Bien conozco que los hombres pisan sin escrúpulo ni culpa, aunque haya en el suelo cruces, ni yo me atrevo á condenar ni reprender su poco reparo; pero tampoco hay razón para que sea censurada la sencillez piadosa de mi devoción. Finalmente, escarnezcan, ríanse, piensen de mi todos como gustaren, que yo en cuanto pudiere no dejaré este cuidado, procurando que la cruz de mi Señor no ande debajo de los pies, aunque esté formada con la más vil y más desdichada paja.» Añadía á esto y es digno de admiración: «Que aunque estas acciones parecían á otros pueriles, con todo eso le movían á ellas impulsos tan altos y tan divinos, que no hallaba razón ni modo para poder resistirse.»

Había plantado en su huerto tres pies de romero, que logró del cielo crecieran en forma de cruz, haciendo al pie de los mismos un diseño del monte Calvario, con los terrones que rodeaban las matas. Era de gran consuelo para la virgen ver que entre las flores y plantas se le viniese á los ojos continuamente la cruz de su Redentor. Mucho agradó á todos los que las vieron la forma de aquellas plantas, que parecía cultivaba por su misma mano el Señor y de las que cuidaba con mucho esmero la virgen. Interponiendo su autoridad el Padre Maestro Fr. Alonso Velázquez, confesor de Rosa, de tres plantas de romero sólo quedó una en el huerto; porque él pidió para sí una mata y consiguió la otra como presente muy grato la señora Virreina, que procuró cultivarla en su jardín con singular diligencia; aunque en vano fué el cuidado, pues á los pocos días se marchitó del todo la planta cruzada, conociéndose manifestamente la falta de Rosa, que era la hortelana propia de la cruz y del Calvario. Refirió el confesor á la virgen el disgusto que había ocasionado el caso á

la Virreina, y sonriéndose Rosa, advirtió á su padre de espíritu que tuviese entendido: «Que semejantes cruces, ni pueden prevalecer, ni conservar sus verdores entre las profanas pompas del palacio, ni entre los continuos tráfigos y comercios del mundo. Con todo eso le encargó que no arrojasen la planta, porque restituyéndose podría ser que ella la resucitase. Recobrada, pues, la marchita mata, apenas estuvo cuatro días en poder de Rosa, cuando con nuevos verdores se restituyó á mayor lozanía que antes tenía. Revivieron sus ramas; pobláronse con renuevos, con pimpollos y hojas; volvió á vivir, echó raíces, y recibió jugo vital todo su sér; formóse otra vez la cruz que estaba deshecha y desfigurada, dejándose enderezar y guiar obedientes las ramas torcidas y descompuestas. Adornó Rosa la renovada cruz con particular aseo, rodeándola de muchos ángeles. Puso una pequeña imagen de la Magdalena postrada al pie de la cruz, y así ataviada y adornada y vestida de verdores la volvió á remitir el confesor á la Virreina, que no acababa de admirarse viendo que su romero, antes marchito y seco, tan brevemente en manos de Rosa había vuelto á su ser y estaba tan vistoso y tan fresco. Mas la virgen atribuía todo esto á la virtud y gloria de la cruz, acordándose que también Santa Catalina de Sena, para excusar vanidades, solía usar de esta traza en las maravillas que obraba.

Hagamos una pequeña digresión pasando á hablar de la imagen de Santa Catalina de Sena, cuyas insignias son también la cruz y los caracteres de cinco llagas; supuesto que tanto trato y familiaridad tuvo con nuestra virgen esta santa, á la que reconoció y respetó siempre como á su maestra predilecta. Florece en Lima, casi desde que la fundó Pizarro, una célebre cofradía, con la invocación de Santa Catalina de Sena. Suele esta congregación devota hacer tres procesiones al año con la imagen de bulto de su Patrona tutelar, colocada en hermosas andas, adornándola curiosamente con guirnaldas, con flores y rica pedrería. Para bus-

car las galas, disponerlas y ajustarlas, no se halló mientras vivió Rosa, quien con más cuidado y felicidad lo ejecutase; porque ni había otra tan curiosa, ni tan digna de ser camarera de la santa; por no haber otra, ni tan semejante al prototipo, ni tan su devota y aficionada. De aquí el que por consentimiento de todos los que formaban parte de aquella cofradía se le encargara el oficio de tan piadoso y religioso empleo. Ella diligente y alegre recogía para este fin muchas joyas, velos de mucho coste, cadenas de oro y cuanto más precioso había en Lima, sin perderse jamás nada, ni dejar de volverlo con puntualidad á sus dueños. Asistía, pues, Rosa con gran diligencia á su oficio y escogía compañeras diligentes y de toda confianza con quien partir el mérito y el trabajo. Pero mientras duraba el dar vueltas junto á la estimada imagen para vestirla, componer decentemente los pliegues, tocarla y prenderla, no podía detener la virgen las lágrimas ni contenerse sin darla dulcísimos besos y regalados abrazos; teniendo con ella dulcísimos coloquios. Hablaba á la imagen santa, venerábala, todo era suavidad y dulzura, como si allí tuviera presente á su misma maestra, que hubiese bajado del cielo para tratar con ella. Una vez entre ardientes suspiros se le cayeron de la boca, aunque en tono bajo, estas palabras: «Bien sabéis dulcísima madre mía, que si mi caudal fuera de quince ó dieciseis pesos, os vistiera yo según mi genio y dictamen, con un hábito más nuevo y más hermoso.» Apenas había pronunciado estas palabras, cuando poco después y cuando menos pensaban sus compañeras, llegó allí una negra, que era esclava de la ilustre señora Doña Gerónima de Gama, que con la cantidad del dinero dió un billete del tenor siguiente: «Dios nuestro Señor te guarde, Rosa. Conjeturando que ahora es el tiempo en que estás toda empleada en vestir y componer la imagen de Santa Catalina de Sena, te remito estos dieciseis pesos, con que al presente me hallo, para que los gastes, si fuere necesario, en adornar la seráfica imagen.

Dios te guarde.» Leyó Rosa y levantando los ojos al cielo, dijo: «Oh suavísimo Jesús mío, y qué fiel amigo sois.» Compró al punto tafetán doble, que competía con la nieve en el candor, sacó de la tienda lo necesario y vistió de nuevo la santa imagen.

Entre tanto que Rosa se ocupaba en coser, y respuntar el escapulario, envió á Luisa de Montoya á la pieza donde estaba la sagrada imagen, diciendo que trajese un ovillo de hilo de seda. Fué Luisa con diligencia y reconoció que el rostro de la santa resplandecía con rayos. Causóla temor mezclado con alegría y volvió apresurada y despavorida á dar noticia á Rosa del nuevo prodigio. No le causó admiración ni novedad el portentoso, antes respondió muy sosegada y con graves palabras: «No echas de ver con qué señas tan claras se digna de aprobar nuestra Maestra seráfica el pequeño obsequio que la estamos haciendo? Agrádala mucho que las dos nos ocupemos con tanto gusto en componer y aliñar su escapulario.» En otra ocasión y en diverso tiempo, echaba de menos la virgen unos claveles con que deseaba adornar la sagrada imagen; negaba este aliño el tiempo, porque en aquel país no se viste Mayo con esta gala ni produce este género de flores. Dióse vuelta con cuidado á todo el jardín, examináronse los cuadros donde estaban plantados, por si acaso algún pequeño botón había comenzado á brotar; pero fué en vano la diligencia. Repitióse por tres veces el registro de las flores; pero sin fruto y sin que aquella tarde se descubriese esperanza alguna de hallar claveles. Con todo esto Rosa, dictándole el espíritu lo que había de suceder, decía: «Poderoso es el Señor para concedernos lo que deseamos, y más es que esta noche, á honra y gloria de la Santísima Trinidad, este ramo y esta vara de este pie (y señalaba una, que por no tener el botón cuajado, no daba señas de tener en mucho tiempo flores) nos ha de dar para mañana tres hermosos claveles.» Dicho esto despidió á sus compañeras Catalina y Francisca de Montoya, para que fuesen

á descansar á sus casas, causándoles mucha risa, no solo la vana esperanza, sino también las promesas de los tres claveles que tan de veras aseguraba. Al día siguiente, por ser el mismo en que había de salir en procesión la imagen, volvieron muy de mañana para ayudar á Rosa á acabar de adornarla. Hallaron á la virgen suspensa en oración, vieron que por señas les decía, que fuesen al jardín y la trajesen, en nombre de la Santísima Trinidad, tres claveles para mayor hermosura de la imagen. Replicó á esto Catalina, diciendo: «¿Es posible, carísima hermana, que no te acuerdes de los desvelos de ayer tarde, cuando tantas veces á tus ojos dimos muchas vueltas al jardín, sin poder hallar ni una sola muestra?» No obstante esto insistía Rosa y con más eficacia las mandaba que la trajesen los tres claveles abiertos, bellos y hermosos: «Id, les dijo, ¿qué dudáis, qué os detenéis? Aquel Señor poderoso que en otro tiempo hizo florecer la vara de Aarón, ese mismo ha tenido ahora providencia de darnos flores.» Fueron, en efecto, y hallaron que se había realizado lo que decía la virgen, y del mismo pie que el día antes había señalado, cogieron con reverencia y temor tres claveles, trajéronlos pidiéndole perdón de su desconfianza; y en hacimiento de gracias se postraron juntamente con ella en tierra, dando alabanzas á Dios, admiradas y alegres de que saliese en público la imagen de Santa Catalina con tan peregrino ornato. Y lo más admirable es, que desde aquel día jamas faltaron claveles en el jardín de Rosa en todo el año.

Otra vez para vestir también la imagen de Santa Catalina había llamado Rosa en su ayuda, con otras mujeres, á María Eufemia de Pareja, viuda. Estaba esta matrona afligida y cuidadosa por dejar en su casa muy de peligro una criada llamada Francisca, que entonces le criaba á sus pechos un niño pequeño hijo suyo, cuyo nombre era José. Y había mandado el médico el día anterior, que no le diese leche, temeroso de los accidentes maliciosos de la enfermedad del ama, que iban

por instantes creciendo. Nada de esto había bastado para que Eufemia faltase al ministerio piadoso á que Rosa la había convidado. Y así con hartas ansias había dejado muy encomendada la enferma á los de su casa. Acabada ya la función, adornada decentemente la imagen, compadecida la virgen de la fatiga y cansancio de sus compañeras, las dijo: «Id, señoras, á cobrar aliento y podéis desahogaros del cansancio dando un paseo, pues estáis cansadas.» Respondió Eufemia: «¿Cómo me dices ahora que me pasee, cuando sabes la pesadumbre que me espera en mi casa? Mejor será, pues tanto puedes con esta madre seráfica, pues fias tanto de su intercesión y favores, pedirle que alcance salud y vida para mí criada.» Vino en ello Rosa y volviendo el rostro á la imagen con la familiaridad amigable que otras veces, dijo: «¡Oh tú, gloriosa madre, acaso no adviertes la pena acerba que aflige al corazón de esta mujer tu devota? Socorre su necesidad y no dilates el consuelo de que necesita. Experimente yo en esta ocasión lo mucho que amas y aprecias las llagas de nuestro Redentor. Por ellas te pido que alcances de Dios salud para Francisca, que está tan de peligro.» Dijo: y consolando á la afligida viuda, persuadióla que tuviese buenas esperanzas y por muy cierto que Santa Catalina, á quien acababa de hacer el obsequio de vestirla en su imagen, no había de dejar de socorrer á su criada en el riesgo en que se hallaba. Eufemia con esto se fué derecha á su casa, y halló á Francisca que, libre del peligro, estaba ya mejor y convaleciente, tanto que el día siguiente, ordenándolo así el médico, pudo dar con seguridad el pecho al niño que criaba.

Ocasión hubo en que Francisca de Montoya, de quien hemos hecho ya mención, estuvo toda la noche ayudando á Rosa en el oficio de vestir la imagen de Santa Catalina. Acabada la obra apartóse á reposar un rato para asistir á la procesión que había de ser después de pocas horas. Rosa encomendóla muy de veras á la santa, entre tanto que tomaba el sueño, rogando que la li-

brase de un gran peligro que la amenazaba. No fué sin fruto la intercesión solícita, pues disparándose algunos fuegos artificiales mientras andaba la procesión, vino derechamente un cohete á herir á Francisca en uno de los ojos. Dióle un golpe en la ceja sin daño alguno, y no porque no tuviese fuerza la pólvora para abrasarla los ojos; pues saltando de aquel puesto y dando de rebote en otra mujer que estaba allí cerca, la quemó la ropa y pasó el fuego casi hasta las carnes: y así Francisca teniendo por cierto que debía este beneficio á las oraciones de la virgen, refirióla el suceso, dándole gracias por el cuidado de haberla encomendado á Santa Catalina. A lo que respondió ella: «No es mucho que nuestra seráfica Madre te atendiese con especial cuidado todo este día, después que tu has pasado en su servicio toda la noche, trabajando conmigo en el adorno de su santa imagen.»

Santa Catalina que tan generosa se mostraba con las que vestían su imagen, no se manifestó menos con Rosa, como lo declara el siguiente ejemplo, con que daremos fin á este capítulo.

A principios de Agosto del año 1616, había vestido Rosa la imagen de la Santa para que saliera en procesión el día de nuestro Padre Santo Domingo. Terminada la fiesta esperaba Rosa en casa de D. Gonzalo para desnudarla. Llevaron la imagen y la colocaron en el oratorio para recoger las joyas preciosas con que la habían adornado, y devolverlas á sus dueños. Hacía tres días que Rosa estaba sufriendo graves dolores en la mano derecha, los cuales no le permitían tocar objeto alguno, sin que éstos se renovaran. Era tal la inflamación que en la mano tenía que no le era posible manejar las tijeras, sin las cuales no podía quitar las joyas y hábito de la imagen. Examinando el médico el día de San Lorenzo la mano, y viéndola llena de materia, mandó aplicar medicamentos que la hicieran madurar y que al día siguiente la sangrasen del brazo izquierdo. D. Gonzalo, que estaba presente, no tuvo áni-

mo para presenciar tan triste espectáculo y se salió del oratorio.

Sentía sumamente Rosa que en el día en que hacía años que había tomado el hábito de Santo Domingo, no le permitiese la enfermedad tocar, con la veneración y reverencia con que acostumbraba, el hábito de su seráfica Madre Santa Catalina. Por lo que, no pudiendo contenerse, se postró delante de la imagen que estaba colocada sobre una pequeña mesa, hizo una breve oración y levantándose, con rostro alegre pidió á la mujer del contador, que también estaba allí, le diese las tijeras para desnudar á la imagen. Admirada y risueña D.^a María la preguntó qué con cuál de las dos manos había de cogerlas, pues veía que estaban tan inflamados los dedos, que no podía meterlos por los ojos de éstas. Y con toda intención le dió las más pequeñas. Cogió Rosa las tijeras y con desembarazo y presteza comenzó á desprender las joyas, deshacer las lazadas, cortar los nudos y colocar cada objeto en su debido lugar hasta desnudar por completo la imagen. La mujer del contador, llena de admiración, exclamó: «¿Qué es lo que haces, Rosa? Ten lástima de tu mano, que está imposibilitada para todo ejercicio y déjalo todo á nuestro cuidado.» La virgen no obstante continuó trabajando y sólo respondió: «Que aquel Señor que la había dado manos que pudieran vestir la santa imagen, ese mismo se las había ahora sanado para desnudarla.»

Una hora más tarde llegó el contador, y viendo que movía una y otra mano, quedó atónito y la dijo: «¿Cómo es que ya está sana la mano y puedes con ella trabajar? Descansad y veámosla.» La miró y no encontró diferencia entre una y otra mano; tan sana y ágil tenía la una como la otra. Grande fué la alegría que le causó curación tan repentina; y lleno de admiración escuchó la relación de lo sucedido que su esposa le hizo, diciéndole que después que él se había salido de casa, se postró Rosa en oración un breve rato, de la que se levantó sana y buena, y comenzó á desprender las joyas,

pidiendo unas tijeras. Para gozarse más quiso el contador le refriese Rosa cómo había sanado de su enfermedad; á lo que ella respondió: «Que en aquel breve rato en que había hecho oración delante de la imagen, había sentido se le restituía á los artejos el vigor antiguo, y se deshinchó su mano, sintiendo que subía por los dedos una respiración violenta; al modo que sale el aire de una vejiga llena de viento, cuando la aprietan, desvaneciéndose á un mismo tiempo junto con el tumor todo el dolor.» Llamado el médico al día siguiente examinó primero la mano y luego á la virgen, quien con la misma candidez que el día antecedente volvió á referir la historia, dando gracias á su seráfica maestra y atribuyéndola la merced que había recibido. Desde entonces no volvió á sentir el dolor de gota en aquella mano. Al mismo tiempo que su mano recibió la salud, su espíritu sintió gran consuelo. Según ella misma confesó, en aquel breve rato que estuvo en oración pidiendo á Santa Catalina la salud, la había bañado ésta el corazón con una copiosa lluvia de suavísimo rocío, que se extendía y recreaba todo su cuerpo. Es digno de admirar que tan raros prodigios no causasen novedad alguna en Rosa; y es que como tenía á Santa Catalina por su amantísima madre y la trataba familiarmente, eran muy continuos estos consuelos.



CAPÍTULO XXIII

Devoción de Rosa al Santísimo Sacramento del altar; por él se dispone á padecer valerosamente el martirio.

SI FUERON admirables los favores que Rosa recibió vistiendo la imagen de Santa Catalina, no fueron menores los que la comunicó el Santísimo Sacramento del altar, donde está Jesucristo real y verdaderamente escondido bajo las especies de pan. Preparó Dios este divino manjar para los pobres de espíritu, depositando en él toda su dulzura. Aunque quiere que tengamos presente lo que dijo á San Agustín: «Soy alimento de grandes, crece, y me podrás comer;» con todo Rosa, no había pasado de los años pueriles y ya se alimentaba con este divino manjar, porque sus confesores veían que su espíritu estaba muy crecido en la virtud y santidad. Y así en tan tierna edad no sólo la permitieron acercarse á la sagrada mesa, sino que con aprobación de ellos se alimentaba dos veces á la semana del pan de los ángeles. Y aun ella quería fuese con más frecuencia, pero no era posible á causa de que no le era lícito ir á la igle-

sia sin que la acompañara su madre. ¡Oh con cuánta razón exclamó San Bernardo: «Los que te gustan, oh bocado del cielo, mientras más te comen, hallan más cebo y más apetito!» Verificóse esto en Rosa, quien, cuanto más se alimentaba con este divino manjar, más crecía el hambre; obligando á sus confesores á que siendo de más edad la concediesen licencia para comulgar tres veces cada semana. Y ni aun esto bastaba para satisfacer su deseo; ya que había semanas en que por haber alguna fiesta más solemne ó día de particular devoción comulgaba hasta cuatro y cinco veces, recreándose á su gusto con el Pan de los ángeles. Sus confesores cuanto mejor conocían su espíritu, con tanta más facilidad le concedían licencia; testificando unánimemente en el proceso de su canonización que siempre habían encontrado su conciencia tan limpia; tan inocentemente pura, con tanta hambre de la sagrada Eucaristía y con tanto fervor de devoción, que no se habían atrevido á negarla la comunión. Por lo que fácilmente pudo conseguir Rosa su consentimiento para acercarse á la sagrada mesa y recibir este Pan celestial todos los días de la infra octava de Resurrección y Corpus Christi. Y en estos tiempos, para no ser notada de singular y huir del aplauso humano, todos los días variaba la hora de comunión; en lo que ponía gran atención y cuidado, teniendo siempre muy presente el consejo de San Gregorio el Grande, cuando dice: «Que para no perder el tesoro celestial es necesario esconderle; y que el que practica lo que es poco frecuente, causa admiración en todos.»

Es muy digno de notarse que no obstante la frecuencia de comuniones y la limpieza de conciencia de que estaba adornada, cuantas veces se llegaba al sagrado convite, otras tantas se acercaba al tribunal de la penitencia, y no por cumplimiento ni apresuradamente, sino precediendo un minucioso examen, con estímulos y sentimientos de verdadera contrición, y con gemidos y lágrimas; como si hiciera muchas se-

manas que no se acercaba á uno ni á otro Sacramento. El día anterior á la comunión mortificaba fuertemente su cuerpo con disciplinas y ayuno riguroso, para que el hambre del cuerpo acompañase también al hambre espiritual del alma. Para recibir decentemente al divino Esposo adornaba su espíritu con fervorosos afectos de reverencia, humildad y ardientes deseos, que sacaba de los libros de oración del V. P. M. Fr. Luis de Granada. Recogía todas sus potencias para que se ocupasen en servir y agasajar al nuevo huésped que al día siguiente había de venir á visitarla. Ponía en estos santos ejercicios tanta diligencia y cuidado, como si en todo el trascurso de su vida sólo aquella vez hubiera de comulgar. Cuánta fué la devoción de la virgen al acercarse ya al sagrado convite, siendo como era esmeradísima en tratar debidamente este sacramento; cuánta su composición y modestia en el semblante, cuánta la humildad de su interior, cuán encendido el amor de su fervoroso espíritu, no se puede declarar, según es debido, sino recordando el modo como se llegaba á recibir el divino sacramento Santa Catalina de Sena. Muchas veces cuando Rosa se acercaba á recibir la sagrada Hostia, resplandecía visiblemente su rostro, dando claros indicios y pruebas de la llama interior que en su pecho ardía.

Un día segundo de Pascua del Espíritu Santo, diciendo misa en la capilla del Rosario el P. Fr. Antonio Rodríguez, Predicador general, estaba Rosa de rodillas junto á la reja del comulgatorio para recibir con otros fieles á Cristo Sacramentado. Cuando llegó á ella el sacerdote con la forma consagrada vió que el rostro de la virgen despedía llamas; causóle gran admiración tan extraordinario suceso, por lo mismo que entonces no comprendía lo que podía significar tan admirable y súbito resplandor. Mas después, viendo repetidas veces el prodigio, conoció que salían de Rosa, cuya alma al recibir la sagrada Eucaristía se encendía en un fuego de amor tan vivo y tan poderoso, que hasta hacía res-

plandecer cual una antorcha su rostro, despidiendo rayos de luz por los ojos. El Maestro Fr. Luis de Bilbao, dando la comunión á la virgen en la misma capilla después de la misa, advirtió muchas veces que tenía el rostro bañado de luces celestiales, tanto que no pudiendo sufrir aquellos reflejos, le temblaban los párpados, impotentes para fijarse en la claridad que despedía Rosa, semejante en tales ocasiones á un sol de resplandores celestiales á quien la hermosura de la gracia prestaba brillo deslumbrador, y el Pan de los ángeles, como él afirmaba, había transformado maravillosamente en un ser angélico por su belleza. El Maestro Fr. Juan de Lorenzana, por haber visto también semejantes prodigios, se movió á desear tratar más íntimamente á la virgen y conocer su espíritu más á fondo. Había dicho también el Maestro misa en la misma capilla y daba la comunión al pueblo. Llegando á Rosa, que acababa entonces de descubrir la cara, que tenía cubierta con el manto, vió en ella una hermosura superior á la humana, brillando con claridad deslumbradora, llena de resplandores y rayos de celestial belleza. Dióle la sagrada comunión y pasó adelante, cierto de que aquel aspecto no era de los que produce la tierra, ni cosecha de los mortales. Después pensando en ello más profundamente, dijo entre sí mismo: «Esta doncella, cualquiera que sea, paréceme forzoso que prive mucho con Dios. Ojalá fuera yo tan dichoso que pudiera conocer el estado feliz de esta alma tan ilustrada y tan abrasada en divinos incendios.» Cumplióle Dios el deseo cuando menos pensaba, pues dispuso la divina Providencia que fuese después, no sólo confesor de Rosa, sino también maestro de su espíritu, á quien hasta morir rindió obediencia la virgen como á superior suyo.

El R. Fr. Bernardo Márquez, siendo novicio, y ayudando á misa á los sacerdotes, como es costumbre, en la capilla del Rosario, llevando el vaso de agua, que suelen beber los que comulgan, las veces que le daba á

Rosa sentía que salían llamas de la virgen, como de un horno encendido; de tal suerte, que temió alguna vez se le abrasara la mano al darla el vaso, ó al volver á recibirle. Ignorante entonces del misterio, por ser tan poca su edad, dejaba pasar por alto el portento, contentándose con admirarse y callar. Quince años después de su muerte, siendo ya sacerdote y de juicio maduro, refirió con juramento el prodigio y el modo con que le sucedía. Y decía más, que de tan sagrados ardores iba también entrando en calor su corazón, aunque rudo y tardo entonces, por ser tan pocos sus años; y concebía especial veneración de la presencia del admirable Sacramento, viendo que con tanta religión y fervores le recibían.

Quiso Dios por estas señales exteriores y sensibles, que de algún modo llegase á noticia de los hombres cuán crecida era la llama que ardía dentro del pecho de Rosa. Pero cuando entraba en ella corporalmente aquel Señor que vino al mundo con el fin de sembrar fuego en los corazones, parecíale á la virgen que era toda un pedazo de cielo empujado, que estaba entre serafines, que son todos puro incendio, y piedras que brotan fuego. De aquí se originaban los admirables efectos que hemos referido, que son tan connaturales y propios de este divino Sacramento; tan singulares, que nadie los conoce por experiencia, sino aquel dichoso espíritu que dignamente se dispone para recibirle. Mandándolo así los confesores, la obediente virgen ponía no pequeño conato en dar á entender algunos admirables efectos de los muchos que gozaba. Pero en llegando á explicarlos, casi en cada uno de ellos se hallaba falta de palabras, que pudiesen representarlos al vivo como eran; alegaba la esterilidad del idioma humano, disculpábase con que no le ocurrían voces dignas de la alteza de estas obras que Dios fabricaba en las almas puras. Y no sabía hablar de estas materias, sino afirmando que eran del todo inefables. Mas por no ocultarlos de todo punto, decía: que de la carne virginal de Cristo se di-

fundía en su alma cierta mansedumbre admirable, derivada del cordero celestial. Y que juntamente se fortalecía su espíritu con desusados bríos, comunicados de la sustancia de tan noble alimento; que sentía nuevas fuerzas, y se hallaba satisfecha y saciada, transformándose por afecto amoroso su espíritu en el de Cristo con modo inaudito y nuevo; por ser sustento suave, jugoso, poderoso y eficaz para convertirla en sí. Y que en el tiempo que duraba esta dicha, le parecía que amanecía en su corazón una serenidad apacible de esfera más alta y encumbrada que la que podemos imaginar; paz y tranquilidad, libre de borrascas y tormentas, tal y tan subida, que no hay comparación en lo humano con que pueda explicarse.

Llegando á tratar de la inmensidad del gozo que resulta en el alma de la estrecha unión con el Esposo amantísimo, de la eminencia altísima á que se llega con la fruición y presencia del cuerpo de Cristo, del sabor espiritual y de la dulzura de este maná soberano cuando se gusta en la fuente misma, de las ventajas de este fruto del cielo, de la abundancia que en sí contiene y de las delicias inefables que allí se hallan juntas, excediendo á cuantas acá gozamos, dábanle en rostro por cortas y poco significativas cuantas voces tiene nuestro lenguaje, cuantas hipérboles inventa la más elocuente retórica; y avergonzábale de echar mano de palabras, pareciéndole que era lo más acertado enmudecer, ó decir en compendio, que no hay cosa de gozo, alegría y júbilo en este mundo inferior, que ni por sombras se asemeje al gusto que se percibe en el precioso convite del altar; donde el alma, aunque sienta en sí hambre infinita, halla sin entenderlo puesta la mesa, y en ella un convite y pasto dignos del mismo Dios; y donde, como á tierno infante le aplican la boca á los pechos del Verbo encarnado; haciendo allí Cristo Redentor nuestro el más glorioso empleo de sí mismo, como lo es saciar y llenar á los espíritus hambrientos de todos los bienes que pueden desear. Todas estas al-

tísimas razones había oído de la boca de la virgen su confesor, el P. Maestro Lorenzana. Y así cuando en la última enfermedad de que murió, la administró el sacramento Viático, cuando elevada en éxtasis pasaba la forma, díjola estas breves razones: «Goza ahora, hija, de tu divino Esposo, y á solas con él recibe á manos llenas las delicias de su presencia, que es sin duda dulcísima: pídele, que como otras veces suele, con mano liberal y larguísima te llene de bienes.

Al Otro confesor de la virgen se acordó y refirió que solía decir ella: que cuando comulgaba le parecía que recibía en su pecho al sol mismo; porque todo lo que el sol visible obra en el mundo, recreando todas las cosas con su calor y luz, adornando la tierra con flores y frutos, enriqueciendo el mar con perlas, las entrañas de los montes con piedras preciosas y ricos metales, alegrando las aves, vivificando los animales y las plantas, iluminando los puntos más apartados del universo; todo esto obraba la real presencia de la carne del Señor de cielos y tierra en los espacios de su alma. Acaso por esta causa concedió la divina largueza á la virgen por especial privilegio, que las especies sacramentales durasen muchas veces en su estómago siete y ocho horas, sin corromperse; para que en aquel prolongado espacio de tiempo el pecho se enfervorizase y cobrase calor interiormente con la asistencia de este sol divino y se vivificase con la unión estrecha de este sacramento, que es todo vida.

Para que estos admirables efectos del Pan divino no quedasen del todo ocultos, proveyó Cristo que redundasen al cuerpo dos muy singulares y prodigiosos que fueron fortaleza y hartura. El primero le experimentó en Rosa su madre, porque cuando iba á comulgar á la iglesia, con los ayunos, disciplinas y vigiliass con que Rosa se preparaba, quedaba tan flaca, tan atenuada y desfallecida, que no podía dar un paso sin perder el aliento, y así se veía obligada á pararse y sentarse en los portales para cobrar nueva respiración y aliento.

Pero cuando volvía desde el templo á casa, después de haber comulgado, venía ya tan otra, eran tantos sus alientos y aceleraba el paso de tal suerte que dejaba atrás á su madre, y la animaba á que la siguiese; como si con Elías hubiese de caminar hasta el monte Oreb, en virtud del manjar que había recibido. El segundo efecto que era hallarse saciada y satisfecha corporalmente, la misma virgen lo descubrió, no sólo á sus confesores, sino también á los familiares de su casa. Volviendo á ella después de haber recibido el cuerpo de Cristo, apenas se quitaba el manto cuando luego se retiraba y se iba derecha á un aposento secreto y cerrándose en él hasta muy entrada la noche, meditaba muy despacio la grandeza del beneficio que le había Dios comunicado, sin salir á que nadie la hablase. Rogándole alguna vez que comiese un bocado, atendiendo á que el ayuno con que se disponía el día antecedente, la tenía debilitada y sin fuerzas, y que necesitaba de repararse, y que siendo domingo no debía ayunar respondía que: era tanta la hartura que había recibido en la mesa divina, que no podía su estómago admitir otros manjares; de tal modo, que sin hacerse mucha fuerza y ocasionarse mucho sufrimiento, ni podía pasar un bocado de pan ni una gota de agua. Si alguna vez, rindiéndose á la importunidad de sus padres ó hermanos, comía ó bebía después de haber comulgado, sentía dentro de sí tales molestias, que causaba lástima mirarla. Con lo cual, viéndolo por sus ojos, cesaron los de su casa de molestarla; y así la virgen perseveraba en su ayuno hasta el día siguiente, satisfecha con el Pan del cielo. Diéronle licencia los confesores, para que en una octava entera comulgase todos los días. Todos los pasó sin comer ni beber y sólo con las especies sacramentales, las que no sólo le quitaban el apetito de otros manjares, sino también hacían incapaz el estómago para recibirlos. Sucesos son estos muy semejantes á los que de Santa Catalina de Sena refieren las historias; para que así cons-

tase con más clara evidencia, que un mismo espíritu reinaba en entrambas.

Algo tocamos arriba de la gran veneración que tenía Rosa al divino Sacramento cuando se consagraba en la misa ó cuando en alguna iglesia se hallaba expuesto. Oía todas las misas que podía en el templo de Predicadores. Estábase allí hasta el medio día con tal quietud, silencio y recogimiento, como si estuviera en su centro. Eralo, sin duda, para Rosa la sagrada Hostia. Donde quiera que podía descubrirla su vista, allí se iba el corazón llevado del dulce peso é inclinación de su amor. De modo que, como advirtieron muchos, se le pasaban horas enteras sin pestañear, suspensa en mirar á Cristo en el sacramento, cuando estaba descubierto en el altar; y aun sin torcer ni mover un solo momento el rostro. Los conocidos y los que no lo eran, pasaban delante de la virgen casi tropezando con ella, cuando había concurso de gente, y entonces á ninguno conocía ni movía siquiera los párpados; atenta sólo á los oficios divinos, que en el altar se celebraban. El mismo tenor guardaba, observando la misma atención inmóvil, cuando en las cuarenta horas estaba el Santísimo descubierto, para que el pueblo le adorase. Allí se estaba fija desde la mañana hasta la tarde, puesta de rodillas, como si fuera de mármol, olvidada del comer y del beber, sin refrigerar el cuerpo, ni con una gota de agua; contentándose con las delicias y júbilo que percibía su espíritu con la presencia corporal de su amante Esposo. Asimismo pasaba también en la iglesia los ocho días de la octava de Corpus Cristi, asistiendo á Cristo presente todo aquel tiempo; causando admiración á sus confesores, que no alcanzaban cómo un cuerpo tan extenuado con vigiliias y penitencia podía tener fuerzas para genuflexión tan prolija, tan continua y tan penosa, juntamente con estar todo el día en ayunas. Parecía su fortaleza de piedra y de metal su delicada carne; lo que es tanto más de admirar, cuanto que el mismo santo Job, hecho á prueba

de trabajos y aflicciones, echaba en sí de menos estas propiedades, para tolerar con valor invicto las calamidades que padecía.

En los cuatro años últimos de su vida, en la Semana Santa, todo el tiempo que está el Santísimo cerrado en el sagrario y puesto en el monumento, ni aun de noche se ausentaba un instante Rosa del sagrado tabernáculo, ni se movía del puesto que había tomado el Jueves Santo para asistir á su dulce dueño. Estaba siempre de rodillas, cual si estuviera clavada; y permanecía en esta postura hasta el Viernes Santo, después de los oficios de la mañana. En todo este intervalo, olvidada de sí, de hambre, sed y fatiga, toda su ocupación y negociación era hablar y tratar con el Esposo; con tal veneración y reverencia, que en aquellas veinticuatro horas ni se atrevía á sentarse un momento ni á descansar un punto, arrimando á la pared el fatigado cuerpo.

No era más perezosa en rendir culto reverente al sacrosanto misterio de la Eucaristía, cuando estaba encerrado en la custodia aun cuando estuviera Rosa fuera del templo. Cuántas veces se ofrecía que la virgen ú otras personas nombrasen el admirable sacramento, hacía reverencia con inclinación profunda, dando á entender con estas demostraciones el aprecio que interiormente hacía de este venerable misterio. Si oía la señal que hacen las campanas al alzar en las misas, ó el repique de ellas cuando se descubre ó se reserva, no podía disimular la alegría, ni los saltos que el corazón le daba, ni el gozo que percibía su cuerpo, sintiendo efectos admirables con la memoria del Dios vivo, que se ofrece en el altar. Encendíanse en el rostro los colores y regocijábese el espíritu en el Señor, Bien y Salvador suyo. No podía verse harta de oír alabanzas y sermones panegíricos de este misterio inefable. Y los que una vez oía, después de algunos años los repetía casi con las mismas palabras, con facilidad increíble.

Por esta causa ningún trabajo de manos le era más

gustoso que el que empleaba en adornar los sagrados altares, el tabernáculo ó el monumento de la Semana Santa. Ponía gran solicitud en componer, coser y pulir los corporales, las cortinas de seda de los altares, los paños del cáliz, los manteles, y cuantos objetos sirven al sacrificio. Aquí empleaba todo el primor de su habilidad, ingenio y destreza; y no contentándose con las flores naturales, hacía artificiosamente curiosas rosas de manos y ramilletes costosos, fabricados con oro y seda de todos colores, sin perdonar gasto ó costa porque saliesen hermosos.

No llevaba su madre á bien la devoción costosa de la virgen. Quisiera que gastara menos tiempo en esta ocupación y que le emplease en hacer labor, con que se fuese ayudando y sobrellevando el gasto forzoso de la familia, que era mucha y menesterosos sus padres. Atendiendo á esta queja Rosa, cumplida la tarea de toda el día, que aplicaba al sustento de sus padres, hurtaba por la noche algunas horas al reposo y al sueño, para gastarlos en los ornamentos de los altares. Pareció también á sus padres espirituales, acaso porque en ello les impuso su madre, que era gastar mucho tiempo y quitarse el necesario para vivir, quien tan sujeta estaba á enfermedades y achaques. Diéronsele á entender, y ella respondió con una gravedad mesurada: «No quisiera que me tuvieran en opinión de tan delicada, que gastar una noche en servicio de mi Esposo piensen que es demasía, ó que me ha de hacer daño. ¿Qué mujer hay tan dejada, ó tan perezosa, que haga melindres de pasar una noche en peso en pulir las galas de su marido, para que al día siguiente salga lucido á la plaza y decente á los ojos de sus con ciudadanos?»

Finalmente, tal era el afecto que tenía al Sacramento de la Eucaristía, que más quisiera gastar la sangre de sus venas derramándola en su defensa, que ofrecerle flores. No tardó mucho en llegar la ocasión. Descubrióse en la playa del mar Pacífico, cerca de Lima,

una gruesa armada de holandeses el año de 1615, por el mes de Julio; poniendo en cuidado y temor las costas marítimas del Perú, por ser inopinada su hostilidad y por no estar bien prevenidas para defenderse. En todas partes sonaba el estruendo formidable de tocar al arma, y en el interin el clero secular y regular se ocupaba en hacer públicas rogativas, sacando al Santísimo Sacramento, para que se empleasen en rogar á Dios les librase del peligro los que no podían manejar las armas. La vigilia de la Magdalena hizo la flota enemiga alto en el Callao, puerto muy importante del Perú, con designio de saltar en tierra y saquearla y destruirla. Con estas nuevas fué grande el miedo de la ciudad; dióse orden que saliesen hasta los eclesiásticos á impedir al enemigo el desembarque, por tenerse por cierto, que siendo la armada de calvinistas, no sólo tiraban sus deseos á despojar la ciudad con el saco y degollar sus habitantes, sino también á profanar todo lo sagrado, robar todos los templos y acabar furiosamente con la religión cristiana. En el interin Rosa, que en el templo de Predicadores, acompañada de muchas nobles matronas, esperaba el fin de estos alborotos, sólo temblaba de las injurias que se temía hiciesen los pérfidos herejes al Santísimo Sacramento, que estaba descubierto; «y que no contentándose, como decía, con vulgares desprecios, se atreviesen con rabia á pisarle.»

Llegó en aquella sazón una nueva, aunque incierta, tristísima, de que tuvo noticia Rosa. Decían que los enemigos de la fe habían saltado en tierra y que estaban ya sus tercios muy cercanos á Lima, marchando en orden á embestir sus puertas. Había esparcido este vago rumor la confusión que ocasiona el miedo, pero bastó para hacer desmayar del todo á las que estaban en compañía de Rosa. Levantando el grito, soltando las riendas al llanto, se daban por perdidas y muertas. Sólo la virgen estuvo tan lejos de temer ó mostrar cobardía, poniéndose en huida ó buscando donde esconderse, que como si hubiera rendido ejércitos valerosos

y esforzados, no podía disimular el gozo; teniendo por cierto se había llegado ya la hora felicísima, que le había costado tantos deseos y tantos suspiros, en que poder dar la vida y derramar su sangre por la honra y culto del Santísimo Sacramento, que estaba allí presente; y así llamando aparte á sus compañeras, recogiólas en la capilla de San Jerónimo. Allí con cara de risa comenzó á exhortarlas al martirio. Decía: «Que se les había venido á las manos una ocasión preciosa y afortunada, no menos que ser sacrificio cruento, á vista del incruento sacrificio del altar; ser víctima por la víctima divina que adoraban, y poner el alma y la vida en honra del cuerpo de Jesucristo que estaba descubierta.» Dichas estas razones, despidiendo resplandores del rostro, sacó con brío las tijeras del estuchey comenzó con alegría á cercenar las faldas, porque no arrastrasen. Recogió hasta los codos las mangas y tirando las vasquiñas las ciñó con la correa. Preguntada á qué fin hacía estas prevenciones, respondió: «Pongo haldas en cinta disponiéndome á la pelea; no quiero que me embarace el vestido, pues he de luchar y morir por el divino Sacramento. Así más brevemente subiré sobre el altar y allí expondré mi cuerpo como un escudo, para que reciba los golpes y las heridas que tiraren los herejes al cuerpo de mi Señor Jesucristo, sin apartarme un punto, hasta que pasado por muchas partes el cuerpo con las picas y alabardas de los impíos enemigos de la fe, caiga muerta en el altar. Yo rogaré á los herejes que no me quiten de un golpe la vida, sino que poco á poco me vayan desmembrando y me vayan haciendo menudos pedazos y dividiendo cada miembro en pequeñas partículas, con el fin de que todo el tiempo que en esto se ocuparen se detengan en ejecutar las injurias, que temo jay de mí han de hacer después á mi dulce Esposo.»

Esto decía, de suerte que, del centellear de los ojos, de la serenidad del rostro, del tono lleno de brío, y del gesto y disposición de la animosa virgen, se podía cole-

gir fácilmente que por defender el Cordero del altar estaba convertida en leona. Los circunstantes, aunque lo veían por sus ojos, no acababan de creer que era mujer flaca, sino amazona valiente la que hasta allí había sido ejemplar y modelo acabado de mansedumbre. Admirábales ver que una doncella tan modesta y tan delicada estuviese en público con tanto desembarazo, terciado el manto á los hombros, puestas de corto las vasquiñas, libres y desembarazados los brazos, ceñida por lo alto, y que armada solo con las cuentas del Rosario, con esperanza viva del martirio, desafiaba con agraciada ferocidad y denuedo la fatal hora, y hacía amenazas á la muerte como verdadera guerrera de Cristo.

No sosegaba un punto, imaginando que se acercaba el tiempo del conflicto; impaciente de la tardanza, ya daba pasos hacia el altar, ya hacía amagos de tomar puesto en lo más encumbrado, para defender la sagrada Hostia. Volvía luego los ojos hacia las puertas del templo, por si entraban los enemigos, para volar como águila y pelear valiente en defensa del viril sagrado donde moraba su Dios, resuelta á morir en la demanda. Bullía su sangre en las venas y arterias, deseosa de derramarse por Cristo. Pero fué su desgracia que mientras estaba esperando el combate y animaba á sus compañeras con palabras, con ejemplos y con acciones. Llegó aviso que se había retirado el enemigo de la playa, levantando velas y engolfado en el Océano, porque el Almirante, súbitamente acometido de mortales accidentes, había hecho señal de recoger. Murió á las pocas horas y le enterraron los suyos en una peña muy alta que hace frente al puerto del Callao. Rosa, cuando respiraban todas y desahogaban el ánimo, despidiendo el miedo que le oprimía, viéndose de corto comenzó á tener empacho de sí misma. Y para volver decentemente á su casa, fué necesario detenerse hasta la noche en la capilla de San Jerónimo; con no pequeño dolor de que así se le hubiese escapado de entre las ma-

nos la ocasión fugitiva del martirio. Esto no obstante también se daba alegres plácemes de la libertad de su patria y mucho más de que no se hubiesen profanado la religión santa ni los templos.

Faltó, según esto, no el ánimo al martirio, sino el martirio al deseo solicitado antes con tantas ansias, y pesarosa después de que no se hubiese presentado ocasión de sufrirlo. Lloraba en varias ocasiones amargamente su infeliz suerte, considerando que el estado de ser mujer la impedía no poder ir á buscarle en las regiones más remotas y más bárbaras, logrando esta dicha á manos de infieles, dando mil vidas si las tuviera á mayor gloria de Cristo. Era extraño el sentimiento que tenía por no haber nacido en tiempos ó en reinos donde la persecución de los tiranos bañaba en sangre de mártires las calles, las plazas y anfiteatros. Parecíale inestimable la felicidad de los que alcanzaron aquellos tiempos, y pudieron firmar con la última gota de sangre las verdades católicas de la fe que profesaban. Decía muchas veces, despidiendo gemidos tiernos de lo profundo del alma, á Doña Francisca Hurtado de Bustamante, con quien trataba familiarmente: «¡Oh si tuviéramos alguna traza ó modo para hacer una fuga á las provincias de los bárbaros, y que los idólatras nos quitasen con crueldad la vida por amor de Cristo!» Finalmente cuando más no podía, entretenía sus deseos repasando en su imaginación varios géneros de tormentos que deseaba padecer por su Esposo celestial. Así intentaba con San Ignacio Mártir ser pan de Cristo, después de verse como harina molida con martirios; para corresponder de su parte á la caridad y amor que obligó al Pan de los ángeles á hacerse pan y alimento de los hombres.



CAPÍTULO XXIV

Celo extremado de Rosa por la salvación de las almas, que estaban en peligro.

QUIEN sentía en sí misma amor tan intenso hacia el Sacramento, en el que se oculta tras los velos eucarísticos el verdadero cuerpo de Jesucristo; no podía echar en olvido los miembros místicos de este cuerpo, cuando entendía que estaban en riesgo de perderse. Había aprendido á estimar, como es justo, el valor de las almas por el precio costoso con que fueron redimidas. Por esta causa todas las veces que ponía los ojos en los montes que ocupan lo interior de la América Meridional, era increíble el tormento que sentían sus piadosas entrañas, llorando la pérdida de tantas almas de bárbaros, que, pasadas los nevadas cumbres de aquellos ásperos collados y montañas inaccesibles, poblaban los valles espaciosos; siendo innumerables los que, ciegos en su idolatría, heredada de sus antiguos progenitores, eran cautivos del demonio. Derramaba copiosas lágrimas sin hallar consuelo, considerando al reino de Chile vecino al Perú, donde cada día perecían para siempre millares de almas; después que sus feroces habitado-

nos la ocasión fugitiva del martirio. Esto no obstante también se daba alegres plácemes de la libertad de su patria y mucho más de que no se hubiesen profanado la religión santa ni los templos.

Faltó, según esto, no el ánimo al martirio, sino el martirio al deseo solicitado antes con tantas ansias, y pesarosa después de que no se hubiese presentado ocasión de sufrirlo. Lloraba en varias ocasiones amargamente su infeliz suerte, considerando que el estado de ser mujer la impedía no poder ir á buscarle en las regiones más remotas y más bárbaras, logrando esta dicha á manos de infieles, dando mil vidas si las tuviera á mayor gloria de Cristo. Era extraño el sentimiento que tenía por no haber nacido en tiempos ó en reinos donde la persecución de los tiranos bañaba en sangre de mártires las calles, las plazas y anfiteatros. Parecíale inestimable la felicidad de los que alcanzaron aquellos tiempos, y pudieron firmar con la última gota de sangre las verdades católicas de la fe que profesaban. Decía muchas veces, despidiendo gemidos tiernos de lo profundo del alma, á Doña Francisca Hurtado de Bustamante, con quien trataba familiarmente: «¡Oh si tuviéramos alguna traza ó modo para hacer una fuga á las provincias de los bárbaros, y que los idólatras nos quitasen con crueldad la vida por amor de Cristo!» Finalmente cuando más no podía, entretenía sus deseos repasando en su imaginación varios géneros de tormentos que deseaba padecer por su Esposo celestial. Así intentaba con San Ignacio Mártir ser pan de Cristo, después de verse como harina molida con martirios; para corresponder de su parte á la caridad y amor que obligó al Pan de los ángeles á hacerse pan y alimento de los hombres.



CAPÍTULO XXIV

Celo extremado de Rosa por la salvación de las almas, que estaban en peligro.

QUIEN sentía en sí misma amor tan intenso hacia el Sacramento, en el que se oculta tras los velos eucarísticos el verdadero cuerpo de Jesucristo; no podía echar en olvido los miembros místicos de este cuerpo, cuando entendía que estaban en riesgo de perderse. Había aprendido á estimar, como es justo, el valor de las almas por el precio costoso con que fueron redimidas. Por esta causa todas las veces que ponía los ojos en los montes que ocupan lo interior de la América Meridional, era increíble el tormento que sentían sus piadosas entrañas, llorando la pérdida de tantas almas de bárbaros, que, pasadas los nevadas cumbres de aquellos ásperos collados y montañas inaccesibles, poblaban los valles espaciosos; siendo innumerables los que, ciegos en su idolatría, heredada de sus antiguos progenitores, eran cautivos del demonio. Derramaba copiosas lágrimas sin hallar consuelo, considerando al reino de Chile vecino al Perú, donde cada día perecían para siempre millares de almas; después que sus feroces habitado-

res, sacudiendo el yugo del rey y de la religión, habían vuelto á las cadenas de la antigua gentilidad.

No sólo se dolía de los indios occidentales, que estaban más vecinos á Lima, sino también de las muchas naciones, que en sus términos contiene el imperio dilatado de la China, y los reinos tan poblados del Oriente. Era esto para Rosa materia copiosísima para renovar el llanto casi todos los días. Deseaba que la hiciesen pedazos y que como red extendiesen sus entrañas por el anchuroso camino por donde tantas almas miserables se precipitan en las penas eternas, para impedir así en algún modo tanta perdición. Este mismo fué el espíritu seráfico de su Maestra Santa Catalina de Sena, que también deseaba que su cuerpo sirviese de puerta del infierno, para que de allí adelante no pudiesen entrar en sus mazmorras oscuras tan numerosas catervas de almas, frustrando el remedio y precio de su redención, tan á costa de la sangre de Cristo.

Trataba en cierta ocasión con Rosa uno de sus confesores de ir á predicar el Evangelio á los bárbaros convecinos. Dijo que estaba ya la misión en buen estado. Apenas oyó esto comenzó á persuadirle, á instarle, á importunarle y rogarle con palabras abrasadas en amor de Dios: «Que no temiese, que apresurase el viaje, que socorriese á las almas que estaban pereciendo, que no podía hacer obsequio más grato ó más acepto á su Dios. Que este era empleo propio de pecho y dignidad apostólica, á que no puede faltar la asistencia de la Providencia divina. Finalmente que bastaba para premio y consuelo del sudor y trabajo que había de costar esta noble empresa, si un solo niño moribundo de los infieles, recibiendo el bautismo, se iba á la gloria, abriéndole las puertas aquel sacramento.» El cauto confesor para experimentar si era espíritu de Cristo el que hablaba en la virgen, flugiéndose perplejo y dudoso, decía que eran muy pocas sus fuerzas, y poco á propósito para ministerio tan alto. Exajeraba la

dificultad del asunto, el hambre, la sed, el peligro de las fieras que poblaban aquella provincia, el calor excesivo que en ella se sentía, el cansancio, el destierro de la patria, los venenos de que usa aquella gente cruel, inhumana, intratable, especialmente para quitar la vida á los ministros del Evangelio. A pesar de todo esto decía que fiaba mucho y fundaba gran parte de su esperanza en las oraciones y ayunos de Rosa, y en las demás obras suyas, si quería ayudarle con ellas. La virgen, aunque sentía bajamente de todo cuanto obraba; con todo eso, para avivar más al predicador y animarle para que emprendiese el viaje, cobrando ánimo y confianza grande, le prometió ayudarle en tan santo empleo con todos sus ejercicios; con condición que el quisiese hacerla participante de toda la ganancia espiritual que lograrse en la conversión de los infieles. Vino en ello con gusto el Padre confesor. Sabía muy bien cuán grande era la virgen en los ojos de Dios, que es el que sabe pesar los espíritus; veía bien claro lo que le interesaba este contrato. Al fin se ajustaron entre los dos los conciertos con este pacto: «Que Rosa cediese á su confesor la mitad de los frutos que esperaba coger de los ejercicios espirituales que practicase todo el tiempo que se ocupase el Padre en predicar á los infieles; y que del mismo modo él aplicase á Rosa la mitad del caudal que resultase de la conversión de las almas que redujese con su predicación al camino de la verdad y salud eterna.»

Con el mismo fervor de espíritu trabajaba la piadosa virgen por empeñar y encender á los que le parecían aptos para este ministerio, con el fin de que se dedicasen á convertir infieles. Especialmente á los religiosos de su Orden, rogaba, amonestaba y protestaba «que ordenasen á este fin desde el principio todos sus estudios y desvelos, y que fuese el blanco glorioso y sublime de todas sus tareas reducir todo lo restante de la América á la fe católica; desterrando de toda ella la idolatría. Que tratasen de recoger haces copiosos de

indios, para llenar las trojes del Señor, y librar del abismo eterno de la condenación á millares de millares de almas que se pierden para siempre. Que no es acertado estarse siempre asidos á las sutilezas de las disputas metafísicas que las más veces consisten en distinciones inútiles de términos, fatigando toda la vida con controversias y porfías sobre la significación de las voces. Que se empleaban mal tan continuos trabajos de las escuelas, tantas noches sin sueño, tanto altercar con tesón y gritos; si la erudición adquirida á costa de trabajos tan crecidos, no se emplea en la salud de los prójimos y propagación de la fe. Y más si el fin solo fuese el aplauso y vanagloria, parando en conseguir el grado de magisterio y la pompa hinchada del lauro de las escuelas, tirando á solo el descanso y el odio perezoso y estéril.» Aseguraba con palabras llenas de energía santa: «Que si no fuera mujer había de ser su primer cuidado, en acabando de cursar en los estudios, darse toda á las misiones y predicación del Evangelio, deseando ir á las provincias más feroces, bestiales y que se sustentan de carne humana; sólo para acudir con salud y remedio á los indios, á costa de su sangre y sudores, y á fuerza de la predicación y del catecismo.»

El grande afecto de compasión por la salud de los infieles, que sentía Rosa en sí misma, no la dejaba sosegar un punto. Con el fin de apagar en parte la sed de la salvación de las almas, en que se abrasaba, ideó, ya que por sí misma no podía dedicarse á la conversión de los idólatras, buscar un niño huérfano, pobre y sin amparo humano, educarle como á hijo, dándole escuela y estudio, y criándole con buenas costumbres, valiéndose para esto de limosnas de piadosas matronas. Era también su intento irle inclinando poco á poco desde la niñez, y plantar en su pecho vivos deseos de la misión evangélica, que fuesen con la edad creciendo; cuidando mucho de irle habilitando con virtud y santas enseñanzas; hasta que llegando á ser de más edad

se ordenase de sacerdote y se le pudiese fiar la conversión de los gentiles. Había propuesto Rosa pedir á su ahijado en premio de los alimentos con que le había asistido y del amor de madre con que le había criado; que emprendiese el viaje y se emplease todo en instruir á los gentiles, que ignoraban la verdadera ley; levantando trofeos de salud y redención en medio de naciones bárbaras; y que librase de las prisiones del demonio á las más almas que le fuese posible. Con este suplemento pensaba Rosa satisfacer de algún modo al generoso ardor y a la sed que la fatigaba de la salud de los prójimos; que excedía sin duda la posibilidad y condición de una mujer.

No fué menos fervoroso el celo que tenía en orden á la salvación de los cristianos perdidos y distraídos. Si llegaba á su noticia que por alguna culpa mortal estaban en desgracia de su Dios, ó que estaban enredados en la ocasión de algún vicio capital; por estos, verdaderamente infelices y miserables, tomaba cada día una rigurosa disciplina de sangre. Gemía y suspiraba en el acatamiento de la divinidad ofendida. No perdonaba gasto alguno de lágrimas, por grande que fuese, á trueque de alcanzarles de Dios verdadera penitencia y enmienda en su perdida vida. Decía que si le fuera lícito predicar al pueblo, cubriéndose de un áspero cilicio, desnudando los pies, desgredado el cabello, de día y de noche por las plazas y las calles de Lima había de llevar en la mano un Crucifijo y con voz lúgubre y esforzada había de dar gritos en todas partes diciendo: «Arrepentios, ¡oh pecadores! arrepentios, apartaos de los caminos perversos que seguís ciegos, por donde el demonio os guía para despedazaros, como llevan las insensatas ovejas al matadero. Huid, torced los pasos y desviaos del precipicio, donde para siempre se deslizan las almas. Mirad que solo hay un momento de vida, y muy incierto y fugitivo el que estáis distantes del infierno. Conoced ya el peligro en que voluntariamente os habéis metido. Tened misericordia de vuestras al-

mas, ovejas perdidas á quien el buen pastor busca para salvaros, entrándose por las espinas y los abrojos, á costa de sudores, de sangre, de cruz y heridas. ¡Oh hombres! daos prisa á volver donde os llama el Redentor propicio y ganoso de perdonaros. A quien, si menospreciáis ahora, no hallaréis después remedio, porque no le tiene el infierno.» Esto decía muchas veces la piadosa virgen, con tan claras señales del incendio de caridad que ardía en su pecho, con tan inflamados afectos de corazón, que no pocas veces movió á compunción y lágrimas á los que la oían. No parecía que era conversación familiar, sino que había resucitado Jonás y que predicaba penitencia en medio de Nínive.

Estaba en cierta ocasión oyéndola el P. Fr. Antonio Rodríguez, predicador general, no sólo en el nombre, sino también en los hechos y en el espíritu. Volvió á éste el rostro la virgen con no menos fervor que confianza, animada por la modestia y la caridad, y le habló en esta forma: «Advierte ¡oh padre! que la divina clemencia dispuso que fueses predicador para que reduzcas á vida ajustada á los pecadores obstinados y perdidos. Y así teme y guárdate de consumir inútilmente el rico talento que te han fiado, en florecillas plausibles de conceptos, que llama el mundo sutiles. Huye los rizos y plumajes de vanas agudezas. Da de mano al decir hinchado, culto y pulido, propio de la farsa y de los teatros. Ten muy en la memoria que el Señor te ha hecho pescador de hombres. Suelta, y extiende anchurosamente las redes, para coger pecadores. Empléate en esto, yo te lo ruego. Pon en esto únicamente todo el estudio y todo el conato y atiende solamente á librar las almas estragadas, de los raudales en que se van á pique. Pon la mira como buen piloto en desviar los naufragos navegantes de los profundos vagíos y escollos del mar tempestuoso de esta vida, sacándoles al seguro puerto de verdadera y saludable penitencia.»

Sucedió cuando Rosa habitaba en casa de su madre,

que un mancebo, más noble en sangre que en buenas costumbres, era su nombre D. Vicente Montesinos de Vanegas, acertó á tener su posada en la plaza, no lejos de la casa de Rosa. Este, admirado de la peregrina belleza de nuestra virgen y juntamente cierto, que no había que tratar con ella de casamiento, buscaba ocasiones para verla y apacentar más libremente los ojos en su hermosura recatada y honesta. Determinóse á entrar en casa de su madre con pretexto de hacer unos curiosos cuellos de Holanda, de que dijo necesitaba; y que él gustaría que los hiciese Rosa, pues en esta labor se ocupaba para sustentar á sus padres, como era notorio. Estaba la virgen sentada aparte con otras doncellas, atenta sólo á su trabajo. Hízola señas su madre que atendiese á lo que decía aquel caballero y concertase la obra. El mancebo entonces, tomando asiento más cercano á Rosa, como su madre lo disponía, preguntóla por su salud con toda urbanidad; dijole como venía á encomendar alguna cantidad de cuellos. Preguntó cuánta Holanda de la mejor que se hallase en Lima se necesitaría para cada uno, á cómo vendían los mercaderes cada vara, dónde se podría comprar con más comodidad, cuánto tiempo se detendría en darlos por acabados.

Descubrió el cielo á Rosa el intento secreto que llevaba en su corazón D. Vicente, y comenzó luego á apiadarse de su alma miserable, que al parecer de Rosa despedía olor pestilente y hediondez intolerable, por estar allí estancados deseos impuros, propios de la juventud libre y deshonesta. Levantando al cielo los ojos con un gran suspiro: «¡Oh buen Jesús, dijo, oh qué largo y detenido eres, Señor, en tu paciencia! Y tú ¡oh noble mancebo! perdóname y permite que halle lugar en tus oídos la verdad que he de decirte. «Otros pensamientos muy distintos de lo que aquí has propuesto son los que trata tu corazón. ¿Quieres que te signifique ingenuamente el motivo con que has venido á esta casa? Mas no quiero afrentarte y me lastima el mucho

empacho que te ha de costar si hablo claro. Obras como mozo, y dame gran dolor el modo desacertado de tu vida. Duélate á tí también y trata de enmendarla. Todo lo que no es servir á Dios y vivir ajustado, es manifiesto engaño; quita la vida al alma cuanto lisongea el apetito desenfrenado. Conoce tu peligro, D. Vicente, corrige el ánimo, distraído en andar á caza de gustos vanos y deleites caducos. Aprende á vivir de aquí adelante con más cautela y reducirte á seguir las estrechas sendas de los mandatos divinos, si no quieres perecer en la flor de tu juventud lozana. Ves aquí que por más que quieras ocultar tus depravados intentos, no se esconde á mi divino Esposo tu intención torcida.» Herido D. Vicente con la fuerza del sermón, que tan de improviso le hizo la virgen Rosa, bajó los ojos, cayósele el cielo encima, cubriósele la cara de vergüenza y volviéndose á mirar por dentro, enmudeció por buen espacio de tiempo. Finalmente, ya otro de lo que poco antes era, animándose algún tanto, dijo así: «¿Quién eres, mujer peregrina, ó milagro de mujeres? Siento que habla por tus labios el espíritu de Cristo, pues él solo pudo descubrirte mi conciencia y darte luces para penetrar en lo más íntimo de mi corazón depravado con lascivos deseos. Yo me rindo á tu exhortación piadosa, no me resisto á las palabras abrasadas que he merecido oírte. Seguiré de aquí adelante la voz de Dios, que llama á lo más acertado. Tú te has de empeñar en aplacarle, pues le tengo tan ofendido; para que lleve adelante la mudanza de vida que hoy ha comenzado en mí.» Prometió la virgen asistirle con oraciones y despidióle con cortesía, agrado y buenas palabras. El, de allí adelante, dando de mano á las mocedades, trató de hacer vida ejemplar y reformada, confesando y comulgando á lo menos cada ocho días, alegre de haber caído en las manos de Rosa, que por revelación divina había reconocido el estado infeliz de su alma y muy á tiempo había sabido, cuando menos lo esperaba, herirle el corazón con saludables estímulos del temor divino.

Si alguna persona manchada con algún vicio llegaba á tratar con Rosa, y no se hallaba mejorada, se tenía por singular prodigio. María de la Mesta, mujer de Medoro Angelino, pintor, era intolerable casi á sí misma; tales eran su impaciencia y su cólera. Todo lo contradecía, todo le daba en rostro, á todo levantaba el grito. Cualquier cosa, aunque fuese insignificante, alborotaba su ánimo; amenazaba con voces turbadas y clamores desentonados toda la casa. Alguna vez volvía sobre sí, y la pesaba de ser tan insufrible; pero era esto después de desahogar la tormenta de su colera. Entonces condenaba el no poder contenerse, ni refrenar su condición indómita; pero no bastaba para enmendarse; porque la complexión fácil en montar en ira y la costumbre de muchos años, había ya hecho callos para no sentir la fealdad intolerable de su mal modo. No se sabe si aconsejada de otros, ó por acaso visitó una vez á Rosa, cuando estaba en la celdilla del jardín de su casa. No dejó pasar la ocasión la virgen; y así comenzó luego á tratar con gravedad y con veras de lo que importa tener el ánimo pacífico y sosegado. Dictó breves reglas para conseguir la virtud de la mansedumbre. Dióle consejos acertados para acostumbrarse á la paciencia y sufrimiento; y después de bien instruída la despidió. ¡Cosa maravillosa! Aquella mujer desde aquel día, como si fuera otra, se volvió pacífica y reservada. Toleraba ya con quietísimo corazón las molestias y enfados cotidianos de la casa, que antes como abrojos la punzaban y descomponían. Y si de repente con ímpetu se le encendía la cólera, con sólo acordarse de la mansa condición de Rosa, se aplacaba, y con facilidad reprimía la pasión y enojo. En breve tiempo aprovechó tanto en el ejercicio de la paciencia, que ya voluntariamente pedía á Dios más y más adversidades y trabajos. Es cosa digna de admiración, que siendo Rosa sumamente encogida y callada, solo el celo de las almas la hacía elocuente. Y jamás le faltó abundancia de lenguaje para persuadir eficaz-

simamente el partido de la virtud y la huida de los vicios.

Para concluir este capítulo, refiriremos el prodigio siguiente. Al P. Fr. Pedro de Loaisa, que estaba bien enterado del celo y caridad ardiente de Rosa, en orden á la salud de las almas, cuya salvación peligraba, habíanle dado cuenta que cierto Religioso de su misma Orden, desahuciado desde el día antes de los médicos, estaba agonizando y con grande miedo y cobardía luchaba con los últimos accidentes. Decían también que atormentaban al enfermo graves escrúpulos; que le afligía mucho, no tanto el miedo de la muerte, que estaba tan vecina, como el incierto lance de salvarse, y viéndose en aquella hora muy vacío de méritos, temblaba y trasudaba, acordándose de la severidad del Juez que dentro de poco tiempo había de tomarle estrecha cuenta de su vida y obras; y que se podía temer prudentemente que el demasiado miedo no le redujese al último riesgo, dando al través con su esperanza. Herian estas cosas profundamente el corazón compasivo de la virgen, en quien hallaba fácilmente entrada la conmiseración de los peligros ajenos en materia tan importante. Y sin más detenerse encargó al P. Fr. Pedro que fuese al punto á visitar al enfermo, y le dijese de su parte: «Que confiase mucho de la divina misericordia de tan benigno Señor, y que ella haría muy especial oración porque Dios le diese felicísima muerte; y que desde luego ofrecía del corto caudal de sus ejercicios piadosos cuanto quisiese para llenar el vacío de buenas obras que echaba de menos: que se valiese de todo si fuese necesario y que entendiese, que si Rosa había hecho alguna obra muy agradable á Dios, en todo el discurso de su vida, liberalmente la cedía para que la apropiase á sí, como si él la hubiera ejecutado y la presentase en el acatamiento del supremo Juez como suya propia, porque ella le hacía donación de todo. Y que entretanto dejase de sentir baja y apocadamente de la liberalidad magnífica del Señor. Y para que fuese más cumpl-

do el consuelo del moribundo, añadiese, que si Dios fuese servido de ello, ella quería que después de muerto pudiese venir á reconvenirla, para que si necesitaba de nuevos sufragios, sin dilación le ayude y le socorra.»

Refirió el P. Fr. Pedro al enfermo cuanto había dicho Rosa, y desvaneciéndose al instante el excesivo miedo, se abrió camino al gozo de más alegre esperanza. Aceptó el enfermo la magnífica largueza de Rosa, no ignorando cuanta riqueza escondía la dádiva y libre donación de tantos méritos. Esforzado con esto recibió devotamente los sacramentos, con gran confianza entregó en paz y tranquilidad el espíritu en manos de su Criador; habiendo pactado primero que visitaría á Rosa y al P. Fr. Pedro, si Dios le daba licencia después de muerto. No fatigaban pequeños cuidados, pasado algún tiempo, al P. Fr. Pedro, ignorando cuál sería la causa por qué el alma del difunto no se le aparecía como había prometido; pero quitóle todo el recelo la seguridad de Rosa, que le dijo se quietase, porque sabía que le iba bien al alma del difunto, que ya estaba gozando de eterna felicidad en la gloria, y que así no tenía necesidad de volver á pedir sufragios. Tal era la ayuda de costas con que la había enriquecido la liberalidad de Rosa cuando partió de este mundo. En cuya estimación nada había tan precioso que no lo expendiese gustosamente por la salud de las almas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
 ALERE FLAMMA VERITATIS
CAPÍTULO XXV

Rosa, aunque pobre, socorre con largueza á los prójimos con obras de misericordia corporales.

ADMÍRASE, y con razón cualquiera que lea la relación de los funerales y del entierro que se hicieron á Rosa, el que no faltaran en ellos el llanto y los gemidos de los pobres, que decían á voces «Que había faltado antes de tiempo la madre y el único socorro de los pobres.» ¿Qué pudo reparar con los menesterosos una hija de padres pobres, que apenas alcanzaba con el sudor de su rostro y trabajo de sus manos lo necesario para su forzoso alimento, y el de sus padres? Con todo eso se quitaba á sí para dar á los pobres con largueza; y acordándose de la visión referida en el Capítulo 12 en la que se comprometió el Esposo celestial á mantener á sus padres, ella con la licencia conveniente, abrió las manos para dar al necesitado, y extendió sus palmas para el alivio del pobre, dividiendo entre ellos las limosnas que solía recibir cuando menos pensaba.

Tuvo una vez noticia del gran aprieto y necesidad en que estaba cierta persona honrada. Y no hallando á mano otra cosa con que socorrerla, dióle la ración de ocho días, pasando con sólo pan y agua todo este tiem-

po. Otra vez trajo su padre á casa una pieza grande de tela curada y blanca, no se sabe si fué comprada por dinero ó dada de gracia, con que su esposa hiciese ropa blanca para la familia, que era bien copiosa. Ella, sabiendo que Rosa había menester gran parte del lienzo, dióla con secreto treinta y seis varas para que hiciese lienzos, velos, almohadas y otras cosas, como fuese su gusto. Rosa entonces admirada de que fuese tan copiosa la dádiva, ó por dar con más humildad las gracias á su madre, le dijo: «Toda esta cantidad de lienzo me dáis, señora?» Respondió ella: sí, hija, todo este lienzo te doy: usa de él á tu albedrío; haz de todo él lo que quisieres. Se cogió Rosa de esta última palabra, y sin detenerse más, ni reservar para sí un solo hilo, envió ocultamente todo aquel lienzo á dos nobilísimas doncellas pobrísimas y muy necesitadas, que sabía que dentro de sus paredes padecían necesidad extrema. Su madre, viendo que en todo pensaba la virgen menos en hacer para sí prendas de vestido, sospechando lo que sucedería, preguntó cuál era la causa, porque siendo aquella tela tan delgada, tan blanca y tan á propósito se defendía tanto en utilizarla para sí? Respondió la hija «Que ya estaba todo acomodado de suerte que no podía mejorarse. Antes entonces comenzó á estar blanco con toda perfección el lienzo, después que se dió de limosna.» Replicó entonces la madre: Yo mandaba que se emplease en servicio de tu persona, cuidando no te faltase lo necesario en tus enfermedades. Sonrióse la virgen y dijo: «Acaso no me diste expresamente licencia para que yo usase á mi gusto del lienzo? Usé de mi derecho, y no tengas miedo que me falte nada cuando esté enferma, que Dios proveerá con toda abundancia.» Así sucedió, pues yéndose á vivir después con Doña María de Usateguí, era tanta la piedad de la noble matrona, que no solo no le faltó á Rosa la ropa necesaria, sino que la tenía muy sobrada. De la admirable confianza que tenía en Dios la virgen, diremos muy en particular en el capítulo siguiente.

Tenia la madre de Rosa, entre otros vestidos, dos mantos de mucho precio, de los que dejó uno olvidado sobre una silla. Vióle Rosa, tomóle y dióle á una doncella pobre. Su madre, echando de menos su manto, después de haberle buscado y revuelto toda la casa sin fruto alguno, entró en sospechas vehementes, casi hasta llegar á juzgar temerariamente, que alguno de los vecinos había entrado á escondidas en su casa y le había tomado. La virgen solícita de que no se echase la culpa del hurto á los inocentes, dijo con gracia á su madre: «No te desvanezcas en culpar tu fortuna, ni andes haciendo juicios vagos, dudando si éste ó aquél llevó el manto. ¿Qué te afliges y atormentas? Vedme aquí, yo soy el ladrón doméstico, aunque no pienso he tenido culpa en el robo, porque te aseguro que has de sacar así más provecho que si le tuvieras muy doblado y muy guardado en el arca. Yo di este manto á Montoya, porque sabía que por no tenerle, ni podía ir á la iglesia, ni asistir á misa y sermón. A ti otro manto te queda nuevo y bien tratado, que antes que se rompa dará lugar á que la bondad divina disponga, no sólo de otro, sino de muchos que puedan servirte.» Sucedió así como lo había dicho la virgen, pues al poco tiempo llegó á su casa un hombre desconocido, preguntó por la madre de Rosa, y dándole cuarenta pesos de plata para comprar un manto, se despidió sin darse á conocer. Casi al mismo tiempo Doña María de Salas, sin que nadie la hubiese hablado, envió á un criado con una pieza de seda, bastante para hacer un manto muy cumplido. Finalmente una persona muy devota había ofrecido al convento de Predicadores de la ciudad de Lima otra pieza de tantas varas cuantas eran necesarias para hacer un manto, y se la dió el convento á la madre de Rosa. Con lo cual dentro de un corto espacio de tiempo recibió María de la Oliva en retorno de un manto, que su hija había dado de limosna á Montoya, tres mucho mejores. Y comenzó á desengañarse que era lo mejor dar crédito á

los vaticinios de Rosa, y fiar de la providencia liberal del supremo Señor.

Fuera de la ciudad de Lima y en sus arrabales vivía Doña Juana de Bobadilla y Azevedo, doncella ilustremente emparentada, pero huérfana; más rica en virtudes que en hacienda, y que pasaba necesidad apretada. A esto se añadía, para aumento de su aflicción, un cáncer contagioso debajo del pecho; que se aumentaba más cada día, de modo que si no se curaba con cuidado y presteza la pondría en términos de perder la vida. Doña Juana ahogada con estas pesadumbres, sin saber qué hacerse, y tan falta de consejo como de valor y aliento en tal peligro, no sabía prevenir un riesgo, sin entrar en otro mayor. Porque habitando lejos de la ciudad y pasado el río, término que no estaba poblado como ahora, por no tener entonces tanta extensión la ciudad de Lima, como al presente, era imposible que pudiesen cada día visitarla los médicos y cirujanos. Venirse á la ciudad y alquilar casa donde curarse por espacio de seis meses, que eran necesarios para ello, siendo forastera y sin caudal bastante para el mucho gasto que esta resolución pedía, era imposible. No faltó quien le ofreciese su casa; pero no quiso fiarse la doncella recatada, de quien no conocía. Estando Rosa en oración en el convento de Santo Domingo, tuvo noticia de todo el caso. Y entendiendo luego que se reservaba á su piedad el consuelo de persona tan sola y tan sin remedio, al punto se le ofreció el socorrerla. Fuése muy de secreto á la posada de Doña Juana, dijole que no tuviese pena, que en su misma casa había una pieza desocupada y que se alquilaba, que se viesse con su madre y la concertase por meses, por ser muy á propósito para ponerse allí en cura. Que no reparase en el precio, porque á su cargo quedaba buscar el pago del alquiler. Siguió Doña Juana el consejo y con alegría, aunque no sin algo de empacho, agradeció á la virgen el beneficio que la hacía. Rosa estaba muy contenta por haber hallado tan á la mano una ocasión semejante, en que po-

día emplearse toda su piedad sin que nadie lo entendiese. Y así fiando de la misericordia divina y de su providencia jamás le faltó dinero para que Doña Juana pagase la casa, poniendo sólo por condición cuando se lo entregaba que guardase silencio. Pasados cuatro ó cinco meses convaleció Doña Juana, pudo volverse con salud á su casa, pesarosa de no poder agradecer públicamente á su huésped los beneficios que había recibido. Después de la muerte de Rosa, libre de la obligación del secreto, publicó todo el caso.

No había cosa que tanto gusto diese á la virgen mientras vivió en casa de su madre, como tener todo género de personas pobres y enfermas para servir las en las dolencias con sus mismas manos. A quienes no sólo acudía dándoles aposento y cama, sino también procuraba comprar los medicamentos con que habían de curarse. Si sabía que en casa de los vecinos, ó en otra conocida, había algún esclavo enfermo menos asistido de lo que era necesario, luego se ofrecía á servirle, pidiendo que le dejaran á su cuidado, y suplicaba á su madre con instantes ruegos, permitiese que le trajesen á casa para que se le acudiese con más vigilancia. Rehusábalo algunas veces su madre, juzgando que, pues su hija enfermaba frecuentemente y rara vez estaba sin achaque, era razón que comenzara á ejecutar las obras de caridad por sí misma y á mirar primero por su salud que por la ajena. Con todo esto por no contristar el piadoso corazón de Rosa, la permitía lo que deseaba; aunque no todo sino algo de lo que podía sufrir la corta posibilidad de su casa y caudales.

Conseguida esta limitada licencia, al primer mendigo que encontraba enfermo le convidaba con su casa, limpiábale las canceradas llagas, rociábale, ponía los parches y los unguentos, lavábale la ropa, remendaba los vestidos, lavaba también los pies y la cabeza, aunque estuviese con postillas, sin faltar á ningún ministerio que pudiese ser de alivio á su hambre y sed ó enfermedad. No hacía diferencia de naciones ni origen;

con mirarse tanto esto en aquellas regiones. Igualmente y sin distinciones servía á las españolas, indias, negras y mulatas, siendo pobres; y con igual conmiseración atendía á las criadas de casa, á las extrañas, á las que servían, á las conocidas y á las que no había visto en su vida, á las rústicas y á las ciudadanas. Sólo pesaba más para su cuidado la más menesterosa y más necesitada. Entre éstas ninguna había tan mal vestida y tan asquerosa, ninguna tan llagada ni tan horrible en el aspecto ó tan intolerable por el mal olor, de quien pudiese desdeñarse Rosa ó apartarse de atenderla según su necesidad lo exigiese.

Con esta ambición santa visitaba el hospital de las mujeres enfermas, cuando hallaba honesta compañía que quisiese ir con ella. Y buscaba por las salas á las más llagadas; á éstas con admirable alegría hacía la cama, componía la ropa, guisaba la comida y se la daba, y no había ministerio por vil que fuese y por humilde que no lo ejecutase, para mayor alivio de las enfermas.

Aconteció cierto día que volvió Rosa á su casa, después de haber asistido y cuidado á una pobre mujer muy enferma. Su madre sintió luego que los vestidos de la virgen oían á materias podridas. Miró con curiosidad la ropa, y halló que se le habían pegado algunas gotas de podre que, acaso al curar á la doliente, habían saltado de las llagas, sin que ella lo advirtiese. Indignada y haciendo muchos ascos de su hija, dijo: ¿Hasta dónde ha de llegar tu desaliño? no vestiste el hábito blanco para ensuciarle con suciedades ajenas, ni te pusimos el nombre de Rosa, para que traigas esta hediondez asquerosa. Cuando, siendo más niña, quería yo que pusieses guantes de ámbar, lo contradijiste con todo ahinco; ahora que eres ya mujer, sino gustas de oler á almizcle, al menos no nos des con el mal olor de la podre ajena. Recibió esta reprensión la virgen con modestia y respondió: «Cuando servimos á los enfermos, somos buen olor de Cristo: no es delicada la cari-

dad, ni tiene fastidio de las llagas canceradas de los prójimos, acordándose que todos fuimos formados del mismo lodo y cieno. Y que habiendo heredado la mortalidad de nuestros primeros padres, es propia cosecha nuestra la podre y los gusanos; pues no hay quien no traiga consigo la causa de su corrupción. Y así no hagas caso, madre mía, de que se manchase la saya con las materias de la enferma, sin que yo lo advirtiese. Más feamente mancillaron el rostro de mi Redentor por nuestras culpas, las salivas y esputos asquerosos de los crueles sayones.»

Justo es recordar, ya que lo pide el asunto, otra acción heroica de Rosa, digna de ponderación, que no es justo pasar en silencio, ni es fácil de imitar. Estaba enferma en la cama con recias y peligrosas fiebres una criada de Doña Isabel de Mejía, viuda. Había tomado á su cargo Rosa, con permiso de su madre, asistir á la enferma, por estar en casa conocida, donde sus padres trataban familiarmente. Sangraron á la doliente por orden del médico, quien mandó guardasen la sangre para reconocer los humores que predominaban. Tardó en volver á hacer otra visita más de dos días. Y en este interin la sangre que al salir de las venas estaba podrida, se corrompió mucho más. Al verla Rosa sintió dentro de sí cierta repugnancia natural y advirtió que al mirarla la venían ganas de arrojar la poca comida que tenía en el estómago. Indignada contra sí misma, habiendo cogido el vaso en que estaba la sangre, retirada á un rincón se dijo á sí misma: «Es posible que este sea el aprovechamiento que has sacado de haber cursado tanto tiempo en las escuelas de la caridad, que se debe tener con los prójimos? ¿Viene á parar ésta en hacer melindres y tener grandes ascos y vascas, viendo la enfermedad de los miserables? Esto es lo que te ha enseñado tu seráfica Maestra? Y hasta ahora no has aprendido á conocer que eres mucho más vil y más podrida que toda esta podre? Ven, ven delicada, ven melindrosa: experimenta ahora con más acuerdo, aprende entera-

mente si es justo y decente tener tanto fastidio de la miserable enferma, cuya es esta sangre, que en todo es igual tuya, y resplandece en ella como en tí la imagen de tu Criador.» Diciendo esto con santa ira se echó á pechos toda aquella sangre sin dejar una sola gota. Limpióse luego con un paño la boca, porque nadie conociese el suceso. No llegó esta acción generosa, admirable y rara, á la noticia de su madre; aunque no se escondió á Doña Isabel, la que hallando por casualidad el paño con que la virgen se había limpiado la boca, disponiéndolo así Dios admirablemente, le guardó como reliquia, en memoria de acción tan prodigiosa. De aquí adelante nadie podrá dudar que nuestra Rosa fué legítima discípula de Santa Catalina de Sena.

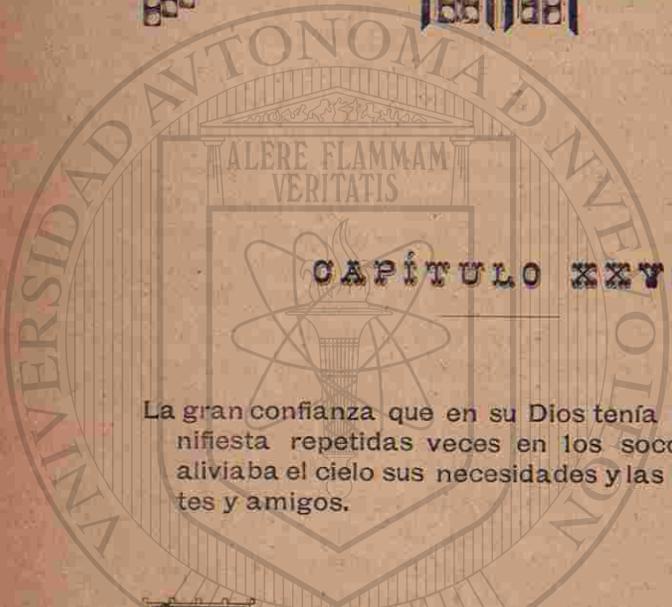
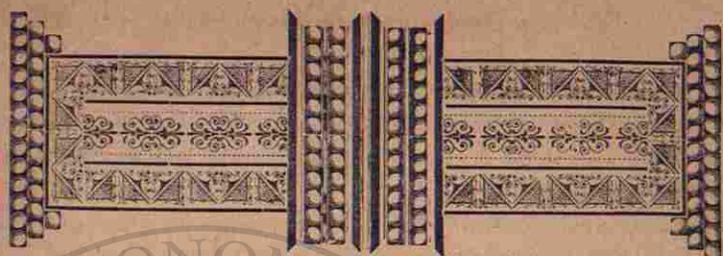
Con lo referido se hará más creíble lo que se sigue. Era íntimo y familiar amigo del contador D. Gonzalo, ya por la comunicación del oficio, ya por su virtud y mucho trato, Juan de Tineo y Almansa, arquitecto mayor de la cámara y guarda mayor del tribunal de Quito, varón venerable por su mucha religión y piedad. Este, como frecuentaba mucho la casa del contador, había visto allí á Rosa con ocasión de los negocios que se le ofrecían. Y como había oído cosas maravillosas de su santidad y singular estilo de vida, había formado alto juicio de la virgen, como era justo; y más sabiendo que por sus oraciones había escapado el contador de gravísimas enfermedades. Sucedió enfermar Juan de Tineo de un recio dolor de estómago con peligro de la vida, tanto que le pareció necesario estando en tanto riesgo llamar al confesor para disponer su alma, y purificarla para el último trance. En tal aprieto, se acordó de las piadosas entrañas de la virgen, con que, como él sabía muy bien, acudía á los enfermos. Con muchos ruegos consiguió por medio de la mujer del contador, que trajese á Rosa y la empeñase en encomendarle á Dios con veras, para que le librase de tamaño riesgo. Vencióla Doña María de Usateguí, viniendo en ello el confesor. Y al fin dió palabra Rosa de ir en su compa-

ña á visitar al enfermo; era un obstáculo para esto la honestidad de la virgen, á quien se le hacía muy duro el visitar hombres, aunque fuesen muy conocidos y aunque estuviesen enfermos. Prevalció en este caso la eompasión, la que no sabía negar el consuelo á los afligidos y enfermos. También le hacía mucha fuerza la obediencia rendida que Rosa tenía á la mujer del contador, como si fuera su madre. Asegurada, pues, con estas razones, se puso en camino asistida de Doña María, matrona honestísima, y de otras criadas que seguían á las dos; entrando primero á oír misa en la iglesia de Santo Domingo, enviando á decir al enfermo que en oyendo misa estaría en su casa con la mujer del contador. Al mismo punto que el enfermo recibió el recado, se sintió aliviado de sus dolores. Llegó al fin Rosa á su casa, entró en la pieza donde estaba el enfermo, le saludó con palabras tan llenas de compasión y misericordia, que ninguno de los circunstantes pudo poner en duda que hablaba Dios, Autor de toda consolación, por la boca de la virgen. Pero en especial el doliente advirtió que mostraba Rosa en el rostro una gravedad y majestad más bien que humana, angélica: divisa de paz y viva esperanza de mejorar de su achaque. Y fué así, pues sin tardanza alguna se desvaneció el dolor de estómago, quedóse el enfermo dormido en apacible sueño, que habia huído de sus ojos por mucho tiempo. Con esto volviéndose la virgen á su casa, y dejándole profundamente dormido; al fin despertó el enfermo sano y libre de su dolencia. Usó el cielo de tan compendioso remedio, para que así la virgen ni faltase á la misericordia y consuelo del enfermo, ni se detuviese mucho tiempo en casas ajenas, dejando su acostumbrado retiro. No se detuvo Rosa, apresuró la vuelta, temiendo no creciese el aplauso y vanagloria humana, que era el enemigo que más temía.

Otros muchos milagros de este género se reservan para otro tiempo y lugar. Aquí, donde solo tratamos de la gran misericordia de Rosa, sólo un caso no se pue-

de pasar por alto, que fué gracioso y será de gusto á los que leyeren. No se limitó la clemencia y tierna conmiseración de Rosa á los de su especie, se extendió hasta los brutos animales; verificándose lo que dijo Salomón en el cap. 12 de los Proverbios: «El justo aun no se olvida de las almas de los brutos: mas las entrañas de los pecadores son crueles.» En el gallinero de la madre de la virgen había entre otros, un pollo de hermosura admirable, al que por ser tal, la madre de Rosa, le alimentaba con más cuidado que á los otros, por lo mismo que quería dejarle para casta; porque esperaba que la cría había de ser semejante á él. Fué creciendo el polluelo, pero tan perezoso y lerdo, que casi siempre se estaba reposando en el suelo y casi nunca se levantaba en pies; porque le embarazaba el estar muy gordo. A esto se añadía que nunca le oyeron cantar. Cansada de esperar las gracias del polluelo la madre de Rosa, y creyendo que en vano se esperaba casta de un animal tan torpe y flojo, dióle la sentencia de muerte, determinándose á degollarle y sacarle á la mesa el día siguiente para regalar á su marido é hijos. Hallóse presente á la sentencia Rosa, que era de poca edad entonces, y compadecida del polluelo, volviéndose al ave con sencillez inocente y propia de su edad, le dijo: «Canta pollito, canta, si no quieres morir.» Apenas acabó de pronunciar estas breves palabras, cuando se levantó en pie el pollo y sacudiendo con brío y alegría las alas, comenzó á entonar su canto, después á pasear la pieza con graves y entonados pasos, muy á gusto de Rosa, y erguido el cuello, llenó de estruendo la casa, repitiendo muchas veces con voz robusta el cacareo. Causó risa á cuantos le miraban; y revocado el decreto de muerte, aplaudió el pollo cantando á los que le aplaudían.





CAPÍTULO XXVI

La gran confianza que en su Dios tenía Rosa, se manifiesta repetidas veces en los socorros con que aliviaba el cielo sus necesidades y las de sus parientes y amigos.

DESDE sus primeros años comenzó Jesucristo á preparar el alma de su esposa con bendiciones de suavidad y dulzura, enseñándola á poner toda la confianza en los auxilios del Altísimo. De aquí el que durante todo el resto de su vida fuera tan grande la seguridad que tenía; entendiendo que Dios la había admitido bajo su protección y amparo. De aquí venía el tener tanta afición y sentir tanta dulzura con la primera cláusula del Salmo 69, donde dice David: «Dios y Señor mío, dignese vuestra grandeza de socorrerme en todos mis aprietos, dándose prisa en ayudarme en los peligros.» Este verso casi nunca se le caía de la boca. Este cantaba suavísimamente en tono bajo mientras hacía labor ó se ocupaba en el trabajo de manos. Este repetía devotísimamente cuando

estaba sentada ó en pie ó cuando se paseaba; y no se veía harta de decirle una y muchas veces; especialmente después que llegó á su noticia que este mismo verso formaba las delicias de su maestra Santa Catalina, y que usaba decirle frecuentemente. Rogaba á los que entendían latín y tenían inteligencia de las sagradas letras, que le declarasen docta y profundamente el énfasis que tenían las palabras latinas de este breve verso; pero nunca pudo hallar maestro que se le explicase mejor que ella lo entendía; ó que le diese á sentir ya con experiencia ya con argumentos la oculta dulzura que se encierra en este panal dulcísimo. Preguntándola una vez cuál era la razón por qué le cayó más en gracia que otro alguno de los millares que contiene el Salterio, respondió que le agradaba tanto: ya porque en él había hallado todo consuelo su seráfica Madre, ya también porque todas las sílabas de este verso estaban llenas de secreto fuego de familiar confianza en Dios, y que no podía ocurrirle otro alguno, que más sabrosamente ni con palabras más propias satisficiera el gusto y el paladar de su alma.

La certeza, nacida de la confianza, que el cielo la infundía, no dejaba duda en la virgen en orden á conseguir tres cosas: la bienaventuranza eterna, la amistad continuada con Dios, sin que se interrumpiera por el pecado mortal ó culpa grave; y finalmente que Dios la había de socorrer en cualquiera necesidad ó peligro repentino que se le ofreciese. Iremos explicando en particular cada cosa.

Buscaba ocasión la piedad celestial del divino Esposo para asegurar á la virgen la gracia singularísima que la concedería, de la felicidad eterna. A este fin permitió que una vez le sobresaltase algo el temor del secreto de su predestinación, que es una consideración terrible para todas las almas temerosas. Angustiábase la inocente Rosa, considerando que podía suceder que pereciera para siempre. Cegábase con las tinieblas del inmenso abismo de los juicios ocultos de Dios, que se

le ponían delante. No tardó el Señor en socorrerla muy á tiempo, recreando el corazón afligido y abatido de su esposa, hablándola con ternura y agrado y diciéndola: «Hija, yo á nadie condeno, sino á los que voluntariamente quieren condenarse. Y así de hoy en adelante vive quieta y segura.» Es indecible cuán sólida é invicta fué la confianza que imprimieron estas pocas palabras en el corazón de la virgen; porque por el modo de pronunciarlas entendió que se le significaba más que con ellas mismas. Y de allí adelante no permitió el Esposo que fluctuase con dudas, la que estaba fija con el áncora de la esperanza cierta de su salvación eterna.

El Doctor Juan del Castillo alguna vez, entre otras cosas, preguntó á la virgen, si por revelación divina tenía noticia segura de que estaba predestinada. Como estaba poco versada en los términos de escuela, detúvose, no alcanzando la significación de esta palabra, predestinación, que es escolástica, ni su etimología, ni había oído más que por ella se significaba un misterio impenetrable, que no debían escudriñar temerariamente los mortales. En vista de esto respondió temerosa diciendo: que no había tenido noticia de tan alto y sutil misterio. Mas después que el que la examinaba, como prudente explicó más claramente la pregunta, usando de rodeos y perífrasis convenientes para darse á entender, no pudo ya Rosa ni era justo negar la verdad. Y así dijo que: «muy con tiempo por soberana ilustración había entendido que Dios *ab æterno*, la tenía elegida para la gloria celestial; y que por beneficio admirable de la divina largueza estaba tan firme en esto y tan certificada, que no le quedaba más que desear, ni le parecía había necesidad de más clara revelación.»

Hizo constar esto mismo la virgen en su última enfermedad. Estando entonces tan cierta de que había de ser felicísimo el tránsito de esta vida; que llegó á conocer, que ni un breve espacio de tiempo había de detenerse en el purgatorio; y diciendo uno de los que se hallaron presentes que esta era gracia singularísima

concedida á pocos, y que era no pequeña dicha la de aquellas almas que partían de este mundo sin temor de que purificasen en el otro las llamas del purgatorio la escoria que en esta vida se había mezclado con las obras virtuosa; y que este era todo su deseo, gozar de esta buena suerte, aunque algo penosa; la virgen oyendo esto, cobrando nuevos bríos, como le daba tanta alegría interior la confianza cierta que en ella reinaba, respondió animosamente: «¿Qué viene á importar todo eso, si yo tengo un Esposo que puede hacer mercedes grandes y raras; de quien no es razón esperar menguados favores ó medianos beneficios con pusilanimidad y corta confianza?» Por lo cual esperaba alegre la muerte, mirándola como á portero que la abría las puertas del Paraíso. Vióse esto en que cuando declararon los médicos, que estaba la naturaleza del todo rendida y que no podía escapar de aquella enfermedad, y que se dispusiese para el último día, respondió con grandísimo despejo, sin miedo y sin turbación: «Que se alegraba mucho con tan venturosa y agradable nueva; que se admiraba mucho de que no se lo hubiesen dicho mucho antes, por temor de contristarla, siendo así que esto era lo que más ella deseaba.»

Más digno de memoria es el prodigio que aseguró á Rosa de su salvación, cuando habitaba la retirada celda de su huerto. Estaba suspensa en oración y de repente se vió rodeada de muchas rosas, esparcidas por el suelo. Admirándose, sin saber por donde tan repentinamente se había convertido aquel sitio en una primavera florida, se apareció el Niño Jesús en los brazos de su Madre purísima, y llamando amorosamente á Rosa, la mandó que recogiese en la falda de la vasquiña todas aquellas flores. Cogió la virgen las que pudo, hasta llenar la falda, y ofreciólas todas al divino Niño. El entonces pidió que le diese solo una; recibióla con agrado y dijo: «Esta rosa eres tú, de esta se encarga mi providencia para mirar por ella con especial cuidado; tú podrás disponer de todas esas otras como te dictare el

gusto y mejor te pareciere.» Entendió la prudente virgen á qué se ordenaban palabras tan preciosas y tan favorables del delicado y tierno Esposo. Gozábase su espíritu viéndose en tan alto lugar, como era la diestra del Salvador, donde se hallaba como rosa escogida. Acordábase de lo que este Señor dijo por San Juan en el capítulo 10: «Las almas que yo guardo en mi mano nadie podrá quitármelas, y yo les doy la vida eterna.» Llevada Rosa entonces del raudal de gozos que la inundaban, no sabía de sí, ni cuidaba de preguntar lo que había de hacer de las otras rosas. Sólo se le ofreció tejer una guirnalda, que con toda reverencia puso en la cabeza del divino Infante, el cual volviéndose á su Madre, y riéndose con ella suavísimamente, desapareció luego. Sospechó después la virgen, que por las rosas que había visto esparcidas por la tierra, eran significadas las doncellas, que por entonces vivían en Lima y que después habían de recogerse en el nuevo monasterio de Santa Catalina, que había de edificarse; para que atadas con el vínculo de la profesión, formasen una vistosa guirnalda que coronase al Esposo de las vírgenes, sirviéndole con castidad y pureza; para recibir después de su liberal mano la corona de gloria, de honor y bienaventuranza. Así sucedió; pero no hasta que murió Rosa, como diremos después en el capítulo siguiente.

Igual era el consuelo de que gozaba nuestra Rosa, por estar cierta de que se hallaba en gracia de Dios y en amistad suya. Fuera de las horrendas tinieblas que padeció por espacio de quince años, como ya se dijo en el capítulo 14, después de las que al volver otra vez al estado de unión con su Esposo, se hallaba confirmada con nuevas luces en sus favores, la prometió el Señor muchas veces que no había de permitir que cayese un punto de su amistad y gracia. Uno de los confesores de la virgen quedó pasmado oyendo que gozaba don tan inestimable. Era este el P. Fr. Pedro de Loaisa, de la Orden de Predicadores, que deseaba saber con expe-

riencia más cierta, hasta donde llegaba la firmeza que la virgen tenía en esta confianza. Confesándola un día, y tomando ocasión de una imperfección de poco momento, comenzó á atemorizarla diciendo que era una cosa muy dudosa y digna de mayor examen y averiguación más solícita, pensando saber por este modo lo que obraba en Rosa este imprevisto sobresalto. Admirábase la virgen del lenguaje tan duro y desusado del confesor y de la acritud con que consuraba la acción que le confesaba. Le dejó decir cuanto quiso, sin irle á la mano en nada; pero al fin estando muy cierta que no había violado la amistad divina, vino en conocimiento de los intentos á que se enderezaba la industria oculta con que el confesor exploraba su espíritu y averiguaba los quilates de su confianza, Y así pidiéndole licencia con modestia y rendimiento, comenzó á decirle: «No puedo negar que es justo y saludable el consejo, y que es bueno obrar siempre con temores en lo que toca á la salvación del alma; y quiera Dios que yo acierte á obrar en esta parte como estoy obligada; pecadora soy, yo lo confieso, y para que no lo pueda negar, permitió Dios que llegase al estado miserable en que me veo, habiendo cometido esta culpa. Mas con todo esto, es tanta la benignidad de mi Esposo, que siento dentro de mí tan ciertas é inefables prendas de que no se ha interrumpido hasta ahora su gracia, que me parece que será más fácil persuadirme que soy un mármol ó una estatua de paja, que no que mi dulce dueño, ofendido de culpas graves ha hecho divorcio conmigo ó se ha retirado de mi alma. Padre mío, antes se juntará el cielo con la tierra que nadie me persuada ó haga creer que he caído en culpa mortal, porque sé muy bien las promesas, que aunque indigna, se sirvió mi Esposo de hacerme. Yo vivo muy confiada de este Señor, no porque haya merecido que así me preserve, sino porque sé que es muy fiel en todas sus palabras y muy firme en sus promesas.» Con esto quedó quieto y seguro el confesor, satisfecho de haber averiguado lo que desea-

ba, y escusándose brevemente con la virgen la dió á conocer que todo había sido querer probar su espíritu; y saber si era tan segura la confianza que tenía de vivir siempre en gracia y amistad de Dios, como ella decía; y que por eso había movido aquellas dudas y propuesto tan rigidamente el examen de aquel caso, que le había confesado.

La fuerza de esta confianza que puso en Dios desde los años primeros, tenía armada y defendida á Rosa contra cualquier contratiempo de esta vida mortal; y contra los temores, riesgos ó incomodidades que se le ofrecían. María de Oliva, madre de la virgen, por ser de complexión pusilánime, rehusaba mucho estar á oscuras, temiendo ilusiones y fantasmas. Así que siendo de noche, ni se atrevía á entrar en los aposentos retirados de la casa, ni aun á bajar al huerto sin compañía. Casi el mismo genio había heredado Rosa, y con todo eso para tener oración no reparaba en estar á oscuras, á solas y en lugares muy apartados del concurso de la gente; triunfaba la confianza que tenía en el divino Esposo, contra el pavor natural que de su natural pudiera fatigarla. Sucedió en una tarde más sombría que otras, cuando ya casi se confundía la luz con las tinieblas de la noche, que Rosa, siendo tierna niña, se detuvo más de lo acostumbrado en el huerto de su casa, entretenida con la dulzura de la meditación, de que se había dejado llevar en la soledad. Bajó su madre á buscarla, no sola, sino acompañada de su marido, porque como hemos dicho, era muy medrosa. Rosa, viendo desde lejos que sus padres venían, salióles al encuentro, y al proseguir los pasos le infundió el cielo un pensamiento que bastó para desterrar de su imaginación todo miedo desde allí adelante; enseñándola á tener firme confianza y llenando de seguridad su espíritu. «Ves aquí, decía entre sí, se atreve mi madre á bajar al huerto á estas horas y no teme como otras veces suele, y sólo con tener á su lado á su marido viene animosa; y yo que estoy asistida y defendida siempre y en todo lugar por

la presencia de mi divino Esposo, yo, que no á mi lado, sino en lo íntimo de mi corazón, tengo un compañero tan fiel, tan solícito, tan valiente, ¿tendré de hoy en adelante temor de los miedos de la noche? Confía aquella en un hombre mortal y se ha reducido á perder el miedo á los sobresaltos sólo con asistencia tan frágil, aun que es tan cobarde, ¿y á mí no me dará también seguros alientos la confianza que debo tener en Dios, que es mi Salvador, para no temblar ya de entrar-me por las tinieblas y oscuridades más retiradas?» Este pensamiento animoso hizo tanto asiento en el ánimo de Rosa, aunque era muy niña, desvaneció tan del todo en su espíritu la natural flaqueza y temores, que desde aquel punto se admiraba de sí misma, viendo que ni de día, ni de noche, ni en su casa, ni fuera de ella podían causarle espanto los peligros, aunque le saliesen al encuentro bestias fieras; asegurada con el socorro que se prometía de la asistencia del celestial Esposo, á quien tenía presente en su corazón.

No faltó ocasión en que manifestarse aquella heroica valentía del pecho virginal de Rosa entre riesgos arduos y repentinos. Vivía en una aldea pequeña con sus padres, siendo de doce años, y volviendo un día á su casa con su madre y hermanos vió en un llano espacioso, que un toro muy feroz se venía acercando. Este se había soltado del establo, y habiendo roto las coyundas con que estaba atado, y arrastrando parte de las sogas, caminaba á carrera abierta y furioso hacia el lugar de donde venía Rosa con los que la acompañaban. Su madre, casi muerta de espanto, miraba á un lado y á otro, buscando por donde escapar con sus hijos. Sólo Rosa sin temor y sin recelo se estuvo firme, y amonestó á su madre: «Hiciese lo mismo y que no irritase más con la huída el peligro que tenían tan vecino, prometiéndole juntamente que pasaría la fiera sin hacerles daño.» Aún no había acabado la virgen de pronunciar estas breves palabras, fijos en el cielo los ojos, cuando el animal feroz, dando un terrible bramido, torciendo

la carrera, como un nublado arrojado por la fuerza del viento y del torbellino, fué á acometer á la gente que estaba más distante; como si no hubiera divisado á Rosa y á su desarmado acompañamiento. Habíase pasado el peligro y palpitaba el corazón de su madre y hermanos; y Rosa sin mudar el color del rostro, les amonestó de nuevo: «Que tuviesen otra vez más firme esperanza en la ayuda del Altísimo; y en especial cuando por ser más inevitable el peligro, cierra todas las puertas y los caminos para escapar de él.»

Otra vez en Lima venía Rosa en un coche con su madre y otras matronas honestas y nobles, de una fiesta muy célebre á que habían asistido en un templo; fuéles forzoso pasar por la anchurosa plaza de la ciudad, donde á la sazón hallaron multitud de gente, que por el miedo de un toro bravo y feroz huía temerosa; irritando unos su furia con gritos y silvos, y otros con tirarle piedras y cantos. Volaba á todas partes el bruto, echaba de la boca espuma, humo por las narices, bramaba de un modo formidable, escarbaba en la arena, levantando nubes de polvo. Finalmente, después de mucha risa había llenado la plaza de confusión y miedo. Cuando vió desde lejos que venía la carroza, partió de carrera á encontrarse con ella. Perdieron el color y los alientos cuantos venían con Rosa, saltaron fuera con presteza los que hallaron la salida, poniendo la esperanza de la vida en huir del apretado lance que las amenazaba. El mismo cochero, embargado del miedo, miraba por dónde podría apearse con más seguridad y aprovecharse de los pies para escapar del riesgo; dejando á su ventura el coche y á su libertad desenfrenada los caballos desbocados, que sin duda le volcaran, maltratando y arrastrando á los que le ocupaban. Sólo Rosa, intrépida otra vez, levantando brevemente al cielo los ojos y volviéndolos luego á su acostumbrada modestia, quitó el miedo á las que tenía rendidas el susto, estorbó que se pusiesen en huida: «Persuadiéndoles que no era necesaria y asegurándoles que no llegaría el toro

adonde estaba la carroza, antes se volvería por donde había venido.» Apenas lo había dicho, cuando el suceso verificó su predicción; admirando á todos no menos el ánimo de la virgen, invencible y superior á todo peligro, que la veloz retirada del bruto, sin haber hecho agravio ni daño alguno. Pero Rosa en los más notorios y más apretados riesgos, más que nunca cantaba á su Esposo celestial divino, diciendo con el salmista Rey: «No temeré, Señor, los males que me amenazan, porque estáis siempre á mi lado para vencerlos y apartarlos.»

Quien tenía tanta confianza de la protección divina en los peligros mayores, que son los de la vida, no la podía tener menor en esperar socorros necesarios para alimentar la misma vida. Faltó un día el pan en su casa á toda la familia, que era numerosa, ni había tiempo para cocerle ni dineros á mano para comprarle; vino á su noticia que no había siquiera un bocado, causóle novedad que tan presto se hubiese consumido el que un día antes habían amasado; siendo así que parecía bastante para dos días. Pero más certificada de la penuria, sin temor alguno ni pesadumbre la vieron mover levemente los labios, para encomendar á Dios la necesidad que en su casa había; y luego con gran confianza y sin más dilaciones se fué al arca del pan, abrióla, halló que estaba llena y que el pan era blanco, cosa desusada en casa que no estaba sobrada, y sin levadura, aunque muy sabroso; dando bien á conocer su hechura y forma nunca vista y peregrina en aquella tierra, que no era de los que solía tener de provisión aquella familia.

En otra ocasión y tiempo faltó también la miel en la misma casa, que es condimento muy usado y necesario en aquellas regiones. María de Oliva, ó ignorante ó desacordada de la falta, envió dos y tres veces á la bodega, diciendo que le trajesen la miel, y volvían todos diciendo que no hallaban nada, porque estaba agotada la vasija. Compadecióse Rosa de la necesidad de tantos, y llevada de un instinto secretísimo que la dictaba interiormente grande esperanza, fundada en la Providen-

cia divina, dijo á su madre: «Si tú lo mandas yo bajaré en nombre del Señor á la cueva y veré si ha quedado algo y lo traeré luego. Bajó y halló la jarra llena de miel reciente. Quedó pasmada y atónita toda la casa con un tan nuevo espectáculo, y mucho más cuando experimentaron que con raro prodigio, fué suficiente la miel que concedió el cielo para el gasto cotidiano de la casa por espacio de ocho meses. ¿Quién vió jamás que las rosas supiesen el oficio de las abejas?»

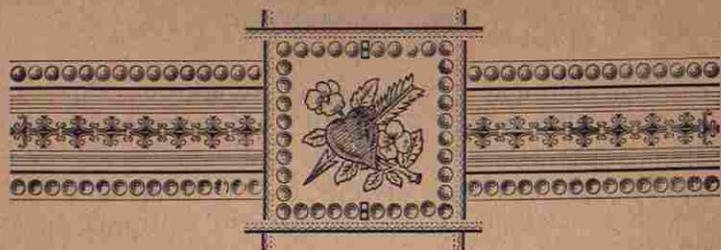
Una enfermedad molesta afligía el cuerpo de Gaspar de Flores, padre de la virgen; y juntamente le angustiaban el ánimo no pequeños cuidados y en especial una deuda de 50 pesos de plata, que no bastaba á pagar su corto caudal. Acongojábale también su madre sin saber que hacerse; apremiándola por una parte la importancia del acreedor, por otra la necesidad de su casa y familia, y más en particular la enfermedad del marido, faltando para todo dinero y ánimo en la mujer afligida. Sabiendo Rosa la pena de entrambos, determinóse á dar un tiento al rico tesoro de la divina Providencia con la llave de que usaba otras veces, que era la confianza filial en su Dios. Apenas había hecho oración en el templo, pidiendo remedio en tantos aprietos, cuando al volver á casa le salió al encuentro un manco desconocido; pero galán y modestamente hermoso, cortés y afable en el modo de hablar, quien saludando á la virgen, aunque muy de paño, juntamente le dió cierta cantidad de plata envuelta en un lienzo, diciéndole que remediase con aquel dinero la necesidad de sus padres, y sin más detenerse se ausentó de sus ojos. Al parecer poca era la moneda que estaba en el lienzo, atendiendo al peso y al bulto que hacía; pero luego que entrando en su casa le desenvolvió Rosa, halló cabalmente los 50 pesos que su padre debía, y yéndose desde allí á la cama donde estaba, repetía muchas veces: «Que era conveniente tener en la divina bondad mucha confianza; que esta era la que ahora les enviaba el remedio por medios oportunos, el que era suficiente para des-

viar de sí la molestia del acreedor pesado.» Parecíale á Gaspar de Flores que Rosa le contaba sueños, hasta que descubriendo el lienzo á sus ojos, contó puntualmente los 50 pesos que la habían dado.

No sólo en esta ocasión, sino en otras muchas experimentó aquella casa, siempre alcanzada y menesterosa, socorros del cielo en sus necesidades, atendiendo á que la firme y constante confianza que la santa hija tenía puesta en Dios, no se defraudase. Esta era una de las promesas que el celestial Esposo había hecho á su esposa, y este se contaba entre los bienes y dones que fuera del dote la señalaba, de tal suerte, que la mujer del contador, que más que otras era sabedora de los secretos de la virgen, tenía ya por adagio y solía decir: «¿Acaso el Esposo del cielo vuelve otra vez á desenvolvar dinero en virtud de tus ruegos y peticiones?» Y aún podemos decir que era tanta la confianza que Rosa tenía de la riqueza y magnanimidad de su poderoso Esposo, que se atrevía su liberalidad, aunque era pobrísima, á decir muchas veces y en público que él la tomaba á su cargo el edificar desde sus cimientos el nuevo convento de Santa Catalina, con tal que en sus días viniese la facultad real que se esperaba para dar principio á la fábrica.

Ya que hemos tocado este punto, del que en el capítulo siguiente se ha de tratar muy en particular, diremos lo que por revelación divina se manifestó y prometió á la virgen, acerca de la fundación de este monasterio. Trataba una vez Rosa cuando estaba en su casa con otras doncellas devotas de la nueva fábrica que se había de hacer del convento de Santa Catalina, con admirable confianza y con tantas veras como si la hubiera ya del todo acabado. Su madre, no pudiendo disimular el enfado y la molestia que esta plática le causaba, comenzóla á reprender ásperamente delante de todas las que la oían, como si fueran delitos los que decía ó sueños vanos los que contaba. «Acaba ya, necia, la decía, acaba de vender tantos disparates; advier-

te que fundar monasterio no es asunto de una mujer plebeya como tú eres y que no es empeño este de patrimonio tan corto como el mío, ni de otro mucho más caudal. Y tú hablas con tanta confianza, como si tuvieras reservados doscientos mil pesos para edificarle.» Respondió la modesta hija; «Si yo sólo atendiera á la posibilidad humana, si mirara á las manos avarientas de los hombres, yo te confesara que cuanto digo era un imposible; pero has de saber, madre mía, que pica más alto mi esperanza: tengo por fiador de esta verdad á aquel Señor en cuyo poder están todos los sucesos, y no me es ya lícito dudar ni tener desconfianza en su liberalidad infinita. Tus ojos verán el suceso.»



CAPÍTULO XXVII

Tiene Rosa revelación divina de que ha de florecer en Lima un nuevo convento de Santa Catalina, aunque se la oculta el tiempo en que ha de ser fundado.

CON ser tantos los edificios suntuosos y magníficos de Lima, corte y empóreo ilustre del Perú, dióle finalmente último complemento el monasterio de Santa Catalina de Sena, anchuroso y curiosamente edificado; formándose un colegio de numerosas vírgenes consagradas á Dios, bajo la observancia del instituto regular de nuestro Padre Santo Domingo. Fué su fundadora D.^a Lucía Guerra de la Daga, viuda rica y de ilustre prosapia, por los años de 1622, cinco años después del bienaventurado tránsito de la virgen Rosa. Está situado en lugar y sitio muy acomodados é introducida la clausura y el noviciado desde el principio de su fundación, la que apenas concluida se comenzaron á celebrar los divinos oficios. Creció tanto este nuevo paraíso del Esposo celestial de las almas, que llegaron á contarse al poco tiempo de

te que fundar monasterio no es asunto de una mujer plebeya como tú eres y que no es empeño este de patrimonio tan corto como el mío, ni de otro mucho más caudal. Y tú hablas con tanta confianza, como si tuvieras reservados doscientos mil pesos para edificarle.» Respondió la modesta hija; «Si yo sólo atendiera á la posibilidad humana, si mirara á las manos avarientas de los hombres, yo te confesara que cuanto digo era un imposible; pero has de saber, madre mía, que pica más alto mi esperanza: tengo por fiador de esta verdad á aquel Señor en cuyo poder están todos los sucesos, y no me es ya lícito dudar ni tener desconfianza en su liberalidad infinita. Tus ojos verán el suceso.»



CAPÍTULO XXVII

Tiene Rosa revelación divina de que ha de florecer en Lima un nuevo convento de Santa Catalina, aunque se la oculta el tiempo en que ha de ser fundado.

CON ser tantos los edificios suntuosos y magníficos de Lima, corte y empéreo ilustre del Perú, dióle finalmente último complemento el monasterio de Santa Catalina de Sena, anchuroso y curiosamente edificado; formándose un colegio de numerosas vírgenes consagradas á Dios, bajo la observancia del instituto regular de nuestro Padre Santo Domingo. Fué su fundadora D.^a Lucía Guerra de la Daga, viuda rica y de ilustre prosapia, por los años de 1622, cinco años después del bienaventurado tránsito de la virgen Rosa. Está situado en lugar y sitio muy acomodados é introducida la clausura y el noviciado desde el principio de su fundación, la que apenas concluida se comenzaron á celebrar los divinos oficios. Creció tanto este nuevo paraíso del Esposo celestial de las almas, que llegaron á contarse al poco tiempo de

su fundación más de doscientas Religiosas. Florecen en este jardín ameno de piedad y de virtudes el culto divino, la pompa devota de las festividades, el orden canónico de los oficios divinos, la asistencia al coro y canto de los salmos y el aliño curioso y limpio de la iglesia y de los ornamentos sagrados.

No desdice en nada de la hermosura exterior del templo y edificios la observancia interior, á la que se deben: el cuidado de guardar fielmente las constituciones, la frecuencia de oración, las mortificaciones y ejercicios con que se adornan las almas, el estudio de ser más y más perfectas, la pureza uniforme de las costumbres, la puntualidad y rigidez en guardar los estatutos religiosos y los ejemplares vivos y angélicos de todas las virtudes que resplandecen en aquel retiro celestial. Guardan armonía con las virtudes interiores la construcción del convento, la grandeza de su fábrica, las fuentes, huertos, jardines, claustros, dormitorios y oficinas desahogadas que hay en él; de modo que este monasterio insigne, en poco más de cuarenta años llegó á tal grado de esplendor y de buen nombre que pudo competir con los más celebrados del mundo.

Esto era lo que diez años antes de su fundación había revelado el cielo á Rosa repetidas veces, ya por símbolos y figuras y ya también poniéndole delante con toda claridad su forma, planta y descripción. Esto era lo que la virgen con tanta seguridad y confianza tan á menudo y tan detalladamente, con tanta fruición y gusto, había prometido y profetizado á su patria; con la misma firmeza y aseveración constante que pudiera si le viera ya edificado. Sólo se le ocultó por algunos meses la circunstancia del tiempo, que reservó para sí por entonces la divina sabiduría con razones superiores; aunque al fin vino á entender, que no le había de ver con los ojos del cuerpo. Fuera de esto eran tan individuales las noticias que Dios la había comunicado, que pudo señalar con el dedo muchas personas que le habían de ver acabado, y las que habían de poblarle, entre las

cuales era una su misma madre. Declaró el número de religiosas que había de sustentar el convento, predijo el lugar donde había de fundarse, delineó en una tabla toda la planta del edificio, y señaló por su mismo nombre el sacerdote que había de cantar la primera misa en él. Qué más puede decirse? Conoció por el rostro á la que había de ser la primera priora, infundióla su espíritu, y en cierto modo la ungió y consagró, dándola ósculo santo de paz. Pero en asunto tan notable mejor será decir cada cosa en particular y tomar de propósito el empeño de referirla, pues tan digno es todo esto de eterna memoria.

Como bien experto en revelaciones divinas, nos enseñó el profeta Daniel, capítulo 10: «Que las visiones celestiales necesitan de especial inteligencia.» Alguna vez se presentan al entendimiento misterios inexplicables y se niega la penetración y conocimiento de su significación. Que ésta no faltó á Rosa, cuánto á este punto, constará fácilmente de lo que después diremos; y se hará manifiesto, que en los símbolos y señales que le dió á ver Dios nunca dejó de alcanzar la significación verdadera.

Estaba sentada en cierta ocasión en su huerto, ocupada en coger flores; había ya llenado la falda de rosas, cuando levantando al cielo los ojos, ilustrada interiormente con soberanas luces de impulsos divinos, comenzó, no sin devotos suspiros, á ir tirando á lo alto cada una de las flores que había recogido, como si con este ademán las ofreciera en sacrificio al cielo. En este acto y consideración estaba empleada y entretenida cuando llegó cerca de ella un hermano suyo, y juzgando que era diversión lícita de la inocente virgen lo que hacía, acercóse más y preguntó qué era aquello de estar tirando las rosas. Ella no queriendo dar á entender el misterio, respondió: «Esto es hacer lo que ves», y prosiguió como antes en su ejercicio. El hermano sospechando que sólo era pasar el tiempo y entretenerse, replicó á esto: «Yo también quiero esparcir rosas al ai-

re y podrá ser que las tire más altas que tú.» Calló la virgen; pero los prodigios comenzaron á responder por ella. Las rosas que arrojaba el hermano bajaban enseguida al suelo, mas las flores que tiraba Rosa quedábanse fijas en el aire, y poco á poco iban formando una cruz, y después otras componían un hermoso círculo con que se adornaba la cruz. Aquí vió su hermano el símbolo; pero faltóle la inteligencia, que no se escondió á la virgen, la que preguntada después por uno de los que supieron el prodigio, qué era lo que significaba quedarse en el aire las rosas, hacer una cruz y coronarse del círculo, respondió sin turbación ni dudas, antes con suma candidez: «Que todo esto significaba que en su patria, Lima, se había de erigir un nuevo monasterio de Santa Catalina de Sena, y que á competencia habían de concurrir á poblarle muchas rosas de excelente santidad, las que dispuestas con la observancia puntual y estrecha de su regla, que es cruz del espíritu, apartadas de cuanto estima la tierra y elevadas en alto grado de perfección, habían de menospreciar al mundo, estando éste crucificado para ellas y ellas para él.

Otra vez estando en oración la virgen le fué mostrado un prado de frondosidad admirable, poblado por todas partes de lirios y rosas, aunque no estaban en orden ni formando cuadros bien ordenados, en los que tanto se recrea la vista. Agradaba mucho á la virgen la hermosura y gracia de tan floridas plantas y la mezcla que formaban á la vista los dos colores; y mucho más cuando llegó á entender con luces interiores, que todas aquellas flores se reservaban para tejer una hermosa guirnalda que coronase las sienes del celestial y divino Esposo. Dábale, empero, pena que prado tan ameno estuviese abierto y fuese la entrada tan fácil á los pasajeros, y que por él hiciesen paso y común senda los brutos y los hombres; por lo cual temía, y con gran fundamento, que tan hermosas flores y esmeraldas tan ricas fuesen fácilmente pisadas de todos y ajada su be-

lleza. Iluminada al mismo tiempo con luces sobrenaturales desapareció el miedo que la atormentaba, se aquietó y serenó su ánimo y puso en huída todos sus recelos y dudas. Vió que llegaría tiempo en que aquella cosecha escogida de flores había de quedar encerrada en el ameno jardín del convento de Santa Catalina de Sena y separada del trato profano del siglo por las murallas impenetrables de la clausura y de las paredes del claustro. También la instruyeron, que en las azucenas y rosas que había visto, estaban significadas las almas puras y amadas de Dios de las doncellas de Lima, que entonces sin orden estaban esparcidas por diversas partes de la ciudad, y después en llegando el tiempo que Dios tenía previsto, se habían de juntar en comunidad y guardar estrecha clausura; donde vivirían seguras de que las hollasen, ajando su verdor y entereza el tumulto de los seglares, reservando toda la fragancia de olor agradable para la divinidad; hasta tanto que trasladadas del convento al paraíso se formase de sus almas una guirnalda siempre florida con que se coronase el celestial Esposo.

Mientras que escudriñaba Rosa estos secretos escondidos en lo más oculto del pecho de Dios, mientras que escuchaba gustosamente los oráculos divinos, parecíale que ella misma era la que con sus manos tejía poco á poco la olorosa guirnalda y que se la ponía á su Esposo en las sienes; y que en amorosa correspondencia la daba el Señor á entender que le era muy agradable el obsequio y muy á su gusto y deseo. Visión fué esta que inundó de gozo á Rosa; porque también se le daba á entender por ella indirectamente, que todo este suceso era especial dón que Dios concedía á la ciudad de Lima, atendiendo á sus méritos y á sus obras, y que por su respeto quería honrarla con este nuevo monasterio, como con una joya de mucho precio; y así todas las veces que refería Rosa á sus familiares esta visión, juntamente afirmaba que habían de florecer en aquel convento grandes siervas de Dios, que se aventajasen

mucho y se hiciesen célebres con olor de santidad y vida heroica.

El P. Maestro Fr. Luis de Bilbao, confesor de la virgen, aunque en otras cosas hacía grande aprecio de lo que le decía, empero, en lo tocante á este vaticinio dudaba, hallando insuperables dificultades; porque atendiendo á los medios y disposiciones humanas, no se le ofrecía motivo alguno que de mil leguas descubriese la apariencia más mínima, que prometiese verosímelmente, ó diese indicio alguno que tal predicción de Rosa había de tener efecto. Antes bien por todas partes cerraban las puertas á esta creencia la razón natural y los decretos reales, sin que pudiese entender cómo había de ser esto: principalmente teniendo en cuenta que en una ciudad tan moderna había, al parecer, sobrados conventos. Advirtió Rosa las dudas que asaltaban á su confesor, al que, animada por la gran confianza que tenía en Dios, le habló de esta suerte: «¿En qué dudas? ¿qué te suspende Padre? viviendo tú y viéndolo por tus ojos ha de acabarse de edificar y permanecerá el convento de Santa Catalina, que tantas veces he prometido. Pon argumentos y dificultades, puedes suponer cuanto quisieres, di que no vendrá facultad real que permita el edificio; añade que ha de hacer contradicción ruda la América y, si quisieres, toda la redondez del mundo; junta á esto otra suposición, que todo el infierno se ha de conjurar y emplear todo su poder, sus artes y fuerzas para resistirlo. Finalmente finge en tu imaginación cuantos impedimentos puedes pintar; con todo eso antes que llegue tu muerte, siendo tú testigo ocular y vivo, el monasterio que he dicho se ha de edificar, ha de ser habitado y ha de florecer. Ya te he señalado el sitio que ha de ocupar; allí, y no en otra parte, ha de ser. Y digo más, que Dios con eterno decreto te ha elegido á tí para que seas el primero que solemnemente celebres el sacrificio sacrosanto de la misa. Cuando con pompa y concurso se ponga la primera piedra del edificio, entonces acuérdate que lo di-

jo una mujer vilísima.» Sucedió al pie de la letra como la virgen lo había profetizado; por lo cual el año de 1622 haciendo aquella función el P. Maestro Fr. Luis de Bilbao y estando diciendo la primera misa se acordó del vaticinio, y acabado el sacrificio refirió á todos públicamente la claridad y distinción con que tantos años antes le había dicho Rosa lo que aquel día le había sucedido.

En otra ocasión hablando familiarmente con los de su casa y tratando de las gloriosas prerogativas y elogios merecidos de Santa Catalina de Sena, poco á poco vino á parar la plática en el monasterio que había de tener Lima con el nombre y bajo el patrocinio de Santa Catalina de Sena. Hablando de esto la virgen confesó ante todo ingenuamente que no había de estar viva cuando esto sucediese, mas que era también cierto que cuantos allí estaban habían de gozar de su vista, presencia y consuelo. Oyéronlo todos haciendo risa del caso, y no faltaron algunos que juzgaron que la pasión que tenía por Santa Catalina, la hacía salir de sí y la obligaba á decir locuras. Y mucho más se confirmó este juicio, viendo que habían ido á Madrid á impetrar facultad real para la fundación, y se habían vuelto sin despacho alguno y sin traer siquiera esperanzas de que en algún tiempo podía conseguirse. Bastaba esto para poner espanto á otro que no fuera Rosa, ó por lo menos estorbar la confianza de hablar en esta materia públicamente; mas en la virgen no daba lugar á temores, ni por consiguiente á que la impidiera hablar con toda seguridad, la certeza firmísima que tenía, fundada en la revelación divina. Tanto que lo que no podía ni sabía declarar con palabras significativas y propias, quiso darlo á entender, haciendo en una tabla la planta y delineación arquitectónica del edificio; por lo cual tomando á vista de los incrédulos una tabla lisa y bruñida, y bañándola con cera, hizo de repente un dibujo del convento con tal destreza y tanta seguridad, que se pasmaron los que lo vieron. Describía, tirando

lineas, las cercas y el radio que había de abarcar, que al principio fué muy reducido. Señalaba los terminos, las esquinas y ángulos por donde torcería la cerca; en qué lugar había de estar el templo, qué sitio era el de las puertas, en qué parte se habían de poner los claustros, las oficinas, los dormitorios; y sólo se lastimaba de que todos, como ella, no viesen presente, con un rayo de luz celeste, la forma exacta del monasterio.

Indignábase con esto más que todos la madre de Rosa y no podía llevar en paciencia que su hija á todas horas, dentro y fuera de casa, hiciese mención de este monasterio, asegurando con toda certeza que había de edificarse; dando á todo género de gentes las señas, sin dudar y sin temer. No se descubría por entonces quien tomase á su cargo diligenciar negocio tan arduo, ni quien quisiese ser el primero, que comenzase á mover los ánimos y persuadir la empresa ó apadrinarla: antes todos daban de mano al negocio teniéndole por imposible á las fuerzas humanas, reprendiendo á la virgen, como á mujer, que daba crédito á las quimeras que su imaginación fingía, ó que estaba pertinazmente asida á la pasión que tenía con Santa Catalina; y que por eso afirmaba que había de haber monasterio de su nombre en Lima. El mismo Doctor Castillo, á quien tanto veneraba Rosa por ser su santidad tan notoria, ponía todo su esfuerzo en apartarla de lo que él creía una preocupación, porque juzgaba que las dificultades eran muy insuperables. Del mismo parecer eran don Gonzalo y sus confesores. Todas estas cosas afligían mucho á su madre, que temiendo la infamia y afrenta que de aquí podía resultar á ella y á su familia, no cesaba de reñir á su hija, diciendo que por sólo su capricho y llevada de su antojo, quería prevalecer sólo ella contra el parecer de varones tan prudentes, y que no era buen consejo oponerse obstinadamente al juicio de todos los cuerdos; decía que dentro de pocos días, si perseveraba en aquel sentir, había de ser la mofa y hablilla del vulgo; y finalmente que en tales puntos más

se había de atender á la razón que á la porfía y contumacia endurecida y proterva: que el monasterio que prometía antes se vería edificado en los espacios imaginarios que en la ciudad de Lima. La virgen, empero, más alegre con tantas contradicciones, con humildad y buen semblante respondió á todo con decir: «Ea, pues, madre dulcísima, cesen ya las diferencias y disensiones de palabras. Tú has de experimentar con gran provecho tuyo cuán difícil es recalcitrar contra el aguijón, que cuanto más se resiste, más vivamente hiere. En el convento de Lima de Santa Catalina, que te estoy diciendo, tu has de ser de las primeras que vistan el hábito blanco de monja, en él te han de dar el velo, allí has de hacer profesión solemne, allí has de acabar tus días en vida religiosa.» Oyendo estas razones perdió la madre los estribos de la paciencia, montó en cólera, pensando que su hija se burlaba de ella y que decía esto por irritarla, echó de sí á Rosa con desaire, y daba gritos diciendo: «Yo había de ser monja? yo, á quien en todos los días de mi vida ha pasado por el pensamiento serlo? Yo, que no tengo con qué pagar el dote, que ni sé cantar ni jamás entendí de punto, que me he criado siempre enredada en cuidados del siglo, sin devoción, sin espíritu, sin poder sufrir clausura, cargada de hijos, yo me había de encerrar en el monasterio? En edad ya avanzada había de recibir el velo y profesar una regla estrecha, rigurosa y tan dificultosa de observar? Dios nos libre del demonio. ¡Jesús! ¡Jesús! bueno va de ensartar disparates; cuando volaren los elefantes verás esto cumplido. Basta, Rosa, basta, hartos desvaríos has dicho, calla y déjame á mí, no quieras sacarme de paciencia, ni hacerme creer imposibles.» No volaron los elefantes al principio del año de 1629 y con todo eso vieron todos á María de Oliva hecha monja en el nuevo convento de Santa Catalina de Lima, donde después de la muerte de su marido, siendo ya de sesenta años, con devoción y espíritu quiso ser agregada al número de las religiosas, hijas de nuestro Padre Santo

Domingo, cuando con el sagrado hábito tomó el nombre de María de Santa María, y cumplido el año del noviciado profesó, y llena de años y días acabó santamente la vida. No tenía la pobre viuda caudal para pagar cuatro mil pesos de plata, que era el dote que se había consignado para las que habían de ser admitidas al velo; mas para que no le fuese la pobreza estorbo, ya había provisto de antemano lo necesario el Esposo celestial, que á todo se extiende, inspirando á la fundadora que uno de los contratos y pactos con que se admitió el convento, fuese que se reservase á su albedrío el recibir algunas personas de buena vida sin dote. Y una de las que gozaron de este privilegio y obra piadosa fué la madre de Rosa.

Falta ahora por decir una señalada y memorable profecía de Rosa, que tocaba á la fundadora y primera Priora del convento de Santa Catalina. Doña Isabel Mejía, matrona ilustre, tenía por criada á Mariana, á quien estando enferma, de caridad servía de enfermera Rosa, como acostumbraba; por ser muy conocida y frecuentada aquella casa de sus padres. Con esta ocasión muchas señoras nobles venían á visita por ver á Doña Isabel y por saber también el estado de la enfermedad de su criada. Un día vino á visita Doña Lucía Guerrero de la Daga, señora ilustre no menos en virtud que en parientes y riquezas, insigne y conocida de todas. Viendo, pues, á Rosa, de quien había oído decir grandes cosas, que á la sazón estaba ocupada en cuidar de la enferma, comenzó á aficionarsele y á tener devoción con ella; y no dejando de la mano la ocasión que se ofrecía, comenzó á trazar conversación con ella, y después que cortésmente se saludaron, la rogó con instancia que se acordase de ella en la oración y en los ejercicios de virtud que cada día hiciese. Rosa sintiendo entonces que interiormente la movían con afecto recíproco, obligó á la matrona de nuevo, ofreciéndole lo poco que ella pudiese obrar en servicio de Dios; y porque instaba y pedía Lucía con más eficacia, que se

acordase de ella, la prometió muy en particular escoger un día todas las semanas en que encomendarla á Dios muy de veras. Después de haber vuelto la matrona á su casa muy ufana y contenta con el ofrecimiento de Rosa, no podía sosegar ni se quietó hasta volver á verse con ella, que ya era toda suya, y reconvenirla para que cumpliera lo que había prometido. Vino, pues, otra vez á visitar á Doña Isabel, volvió á hablar á la virgen, con pretexto de encomendar á su marido y á una hija pequeña; porque en aquella sazón debían de necesitar más de sus oraciones. Rosa, como si estuviera leyendo en el corazón de D.^a Lucía, abrazóla con más afabilidad que el día pasado, sin responder por entonces palabra acerca de lo tocante á su marido é hijos. Pero empeñóla de nuevo en su amor y correspondencia, ofreciéndole no sólo encomendarla á Dios un día de la semana, sino también hacerla participante de todas sus obras y ejercicios espirituales, movida la virgen de secreto impulso del cielo; que aun no alcanzaba ella misma ni sabía de dónde ó por qué obraba con Doña Lucía con tan extraña fineza sin haberla antes conocido. Levantando entonces la virgen los ojos, que siempre solía tener como clavados en la tierra, y poniéndolos en el rostro de Doña Lucía, con gran atención comenzó á llenarse de gozo su espíritu, que sin ella advertirlo la salía al rostro. Palpitaba el corazón de contento, y finalmente con modesto regocijo, dando ósculos de amor, paz y cariño á Doña Lucía, le dijo: «Gózate, madre, y date mil parabienes, pues Dios te tiene guardada para instrumento de una gran obra suya.» Y repitiendo esto, derretido el corazón en júbilos, la besó muchas veces con ósculos dulcísimos; sin que ella resistiese, porque estaba atónita y suspensa en admiraciones.

No puede explicarse cuánta devoción comunicó á la noble matrona el fervor que habitualmente moraba en Rosa; quedóse como helada y sintió que con el aliento y palabras de la virgen se hallaba trocada en otra. Iban

penetrando por las arterias ocultas de su alma dulces aunque desconocidas llamas. El corazón, distraído felizmente con varias y santas deliberaciones, se elevaba por medio de afectos encendidos á lo alto; como si llevada de impulsos fuertes y repetidos se viera obligada á dar voces con San Pablo, derribado en tierra, diciendo: «Señor, aquí me tenéis pronta, decidme qué es lo que ordenáis que obre en servicio vuestro.» Con estos afectos volvió á su casa y por el camino iba hablando entre sí con Dios y decía: «Señor, si es voluntad vuestra y disposición eterna de vuestros decretos; si es para mayor gloria de vuestro santo nombre, que yo del estado que tengo pase á ser Religiosa, proseguid, Señor, daos prisa, cumplid en mí lo que maravillosamente habéis comenzado; veis aquí me ofrezco con todo el afecto de mi corazón, y no sólo yo me pongo á vuestros pies; también rindo á ellos mis hijos y toda mi hacienda, cuanto poseo á vuestra soberana providencia queda; desviad los impedimentos con que sabéis que estoy por ahora imposibilitada.» Desde aquel instante se enseñorearon de su corazón como un escuadrón cerrado deseos eficaces de ser Religiosa y juntamente efficacísima esperanza de serlo; con certeza, ajena de dudas, de conseguir tan santos intentos, de verse libre de obstáculos que pudieran impedirle y de romper con innumerables inconvenientes, que sólo la mano omnipotente de Dios pudiera allanar para dejar libre el paso. No había cumplido entonces treinta años D.^a Lucía; su marido podía prometerse largos años de vida, tenía cuatro hijos y una hija, pendía de su cuidado el gobierno de cuantiosa hacienda, y todo esto no fué bastante para borrar de su corazón ó entibiar la certeza que había concebido de ser Religiosa; en tal forma, que solía tratar con los suyos de la ejecución de este santo propósito; con seguridad tan firme como si dispuestas ya todas las cosas estuviera esperando que muy presto la pusieran el velo de Religiosa.

Acaeció en este interin que el R. P. Juan de Villalo-

bos, que era Rector del Noviciado de la Compañía de Jesús de Lima, fué también á visitar á D.^a Isabel Mejía; donde trabando conversación con Rosa, después de haber los dos hablado de la certeza que tenía del monasterio de Santa Catalina que había de fundarse, le dijo Rosa: «Que ya el día antecedente se había visto en abuel mismo punto con D.^a Lucía de la Daga, en la edad de pocos años; pero madura en el juicio, y que no quería alargarse más por entonces.» Entendió luego el varón religioso y prudente á qué aludía Rosa con lo que había dicho y con lo que había callado de D.^a Lucía; disimuló con todo eso, hasta que después de muerta la virgen se vino á confesar con él D.^a Lucía. En aquella ocasión le comunicó la matrona como estaba en pensamiento de emprender una gran obra y de gran hechura y dificultades; y que eran sus intentos fundar un convento de religiosas con el nombre y tutela de Santa Catalina de Sena; que á esto le impelían estímulos divinos á que ni debía ni podía resistirse; que á este fin estaba resuelta de aplicar todas sus fuerzas, riquezas, cuidados y pensamientos. En consecuencia de esto el Padre confesor acordándose al mismo tiempo de las palabras que tanto antes había oído decir á Rosa, dió á entender á la noble matrona que esto era lo que la virgen la había prometido, cuando predijo: «que Dios la reservaba para una gran obra suya», y que así no desconfiase de la profecía de una virgen, cuya virtud era tan conocida; que tan ardua empresa no podía dejar de tener muchas dificultades, embarazos é impedimentos; mas que con todo eso, cuando estuviese la tempestad más furiosa, se debía más esperar en los auxilios divinos, y que Rosa, que ya reinaba inmortal con su Esposo, fácilmente lograría de Él cuantos fueran necesarios.

Así fué, porque después de poco tiempo llamó Dios para sí al marido de D.^a Lucía y por su orden á todos sus hijos; quietó y atajó todos los embarazos que podían impedir la nueva fundación, que eran muchos y

de gran peso y consideración; trocó los ánimos endurcidos que lo contradecían y los hizo favorables á la piadosa obra que había ya de ejecutarse. Sólo faltaba vencer á los parientes, que eran nobles, los que, atendiendo á la edad de D.^a Lucía, á su prosapia ilustre y muchas riquezas, tanto porfiaban en que admitiese segundo matrimonio, que no omitieron medio alguno para rendirla. Ella, acordándose de la profecía de Rosa y constante en el primer propósito, resistió valerosa, venció, triunfó, y arregladas todas las cosas, como deseaba y mejor de lo que imaginaba, para dar principio al nuevo monasterio de Santa Catalina de Sena, para edificarle y dotarle dió las cuantiosas riquezas que poseía, y finalmente se dió á sí misma, y con el sagrado hábito, tomando el nombre de Sor Lucía de la Santísima Trinidad, fué la primera Priora de su nuevo convento; propagando maravillosamente en sus súbditas con santas amonestaciones, consejos, ejemplo y vigilancia aquel espíritu de religión que tanto tiempo antes había libado de los labios de Rosa cuando recibió sus ósculos; y finalmente acabó allí sus días, quedando su nombre célebre y con fama de santidad. Este suceso tuvo la predicción de Rosa. De donde vino á ser que aquel convento vulgarmente se llame en Lima, ya de Santa Catalina de Sena, ya de Rosa, por cuanto ella le profetizó.



CAPÍTULO XXVIII

Se descubren á Rosa otros muchos sucesos ocultos por revelación divina.

EL MISMO Padre Juan de Villalobos, de la Compañía de Jesús, de quien ya hemos hecho mención, afirmó con juramento, como testigo de ciencia cierta, examinado en el proceso, que por experiencia había descubierto en Rosa espíritu profético. Porque habiendo rogado á la virgen que encomendase muy de veras al Señor un negocio de grande importancia y muy secreto, que no podía decir por lo mucho que importaba el estar oculto, y que por consiguiente era justo que él fuese el primero que le callase; Rosa, fijando los ojos en el rostro del Padre por breve espacio de tiempo, cosa pocas veces usada de la virgen, como si leyera todo el caso en un libro abierto, se sonrió modestamente; y de tal modo le respondió, que pudo colegir fácilmente que en aquel instante la había Dios revelado cuanto la ocultaba el Padre. Por lo que atónito del suceso, lo comunicó con el P. Antonio de la Vega Loaisa, varón integérrimo de la misma Compañía,

de gran peso y consideración; trocó los ánimos endu-
recidos que lo contradecían y los hizo favorables á la
piadosa obra que había ya de ejecutarse. Sólo faltaba
vencer á los parientes, que eran nobles, los que, aten-
diendo á la edad de D.^a Lucía, á su prosapia ilustre y
muchas riquezas, tanto porfiaban en que admitiese se-
gundo matrimonio, que no omitieron medio alguno
para rendirla. Ella, acordándose de la profecía de Rosa
y constante en el primer propósito, resistió valerosa,
venció, triunfó, y arregladas todas las cosas, como de-
seaba y mejor de lo que imaginaba, para dar principio
al nuevo monasterio de Santa Catalina de Sena, para edi-
ficarle y dotarle dió las cuantiosas riquezas que poseía,
y finalmente se dió á sí misma, y con el sagrado hábi-
to, tomando el nombre de Sor Lucía de la Santísima
Trinidad, fué la primera Priora de su nuevo convento;
propagando maravillosamente en sus súbditas con
santas amonestaciones, consejos, ejemplo y vigilancia
aquel espíritu de religión que tanto tiempo antes había
libado de los labios de Rosa cuando recibió sus óscu-
los; y finalmente acabó allí sus días, quedando su nom-
bre célebre y con fama de santidad. Este suceso tuvo
la predicción de Rosa. De donde vino á ser que aquel
convento vulgarmente se llame en Lima, ya de Santa
Catalina de Sena, ya de Rosa, por cuanto ella le pro-
fetizó.



CAPÍTULO XXVIII

Se descubren á Rosa otros muchos sucesos ocultos por
revelación divina.

EL MISMO Padre Juan de Villalobos, de la Com-
pañía de Jesús, de quien ya hemos hecho
mención, afirmó con juramento, como testigo
de ciencia cierta, examinado en el proceso, que
por experiencia había descubierto en Rosa espíritu pro-
fético. Porque habiendo rogado á la virgen que enco-
mendase muy de veras al Señor un negocio de grande
importancia y muy secreto, que no podía decir por lo
mucho que importaba el estar oculto, y que por consi-
guiente era justo que él fuese el primero que le calla-
se; Rosa, fijando los ojos en el rostro del Padre por bre-
ve espacio de tiempo, cosa pocas veces usada de la vir-
gen, como si leyera todo el caso en un libro abierto, se
sonrió modestamente; y de tal modo le respondió, que
pudo colegir fácilmente que en aquel instante la había
Dios revelado cuanto la ocultaba el Padre. Por lo que
atónito del suceso, lo comunicó con el P. Antonio de la
Vega Loaisa, varón integérrimo de la misma Compañía,

quien le aseguró que otro tanto le había sucedido con la virgen al R. P. Felipe de Tapia, Rector del Colegio de Callao.

Doña Micaela de la Masa, hija del contador D. Gonzalo revolvía dentro de sí misma ciertos pensamientos que á nadie había comunicado ni tenía intento de hacerlo á persona alguna. Llegóse á ella Rosa con familiaridad y llaneza; refirióla cuanto en su corazón guardaba como si estuviera patente; y dióla también principios y reglas saludables para que se gobernase en los intentos que pretendía. Quedó D.^a Micaela con no pequeña admiración y espanto, conociendo que ni aun los secretos del corazón se reservaban á la virgen.

María de la Mesta, mujer de Medoro Angelino había tratado á solas con su marido sin descubrirlo á ninguna otra persona, de volverse los dos á España y de la cantidad de moneda que sería necesaria llevasen para pasar con comodidad y con honra. Fué después á tratar con Rosa de otras cosas más necesarias y precisas para el momento. Rosa torciendo la conversación poco á poco, respondió no sólo á lo que entonces se la preguntaba, sino á lo que tan secretamente había tratado con su marido; como si también acerca de aquel intento la hubiesen preguntado. Dijo que era acertada resolución la que habían tomado, señaló la misma cantidad que los dos habían determinado para pasar lo que les quedaba de vida, y dijo: «Que era bastante, pues no tenían hijos» Absorta quedó la mujer oyendo á la virgen; y confesó ingenuamente que no pudiera decirle más, si se hubiera hallado presente á la plática que había tenido con su marido.

Más admirable pareció lo que hizo con el P. Fr. Juan Miguel, religioso de la Orden de Santo Domingo. Había vuelto dicho Padre á Lima, después de una larga jornada y hablando con Rosa en la capilla de San Jerónimo, vió que le refería puntualmente lo que muy lejos de allí le había sucedido, y de lo que por consiguiente no podía ella tener noticia alguna por medios humanos.

Demás de esto conoció con toda evidencia que no había seno en su alma que no estuviese patente á Rosa con la luz clara que el Señor la comunicaba.

Estaba Rosa con otras muchas matronas en la iglesia de Santo Domingo encomendando á Dios la buena muerte de María de Vera, que estaba agonizando en casa de D. Diego de Requena, platero. Llegó, mientras estaban ejercitándose en este oficio de caridad, la triste nueva de que ya había espirado. Atemorizadas las que allí estaban, miráronla al rostro. Ella, levantando los ojos al cielo y volviéndoles de repente á las circunstancias les dijo: No hay que llorar que no es muerta nuestra amiga, vive María de Vera; sólo hemos de rogar á Dios que tenga buen suceso en la convalecencia. Vivió la enferma, convaleció, pero á expensas del milagro que obró con ella Rosa.

Cierto religioso de la Compañía de Jesús, varón verdaderamente apostólico y de gran virtud, no se sabe con qué fundamento, estaba firmemente persuadido que había de morir sin duda alguna aquel año de 1615. El deseaba con verdad verse libre de las prisiones del cuerpo, para vivir en la gloria con Cristo. Estando una vez visitando á la mujer del contador D. Gonzalo y presente Rosa, tomó ocasión de la plática para pedirles con humildad y aprieto que encomendasen á Dios su partida, que infaliblemente había de suceder antes del año nuevo, que estaba muy cercano. Horror la causó á la mujer del contador oír tal cosa; más Rosa riéndose suave y modestamente dijo: «No tengáis miedo, Padre mío, este año que viene no saldréis del mundo, así te lo prometó con seguridad y certeza.» El Padre por el contrario estaba fijo en decir, que era indudable su jornada y que esto era lo que más deseaba y esperaba con más vivas ansias; y que no podía sucederle cosa más feliz que si acabando de decir misa, pagase el común tributo de la muerte, restituyendo el espíritu á su Criador. Tomaba cada día más cuerpo la opinión que tenía el buen Padre tan fija en el ánimo; juzgando que esta-

ba ya muy cercano el término de su vida; tanto que mudando el domicilio desde el colegio al noviciado, no sólo se despidió de los compañeros, sino también de los árboles, de las cercas y de toda la casa, como quien nunca los había de volver á ver con sus ojos. Todo esto daba gran cuidado y pena á la mujer de D. Gonzalo, quien sentía mucho perder tan presto un Padre que con tanto acierto regía su conciencia; por lo cual, volviendo los ojos á Rosa, como á un asilo de su consuelo la preguntaba cada día mil veces con dolor y con angustia; y la pedía que mirase bien si era cierto que su confesor no había de morir tan presto. Otras tantas veces le respondió la virgen afirmándola lo que primero dijo y añadiendo: «Que perdiese todo cuidado y viviese segura.» Con todo esto temblaba la matrona todas las veces que oía la misa de su confesor, temiendo no fuese aquella la última, cumpliéndose el deseo que la tenía explicado. Finalmente la vigilia de Navidad yéndose D.^a María á confesar con su Padre, le envió á decir Rosa con la misma matrona: «Que diese ya de mano á aquella persuasión sin fundamento, de que había de morir antes de entrar el año nuevo, porque le hacía saber que Dios le reservaba para que hiciese mayores servicios, y que no moriría antes que con su diligencia y trabajo redujese á Dios muchas almas perdidas; que entre ellas le estaban señaladas cinco de mucha cuenta, dignas de su ministerio apostólico, que había de convertir al verdadero Dios adquiriéndolas para su majestad divina.» Esto había dicho Rosa á la matrona para consolarla y esto fué lo que comprobó el tiempo y los sucesos; porque vivió el Padre nueve años después que murió Rosa y cogió los admirables frutos que le había profetizado, convirtiendo muchas almas perdidas. El fué el primero de la Compañía que en misión predicó en la montaña que hoy se llama *Santa Cruz de la Sierra*, donde libertó á muchos indios del cautiverio del demonio; y finalmente acabó santamente su vida en la ciudad de Lima el año 1616.

El P. Fr. Bartolomé Martínez, de la Orden de Predicadores, Prior del convento de Santa María Magdalena de Lima y confesor de la virgen, con gran riesgo de la vida luchaba con una enfermedad gravísima, sumamente peligrosa. Dejado ya casi el cuidado de la salud del cuerpo, por orden de los médicos, á toda prisa acudía á los remedios del alma, que estaba de partida, recibiendo los Santos Sacramentos. Visitó al enfermo el P. Maestro Fr. Juan de Lorenzana, y sintiendo de repente superior instinto, comenzó á concebir confianza cierta de la salud del enfermo, diciéndole, que tuviese buen ánimo, que esperaba en el Señor que había de salvar la vida; porque acababa de ver en la iglesia un cirio encendido por su salud delante del Santísimo Sacramento; dando á entender con estas palabras á Rosa, á quien desde lejos había visto que estaba en aquel puesto, rogando á Dios con ardientes oraciones por el enfermo. Apenas había acabado de pronunciar estas razones el Maestro Lorenzana, cuando vino Fr. Juan Fernández, sacristán del convento, diciendo: que le enviaba Rosa, que quedaba en la Iglesia arrodillada delante del Santísimo Sacramento; para que de su parte asegurase al Prior: «Que no moriría de aquella enfermedad, aunque tenía tan rigurosos y mortales accidentes. Y que así no desmayase, porque había de convalecer más presto de lo que imaginaba; por cuanto disponía la suprema providencia que se emplease en una obra de gran servicio suyo, que había de ejecutar con gran satisfacción y diligencia. Tenía el Prior bien conocido el espíritu de Rosa, y así dió luego crédito á lo que le decían de su parte, sin dudar en nada. Al mismo tiempo despidió los temores de la muerte, y se halló sano de su dolencia.

El Maestro Fr. Luis de Bilbao, que también fué confesor de la virgen por espacio de catorce años, después de unas calenturas que él juzgaba estar del todo extinguidas, y á las que había perdido por consiguiente el temor y pensaba que estaba del todo bueno, se vió en-

vuelto de nuevo en las redes de la enfermedad, la que le apretó con más violencia que antes, reduciéndole á los últimos términos de la vida. Ya dudaban los médicos de su salud, y no sabiendo con qué medios atajar el daño, habían alzado la mano de las recetas. Ya el enfermo, á quien la naturaleza había dotado de voz sonora y clara, cerrado el pecho y por habérsele perdido las fuerzas, apenas podía pronunciar palabra que se le entendiese. Con todo eso, como pudo, con voz débil y atenuada, y ayudándose de las señas, mandó que diesen noticia á Rosa del peligro en que se hallaba y que ella le dijese con toda claridad lo que sentía acerca de su enfermedad y el fin que podía esperar del aprieto que padecía; porque si Dios tuviese dispuesto que acabase entonces la vida, pudiese desde luego disponerse para aquel instante, de que pende la eternidad y el destino, para siempre irrevocable de la vida y muerte del alma. También le rogaba que no le desamparase en tiempo tan dudoso, ni disimulase ó dejase de advertirle cuanto le pareciese conveniente á su salvación; que aquel era el tiempo en que los amigos, más que en otro, debían decir las verdades; que ahora más que nunca esperaba recibir los obsequios de hija y experimentar el amor espiritual que como tal le tenía.

La virgen, aunque estaba apenada de lo que padecía su Padre, pero sin darle sobresalto lo que le referían, del riesgo y accidentes que le affligían, con rostro alegre y breves palabras respondió al mensajero: «Que nunca era fuera de tiempo prepararse con todo ahínco, solicitud y cuidado para el último trance, que tanto nos importa; que esta diligencia siempre era saludable y digna de alabanza. Mas que con todo eso esta enfermedad no era mortal. Convalecerá el enfermo y predicará con acierto y aplauso el triunfal día del Santísimo Rosario, que será muy presto. En el interin yo le enviaré mi Médico que asista á su cabecera, no aparte de él los ojos, ni dude que ha de sanar con brevedad y estar del todo bueno dentro de poco tiempo.»

Envió luego á su Padre una pequeña imagen del Niño Jesús, en quien tenía puestas todas sus delicias y esperanzas, vestida con decencia, aliño y curiosidad, á quien ella llamaba su Médico; aunque volvió á pedirla en convaleciendo el enfermo, porque le hacía gran soledad el carecer de su vista. Dió crédito el Maestro al vaticinio de Rosa, recibió al nuevo Médico como venido del cielo y recuperó las fuerzas perdidas con admiración de todos. Sólo en una cosa dudaba, no ocurriéndosele, cómo podía ser que hubiese de predicar en la solemnidad del Rosario, función en la que aquel año no le tocaba hacerlo; porque nombrándose por suerte un mes antes el predicador, como es costumbre en aquel convento, le había caído al Maestro Fr. Gabriel Zárate, Provincial de la Provincia del Perú. Con todo eso sucedió como lo había dicho la virgen, porque cayó enfermo el Maestro Zárate poco antes de la fiesta, no pudo predicar, y sin ser sabedor de la profecía, al fin encomendó el sermón al M. Fr. Luis de Bilbao.

Había conseguido que le diesen el hábito en el convento de Santo Domingo de Lima Juan de Soto, callando la enfermedad que padecía de gota coral; descubriéndose el defecto en el año del noviciado, y sabido, fué causa de que Fr. Alonso Velázquez, Prior que entonces era del mismo convento, juntado consejo, determinase que se le quitase el hábito; despidiéndole con los mejores modos que ser pudiese. Ya estaba decretado el día en que había de ejecutarse, y dado orden al Maestro de novicios Fr. Pedro de Loaisa para que así lo hiciese. Estaba todo esto tan oculto, que no podía humanamente haber venido á noticia de Rosa. Con todo eso el mismo día que estaba señalado para el efecto dicho, vino la virgen muy de mañana á la Iglesia, y rogó á Fr. Blas Martínez, que llamase al Maestro de novicios, y al Padre Prior, suplicándoles de su parte que bajasen, porque tenía un negocio que comunicarles antes que le pusiesen por obra. Vinieron entrambos admirados, por no saber que podía querer Rosa á hora tan extraña

y desacostumbrada. Apenas les vió cuando dijo, que venía á interceder por el novicio á quien querían despedir, y quitar el hábito; y que les rogaba, que revocasen tan riguroso decreto. Algo ofendido de la súplica, respondió uno de los padres. No sabéis madre en que mal tiempo viene la intercesión: y que poco remedio tiene lo que ha determinado el consejo de este Convento: y más siendo el novicio por quien se interpone la súplica, inhábil por derecho, para ser religioso. No se inmutó ni se alteró la virgen con respuesta tan desabrida, oyóla como mansa paloma, y dijo: Aunque todo sea así, el tiempo dirá que es muy contrario el decreto del Altísimo y de más fuerza que el vuestro; este novicio ha de profesar en la orden, y ha de ilustrarla con ejemplo insignie de piedad y religión. Todo sucedió como lo dijo Rosa.

Tres hermanas, cuyos nombres eran, Felipa, Catalina y Francisca, con el trato, y los ejemplos de Rosa iban aprovechando mucho en la escuela de la virtud. Felipa y Catalina deseaban de veras dejar el mundo, y vestir el hábito de la Tercera Orden de Santo Domingo; sólo Francisca estaba más asida al siglo y rehusaba hacer divorcio perpetuo en el mundo; no la agradaba el hábito religioso, dábale en rostro el vestir humilde, y poco curioso de las Terceras; era todo su gusto adornarse con las galas que entonces se usaban, y tenía la presa aquello en que las mujeres fundan su vanidad, el cabello, del que estaba sin duda muy pagada. Algunas veces la reprendía Rosa, afeando el demasiado empeño que ponía en los rizos y adorno de su tocado y le decía: «Estos tus cabellos en cuyo aliño tienes puesto todo el cuidado, yo los he de ver cortados, y no dudes de esto.» Y finalmente declarándose más, dijo después de algun tiempo: «Que Francisca, aunque estaba entonces de parecer contrario y Catalina habían de ser religiosas de la Tercera Orden de Santo Domingo: pero que Felipa, que por entonces tanto deseaba este feliz estado, al fin, ofreciéndose ocasión de casarse honrada-

mente, había de venir en ello, y consentir en el matrimonio. Los sucesos vinieron á confirmar la profecía de la virgen; porque los ardientes deseos que Felipa tenía de ser religiosa se pasaron al pecho de Francisca con admiración de todos. Aquella gozó del casto tálamo, admitiendo marido; entregó su mano y su corazón al esposo terreno que se la ofreció; y ésta juntamente con su hermana Catalina recibió el hábito religioso, aborreciendo, trocado por completo el corazón, la hermosura de los cabellos, la pompa y el siglo, y admitiendo el penitente estado con fervor y alegría indecible.

Dos vírgenes muy nobles, María y Juana de Bustamante, aunque eran muy amigas de Rosa, en nada pensaban menos que en ser religiosas; no obstante esto estando paseando un día con ellas en su huerto, llevada de un instinto sobrenatural, repentino y soberano, les dijo: «Sabed hermanas carísimas, que las dos, juntamente con vuestra abuela Luisa habéis de ser monjas en el convento de la Santísima Trinidad, y yo he de vivir en ese tiempo y tengo de verlo.» Estas tenían otra hermana llamada Francisca, tan aficionada á ser de la Tercera Orden de Santo Domingo, que no sabía hablar ni pensar en otra cosa; comunicando al fin sus intentos con Rosa, le fué respondido lo que después se vió por el efecto, y era: «Que ni había de ser religiosa de Santo Domingo, ni de otra orden alguna, antes había de sujetarse al legítimo yugo del matrimonio.» Sucedió así, pues dos años antes que muriera Rosa, que fué año de 1615, María y Juana con su abuela Luisa recibieron el velo de la Santísima Trinidad, mudándose los nombres, la primera en María de la O, la segunda en Juana de Jesús, y la abuela en Luisa de la Cruz, y Francisca se casó con Jerónimo de Villalobos.

Tenían Juan de la Raya y María Eufemia de Pareja un hijo único, llamado Rodrigo, el que era todo el consuelo de sus padres. Ellos, desde su primera edad le tenían destinado para que fuese Religioso de la Compañía de Jesús. Creció el niño sin descubrir inclinación

al estado religioso. Puesto al estudio se conoció mucho mejor la poca afición que tenía, no sólo á ser religioso, pero ni aun á ser eclesiástico, por más que sus padres deseaban lo contrario, y con cuidado procuraban persuadirle. Afligida su madre fué á tratar con Rosa su desconsuelo, cuando estaba la virgen en el retiro de la celdilla que había fabricado en el huerto de su casa; declaróse con ella, propúsole sus penas, pidióla que ayudase estos buenos intentos con el socorro de sus oraciones. Rosa, como era prontísima en apresurar el alivio de los afligidos, prometió desde luego á Eufemia todo lo que pudiesen con Dios sus oraciones. De allí á poco tiempo, mirando por un rato al cielo y después de breve tardanza volviendo sobre sí: «No tienes que poner duda en ello, la dijo, tu hijo Rodrigo después de pocos meses tomará el hábito religioso; pero no será de la Compañía, como tú deseas.» Estas últimas palabras, como si fueran una saeta aguda, traspasaron el corazón de Eufemia, quien dijo á la virgen: «¡Oh cuánto ha de sentirlo mi marido, cuando me oiga decir que nuestro hijo no ha de ser de la Compañía!» Respondió á esto, compadecida la virgen, con afabilidad y blandura de palabras: «Antes debes dar muchas gracias, adorando la providencia divina, que con tanto tiempo ha dispuesto que esto haya llegado á tu noticia; con que puedas poco á poco ir disponiendo el corazón de tu marido, para que no quiera contradecir al divino espíritu, que corre libremente por donde quiere, y para acabar de reducir la voluntad á que primero se cumpla en Rodrigo la divina que la vuestra. Y no me dejes de avisar en tomando este niño el hábito, para que yo dé gracias al Criador por este beneficio que ha sido servido de concedernos.» Pasáronse cerca de tres meses, y comenzó á sentir de repente el joven que se inflamaba su corazón con ardientes deseos de ser Religioso; dijo á sus padres que pues este era su gusto, que hiciesen diligencias para que le admitiesen en su religión los Padres de la Compañía. Supo esto Rosa y volvió á decir á

Eufemia: «Es infalible que verás á tu hijo Religioso; pero no es menos cierto que no será de la Compañía; espéralo el hábito más austero y más áspero del Serafín Francisco.» Nada menos que esto deseaba entonces Rodrigo, nada estaba más lejos del afecto de sus padres, quienes habían hablado ya con los Padres de la Compañía de Jesús, los que accediendo á su petición habían solicitado y pedido al Provincial el correspondiente permiso. Pero, disponiéndolo Dios así, tardó en venir, y en este intervalo Rodrigo, sin saberlo sus padres, se fué secretamente al convento de San Francisco, pidió el hábito, fué admitido y avisados sus padres, los que finalmente consintieron en ello. Pasados ocho días fué recibido al hábito en la pobre familia de los frailes Menores. Su madre, cuidadosa y dudando que pudiese perseverar un niño criado en regalo y de compleción delicada en Religión tan áspera y que profesa tantos rigores; juzgando que le habían de faltar las fuerzas, volvió otra vez á consultar á Rosa, llena de temores y sobresaltos, porque había sabido que estaba achacosó con los rigores de la cuaresma. La virgen, reprendiendo blandamente su desconfianza, la dijo: «¿Tan poca fe tienes? ¿tanto desconfías de los socorros de la Virgen Santísima del Rosario, á cuyo amparo tengo yo encomendado el novicio Rodrigo? Está segura que ha de perseverar en su Orden y da por hecho que está ya profesó.» ¿Qué más puede decirse? Rodrigo al punto que trocó la camisa de lienzo por la grosera túnica de sayal, convaleció luego, y acabado el año del noviciado profesó y perseveró muchos años en la orden seráfica, siendo varón virtuoso y muy ejemplar sacerdote.

María Pérez, esclava de D. Leonardo de Rojas, español noble, vivía en mal estado con su dueño, aunque era oculto el pecado. Llegó tiempo en que arrepentida de su ruin trato, y deseando mirar por su salvación, no hallaba modo para apartarse de la ocasión, abandonando al caballero; ni el estado de esclava la dejaba esperan-

za para evitar el peligro, casándose. Fué á ver con Rosa para desahogar su pena, dándole cuenta de su desdicha. Compadecida la virgen de la esclava, dióla buenas esperanzas, diciendo: «Que tuviese gran confianza de la misericordia divina, que vendría tiempo en que D. Leonardo la admitiese por esposa legítima.» Creyóla la afligida mujer, aunque no parece que hallaba razón para fundar tan feliz esperanza; pero desengañóla la experiencia; con que conoció muy á satisfacción suya que no había sido vano el consuelo que la dió Rosa.

Dos esclavas negras se habían huído á un mismo tiempo de casa de María de la Mesta, mujer de Medoro Angelino, pintor; y Antonia, que era una de ellas, se había llevado también consigo unas llaves de que necesitaba mucho su ama. Quejóse tiernamente María de la Mesta de este acontecimiento, visitando á Rosa. Lamentaba el verse obligada á quebrantar la cerradura del arca donde tenía guardados todos sus vestidos ó buscarlos prestados para el día siguiente, si las llaves que se había llevado su esclava no parecían. Mas Rosa respondió de repente: «Ni uno ni otro será necesario, porque al volver á tu casa, antes que te hayas apeado de la silla en que fueres, al mismo umbral de la puerta llegará quien te diga que ya Antonia, arrepentida se ha vuelto á tu servicio, y que la otra volverá también mañana.» Oído esto se despidió de la virgen, María de la Mesta, y al llegar al umbral la salió á recibir su marido y la dió la buena nueva de que ya había vuelto Antonia con las llaves; á lo que respondió ella: «Pues mañana volverá la otra esclava que falta de casa.» Ambas cosas había dicho Rosa; ambas vió cumplidas María de la Mesta al día siguiente.

Había determinado el Virrey del Perú encargar al contador D. Gonzalo el desempeño de una comisión importante muy lejos de Lima en servicio del Rey, la que, aunque honorífica, era muy difícil y de mucha molestia y pesadumbres, y que pedía para ejecutarse

con el debido acierto un varón de gran experiencia y confianza y de mucha entereza. Para que diese con más facilidad D. Gonzalo su consentimiento, envió el Virrey á un Oidor de la Real Audiencia, al Fiscal y á su mismo confesor, para que la autoridad de tantos le venciese á aceptar el nuevo cargo que deseaba encomendar á su diligencia y buen despacho. El contador, acosado con la autoridad de los delegados del Virrey, sabiendo el deseo y resolución de éste, y conociendo por otra parte muy detalladamente la dificultad del empeño, pidió tiempo para deliberar y mirarse mejor en ello; dando por excusa que estaba de partida la flota para España, y que las muchas cartas y el ajustar sus cuentas le tenían muy ocupado entonces y que ni un instante podía faltar de casa; pero á la verdad todo era dar excusas y largas, usando de este pretexto por ver si dando treguas al tiempo podía descubrir camino para eximirse de negocio tan peligroso. Partida ya la flota, vinieron otra vez á hablar los tres mensajeros, no todos juntos, como antes, sino cada uno de por sí, por cuanto daba prisa la gravedad del negocio y el servicio del Rey. Finalmente, el 15 de Abril le citaron para que al día siguiente fuese á verse con el Virrey, que le esperaba en su palacio, para que allí se resolviese el punto. Con esto conoció el contador que ya no había lugar para excusarse y que le sería forzoso admitir el viaje que tanto aborrecía; por lo cual aquella noche, después de haber cenado triste y melancólico, explicó su cuidado á su mujer y á Rosa, sin dar parte á otra alguna persona. D.^a María de Usateguí desde luego perdió el color en oyéndolo; pero no Rosa, que saliendo al día siguiente del oratorio habló al contador, que estaba ya para salir de casa y verse con el Virrey, y díjole: «Ten buen ánimo; no temas; más alegre volverás de palacio que ahora te vas de casa, y para no detenerte con palabras superfluas, solo te digo que estés seguro. Aquel arduo negocio que tanto recelo te causa y tanta tristeza, á otro se ha de encargar y quedarás libre.» Dudando de

esto la mujer del contador, repitió lo mismo dos y tres veces, y añadió esto: «Aunque veas á tu marido con los pies en los estribos y que está ya puesto á caballo para partirse, no creas que ha de hacer esta jornada que tanto te molesta.» ¡Cosa admirable! Entró el contador en la habitación del Virrey, adonde fué llamado con toda prisa, detúvose hablando con él por espacio de hora y media, y cuando esperaba temeroso que el Virrey le insinuase el decreto irrevocable de su partida, con todo agrado le despidió; sin que en todo aquel tiempo que con él se detuvo le hablase la menor palabra tocante á la comisión que temía, aunque por espacio de cuatro meses había sido todo el deseo del Virrey, que por medio de los personajes que le habían hablado admitiese el contador, aunque fuese contra su voluntad, el encargo para que ahora le había llamado á su palacio. Después de largo tiempo se le encomendó á otra persona, como si nunca se hubiera acordado de D. Gonzalo.

Fernando Flores de Herrera, hermano de Rosa, siguiendo la milicia, á ejemplo de su padre, había penetrado hasta el reino de Chile, donde consiguió el honor de alférez de su compañía. A éste, que estaba distante de Lima más de quinientas leguas, escribió Rosa una carta, porque había sabido por revelación divina que se había casado en Chile. En ella le aconsejaba que «ya que había tomado aquel estado no pusiese en olvido el cumplir puntualmente entre los estruendos de la guerra con las obligaciones que corren á cargo de un padre de familias cristiano; que gobernase su casa, atendiendo á que todos viviesen con temor de Dios y ajustados á las divinas leyes; que procurase con toda diligencia criar bien á los hijos que Dios había de darle, doctrinarles y enseñarles buenas costumbres; que el primer fruto del matrimonio había de ser una hija que Dios señalaría en el rostro con una rosa encarnada, carácter con que desde luego quería el Señor sellarla y escogerla para sí; por lo cual era santo consejo que

desde su nacimiento la ofreciese y dedicase á Dios y á su augustísima Madre, porque esta hija había de ser muy agradable al Altísimo con la pureza y vida inocente que había de observar.» Sucedió así, porque después de pasados poco más de dos años, fué este el primer fruto que cogió Fernando del matrimonio; y desde que salió del vientre de su madre se vió una rosa tan graciosamente formada en su mejilla, que ni el pincel más cuidadoso pudiera pintarla con más perfección y gracia. Fué creciendo con esta señal la niña, causando admiración á cuantos habían antes visto la cara de nuestra virgen. Concurrían á competencia á la casa de Fernando de Flores para ver con sus ojos aquel caso tan providencial y tan raro. La niña, desde sus primeros años, se sintió fuertemente inclinada á los ejercicios de religión y virtud. Quedó muy temprano huérfana de padre y madre, y D. Francisco Lasso de la Vega, Gobernador y Presidente de Chile, movido de la devoción que tenía á nuestra Rosa, ya difunta, cuya celebridad y buen nombre se extendía hasta aquellos remotos reinos, se encargó de remitirla á sus expensas á Lima, donde vivió en el convento de Santa Catalina con su abuela María de Oliva, y resplandeció maravillosamente, dando singular ejemplo de virtud y observancia.

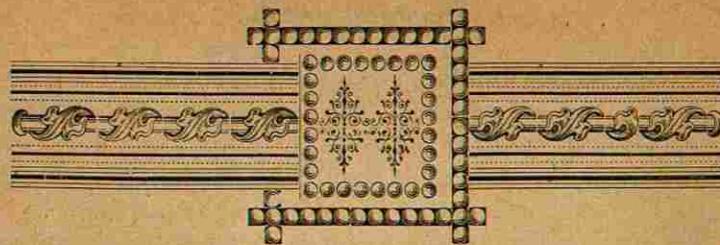
Doña Isabel Mejía, matrona noble, tenía una esclava negra, que por su antojo se había puesto el nombre de Esperanza, como si fuera cristiana bautizada. Había sido traída á las Indias desde lo interior de Libia, embarcándose en un puerto que los antiguos llamaban el Promontorio Hesperio y ahora llaman comúnmente Cabo Verde; había servido primeramente en el Estrecho de Panamá y últimamente conducida á Lima, había ya seis años que estaba en casa de Doña Isabel y en su servicio. Sucedió que le sobrevino una grave enfermedad; por lo cual Rosa, interponiendo importunos ruegos, consiguió de Doña Isabel y de su madre que le diesen licencia para traerla á su casa, donde pu-

diese asistirle con más puntualidad y cuidado. Luego que la trajeron comenzó la virgen á hablar de repente consigo misma diciendo algunas palabras, que no se le entendían por ser perplejas, y al fin vino á decir claramente á su madre: «Yo tengo para mí que Esperanza no está bautizada.» La enferma por el contrario, á fin de evitar el empacho que le causaba no ser cristiana, porfiaba con ahinco que en Panamá había recibido el santo bautismo. Y para hacer más creíble su mentira, fingía los nombres de muchos que decía habían asistido á su bautismo. Inventaba padrinos que nunca habían existido, señalaba lugar, año, ceremonias y cuantas cosas podían desearse para que se le diera crédito. Fuéle muy fácil engañar á su señora, á María de la Oliva y á todos cuantos la oían; tanto que ya motejaban á Rosa de importuna é impertinente, porque siempre se estaba firme en lo que había dicho. La virgen sin reparar en esto lloraba á gritos, lamentaba la mala suerte de Esperanza, que estando enferma negaba la verdad y quería persuadir que estaba bautizada. Vino á Lima después de once días, disponiéndolo así la divina providencia, Francisco, esclavo de D. Gonzalo, que había caminado en compañía de Esperanza desde Africa á Panamá y desde allí á la Ciudad de los Reyes. Preguntado éste acerca del punto, respondió sin dobléz y sin ficción, que él siempre había creído que en los seis años que Esperanza había estado en aquella ciudad, no la habían bautizado; porque el que no hubiese recibido el bautismo en Lima, lo tenía por llano. Convencida con esto la esclava y cogida en la mentira que hasta allí había urdido, admirábase, no sabiendo por dónde podía haber venido el secreto á noticia de Rosa, y comenzó á hablar lo siguiente: «Cuando yo caminaba desde Panamá á la casa de Doña Isabel, mi señora, las otras negras esclavas que venían conmigo, por afrenta, dieron en llamarme la yegua, dándome este mal nombre por decir que aun no estaba bautizada. Yo, viendo esto, impaciente del oprobio y sin poder sufrirlo, repli-

qué que era tan cristiana como ellas. Desde entonces por no avergonzarme llevé adelante el embuste, procurando hasta el día de hoy defender mi mentira con pertinacia ciega y porfiada. Ahora confieso que Rosa no sé cómo ni con qué noticias ha descubierto toda esta maraña. Con lo cual pido de corazón y con todo rendimiento el santo bautismo.» Sin detenerse más, acabando de decir esto la enferma, llamó Rosa al cura de San Sebastián, refirióle todo lo sucedido y viniendo en ello Esperanza fué bautizada y murió el día siguiente la dichosa esclava.

No había quien se atreviese á preguntar á Rosa, ufana con el feliz suceso de Esperanza, cómo había sabido este secreto; porque todos tenían entendido que humanamente no pudo desde Lima tener noticias de este caso. Por otra parte constábale á su madre que no era la primera vez que el cielo daba á su hija noticias de acontecimientos que habían tenido lugar muy lejos de allí. Sabía por experiencia que siendo de poca edad la virgen, sin costa y sin trabajo le habían infundido el arte de leer y escribir sin haberlo aprendido de maestro, ni adquirido con estudio; aunque después se descubrió el misterio, y fué de esta suerte. Había enseñado á Rosa su madre las primeras letras del alfabeto, y la mandaba que juntando letras deletrease las sílabas. También le había puesto en una tabla una muestra, para que imitando la forma de los caracteres con la pluma, fuese poco á poco aprendiendo á escribir. Mas quería Rosa emplear todo este tiempo en oración; pero su madre imaginando que era poca afición y mucha pereza y tedio de estudiar la lección, como sucede á otros niños, persuadió á su confesor que delante de ella la diese una reprensión, afeando su negligencia y poca aplicación en aprender lo que la enseñaban. Obró el confesor con buena intención en lo que le habían dicho. Rosa, al día siguiente, después de haber estado en oración, fué á que le diese lección su madre; comenzó á leer sueltamente en el libro en que se la daba, y ade-

más de esto sacó la plana escrita de su mano con toda perfección y la mostró á su madre. Por eso no se admiraba la madre de Rosa, de que tuviera conocimiento su hija de los sucesos lejanos, por el mismo camino por donde había aprendido á leer y á escribir; esto es, por virtud y gracia del Espíritu Santo. El suceso más fausto para Rosa era el de su dichosa partida de este mundo al otro, del que tuvo noticia del modo que se dirá en el capítulo siguiente.



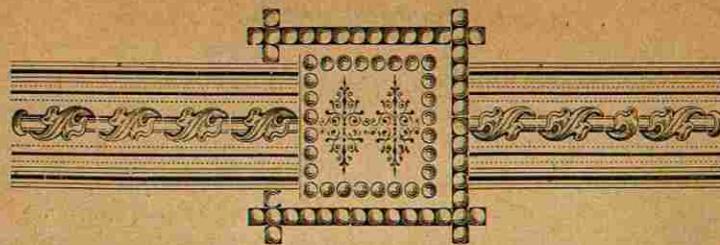
CAPÍTULO XXIX

Rosa, sabiendo el día de su muerte por revelación divina, entra esforzadamente en la pelea de la última enfermedad, en la que sale siempre victoriosa.

CUAL sea tormento más penoso para el alma, ó saber de cierto el día y la hora de la muerte, ó ignorarle y temerle cada instante; es problema, aunque muy disputado entre los doctores, no resuelto hasta el presente. Verdad es que allí aflige el fatal decreto; pero aquí aprieta mucho las cuerdas el secreto de cuando ha de ser. Para sólo aquellos que son amigos de Dios, el morir es logro y ganancia, es descanso y es corona. Por eso dispensa el cielo con algunos, por especial privilegio, descubriendo el secreto del día y de la hora, y asegurando con el conocimiento las dichas eternas.

Los hijos de este siglo son los que tienen razón para temer, por lo mismo que mueren para el cuerpo y para el alma. Para los predestinados al día y la hora de la partida para la eternidad son momentos de felicidad

más de esto sacó la plana escrita de su mano con toda perfección y la mostró á su madre. Por eso no se admiraba la madre de Rosa, de que tuviera conocimiento su hija de los sucesos lejanos, por el mismo camino por donde había aprendido á leer y á escribir; esto es, por virtud y gracia del Espíritu Santo. El suceso más fausto para Rosa era el de su dichosa partida de este mundo al otro, del que tuvo noticia del modo que se dirá en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO XXIX

Rosa, sabiendo el día de su muerte por revelación divina, entra esforzadamente en la pelea de la última enfermedad, en la que sale siempre victoriosa.

CUAL sea tormento más penoso para el alma, ó saber de cierto el día y la hora de la muerte, ó ignorarle y temerle cada instante; es problema, aunque muy disputado entre los doctores, no resuelto hasta el presente. Verdad es que allí aflige el fatal decreto; pero aquí aprieta mucho las cuerdas el secreto de cuando ha de ser. Para sólo aquellos que son amigos de Dios, el morir es logro y ganancia, es descanso y es corona. Por eso dispensa el cielo con algunos, por especial privilegio, descubriendo el secreto del día y de la hora, y asegurando con el conocimiento las dichas eternas.

Los hijos de este siglo son los que tienen razón para temer, por lo mismo que mueren para el cuerpo y para el alma. Para los predestinados al día y la hora de la partida para la eternidad son momentos de felicidad

y de dicha; por lo mismo que son en ellos el término de las miserias pasadas y el principio de los goces eternos. De aquí nació el ser todos los años para Rosa de tanto gusto la fiesta del Apóstol San Bartolomé. Sabía con luces soberanas que en este día había de pasar del destierro de este mundo á la patria celestial, y así le celebraba más devotamente que otros y le festejaba con singular cuidado, y no contenta con ayunar ella sola su vispera, inducía á algunas niñas á que también la acompañasen ayunando esta vigilia. Merced á los desvelos de la virgen arraigó tan profundamente esta devoción en sus corazones, que no se eximieron de practicarla, aunque sabían que no estaban obligadas al ayuno; sin dar más razón que haberles enseñado Rosa á que ayunasen esta vigilia. Su madre curiosa y amiga de saber las razones por que su hija obraba, admirábase de ver que Rosa pusiese tanto empeño en dar á conocer el mucho afecto que tenía al Apóstol; y sospechaba que había algún misterio en esto. Se quietó cuando llegó á oír de la boca de la misma virgen, que este día en algún tiempo había de ser para ella de bodas, llamándola al florido tálamo el divino Esposo.

Tres años faltaban para que se llegase el tiempo en que había de morir la virgen, cuando rendida de una enfermedad peligrosa, parece que había llegado ya al último término de la vida. No había quien dudase que dentro de pocos días había de expirar; los de su casa la lloraban ya por muerta, dudando muchas veces si respiraba. Entre otros muchos hallóse presente en el mayor aprieto el Maestro Fr. Luis de Bilbao, y con voz clara comenzó á esforzarla con las palabras con que suelen ayudar á los que agonizan en el último término de la vida. Oía Rosa bañada en lágrimas y con gemidos tiernos, pero con quietud y buenos deseos los últimos consuelos que la proponía el Padre; persuadióla, cómo en aquella hora conviene, que fuese mucho en la misericordia divina, que pusiese en Dios todo el corazón; que se doliese de sus culpas y pidiese perdón de las

que por ocultas suelen dejar de confesarse; por no ser posible descubrirlas, por muy exacto que sea el examen de conciencia. Acomodándose la virgen á tan santas amonestaciones, sin hacerse mucha fuerza, porque era muy conforme á su espíritu, ya hacía actos fervorosos de contrición, ya daba tiernos suspiros, resignándose en manos de la voluntad divina, ya explicaba con anhelantes deseos y vivos actos de esperanza las ansias que tenía de verse en la patria celestial. Pero advirtiéndole entre estos actos heroicos que los presentes la daban por muerta y la lloraban como á tal, y que su confesor penetrado el corazón con la herida del golpe fatal, que tenía por cierto, no podía detener las lágrimas, tampoco pudo ella contener el afecto de conmiseración y lástima, y así para consolar á todos habló á su Padre de espíritu y dijo: «No te rindas, Padre mío, al miedo que tan pesadamente solicita tu pecho, ataja esa avenida de tristeza que tan sin tiempo te aflige, y ten por muy cierto que no he de morir de esta enfermedad, aunque á vuestro parecer no pueda escapar del riesgo, ¡Ay de mí infeliz! más lejos está el término de mi carrera; llegaré á él con el tiempo, mas no ha de ser ahora. Y si no es que haya de morir dos veces, no puede ser en esta ocasión, porque está distante el día en que he de dejar el mundo; ni hay fundamento para entender que sea voluntad de mi divino Esposo que haya de morir dos veces.» No acababa el Padre confesor de admirarse, viendo la seguridad y confianza con que pronunciaba esto la virgen, que sabía muy bien que no solía hablar temerariamente, y que no se atreviera, si no estuviera bien certificada, á decir que no había de morir por entonces; siendo tan oculto al saber humano, si no tuviera especial revelación que la asegurase.

Se acercaba Rosa al año 32 de su vida, que sabía por revelación divina no había de acabar. Cuatro meses antes que muriese, estando sana y robusta, habló á la mujer de D. Gonzalo en esta forma: «Has de saber, ma-

dre mía, que de aquí á cuatro meses he de hacer el viaje último, que es forzoso á todos los mortales, y esto es muy cierto. Los dolores de la última enfermedad serán atrocísimos, ellos me han de acabar la vida; el más crecido será el tormento insufrible de la sed, y así desde luego te pido por Dios y por caridad que me socorras en aquel último aprieto; acuérdate en aquella ocasión que te he tenido en lugar de madre, usa de entrañas piadosas como si lo fueras, y si te pidiera agua para templar el ardor de las fauces y la sequedad de los intestinos, no me la niegues, porque será grande la necesidad que padeceré. Promete, madre mía, y dame hoy palabra, que no me has de dejar en aquel mortal incendio de la sed, sin darme agua cuando yo la pida.» Atónita con estas palabras la matrona y mirando atentamente a la virgen, y advirtiendo las veras con que lo decía y la humildad y rendimiento con que se lo rogaba, le dió palabra con sencillo afecto de darle agua cuantas veces se la pidiese; causándole gran dolor que tan de cerca amenazase el día en que había de perder á Rosa.

Con no menor certeza había un año antes de su muerte declarado Rosa á la misma matrona el lugar en que había de acabar la vida. Estando una tarde en plática espiritual, súbitamente la interrumpió, fuera de lo que acostumbraba. Llena de alegría sobrenatural y con señas de gran regocijo interior, dijo estas palabras: «Quiérote dar una noticia, madre mía, y es que no he de pagar á mi Dios la común deuda de los mortales en otra parte alguna. En esta casa, en este lugar he de morir, y aunque veas que la última enfermedad me acomete en casa de mis padres, no dudes que aquí y no allí he de librarme de las prisiones de la mortalidad. Desde ahora te conjuro por todas las leyes del amor que me tienes y del afecto con que te correspondo, que en acabando de expirar no fies de otras mujeres el piadoso oficio de amortajarme y componer mi cuerpo en las andas; sólo tú y mi madre han de tomar

este cuidado, así te lo ruego por amor de Dios; á vosotras solas dejo este último obsequio de misericordia cristiana; así lo pido con todo rendimiento, si algo valen contigo mis súplicas.»

En la célebre visión de los arcos celestes, referida en otro lugar, el Salvador, delante de un ejército resplandeciente de espíritus angélicos, reveló á la virgen todo el orden de dolores, con que determinaba la providencia soberana apurar su paciencia, pesar su valor y disponerla, para que después gozase inmortalidad bienaventurada; y que habían de ser tan agudos, crueles y de modos tan diversos, que cuantos hasta allí había experimentado comparados con estos pareciesen ningunos; sin merecer nombre de penosos ni poder compararse con los que en la última despedida le estaban esperando. Diéronla á conocer en aquella visión maravillosa y peregrina que en aquel tiempo había de hallarse puesta como en un potro y que todos sus miembros habían de sentir particular tormento; sin que uno pudiese socorrer al otro ó participar lo que el otro padecía, aliviándole por este medio del sentimiento; que la sed que había de sentir en las fauces y en las entrañas áridas y secas sería muy semejante á la que obligó á dar gritos al Redentor, desangrado en la cruz; que los huesos habían de ser penetrados con ardores intolerables; y que en la complicación de tantas enfermedades que conjuradas contra su cuerpo, habían de combatirla, no se habían de observar el orden, ley ó intervalos que se advierten en otros enfermos; porque el conjunto de tormentos tan mortales no había de regirse por leyes naturales, sino por disposición y providencia sobrenaturales. Rosa, para no rendirse al miedo, ni rehusar la bebida de tan amargo cáliz, en la capilla del Santísimo Rosario, como en otro huerto de Getsémani, hizo su oración, y con ardiente espíritu se resignó á la voluntad del eterno Padre, implorando el socorro de la excelsa Reina de los cielos, Madre de Dios sacrosanta.

En esta ocasión fué cuando más claramente supo por las revelaciones que la hizo María Santísima, que estaba muy cercano el día en que había de echarse á pechos y agotar el amargo vaso de hiel, con valor y brío. Sobrevino á la sazón, aunque muy acaso, Juan Tineo de Almansa, familiar en su casa, quien saludando con cortesía á la virgen, se encomendaba á sus oraciones; ella le rogó que hiciese lo mismo. Tenía encendido el rostro, arrojaba al parecer llamas, ocasionando esta mudanza en el rostro el coloquio que había tenido con la Reina del Rosario. Cuando pedía á Juan Tineo que le correspondiese con oraciones, introdujo tales razones, dichas de tal modo, que pudo entender el que la oía, que en aquel punto había tenido revelación manifiesta del día cierto y determinado en que había de morir.

Finalmente, tres días antes del fatal desmayo de la enfermedad, con que acabó su vida, fué Rosa la última vez á casa de sus padres, acaso para despedirse ocultamente de la celdilla antigua que tenía en el huerto, que fué sabedora de tantas delicias y regalos como allí la concedió el cielo; donde retirada la virgen, y juzgando que nadie la escuchaba, comenzó á entonar las últimas canciones precursoras de su muerte. La madre, sin que Rosa pudiese verlo, estaba acechando, y oyó á su hija dirigirse con tiernos cánticos amorosos á su P. Santo Domingo, al que suplicaba encarecidamente que mirase por su madre, María de la Oliva; repitiendo muchas veces que en breve tiempo, después de muerta Rosa, quedaría viuda y sola, y que así tomase á su cargo á la desamparada madre, pues al fin la había de adoptar por hija suya. Gran horror y sobresalto ocasionó en ella misma el secreto que había escuchado; pero disimuló por entonces, juzgando que no iba tan de veras y que todo aquello debía ordenarse á desahogar alguna impresión melancólica con los ecos de la música. Después de tres días, que fué primero de Agosto, llegó á comprenderse que no eran imaginación poética y fin-

gida los himnos que cantó aquel cisne; ó por mejor decir, los trasportes de júbilo con que celebró su próximo triunfo.

El día primero de Agosto por la tarde se había retirado Rosa sana y fuerte y cerrado en la soledad de su aposento, esperando allí con ánimo invicto los últimos dolores, que ya Dios le había pronosticado, cuyos tristes preludios había comenzado á sentir; cuando de repente, cerca de la media noche, la oyeron dar quejas, voces y alaridos lastimosos. Acudió á los gritos la mujer del contador con sus hijas y sus criadas; halláronla tendida en el suelo de largo á largo; el cuerpo yerto y sin movimiento; sólo el palpar del pecho, la respiración apresurada, la voz ronca y desmayada daban testimonio de que permanecían en la virgen algunas centellas del calor vital. Turbada la matrona con tal espectáculo, preguntaba con instancia dónde le dolía, qué la afligía más y cuál era su enfermedad. Mas Rosa, como estaba ya tan debilitada y rendida, no pudo responder cumplidamente. Sólo dijo haciendo pausa en las palabras: «Que mal ninguno tenía; pero que la misma muerte apoderada de los más retirados senos de las entrañas, enseñoreaba libremente todo su cuerpo.» Volviendo á preguntarle si llamarían al médico para que aplicase remedio y medicina, respondió: «Al del cielo», y no habló otra palabra.

Levantándola del suelo y echándola en la cama, no podía estar quieta, ni podía moverse; era su frente pálida una fuente de sudor frío, luchaba la respiración, como si un gran peso la oprimiera el pecho. Solamente sentía algún alivio, mientras que desahogado el aliento con suspiros, pronunciaba el dulcísimo nombre de su Esposo Jesús. Apenas amaneció llamaron á los confesores los que al punto vinieron á asistirle; admirándose de ver en Rosa un simulacro vivo y mudo de todos los dolores. También vinieron los médicos, quienes conocida la complicación de opuestas enfermedades, no sabían qué decir, mirándose unos á otros; sólo afir-

maron que tan crecido montón de males era mayor que el que podía sufrir la paciencia humana, y que aquellos dolores no eran del todo naturales; declarando que tales paroxismos y movimientos del pulso eran superiores á lo que alcanzaba el arte de la medicina, y hasta entonces ni experimentados ni conocidos. Era á la verdad este el cáliz que había bebido el Esposo, quien le había preparado para que también le gustase su esposa y que tanto tiempo antes le había prometido.

Uno de los confesores rogó á la virgen que por lo menos declarase al médico lo que sentía. Rehusándolo ella, y deteniéndose en dar respuesta, la obligó con mandato; creyendo que causaba tanto silencio la modestia humilde y no el exceso de los tormentos. Apenas oyó el precepto del confesor, la obediencia de la virgen se sobrepuso á los sufrimientos y pudo más que los dolores. Y aunque Rosa por la mucha experiencia sabía casi todos los nombres de las enfermedades, no sabiendo ahora, ni pudiendo nombrar á esta por ser tan peregrina, usando sólo de semejanzas y de perífrasis explico su sentir diciendo: «Bien sé que merezco lo que estoy padeciendo; pero no sabía yo hasta ahora que pudiese caber en un cuerpo humano tanto tropel de penas ó que podían repartirse por todos los miembros, sin quedar alguno libre. Paréceme que me aplican á las sienes un globo de hierro encendido y que va rodando por ellas; y que un asador hecho ascua me traspasa desde lo alto de la cabeza hasta la planta del pie derecho, cuya vehemencia me levanta en alto. Con semejante ardor, un puñal abrasado me penetra por medio del corazón desde el lado izquierdo. Paréceme también que tengo en la cabeza un morrión de llamas, y que le golpean por todas partes con golpes de martillos, y que agudas puntas penetran el casco, sin que haya un punto de reposo. Los huesos poco á poco se resuelven en polvo, las medulas se han secado y se van haciendo ceniza; en todas las junturas hay especial tormento, que ni yo sé el nombre, ni hallo dolor con quien

compararle. Con tantos contrarios conozco que voy llegando al fin de mi vida; mas por cuanto dentro de poco sé que han de aumentarse, me compadezco mucho, y me pesa del trabajo y molestia que he de dar en esta casa, á quien he de ser de pesadumbre, durando mi enfermedad más de lo que quisiera. Todo lo demás importa muy poco. Cumpla el Señor en mí su santa voluntad. Yo ni la muerte ni los dolores intolerables de la misma muerte rehusó recibir, si el Señor los envía.» Esta relación traía fuera de sí á los médicos; fluctuaban mirándose á las caras, perplejos, atónitos, confusos; porque por una parte la conocida santidad de Rosa no permitía poner duda en nada de cuanto había dicho; por otra parte faltaban las señales que indicasen que era mortal aquella dolencia; no manifestando el pulso calentura maliciosa; ni dando muestras manifiestas la sucesión de alteraciones tan opuestas, para hacer juicio que hubiese allí alguna de las enfermedades que la medicina conoce. Viendo esto la virgen, declaró al P. M. Fr. Juan de Lorenzana, su confesor, en secreto: «Que los médicos se cansaban en valde en averiguar la especie de su enfermedad, pues era fuera del orden natural y venida de fuera por muchos caminos; yendo los dolores desde la circunferencia al centro, y que encontrándose unos con otros, causaban en ella tan distintos y hasta contrarios efectos; y que así no había otro remedio sino ejercer la paciencia que tuvo Job entre las innumerables enfermedades con que Dios apuró sus virtudes; para experimentar con esto en todos los miembros los dolores del divino Esposo crucificado.»

Como conclusión de todo esto rogó á la mujer del contador con grande encarecimiento que la permitiese estar así algunos días padeciendo, sin que nadie la hablase; intentando por este medio y silencio solitario entrañar con más quietud y sosiego sus dolores en los que sufrió por nuestra redención el Señor crucificado, con quien también sentía estar crucificados todos sus

miembros. Interrumpió esta quietud en la cruz la madre de Rosa, que vino á visitarla, la que con gran espanto suyo, halló á su hija más enferma que lo que la habían indicado, y así con grandes ansias, y no poco molesta y porfiada, rogaba á la virgen que dijese en qué parte estaba el mayor dolor que sentía. Brevemente respondió á esto Rosa: «Que era igual el tormento en todas partes y que sólo podía decir que eran verdaderos dolores de cruz.» No satisfecha la madre con esta respuesta, juzgando que el mucho silencio y paciencia de su hija eran causa de que no se le aplicasen con acierto medicinas que la aliviasen, quiso que por muy menudo le refriese lo que la afligía; y viendo que dudaba y se fatigaba, no hallando voces con que explicar su enfermedad tan sin nombre y sin términos y accidentes naturales; con imperio, y en virtud de santa obediencia, la obligó á que dijese lo que ella misma no alcanzaba. Rosa, acordándose que en ninguna parte como en la cruz tiene más lugar la obediencia, cobró con ella fuerzas y espíritu, y usando del mismo compendio de semejanzas y ejemplos, como ya queda dicho, porque de otra suerte no sabía explicarse, dijo: «Que desde lo alto de la cabeza hasta el pie se hallaba traspasada como con un dardo abrasado, con ardores insoportables, cuya vehemencia le parecía que levantaba en alto todo su cuerpo; que estaba atravesada de un lado á otro con igual tormento; que con este fuego se le hacían ceniza los huesos y que parece le sacaban con tenazas ardiendo las medulas y nervios; que en todas las venas sentía un frío como de hielo que las penetraba, y era más sensible por irritarle vivos ardores; que el fuego de las encías parece que estaba trabado al parecer con un recio alambre, y que así á cualquier movimiento de la boca parece se las arrancaban; que las sienes y oídos se le abrasaban como si estuvieran rodeados y ceñidos de púas ardientes. Interiormente las fauces estaban también llagadas y heridas sangrientamente; y que la garganta como una esponja

se le había secado con la fuerza de la sed. Añadió que como si fuera el casco de la cabeza un yunque, se la golpeaban muy á menudo, sintiendo los golpes, como si la hirieran con robustos mimbres, y que ninguno de estos tormentos se suspendía siquiera un momento. Esto es, madre dulcísima, lo que puedo decirte, como en bosquejo, por obedecerte; lo demás ni aun con esta confusión puedo explicarlo, y aunque pudiera no lo comprenderías.» Llena de turbación la afligida madre, no pudo detener las lágrimas; llorando tiernamente por no poder aplicarle otro remedio ni untura, sino sólo el agua que vertía de sus ojos con abundancia. La virgen, movida á piedad y á compasión, procuraba atajar el llanto de su madre desconsolada, rogándola que enjugase las lágrimas.

Sumergida estaba Rosa en este piélago amargo de tormentos, cuando amaneció alegre y claro el día seis de Agosto, consagrado á la Transfiguración de Cristo Redentor nuestro; pero no la halló en el Tabor, disfrutando de las delicias de la gloria, sino en el Calvario padeciendo penas extraordinarias y apretándole más y más los clavos con que estaba en el patíbulo crucificada. Como si fueran flacos verdugos los dolores de la virgen, ó como si ya estuvieran desmayados ó fatigados de atormentarla, llamaron en su ayuda un escuadrón de enfermedades naturales; para que á tanta paciencia ningún género de penas faltase; ó porque no pudiese alguno poner en duda que estaba mortal la virgen.

Llegó primero como á la posta la perlesía, que la baldó todo el lado izquierdo, dejándola completamente sin movimiento en todos sus nervios de alto á bajo, para que ya comenzase Rosa á morir por algunas partes del cuerpo. Sólo quedó por especial piedad de Dios exenta la lengua hasta el último aliento, para que pudiese emplearla en dar gracias por los regalos que recibía y en decir palabras de edificación y ternura; los otros miembros de aquel lado quedaron inutilizados, sin poder jamás moverse, por más que lo procuraron

con unturas y unguentos, con lo que sólo lograron aumentar el tormento sin conseguir ningún buen efecto. Sólo por el peso que le hacían conocía la enferma que tenía brazo y pie; que en cuanto á lo demás, si era necesario incorporarla en la cama ó volverla del otro lado, era fuerza valerse de manos ajenas; compadeciéndose más de la incomodidad de los otros que de los dolores que le costaban estos movimientos.

Sucedieron, ó por mejor decir, se agregaron luego á la perlesía otros síntomas y accidentes de menor gravedad, hasta el día 17 de Agosto, en el que inflamándose las membranas de las costillas por ambos lados, experimentó en sí misma la virgen un nuevo y desusado modo de dolor de costado. A esto se juntó poco á poco el asma, apretándose y cerrándose el pecho, para que así los ardores que dentro de las entrañas sentía no tuviesen el alivio de la respiración ni el desahogo de los suspiros; lo que era notable género de tormento. Dió fuerzas y viveza al dolor de costado la aguda ciática que crecía por instantes. Encendiósele también la gota en los nudos y coyunturas del pie derecho. Finalmente, el destemplado ardor de la calentura confundió en cierto modo en uno solo los innumerables sufrimientos que dentro de sí advertía. Tan poderosos, varios y acumulados ardores fueron necesarios para que la frescura de esta rosa se marchitase. Milagro parece no haber perdido antes su verdor y hermosura, expuesta como estaba á tan insoportables ardores. Pero es más glorioso martirio morir despacio que morir de una vez; y no después de haber muerto poco á poco cada uno de los miembros del cuerpo. Así deseaba ella morir por la fe á manos de los tiranos.

Rosa, constante y serena, resignada en Dios, aceptaba con estimación y hacimiento de gracias el montón colmado de tantas enfermedades y dolores, sabiendo que era Cristo quien se los comunicaba con peso y medida, ó por mejor decir, sin medida ni peso, como ella lo observó atentísimamente en la visión de las ba-

lanzas de penas, cuando Cristo se le apareció entre arcos celestes. Y asegurada de que habían de corresponder el número y la magnitud de las gracias á la grandeza de los tormentos, que es aquel inmenso peso de gloria de que hizo mención el Apóstol en la 2.^a Carta que escribió á los corintios, y se llama gracia consumada; sentía dentro de su alma aquella quietud gustosa y suave de que gozaba el corazón entre acerbos y casi insufribles penalidades; de aquí aquel valor invicto de firmes esperanzas que robó la admiración á muchos y especialmente la de sus padres espirituales; de aquí los soliloquios tiernos y festivos que tenía con su Esposo, diciéndole: «Señor, más y más. Cumplid en hora buena el beneplácito eterno y digno de perpetuas adoraciones de vuestra justísima voluntad; llenad el peso, amontonad dolores; mas acordaos también de aumentarme la paciencia.» Suspiraba algunas veces, pero sin dar un gemido, y decía: «Atended, Señor, á estar de mi parte; ayudadme, pues nada puedo ni valgo sin vuestra ayuda.» Cuando el dolor del costado la provocaba á vómitos de sangre, hablaba á su Esposo en versos, que la fuerza de la enfermedad y la resignación le dictaban.

Oyéronla que con amorosos cariños hablaba con Cristo crucificado que tenía entre los brazos: «Señor, cuando yo pedía dolores, creía que me habías de enviar aquellos con que me ejercitabas desde la niñez. Mas ahora de otra suerte ha parecido disponerlo vuestra Majestad divina; sea bendita la abundancia de tanta misericordia como usais conmigo.» Compadeciéndose una persona de los crecidos dolores, que la ocasionaba la perlesía, respondió con admirable alegría de rostro y sosiego de ánimo: «Que en tiempos pasados había tratado con el Señor de criar un niño huérfano y mendigo, que en edad adulta fuese ministro del Evangelio y predicase á los bárbaros; pero que ahora veía que Dios le había dado dos hijos adoptivos, uno que llevaba sobre la rodilla izquierda, y allí le alimentaba; y otro

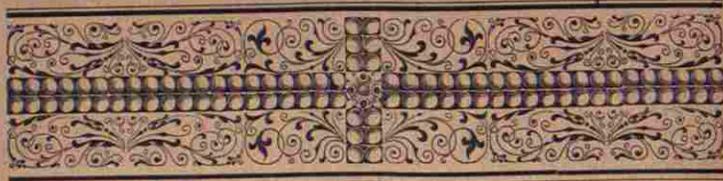
sobre el brazo.» Con este gracejo daba á entender el peso que la hacían el brazo y rodilla pasmados con perlesía, que allí había hecho más pesado asiento.

Temía la prudente virgen, y no sin gran fundamento, que la violencia de tan atroces males la privase del juicio; y podían persuadirla á estos recelos con más fundamento tantos días y noches como había pasado sin dormir un momento; tanto ardor en la cabeza, inquietud de las sienés con sucesión continua de movimientos y accidentes mortales; todo esto amenazaba con indicios, casi evidentes, alguna perturbación en el juicio, y tinieblas en el uso de la razón; por lo cual la humilde Rosa, con voz trémula y triste, rogaba con sumisión á los domésticos de la casa, que la ayudasen con oraciones á pedir á Dios que pusiese freno á la enfermedad por la parte que podía impedir el uso de la razón. Miró con buenos ojos la piedad divina á la humildad de su sierva. Y así la conservó con especial prodigio, permaneciendo libre el juicio, expedita la lengua hasta el último aliento, entre los continuos desmayos del cerebro, exausto con tanta inflamación y dolores. Muchas veces, sin embargo, entre aquellas angustias privaron á la virgen del uso de los sentidos exteriores, ó la vehemencia de la enfermedad, ó el raptó de la contemplación; tanto que parecía que estaba trasportada en sueño quieto y suave; y así algunos comenzaron á tener buenas esperanzas de su salud, creyendo que algunas veces reposaba y dormía. Más que todos su madre, á quien tanto cuidado daba la salud de su hija, trabajaba en persuadirla que eran estas, señales ciertas de mejoría, y que había de escapar con vida de aquel peligro. La virgen, sonriéndose al oír esto, porque estaba bien cierta de su muerte, le dijo: «Que no era sueño, como pensaba, el sosiego que habían visto, ni eran tan bien acondicionados sus tormentos, que diesen treguas por un momento breve, ni hiciesen paces con el sueño; y que así no dudasen que había de acabar muy presto la vida; si bien era necesario antes

agotar este cáliz de su pasión por amor del divino Esposo.»

La sed atormentó increíblemente á Rosa, y la tostaba en cierto modo las entrañas con su ardor insoportable. Por lo cual, volviendo los ojos á la mujer del contador, con mirada humilde, lastimosa, rendida, muy á menudo con dolor y con flaqueza, la rogaba con rendimiento y con ansias: «La diesen para refrigerio y alivio de la sed ardiente que padecía, siquiera una gota de agua; que estaba tal, que tuviera por regalo la hiel y vinagre de que había usado cuando estaba sana, si la hiciesen caridad de traérsela. La piadosa matrona, aunque la traspasaban el corazón los ruegos de Rosa, y se compadecía muy de veras de mirarla en aquel estado, decía que no daban licencia los médicos. Volvió Rosa á esforzar la súplica, y decía: «Que se acordase de la palabra dada había más de cuatro meses, cuando en sana salud le había prometido que en la última enfermedad le daría toda el agua que la pidiese.» Pero escusábase la matrona, diciendo que no podía cumplir la promesa, porque contra la orden de los médicos era escrúpulo grave socorrerla con agua, que aumentase la enfermedad, y le apresurase la muerte. Y así no quedó otro alivio á la virgen, que se estaba abrasando con el tormento de la sed, sino clamar con el Esposo cuando espiró en la cruz, y decir: «Sed tengo: la sed me aflige y me atormenta.»





CAPÍTULO XXX

Llega el último trance de la vida de Rosa. Queda dulcemente desmayada y entrega su alma al Criador.

ACERCÓSE ya finalmente el tiempo deseado, en que Rosa consumida y exhausta, no tanto por el exceso del calor, que concluye con las flores, cuanto por falta de agua, llegó á secarse: para desnudarse de espinas y tormentos, renaciendo más pomposa en el ameno paraíso de su Esposo celestial. Ya no podían ocultarse las señas mortales que se descubrían en la enferma, con gran alegría suya; logrando por este medio que se le abriese puerta espaciosa para tratar sólo del bien de su alma, levantando la mano la medicina de aplicar remedios al cuerpo. Con esto llamando á cada punto á los confesores, trataba de purificar la conciencia delicada con toda diligencia, repitiendo muy á menudo las confesiones. Si una vez confesó generalmente, muchas más brevemente de los escrúpulos que la ocurrían siempre; acusándose con lágrimas y sollozos, que en voz alta testificaban las veras con que le dolía de cuanto le parecía culpa, por ligera que fuese. Llegó á tanto, que desde

muy lejos se oían los gemidos, y fueron ocasión á muchos de compungirse; admirándose todos que siendo tan retraída en quejarse cuando tanto la apuraban los dolores del cuerpo, ahora no pudiendo disimular ligeras enfermedades del alma, se quejase tan amargamente y en voz tan alta.

Después de esto, tres días antes de su dichoso tránsito, cruzadas las manos en forma de hacer oración, con voz quebrantada y llorosa pidió el divino Viático y la Extremaunción. Luego que oyó que le traían el convite eucarístico, con el rostro rosado como aurora resplandeciente, se bañó de hermosura; y sin poder detener los raudales y avenidas del gozo que anegaba su espíritu, cayó en dulcísimo éxtasis; quedando atónitos cuantos allí se hallaron, de ver que con todo eso respondía á tiempo y con expedición á cuanto la preguntaba el párroco, teniendo en las manos, como es costumbre, la Hostia consagrada. Apenas recibió el divino sacramento, pálido el rostro, sin mover los labios, se quedó tan suspensa y fija, que dudaron largo rato los circunstantes, si había pasado la hostia. Finalmente el Maestro Lorenzana temeroso de que no pudiese pasar la forma, como tenía tan secas las fauces, preguntó lo que en esto había. Rosa volviendo en sí repentinamente á la voz del confesor, como si despertara de un profundo letargo, respondió: «Que había ya bajado al estómago»; pero acordándose el maestro de los maravillosos efectos que como divino sol obraba en la virgen, este vivífico Sacramento, como ella lo había dicho y referimos antes, la exhortó brevemente diciendo que: «ahora era el tiempo de gozar más suavemente de su calor y luces, y el sol eucarístico, que es verdaderamente agosto, había venido á hacer la última visita á la virgen, llenando su alma y cuerpo de bienes y resplandores.»

Aunque Rosa estuvo yerta, inmóvil, y arrebatada en éxtasis al recibir el divino Viático, cuando llegó el instante de administrarla la Extremaunción se notó en

ella que todos los sentidos estaban libres y expeditos. Fué aquel sagrado Oleo unguento de alegría, que sintió la animaba para el triunfo, además de disponerla para el conflicto de la última agonía; estando ya muy certificada que sin tocar en las llamas del Purgatorio había de caminar derecha al tálamo del soberano Esposo; y que en unión eterna había de consumir matrimonio espiritual con Dios. Muchas veces repitió á los circunstantes la profesión de la fé con la más alta y clara voz que pudo, aunque estaba tan debilitada de fuerzas; protestando no sin interior júbilo y aun con señales de alegría exterior: «que siempre había vivido, y moría ahora confesándose por hija de la Santa Iglesia Romana, universal madre de todos los fieles cristianos; que siempre había creído, y ahora creía con toda firmeza, cuanto propone y enseña que debe creerse la Santa Silla Apostólica, Maestra de los Cáticos, y que nunca se quería apartar mientras le durase el juicio y la razón de la firmeza solidísima de esta fe que profesaba ahora y profesó en el bautismo.» Siguiose después de esto la protesta de confesar pública y devotamente que moría como hija legítima de su gran Patriarca Santo Domingo; y así quiso tener á su vista y á la de todos hasta que murió el blanco escapulario extendido en la cama sobre la ropa, como insignia, y bandera, debajo de la cual había militado, y merecido muchas coronas, desde que le recibió; sin dejar de merecer gloriosamente, hasta que rindió el último espíritu en manos de la muerte. Es este el hábito que la Reina de los cielos entregó á sus hijos predilectos los Hermanos Predicadores, casi al punto en que comenzaron á existir en la Iglesia. Holgóse mucho, oyendo decir á su confesor el Maestro Fr. Juan de Lorenzana, que era costumbre en la Orden, poner extendido el escapulario sobre los moribundos, cosa que hasta entonces no había llegado á su noticia. Y así estando ya para morir besaba Rosa con más ternura el escapulario, que le señalaba el camino del empujeo, como vía láctea que guía al eterno descanso.

Había visitado á Rosa, vecina á la muerte, el Padre Fray Bartolomé Martínez, Prior del convento de la Magdalena de Lima, varón muy religioso, y muy zeloso de la observancia en aquella Provincia, que había sido su confesor por espacio de cinco años. A este Padre pidió la enferma con ruegos humildes que la leyese un formulario muy detallado para rogar á Dios en aquel trance por todos los que en el discurso de su vida la hubiesen injuriado, ó hecho cualquier género de molestias, y pesadumbres. Vino en ello el piadoso Padre con buena voluntad. Leía él, y la virgen, con un santo crucifijo que tenía apretado en la mano, iba repitiendo cada palabra, y no se hartaba de decir aquellas dulcísimas, que Cristo pronunció en la cruz, estando para espirar: Padre y Señor perdonadlos. Se enternecía su espíritu con la dulzura de estas palabras, se deleitaba su corazón, sin cansarle el detenerse en esta oración; porque cobraba fuerzas con repetirla. Cumplido este oficio de piedad, dió gracias al Padre Fr. Bartolomé, con gran suavidad y blandura, porque se había querido ocupar en obra de tanta piedad, y precio, como era haberla leído el prontuario de perdonar agravios; para que pudiese de algún modo imitar al divino Cordero, que en la cruz rogó con tantas ansias por sus enemigos. Después de haber acabado con este acto tan caritativo, pidió también que llamasen á todos los de la casa del contador D. Gonzalo, juzgando que, fuera de perdonar á los que la habían ofendido, era buena diligencia y digna de la obligación cristiana, solicitar que la perdonasen todos los que le parecía tener ó cansados con su trato, ú ofendidos con su modo de vida; y aunque á ninguno había sido ocasión, ni causa de pesadumbre, ni con palabras, ni con acciones, ni aun con el ademán más mínimo: con todo eso rogó á todos, y á cada uno de ellos que la perdonasen, con voz humilde y apesurada: «Si acaso á alguno había sido molesta, ya con el mal ejemplo que les había dado, obrando menos atentamente, ya faltando á la puntualidad que debía tener en acudirles,

ó con su modo de vivir singular y poco tratable, ó menos agradable de lo que convenía. Rogábales, que pues ya estaba tan cerca el término, no quisiesen perder el mérito y fruto de tan largo tiempo como habían gastado en asistirle, y que no malograsen la mucha paciencia que habían tenido en sufrirla.» Decía: «Que no estaba distante la hora en que la casa de D. Gonzalo se vería libre del fastidio de una rosa hedionda, y del peso inútil de una vil criatura, cual ella era.» A ninguno de los presentes dejó de sacar lágrimas el oír tan humildes palabras; porque para amar tiernísimamente á su Rosa, bastante motivo era para cada uno, el haberla conocido, y haber experimentado su santidad, inocencia y el abatimiento de su ánimo, el candor de sus costumbres y el deseo que tenía de agradar á todos.

Tenía bien entendido el contador D. Gonzalo lo mucho que deseaba la virgen, por lo mismo que había vivido con el hábito y en la obediencia de la orden de Santo Domingo, no tener sepultura fuera de su Religión, sino á los pies de sus hermanos. Temía juntamente, como varón prudente, que acaso habría diferencias y divisiones entre el párroco y los religiosos sobre llevar cada uno á su jurisdicción tan rico tesoro; y con todo eso no se atrevía á hablarla claro, conociendo su humildad; ni informarla del peligro y competencia que se temía, por lo que resultaba en honor y estimación de la virgen. Finalmente valiéndose de los ardides que le aconsejó el ingenio, suplicó á Rosa que el deseo que siempre tuvo de enterrarse en el convento, no por vía de testamento, sino rogando á los religiosos la hiciesen esta limosna, lo declarase así en una cédula que para este fin tenía ya escrita D. Gonzalo. Fácilmente vino en ello la virgen y puso su firma; juzgando que era acto de mayor humildad y abatimiento pedir de limosna la sepultura, y que era costumbre de su religión. A no persuadirse de esto, no fuera fácil reducirla á tener cuidado de su cuerpo, ni del lugar donde habían de enterrarla; porque atenta sola al espíritu, nada de este

mundo le pasaba por el pensamiento. Y esto era tan cierto, que le daba más pesadumbre el admitir visitas, aún de las matronas que más familiarmente solían tratarla, que su misma enfermedad; por más que iba aumentándose por instantes. Por lo cual, al paso que rogaba las despidiesen con buenas excusas y corteses pretextos, crecía también el gozo interior con irse aumentando más y más los dolores que le iban acabando. Por esta razón cuando más se embravecían los accidentes molestísimos de la ciática, solía decir con frecuencia: «Ea, Señor, apretad las cuerdas á los tormentos, no levantéis la mano por más que suban de punto; todo es poco para lo que merezco.» Advirtieron muchos que por el mismo caso que el cuerpo de la virgen iba desfalleciendo mortalmente, iba reforzándose el espíritu y recobraba nuevos bríos, seguridad y alegría, sin poder disimular el gozo que sentía y que explicaba con el modo de hablar y en el aspecto del rostro.

De hora en hora iba creciendo el alborozo y consuelo, como si tuviera en la memoria y hallara en sí verificadas las palabras del apóstol: «Cuando más enfermo, me hallo más robusto y más esforzado.» Cierta religioso varón, compadecido de los tormentos que padecía, la exhortaba á que tuviese valor y ánimo, considerando cómo se iba acercando más cada instante al dichoso término de la jornada que le había sido trabajosa; y que aquel ardor que la molestaba era para sazonar felizmente el alma y que fuese bocado regalado del divino Esposo. Respondió la virgen: «Eso es lo que estoy rogando á mi dulce dueño, que estos incendios me dispongan de suerte que como fruta madura pueda partir de aquí y ser puesta en la mesa de la gloria, sin que sea necesario gastar tiempo en las llamas del Purgatorio.»

Al fin de la vida eran más continuos los raptos dulcísimos con que iba de antemano comenzando á gustar los regalos del Paraíso. Pocas horas antes que espirase, volviendo algo en sí de la santa embriaguez que

estos gustos comunicaban al espíritu y casi sin poder sufrir tantos raudales de gozo, dijo en secreto al P. Fr. Francisco Nieto y á otros que se hallaron cerca y la estaban velando: «Oh Padre, si el corto plazo que me queda de vida lo permitiera ¡oh lo mucho que pudiera contarte que cosas tan dulces, tan preciosas y tan altas te diría de la suavidad divina! Ya me parto con indecible gozo á mirar eternamente aquel rostro hermosísimo que siempre busqué con entrañable deseo todo el tiempo que he peregrinado en esta vida.»

Presente estaba á la despedida de su hija su afligida madre; no se hallaba allí su padre á quien una enfermedad detenía en su casa; aunque por dar consuelo á la virgen que deseaba recibir de los dos la última bendición se hizo llevar en una silla de mano á casa de D. Gonzalo. Apenas llegó cuando viendo á la virgen tan desfigurada y mortalmente pálida no pudo contener los sollozos ni reprimir las lágrimas. Ni hubo allí persona por dura que fuese á quien no moviese á acompañar con llanto á los padres de Rosa, el ver aquél lúgubre espectáculo. En el ínterin, mitigando los que allí asistían, como mejor pudieron aquel nublado de lágrimas, Rosa con rostro apacible y suma reverencia besó á sus padres la mano, diciéndoles sin turbación ni ahogo: «Cuan poca parte de la vida que ellos la habían comunicado, le quedaba: y que así estando en la última línea, les pedía humildemente no la negasen su bendición.» Apenas la recibió volviendo los ojos á D. Gonzalo y á su esposa, guardó con ellos las mismas atenciones, porque les tenía en lugar de padres, y así también quiso disponerse para el arduo viaje que esperaba, con la bendición suya. Después llamando á sus dos hermanos, que estaban también presentes, y acercándolos á sí, les hizo una plática muy grave, acertada y sentenciosa; y entre otras cosas les encargó mucho y con gran eficacia: «Que atendiesen á honrar y servir con diligencia á sus padres,» como si á ejemplo del crucificado dijera: «Veis ahí á vuestra madre.» Hecho esto llamó luego á

las dos hijas del contador, que eran de poca edad, á quienes siempre había amado mucho, movida de su inocencia y buen natural. A éstas con energía admirable persuadía: «El temor de Dios, la afición y estudio de la virtud, el honor de sus padres y que procurasen por estos medios ser muy virtuosas y santas.» No con menor énfasis habló por su orden á todos los de la casa; advirtiéndolo á cada uno sus obligaciones, con gallardo y modesto estilo, encargándoles: «No echasen en olvido la piedad cristiana.» No parecía mujer sino un nuevo apóstol que predicaba.

Viendo el P. Maestro Fr. Juan de Lorenzana tanto espíritu y vigor en la virgen y el fervor con que predicaba se persuadió que no moriría en toda aquella noche. Era ya bien entrada, y era vigilia de S. Bartolomé y así determinó irse al convento por no faltar á maitines, empeñando su palabra que volvería muy de mañana. Mas la virgen, sabiendo que no le faltaban cuatro horas de vida, pidió con instancia que antes le dejase su bendición, dando á entender que muy en breve había de partir de este mundo. Y respondiendo el Padre que sería mejor dilatarlo hasta la mañana; que no faltaría tiempo, porque él había de volver en amaneciendo; Rosa sonriéndose con modesta gravedad, le dijo: «Has de saber, Padre mío, que esta noche cuando comience la fiesta de S. Bartolomé, he de partir yo á celebrar eternas fiestas en el cielo; ya estoy convidada para asistir á aquel espléndido y solemne convite; ya está señalada la hora. ¿No quieres que entre si veo ya la puertas abiertas?» Pronunciaba esto con tan sereno y agraciado rostro, con quietud tan alegre y segura, como si ya estuviera esperando á la entrada del paraíso con lámparas encendidas, y le dijeran lo que á las vírgenes prudentes: Al punto de media noche resonó una voz que decía: «Ya está aquí, ya llegó el Esposo; salid á recibirle con los brazos abiertos.» Y á la verdad era así; pues al acercarse aquella hora, sintiendo Rosa que la llamaban, pidió con señas que la diesen la vela bendita de

los agonizantes. Se santiguó, como quien emprendía un negocio de mucha importancia; y no sabiendo su hermano con qué fin hacía estas acciones, insinuó que era ya llegado el último trance de la partida. Rogó que la quitasen la almohada; para que así reclinando la cabeza sobre el desnudo leño de la cabecera, se verificase que moría en Cruz. Finalmente estando con todos sus sentidos, entero el juicio, puestos en el cielo los ojos, sin señal alguna de pavor ó miedo, al pronunciar estas últimas, aunque dulcísimas palabras: «Jesús, Jesús sea conmigo», espiró tranquilamente.

Fué muy conforme á sus méritos, que pues Rosa en la edad infantil había dado principio á su oración con estas palabras, fuesen esas mismas aquellas con que despedía el espíritu; dando á entender con eso que cuando comenzaba á pisar los umbrales de la eternidad, llevaba consigo la divisa de la inocencia infantil, que no interrumpió jamás. Espiró cuando apenas había cumplido treinta y dos años y cinco meses, felizmente empleados; terminando con la dicha eterna que coronó el feliz curso de sus días.

LIBRO SEGUNDO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los agonizantes. Se santiguó, como quien emprendía un negocio de mucha importancia; y no sabiendo su hermano con qué fin hacía estas acciones, insinuó que era ya llegado el último trance de la partida. Rogó que la quitasen la almohada; para que así reclinando la cabeza sobre el desnudo leño de la cabecera, se verificase que moría en Cruz. Finalmente estando con todos sus sentidos, entero el juicio, puestos en el cielo los ojos, sin señal alguna de pavor ó miedo, al pronunciar estas últimas, aunque dulcísimas palabras: «Jesús, Jesús sea conmigo», espiró tranquilamente.

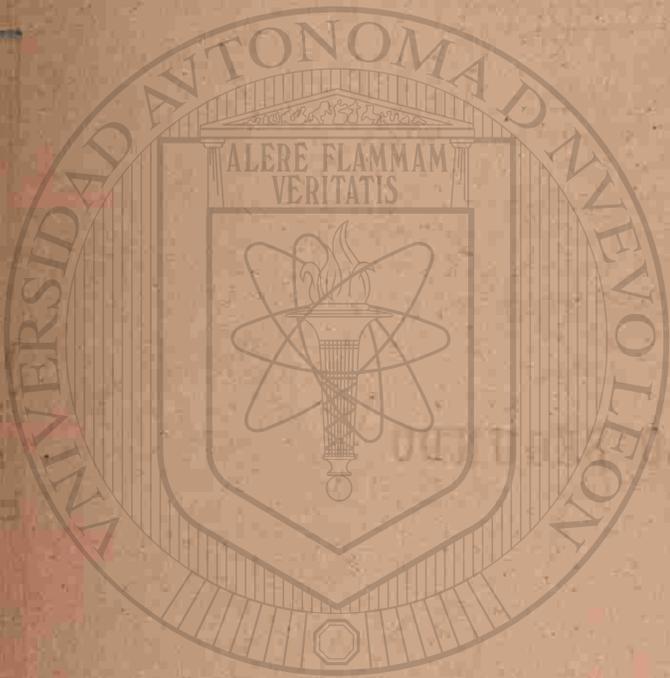
Fué muy conforme á sus méritos, que pues Rosa en la edad infantil había dado principio á su oración con estas palabras, fuesen esas mismas aquellas con que despedía el espíritu; dando á entender con eso que cuando comenzaba á pisar los umbrales de la eternidad, llevaba consigo la divisa de la inocencia infantil, que no interrumpió jamás. Espiró cuando apenas había cumplido treinta y dos años y cinco meses, felizmente empleados; terminando con la dicha eterna que coronó el feliz curso de sus días.

LIBRO SEGUNDO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

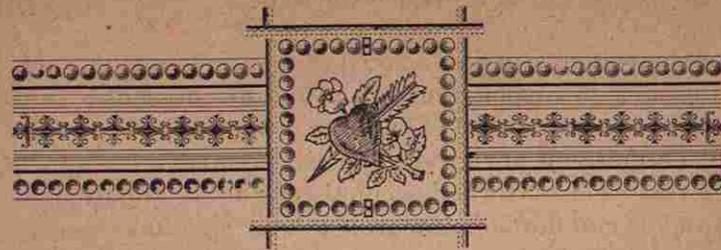
FIN DEL LIBRO PRIMERO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES



CAPITULO I (1)

Comienza nuestro Señor á dar á conocer la gloria de que gozaba su sierva la virgen Santa Rosa.

DIFÍCIL hubiera sido cerciorarse de que había entregado Rosa su alma afortunada en manos del Criador, á juzgar tan solo por las señales que se notaban en su cuerpo. Se descubrían en su cadáver, al parecer, más señales de vida que las que daba la virgen antes de separarse el alma del cuerpo. Tenía vivo el color del rostro, los labios teñidos de carmesí; los ojos, no quebrados ni oscurecidos con las sombras de la muerte, brillaban como dos luceros, y en todo su cuerpo, privado ya de la

(1) Hemos creído oportuno alterar algún tanto el orden señalado por el P. Hanssen, pasando al libro segundo de la vida de nuestra santa materias que dicho historiador trata en el primero. También juzgamos necesario añadir á las noticias dadas por el mismo en la que él llama Apéndice, y que nosotros convertimos en Libro segundo, otras muchas de que él no pudo hablar por haber sido posteriores al tiempo en que escribió la vida que traducimos.

presencia del alma, se advertían tales señales de vida, que tuvo en suspensión gran rato á los presentes, sin saber determinarse á si había expirado.

Cerciorados por fin de que había muerto; después de vestir el cadáver y de acomodarle en las andas adornándole con flores, le sacaron á una sala más capaz, en donde se hallaban su madre y otras muchas personas, á las que parece había de impresionar y mover á llanto aquel espectáculo. Con todo eso ninguno hubo que en este acto derramase un solo suspiro; antes bien, con impensado prodigio, se apoderó de sus corazones tal tropel de gozo y contento, que en toda la casa se advertían señales de júbilo y alegría, y parece que se había trocado en casa de placer, donde se celebraban bodas. Tal era la impetuosa avenida de consuelos y gustos, que todos se admiraban viéndose dulcemente anegados en un piélago de alborozos espirituales.

Diecinueve personas libres, fuera de los muchos esclavos de D. Gonzalo, de uno y otro sexo, cercaron el lecho de Rosa cuando expiraba. Mientras vivió, todo fué tristeza y melancolía en ellos; pero apenas despidió la virgen el último aliento, en un instante se convirtió el llanto en suavidad; restauróse el aliento perdido, respiró el pecho, cesó la fatiga y sin saber cómo les enseñó la experiencia que eran más soberanas fuerzas las que serenaban la tormenta de los corazones; obligándoles á aplaudir por dichosa á Rosa y tener por feliz su pérdida, dándoles á entender que su muerte más era digna de aplausos que de lágrimas y sollozos. Cierta persona de las que asistieron á su dichosa partida, como mereció ver que tropas numerosas de angélicos espíritus cercaban la cama donde murió, así también después advirtió que los celestiales moradores hacían fiesta y música, cercando en torno el féretro donde estaba el cadáver. La misma persona dijo á la mujer del contador D. Gonzalo muy en secreto que había visto toda la pieza donde estaban las andas bañada con luces de gloria. Y después afirmó con juramento que tres

días antes del feliz tránsito de la virgen había Cristo revelado á una persona religiosa, que había de ser admirable la muerte de Rosa y que tenía dispuesto su alta providencia que en su enterramiento no se pusiesen lutos, sino paños de fiesta de color de nieve y aquellos que se usan en las más grandes festividades, tales que no diesen á entender que se celebraban exequias, sino triunfos y victorias. Se apoderó de tal modo en esta ocasión la alegría de las personas que allí se hallaban presentes, que algunas mujeres devotas, que velando la difunta, estaban esperando que rayase el día, sin poder irse á la mano comenzaron á cantar himnos espirituales, diciendo que no las permitía el gozo de que se hallaban dominadas llorar como muerta á quien vivía delante de Dios.

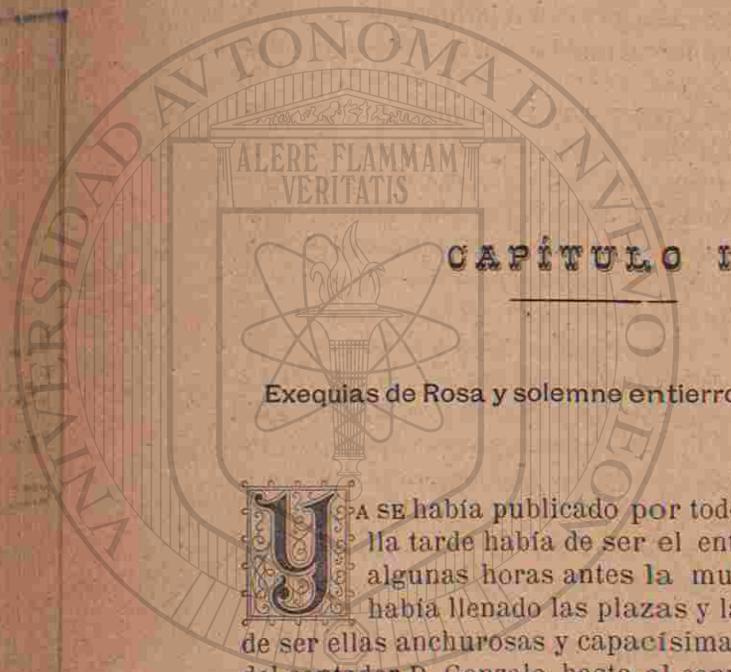
Al amanecer la fiesta de San Bartolomé, Alfonsa Serrano, rendida por el sueño de la mañana en casa de sus padres, que estaba muy distante del lugar donde murió Rosa, supo como entonces acababa la virgen de dejar los despojos de la mortalidad. Habían hecho las dos concierto que la primera que saliese de esta vida, concediendo Dios licencia, avisase á la otra, dándole noticia de su partida. Cumplió la promesa Rosa, y así la misma noche que murió se apareció á su amiga en forma de luz hermosísima, y despertándola suavemente, sin causarla miedo ni sobresalto, la dió por nuevas que había partido de este mundo para vivir eternamente en la región de la luz. Resérvase para otro lugar el tratar largamente de las muchas apariciones que hizo Rosa, bañada con luces y resplandores celestiales.

Apenas amaneció, cuando sin haber nadie convocado la gente, se halló la casa de D. Gonzalo llena de concurso. Admirábanse los domésticos por dónde ó cómo se había divulgado tan presto por toda la ciudad la nueva de la muerte de Rosa, que aún estaba casi palpitando. Aunque se hubieran dado públicos pregones por todos los cantones de la ciudad, no pudiera, á tal hora, haberse convocado tan numeroso pueblo, cuanto se ha-

llaba junto en aquella casa, sin que se hubiese puesto diligencia humana para reunirla. Vino entre los primeros el Maestro Lorenzana, varón gravísimo, y notando que Rosa estaba en el féretro, no como cadáver yerto y desfigurado, sino como si estuviera durmiendo con reposado sueño, no pudo reprimir el ímpetu del espíritu y así comenzó á exclamar con gritos: «Benditos sean los padres que te engendraron, oh Rosa hermosísima; bendita la hora en que naciste al mundo; bendígate Dios, hija felicísima de mi Padre Santo Domingo, que estás gozando ahora del rostro beatífico de tu Criador. Al fin fué tan dichosa tu muerte como tu vida; entraste en el cielo con la gracia bautismal, sin haberla interrumpido jamás con culpa mortal, con inocencia inmaculada de vida, con pureza infantil de virginales candores. Sigue ahora, sigue á tu gusto, sin que haya cosa que pueda embarazarte, sigue al Corde-ro inmaculado, sigue sus pasos por dó quiera que camine.» En este interin mezclándose unos con otros, por ser mucha la apretura, nobles con plebeyos, forasteros y ciudadanos, españoles é indios cercaban las andas, tocando á porfía los rosarios al santo cuerpo, arrebatando cuantas flores adornaban el cadáver y repartiéndolas entre sí. Este procuraba, como mejor le daba lugar el tumulto de la gente y las oleadas del pueblo, besarla los pies; aquél era más dichoso si podía besar la mano, y no faltaron muchos que con piadoso latrocinio le cortaban la orla del hábito, cuando otros cercenaban las tocas; ocultamente al principio, después al descubierto, con tal prisa y tanto empeño, que en breve fué necesario poner guardas que defendiesen á la virgen contra la devoción que la iba despojando. Los que no se atrevían á romper por la gente y se quedaban más distantes, estaban como elevados, sin poder apartar la vista del agraciado rostro, cuya belleza crecía con las flores de la guirnalda y la blancura del velo. Muchas veces probaron las matronas que habían sido más amigas y más familiares de Rosa, cerrar los ojos

de la difunta; pero fué en vano su intento, porque los párpados se volvían á su puesto y solo cubrían la mitad de las niñas; como si aun después de muerta, á fuer de amante y fina, no quisiera apartar la vista de sus amados conciudadanos los habitantes de Lima, á quienes siempre había estimado con amor y con ternura.

Creció la multitud de los que acudían á visitar á Rosa, y con la multitud crecieron las apreturas; sin bastar las anchurosas puertas de aquella casa para dar entrada á la gente, ni salida á los que estaban dentro, por ser grande la concurrencia. Habían ya llenado las turbas el patio, los zaguanes, las salas; y así se vió obligado D. Gonzalo á abrir la puerta falsa de su casa, para que saliendo los que habían visto á la virgen diesen lugar á los que venían de nuevo. Fué de provecho el remedio; pero por poco tiempo. Sólo pudo durar hasta que la inundación de gente con ansias de ver el devoto espectáculo de la difunta, supo que también por allí había entrada. Y fué luego tanto el concurso, que aun no daba lugar para que entrasen las personas de mayor respeto. Por lo cual el señor Virrey se vió obligado á poner su guarda á las puertas, para evitar que tanto enjambre de pueblo no parase en alguna alteración ó tumulto. Admiróse la ciudad de verse toda conmovida, sin que nadie la moviese; sólo para honrar el entierro de una virgen pobre y desvalida, hija de padres humildes, y que mientras conservó la vida había solicitado tanto el verse olvidada y desconocida de todos. Pero era necesario que se viese cumplido lo que el cielo había pronosticado; que había de ser su sepultura gloriosa y célebre.



CAPÍTULO II

Exequias de Rosa y solemne entierro que se la hace.

YA SE había publicado por todo Lima, que aquella tarde había de ser el entierro de Rosa; y algunas horas antes la multitud del pueblo había llenado las plazas y las calles, á pesar de ser ellas anchurosas y capacísimas. Desde la casa del contador D. Gonzalo, hasta el convento de Santo Domingo, hay casi una milla de distancia; y con todo eso apenas cabía en todo aquel espacio la gente que estaba amontonada por las bocacalles; adonde, no voz de pregonero, no aviso de campanas, sino sólo la devoción particular de cada uno había conducido. Salió el Ilustrísimo señor Arzobispo de su palacio con intentos de honrar con su presencia la pompa funeral; mas desconfiando que pudiese romper el coche por los millares de gente que ocupaban el paso, sin llegar á la casa de D. Gonzalo, habiendo intentado en vano ejecutar su propósito, se determinó de torcer el camino y esperar el entierro á la puerta de la iglesia de Santo Domingo. Al mismo tiempo, como si hubiera procesión general, con

gran frecuencia, por diversas calles concurrieron á casa de D. Gonzalo diversas cofradías, sin haber intervenido mandato del Arzobispo, ni invitación de persona alguna, ni quien les ofreciese limosna porque saliesen. También vinieron los religiosos mendicantes con sus insignias y guiones. Luego vino el cabildo de la Santa Iglesia Metropolitana voluntariamente, fuera de lo que acostumbraba; pues sólo hacía esta demostración cuando se entierran sus arzobispos. Juntóse al acompañamiento la Audiencia y los Oidores, que rara vez hacen tales demostraciones, sino en la muerte de los virreyes. No tienen número ni cuenta los caballeros y personas nobles que concurrieron, por ser grande la multitud; siendo para todos prodigio estupendo el verse congregados y juntos donde nadie los había convidado. No fué menos solícita la piedad de las ilustres matronas, ni el deseo que tenían de ver por vez última á Rosa ya marchitada. Por donde había de pasar el entierro ocuparon los balcones las damas de mayor porte; los corredores, ventanas y azoteas se veían llenos de toda clase de personas, unas sobre otras, amontonadas por todas partes. Hasta los tejados negreaban, poblados de gente de toda edad y estado. Tanto como todo esto montaba en el concepto de todos presenciar el entierro de una pobrecita hija de un soldado apenas conocida en Lima. Nunca se vió más conmovida esta noble ciudad.

Salió al fin cuando caía la tarde, abiertas de par en par las puertas de la casa de D. Gonzalo, el féretro que llevaba la preciosa prenda, que al principio tomó en sus hombros voluntariamente el cabildo, arrimando el hombro á las andas sus prebendados; obsequio solo usado con los arzobispos difuntos. Después de haber pasado la primera plaza con grave y lento paso y llegando á las Cuatro calles sucedió en este piadoso oficio la Audiencia, llevando los señores Oidores sobre sus hombros el féretro; después les sucedieron los prelados de las religiones, variándose á ciertos puestos que dividían las calles. Iban á los lados haciendo escolta y

dando paso, los soldados de la guardia del Virrey, armados, que desviaban la gente, no sin mucho trabajo, y también impedían que cortasen los hábitos de la virgen; porque como todos á gritos decían que era santa, así estaban ansiosos de quitarla algunas reliquias, y lo hubieran logrado si las alabardas de la guarda no la hicieran muro. Y es cierto que si no se hubiera puesto coto al tumulto de gente con esta defensa; si se les hubiera permitido obrar libremente y dejarse llevar de su devoción, había gran peligro ó de que no llegara la virgen al templo, donde había de tener sepultura, ó de que llegara la menor parte de su cuerpo. A pesar de haber sido tan grande el cuidado que se puso en guardarla, no pudo escusarse que al llegar á la puerta de Santo Domingo la quitasen parte de los vestidos, la corona y la palma, siendo necesario buscar de nuevo otras insignias para ponerla en el túmulo.

Estando parado el féretro á la puerta del templo, cuyos umbrales tantas veces había pisado en vida, para echarla agua bendita, á muchos les pareció que el rostro virginal se había bañado de nueva y singular hermosura, aumentando de este modo su belleza. La blancura de las tocas y de todo el hábito, con que la habían amortajado, indicio de la pureza de la virgen, prestaban á ésta increíble gracia y vistoso aliño. El cadáver tenía tratable el cuello y los artejos de todo el cuerpo, lo que causó admiración profunda en todo el concurso. Después de entrar en la iglesia fué colocada en un majestuoso túmulo, que por medio de gradas se iba elevando desde el suelo hasta las bóvedas; y con portento más prodigioso parece que también le daba la bienvenida la Reina de los ángeles, pues en esta sazón vieron cuantos allí estaban, que la imagen del Santísimo Rosario, que estaba en su capilla, despedía gran resplandor del rostro. Concurrió, visto este prodigio, á la capilla gran multitud del pueblo, que, indeciso entre temor y alegría, soltó la rienda á las lágrimas, crecieron los gritos de los que la invocaban y pedían merce-

des; y no faltaron muchos que decían, que también había sudado la santa imagen; pero averiguado mejor el caso, se sacó en limpio, que sólo era resplandor que despedía la imagen, indicio manifiesto de que la Reina de las vírgenes aplaudía la pureza de su Rosa.

Para impedir los atropellos de la multitud rodearon el túmulo algunos religiosos del convento, dejando libre un pequeño espacio por donde pudieran acercarse á las sagradas reliquias los enfermos, que con esperanzas no mal fundadas se llegaban para alcanzar salud. Poco más apartada estaba la guardia del Virrey por detener las olas de la gente, si ser pudiese, aunque apenas pudo salir con sus intentos, porque fué tanto el ímpetu y la apretura, que aun la música no podía como quisiera cantar, el oficio de los difuntos, estando cerca del altar mayor.

Asistían á los oficios el Arzobispo de Lima, la Real Audiencia, el Cabildo metropolitano, los Prelados de las religiones y la numerosa nobleza de Lima. Dispuesto, pues, todo, cuando ya estaba para comenzarse el oficio de la sepultura y llevar el cuerpo desde la iglesia á la fosa, que estaba abierta en el capítulo del convento, de repente fué tanta la vocería del pueblo que se oyó en el templo, tantos los alaridos desentonados y lamentables de los que pedían el favor de la virgen, que hubieron de dejar por entonces la procesión, temiendo la confusión y el tumulto; haciendo correr la voz de que no se enterraba á Rosa aquel día y que al siguiente la habían de dar sepultura. Con esta esperanza se consolaron muchos y dieron vuelta á su casa para volver al tiempo señalado. Así poco á poco se fué desocupando la iglesia, saliendo en tropel la gente; con lo que pudo la nobleza y lo más lucido de Lima tener lugar de acercarse más al cuerpo de la sierva de Dios y besar aquellas manos inocentísimas. Apercebida de esto la multitud curiosa volvió á reunirse cerca del túmulo, lo que advertido por el Sr. Arzobispo, con acciones y señas, porque la voz con el mucho estruendo no

podía oírse, dijo á los Padres que allí asistían que la llevasen á la sacristía; pero ni aun allí pudieron verse libres del aprieto y del concurso; y así determinaron llevar el venerable cuerpo al noviciado, que estaba más retirado y más guardado con llaves y puertas, siguiendo el ataúd el Sr. Arzobispo con algunos pocos que le acompañaron. Insistían en no querer perderla de vista enjambres de gentes, las que fácilmente echaran en tierra las puertas que estorbaban el paso, si no los detuvieran la reverencia del convento y los muchos Religiosos que se juntaron para despedirlos. Finalmente, se buscó lugar más apartado, y así la pusieron en el oratorio del Noviciado, donde estuvo toda aquella noche velada por los Religiosos que señaló el Prelado. Aquí fué donde despertando al silencio y la quietud el fervor, puesto de rodillas el Sr. Arzobispo, tomando con sus manos la de la virgen, con suma reverencia, ternura y devoción, la dió muchos ósculos, y conoció entonces, que no sólo tenía flexible y tratable la muñeca, sino también todos los artejos de la mano y dedos, como si actualmente estuviera viva. Halláronse presentes algunos Oidores de la Real Audiencia, teniendo á gran dicha besar, puestos de rodillas, el ruedo de los hábitos, sin que varones tan graves y circunspectos pudiesen detener las lágrimas, por más que procuraban disimularlas.

Apenas los primeros crepúsculos despuntaban entre confusas luces por el Oriente, dando alegres nuevas del día, cuando los que velaban á Rosa, por orden del Prior, restituyeron la preciosa y venerable prenda á la capilla mayor de la iglesia donde había estado la tarde antecedente, poniéndola sobre la parte más elevada del túmulo. Después, abriendo de par en par las puertas del templo, entraron agolpándose unas á otras multitud de gentes á toda prisa y ocuparon toda la iglesia, tomando tan de antemano puesto, teniéndose por más venturoso el que pudo coger sitio más elevado. Sobre los bancos, canceles, rejas, escaños y tarimas subía la

gente, porque no les embárazasen la vista. Mas en oyendo el clamor de las campanas, que anticipando el tiempo acostumbrado hacían señal para cantar la misa y oficios y dar tierra á la virgen, súbitamente se llenó lo restante del templo, que con ser tan capaz, era angosto para los muchos que iban entrando. No sólo los vecinos de Lima, como el día anterior, sino todos los de seis leguas en contorno, sin que nadie les llamase, asistieron aquella mañana al entierro de Rosa. Otra vez volvió la guardia del Virrey á tomar las puertas y despejar la entrada, y si el día antes con dificultad podían detener la multitud que acudió al entierro, al siguiente fueron inútiles la fuerza y las amenazas de los soldados para poner orden entre tanta gente. A competencia toda edad y sexo con apremio y ahogo se atropellaba á las puertas, Este rogaba desde lejos que de mano en mano tocasen al cuerpo de la virgen el rosario, aquel los agnus, otros medallas y coronas, y cuanto tenían á mano que fuese de estimación. Por esta parte una multitud de baldados y enfermos, cojos, mancos y tullidos pedía como de derecho que hiciesen lugar para llegar á pedir remedio á Rosa y conseguir salud tocando las andas. Por aquel otro lado iban pasando los niños sobre las cabezas de todos, para que Dios los guardase de todo mal por medio del contacto del sagrado cadáver. Y con ser tanto el cuidado, la cautela y vigilancia de los soldados y de los Religiosos que la defendían, no bastó para que otros más sutiles y prestos no quitasen por muchas veces á la difunta los velos, cabellos y parte de los hábitos, que después dividían en menudos trozos con pretexto de ser reliquias. Seis veces fué necesario volver á vestir á Rosa antes de enterrarla. Por lo cual todos los afanes no eran ya tanto por guardar los hábitos, cabellos y tocas, sino el mismo cuerpo; porque era tanto el fervor, el tropel y las ansias de tener reliquias, que no repararan en destrozar el cadáver y llevarle en pedazos por preciosas

reliquias. Llegaron á cortarla un dedo; no se sabe si con hierro ó con los dientes.

Entre este bullicio, reuniéndose los Religiosos al coro, se dió principio con solemnidad á la misa, asistiendo de pontifical el Ilmo. Sr. D. Pedro de Valencia, Obispo de Guatemala, que introducido por un postigo de la sacristía, porque era imposible romper por la gente que llenaba la iglesia, quiso hallarse presente y hacer el oficio de la sepultura después de la misa. Resonaba la iglesia con gritos continuados que á la virgen aclamaban por santa, con tal estruendo, que ni se oía el canto de los Religiosos que estaban en el coro, ni ellos podían percibir ni responder al Preste y ministros que estaban en el altar. Hacían señal con campanillas para que respondiesen á punto; pero fué en vano la industria, porque prevalecía la gritería del pueblo, que en voz alta la llamaba santa. Fué el último remedio bajarse los cantores al altar mayor, ponerse muy cerca para poder oír y ser oídos de los que oficiaban. De esta suerte se acabó la misa, que entre ruidosa voz se cantó por la mayor parte con canto silencioso y sólo por señas de ceremonias, pues casi nadie pudo oírla. Después el Sr. Obispo, dejando su sitial, se acercó al túmulo para incensar el cuerpo, rociarle con agua bendita y para entonar los responsos y salmos que habían de cantarse durante la procesión que se iba á hacer para llevar el cadáver al sitio en que había de ser enterrado. Volvió otra vez á gemir el pueblo con voces más crecidas y desentonadas, volvió otra vez el tropel y atropellarse unos á otros por acercarse al túmulo. Pretendían todos con emulación y porfía acercarse al túmulo, unos por tocar últimamente con las manos á su querida y venerada Rosa; otros por besarla la mano, si pudieran, ó á lo menos la ropa, otros siquiera por saludarla, aunque fuese de lejos, y dar el último adiós á quien no habían de ver más con sus ojos. Otra vez volvía la prisa de tocar rosarios, cruces, medallas y cortar con tijeras los hábitos para tomar reli-

quias. Viendo esto el prudente Prelado, y temiendo que la violencia fuese pasando más adelante, volviéndose al Prior y á los otros religiosos que le acompañaban, les amonestó que evitasen el peligro con dilatar otra vez el entierro; porque por entonces no le parecía tiempo á propósito para que el sagrado cuerpo llegase entero al sepulcro, habiendo de romper por tanta gente y defenderse de tantas manos como le acometían para llevarse reliquias. Siguiéron los padres este consejo, y con voces, señas y acciones daban á entender al vulgo que por orden del Sr. Obispo se dilataba el sepultar á Rosa hasta tiempo más acomodado. Recibió esta alegre nueva con gratos oídos el pueblo, y persuadióse de ello, viendo que se desnudaba el Preste las vestiduras pontificales, que tomaba el coche y que partía á su casa.

Era eficaz argumento para confirmar la creencia en que estaba el pueblo de la santidad de Rosa, así la hermosura del cadáver como la milagrosa fragancia que despedía; todo lo que parece evitaba el peligro de corrupción, fealdad ó mal olor que podía temerse si se dilataba por algunos días dar sepultura al cadáver. Todavía estaba el rostro de la difunta en el mismo ser, con la frescura y hermoso aspecto que cuando acabó de expirar, y esto lo veían todos. Treinta y seis horas habían pasado desde su muerte y perseveraban en la boca, en los labios, en los ojos medio cerrados y apaciblemente dormidos y en las manos, los mismos indicios de incorrupción que se advirtieron al principio, y esto entre el humo de tantas hachas como allí ardían. Apesar de estar la atmósfera del templo tan pesada, efecto de la mucha gente que continuamente entraba y salía y de ser tanto el polvo que la misma levantaba, con todo la virgen ni tenía denegrida la cara, ni había perdido el carmín de las mejillas, ni se notaba amarillez en el rostro, ni se habían marchitado ni descolorido los párpados, ni aparecía en fin ninguna de las señales que se advierten en los otros cadáveres.

Finalmente, no parecía á los que la miraban que estaba muerta, sino dormida. Pero la admirable y celestial fragancia que el cuerpo despedía no desapareció del todo ni cesó en el sepulcro, como se vió después de diecinueve meses, según diremos en el capítulo siguiente, cuando al mudarla de sitio se notó el mismo olor que percibieron los que estaban presentes el día del entierro. Unos decían que era semejante al del agua rosada de ángeles; á otros les parecía que era una mezcla de cuantas flores pueblan los jardines; y que salía más al de las azucenas, bálsamo y rosas. Los más cuerdos juzgaban que era más subido y más suave; y para los que vivimos desterrados del Paraíso por nuestros pecados, peregrino y desconocido.

Todas estas cosas aseguraron al pueblo y le indujeron á creer que se dilataba el entierro y que sería en público, y así al medio día fué desocupando la iglesia y se volvió á sus casas. Libre de gente el templo y cerradas, como es costumbre, las puertas, no se podía desear tiempo más acomodado para dar sepultura á Rosa que aquel en que todos entendían que estaba comiendo la comunidad. Y así viéndose desahogados los religiosos de tanto tumulto dispusieron de repente la procesión. Callaron las campanas, fué el canto en voz baja, llevaron al capítulo las preciosas reliquias de la virgen, donde puestas en una curiosísima arca de cedro, quedaron cerradas, clavando fuertemente la cubierta del ataúd, llenóse de tierra la sepultura, cubrióse de argamasa y ladrillos. Puestos así en cobro y seguridad los ricos despojos, y cumplidas las ceremonias y rezos que señalan las rúbricas, se fué la comunidad al rectorio. No tardó en volver á bandadas la gente, después del medio día, de modo que se llenó de nuevo la iglesia con mayor frecuencia. Pero apenas se apercibió de que su amada prenda había desaparecido del templo, cargó de golpe sobre la puerta del claustro, quebrantó el pestillo y entróse en el capítulo, diciendo en alta voz que era santa la virgen; y no pudiendo echar

mano de otra cosa, cargó á porfía con la tierra del sepulcro, que llevó por reliquias. Desde allí adelante por más de un mes fueron muchos los coches de personas ilustres que iban á visitar la casa antigua de Rosa, para venerar la humilde celdilla del huerto que había habitado tanto tiempo, gozando de quietud y retiro, ocupada en oración y ejercicios virtuosos de devoción y espíritu. Preguntaban con diligencia y buscaban con cuidado en casa de sus padres y del contador D. Gonzalo si habían quedado algunas alhajas, lienzos ú otras cosas que hubiesen servido á Rosa, para guardarlas con gran veneración y grata memoria.

Aumentábase cada día la frecuencia del pueblo, que venía á visitar el sepulcro, porque cada día crecían los beneficios que allí recibían los enfermos, recobrando la salud; y no parecía que podía satisfacerse al honor que se debía á la virgen, hasta que se celebrasen más solemnes exequias, á que el señor Virrey había pedido le convidasen. Se señalaron para el veintisiete de Agosto, que parecía día menos ocupado para este príncipe. Mas por ser domingo, día en que no es permitido cantar oficios de difuntos si no hay cuerpo presente; por consejo del Arzobispo se señaló el día más cercano que no estuviese impedido. En éste no pudo asistir, atendiendo al forzoso despacho y negocios urgentes; y de esta suerte variándose el día, se fué dilatando, ya por imposibilidad del Virrey, ya del señor Arzobispo; hasta que uno y otro de repente se resolvieron y concertaron en que se hiciesen las honras el día cuatro de Setiembre. Fué esta determinación tanta más á gusto de entrambos, cuanto que después supieron que este mismo día es en el que, según el calendario romano, celebra la Iglesia la fiesta de otra Santa Rosa de la Orden del seráfico Padre San Francisco; y que haber concordado en que fuese este día, no fué con advertencia ni industria humana, sino con impulso divino. Asistieron, pues, al tiempo determinado el señor Arzobispo, el Virrey y todos los eclesiásticos y magistrados seculares y muche-

dumbre de pueblo que de nuevo volvió á llenar la iglesia de Santo Domingo. Predicóse de Rosa, dijose mucho de su feliz y admirable vida y elogios dignos de sus méritos: celebróse con gran pompa y majestuoso ornato la misa; templó la inquietud del pueblo la dolorosa ausencia de Rosa, y así pudo oirse el sermón; convirtiéndose todo en oraciones, y mientras el sacerdote ofrecía el sacrificio por ella, se encomendaban todos juntos á la virgen, pidiendo á voces fuese con Dios su intercesora.

Quando esto pasaba en la ciudad de Lima, la fama había ya esparcido el nombre admirable de Rosa por todo aquel reino; sin haber dejado ciudad, villa ni aldea donde no llegase á noticia de todos. En todas partes aclamaron sus virtudes con aplausos y señales públicas de alegría. Potosí, que dista de la ciudad de Lima trescientas leguas, hasta entonces no conocía el nombre de Rosa y mucho menos la persona; pero apenas tuvo nuevas del bienaventurado tránsito de la virgen, con soberano impulso se enfervorizó, siendo común la alegría con que la celebraban. Sonaron en las torres los bien templados metales de las campanas, resplandecieron por toda la ciudad luminarias, se oyeron por doquiera sus alabanzas. Así de uno á otro pueblo pasó la voz; y toda aquella región dilatada del Perú, que no conocía á Rosa cuando vivía, después de muerta la celebró con júbilos, aclamaciones y voces de alabanza; porque todos se prometían que habían de recibir por su intercesión consuelo, defensa y sufragios. Y no les engañó su deseo, ni su esperanza, como se dirá más adelante.



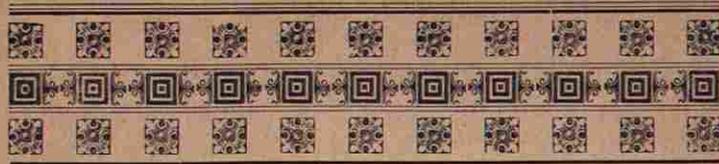
CAPÍTULO III

Mudan el sepulcro á Rosa con autoridad del Ordinario, y trasladan su cuerpo solemnemente.

CELEBRADAS las últimas exequias con la magnificencia y esplendor que está dicho, creían todos, que el pueblo poco á poco iría desistiendo de frecuentar el sepulcro de Rosa; como sucede, que con el tiempo suelen mitigarse los primeros fervores. Sucedió, empero, muy al contrario, porque la multitud y celebridad de los milagros llamaba cada día más y más gente á la sepultura de la virgen. Había demás de esto grandes quejas esparcidas por la ciudad, de que el sagrado cuerpo estuviese en lugar tan retirado, donde por las leyes de la clausura, ni á todas horas, ni de toda clase de personas podía ser visitado. No solo la plebe sino también los nobles y más principales de Lima, y al fin los párrocos de las iglesias, los superiores de las religiones y otros varones de mucha cuenta fueron de parecer que era puesto en razón condescender con los deseos constantes y devotos de los propios y extraños, naturales y forasteros, y que se debía pensar en la traslación de aquella preciosa pren-

dumbre de pueblo que de nuevo volvió á llenar la iglesia de Santo Domingo. Predicóse de Rosa, dijose mucho de su feliz y admirable vida y elogios dignos de sus méritos: celebróse con gran pompa y majestuoso ornato la misa; templó la inquietud del pueblo la dolorosa ausencia de Rosa, y así pudo oirse el sermón; convirtiéndose todo en oraciones, y mientras el sacerdote ofrecía el sacrificio por ella, se encomendaban todos juntos á la virgen, pidiendo á voces fuese con Dios su intercesora.

Quando esto pasaba en la ciudad de Lima, la fama había ya esparcido el nombre admirable de Rosa por todo aquel reino; sin haber dejado ciudad, villa ni aldea donde no llegase á noticia de todos. En todas partes aclamaron sus virtudes con aplausos y señales públicas de alegría. Potosí, que dista de la ciudad de Lima trescientas leguas, hasta entonces no conocía el nombre de Rosa y mucho menos la persona; pero apenas tuvo nuevas del bienaventurado tránsito de la virgen, con soberano impulso se enfervorizó, siendo común la alegría con que la celebraban. Sonaron en las torres los bien templados metales de las campanas, resplandecieron por toda la ciudad luminarias, se oyeron por doquiera sus alabanzas. Así de uno á otro pueblo pasó la voz; y toda aquella región dilatada del Perú, que no conocía á Rosa cuando vivía, después de muerta la celebró con júbilos, aclamaciones y voces de alabanza; porque todos se prometían que habían de recibir por su intercesión consuelo, defensa y sufragios. Y no les engañó su deseo, ni su esperanza, como se dirá más adelante.



CAPÍTULO III

Mudan el sepulcro á Rosa con autoridad del Ordinario, y trasladan su cuerpo solemnemente.

CELEBRADAS las últimas exequias con la magnificencia y esplendor que está dicho, creían todos, que el pueblo poco á poco iría desistiendo de frecuentar el sepulcro de Rosa; como sucede, que con el tiempo suelen mitigarse los primeros fervores. Sucedió, empero, muy al contrario, porque la multitud y celebridad de los milagros llamaba cada día más y más gente á la sepultura de la virgen. Había demás de esto grandes quejas esparcidas por la ciudad, de que el sagrado cuerpo estuviese en lugar tan retirado, donde por las leyes de la clausura, ni á todas horas, ni de toda clase de personas podía ser visitado. No solo la plebe sino también los nobles y más principales de Lima, y al fin los párrocos de las iglesias, los superiores de las religiones y otros varones de mucha cuenta fueron de parecer que era puesto en razón condescender con los deseos constantes y devotos de los propios y extraños, naturales y forasteros, y que se debía pensar en la traslación de aquella preciosa pren-

da; atendiendo á que era Rosa tesoro común de los limenses, consuelo de los piadosos, remedio de los afligidos; y que así debía hacerse pública y tratable la devoción de todos. Sólo se esperaba el consentimiento del señor Arzobispo. Este, informado á 27 de Febrero de 1619 del estado en que se hallaba este asunto y de los ardientes deseos de todo el pueblo, mandó el mismo día que se presentó la súplica, que se extendiese un decreto del tenor siguiente: «Ante el Ilustrísimo señor Bartolomé Lobo Guerrero, Arzobispo de Lima, del Consejo de su Majestad, etc. fué leída y vista una petición, etc. y atento á las razones que en ella se refieren, y á la aclamación universal y pública con que, así en esta ciudad de Lima, como en todo el reino del Perú, Rosa de Santa María, de la venerable Orden de Santo Domingo, es tenida por santa, daba y dió facultad para que su cuerpo, desde el sepulcro que ahora ocupa, se pueda trasladar á otro lugar decente dentro de la iglesia de Santo Domingo, que más conveniente le pareciere al P. Maestro Fr. Agustín de Vera, Provincial de la dicha Orden. Signó el decreto su Ilustrísima el señor Arzobispo. Ante mí el Doctor Fernando Becerril.»

Para acto tan solemne, como había de ser la traslación de Rosa, señalóse la víspera de San José, que es á diecinueve de Marzo, porque no podían disponerse antes el nuevo sepulcro y urna, ni el ornato que era necesario. Como el fallecimiento de Rosa había figurado con varios símbolos la muerte de Cristo expirando en la cruz; así también mucho antes estaba declarado por revelación divina, que había de ser gloriosa su sepultura. Pero ahora se iba descubriendo una viva imagen de la resurrección de Cristo; ya que así como el Hijo de Dios había estado en el sepulcro sin que la corrupción, que sigue á la muerte, invadiera sus miembros divinos; así también respetó el cuerpo de esta virgen, la que salió despidiendo la misma fragancia con que había sido sepultada. Sólo las manos habían perdido en la virgen algo del candor primitivo; acaso porque para

quitar reliquias con hierro y dientes las habían maltratado, ó por los muchos ósculos, que á millares había recibido en ellas. Esto notaron los que el mismo día trasladaron muy de mañana el sagrado cuerpo desde el antiguo ataúd á una nueva urna también de cedro, dorada por dentro y fuera, con dos fuertes cerraduras.

Dispuestas, pues, con buen orden todas las cosas del sobredicho día, salió del coro la comunidad del convento de Santo Domingo, asistida de otros muchos religiosos de diversas Ordenes, y fué derechamente en forma de procesión al capítulo, con cruz, cuatro acólitos y dos incensarios, después de los que iba el Provincial del Perú acompañado de ministros, todos ellos con ricas vestiduras sacerdotales. Llegó poco después el señor Arzobispo con sus asistentes, acompañándole el juez ordinario de la Santa Inquisición, canónigo metropolitano y vicario general de aquel arzobispado. Dichas las oraciones acostumbradas con aspersion de agua bendita y purificaciones, seis sacerdotes con albas, estolas y manipulos, tomaron en los hombros la urna y partieron todos á la iglesia, que estaba adornada de alto á bajo con sedas y preciosas colgaduras. Seguía el Arzobispo al sagrado cuerpo y por su orden las personas de más representación que allí se hallaron. Al llegar la urna dorada á la puerta del claustro que da entrada en la iglesia, luego que la vió la multitud de gente que la poblaba, levantó hasta el cielo las voces. Los confusos gritos de unos que aplaudían y de otros que lloraban de gozo devoto, ó que con ruegos solicitaban su intercesión, no dejaron oídos para percibir lo que se cantaba. Mientras que se acomodaba la urna en un pequeño catafalco, que junto al altar mayor se había levantado con suntuosidad, grandeza y adorno, tomó asiento el señor Arzobispo en un sitial que estaba al lado del Evangelio. El Provincial, revestido con la casulla, y con ministros, llegó á la peana del altar para comenzar la misa, á que dió principio la música con

destreza y melodía, para proseguir con motetes y villancicos que tenían prevenidos. Mas el pueblo sólo atento á tocar rosarios y estampas en la tumba de la virgen, causaba ruido y confusión, por ser tantos los que procuraban acercarse á la tumba. Cubrían el tablado, en donde estaba la caja que contenía los restos de la virgen, bordados tapices con flecos de oro; y finalmente todo este aparato no parecía pompa funeral, sino triunfo majestuoso.

Acabado de cantar el Evangelio subió al púlpito el P. Maestro Fr. Luis de Bilbao, catedrático de Prima de la Universidad de Lima y calificador del Santo Oficio, que como había confesado á Rosa por más espacio de tiempo que otros, era el que más noticias tenía de su espíritu y ejercicios, luces ocultas y de los favores que recibía del divino Esposo. Al punto quedó todo el auditorio inmóvil, puesto alerta para oír; y con ser la multitud tan grande, fué tanto el silencio repentino, que la iglesia parecía un desierto: tantas eran las ansias que tenían todos de oír predicar excelencias de la virgen. En el discurso del sermón díjose mucho de la inocencia baptismal nunca violada con ofensa mortal; de la flor intacta de su virginal limpieza; de la austeridad rigurosa de sus ejercicios, mortificados y penitentes; de las admirables ilustraciones que la comunicó el cielo; de los ardores seráficos con que ardía y se manifestaba en deseos su caridad ferventísima; y finalmente, cuantos bien fundados elogios pudieron reducirse al compendio de una hora. Raro fué el que no se compungió muy de corazón de sus culpas á la presencia de tan sagrado cadáver; y á la memoria de sus heroicas hazañas, muchos derramaban copiosas lágrimas. Todos al repetir el predicador el venerable nombre de Rosa, le hacían reverencia con la cabeza, aunque no se atrevían á manifestarla con la voz, por no perder palabra de lo que el predicador pronunciaba en sus heroicas alabanzas.

Acabado el panegírico y dado fin á la misa, el señor

Arzobispo vistiéndose de pontifical con mitra y báculo, en medio de todos los ministros y con cuatro asistentes de los que ocupaban mayores dignidades en el Cabildo de la Iglesia metropolitana de dicha ciudad, se acercó al túmulo; y después de haber hecho las ceremonias del Ritual romano, habiéndole cantado las antífonas, salmos y oraciones que allí se señalan, el Padre Provincial con los demás Prelados de todas las Religiones, tomaron la urna en hombros con reverencia. Y estando en pie el Ilmo. Sr. Arzobispo, con asistencia de todos los tribunales y de la curia civil, la pusieron en un suntuoso nicho, al lado derecho del altar mayor, labrado y adornado curiosamente, en forma de arco, que dorado por dentro y haciendo agradables reflejos con las luces que le pusieron, estaba hermosísimo. Por de fuera fortalecía el nicho una reja de hierro, también dorada, con que quedaron las reliquias patentes á la vista y aseguradas. Fué esta traslación gratísima al pueblo; dió testimonio el gran concurso que desde entonces, como más fácil, fué juntamente numerosísimo y mayor cada día; tanto, que se vieron obligados los Religiosos á tratar de otra traslación, porque la mucha gente que acudía á venerar la urna, ya movida de los milagros, ya de los grandes favores que recibía, impedía y turbaba los oficios divinos que en el altar mayor se celebraban.

Era continua la multitud de gentes que ofrecían votos, colgaban cirios y presentaban las muletas, después de lograda por intercesión de la virgen la salud. Finalmente, fué necesario dar medio para que se observase la reverencia debida al sacrosanto tabernáculo del Santísimo, que estaba en el altar mayor, y que no estuviesen vueltas las espaldas los que solo atendían á hacer oración pegados al sepulcro de la virgen. Así que para colocar las reliquias de Rosa se eligió otro lugar más á propósito, que fué la capilla de Santa Catalina de Sena, que estaba bastante distante del altar mayor y á su lado izquierdo. Pareció muy debido á una

hija tan semejante que el lugar de su reposo fuese el sero de la Santa Madre; si se puede llamar quietud y reposo el puesto donde tanto resonaban el estruendo y clamores del pueblo devoto, aunque con menor impedimento de los divinos oficios, para los cuales debía estar el altar mayor muy libre y desocupado.

En este interin llegaron á Lima Letras Apostólicas, por las que, señalados jueces especiales en la causa de Rosa, usando de su comisión, nombraron nuevo tribunal, según la forma indicada por la Sagrada Congregación de Ritos, á fin de examinar testigos de la vida y obras de la sierva de Dios Sor Rosa de Santa Maria. Dióse principio al examen á 17 de Mayo de 1630; duró la averiguación hasta el año de 1632, por ser muchos los testigos que depusieron, (fué el número 183) y por otras circunstancias que impidieron se concluyera el proceso con la brevedad que hubiera sido de desear. Como conclusión sólo faltaba visitar el sepulcro y las reliquias de la sierva de Dios. Fueron nombrados para el efecto y como testigos de vista Juan de Tejada y Juan de Vega, doctores médicos; Juan de Valenzuela y Bartolomé de Cebico, secretarios, con Asenso de Molina, cirujano. Abrieron la urna de madera, estando presente el M. R. P. Mtro. Fr. Gabriel de Zárate, Provincial, y hallaron entero el cuerpo de la virgen casi quince años después de su muerte y consumidos los hábitos. Estaba muy desecada y enjuta la carne que cubría los huesos. Despedía olor suavísimo, no como el que suele salir de los muertos, sino muy parecido á la rosa seca después de curada al sol. Juró el primero de los médicos nombrados arriba que la fragancia singular que habían exhalado en aquella ocasión las reliquias, no sólo había recreado el olfato de los presentes, sino también bañado de improviso los ánimos con interior sentimiento de ternura y devoción.

De aquí fueron al capítulo á registrar el primer sepulcro de la virgen, de donde los fieles sacaban mucha tierra para remedio de varias enfermedades. Allí todos

por su orden exploraron con la mano la concavidad; y hallaron que al parecer solo se podían haber sacado poco más de cuatro ó cinco libras de tierra, si bien constaba por muchos testimonios que por aquel agujero que correspondía al lugar en que tuvo la virgen la cabeza, se habían sacado muchos más celemines y repartiéndolos por todo el reino. De donde se podía colegir con gran fundamento que el cielo había comunicado al sepulcro primero de Rosa lo que se cuenta del antiguo sepulcro de San Raimundo, y es que como van sacando tierra los devotos, va naciendo otra de nuevo.

El año de 1649 el Procurador general de la Orden de Predicadores en la Curia Romana, por carta particular amonestó á los religiosos del Convento de Lima que tuviesen mucha cuenta con la nueva Constitución de Urbano VIII, expedida el año de 1634, á 5 de Julio, que comienza: *Coelestis Hierusalem*. Causó mucho dolor á dichos religiosos que en espacio de seis años no hubiese llegado á Lima siquiera una copia de esta Constitución, ni aun la menor noticia de que hubiese salido; y no era maravilla siendo tanta la distancia y tan numerosos los piratas que poblaban entonces los mares y ponían en riesgo las embarcaciones. Con todo eso aquellos Padres, á pesar de ser particular y no auténtica aquella carta, juzgaron que se debía obedecer sin dilación alguna; y así aquella noche quitaron de las paredes y sepulcro de Rosa cuanto podía imaginarse, que era dar antes de tiempo culto público á la virgen. Al día siguiente fué cosa intolerable para toda la ciudad, tan devota de su conciudadana, saber la determinación que tomó la comunidad de Lima. Buscaba en el lugar que había dejado la tarde antecedente su asilo y su consuelo; pedía con instancias á Santa Catalina de Sena que le restituyese esta segunda Catalina de Lima. Y como el vulgo con pretexto de piedad suele fácilmente arrojarse á sospechas y juicios temerarios, esparcióse luego el rumor de que habían robado las reliquias sin saberlo el convento, ó que las habían remitido á

España por fines que los de la ciudad no comprendían. Sin más averiguaciones el vulgo ignorante y crédulo conspiró tumultuosamente; juntóse gran multitud llena de cólera, y dando gritos amenazaba al convento en tono altanero, sin que bastase la satisfacción que les daban; porque, ó no lo entendían, ó no querían darse por entendidos. Tarde al fin y con mucho trabajo pudieron persuadir al pueblo furioso, que esto era adelantar más la causa de Rosa y que nunca debía tener inconveniente en obedecer los decretos del Romano Pontífice, cuya desobediencia tampoco podía ser grata á la virgen; que sus reliquias estaban muy bien guardadas y seguras en el primer sepulcro y que acerca de ellas, teniendo ya noticia de la Constitución Apostólica, no se debía permitir ni obrar nada que disonase de lo que ordenaba la Sagrada Congregación de Ritos. Con gran dificultad se vino á quietar el pueblo; contentóse con saber que las reliquias de su amada Rosa estaban bien guardadas y en lugar seguro.



CAPÍTULO IV

Rosa después de su fallecimiento aparece gloriosa muchas veces á varias personas.

ALFONSA Serrano, de quien se hizo mención arriba, así como fué mientras vivió la más querida y con quien más familiarmente trataba la virgen, así después de su muerte fué más favorecida, apareciéndosele con mayor frecuencia. Entre todas estas apariciones la más ilustre fué la que tuvo cuando vió á la Reina del cielo que estando en pie delante del solio augusto de la divinidad, tenía en la mano una corona, y al parecer esperaba para coronar felizmente las sienes de una persona que había de venir á recibirla en las gradas de aquel majestuoso trono. Vió que por otro lado venía un coró de vírgenes que llevaba en medio á Rosa, con gran fiesta y grandes señales de regocijo, para presentarla á la Reina soberana de las vírgenes. Las que componían aquel glorioso escuadrón tenían todas en las manos palmas triunfadoras y coronas en la cabeza; solo á Rosa, aunque llevaba palma, le faltaba la guirnalda. Alfonsa fuera

España por fines que los de la ciudad no comprendían. Sin más averiguaciones el vulgo ignorante y crédulo conspiró tumultuosamente; juntóse gran multitud llena de cólera, y dando gritos amenazaba al convento en tono altanero, sin que bastase la satisfacción que les daban; porque, ó no lo entendían, ó no querían darse por entendidos. Tarde al fin y con mucho trabajo pudieron persuadir al pueblo furioso, que esto era adelantar más la causa de Rosa y que nunca debía tener inconveniente en obedecer los decretos del Romano Pontífice, cuya desobediencia tampoco podía ser grata á la virgen; que sus reliquias estaban muy bien guardadas y seguras en el primer sepulcro y que acerca de ellas, teniendo ya noticia de la Constitución Apostólica, no se debía permitir ni obrar nada que dionase de lo que ordenaba la Sagrada Congregación de Ritos. Con gran dificultad se vino á quietar el pueblo; contentóse con saber que las reliquias de su amada Rosa estaban bien guardadas y en lugar seguro.



CAPÍTULO IV

Rosa después de su fallecimiento aparece gloriosa muchas veces á varias personas.

ALFONSA Serrano, de quien se hizo mención arriba, así como fué mientras vivió la más querida y con quien más familiarmente trataba la virgen, así después de su muerte fué más favorecida, apareciéndosele con mayor frecuencia. Entre todas estas apariciones la más ilustre fué la que tuvo cuando vió á la Reina del cielo que estando en pie delante del solio augusto de la divinidad, tenía en la mano una corona, y al parecer esperaba para coronar felizmente las sienes de una persona que había de venir á recibirla en las gradas de aquel majestuoso trono. Vió que por otro lado venía un coró de vírgenes que llevaba en medio á Rosa, con gran fiesta y grandes señales de regocijo, para presentarla á la Reina soberana de las vírgenes. Las que componían aquel glorioso escuadrón tenían todas en las manos palmas triunfadoras y coronas en la cabeza; solo á Rosa, aunque llevaba palma, le faltaba la guirnalda. Alfonsa fuera

de sí por la admiración y el gozo, fluctuando entre los dos extremos y sin poder valerse, cuando esperaba ver el fin de tan gustoso suceso y la coronación de Rosa, despertó despavorida, quejándose del sueño que envidioso de su dicha cortó el hilo al mejor tiempo. Pero Rosa, como fina amiga, la consoló al día siguiente, aumentando con crecidas ventajas los gozos que había antes malogrado. Manifestóse entonces rodeada como antes de hermoso tropel de vírgenes, vestidas de gala, como si asistieran á bodas; y ya no solo adornaba su diestra la vistosa palma, sino también traía coronadas las sienes con florida guirnalda de inmensa gloria. Dábanle alegres plácemes los ángeles que dispuestos en hileras hacían coro con innumerables ejércitos de bienaventurados, y unos y otros con júbilo y alegría, como á triunfadora, la hacían la salva con música y alegres parabienes. Volvió en sí Alfonsa, después de estas visiones; y porque, como humilde, no se pagaba de su solo parecer, consultó á sus Padres espirituales, dejando á su recto criterio el sentido de una y otra revelación. Mas viendo los efectos que habían hecho en su alma, concordaron todos que era divina la aparición y que no había que temer que fuese ilusión fantástica.

Un varón excelente en teología mística, celebrado en aquel tiempo y en aquel reino por su grande contemplación y experiencia en las cosas divinas, dijo en secreto al contador D. Gonzalo de la Maza, como testificó por palabra y por escrito en el proceso que formaron los Jueces apostólicos: que claramente por espacio de tres semanas se le había manifestado la gloria de la virgen, no menos de veintidos veces, ya en visión intelectual, ya en imaginaria. Entre todas fué muy notable aquella en que vió intelectualmente todo el candor virgíneo de la pureza de Rosa, con las dotes y laureola que la correspondían; sin que esto se representase con imágenes corporales, sino solo con una irradiación, que ilustrando el entendimiento le daba noticia sosegada y quieta de la gloria que la virgen gozaba. Y si

fué admirable esta revelación por hallarse exenta de las imperfecciones de la materia y del conocimiento que se adquiere por los sentidos, fué por otra parte inefable y causó en su alma gran concepto y estimación de lo mucho que era Rosa.

El Doctor Juan del Castillo juró, quince años después de la muerte de Rosa, en el proceso que hicieron los segundos jueces apostólicos, escogidos para la información de la santa virgen: Que en visión imaginaria le había aparecido en medio de una luz muy resplandeciente, que tenía gran semejanza con la claridad divina de la Majestad inefable de Dios; y que en el centro se veía á Rosa vestida con el hábito de Santo Domingo, que despedía maravillosos rayos, y era la blancura del hábito singular y rara, por estar retocada con luces celestiales. Decía también que era incomparable la belleza de la virgen, y que no hallaba palabras con que poder explicarla. El rostro resplandecía con hermosura casi infinita; rodeado tenía el cuerpo de rosas cándidas y purpúreas sin número. Tenía en su diestra un ramo de palma, indicio manifiesto de su pureza, y así el ramo como las rosas despedían densos fulgores de gloria. Y no contentándose de favorecerle con dejarse mirar entre tantos abismos de hermosura y luces, le habló muchas veces, declarándole altísimos misterios acerca de la felicidad que gozaba; misterios que no puede comprender la inteligencia ni expresar la lengua humana.

Uno de los confesores de Rosa oyó de la boca del mismo Doctor Castillo, que más de cincuenta veces había gozado de apariciones gloriosas de la virgen Rosa. En la última declaración que hizo el año 1631, sin ser citado, cuando de su voluntad se presentó á los jueces apostólicos, afirma el mismo Castillo, que por espacio de seis meses, de día y de noche había sido admitido, por permisión divina, á contemplar la bienaventuranza de que gozaba Rosa, y que cuantas veces levantaba el espíritu para fijarle en Rosa, otras tantas había visto

á la virgen entre ejércitos de bienaventurados espíritus. Añadía que aunque poco á poco fué cesando la frecuencia de las visiones de Rosa, con todo eso no faltó á las leyes de urbanidad, enviando su celestial sustituto, y dándole sus veces para que le visitase y consolase en su nombre. Aparecía el ángel como un hermoso niño de edad de doce años, daba al Doctor noticias de la gloria de Rosa, y siempre buenas nuevas de su inefable gloria; y de esta suerte al fin, después de pasado algún tiempo vino á cesar todo.

A muchas personas devotas concedió la divina largueza que viesen á Rosa en el paraíso de su Esposo, florida-mente rodeada de vistosas y olorosas rosas y coronada con diadema de oro. Especialmente se apareció á una matrona viuda, celeberrima entonces en virtud y vida ajustada. Vióla muchas veces asistida de millares de angélicos espíritus, que gozosos la acompañaban entre resplandores de celestiales luces. Una vez la habló en visión imaginaria, diciendo: «Necesario es, madre, trabajar mucho, porque es cosa grande el premio que se da en el cielo, y no puedo negar, que le he recibido muy colmado, de lo que trabajé en la vida mortal.» Dijo esto Rosa con cara de risa, y agraciándole mucho la hermosura del hábito dominico que en aquella aparición vestía. Alguna vez vió esta misma persona á la virgen, espaciándose con Cristo en los jardines del em-píreo, que la seguía, dejándola adelantar algunos pa-sos. En otra ocasión la vieron divertida entre aromas y azucenas, compitiendo sobre cuál excedía en fragan-cia y en hermosura.

No es razón pasar por alto el mucho afecto y solici-tud que mostró Rosa á su patria en alguna de estas apariciones. La venerable viuda, de quien hicimos mención poco ha, algunos días después que murió la virgen hacía oración en la iglesia, y la había visto mu-chas veces gozando de la bienaventuranza en la gloria, entre los coros de las almas santas que allí disfrutan de dicha consumada. Acordóse de encomendar á su in-

tercesión la ciudad de Lima y el reino del Perú; y arre-batada luego en visión intelectual, miró á Rosa con di-vinas luces, y oyó que la respondía con afabilidad y cariño: «Así se hará como me lo pides, oh amada her-mana, y estoy muy cierta que cuanto fuere en servicio del Señor dulcísimo, de cuya vista gozo, me concederá su bondad inclinada á mis peticiones. Tengo en la me-moria cuanto me has encomendado, y no dejaré de ro-gar á Dios que se cumpla como deseas.» Concuerta con esta visión otra que se refiere en el proceso y consta de la declaración jurada de Sor Catalina de Santa María. Fué en esta forma: Apareció muchas veces entre sue-ños la feliz Rosa á cierta persona, dándola á entender el dichoso estado que poseía en el cielo; en particular en dos ocasiones, con más gloria y resplandor que so-lía otras veces. La primera, para consolarla de grandes adversidades y tribulaciones que padecía, y la segun-da, dejándose ver sobre su sepulcro, puesta de rodillas en oración, intercediendo con Dios por su amada pa-tria. Y no es maravilla que estas dos veces apareciese más gloriosa, porque siendo la una para persuadir á te-ner paciencia, era justo que se mostrase como la Maes-tra seráfica: «Hermoseada con especial privilegio de paciencia.» Y siendo la otra para utilidad de su patria, era necesario que brillase en Rosa con mayores luces el amor ardiente que después de muerta la tiene. Para que estas visiones mereciesen crédito, y se reconocie-se que la relación de esta mujer era sencilla y sin fic-ción alguna, los expertos en la materia descubrieron buenas señales, cuales son profunda humildad, cono-cimiento de su nada, tranquilidad y sosiego del espíri-tu, gozo espiritual inflamado con nuevos incendios del amor divino, prendas que aseguraban la verdad con que hablaba.

Más prodigioso y más fecundo en beneficios y por-tentosas señales es lo que se sigue. Se hallaba enfermo de gravedad en el convento del Rosario de Lima, y de tanto peligro, que ya trataba de disponerse para la úl-

tima agonía el P. Maestro Fr. Agustín de Vega, Provincial del Perú, de la Orden de Predicadores. Ya daban todos por cierta su muerte, habíanle desahuciado los médicos y no le aplicaban medicamentos; sólo Rosa, que ya estaba segura en el Paraíso, tomó á su cargo cuidar del enfermo. Estaba durmiendo en su casa muy lejos del convento Cristóbal de Ortega, seglar en el estado, y de fortuna menos que mediana. A este se apareció la virgen en lo profundo de la noche, mandóle que en amaneciendo fuese al convento, que se viese con el Provincial que estaba á la muerte, y le dijese de su parte: «Que no moriría de aquella enfermedad por más que los médicos desconfiasen de su vida, y que había de sudar algún tiempo por la gloria de Dios, apremiado con la mitra de Obispo antes que se viese libre de las molestias de este mundo.» Dicho esto desapareció la gloriosa virgen. El dichoso Cristóbal Ortega viéndose tan en breve destituido de tan amable presencia y de la dulzura admirable que le causaba; y gozoso por otra parte de que se hubiese dignado de hacerle tan celestial favor, como era haberle hablado, sin poder contenerse dió voces, diciendo: «¡Ay de mí! La santa virgen Rosa ahora en este instante acaba de irse de aquí, y yo de perder su vista.» Despertando á los gritos su hijo Tomás que dormía muy cercano, supo todo el caso por boca de su padre. Y no haciendo aprecio de lo que refería, se empeñó en persuadirle que no diese temerariamente crédito á la vanidad incierta de los sueños. Respondióle su padre que no en sueños, sino muy despierto, había visto y oído á la virgen. Instaba el hijo que se quietase y que volviese al sueño. No lo pudo acabar con su padre, que impaciente de la pereza con que venía el día, gastó lo restante de la noche pensando en lo que le había sucedido. Apenas amaneció, avisada su esposa por el hijo, hizo cuanto pudo porque no saliese de casa ni fuese al convento á decir lo que había visto. Ya con ruegos, ya con cólera y voces, procuraba impedir á su marido, diciendo que no se arrojase

á afrentar su casa y familia con cuentos necios de engañosos sueños y que tuviese por cierto que le habían de tener por loco y juzgar que había perdido el juicio ó que deliraba. Mas él, tan firme en su propósito, como constante y cierto de la verdad que había visto y tocado casi con las manos aquella noche, con alegre confianza se fué al convento, saludó al enfermo, dijo lo que había mandado la virgen, con tal desembarazo y seguridad de ánimo, que obligó á todos á que le creyesen, y quitóles el miedo y las dudas la confianza con que lo decía. ¡Cosa maravillosa! No tardó en verificarse lo que había predicho; pues apenas acabó de pronunciar su embajada, comenzó el Provincial enfermo á reconocer que poco á poco iba mejorando; después encomendándose muy de veras á Rosa convaleció del todo, y finalmente durmió en el Señor lleno de años, siendo Obispo del Paraguay.

El Dr. D. Baltasar de Padilla, Canónigo penitenciario de la Santa Iglesia de Lima, por mandato del señor Arzobispo fué con un notario á casa de una viuda á tomar su dicho en lo tocante á la vida y prodigios de Rosa. Cuando la estaban examinando aparecióse la virgen, alegre el rostro, resplandeciente y con mucha afabilidad y agrado, con ademán y señas de exhortarla, y como poniéndola ánimo para que dijese lo que sabía en lo que era preguntada, y aprobando y ratificando cuanto por su declaración se iba escribiendo en el proceso. Esto depuso después la viuda el año de 1630, hablando aparte á los Jueces apostólicos; y añadió, que en aquella ocasión se le apareció la virgen en el mismo traje y hábito que usaba en esta vida; pero con más alegre y más alhagüeño semblante, y como quien la daba gracias por el obsequio que la hacía testificando lo que sabía.

A otra persona muy dada á los ejercicios espirituales, en visión imaginaria se le manifestó Rosa, paseándose en la sala donde los Jueces apostólicos firmaron el proceso de su vida. Con sus mismas manos, más

blancas que la nieve, aderezaba la pieza y la alifaba curiosamente, dando á entender juntamente que todo esto obraba porque allí había de recibir de los mortales los debidos tributos de honra y de verdad, pues en aquel lugar habían de testificar todo lo que sabían de su vida y acciones heroicas, á mayor honra del Señor, en cuya virtud las había ejecutado. Muy semejante á esto es lo que refiere D.^a María de Usategui, mujer del contador D. Gonzalo: añadiendo á lo dicho que la había visto estar componiendo á los notarios las escribanías y recado de escribir, mostrando con estas acciones lo que se complacía en ver que en la tierra se comprobasen jurídicamente los grandes beneficios que la mano liberal de Dios la había concedido. Pero si esta es visión distinta de la antecedente, ó si es la misma más explicada, no es fácil averiguarlo.

No se debe sin faltar á lo que se debe á la historia callar aquí lo que sucedió á la Madre María de Bustamante, monja profesa en el monasterio de la Santísima Trinidad de Lima, y lo que refirió ella misma con juramento, cuando la examinaron los jueces que formaron el proceso de Rosa por comisión Apostólica. Con toda sinceridad había respondido á los que la preguntaron sobre la vida de Rosa; pero como es el sexo mujeril pálido y temeroso por naturaleza, suele temblar cuando se ofrece jurar en los procesos; y no acaba de satisfacerse, cuando oye que fulminan censuras, quedando siempre con temor y escrúpulos sobre si dijo más ó menos, conforme al tenor del interrogatorio. Fué grande el tropel de escrupulosas dudas, que combatían el corazón de la religiosa, después de haber concluido su declaración. Vacilaba perpleja, si por no saber explicarse, ó por no tener la memoria tan firme se había excedido ó faltado en la verdad y puntualidad que la materia y el tribunal pedían. Por aquí la apremiaba la inquietud y el desasosiego para que volviese á corregir el dicho, moderándole en unas cosas y desdiciéndose en otras. Por allí cerraba el paso á esta reso-

lución la mucha vergüenza y la resistencia que en lo interior sentía y el no saber determinadamente lo que había de retratar en su dicho. En el interin su delicada conciencia, sin seguridad, sin reposo, sin hacer pie en nada, estaba inquieta, confusa y anegada en desvelos. Entre tantas angustias, durmiendo una noche en su celda, y estando sola en ella, sintió que la despertaban; que con imperiosa voz la llamaban, aunque sin causarla miedo y que moviéndola la interrumpían el sueño. Sentada sobre la cama, en vela, se admiraba de lo que la sucedía, sin saber quién ó por qué causa la habían quitado el sueño, y más á aquellas horas. Y mientras que revolviendo en su discurso estos pensamientos dudaba y escuchaba alerta por ver si sentía quién fuese la causa, oyó una voz suavísima y apacible que la decía al oído: «No dudes, María, no te acongojes, que Rosa de verdad es santa.» ¡Prodigio admirable de la gracia! Al punto se halló libre de los escrúpulos que tanto la afligian, desvaneciéndose la inquietud y las angustias, huyeron los temores, sosegóse el corazón y pasada la tormenta, se convirtió en bonanza, serenidad y alegría el peligro anterior. Tanto, que pudo pasar lo restante de la noche con descanso, seguridad y consuelo, sin ser necesario llamar á quien la acompañase. Aseguróse de que tan repentina mudanza, tanta quietud de ánimo, no podían venir sino sólo del cielo; y más sabiendo que el remordimiento de los escrúpulos que acerca de esto la inquietaba, solo Dios y ella podían saberle. Y siendo así, que una hoja que de noche se moviese la daba sobresalto, cuando oyó la voz que hemos dicho, no solo no la atemorizó; pero la infundió ánimo, seguridad y consuelo.

Mucho se pudiera decir en esta materia, si no temiéramos hacernos demasiado prolijos. En gracia de la brevedad omitiremos todos los otros casos, menos el que se refiere á Diego Pacheco, escribiente de Diego de Morales, notario apostólico en la causa de Rosa, para que trasladase el proceso, los autos de los jueces y las

declaraciones de los testigos. Encargó á éste Diego de Morales que dentro del breve tiempo que le fué señalado hiciese traslado de las 2.000 hojas de que constaba el proceso; con la particularidad de que no había de escribir corrido con soltura y rasgos, dejando correr la pluma, sino muy claro, con la clase de letra llamada bastardilla. Obedeció el amanuense, pero el primer día en que dió principio á la obra, comenzó á perder las esperanzas de darla acabada al plazo señalado; ni aun mucho tiempo después, porque no estaba acostumbrado á aquella forma de caracteres, y porque, como él después depuso con juramento ante los jueces apostólicos, de tal suerte se le cansaban al escribir los dedos, se le pasmaba el brazo, se le torcían y relajaban los nervios; que le obligó á decir muchas veces que estaba temeroso de que con la turbación del pulso, antes le habían de faltar las fuerzas, perder la mano ó el brazo que pudiese cumplir lo prometido ni acabar lo comenzado. Un día, pues, habiendo trabajado desde el amanecer hasta el sol caído, rendido, fatigado y con dolor del brazo se fué á la cama, dudando si se hallaría con fuerzas para pasar adelante al día siguiente. Dormido con el peso del tedio y fatiga, vió que entraba en la sala á visitarle Rosa con paso reposado, con rostro alegre y propicio, desterrando juntamente el espanto que visión tan extraña pudiera causarle. Y por no dar lugar á que se dudase quién era, apareció con el hábito y figura con que pocos días antes la había visto pintada. Callaron entrambos; mas Rosa llegándose á la cama le cogió el brazo, por aquella parte que media entre la muñeca y el codo, apretósele muchas veces con fuerza, túvole así no pequeño espacio de tiempo y desapareció luego. Despertando Diego Pacheco, ignorante del misterio, revolvía en su entendimiento lo que podía significar visión tan peregrina, haberle apretado el brazo y habersele tenido como en prensa tan largo espacio. «¿Acaso habrá querido con esto Rosa, se decía á sí mismo, darme á entender la inconstancia y poca fir-

meza de mi natural inquieto, por andar corriendo siempre y sin sosiego de una ciudad en otra, de un reino en otro reino? Sin duda que quiso avisarme que hiciese pie en una parte y que fuese constante en asentar domicilio fijo en esta ciudad insigne.» Fluctuando entre estas imaginaciones, comenzó á vestirse y ponerse el jubón, sintió más ágil el brazo derecho; pero sin acabar de caer en lo que ello era, se puso á escribir y proseguir desde la aurora hasta tocadas las Ave Marias, sin experimentar cansancio en las dedos, tormento en el brazo, ni pesadumbre en la mano; antes escribía más veloz y más ligero que nunca. Desde entonces comenzó á reconocer el beneficio que en su aparición le había comunicado la virgen, llevó adelante el traslado, sin sentir molestias, hallóse con fuerzas infatigables, y pudo dar glorioso fin al traslado de 2.000 hojas, que ya le parecían pocas, según era grande la facilidad con que las había escrito. Dada al volúmen la última mano, fué grande la admiración que causó á cuantos conocían la condición inconstante del mancebo escribiente, no acabando de creer lo mismo que veían; ni podían entender cómo en tan breve tiempo podía haber trasladado un crecido paquete de papel con letras cuadradas, como de molde, y que hubiese tenido paciencia y constancia para haberle trasladado. Pasemos ya á tratar maravillas de mayor peso.





CAPÍTULO V

Desde que murió Rosa se muestra admirable en convertir súbitamente pecadores obstinados y en ablandar la pertinacia de corazones endurecidos.

CUÁN grande hazaña sea y cuán grande empresa de la divina omnipotencia la conversión de un pecador, y cuánto excede á la obra de la creación de cielos y tierra, y cuando se debe tener por milagrosa, podrá conocerse por lo que enseñan acerca de esto los santos Padres, especialmente San Agustín y Santo Tomás. Esto supuesto, fijémonos en Rosa, abogada célebre de los pecadores, negociando con Dios su conversión y su vida.

El Padre Presentado Fr. Nicolás de Ahuero, en la carta que como Vicario general escribió á su Provincia del Perú, dándola después á conocer á todos los conventos de América, refiriendo compendiosamente la vida admirable de Rosa, su muerte y prodigios, dice entre otras cosas: «Que con solo tocar el féretro donde estaba su difunto cuerpo, sintieron muchos, varios estímulos de contrición, compungiéndose repentinamen-

te con fervor tan raro, que á voces detestaban su mala vida, se anegaban en lágrimas, se dolían de sus pecados, se humillaban delante de Dios, confesando con llanto los delitos cometidos, oyendo y mirándolo con admiraciones la multitud de pueblo que se hallaba presente. Hubo algunos, que como suele acontecer, siendo de vida relajada y perdida, solo los traía la curiosidad de ver la hermosura de la difunta virgen, acercándose con otros á las andas. Y á la primera vista herida el alma con impulsos soberanos, se hallaron interiormente abrasados y reducidos á dolor verdadero de sus culpas, regaron el rostro con abundantes lágrimas, protestando que volvían con muy distinto espíritu del que habían traído, prometiendo que de allí adelante habían de tratar muy de veras de nueva vida, de ajustadas costumbres y de limpiar su conciencia y conservarla pura. Este fué acaso el fin que tuvo el Padre de misericordias, disponiendo su providencia que estuviese el cuerpo de Rosa en público sin enterrarle, hasta dos días después que exhaló el espíritu, para que sus espinas causasen salud á muchos, hiriendo para sanar; porque como dijo el melifluo Bernardo: «nunca más felizmente punzan que cuando compungen.»

María de Oliva, madre de la virgen, entre otras muchas cosas que declaró con juramento delante de los Jueces Apostólicos, fué que después de las exequias de su hija viniendo sucesivamente á visitarla muchas personas devotas, á quienes antes no conocía, socorriéndola largamente con limosnas para alivio de las necesidades que padecía, decían que lo hacían por retornar á Rosa los beneficios que por su intercesión habían recibido, mejorando de vida, alegres de verse otras de lo que antes eran, y afirmando que no habían llegado a este feliz estado hasta que imploraron la protección de Rosa, cuyo valimiento con Dios tenían por muy cierto. Y es mucho de advertir que casi se puede tener por mayor prodigio que el espíritu tibio y perezoso en el servicio de Dios, repentinamente cobre bríos

y fervores y trate de perfección, que no el convertirse un alma perdida y estragada, reduciéndose á vida algo ajustada y más advertida. Porque esta conoce su peligro y huye el riesgo manifiesto del infierno; pero aquel como no es su vida perdida, fácilmente se adormece con el halago de la seguridad descuidada y negligente.

Entre otras muchas cosas, es más digna de admiración la que acerca de un pecador insigne declaró como cierto en el proceso el P. Fr. Bartolomé Martínez, Prior del convento de la Magdalena de Lima, que fué en otro tiempo confesor de la virgen. Cierta persona de conciencia desbaratada, ó por mejor decir, sin conciencia alguna, frecuentaba como otros, muy á menudo los Sacramentos, confesaba y comulgaba; pero tan sin fruto, que con la frecuencia de los sacramentos se iba cada día endureciendo más y más y acercándose á paso de gigante al precipicio del infierno. En toda su vida había hecho confesión que no fuese sacrilega, jamás había dicho con integridad sus culpas, y por largos años estaba podrida en el cieno asqueroso de sus pecados. Ibanse amontonando las maldades unas sobre otras; parece que el remordimiento de la conciencia había hecho callos en este miserable y que cada día se endurecía más en su obstinada malicia, hasta llevar su impiedad al extremo del menosprecio de su salvación. Cuando vivía tan olvidado de sí no faltó un alma piadosa que compadecida de su miseria le encomendó muy de veras á Rosa, que hacía poco que estaba en el sepulcro. Al punto que corrió por cuenta de la virgen, como si despertara de un letargo de muchos años, comenzó á sentir dentro de sí el fluido suave de aquel vientecillo apacible y poderosísimo con que Dios sopla y alienta en los corazones obstinados, haciendo que se ablanden y se derritan como fácil y blanda cera. Horror grande tuvo el infeliz de sí mismo, cuando mirándose con ojos desapasionados, se reconoció hundido en el laberinto cenagoso y sin salida á que le había reducido su estragada vida. Pero la divina misericordia junta-

mente con punzarle vivamente con agudos estímulos de penitencia le infundía confianza firme de salvación eterna. ¿Qué más puede decirse? Hizo confesión general de toda su vida con amargo dolor y verdadero arrepentimiento, sin callar ninguna de las maldades innumerables, feísimas y horrendas que había cometido; y el temor de Dios redujo á tal ternura y delicadeza la conciencia, antes tan endurecida y tan llena de callos, que ya de allí adelante le hacían gran sentimiento los excesos más mínimos y se le representaban muy enormes, obligándole á que sin tardanza los confesase y tratase de enmendarlos de veras.

El mismo Padre en el mismo examen declaró con juramento, que le constaba, no sólo por la experiencia de muchos á quienes había confesado, sino también por relación fidedigna de otros confesores, que grandes pecadores, así en Lima como en todo el reino del Perú, habían mudado de vida y salido de abismos intrincados de gravísimas culpas implorando la intercesión de Rosa, después que se fué á los cielos; y que arribando al seguro puerto de la penitencia y haciendo enteras confesiones con pesar y lágrimas, habían limpiado sus almas. Tiempo antes había depuesto lo mismo ante los jueces el P. Antonio de la Vega Loaisa, de la Compañía de Jesús, Comisario que fué del Santo Oficio y Rector en varios tiempos de diversos Colegios, el cual advirtió que debía ponderarse con singular aprecio, que este género de beneficios en bien de las almas, se debía computar entre los argumentos de santidad, más relevantes y eficaces, según los santos Padres. Lo mismo confirmaron en el tribunal, firmándolo de su nombre el Padre Fr. Francisco Nieto, y el P. Maestro Fr. Juan de Lorenzana, que fueron confesores de la virgen. Concuerta en todo con ellos el P. Fr. Pedro de Loaisa; y añade á lo dicho dos cosas dignas de toda advertencia. Es lo primero: Que pocos días después que murió la virgen fué tanta la multitud de estas conversiones que en Lima faltaron repentinamente, por ser tantos los

compradores, disciplinas, ceñidores de cerdas y cilicios de varios géneros y hechuras, donde quiera que se vendían estos instrumentos de mortificación y penitencia. Lo segundo: Que entre los muchos que en aquella ocasión mejoraron de vida, conocía este Padre dos mujeres escandalosas, muy enredadas entre los laberintos con que suelen las culpas públicas enmarañar las almas y embarazar las conciencias. Y que ambas dejaron su ruin trato, llevadas de la fama de Rosa y que arrepiñtiéndose por los ruegos poderosos de la virgen, rompieron varonilmente los nudos con que estaban presas y fijaron el pie constante en el camino de la virtud. No se pudo en la averiguación de estos prodigios, obrados en beneficio de las almas, bajar á nombrar en particular las personas que los recibían, ni era decente; como cuando influían en la salud de los cuerpos. Baste decir que los ministros del sacramento de la Penitencia, así en Lima como en todo el Reino, comunicándose unos con otros, quedaron asombrados, viendo tanta reformation de costumbres y tanta mudanza en el pueblo desde aquel día feliz en que Rosa colocada en el ameno Paraíso de su Esposo, comenzó á hacer el oficio de abogada de su patria. Era espectáculo digno de consideración ver que las mujeres más amigas de aplauso y más profanas, dando de mano á los trajes pomposos y á las galas escandalosas, se vestían, así dentro de casa como saliendo á ser vistas, con moderación y honestidad; que en los claustros de los religiosos, en llegando la noche, hacía guerra la penitencia á la pereza, y tibieza del espíritu, por medio de sangrientas disciplinas; y que en todas partes se hallaban cercados los cofesonarios de penitentes compungidos. Finalmente fué este nuevo prodigio tan notorio al vulgo y tan estupendo que no dudó afirmar con juramento delante de los jueces que formaron el proceso de Rosa, el P. Fr. Bartolomé Martínez, varón gravísimo, ilustre entre los más excelentes de aquel reino por la fama de religión y piedad, que le parecía que desde el tiempo que se había

conquistado el Perú, introduciendo la fe, no había florecido predicador alguno que con la energía de la voz y fuerza de la predicación, hubiese movido tanto los pueblos á vivir virtuosamente, ni que hubiese avivado en las almas tan universal espíritu de penitencia, ni tan manifiesto incendio de devoción.

Aconteció, refiriéndolo delante de los jueces la mujer del contador D. Gonzalo, que estando dos matronas en conversación amigable, una de ellas cogiendo un librito, que acaso estaba á mano, vió que en él se contenía sucintamente la vida, obras y muerte de la virgen Rosa. Comenzó, pues, á leerle por curiosidad, oyéndolo su amiga. Pero á la que escuchaba aconteció lo mismo que á los dos cortesanos, que también acaso leyeron la vida de San Antonio Abad. Pues mientras la una por pasatiempo iba leyendo, la otra, como si la fueran infundiendo llamas, se iba encendiendo. Sentía que ya no podía sufrir ni disimular tan desusados y divinos ardores; calló con todo eso por no interrumpir la inflamada dulzura que percibía de lección tan gustosa y de tanto provecho. Pero entre tanto fué creciendo la llama de la caridad y no pudo ocultarse más el interior incendio. Comenzó á gritar aquella mujer, á pesar de que no estaba acostumbrada á derritirse y ablandarse en cosas de Dios. Admiráronse ambas, que en tan pocas hojas estuviese escondido tan abrasado volcán.

El P. Juan de Villalobos, de la Compañía de Jesús, Rector del Noviciado de Lima, varón muy ejercitado en la mística, refirió de sí mismo en el tribunal de los jueces, que él se había hallado presente cuando muy cercana á la muerte despedía ya Rosa los últimos alientos de la vida; y que logrando esta buena ocasión, había pedido muy en secreto á la moribunda que en viéndose con su Esposo en el tálamo celestial, le alcanzase un don singular que él tenía entonces oculto en su pensamiento. Sin embarazo, ni duda le prometió la virgen estando agonizando, que haría lo que deseaba: «Y poco

después de haber espirado, decía el Padre, conocí por indicios manifiestos que se había comunicado maravillosamente á mi espíritu por intercesión de Rosa que gozaba de la gloria, el dón que yo le había encargado.» El contador D. Gonzalo afirma también en el proceso con juramento, que muchas y diversas personas, así regulares como seculares, á las que la virgen en la última agonía habfa prometido lo mismo, después de su feliz tránsito, habían sentido consuelos sobrenaturales y totalmente divinos, acompañados de luces é ilustraciones interiores, que les hacían amable la virtud y encendían en sus pechos llamas sagradas de caridad y de amor. Eran los presentes que había prometido Rosa enviar en retorno á los que la asistían en su enfermedad estando en los términos de la vida, cuando decía que la estaban llamando para que asistiese al convite opíparo de su divino Esposo. Esto confirman el P. Antonio de la Vega, de la Compañía de Jesús y otros muchos testigos. Pero volvamos ya á tratar de la mudanza que causó Rosa como médico divino ablandando corazones obstinados y rebeldes.

María de Juara, mujer opulenta y rica, aunque era tía carnal de dos hermanos, Francisco y Alejandro de Coloma, estaba tan prevenida contra ellos, que ni siquiera consentía verles delante de sí. Sustentaba Francisco de Coloma á su espensa en la ciudad de Lima, á seis primos y dos primas; pero ni á unos ni á otros mostraba afición la mujer pertinaz y avara. Ni aun se avenía á hablarlos; y lo que más es, cuando hizo testamento no hizo mención de ninguno de los ocho sobrinos, ni les dejó manda alguna, aunque sabía la necesidad extrema que padecían. Sucedió también que les fué forzoso á los dos hermanos Francisco y Alejandro ausentarse de Lima por algún tiempo, dejando tantos necesitados sin amparo y sin remedio. Causaba esto gran dolor á Francisco, y no sabiendo qué medio tomar para no dejar desacomodados á tantos huérfanos, y salir del intrincado laberinto de dificultades que se

le ofrecían, imploró el auxilio de Rosa, que experimentó sin dilación alguna. Fué el caso: «Que Francisco la noche antes de su viaje, delante de una imagen de la virgen, que tenía presente, representó compasivo el miserable estado en que tantos niños quedaban en ausencia suya, rogóla que mirese por ellos, como tan piadosa, tomándolos debajo de las alas de su amparo, intercediendo con Dios, para que como dueño omnipotente de los corazones, ablandase el de aquella incontrastable roca, moviéndola á que mirase por prendas que tan de cerca le tocaban, sin dejarlas perecer de hambre y de necesidad.» Fué admirable el suceso. Al día siguiente muy de mañana mandó llamar la inhumana tía á Francisco de Coloma, á quien ni había visto ni hablado por espacio de dieciocho años. En viniendo le contó cómo había pasado toda aquella noche con inquietud y tristeza, sin dormir un momento, representándose cada instante á sus ojos el miserable estado en que sus sobrinos quedaban después de su ausencia, considerándoles como tan necesitados, como destituidos de todo humano socorro. Por lo cual le rogaba que lo más presto que pudiese los trajese á su presencia y pusiese á sus ojos toda aquella caterva de niños abandonados, porque quería abrazar amorosamente á cada uno de ellos, y sustentarlos en su casa. No paró aquí; trocando ya el rigor de fiera por el cariño de mansa paloma, encargó á Francisco que llamase un escribano, porque quería anular el primer testamento y hacer de nuevo otro en favor de los pupilos. No podía el buen hombre con tantos gozos como sobrevenían en cumplimiento de sus deseos, y venerando, tácitamente en todo lo que veía, la mano bondadosa de Rosa, obedeció pronto y alegre á la tía. Trajo á su presencia la miserable turba de sobrinos, y ella recibió de una vez en su compañía ocho pobrecitos parientes con amorosos ósculos, dulces lágrimas y tiernos abrazos. Derogó el testamento en que los desheredaba, nombró por herederos de su caudal opulento á sobrinos y sobrinas y

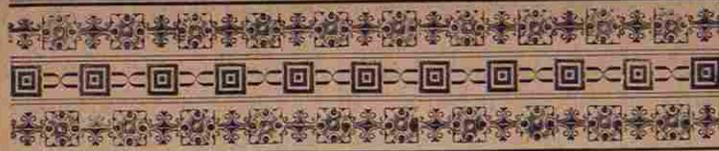
fundó para Francisco, que era presbítero, una capellania de ciento cuarenta pesos cada año, señalando por hipoteca unas casas.

En nada pensaba menos Luisa de Barba, que en tomar el hábito de nuestro Padre Santo Domingo. Algunos veces viviendo Rosa había afirmado al confesor de Luisa, que había de ser dominica y pretender el hábito con diligencias ansiosas. Cuando ella lo supo, oyendo al confesor, comenzó á temer se cumpliese la profecía y aborrecer con todos sus sentidos el hábito; y si tal vez le pasaba por el pensamiento que había de ser religiosa, se asustaba y temblaba. Contradecía con todo su espíritu y endurecía el corazón para resistirse. En este interin pasó Rosa de esta vida á la otra, y como si la muerte del profeta fuera sepultura del vaticinio, comenzó Luisa á perder el miedo, asegurándose de que nunca podría ni solicitarla ni vencerla este propósito; juzgando que era más fácil verificar las fingidas transformaciones de los poetas, que suceder esta mudanza en su persona, cuando estaba tan firme el corazón en no admitir el estado religioso. Pero engañóla la certeza de su pertinacia y fiar tanto de su resistencia. Porque luego que murió la virgen fué decayendo la furia y el vigor de aquel propósito, desvaneciéndose como humo el horror tan antiguo que tenía al hábito religioso y se abrieron muy de voluntad en su corazón las puertas para dar entrada á las divinas inspiraciones. Exclamó con Pablo: «Señor, ¿qué quieres hacer de mí? ¿cómo quieres que yo te sirva?» Fuése luego al sepulcro de Rosa, encomendóla muy de veras este negocio, y que alcanzase de su divino Esposo que la diese luz para elegir el estado que más le conviniese para servir á Dios y aprovechar en el camino de la vida eterna. Sin tardanza alguna oyó Rosa á Luisa, y Dios á Rosa, y de repente llovieron sobre su corazón deseos ardientes y peregrinos de vestir el sagrado escapulario de Santo Domingo. Comenzóse á prender fuego espiritual en el alma de Luisa, levantó llamas el deseo y ya no podía

contenerse la afición con que anhelaba lo que siempre había aborrecido: y si antes temía el pensar ligeramente en ser religiosa, ya era incomparablemente mayor el miedo que la molestaba, pensando que se había de retardar, ó irse de entre las manos la oportunidad de verse en tal estado. Atormentábale la tardanza, pareciéndole que no había de acabar de llegar la hora feliz que la pusiese en posesión de lo que deseaba. Así que viendo de lejos á su confesor, le salió al encuentro apresurada, declaróle su pecho y á fuerza de lágrimas consiguió por su medio que se acelerase el favor que pretendía, y que aquel mismo día la recibiesen las Terceras con el nombre de Luisa de Santa María; y en viéndose con el hábito fueron grandes los consuelos que recibió del cielo, sin saber explicar el gozo crecido que le causaba el nuevo estado, y sólo se dolía de haberse tanto tiempo resistido á tanta dicha con obstinado y rebelde corazón.

Luisa de Mendoza, mujer de Alonso González de San Martín, viendo que recién muerta la virgen la celebraban con tan exajerados elogios, negaba el crédito á cuanto se decía, ya porque es de mucho gusto á algunas mujeres contradecirlo todo ó ya porque la dureza de corazón y falta de piadosos afectos la detenía. Al fin, ó no quería ó no podía avenirse á que la tuviesen por santa. Cómo puede ser, decía en su pensamiento, que una doncella frágil, que apenas cumplió 32 años de edad, en tan breve espacio haya conseguido perfección tan subida, como algunos publican? Dónde pudo aprender tantas virtudes, ó donde pudo tener á mano la escala con que sublimarse á contemplación tan estática, la que nació y se crió entre plebeyos, sustentándose con el trabajo de sus manos, que habitó y murió en casa de seglares, no retirada en el desierto de Tebaida, ni recogida en observantes monasterios? Cómo pudo remontarse á tan alto grado de perfección como quieren persuadirnos? Clamaban los milagros, dudaba de ellos Luisa. Aclamaban á Rosa los pueblos, ella se hacía á

todo sorda. A la que así endurecía su corazón para no dar crédito, era forzoso combatirla con más gruesa artillería para reducirla. Acometióla de repente un accidente, tal que juzgó que la cortaban los pies y manos, según lo intenso que eran los dolores que sentía. No bastó esto. Mayor tormento sintió en el espíritu. La cercaron por todas partes tinieblas, temores, sobresaltos, y tempestad confusa de tristeza; y el corazón turbado, como con un terremoto formidable, se quebrantaba. Aquí fué donde finalmente se le abrieron los ojos para conocer claramente que estos paroxismos y pasmos procedían únicamente de la incredulidad pertinaz que tenía en orden á la opinión de Rosa. Y así comenzó á rendirse, á lamentar su dureza; y levantando con temor y reverencia el espíritu á Dios, protestó con sumisión y reconocimiento que creía y de todo corazón confesaba que Rosa era una santa. Con esto súbitamente se quietó la conmoción horrible, púsose en silencio la tempestad, restituyóse á su alma la bonanza y tranquilidad serena. De esta suerte volvía celoso por la estimación y pundonor de su esposa aquel celestial Esposo, á quien el mar y los vientos obedecen. Pero ya es tiempo que dejando de referir beneficios espirituales, tratemos de los que obró curando los cuerpos.



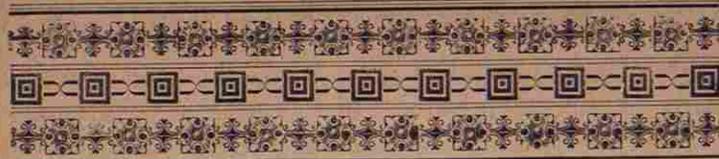
CAPÍTULO VI

Al contacto, olor y veneración de las reliquias de Rosa huyen la muerte, los peligros y las enfermedades.

AUNQUE el P. Antonio de la Vega y Loaisa, de la Compañía de Jesús, en la declaración elegantísima que hizo, repetidas veces, hizo ver á los jueces, que la vida de Rosa, desde la cuna hasta que exhaló los últimos alientos, se había de tener por continuado milagro, con todo eso les pareció que debían proceder más en particular, averiguando las maravillas con que después de muerta resplandeció la virgen en beneficio ajeno.

Ocupa el primer lugar en este capítulo, el haber resucitado una niña de seis meses, llamada Magdalena de Torres. Eran sus padres Gregorio de Torres, labrador, y Juana Micaela. Ambos pasaban la vida en el ejercicio de la agricultura y vivían en la ciudad de Lima. Estando éstos trabajando el año de mil seiscientos veintisiete, por el mes de Octubre, en la heredad de Baltasar de Lacona, que está cercana á la ciudad, enfermó gravemente la niña con recia calentura y después expiró en los brazos de su madre. Nada habían

todo sorda. A la que así endurecía su corazón para no dar crédito, era forzoso combatirla con más gruesa artillería para reducirla. Acometióla de repente un accidente, tal que juzgó que la cortaban los pies y manos, según lo intenso que eran los dolores que sentía. No bastó esto. Mayor tormento sintió en el espíritu. La cercaron por todas partes tinieblas, temores, sobresaltos, y tempestad confusa de tristeza; y el corazón turbado, como con un terremoto formidable, se quebrantaba. Aquí fué donde finalmente se le abrieron los ojos para conocer claramente que estos paroxismos y pasmos procedían únicamente de la incredulidad pertinaz que tenía en orden á la opinión de Rosa. Y así comenzó á rendirse, á lamentar su dureza; y levantando con temor y reverencia el espíritu á Dios, protestó con sumisión y reconocimiento que creía y de todo corazón confesaba que Rosa era una santa. Con esto súbitamente se quietó la conmoción horrible, púsose en silencio la tempestad, restituyóse á su alma la bonanza y tranquilidad serena. De esta suerte volvía celoso por la estimación y pundonor de su esposa aquel celestial Esposo, á quien el mar y los vientos obedecen. Pero ya es tiempo que dejando de referir beneficios espirituales, tratemos de los que obró curando los cuerpos.



CAPÍTULO VI

Al contacto, olor y veneración de las reliquias de Rosa huyen la muerte, los peligros y las enfermedades.

AUNQUE el P. Antonio de la Vega y Loaisa, de la Compañía de Jesús, en la declaración elegantísima que hizo, repetidas veces, hizo ver á los jueces, que la vida de Rosa, desde la cuna hasta que exhaló los últimos alientos, se había de tener por continuado milagro, con todo eso les pareció que debían proceder más en particular, averiguando las maravillas con que después de muerta resplandeció la virgen en beneficio ajeno.

Ocupa el primer lugar en este capítulo, el haber resucitado una niña de seis meses, llamada Magdalena de Torres. Eran sus padres Gregorio de Torres, labrador, y Juana Micaela. Ambos pasaban la vida en el ejercicio de la agricultura y vivían en la ciudad de Lima. Estando éstos trabajando el año de mil seiscientos veintisiete, por el mes de Octubre, en la heredad de Baltasar de Lacona, que está cercana á la ciudad, enfermó gravemente la niña con recia calentura y después expiró en los brazos de su madre. Nada habían

aprovechado los remedios que, teniendo en cuenta la corta edad de la paciente, se le habían con todo cuidado aplicado; nada, la solicitud y lágrimas de la afligida madre. La muerte, tirano inexorable, arrebató el alma de la hija, estando en el regazo de su madre, que con harta tristeza y lágrimas de sus ojos la lloraba. Yacía el cuerpecito cadáver desde por la tarde hasta amanecer del día siguiente, sin aliento, sin color ni movimiento; ya estaban preparados los instrumentos para abrir la pequeña fosa que había de recibir á la niña difunta; y á mano las flores para tejer guirnalda con que llevarla al sepulcro. Reparó la desconfiada madre á cosa de media noche, y vino en recuerdo que tenía algo de las reliquias que habían tocado el cuerpo de Rosa; dió vuelta á las arcas donde pobremente guardaba algunas alhajas, halló un pedacito del hábito y un ramito de retama, que había tenido la virgen á su cabecera. Con esto se acercó al cadáver y llamando en su ayuda á Rosa con suspiros salidos del corazón, con largas y ansiosas oraciones, creciendo la fe y esperando sacar de las reliquias vivísimos olores, tomó en un casco unas ascuas, puso sobre ellas el ramo y algunos hilos de la partícula del hábito de la virgen y luego sahumó á la difunta. Suele el humo hacer que los vivos cierren los ojos; la muerta los abrió con el humo; porque al mismo punto que tocó á la niña comenzó á revivir, y abriendo los ojos que el día antes había cerrado con tanto dolor su piadosa madre, la miró con alegría. Halláronse al espectáculo el padre de la niña, una hermana suya y otro mancebo; y poniéndose de rodillas y no cabiendo de gozo y asombro, levantaron al cielo las voces, alabaron al Señor en su Rosa tan admirablemente olorosa. En el interin Magdalena, bebiendo con ansia de niña un poco de agua que la dió su madre con polvos del sepulcro de la virgen, se incorporó ya sana, y quedó sentada en el mismo lugar donde estaba rendida á la muerte, sin quedar vestigio alguno de la enfermedad pasada.

El año de 1631, Antonio Bran, esclavo de D.^a Juana

de Barreda, estaba enfermo de calenturas y con mucha dificultad en la respiración. El achaque rebelde por espacio de tres meses se había resistido á las medicinas, frustrando sus efectos, y quedaba poca esperanza de su vida. Asistían al enfermo su mujer y un primo suyo. Una noche advirtieron que no respiraba el enfermo ni se movía ni daba la más mínima señal de vida; dióles gran cuidado, llamábanle á gritos por su nombre, movíanle, tirábanle de piés y manos para despertarle del letargo; pero el cuerpo helado daba tan sólo indicios de muerte. La mujer con el susto y el pesar fué corriendo á llamar á su ama, y con gemidos tristes que la interrumpían la voz, sólo pudo decir en breves sílabas que estaba muerto su marido. Movida del suceso impensado, saltó luego de la cama; era media noche, y á toda prisa fué Antonia al aposento del esclavo acompañada de su hermana D.^a Luisa Barreda, hallaron que estaba á la cabecera el primo, llorándole por muerto, y cuando las vió entrar con voz triste las dijo: «No tenéis que incomodaros, mis señoras, que nuestro Antonio ya ha dado el alma á su Criador.» Llegóse más D.^a Juana, exploró más por menudo el caso, tocó el cuerpo, dióle voces; pero viendo que estaba extendido como difunto, frío y yerto, como quien ya estaba certificada de la pérdida de su esclavo, dijo á su hermana: «Ya Dios me le ha quitado, siéndome tan necesario y de tan buen servicio, sea su santo nombre bendito.» Volviendo luego los ojos á la cabecera de la cama, vió allí colgada una imagen de Rosa, que estaba pintada en papel, de las que habían venido de Roma estampadas con licencia de los superiores. Concibiéndole con esta vista firme y crecida esperanza, comenzó en voz alta á invocar á Rosa y á pedirla sin desconfianza ni dudas que le resucitase su esclavo, y desprendiendo la imagen, púsola con reverencia sobre el pecho del difunto, y con silencio triste en compañía de las tres personas que estaban allí presentes esperaba el suceso. Pasóse cosa de media hora en este silencio, rogando á

Rosa que hiciese un milagro, cuando de repente Antonio, que por espacio de dos horas había estado helado, inmóvil y con color de difunto, dando un profundo suspiro, semejante al que suelen despedir los que están rendidos de cansancio, abrió los ojos, miró á todas partes, y admirado de ver allí á sus amas en tan desacomodado tiempo, y sin acostar á su mujer y primo, preguntó qué era lo que allí hacían. Luego informado del caso, cobrando ánimo, se sentó en la cama, y no sólo se halló aliviado, sino sano y fuerte; y desde aquel punto totalmente limpio de calentura, sin que después volviese. Con todo eso, instado de las mujeres, tomó un jarabe, que de antemano estaba preparado, aunque ya era superflua la medicina, descansó, y después de dos días, despidiéndose del lecho en que había padecido muchas molestias, visitó el sepulcro de Rosa, donde pasó todo el día, pagando con hacimiento de gracias el beneficio recibido.

Isabel Durán, viuda de Diego Carlos, hacía mucho tiempo que tenía un brazo seco y sin movimiento, abrigado con muchas fajas, padeciendo, no sólo su inútil peso, sino también gravísimos y continuados dolores. Oyendo, pues, que el cuerpo de Rosa estaba en el féretro en la iglesia de Santo Domingo dispuesto para el sepulcro, llena de fe, y acompañada de dos hijas, acudió con la mayor prisa que pudo, y entrándose por la multitud de gente que estaba en el templo, procuraba hallar modo y paso para llegar al túmulo de la sierva de Dios; llegó al fin abriéndole camino sus dos hijas y otra gente piadosa. Con cuya ayuda, aunque con mucho trabajo, y haciéndose mucha fuerza, subió sobre las gradas y aplicó dos ó tres veces el brazo al rostro de Rosa, y al mismo tiempo comenzó á dar voces, diciendo: «Gracias á Dios ya está mi brazo sano; mi brazo volvió á vivir.» Y para hacer más evidencia y experiencia del milagro, le levantó en alto, le movió con soltura, con vigor y con prisa, mirándolo y aplaudiéndolo gran número de pueblo. Pero á quien causó

más asombro, fué á Melchor de Amusco, médico, que acaso se halló presente entre otros muchos y que largo tiempo había aplicado al brazo multiplicados medicamentos sin fruto alguno, confesando que naturalmente no se podía haber reducido á la salud que veía por sus ojos, y que así era portentoso el milagro. Mas Isabel, alegre con el feliz suceso, gozando de la dicha que había conseguido, fué vista por muchos años usar de su brazo libremente, como si nunca le hubiera tenido enfermo. De este prodigio hubo en aquel tiempo tantos testigos cuantos ojos estaban mirando á Rosa puesta en el túmulo.

Un esclavo del Licenciado Diego de Ayala, etiope, cuyo nombre no se sabe, había perdido el uso del brazo y mano derecha por causa de la contracción y complicación de los nervios. A la fama de la muerte de Rosa acudió al templo de Santo Domingo con el concurso de la gente, encomendándose á la virgen, y luego levantó en alto el brazo en señal de salud y le llevó extendido por todo el templo, arrojando los paños con que le abrigaba. Mirábalo innumerable gente; y mientras de una parte salían las voces que daban públicas alabanzas á Dios y por otra confusa gritería de los que daban congratulaciones al enfermo, algunos que más familiarmente conocían el esclavo, delante de todos le besaban con regocijo la mano y con piadosa curiosidad registraban las antiguas señales, por donde conocían el lugar, donde anudados los nervios y plegadas las cuerdas, habían torcido la mano del etiope.

El Licenciado Jorge Aranda de Valdivia, antes de ordenarse, había recibido muchas heridas en el brazo izquierdo, peleando con los infieles del reino de Chile; curáronle en falso, con lo cual, pasado algún tiempo, poco á poco se le formaron materias, que produjeron dolores é hinchazones, de suerte que ni podía extender el brazo ni doblarle. Teníale hinchado hasta los mismos dedos y era grande la molestia que sentía el afligido sacerdote, porque ni podía coger cómodamente la

sagrada hostia, ni levantar aquel brazo sin ayudarse del otro. Sucedió, pues, que el mismo día que sepultaron á Rosa, llegando la tarde, y ayudándole un hermano que tenía religioso, entró al Capítulo, y en el sepulcro de la virgen imploró su auxilio, que consiguió sin dilación alguna. Llenándose repentinamente de un sudor frío, probando poco á poco á mover el brazo y la mano, halló que uno y otro estaban sanos, robustos y flexibles. Fuése al punto á la iglesia casi temblando de alegría y reverencia, donde á la sazón estaba el Padre Fr. Cristóbal de Acevedo, Prior del Convento de Panamá, con muchos seglares, y allí postrado delante del altar del Santísimo Rosario, en voces altas rindió las debidas gracias á Dios. Acudieron al espectáculo los que estaban más cercanos, y entre ellos Bartolomé de Toro, escribano real. Y sin hacerse mucho, de rogar, contó el sacerdote á todos fielmente todo el orden del suceso. Era muy conocido, así por su persona, como por el pasmo que en el brazo padecía; y pidiendo testimonio del milagro, el notario y los testigos, antes que se determinasen á escribirle quisieron certificarse. Dijeron al sacerdote que se pusiese en pie, miráronle atentamente el brazo, que hallaron sin hinchazón, vieron que le movía de alto á abajo, del lado izquierdo al derecho; que abría y cerraba con prontitud la mano, extendía, apretaba y meneaba con celeridad los dedos, sin sentir después en toda su vida rastro alguno de la enfermedad que había padecido.

Alfonso Diaz, pobre mendigo, muy conocido de todos en la ciudad de Lima, tullido de un pie y de una mano, arrastraba el cuerpo por las calles, en vez de andar, pidiendo limosna de puerta en puerta. Éste el mismo día que habían dado sepultura á Rosa, vino con ansias á la iglesia de Santo Domingo, donde llorando amargamente sus desdichas é informado del lugar donde estaba el sepulcro de la virgen, como pudo y con gran trabajo llegó al Capítulo del Convento, postróse sobre la sepultura y estuvo así en oración por espa-

cio de una hora; gimió, lloró y finalmente sintió un sudor copioso, sin saber que estaba sano. Llegó á la sazón el albañil que había de cubrir la sepultura con ladrillo, dijo al mendigo que diese lugar y se apartase; respondió que no le era posible; porfiaron sobre el caso, mas el oficial como más robusto, cogió en los brazos al tullido, y aunque se resistía, le sacó fuera del sitio, y poco á poco sin violencia le levantó en pie. Aquí fué la primera vez que sintió Alfonso su salud. Con todo eso admirado de la novedad y no sabiendo tenerse bien en pie, como estaba tan desacostumbrado, se arremó á la pared, y viendo que sin muletas podía tenerse, prorrumpiendo en lágrimas de gozo y en gritos de admiración, dijo en voz alta y alegre: «Bendito sea Dios, ya me hallo bueno, ya estoy sano, puedo lo que nunca pude de cuatro años á esta parte, estoy en pie, ya puedo fijar en tierra las plantas desacostumbradas todo este tiempo á pisar la tierra, sea Dios alabado en sus santos.» Todavía estaba sudando Alfonso, y porque en vez de callos había crecido en las plantas la carne tierna, no podía asentar bien los piés en el suelo, y así los pasos no eran del todo firmes; por lo cual juzgando algunos que no estaba perfectamente sano, le daban la mano para que anduviese. El lo rehusaba diciendo que bien podía andar por sí solo sin que nadie le ayudase; luego entre mucha gente le trajeron al templo para que todos le viesen. Muchos aplaudiendo la maravilla daban gracias á Dios. Fué por su pie al templo con paso firme el que en toda su vida había andado con tanta soltura y desembarazo.

Quando el cadáver de Rosa estaba en el templo de Santo Domingo, puesto sobre el túmulo, un joven etiope, de poco más de doce años, muy conocido en Lima por su nombre y por estar totalmente baldado de ambos piés, llegó arrastrando á ponerse debajo del tablado del túmulo; porque ni un palmo podía levantarse del suelo, ni con ayuda ajena había podido llegar á tocar el cuerpo de la difunta. Bastóle ponerse en lugar

tan humilde para levantarse alegre y tenerse en los piés, que antes traía arrastrando por la tierra; pues no pudiendo valerse de muletas, solo con el medio cuerpo andaba barriendo el suelo. Pero luego le vieron que dando saltos se metió entre la gente, aclamando á Rosa por autora de su salud en altas voces. Y por espacio de ocho días acudió al sepulcro, dando á vista de todos las debidas gracias.

A ejemplo de éste, otro joven, también etiope, padecía en los piés la misma enfermedad, y solo se diferenciaba del primero en que podía valerse de unos pequeños zancos para levantarse algo de la tierra; aunque no le bastaba arrimarse á las paredes para poder tenerse. Este después de enterrada Rosa fué á su sepulcro, y cerca de él, en un rinconcillo del Capitulo, echado en la tierra, hizo oración, perseverando en ella por espacio de dos horas, implorando el favor de la virgen con humildes plegarias. A vista de la multitud que se hallaba presente, se levantó lentamente dando voces y diciendo: «Sano estoy, paréceme que ya puedo andar, siento que ya no tengo impedimento en las piernas, antes me da ganas de dar carreras.» Oyendo esto, respondió uno de los que estaban más cerca: «Si es así, ponte en pie, anda y haz notoria á todos la gracia que has recibido.» Sin detenerse arrojó el muchacho las muletas, púsose en pie, comenzó á andar, y no cabiendo de pura alegría, dió saltos de placer. Finalmente, rogó á la mucha gente que allí asistía que diesen lugar y abriesen calle, porque quería dar una carrera, de una parte á otra del Capitulo. Viéndolo por sus ojos apenas lo crían los que habían conocido al etiope tullido. Y así levantando al cielo la voz dieron infinitas gracias á Dios; vinieron los religiosos, llevaronle á la iglesia y entonaron el *Te Deum*.

Juana de Castillo, viuda, tenía un hijo de dos años que se llamaba Francisco Fernández de Segura, á quien hacía un año entero que fatigaba muy á menudo la gota coral. En vano se emplearon muchos y diversos re-

medios para curarle, hasta que se recurrió á Rosa, á la que poco antes habían enterrado. Trajo, pues, la afligida madre al sepulcro á su hijo, hizo oración con verdadera fe, y entre tanto el mismo niño se postró besando con la boca el suelo y comenzó luego á mostrar el rostro alegre; y preguntándole su madre, después de hora y media, si estaba cansado y si quería que le levantasen de allí, respondió que le dejasen otro poquito de tiempo. Finalmente, él mismo se levantó alegre con las señales de la salud que sentía y desde entonces hasta los 17 años, que fué cuando delante de los jueces, juntamente con su madre, testificó el suceso, ni esta ni otra enfermedad alguna le sobrevino.

Rufina Bravo había dado á luz un niño á quien puso por nombre Pedro Tamayo. Apenas habían pasado quince días después del nacimiento, cuando se conoció que enfermaba con penosa hernia; cada día se relajaban más las membranas de los intestinos, salíanse de su lugar y apenas con gran trabajo y riesgo podían volverlas al puesto de donde poco después habían de volver á salir, por ser grande la rotura. Lloraba continuamente el niño, sin poder sufrir los dolores; y sucedía alguna vez estar tres días enteros sin poder tomar el pecho, por ser muy grande la desgana que la enfermedad le causaba. Casi dos años se pasaron en aplicarle remedios con mucho gasto y ningún fruto. Finalmente, dos días después de enterrada Rosa, traído á su sepulcro estuvo casi dos horas sentado con quietud y sosiego, entretanto que su madre con otras parientes suyas estaba en la iglesia encomendándole á Dios y á la virgen santa Rosa. Volvió á ver á su hijo, y halló que cerrada la quebradura y vueltos á su lugar los intestinos, estaba libre de la hernia, y sólo había quedado en testimonio del beneficio una señal ó cicatriz pequeña, que también fortalecía más la membrana de las entrañas para que no volviese á romperse.

Una niña pequeña de cinco años, hija de Pedro de Vega, hacía cuatro meses que estaba enferma de recias

calenturas. No daba menos cuidado á sus padres el natural perezoso, flemático, abobado y juntamente áspero é intratable de la muchacha. Y temían iría creciendo con los años y la sería gran inconveniente para poder tomar estado y acomodarse, como ellos deseaban. Trajéronla al túmulo donde estaba Rosa para que tocase el cadáver virginal antes que la enterrasen. Tocóla y á vista de todos desapareció el achaque; convaleció luego, y después de vuelta á casa no volvió á sentir en adelante la dolencia que hasta entonces la había molestado. Y lo que más es, se corrigió la aspereza de su condición, trocándose en suavidad apacible, agrado placentero y afabilidad tratable.

Parece que con estos prodigios clamaba Rosa, diciendo desde el túmulo: «Dejad que los pequeñuelos se lleguen á mí.» Por lo que venían en tropel, y á porfía los iban pasando de mano en mano, con lo que quedaban libres de dolencias y achaques. Entre éstos un niño de nueve meses, hijo de Francisco Cardoso, por espacio de tres meses continuos había luchado contra la fuerza de la calentura; apenas tocó el sagrado cadáver cesó de llorar y se halló sano con admiración de todos. Y no sólo esto, sino que al día siguiente el mismo niño, á quien traía en los brazos una esclava negra, con ademanes y señas pedía que le pusiesen en el suelo. Apenas le había tocado con las plantas, cuando comenzó á andar él sólo por el patio de la casa, sin ser necesario que de allí adelante le trajesen en brazos; y es, que el día antes Rosa había comunicado al niño fuerzas extraordinarias cuando le libró de las calenturas que le tenían consumido y abrasadas las entrañas. De este modo se realizó el que tiernos infantes, y niños pequeños daban el colmo perfecto á sus alabanzas, clamando con los milagros que en ellos obraba.

Pedro de Vega, un año antes de la muerte de Rosa, de una caída se había desconcertado la juntura del hombro y juntamente perdido el uso del brazo, tanto que aseguraba que no le había quedado brazo sino pa-

ra peso y dolores. Acordándose una noche, porque acaso le avisó la molestia de los dolores, que tenía en casa un rosario que había tocado al cuerpo difunto de la virgen, aplicóle al lugar donde más vivamente le apretaban los latidos. Cesó al mismo punto el tormento, durmió lo restante de la noche con quietud y despertando á la mañana, conoció que el brazo inútil estaba ya con más fuerzas, que sin más remedio se fueron aumentando; de modo, que dentro de pocos días convaleció sin hallar diferencia entre el brazo derecho é izquierdo, cuanto á la agilidad de moverle. En otra ocasión aquejó mucho á la misma persona una recia ciática, hinchándose al mismo tiempo con dolores agudos una pierna. Oprimido con estos males, ni podía el infeliz enfermo pasar un bocado, ni lograr un instante de sueño; pero después acordándose de Rosa y de su rosario fué frotando con él las partes más dolorosas y lastimadas; durmió luego, y despertando por la mañana, se halló del todo sano, y de tal suerte había desaparecido la hinchazón de la pierna, que pudieran jurar que jamás la había experimentado.

Por espacio de siete años afligieron á Elena, negra y esclava de Juan Merino, gran abundancia de lombrices que se le criaron en las entrañas en número increíble; roíanle los intestinos, causándole continuamente flujo de sangre, tan abundante, que la tenían totalmente debilitada y sin fuerzas. Llegó á tanto, que ya estaban perdidas las esperanzas de su vida, principalmente cuatro días antes de la muerte de Rosa, que fué cuando le sobrevinieron recias calenturas, y se le [hincharon] las piernas, lo que suele ser casi siempre señal de muerte. Se habían aplicado á Elena varios medicamentos en los siete años que duró la enfermedad; pero en lugar de hacerla provecho, sirvieron para irritarla más y más; por lo que sentía cada día mayores dolores, porque no aliviaban á la enferma, antes aumentaban el mal. Su amo, sintiendo mucho perder tal esclava, porque era muy servicial y provechosa para su casa, la persuadió

que hiciese una novena en el sepulcro de la virgen, á quien dos días antes habían enterrado. La enferma, deseosa de salvar la vida y de recobrar la salud, con más ánimo que fuerza, comenzó á poner en ejecución el consejo; pero pasados cuatro días protestó á su señor que era imposible pasar adelante con la novena, porque la enfermedad prolija la tenía postrada, la falta de sangre y el flujo la enflaquecían, abrasábale las entrañas la recia calentura, faltábale el aliento y la respiración, los pies hinchados no la dejaban siquiera dar un paso y todo junto la hacía desconfiar de poder llevar adelante su intención devota. Con todo eso, volvió á cobrar brío, ya con la esperanza de verse sana, ya con el ánimo que la puso su ama; y aunque con gran dificultad podía moverse, continuó como pudo los días que faltaban, sin descubrir aun de muy lejos señal alguna de mejoría, antes cada día echaba en más número las lombrices con mayor abundancia de sangre. El último día, estando en el templo en el sepulcro de Rosa, en un momento se halló libre de todos sus males, y del principio de donde procedían los humores perniciosos. Volvió Elena á casa de su dueño, otra de la que aquel día había salido; sin una lombriz, sana de los pies, limpia de calentura y del flujo de sangre; gruesa y fuerte, sin saber de allí adelante qué cosa eran estos penosos accidentes y conservó la salud por largo tiempo.

Navegaba con el P. Fr. Domingo de León, de la Orden de Predicadores, un criado que le acompañaba y era de edad de catorce años; enfermó de calenturas, las que con los movimientos de la nave y del mar, le iban apretando tan peligrosamente, que un día, entre otros, fué tan grande el ahogo, que juzgaron que espiraba; y así llamando á gritos al P. Fr. Domingo, le decían que viniese á ayudar á morir á su criado; y cuando bajaba encontró á Francisco Flores, que le dijo que ya había espirado. Con todo eso pasó adelante el solícito Padre, y halló al mancebo sin habla, sin color, sin respiración ni movimiento, como si realmente se ha-

llara muerto. Dióle á los oídos muchos gritos; pero viendo que en vano esperaba señales de vida, acogiéndose á implorar en su ayuda á Rosa. Rogóla por la vida del mozo, prometió hacerla una novena; al mismo punto respiró el que era tenido por difunto, sentóse el jóven, dejando atónitos á los que allí se hallaron presentes, que fueron: el P. Agnello de Oliva, de la Compañía de Jesús, el P. Fr. Lorenzo de Tejeda, de la Orden de San Francisco y muchos seglares, hombres y mujeres. Pasmáronse cuantos había en la nave, especialmente cuando vieron que salió sano y bueno á la parte superior, restituído á perfecta salud, sin haberle aplicado ningún remedio humano.

Beatriz Gavés padecía por espacio de cuatro años continuos destilación de humores molestísimos, y con los remedios le iba cada vez peor, sin esperanza de tener salud. No sabiendo ya á que recursos apelar, con la mucha gente que acudía á las casas del contador, fué ella cuando Rosa estaba en el féretro para sacarla á enterrar. Allí se encomendó á la virgen con todo el afecto del corazón, tocó el ataúd, volvió á su casa sana y sin sentir después el achaque que tanto la afligía.

Un año después del feliz tránsito de Rosa, Fr. Juan Miguel, religioso de la Orden de Predicadores, obligado por el oficio de procurador y por otros negocios, caminaba de un lugar á otro á caballo por el Valle de Jauja, pasando por los prados del lugar de Berástegui, donde estaba apacentándose una vacada; de improviso le comenzó á seguir muy lijero un toro cerril y bravo. Temía el riesgo, y apretando al caballo las espuelas, comenzó á huir á carrera abierta, encomendándose á Dios y á su sierva Rosa y pidiendo le librasen de aquel peligro. Pero el toro más veloz que el caballo, ya le iba á los alcances y no distaba más de quince pasos del religioso. Dióse por perdido Fr. Juan Miguel, y hubiera perdido acaso la vida si no se hubiera encomendado á Rosa. ¡Cosa digna de admiración! Al nombre de Rosa, la bestia se paró, volvióse atrás, como si con un rayo la hu-

biesen espantado, y mirando con ceño á Fr. Juan, sin dar un paso se quedó en el puesto, hasta que se puso en salvo muy lejos de la fiera.

Al mismo religioso le sucedió otro caso de menos susto y de mucho gusto, en el río del lugar de Misque, que abunda de peces, que llaman bocos los naturales. Fué un día á pescar á este río en compañía de Fr. Jerónimo Lambrano y de un indio; tendían las redes á un mismo tiempo el indio y Fr. Jerónimo, aquél hizo lance, aunque pequeño; este otro ni un solo pez cogió, no con poca desazón suya. Rogábale Fr. Juan que otra vez volviese á tirar las redes, y á cada vez que las arrojaba decía: «En nombre de la bendita Rosa sea feliz este lance.» A estas palabras obedecía Fr. Jerónimo; pero no los peces, pues en doce veces no se cogió ninguno. Viendo esto Fr. Juan y sospechando lo que ello era, dijo: «Ea, Fr. Jerónimo, confiesa la verdad. No es así que dudas en tu corazón de la santidad de Rosa?» Respondió él entonces con algún enfado, que así lo sentía, y que mejor fuera haber invocado á alguno de los que con toda certeza tenemos por santos, que no echar tantos lances en nombre de quien estaban inciertos si reinaba con Dios en la gloria. Pero á esto replicó Fr. Juan: «Procura, hermano mío, desterrar las dudas, y tener por santa á Rosa, y después echad por mi cuenta las redes, y veréis maravillas.» Hízolo así, tiró las redes y súbitamente fué tanto el número de peces que cogió, que apenas podía con ellos, por causa de ser tan grande el peso y la multitud de que estaban llenas las redes.

Pasemos á hablar de cosas de mayor interés espiritual. El año de mil seiscientos treinta, servía en el convento de Santa Clara de Lima Cristina Angela, esclava, y servía contra su voluntad. Presentósele cierto día una ocasión muy propicia para huir. Halló abierto un postigo de la puerta, advirtió que nadie la miraba, y como el pez se desliza de la nasa, por allí se escapó con silencio; huyó del convento y escondióse en una casa

de la ciudad. Hacía oficio de portera en aquella ocasión la Madre Rafaela de Esquibel, que conociendo había de atribuírsele todo el daño de la fuga, el desdén de su descuido, y la ofensa, pesadumbre y disgusto que de ello habían de recibir las religiosas; temerosa de tanto tropel de sinrazones, como se le ofrecían, después de haber hecho cuantas diligencias eran posibles por descubrir á la esclava, sin que por ellas se hallase noticia alguna, acogiése al auxilio de Rosa, y encomendándole el desconsuelo en que se veía, la pidió con instancia que hiciese de modo que la esclava se restituyese al monasterio. La misma noche que se siguió á la súplica vió en sueños á la virgen gloriosa, con resplandeciente rostro y hábitos blancos, que la decía: «Por la mañana recobraré el convento á Cristina.» La religiosa despertando con el gozo de visión tan clara, y con mayor esperanza, volvió á encomendar devotamente á Rosa el buen suceso en negocio que tanto le importaba, y tornó luego á dormirse. A las cinco de la mañana del día siguiente hallaron á la esclava, y habiéndola reprendido su desacierto, la volvieron al monasterio.

No fué menor el beneficio que reportaron Alejandro y Francisco de Coloma, por haberse encomendado á la santa en ocasión algo parecida á la anterior. Habían pagado los réditos de un censo muy subido al convento de Santa Clara de Guamanga y habían recibido la carta de pago. Pasado largo tiempo, volvieron á pedirles la deuda; ellos decían que ya la habían satisfecho; pero pedíanles la carta de pago. Buscáronla y no pudieron hallarla. Bien cierto estaba Francisco que la había puesto en uno de los cajones de su escritorio, bien se acordaba cuál de ellos era; pero no hallándola, juzgaba que se la habían fraudulentamente quitado. Mil veces revolviéron los dos hermanos el escritorio, examinando los cajones, remirando los papeles uno á uno; todos estaban allí, menos la carta de pago que andaban buscando. Acongojado con esto Francisco valiése de Rosa, cuyos favores ya había en otras ocasiones experimen-

tado; y concibiendo nueva esperanza, que á su parecer le llenaba de seguridades, encargó á su hermano que volviese á repasar los papeles del escritorio. El decía que era cansarse en valde. Instaba Francisco que hiciese esta diligencia para consuelo suyo y que volviese á buscar el papel que se le había desaparecido de entre las manos. Al fin por darle gusto volvió Alejandro á dar vuelta al escritorio con mucha prisa, como cosa desesperada. ¡Cosa admirable! en el mismo cajón que tantas veces habían revuelto se halló la carta de pago muy bien doblada, con su membrete escrito de otra letra, aunque muy bien formada; como si en aquel instante la hubiesen puesto allí sin que nadie lo viera.

Al P. Fr. Diego de Arratia, de la Orden de Predicadores, habiendo caminado desde el convento de Panamá al de Lima, en lo más riguroso del estío, mudando el clima se le recrudecieron unas tercianas que había padecido antes, hasta el punto de que en breve tiempo le redujeron á lo último de la vida. Mandó el médico que le diesen con toda prisa los Sacramentos, porque fuera de las tercianas, se le había hinchado el vientre á causa de la mucha agua que había bebido. A esto se añadía que los medicamentos que aplicaban al vientre para que se aliviasen las calenturas, en lugar de mejorarle iban aumentando el achaque. Por lo cual el M. R. P. Fr. Gabriel de Zárate, que era entonces Provincial, avisó al enfermo del peligro en que estaba su vida, amonestándole que se dispusiese para morir, como buen religioso. El P. Fr. Diego ocultamente hacía á Dios votos por su salud y rogaba á Rosa que intercediese por él. Sólo le restaba sufrir una operación larga y dolorosa, con lo que acaso podría recobrar la salud y evitar el peligro de muerte en que se hallaba. En trance tan apurado volvió de nuevo á implorar con más instancias á Rosa. No fué necesario más para que desapareciesen á la vez la hinchazón y la calentura. Huyó esta, á pesar de hallarse tan arraigada, y con admira-

ción de todos se levantó Fr. Diego para cumplir alegre sus votos.

Isidra de Montalvo, sobre ser de edad avanzada, padecía continuas calenturas y muy congojosas, hacía dos meses. Negaban los médicos que una mujer tan adelantada en días y de fuerzas tan consumidas pudiese librar la vida con los medios que alcanza la medicina. Y así desahuciada de ellos, apeló á Rosa para conservar la salud y la vida. Al mismo tiempo convaleció enteramente y vivió sin enfermedad alguna muchos años.

Abrasaba todo el cuerpo de Josefa de Torres el fuego que los médicos llaman erisipela, y podrida la sangre se había encendido con el calor de las calenturas. Por todas partes se levantaban ampollas y en tres semanas redujeron á la enferma á tal extremo, que la vieron sus familiares sin habla, sin pulso, ni movimiento, y juzgaron que había expirado. Sobresaltados los circunstantes, con voces muy altas imploraron el patrocinio de Rosa para que alcanzase de Dios que Josefa tuviese lugar para confesarse. Pero la virgen les concedió más de lo que pedían, pues volvió en sí la enferma, confesóse y en breve tiempo recuperó la salud perdida.

Los desmayos, entorpecimiento de algunos miembros del cuerpo, los dolores de estómago y los pasmos habían puesto en tan peligroso estado á María, india, de edad de 21 años, originaria del reino de Chile, que servía á las religiosas en el convento de la Encarnación de Lima, que ni una gota de agua podía pasar, y mucho menos la comida ó cualquier otra cosa, por pequeña que fuese. Desahuciada de los médicos, solo trataba de recibir los Sacramentos del Oleo y Viático. Cuando le ungtan los piés, le aconsejaron el sacerdote y las monjas que se encomendase muy de veras á Rosa y la pidiese salud; y desde aquel momento, sin más remedio humano, comenzó á convalecer, y dentro de pocos días prosiguió como antes en servir al convento.

Con perlesía de un año tenía imposibilitados el brazo y la mano Antonio de Umbella, artista de oficio, sin que ningún remedio le hubiese hecho provecho. Oyendo los prodigios que cada día se obraban en el sepulcro de Rosa, con que tanto resplandecía su gloria, determinóse á valerse de este remedio; puso el brazo sobre el sepulcro, hizo oración brevemente y luego pudo sin dificultad abrir la mano que había tenido tanto tiempo cerrada; después extendió el brazo y volvió desde entonces á trabajar en su oficio.

A María Sánchez, de edad de nueve años, había maltratado tanto una caída, que tullida de las piernas y perdido el uso de los piés, ni podía estar sentada ni tampoco en pie. Y así se vió obligada á estar de continuo en la cama. Sus padres, prometiendo hacer una novena en el sepulcro de Rosa, hicieronla llevar y pusieronla tendida boca abajo sobre el sepulcro. En llegando el noveno día trajo salud cumplida á la enferma, alegría y consuelo para sus padres, porque puesta sobre el sepulcro en la forma dicha, se puso en pie de repente; sin sentir mal ninguno, pudo andar y fuese corriendo á los brazos de su padre, que tomándola de la mano la paseó mucho tiempo por el claustro, y desde allí la llevó á su casa. Y la hija iba corriendo delante de su padre, como si nunca hubiera sentido en los piés dolencia alguna.

María Farfán, niña de tres años, mientras que sin tino ni acuerdo la curaba su madre de un pasmo importuno y rebelde á todo tratamiento, hinchándosele las piernas, perdió la facultad de poder dar siquiera un paso; de tal modo, que como si de medio cuerpo abajo estuviera muerta, sólo podía mover las manos, arrastrando por el suelo lo restante del cuerpo. Seis meses enteros pasó esta desconsolada criatura con su accidente; hasta que elevado el cuerpo de Rosa en el túmulo de la iglesia de Santo Domingo, la llevaron allí, donde tocó dos ó tres veces el rostro de la virgen. Cesó la hinchazón, restituyóse la niña á sus padres con salud perfec-

ta y al cabo de dos días corría por la casa, sin que fuese necesario aplicarle ningún otro remedio.

Luis Rodríguez, sastre, natural de Méjico, que vivía con su madre Juana de Vargas, viuda, encogidos los nervios, no pudo andar ni asentar los piés en el suelo por espacio de dos meses y eran grandes los dolores que padecía. Los cirujanos, después de aplicadas medicinas de menor cuenta, declararon que sin aplicarle ungüentos no podían aliviarle, aunque el remedio era de mucha costa. Lloraba amargamente su madre, viendo que ni el corto caudal suyo ni el de su hijo bastaba para tan costosa cura. Llena, pues, de confianza la viuda levantó los ojos al cielo, rogó á Rosa; prometiendo juntamente con su hijo hacer una novena en su sepulcro. Al día siguiente de darla principio, volviéndose á casa, halló que su hijo ya podía tenerse en pie y dar algunos pasos. Aún no se había llegado el noveno día y ya Luis salía de casa y podía ir á visitar el sepulcro de Rosa.

Muy semejante á este fué el beneficio que recibió la viuda que hemos dicho, pues convaleció de repente del tormento é hinchazón de entrambos piés, luego que con lágrimas invocó el patrocinio de Rosa, prometiendo también hacer una novena en su sepultura, á que dió principio al siguiente día. Apenas hizo la promesa se encontró sana de los piés y llena de alegría.

Cristóbal Pérez, secretario de la Audiencia, había ido á pasar algunos días con su familia á una quinta suya que estaba en el valle de Luriganche. Desde allí pasó á recrearse un día á los montes cercanos, que poblados de espesura y de verdor ofrecían distracción y descanso al ánimo fatigado por las continuas ocupaciones. Habiendo sido grandes las lluvias, estaba la tierra resbaladiza, por lo cual vino á precipitarse él y su caballo en una fosa de cuatro varas de alto. Acudió corriendo su mujer asustada, acompañada de los domésticos, y halló que le había cogido debajo el caballo. Con la fuerza de la caída comenzó también á caer tie-

rra movediza, hasta el punto que casi tenía enterrados al caballo y al caballero. El caballo haciendo esfuerzos por verse libre de la tierra que sobre sí tenía y ponerse en pie, golpeaba y lastimaba al secretario, estrivando con los piés y las herraduras sobre su cuerpo. Estuvo así por espacio de un cuarto de hora, y como estaba embargado de la gota en los piés y las manos, no podía moverse ni ayudarse. A este tiempo la gente de su casa puesta á la boca de la fosa daba gritos, lloraba su mujer y finalmente todos invocaron en su favor á Rosa. Oyólo Cristóbal, y aunque estaba luchando con el peso de la tierra y del caballo, también comenzó a implorarla. Y al punto se levantó el caballo sin hacerle daño, bajaron al hoyo los criados, sacáronle sin riesgo, cuando unos pensaban hallarle muerto y otros juzgaban que moriría muy presto; pero el secretario, conociendo que este beneficio venía de la mano de Rosa, para que todos lo conociesen, ni quiso sangrarse ni usó de otra medicina.

Por lo mismo que fué más lamentable la caída de Antonio de Terrabeán, esclavo y muy cargado de años, así fué más admirable el haberle librado la intercesión de Rosa. A éste estando á la muerte asistía María de la Oliva, madre de la virgen, velándole á tiempo de media noche. Antonio al querer volverse del otro lado, como era angosta la cama cayó en el suelo. Congojada la matrona, y viendo que ni el enfermo tenía fuerzas para volver al lecho, ni ella bríos para levantarlo del suelo, llamó en su ayuda á su hija, para que desde el cielo viniese á socorrerla. Llena de fe cogió en los brazos, como si fuera un niño de tres años, al anciano esclavo, con ser corpulento y estar medio muerto; levantólo del suelo, acomodólo en la cama, arropólo y admirada de lo mismo que estaba obrando, conoció que su hija Rosa era quien le daba las fuerzas.

En Lima una mujer cruel, cuyo nombre se calla en los procesos, aborrecía profundamente á su marido, para acabar de una vez con él y quitarle delante de sus

ojos que tanto se ofendían con su vista, ocultamente le dió en la bebida un veneno tan eficaz, que antes que pudiesen aplicarle remedio le quitasen la vida arrebatadamente. Apenas el marido había aplicado la bebida á los labios; cuando interrumpido el aliento se puso todo hinchado; luego se siguió un desmayo, helóse el cuerpo, temblábanle las carnes y vueltos los ojos sólo respiraba las últimas agonías con que el alma se despedía. En este mortal conflicto, que duraría cosa de un cuarto de hora, le vino á la memoria valerse del amparo y patrocinio de Rosa. Y mientras que el veneno iba caminando con toda prisa al corazón para acabar con la vida, haciendo el último esfuerzo y recogiendo antes cuanto pudo el aliento, prorrumpió en estas tiernas voces: «Santa Rosa, socórreme, y yo prometo hacerte una novena.» Quedóse fuera de sí la perversa mujer, oyendo que su marido invocaba en su favor el nombre de Rosa, y desesperada de que el veneno surtiese efecto, ella misma se hirió mortalmente con un cuchillo. El marido, sin usar de otra triaca, arrojó de sí el veneno, se levantó de la cama al día siguiente, y no olvidado de su promesa, fué á cumplirla al sepulcro de la sierva de Dios.



bro y destilación al pecho. Apenas tocó la parte dolorida con una tira del ribete de los hábitos de la virgen, cesó la destilación y huyeron los dolores. A la misma religiosa sobrevino en otra ocasión de repente un dolor fuerte de estómago; á la media noche quedóse casi muerta; mas tan luego como se la puso sobre el pecho la misma partícula se sosegó al instante la disentería.

Marina de San José, Religiosa Descalza, de una caída que dió de improviso, se había lisiado los nervios de los dos ojos, sin poder moverlos á un lado ni á otro, y era gravísimo el dolor que de continuo sentía. Tomando un pedacito de las reliquias, dijo: «Ahora he de hacer experiencia si es tanta la santidad de Rosa como el mundo publica.» Apenas pronunció estas palabras y se aplicó á los ojos la reliquia que tenía consigo, los halló sanos y con su natural movimiento, sin que jamás volviesen ni el dolor ni el pasmo.

En casa de D.^a Isabel de Mendoza, casi del todo tenía en tinieblas los ojos una niña de tres años, llamada Margarita. De uno de ellos estaba ciega á causa de una nube que se la había presentado; con el otro veía poco, y más que ver podía asegurarse que adivinaba confusamente dónde estaban los objetos, dada la oscuridad con que les descubría. Su señora decía muchas veces que á su Margarita mejor la estaba morir en aquella edad inocente que vivir sin vista; porque hacía ya más de un año que sin poder sufrir la luz andaba por la casa á tientas y cerrados los ojos. Una tarde, al irse á acostar la niña, las mujeres de casa la encomendaron á Rosa; pusieronla un pedacito del vestido que usó la virgen sobre los ojos y así vendada la llevaron á la cama. A la mañana siguiente, quitadas las vendas y mirando los ojos, hallaron lo primero que ya no parecía la nube que cubría el uno y luego se admiraron de ver el otro muy claro. Conocieron al punto que del uno había desaparecido la ceguera y del otro la flaqueza de la vista; porque la niña fijaba los ojos sin incomodidad

CAPÍTULO VII (1)

Las reliquias é imágenes de Rosa de Santa María sanan toda clase de enfermedades.

DIREMOS en pocas palabras lo que, expuesto con la extensión debida, ocuparía sin duda muchos tomos. Dios se dignó honrar á su sierva con tantos y tan estupendos milagros, que sólo el apuntarlos haría interminable esta relación. Nos contentaremos con entresacar algunos de los que constan en el proceso que se formó para la beatificación de la esclárecida Patrona de las Indias.

A la Madre Lucía de la Santísima Trinidad, Priora del nuevo convento de la ciudad de Lima, apuraba mucho un dolor agudo, que naciendo de la sien derecha lastimaba toda la cabeza, con destemplanza del cere-

(1) Por ser demasiado extensos y muy semejantes entre sí los sucesos que en ellos se refieren, reduciremos á uno solo los tres últimos capítulos que puso el P. Leonardo Hansen en el Apéndice de su *Vida de Rosa de Santa María*, escrita antes de que esta virgen ilustre fuera puesta por los Vicarios de Jesucristo en el número de los santos.

en los objetos y no le dañaban la luz ni el aire, antes gustaba de mirar uno y otro.

Fray Juan García, Religioso lego de la Orden de Predicadores, cuatro días después de la muerte de la sierva de Dios, había entrado por mandado de sus superiores en la celdilla del huerto de Rosa, para sacar de ella una pequeña tarima en que solía sentarse la virgen. Mas era tan angosta la puerta, que no daba salida ni parecía posible que cupiese por la puerta. Por lo cual con un cuchillo grande que para este fin traía, comenzó á cortar los leños que lo impedían, sacando astillas. Perdiendo el tino con la prisa, se hirió en la mano izquierda con tanta fuerza y tan profundamente, que la carne quedó pendiente de la muñeca. Causó espanto y miedo en los circunstantes la gravedad de la herida, porque era mucha la sangre que despedía; á juzgar por lo que se veía, parece que se había cortado las venas de la mano. Sólo el Religioso herido estaba sin temores, satisfecho del remedio. Y así dijo á los circunstantes: «Yo tengo aquí un emplasto, de quien estoy muy cierto que me ha de sanar muy presto la mano.» Y al mismo tiempo sacó una parte del velo de la sierva de Dios, y poniéndola sobre la herida y atándola con vendas y apretándola, volvió con gran seguridad á entrar en la celdilla para dar fin á la obra que traía entre manos. Había estado en ella muy poco tiempo, cuando saliendo á vista de todos desató la mano, quitó los paños y la mostró sana, robusta, fuerte y sin necesidad de que el cirujano la curase con unguentos.

En los valles de Chinca D.^a Magdalena Chimaso, india, descendiente de los caciques de aquella provincia, que eran reyezuelos entre los indios, casada con don Francisco de Morales, español noble, estuvo por más de tres años casi tullida del medio cuerpo abajo, sin poder estar sentada, sino sobre vellones de mullida lana; y sin poderse mover, siendo necesario que los domésticos la trajesen arrastrando sobre las pieles, cuando era forzoso mudar de puesto. También eran necesarios

brazos ajenos para volverla de un lado á otro y en brazos habían de levantarla para ponerla en pie. Después de haber hecho grandes gastos en medicinas, sin hallar alivio ni mejoría, se hizo traer á Lima, hospedóse en casa de Pedro de Vega, para que allí la curasen médicos más sabios y aventajados. No la engañó del todo su pensamiento, porque apenas había estado un mes en Lima, cuando llegó á su noticia el olor de la santidad y la fama pública, que cada día se iba más divulgando, de los milagros de Rosa, á quien poco antes habían enterrado. Alentada con esto su confianza, hizo que la trajesen reliquias, que fueron algunas hojas de la palma con que estuvo en el túmulo la virgen Rosa y dos partículas del escapulario y velo. Estas reliquias, con tierradel sepulcro, hizo la enferma se las atasen al cuerpo, y usando con gran fe y devoción de este remedio, se sosegaron de repente los dolores, pudo dormir quietísimamente toda la noche, contra lo que la había sucedido durante todo el tiempo de su dolencia. Despertando por la mañana, aunque se sintió con vida y fuerzas en el medio cuerpo, que hasta entonces tenía baldado, no quiso apartar de sí las reliquias en todo aquel día, esperando que así sería la salud más cumplida y permanente. Al día siguiente, por más que sus criados la contradecían, levantóse de la cama robusta y fuerte, pidió de vestir, afirmando con seguridad y constancia que estaba sana del todo por beneficio de Rosa. Entre tanto que estaban los circunstantes pasmados de admiración, viendo como D.^a Magdalena se tenía en pie fuera de la cama sin ayuda ajena, comenzó á pasearse por la pieza. Finalmente, luego que pudo persuadir á las criadas que le diesen los vestidos que en tanto tiempo no había usado, salió de su casa con el acompañamiento debido y se fué derecha y con toda prisa á la iglesia de Santo Domingo, desde donde habiendo visitado el sepulcro de Rosa, se volvió á su casa, y después de un mes á su patria, muy otra de la que había venido.

Tenía Diego de Requena un hijo enfermo, casi ya muerto, de recias calenturas y dolor vehemente de la cabeza. Hallóse con un cíngulo de la virgen, con que solía ella ceñirse en los últimos años de su vida. Le puso sobre las sienas de su hijo, cuando más fuertes eran los dolores, y con sola esta medicina huyó la enfermedad, que tan cruelmente atormentaba al paciente.

Por cincuenta ducados de plata había comprado Rosa una negra de diez años para el servicio de sus padres. Su madre llevaba mal tener en su casa quien comiese y fuese inútil, porque era enferma la esclava; fatigábanla varios achaques y especialmente la disenteria. Rosa animaba á su madre, dándole buenas esperanzas y diciendo que vendría tiempo en que aquella muchacha, con el favor divino, se vería sin aquellos achaques. Llegó el tiempo señalado; pero después de difunta la virgen, cuando tomando polvo de su sepulcro y dándoselo á beber con agua fría, bebió y se vió sana de todos sus males.

En el convento de Beatas de Lima, la Madre Beatriz de Montoya habiendo padecido por espacio de veinte años dolores insoportables de estómago, caminaba á toda prisa á la muerte con los pasmos que la consumían. Ya había recibido los santos sacramentos, ya se disponía para la última hora, certísima de que no había esperanza de vida. Y llegara sin duda al cabo de la jornada, si los polvos de Rosa, bebidos con devoción, no hubieran milagrosamente quebrantado todas las fuerzas de mal tan envejecido y rebelde.

El Licenciado Mauricio Rodríguez, clérigo presbítero y confesor de un monasterio, se hallaba muy trabajado de importunos vaídos de cabeza y molesta jaqueca. No dejó en la botica género alguno de remedio proporcionado á su achaque, de que no hubiese usado. Convencido de que todo era inútil, acudió con gran provecho á remedio más eficaz para su dolencia, que fueron los polvos del sepulcro de Rosa. Hizo que se los trajesen, y no se contentó con beberlos en agua, refregó

también con ellos la cabeza y á un mismo tiempo puso en huida los vaídos y el dolor de jaqueca.

Habían encomendado el sermón fúnebre en honra de la difunta Rosa en el Cuzco, al P. Fr. Blas de Acosta, Predicador General de la Orden de Santo Domingo, luego que llegó á aquellas provincias la nueva de su felicísimo tránsito. Aconteció que estando el P. Fr. Blas comiendo, y distraído ó fuera de sí pensando en el tema que había de desarrollar, se le atravesó en la garganta un bocado que le ahogaba, y acudieron á socorrerle el P. Presentado Fr. Juan de Ahuero con el P. Fr. Tomás Marcos, y viendo que ni con darle agua, ni con darle recios golpes en las espaldas podía pasarle, sacándole medio muerto del refectorio, le persuadían que por señas siquiera se confesase para absolverle. El religioso entonces procuró ponerse de rodillas para confesarse del modo que pudiese; y entre tanto el P. Presentado Fr. Juan de Ahuero le ofreció en un vaso de agua un poco de la tierra saludable de Rosa, para que la bebiese el que estaba ya sin aliento. Apenas lo hizo pudo pasar el bocado que le ahogaba, escapando de este modo de las garras de la muerte, cuyo sudor frío ya poseía todo su cuerpo.

Servía en el convento de la Encarnación de Lima una esclava negra de poco menos de 24 años. Habíase apoderado una angina molesta de sus fauces, tenía cubierta la garganta de postillas; y demás de esto estaba hinchado todo su rostro. Por la boca, narices y ojos le corrían asquerosos humores, y si por alguna parte del cuerpo la tocaban con el dedo, aunque fuese ligeramente, le causaban dolores intolerables. Estando tan podrida, no le puedaba esperanza de vida, por lo cual, confesándose, recibido el Viático y ungida con el Oleo extremo, solo esperaba el momento de entregar el alma en manos de su Criador. El confesor, sabiendo por experiencia los beneficios de Rosa, persuadía á la enferma que se encomendase á quien tanto valía en el cielo; prometió enviarla polvos, exhortábala que tu-

viere con ellos gran confianza. La enferma, apenas les recibió, bebiólos con el agua de un vaso y desde los umbrales de la muerte volvió á esta vida á gozar de salud perfecta.

Se hallaba próxima al parto en Lima una negra, de oficio hortelana. Las personas que la asistían juzgaban segura la muerte de la paciente, vista la dificultad del caso. Tuvo noticia por casualidad del peligro en que se hallaba la negra, el Licenciado Mauricio Rodríguez, quien persuadió á Leonor de Villafuerte, compañera de la enferma, que hiciese traer á toda prisa tierra del sepulcro de Rosa. Así se puso por obra, y apenas se la aplicó, salió á luz fácil y felizmente la criatura, librando á la madre del riesgo que padecía.

El año de 1631, Fr. Antonio de Montoya y Fr. Juan de Estrada, iban con licencia y mandato de su Prelado á ordenarse de sacerdotes á Guamanga, y por tener posada acomodada habían torcido algo el camino real, para hospedarse en casa del Gobernador de Guando. Poco después de medio día salíoles de improviso al encuentro á carrera tendida uno de los naturales, dando gritos y rogándoles, porque juzgaba eran sacerdotes, que socorriesen á una india, mujer del cacique, que estaba agonizando en unas casas cercanas, oyéndola de penitencia; porque no había en el lugar ningún sacerdote. Gran dolor causó á los Religiosos no haber recibido el sacerdocio y no tener potestad de absolver en trance tan preciso. Con todo eso, acompañados de algunos seglares españoles, siguieron al indio para ayudar á morir á la mujer, ya que otra cosa no pudiesen, y rezar letanías, preces y la recomendación del alma, ahuyentando los demonios con agua bendita. Entrando en la casa hallaron á la india sin habla ni movimiento. Hallábanse todos los circunstantes faltos de consejo para remediarla, lloraban los presentes, gemía su marido, á quien acompañaba afligida toda la familia. Mas Fr. Antonio, acordándose que traía consigo polvos sacados del sepulcro de Rosa, después que

fué trasladada y elevado su cuerpo, dando algunas noticias á los presentes de lo mucho que valía la virgen con Cristo y de lo mucho que la favorecía, de los grandes prodigios que obraba por su respeto y de la esperanza que podían tener en su intercesión, y más en la necesidad extrema que tenían á los ojos, tomando una cuchara, y no con poco trabajo, porque fué necesario valerse del hierro para hacer abrir la boca á la india, la echaron en ella tierra de Rosa, envuelta en agua; marchó luego el Religioso, encargando mucho á los que allí quedaban que implorasen con ardiente confianza el auxilio de la virgen. Después de dos horas, volviendo con sus compañeros á visitar á la enferma, halló muy alegre á su marido y á todos los domésticos. Entrando en el aposento donde estaba la mujer del cacique, hallóla risueña y sentada en la cama y que estaba comiendo con buenas ganas; confesaba á voces que sin saberlo ella la había ayudado Rosa, que á ella la debía la vida, en que convinieron, así los que iban con Fr. Antonio, como los inquilinos de aquella casa.

Diego Moreno de Costillas, natural de la ciudad de Quito, en las guerras de Chile había recibido una grande herida con el golpe de una maza de hierro, de la que fué curado en falso, por el poco saber de los cirujanos; y así poco á poco le resultaron materias y pasmos. Venido á Lima en busca de más acertados maestros para ponerse en cura, padeció mucho en vano por espacio de seis meses. Al fin despertando su devoción la fama de los prodigios que cada día resplandecían en el sepulcro de Rosa, se determinó á ir á visitarle. Puesto de rodillas delante del sepulcro y haciendo oración devota, quitóse de la cabeza los paños con que estaba fajado. Quitó también el emplasto, echó en la herida la tierra que había cogido, y sintiéndose mejor, desde aquel mismo sitio volvió alegre á su casa, y después de dos días halló cerrada la herida y que había nacido cutis nuevo.

La Abadesa del monasterio de Santa Clara de la ciu-

dad de Trujillo hacía cerca de veinte años que padecía mucho de una pierna que tenía hinchada y con más de cuarenta bocas, por donde despedía continuos humores. No se hallaba médico, por perito que fuese en su arte, que se atreviese á sanar enfermedad tan antigua y radicada, y mucho menos después que, efecto de aquella dolencia, había comenzado á sentir la paciente continuas y molestas calenturas. Llegando á su noticia los muchos milagros que Dios obraba mediante el polvo del sepulcro de Rosa, enviando por él á Lima, le bebió con gran fe, mezclado con agua; y de repente, estando con el rigor del frío, extinguió del todo la calentura. Alegre con tan feliz suceso, frotó también la pierna llagada con el mismo polvo y comenzó luego la hinchazón á deshacerse y á cerrarse las bocas de las llagas, dejando en recuerdo del beneficio sólo unas motas ó pintas negras. Para que estas se quitasen, usó la Abadesa de un agua que para este fin destiló Juan de Lezana, cirujano; pero en valiéndose de este medicamento, volvió la hinchazón y se renovaron los dolores. Causó esto mucho miedo á la enferma, entendió prudentemente que había errado en esperar el complemento del milagro de mano del cirujano y no de la de Rosa, y así aplicó de nuevo los polvos á la pierna con lo que se deshizo la hinchazón y se secaron las llagas. Este triplicado milagro causó prodigiosos efectos: salud á la Abadesa, admiración y gozo á todo el monasterio y á los ciudadanos de Trujillo, nueva devoción á la sierva de Dios con gratulaciones y hacimientos de gracias.

Un soldado, cuyo oficio en la milicia era de Alférez, declaró á su confesor el P. Fr. Francisco Nieto, que en cierta ocasión se le había hinchado una pierna. Oyendo hablar de los multiplicados prodigios que Dios obraba en el sepulcro de Rosa, fué con otros á visitarle y habiendo hecho oración brevemente y cogiendo de la tierra del sepulcro, frotó con ella la pierna enferma; con

lo que desapareció la hinchazón que tanta molestia le causaba.

En el convento de la Encarnación de Lima D.^a Juana de Ulloa, novicia, casi ya cumplido el año de noviciado, estaba con mucho sentimiento y recelosa de que no había de verse profesa porque su padre, que vivía lejos de aquella ciudad, en el Potosí, codicioso, avaro y duro, no acababa de tomar resolución en pagar el dote. Muy á menudo le escribía D.^a Juana, apretábale con ruegos y lágrimas, le instaba haciéndole presente sus encendidos deseos de consagrarse á Dios. El padre más insensible y duro que un peñasco, ó no la respondía ó con astucia dejaba de hablarla del punto principal á que había de responder, usando de ambages, equivocaciones y de palabras frívolas. Falta de consejo la novicia, acogiése al patrocinio de Rosa, y después de haber escrito á su padre la última carta, con gran fe echó polvos en la plana, usando de los del sepulcro de la virgen; para que si las razones que allí representaba no ablandaban el corazón de hierro de su padre cruel, hiciesen este oficio los polvos de Rosa. ¡Cosa maravillosa! Tuvo brevemente respuesta del Potosí la más suave que pudiera esperarse. Concedió el padre, más blando que la cera, el dote y cuanto su hija le pedía, y rompiendo con felicidad por las dilaciones, conoció y confesó la Religiosa que á un poco de polvo debía el verse profesa.

En el mes de Noviembre del año de mil seiscientos treinta, Jerónimo de Soto y Alba, alimentaba en su casa y á sus espensas á una niña de diez meses, horrorosamente disforme con las manchas y llagas de la lepra, esparcidas por todo el cuerpo. Empleóse en curarla todo el arte de la medicina, y había ya perdido las esperanzas. En caso tan apurado Bernarda, criada de la casa, acudió á la protección jamás desmentida de Rosa. Había recogido en la iglesia de Santo Domingo y traído á casa las hojas de las rosas marchitas que se habían puesto para adorno de la imagen de la sierva de Dios.

Ocultamente fué poniendo hojas de rosa seca sobre cada una de las llagas de la leprosa, y fajándola todo el cuerpo la acostó en la cuna, para que se durmiese. Llegado el día siguiente avisó Bernarda á su señor que estaba la muchacha sin lepra. Atónito Jerónimo de oír estas razones, fué volando á ver á su leprosa; y no dando crédito á lo mismo que miraban sus ojos, la puso luego á la vista de los jueces apostólicos para que se certificasen del prodigio inaudito; y para perpetuo testimonio del beneficio quiso que de allí adelante se llamase María de la Rosa.

Doña Sebastiana de la Vega, habiendo de pasar muy lejos, á la provincia de Fucarán, en compañía de su marido el Doctor D. Cipriano de Medina, abogado de la real Audiencia, al subir á caballo, cuando hacía fuerza en el estribo para ponerse en la silla, apartándose la mula dió en vago, torcióse el cuerpo y se le salió de su lugar un hueso. Eran intolerables los dolores que este accidente la causó. En la cama no podía mudarse de un lado para otro, ni usar de la mano en cosa que fuese necesario algún impulso ó fuerza. Una noche aumentándose más y más el dolor que la producía el hueso salido de su lugar, pidió que la trajesen un retrato de papel de los que con licencia de los superiores se habían estampado en gran número en Roma y llegado hasta el Perú. Mientras que con devoto afecto le tomó en los brazos y le rezaba, se durmió doña Sebastiana, y despertando por la mañana, súbitamente se halló sana y publicó el milagro, diciendo á su marido que ya estaba con salud y sin dolores.

Había embargado de alto á bajo el cuerpo de una negra llamada María, esclava de Diego de Requena, una impetuosa y repentina apoplejía. Pasmados los nervios, palpitaban desmesuradamente los brazos y las piernas de la infausta mujer. Había cuatro días que estaba sin habla, no tenía sentido, y en opinión de los médicos se acercaban á toda prisa los últimos instantes de su vida. Afligida por el caso su señora sacó un

papel en el que tenía estampada la imagen de la virgen Rosa, cubrió con ella la cara de la enferma, imploró juntamente la piedad benéfica de la sierva de Dios, y he aquí que en un punto cesó la agitación de pies y manos, levantóse en pie la negra, vuelta á sus sentidos, comió y conocieron todos que el accidente se había desvanecido. Admirado Diego de Requena de la extraordinaria virtud de la imagen, hizo en sí mismo la experiencia. Debajo de la rodilla derecha tenía una hinchazón que le daba molestia, le causaba dolores é impedía el andar; aplicó la estampa á aquella parte, y al primer contacto se sintió libre del humor que le fatigaba.

En el otoño del año 1630, Francisco Gutiérrez Maya, clérigo presbítero, natural de Sevilla, viéndose perseguido de la ciática; por hacer demasiado uso de cataplasmas muy calientes, fué causa de que se le declarase la gota en el pie derecho. Crecieron extraordinariamente los dolores; y le produjo la hinchazón continuos desmayos, sin poder sufrir sobre ella ningún cobertor ni aun un cendal de Holanda; y porque también sentía disentería, pidió que le diesen los santos sacramentos, viniendo en ello el médico, porque entrambos juzgaron que era llegada su hora. Con todo eso rogó el enfermo, que para su consuelo le enviasen las religiosas del convento de Santa Catalina de Sena, cuyo confesor era, un lienzo en que estaba la imagen de Rosa. En viéndola hizo que la pusiesen dentro del pabellón de la cama y que cerrasen las cortinas. Viéndose á solas con ella, enfervorizado el espíritu, comenzó á hacer oración en la forma siguiente: «Virgen santa y gloriosa, que tan valida estás con el Altísimo, de quien gozas en estado feliz y bienaventurado, mírame con ojos de piedad: atiende, que aunque nunca te he merecido tan benévolas atenciones, á lo menos soy confesor de tu misma madre; yo también la ayudé con mis diligencias á que la dieran el hábito en este convento, autoricé con mi presencia su profesión solemne cuando recibió el velo

negro: Tú, pues, has de rogar á tu dulce Esposo, que olvidado de mis grandes pecados, me restituya la salud antigua, para que pueda emplearla desde aquí adelante en su mayor servicio.» Dicho esto, con gran fuerza y más robusta fe, puso ambas manos debajo de la pierna inflamada y pidiendo perdón á la sierva de Dios, fué levantando el peso del pie, que tanto le dolía, hasta tocar la orilla de la imagen; después de brevísimo contacto, lentamente le fué bajando, para que descansase sobre la cama; y lo que no había podido ser antes, sucedió entonces, que se durmió quietamente por espacio de media hora. Despertó luego, y llamando con alegres voces á los domésticos, mostró el pie derecho, quitadas las vendas con que estaba ligado; pero sin gota, sin tumor, vuelto á su color natural, en nada desemejante al izquierdo, restituído á perfecta salud.

El mismo Licenciado Francisco Gutiérrez, era padrino de Luis Cortés, hijo de Mariana de Cea. A éste siendo de edad de cinco años abrasaba el ardor de las calenturas y la inflamación mortal del dolor de costado le tenía muy al cabo. Las unturas, sangrías y bebidas de la botica le hacían más daño que provecho. Entró á visitarle el médico Francisco Jiménez, y á la primera vista le dió por irremediable sin disimulo alguno. Vino á la sazón Francisco Gutiérrez con la imagen de Rosa, dijo al niño que fuese diciendo con él una devota oración á la sierva de Dios. Durmióse luego el enfermo casi media hora; despertando después, pidió que le acercasen la imagen, porque deseaba venerarla con ósculos reverentes. Llegáronla y saludóla con inocentes besos, adquirió luego al punto las fuerzas perdidas, cesó el dolor de costado, desaparecieron las calenturas, y en breve espacio de tiempo, sin ayuda de otro medicamento, recobró perfectísima salud.

Catalina de Vera durante veinte días continuos padeció dolores y latidos de cerebro y sienas; y la acerbidad del sufrimiento de él era tan crecida, que no pudiendo comer ni dormir, era opinión de todos que muy

en breve se había de ver sumida en las fauces insaciables de la muerte. Lo mismo sentía el protomédico del virrey y otro gran médico, llamado el Doctor Rocha. Por lo cual, después de haberse confesado, rogó la enferma con mucha insistencia al Licenciado Francisco de Coloma, clérigo presbítero, que la trajese, aunque fuese por poco tiempo, la efigie de Rosa que tenía en su casa. Hízolo así el sacerdote y púsola muy cerca de la enferma dentro de las cortinas de la cama. Ella como pudo dió ósculos afectuosos á la imagen, y mientras que con reverencia aplicaba la pintura á la cerviz, el rostro y las sienas, quedándose dormida, despertó al poco tiempo completamente sana.

Ana de Herrera, en la proporción con que repugnó por algún tiempo dar crédito á los milagros que se decían obrados por Rosa, fué después que los experimentó en sí misma, su más acérrima defensora. Había mucho tiempo que esta mujer se oponía á creer los prodigios cotidianos que sucedían en el sepulcro de la virgen; contradiciendo la verdad, ó menospreciando la calidad de los portentos. Pero corrigió su pertinacia rebelde una visión que tuvo en sueños. Parecía que un terremoto horrible arruinaba desde los cimientos la ciudad de Lima, y temblando de miedo, aun sin querer se encomendaba á Rosa, y eran tan fuertes los gritos y las ansias con que en su favor la llamaba, que sólo con el conato del vocear despertó despavorida. Entonces vió por sus ojos claramente á Rosa, que apareció en la forma y traje que la representaban las muchas pinturas que en aquella ciudad había. Vióla puesta de rodillas haciendo oración por la conservación de su patria y ciudad. Reducida con esto Ana y más aficionada á la virgen, pidiéndola perdón, con el rendimiento debido, de los yerros que contra la opinión de su santidad había cometido, se puso bajo su protección; y no tardó en llegar ocasión oportuna en que pudo valerse del amparo de la virgen. Le sobrevino un corrimiento en la sien izquierda, tan doloroso y recio, que quitándola el jui-

cio por dos días enteros, pensaba en breve perderle del todo, si Rosa no se daba prisa á socorrerla. Por lo cual tomó la imagen, pasóla dos ó tres veces por la parte dolorida, volvió luego á reclinar la cabeza sobre las almohadas, quedóse dormida, y despertando á la media noche, halló que habían huído todos los dolores, por no poder resistir el poder de Rosa.

Alfonso de Hita, administrador y mayordomo del monasterio de Santa Catalina de Lima, estaba casado con María de Azpeitia, á quien los médicos habían sangrado cinco veces y hecho tan copiosas evacuaciones para atajar las tercianas dobles, que por la mucha flaqueza quedó su vida como pendiente de un hilo. En este estado, incapaz la enferma de comer y de dormir, se acercaba muy de prisa al término de la vida. Detúvola una imagen que la enviaron del monasterio, que puesta sobre la cama para que la viese, con sólo mirarla huyeron las calenturas y pudo ponerse en pie la doliente. El mismo beneficio obró otra estampa de papel con Felipa Gil, agrabada molestísimamente con tercianas dobles, puesta sobre la cabeza de la enferma, cuando estaba temblando y batallando con la mayor pujanza del frío.

Cierre felizmente este capítulo la misma que engendró á Rosa, María de Oliva. Esta venerable matrona pocos días después de tomado el hábito en el convento de Santa Catalina de Sena, enfermó de erisipela tan pertinaz, que se resistía á todo tratamiento de la medicina. A esto se agregaron calenturas fuertes y destemplanza en el estómago, causada por malas indigestiones. Rendida por tantos enemigos, hizo cama por espacio de ocho días, temerosa de las consecuencias de tantas y tan graves dolencias. La Priora, que amaba tiernamente á la enferma, por ser madre de Rosa, sentía gran tristeza al verla en tanto peligro. Visitándola una noche, acompañada de otras muchas monjas, después de haber hablado de varios asuntos para distraerla, poco á poco se introdujo la cuestión si sería conve-

niente traerle la bendita imagen de su hija. No le sonó esto mal á la enferma, antes bien, apenas se la trajeron á la cama la recibió con gusto. Despidiéronse por entonces las religiosas, y volviendo á visitarla después de hora y media, halláronla reposando con sueño suave y que juntamente tenía sudor copioso. Al día siguiente, levantándose de la cama María de Oliva, iba á toda prisa á oír misa á las rejas del Coro; encontróse con la Priora, que admirada de verla, la preguntó por qué se había levantado ó á dónde iba. A lo que respondió, confesando ingenuamente todo el suceso. Dijo que después de haber dado muchos besos á la imagen de su hija, se había quedado dormida, que á la media noche se había hallado bañada en sudor, que tomándose el pulso había echado de menos la calentura, que, echando la mano al rostro, conoció que había cesado la hinchazón sin quedar señal del tumor, lo que la aseguraba que se hallaba del todo sana; siendo el hambre y ganas de comer buen testigo de que estaba de veras libre de la enfermedad que la molestaba.

Séanos permitido poner fin á estos prodigios, saludando á la virgen ilustre de Lima, á la flor más olorosa del nuevo mundo, con estas palabras de San Bernardo: «¡Oh estirpe feliz de la Oliva, fructífera y fecunda en la casa de Dios, que despides para bien de los mortales ungüentos saludables y brillantes luces; que regalas y alivias á tus devotos con beneficios, resplandeciendo con prodigios estupendos! Concédenos, ¡oh sierva amada del Altísimo! que también participemos de las luces y suavidades que estás gozando en compañía de tu divino Esposo. ¡Oh Rosa fragante y olorosa! que floreces con eternos renuevos delante del Señor de las alturas, esparciendo en todas partes fragancia de virtudes, cuya memoria es ocasión á los que vivimos en este inculto destierro, de darte mil bendiciones; cuya presencia en el cielo logra los indecibles honores, que se tributan á los cortesanos de aquella región pacífica, intercede delante del trono de la divina Majestad, con quien tanto puedes,

para que los que cantan tus heroicas virtudes y celebran tus excelsas hazañas, no queden frustrados de la parte que esperan de tanta plenitud y perfección tanta; como en ti admiran los que miran la hermosura de tu gracia. Finalmente, alegrémonos todos, gocemos en el Señor, pues ya tiene en su gremio la corte celestial, una abogada nacida entre nosotros, que se empeña en socorrernos, mirando con buenos ojos las calamidades que padecemos; que apadrina y defiende con sus méritos á los que en esta vida edificó con ejemplos y que da confianza y firmeza con la multitud de los milagros que se obran por su intercesión.»



CAPITULO VIII

Merecidos elogios con que fué celebrada la virgen Santa Rosa en las instancias de su Beatificación y Canonización.

TANTOS y tan portentosos eran, según se ha visto en los capítulos anteriores, los milagros que cada día obraba por los méritos de su sierva el que todo lo puede, menos lo que implica contradicción; que no es de maravillar que, desde el momento de su feliz tránsito anhelaran todos venerarla en los altares, pues en su corazón y en sus labios ya la aclamaban «Santa». Pero como el pueblo, que ordinariamente no piensa ni discurre, dejándose llevar de su sentimiento, puede extraviarse en sus juicios y en los fervores de una devoción mal entendida, hemos de oír el sensato é ilustrado parecer de los que discurren con fundamento sobre las heroicas virtudes y portentosos prodigios de nuestra humilde virgen, para formar cabal concepto de la virtud y santidad de nuestra Rosa. No basta para este objeto oír los elogios con que

para que los que cantan tus heroicas virtudes y celebran tus excelsas hazañas, no queden frustrados de la parte que esperan de tanta plenitud y perfección tanta; como en ti admiran los que miran la hermosura de tu gracia. Finalmente, alegrémonos todos, gocemos en el Señor, pues ya tiene en su gremio la corte celestial, una abogada nacida entre nosotros, que se empeña en socorrernos, mirando con buenos ojos las calamidades que padecemos; que apadrina y defiende con sus méritos á los que en esta vida edificó con ejemplos y que da confianza y firmeza con la multitud de los milagros que se obran por su intercesión.»



CAPITULO VIII

Merecidos elogios con que fué celebrada la virgen Santa Rosa en las instancias de su Beatificación y Canonización.

TANTOS y tan portentosos eran, según se ha visto en los capítulos anteriores, los milagros que cada día obraba por los méritos de su sierva el que todo lo puede, menos lo que implica contradicción; que no es de maravillar que, desde el momento de su feliz tránsito anhelaran todos venerarla en los altares, pues en su corazón y en sus labios ya la aclamaban «Santa». Pero como el pueblo, que ordinariamente no piensa ni discurre, dejándose llevar de su sentimiento, puede extraviarse en sus juicios y en los fervores de una devoción mal entendida, hemos de oír el sensato é ilustrado parecer de los que discurren con fundamento sobre las heroicas virtudes y portentosos prodigios de nuestra humilde virgen, para formar cabal concepto de la virtud y santidad de nuestra Rosa. No basta para este objeto oír los elogios con que

la honró la misma célebre Orden de Predicadores, á la cual pertenecía nuestra Santa por haber profesado la Regla de su Tercera Orden; pues aunque no nos parezcan sospechosos, especialmente tratando de asunto de tanta importancia y de hechos públicos y notorios, hacen más fuerza las alabanzas de los extraños, toda vez que en ellas no suele haber pasión, sino amor á la verdad. Fueron tales y tan grandes, que remitidas oportunamente á la Ciudad Eterna movieron á Urbano VIII y sucesores hasta Clemente X á comenzar, proseguir y dar feliz remate á la causa de la Beatificación y Canonización de nuestra penitente virgen.

Siguiendo el riguroso orden cronológico debemos hablar primeramente del Capítulo Provincial de la Orden de Predicadores de la provincia del Perú, celebrado en Lima el mismo año en que murió Rosa, el que en el párrafo «Denunciaciones» del elogio á nuestra Santa, dice así: «Denunciamos que murió cierta Religiosa admirable.» Más abajo dice:

«Recibido el hábito de nuestra Orden Tercera el año vigésimo de su edad; viviendo en casa de sus padres, observó con tal puntualidad el Instituto de la vida religiosa y la Regla y Constituciones de nuestro Padre Santo Domingo, que al parecer de todos era una nueva Santa Catalina de Sena, que de nuevo había venido al mundo, á quien desde sus primeros años procuró imitar con todas sus fuerzas. Nació esta célebre virgen de padres muy cristianos el año 1586, los cuales la educaron en las máximas santas de la Religión, y de tal manera la alumbró su divino Esposo, que desde la edad de cinco años comenzó á aspirar y procuró llegar á la cumbre de la perfección, ejercitándose con continuos ayunos en la más áspera penitencia. Con admirable abstinencia y singular mortificación usaba, en lugar de lecho, un pótro mullido con diversos cascos de puntiagudas tejas; tenía rodeada la cabeza con una corona de plata muy parecida á una corona de espinas; todas las noches crudamente atormentaba su

«cuerpo con una cadena de hierro hasta derramar copiosa sangre. Fué su paciencia increíble; la humildad, rara; insigne la pureza de cuerpo y alma. Fueron admirables las revelaciones con que la favoreció el cielo. Dióse tanto á la oración y contemplación, que llegó á la felicidad de la unión estrecha con Dios, con gran quietud de su alma y admiración de todos; á cuyo santo ejercicio la misma Reina de los cielos por largo tiempo la despertaba todas las noches. Fué adornada con don de profecía, y con éste predijo muchas cosas futuras. Finalmente señalándose en todo género de virtudes, dejando ilustres ejemplos de su santidad, felizmente durmió en el Señor en la ciudad á 24 de Agosto, y está enterrada en este nuestro convento de Lima en el Capítulo de los Religiosos. Halláronse presentes á su entierro los Ilustrísimos señores Arzobispo de Lima y Obispo de Guatemala, llevando el féretro de esta santísima virgen con mucha devoción el Cabildo eclesiástico y secular de esta ciudad; cuyo purísimo cuerpo por ser increíble el concurso de la gente y multitud de enfermos que deseaban tocarle y besarle con reverencia, estuvo dos días sin sepultura. Fué esclarecida con estupendos milagros.»

El venerable convento de la ciudad de Lima de los Padres de la Merced, Redención de Cautivos, se extiende con mucha prolijidad y elegancia en alabanzas á esta virgen en carta que escribió á Su Santidad Urbano VIII. Valía la pena de transcribirla al pie de la letra; mas por no pecar de pesados, sólo pondremos algunas de sus más importantes cláusulas. Léese en ella:

«... La cuarta dominica de cuaresma pone en las manos de Vuestra Santidad la Rosa de oro; hoy también un Domingo Santo pone en las mismas manos una Rosa verdaderamente de oro, que como fué abundante de oro que nace en las minas del cielo, así también despreció el de la tierra sin dejarse llevar de su afición, haciendo cosas admirables en su vida. Plantóla en su Rosario la Madre de Dios, poniéndole el hábito glorioso»

»so de Santo Domingo, donde los misterios admirables
 »de sus obras heroicas la transformaron en vistoso Ro-
 »sal, que, como de Eugenio dijo Casiodoro, *llevaba escri-
 »ta en el nombre la dignidad que poseía en los mereci-
 »mientos*; y como en la virgen Santa Inés admiró San
 »Ambrosio, *no está su nombre libre de alabanza*. Esto
 »siente todo este nuevo mundo, y juzga en esta confor-
 »midad de la bendita virgen Rosa; á quien, porque no
 »podía la tierra los cielos le dieron el nombre de *Rosa
 »de Santa María*. Crucificáronla los rigores de las disci-
 »plinas; los cilicios, clavos, abrojos con agudas puntas,
 »la cadena de hierro con que ceñía sus carnes y la sal-
 »sa de hiel amarguísima con que acompañaba la comi-
 »da. Toda su vida protestaba con el Apóstol: *No quiera
 »Dios que yo me glorie, sino en la cruz de mi Señor Je-
 »sucristo*, pues no hallaba gusto fuera de la cruz; en
 »ella meditaba los tres órdenes de los misterios del Ro-
 »sario. Es cosa de grande maravilla que á esta Rosa
 »tan humilde, cuando oraba en el huerto, se humilla-
 »sen las cimas de los copudos árboles; pero es mayor
 »milagro que una virgen fuese *exaltada como palma*, ó
 »bien, según otra letra, *casada en Cadés*, cuando sien-
 »do Madrina la Emperatriz del cielo la eligió el Hijo de
 »Dios por *Esposa de su corazón*. Esta hija de la *Oliva
 »nunca estuvo sin aceite ni se apagó en la noche su lám-
 »para*; porque la gracia que recibió en el bautismo
 »siempre brilló con nuevos resplandores hasta el fin de
 »su vida.

»... Es eterno monumento de su espíritu profético el
 »monasterio de Santa Catalina de Sena de esta ciudad
 »de Lima, donde últimamente su misma madre, como
 »lo había predicho, recibió el velo, gozando del *huerto
 »cerrado* de la clausura, que tanto había deseado para
 »sí la hija, haciendo voto de pureza virginal en edad de
 »cinco años: pero el divino Esposo más quiso que fue-
 »se hermosa *Rosa de los campos*, para que trajese mu-
 »chas doncellas tras sí, que la siguiesen al olor de
 »sus virtudes. Lima, ciudad de los Reyes, se tiene por

»felicísima, cuando puesta á los pies de Vuestra Santi-
 »dad pide á esta virgen por Patrona, desea tener por
 »madre á la misma hija que engendró. La Ciudad de
 »los Reyes no se contenta con menos que con la reina
 »de las flores. De esta suerte sobrescrito el nombre de
 »la Ciudad de los Reyes en esta Rosa, dará salida al
 »enigma que propuso Menalca en la Égloga tercera de
 »Virgilio (1): *Dime ¿cuál es la región donde nacen las
 »flores con sobrescrito de Reyes?* Con tales flores ¿qué
 »debemos esperar sino *frutos de honor y riqueza de vir-
 »tudes?* Ni tampoco se podrá ofrecer, Beatísimo Padre,
 »cosa más á propósito para que las abejas, que son la
 »divisa de vuestras armas, fabriquen panales, que esta
 »Rosa, á quien dando los justos honores de la Iglesia
 »llenaréis los corazones de los fieles todos de admira-
 »ble dulzura. Esto piden el Presentado Fr. Diego Boer-
 »qués, Comisario Provincial; el Maestro Fr. Gaspar de
 »la Torre; el Maestro Fr. Luis de Teca.»

Don Pedro de Bedoya y Guevara, en su nombre y de
 los otros Magistrados y Ayuntamiento de Lima, en car-
 ta fechada el primero de Junio de 1631, habla á la San-
 tidad de Urbano VIII de esta suerte:

«Gracias sean dadas al inmenso poder de Dios á
 »quien plugo plantar en estas remotas partes de las In-
 »dias Occidentales, un tiempo cubiertas con las zarzas
 »y espinas de la idolatría, una Rosa célebre con el olor
 »de sus grandes virtudes, que viviendo en la Tercera
 »Orden de Predicadores, tanto aprovechó con el riego
 »de instrucción de su doctrina, que pudo llegar á la per-
 »fección: cosa rarísima en nuestro siglo. Da cada día
 »testimonio el cielo de esta verdad con nuevas demos-
 »traciones de milagros que resplandecen por medio de
 »la tierra de su sepulcro. Debe este ángel en carne hu-
 »mana su nacimiento á esta Ciudad de los Reyes; y

(1) Dic quibus in terris inscripta nomina regum
 Nascantur flores.

Dime en qué tierras nazcan las flores escritos los nombres de los Reyes...
 (Traducción de Diego López.)

»así los que la gobernamos, atendiendo á la común
»aclamación así de nuestros ciudadanos, como de todo
»el reino, á Vuestra Santidad suplicamos humildemente...»

En el mismo tenor y en nombre de todos los Magistrados escribió la Real Audiencia á 12 de Junio de 1632, pidiendo la misma gracia al Sumo Pontífice Urbano VIII.

El 20 de Abril de 1633 la Orden de San Juan de Dios dirigió una carta al Sumo Pontífice, en la cual le pide la canonización de la venerable Rosa, que comienza así:

«Beatísimo Padre: La venerable Rosa de Santa María de la Tercera Orden de Santo Domingo, natural de esta metrópoli del Perú, fué una virgen de tan admirable virtud durante su vida, y tan ilustre en milagros después de su muerte, que pertenece á todos los habitantes de Lima, tanto seculares como regulares, procurar su honor y exaltación...»

El mismo año el R. P. Nicolás Mastrillo Durán, Provincial de la Compañía de Jesús, en nombre de toda la Compañía, establecida en el Perú, expuso con fecha de 1.º de Junio á la Sede Apostólica sus súplicas con estas palabras:

«La obligación me empeña, en que junto á los comunes deseos de esta ciudad y reino, los míos y de mis Religiosos, en lo que recibiremos singular favor y consuelo espiritual, si la virgen que Dios concedió á este reino para singular ídea de toda virtud, y después de su dichoso tránsito fué esclarecida por el cielo con raros prodigios, consigue por mano de Vuestra Santidad el honor de la canonización y el título de Patrona de la ciudad de Lima, con lo que se dará vigor y estímulo á sus compatriotas, para que con más calor imiten la fe y la virtud de esta santa virgen...»

El Padre Provincial de la Orden de Ermitaños de San Agustín escribió el mismo día y año en estos términos:

«Esta fértil Rosa es el primer parto que esta patria
»dió al cielo con aumento de notoria santidad ó como
»primicias de su fe. Porque si bien es verdad que entre
»los que han nacido en estas regiones, veneramos la
»memoria de muchos siervos de Dios; sin embargo se
»aventaja a todos esta bendita virgen en el derecho de
»la patria. Nació en esta metrópoli del Perú, en ella creció y vivió con todas las perfecciones de la naturaleza
»y de la gracia. En ella la santidad excedió los términos
»de la edad, y muriendo en la primavera de sus años
»demostró con insignes milagros cuánto se adelantó la
»carrera de sus virtudes á la velocidad del tiempo. En
»su sepulcro los enfermos hallan salud, los desgraciados y afligidos consuelo...»

El día 5 de Julio del mismo año el R. P. Ministro Provincial de los Frailes Menores de San Francisco, en nombre de su Orden y Provincia, escribió también á Urbano VIII, y entre otras cosas dice:

«Para pretender la canonización de la sierva de Dios, Rosa de Santa María de la Tercera Orden de Santo Domingo, nos ofrece muy á la mano motivos poderosos su vida tan inculpable, su muerte tan gloriosa, sus milagros tan admirables y tan singulares, y finalmente la grande é incomparable edificación de todo este reino, donde ha tan pocos años que se introdujo la fe.»

El día 12 del mismo mes y año el Cabildo metropolitano de Lima escribió una carta al Sumo Pontífice, que comienza así:

«No es razón, Santísimo Padre, que á la universal
»aclamación de estos reinos falte la voz de esta Iglesia
»Metropolitana por la canonización de la venerable virgen Rosa de Santa María nuestra conciudadana, cuya vida admirable y estupendos milagros después de su muerte han encendido afectos tan tiernos y fervorosa devoción en todos estos reinos, que se ve manifiestamente que Cristo nuestro Señor la quiere hacer también gloriosa acá en la tierra, y que por las benéficas manos de Vuestra Santidad nos quiere dar una patro-

»na y abogada de esta su patria, cuyo insigne honor,
 »de este primer fruto, como de su fuente llegue á cada
 »una de estas dilatadas regiones...»

Antonio de León Piñelo, Relator del Consejo Supremo de Indias, el año de 1653, en el libro que escribió sobre la vida del siervo de Dios Santo Toribio Alfonso Mogrovejo, Arzobispo que fué de Lima y que confirmó á nuestra Santa, llamándola *Rosa*, por milagro, habla de nuestra penitente virgen en estos encomiásticos términos:

«Sor Rosa de Santa María, Religiosa profesada de la
 »Tercera Orden de Santo Domingo, virgen purísima,
 »esplendor de Lima su patria, admirable en penitencia,
 »oración, éxtasis y en soberanas ilustraciones, por
 »quien obró el cielo grandes prodigios en vida y en
 »muerte. Murió coronada de virtudes y rica de méritos...
 »Halléme á su funeral, donde ví tal concurso y aclamación,
 »cual suele ser el que acompaña á los cuerpos de
 »los santos...»

Refiérese después á Diego de Córdoba, en el *Teatro de la Iglesia de Lima*, cap. XI; á Buenaventura de Salinas, en el *Memorial del Perú*, cap. V, y á otros que hicieron con elogio memoria de tan santa virgen.

¡Tales son los merecidos elogios con que fué celebrada la virgen Rosa en las instancias de su beatificación y canonización!



CAPÍTULO IX

Diligencias para la beatificación y canonización de la penitente virgen Rosa de Santa María.

EL MISMO año en que murió nuestra Santa, los Cabildos eclesiástico y secular de la ciudad de Lima y la Religión de Predicadores pidieron al Ilmo. Sr. D. Bartolomé Lobo Guerrero, su Arzobispo, que hiciese procesos informativos de la vida, muerte y milagros de Rosa. Luego de formados se remitieron á Roma con instancias y súplicas de los estados eclesiástico y secular, Virrey, Real Audiencia, Universidad, Tribunales y Religiones, en las cuales pedían la beatificación y canonización de esta esclarecida virgen, cuyo resumen puede verse en el capítulo anterior. Felipe IV escribió al Papa interponiendo su autoridad, y dió orden á sus Embajadores en la corte romana, el Cardenal Borja y el Duque de Pastrana, que llevasen cabo las diligencias necesarias. Señalado Ponente el Cardenal Peretto, ventilada la revelación del Proceso en presencia de Su Santidad Urbano VIII, de santa memoria, determinó la Sagrada Congregación de Ritos que-

»na y abogada de esta su patria, cuyo insigne honor,
»de este primer fruto, como de su fuente llegue á cada
»una de estas dilatadas regiones...»

Antonio de León Piñelo, Relator del Consejo Supremo de Indias, el año de 1653, en el libro que escribió sobre la vida del siervo de Dios Santo Toribio Alfonso Mogrovejo, Arzobispo que fué de Lima y que confirmó á nuestra Santa, llamándola *Rosa*, por milagro, habla de nuestra penitente virgen en estos encomiásticos términos:

«Sor Rosa de Santa María, Religiosa profesada de la
»Tercera Orden de Santo Domingo, virgen purísima,
»esplendor de Lima su patria, admirable en penitencia,
»oración, éxtasis y en soberanas ilustraciones, por
»quien obró el cielo grandes prodigios en vida y en
»muerte. Murió coronada de virtudes y rica de méritos...
»Halléme á su funeral, donde ví tal concurso y aclamación,
»cual suele ser el que acompaña á los cuerpos de
»los santos...»

Refiérese después á Diego de Córdoba, en el *Teatro de la Iglesia de Lima*, cap. XI; á Buenaventura de Salinas, en el *Memorial del Perú*, cap. V, y á otros que hicieron con elogio memoria de tan santa virgen.

¡Tales son los merecidos elogios con que fué celebrada la virgen Rosa en las instancias de su beatificación y canonización!



CAPÍTULO IX

Diligencias para la beatificación y canonización de la penitente virgen Rosa de Santa María.

EL MISMO año en que murió nuestra Santa, los Cabildos eclesiástico y secular de la ciudad de Lima y la Religión de Predicadores pidieron al Ilmo. Sr. D. Bartolomé Lobo Guerrero, su Arzobispo, que hiciese procesos informativos de la vida, muerte y milagros de Rosa. Luego de formados se remitieron á Roma con instancias y súplicas de los estados eclesiástico y secular, Virrey, Real Audiencia, Universidad, Tribunales y Religiones, en las cuales pedían la beatificación y canonización de esta esclarecida virgen, cuyo resumen puede verse en el capítulo anterior. Felipe IV escribió al Papa interponiendo su autoridad, y dió orden á sus Embajadores en la corte romana, el Cardenal Borja y el Duque de Pastrana, que llevasen cabo las diligencias necesarias. Señalado Ponente el Cardenal Peretto, ventilada la revelación del Proceso en presencia de Su Santidad Urbano VIII, de santa memoria, determinó la Sagrada Congregación de Ritos que-

dar suficientemente probada la fama de santidad y la Causa en estado de merecer Letras Apostólicas. Despachadas éstas el día 1.º de Mayo de 1625, nombráronse en ellas por jueces al Arzobispo de Lima, y en su falta al Obispo de Guamanga, con dos dignidades de la Iglesia Metropolitana. Llegaron á Lima, y con ellas el gozo universal que sus moradores mostraron al son de las campanas y con públicos y regocijados festejos. Terminados los Procesos, remitidos á Roma y repetidas las instancias de Su Majestad, se abrieron jurídicamente en la Sagrada Congregación de Ritos, siendo el primero que puso mano en ellos el Illmo. y Rmo. Monseñor Julio Rospigliosi, entonces Secretario y después Sumo Pontífice con el nombre de Clemente IX, quien dió fin á la causa de la gloriosa Beatificación de la Venerable Rosa.

Publicados dos Decretos de Urbano VIII en los que se dispone que no se trate de causa alguna para Canonización si no han transcurrido cincuenta años desde el día de la muerte del siervo de Dios por quien se procura, no adelantó la de nuestra virgen hasta que vino á Roma por Definidor y Procurador General de la Provincia de San Juan Bautista del Perú, el año 1660, el Reverendísimo P. Fr. Antonio González de Acuña. Al pasar por Madrid solicitó cartas del rey, y apenas llegado á Roma hizo diligencias para tener en su poder los Procesos de la Causa; mas no pudo ocuparse en ella hasta el año 1662, por haberle ocupado la obediencia en la visita de las Provincias de Nápoles. Terminada ésta, volvió á Roma; y mandóle el Maestro General de la Orden que quedase á su servicio, ejerciendo el oficio de Secretario. En medio de estas ocupaciones jamás perdió de vista el cargo de Procurador; y así deseó serlo de la venerable Rosa, en lo que halló las dificultades que encuentra el que carece de medios. Procurábalos para adelantar la causa en algo, y le vinieron á la mano, bien impensadamente los necesarios para concluir la del todo, en lo que se conoció lo que valían los méritos de

Rosa. Fué el caso que se vió asistido de la autoridad y celo del Emo. y Rmo. señor Cardenal de Aragón y de su hermano el Excmo. señor D. Pedro de Aragón, embajadores de Su Majestad católica, siendo ponente el Eminentísimo señor Cardenal Decio Azzolino, quien en la relación que hizo en la Sagrada Congregación de Ritos ante Su Santidad Alejandro VII á 25 de Setiembre del año 1663, dió el informe que á continuación transcribimos:

«La sierva de Dios Rosa de Santa María, nacida en la ciudad de Lima el día 20 de Abril de 1586, tuvo por padres á Gaspar Flores y á María de la Oliva, católicos, virtuosos y píos. Llamóse Isabel en el bautismo; mas por haber visto su madre el rostro de la niña en forma de rosa, le dió este nombre; y ella por la devoción grande que tenía á Nuestra Señora y en servicio suyo, quiso llamarse de Santa María. Fortaleció con virtud robusta la flaqueza del sexo y de la edad más tierna; y las amonestaciones de sus padres y juntamente sus deseos, cuando niña los previno, y adulta los excedió con rara perfección. Era tan grande el amor que tenía á Dios, y tan ferviente la devoción á su Santísima Madre, tanta la mortificación de su cuerpo y sentidos, y la pureza de sus costumbres y pensamientos, que ciñéndose la cabeza con una corona de plata, formada á semejanza de la de espinas que padeció Cristo, despedazando con una cadena de hierro todas las noches su virginal cuerpo, conservó intacta, como azucena entre espinas, la virginidad que ofreció á Dios junto con su persona, haciendo voto de guardarla perpetuamente, como lo cumplió. En edad de veinte años recibió el hábito de la Tercera Orden de Santo Domingo, cuyo Instituto observó admirablemente en casa de sus padres con raro ejemplo de piedad y de todas las virtudes. La oración, la contemplación de las cosas divinas, los ayunos, el maltratamiento de su cuerpo, menosprecio del mundo, el bien de los prójimos, la unión con Dios por una caridad enteramente heroica,

»fueron el empleo de toda su vida; por lo que Dios la
 »enriqueció con los dones de espíritu profético, éx-
 »tasis y muchos raptos, milagros y otros dones sobre-
 »naturales. Llamada finalmente á la participación de su
 »herencia, después de haber sufrido con mucha pacien-
 »cia una larga enfermedad, y recibidos los sacramentos
 »de la Iglesia con devoción y espíritu de religión, murió
 »á 24 de Agosto de 1617, dejando en su fallecimiento in-
 »signe fama de santidad, que durante su vida y des-
 »pués de su muerte confirmó Dios con muchos mila-
 »gros.

»Sobre la fama de santidad, virtudes y milagros, de
 »los Procesos hechos con autoridad ordinaria, y exami-
 »nados por la Sagrada Congregación de Ritos; por la
 »relación del Cardenal Peretto, se decretó á 22 de Marzo
 »de 1625 que, *si parecía bien á Su Santidad, podría pro-
 »cederse á una especial averiguación con Autoridad
 »Apostólica.* Después á instancia y ruegos del rey cató-
 »lico, de la ciudad de Lima y de la Orden de Predicado-
 »res obtúvose despacho de comisión, concedido por Ur-
 »bano VIII, de feliz memoria, y en virtud de ella se die-
 »ron Letras remisoriales y compulsoriales para el ar-
 »zobispo de Lima; y en caso que estuviese ausente ó
 »impedido, para el obispo de Guamanga, asistidos de
 »dos dignidades. Acabóse de arreglar el proceso ante
 »el Arzobispo, Decano y Arcediano de la santa iglesia
 »de Lima á 12 de Julio de 1632, y se presentó en Roma á
 »la Sagrada Congregación el 23 de Julio de 1634. Obser-
 »vándose lo acostumbrado, se reconoció y abrió, y por
 »intérprete lo explicó el Cardenal de Torres, muerto ya
 »Peretto; pero saliendo el año 1634 los últimos decretos
 »del mismo Urbano VIII se levantó la mano de la Cau-
 »sa, sin que hasta ahora se diese paso en ella. Mas au-
 »mentándose cada día la fama de santidad de la sierva
 »de Dios y los devotos deseos de los pueblos, junto con
 »la confirmación de estupendos milagros que Dios obra
 »mediante su intercesión, humildemente se suplica á
 »Vuestra Santidad, por Procurador nombrado especial-

»mente para esto, que se digne admitir y signar la Comi-
 »sión que se propone, en orden á resumir la causa en
 »el estado y términos en que se halla, según la forma
 »de los últimos decretos. Y parece que ha lugar la gra-
 »cia; pues concurren todos los requisitos que piden di-
 »chos decretos, conviene á saber: Súplicas de nueve
 »Ordenes de diversas religiones é ilustres varones de
 »Lima; tres del rey católico; tres del Rmo. Cardenal de
 »Aragón; dos del Maestro General de la Orden de Pre-
 »dicadores; un Decreto del Capítulo general de la mis-
 »ma Orden, para pedir lo mismo en nombre de toda la
 »religión á Vuestra Santidad; el mandato de Procurador
 »en la persona del R. P. Antonio González, constituido
 »especialmente Procurador de esta Causa con instru-
 »mento auténtico y confirmado por su General; final-
 »mente la continuación y aumento de la fama de santi-
 »dad, veneración y devoción de los pueblos, y los mila-
 »gros que son más de ciento diecinueve, que constan
 »en el Proceso remisorial, hecho especialmente con Au-
 »toridad Apostólica, entre los cuales se halla haber sa-
 »nado de lepra y muchas veces de perlesía y de otras
 »gravísimas enfermedades.—L. S.—Monseñor Carde-
 »nal AZZOLINO.—BERNARDINO CASALIO, *Secretario de
 »la Sagrada Congregación de Ritos.*»

Atendiendo, pues, á este informe, el P. Procurador
 Antonio González obtuvo de la Sagrada Congregación
 en 15 de Marzo de 1664 *que la causa se prosiguiese;* y á
 los 15 de Junio del mismo año se declararon legítima-
 mente formados los procesos. A los 20 de Setiembre
 obtuvo decreto de Alejandro VII para proseguir y ac-
 abar la causa, no obstante no haber transcurrido los
 cincuenta años señalados por Urbano VIII, cuyo tenor
 es el siguiente:

«Despacho para Lima ó Ciudad de los Reyes, acerca
 »de la Canonización ó Beatificación de la Venerable
 »Sierva de Dios Rosa de Santa María de la Tercera Or-
 »den de Predicadores.—Nuestro Santísimo Padre Ale-
 »jandro Papa VII, benignamente inclinado á las instan-

»cias y fervientes súplicas del Excmo. Sr. D. Pedro de Aragón, embajador del rey católico, concedió que se pueda proseguir, tratar y averiguar la Causa de la Beatificación y Canonización de la dicha Venerable Sierva de Dios Rosa de Santa María y de sus méritos hasta llegar á la conclusión y total determinación, no obstante que desde su fallecimiento, que fué á los 24 de Agosto de 1617, no hayan pasado cincuenta años, según la forma que prescriben los Decretos de Urbano VIII, de santa memoria, que expresamente ha derogado Su Santidad quanto á esta Causa. Por lo cual manda que así se guarde y se pueda proseguir, tratar, averiguar y terminar dicha Causa; no obstante los dichos Decretos y otras Constituciones Apostólicas y lo demás que pudiera obstar en contrario. En este día 24 de Setiembre de 1664.—L. S.—Monseñor Obispo Sabinese Cardenal GINETTO.—BERNARDINO CASALIO, *Secretario de la Sagrada Congregación de Ritos.*

En prosecución de la causa volvió á instar el Excelentísimo Sr. D. Pedro de Aragón, y en virtud de esta súplica mandó Su Santidad á los 12 de Noviembre de 1664 que en la Congregación general que se había de celebrar á 3 de Marzo de 1665 se ventilase el artículo de las virtudes teologales y cardinales, como se hizo; y en ella se obtuvo decreto de haberlas tenido nuestra Rosa en grado heroico, para el efecto de la solemne beatificación y canonización. A los 23 de Marzo de 1666, ventilados en presencia de Su Santidad algunos milagros de los que tenía el proceso, aprobó uno, dejando los demás para otras Congregaciones. Llamó Dios para sí á Alejandro VII, y sucedióle en la Silla de San Pedro la Santidad de Clemente IX, quien á instancias del Rey Carlos II y de la Reina su Madre, y á diligencias del Excmo. Sr. Marqués de Astorga y de Velada, su Embajador en la Corte Romana, mandó que se prosiguiese el artículo de los milagros, de los cuales se aprobaron cuatro el día 4 de Octubre de 1667. Ordenó Su Santidad que se viese en la Congregación si la causa podía darse

por fenecida; y á 21 de Diciembre de 1667 la Sagrada Congregación de Ritos resolvió por unanimidad que «podía Su Santidad, si fuese servido, proceder á la solemne canonización; y en el interin conceder á los fieles de todo el mundo que la invocasen BEATA»; que «en la ciudad y diócesis de Lima y en toda la Religión de Predicadores se hiciese Oficio y celebrase Misa de virgen no mártir el primer día no impedido después del día 24 de Agosto, en el cual la sierva de Dios descansó en el Señor el año de 1617.»

La carta que con este motivo dirigió á Su Santidad la Reina Gobernadora en su nombre y en el del Rey es como sigue:

«Santísimo Padre:—Desde el año de 1633 hizo el Rey mi Señor, que santa gloria haya, repetidas instancias suplicando en diferentes cartas escritas á la Santidad de Urbano VIII, y últimamente en otras dos de 17 de Octubre de 1659 y 30 de Marzo de 1654 á Vuestra Santidad, tuviese por bien de conceder la beatificación de Rosa de Santa María, de la Tercera Orden de Santo Domingo, que murió en la Ciudad de los Reyes de la provincia del Perú con opinión general de santa; y encargando á D. Luis Ponce de León y á D. Pedro de Aragón, sus embajadores en esa Corte, hiciesen con V. Santidad los oficios correspondientes á la piedad de esta causa. Y porque ahora se me ha representado por parte de Fr. Fernando de Valdés, Procurador de la Provincia de San Juan Bautista del Perú, que se halla ya casi concluido y en estado de determinarse; y al mismo tiempo se ha recibido carta del General de su Religión de 8 de Setiembre pasado de este año, en que da la misma noticia, escribí á D. Pedro de Aragón, que continúe las diligencias que convenga para adelantar la conclusión de este negocio. Suplico á V. Santidad que dando entero crédito á lo que acerca de él dijere y propusiere, lo mande así proveer y despachar con el cumplimiento necesario; que en ello recibiré muy particular gracia de Vuestra Beatitud. Nuestro Señor

»guarde la muy santa persona y acreciente sus días, al
 »bueno y próspero gobierno de su universal Iglesia.
 »Dada en Madrid á 15 de Noviembre de 1665.— De Vues-
 »tra Santidad muy humilde y devoto hijo, *Don Carlos*,
 »por la gracia de Dios Rey de las Españas, de las dos
 »Sicilias, de Jerusalén, de las Indias, etc. Y la Reina
 »D.^a Mariana de Austria su madre, como su tutora, cu-
 »radora y Gobernadora de dichos reinos y señoríos,
 »que sus muy santos piés y manos besa, *La Reina.*»

A las instancias de la Reina y á las súplicas del Pos-
 tulador respondió Su Santidad que «lo encomendaría
 »continua é instantemente á Dios Omnipotente, para
 »que se dignase inspirarle lo que fuese más conducen-
 »te á su gloria.»

Causó grande alegría á toda la Religión de Predica-
 dores la respuesta y determinación de Su Santidad, y
 dieron loores y gracias al Altísimo por tan singular fa-
 vor, según consta de la carta que el Rmo. Padre Gene-
 ral dirigió á los Piores de la Orden, cuyo tenor es el
 siguiente:

«Muy R. P. Prior: salud en el Señor. Ha sido Nuestro
 »Señor servido de que la Congregación de Sagrados Ri-
 »tos haya declarado que la Santidad de nuestro Señor
 »el Papa, que Dios guarde para el próspero regimiento
 »de su universal Iglesia, puede proceder á la solemne
 »canonización de la Madre Rosa de Santa María de
 »nuestra Religión, que nació y murió en el reino del
 »Perú en la ciudad de Lima; y en el interin declararla
 »BEATA; dando rezo universal á toda la Religión y al
 »Clero de aquella ciudad y diócesis, queriendo honrar-
 »nos con favor tan singular y sin ejemplar en la Igle-
 »sia. Y parece corresponde el premio al haber sido
 »nuestros Padres los primeros que, predicando el santo
 »Evangelio y Rosario de la Virgen Santísima, plantaron
 »en aquellos países la fe de que es este el primer fru-
 »to. Y porque humildemente acudamos á Dios con haci-
 »miento de gracias á tan gran beneficio, ordeno á Vues-
 »tra Paternidad las haga dar á todos sus súbditos pú-

»blicamente; previniéndoles también para la mayor
 »solemnidad, que espero se hará brevemente por mer-
 »ced y gracia de la Santidad de nuestro Señor Clemente
 »IX que por todos medios honra esta nuestra Religión,
 »de que daré aviso á V. P. con la Bula de la Beatifica-
 »ción. En las oraciones de V. P. me encomiendo con
 »mis compañeros. Roma y Diciembre de 1667. Canté el
 »*Te Deum laudamus* en este convento, hoy 24 de Di-
 »ciembre; haga V. P. se cante ahí. De V. P. muy reve-
 »renda siervo en el Señor, FR. JUAN BAUTISTA DE MA-
 »RINIS, *Maestro de la Orden.*»



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 AL DE BIBLIOTECAS



CAPÍTULO X (1)

Breve de Clemente IX para la beatificación de Rosa de Santa María y solemnidad con que se celebró.

A DIEZ de Diciembre de 1667 la Sagrada Congregación de Ritos, resolvió por su decreto estar concluido todo lo que por parte de los procesos y demás diligencias se requería para la Canonización; y que siempre que Su Santidad, inspirado del Espíritu Santo, quisiese, podía proceder á este efecto; y en el ínterin declarar á Rosa de Santa María, por bienaventurada. Aquellos días se había retirado Su Santidad del Palacio de San Pedro, á nuestro convento de Santa Sabina, á donde le llevaron el decreto; y el día 12 de Febrero, expidió la Bula de Beatificación del tenor siguiente:

«Clemente Papa IX: Para perpetua memoria.—La gloriosa fecundidad de la Santa Madre Iglesia, que siendo Virgen casta está desposada con Cristo su úni-

(1) La mayor parte de los datos y noticias, relativos á la beatificación y canonización de Santa Rosa, los tomamos de la vida que escribió de la misma el P. Antonio Lorea.

»co Esposo, siempre tiene continuados gozos en todos
 »los hijos que por la gracia de Dios produce cada día;
 »mas se regocija de un modo inefable y florece en las
 »sagradas vírgenes, que con perpetua emulación de los
 »mejores dones y carismas adornaron con flores de
 »virtudes su pureza virginal. Es justo celebrar acá en
 »la tierra con dignos honores la excelsa gloria de aque-
 »llas que con lámparas encendidas salieron á recibir
 »al Esposo, y entraron con Él á las bodas; para que las
 »que siguen al Cordero á doquiera que va se dignen
 »alcanzar de su Esposo el favor y auxilio divinos á los
 »que estamos en esta vida mortal en continua lucha,
 »con los halagos y tentaciones del siglo. Nos, pues,
 »atendiendo con toda diligencia á este cuidado, por el
 »cual estamos obligados á acudir á la Iglesia Católica
 »por obligación de nuestro oficio Pastoral, de buena
 »gana nos inclinamos á los piadosos deseos de los Re-
 »yes Católicos y de otros fieles cristianos, con los cua-
 »les se promueve en la tierra la veneración de las sier-
 »vas de Dios que reinan en el cielo; así como habién-
 »dolo pensado con madura deliberación, juzgamos que
 »así conviene en el Señor para gloria de Dios Omnipotente, honor de la Iglesia, firmeza de la Religión cristiana, edificación y consuelo espiritual de los fieles.
 »Examinados, pues, y discutidos con mucha diligencia
 »en la Congregación de nuestros venerables hermanos
 »los Cardenales de la santa romana Iglesia, que presi-
 »den á los Sagrados Ritos, los Procesos que se han he-
 »cho con licencia de la Silla Apostólica sobre la santi-
 »dad de vida y virtudes en grado heroico en que se
 »afirma resplandeció de muchos modos la sierva de
 »Dios Rosa de Santa María, virgen de la ciudad de Lima,
 »como también sobre los milagros que Dios obrara por
 »su intercesión; habiendo la sobredicha Congregación
 »que se tuvo en Nuestra presencia, declarado unáni-
 »memente que cuando á Nos pareciese podríamos pro-
 »ceder con toda seguridad á la solemne canonización
 »de la misma sierva de Dios Rosa, según el rito de la

»misma romana Iglesia; y que por ahora se podría conceder que en todo el mundo se la pueda llamar é invocar con el título de BEATA: de aquí es que Nos, por los continuos y encarecidos ruegos de nuestro muy amado hijo en Cristo Carlos Rey Católico de las Españas, y de nuestra muy amada hija en Cristo Mariana Reina viuda su Madre, y por las que se nos han hecho por parte de toda la Orden de Santo Domingo, á los cuales habiéndonos inclinado benignamente, de consejo de los sobredichos Cardenales y unánime asenso suyo, con la Autoridad Apostólica y por el tenor de las presentes CONCEDEMOS que la sobredicha sierva de Dios ROSA de Santa María de aquí adelante sea llamada con el título de BEATA; y su cuerpo y reliquias se expongan á la pública veneración de los fieles, con tal que no les saquen en procesiones; y que sus imágenes se adornen con rayos y resplandores; que su Oficio se rece todos los años con rito doble, y su Misa se celebre de virgen no mártir, según las rúbricas del Misal y Breviario Romano el día 26 de Agosto, por ser el primero desocupado después del día 24 de dicho mes, en el cual entregó su espíritu al Criador; esto, empero, se entiende solamente en los lugares infrascriptos, conviene á saber: en la ciudad y Arzobispado de Lima y en toda la Orden de Santo Domingo, así de Religiosos como de Religiosas; y en quanto á las Misas, pueden gozar de este privilegio los sacerdotes que concurrieren á las dichas iglesias.

»Además de esto concedemos facultad, solamente en el primer año de la Promulgación, que se ha de empezar á contar desde el día de la fecha de estas Letras; y en quanto á las Indias, desde el día que allí llegaren estas mismas presentes Letras, que se publiquen y se celebre dentro de seis meses la solemnidad de esta beatificación en las iglesias de la ciudad y diócesis de Lima y de la Orden de Predicadores, como también en todas las catedrales y metropolitanas de España é Indias, con Oficio y Misa con rito de doble mayor el

»día que fuese señalado por el Ordinario. Mas en Roma damos licencia que se pueda celebrar dicha festividad dentro de dos meses en la iglesia de Santiago, que es de la nación española, con tal que primero se haya celebrado en la Basílica del Príncipe de los Apóstoles; no obstante las Constituciones y Ordenaciones Apostólicas y los Decretos publicados sobre no culto y cualesquier otros en contrario. Queremos á más de esto, que á las copias ó traslados de estas presentes Letras y también á los impresos firmados de mano del Secretario de la dicha Congregación de Cardenales y sellados con el sello del Prefecto de la misma Congregación, se les dé por todos y en cualquier parte la misma fe y crédito, así en juicio como fuera de él, que se diere á las presentes si se exhibiesen ó manifestasen. Dado en Roma en Santa Sabina, debajo del Anillo del Pescador, á 12 de Febrero de 1668. En el primer año de nuestro Pontificado.—JUAN JORGE SHISIO.—BERNARDINO CASALIO, *Secretario de la Sagrada Congregación de Ritos*.—Lugar del sello del dicho Eminentísimo Señor Cardenal Prefecto.»

A la gracia de la Beatificación añadió Clemente IX otras muchas; como fueron dar licencia para que se celebrasen fiestas solemnes no sólo en todo el reino del Perú sino también en todas las iglesias catedrales de España y de las Indias y conceder indulgencia plenaria para el día en se celebrara la fiesta de la Beatificación en cualquiera de las iglesias sobredichas.

Tomó tan á su cargo el embajador en este negocio las diligencias, que la reina de España le había encargado, que no omitió cosa alguna que entendiéndose conducía á este fin. Y Su Santidad, inclinado á sus ruegos, concedió que el primer año en que se celebrase la Beatificación en todos los conventos de la Orden de Predicadores, así de religiosos como de religiosas, se celebrase con octava solemne, cuyo decreto se despachó á 8 de Febrero de 1668, firmado por Marcio Obispo Portuense, Cardenal Cinetto, y refrendado por Bernardino

Casalio, Secretario de la Sagrada Congregación de Ritos.

Se dispuso que se celebrase la fiesta solemne de la Beatificación en Roma el día 15 de Abril de 1668, en la iglesia de los apóstoles San Pedro y San Pablo, la que por las colgaduras, pinturas, decorado, abundancia de adornos y de luces, y asistencia de príncipes y de pueblo, fué una de las más lucidas, que ha presenciado la capital del mundo cristiano.

Estando dispuesto todo y llegada la hora, Monseñor Febeo, Comendador de Santispiritus, Prelado doméstico de Su Santidad, Consultor de la Sagrada Congregación de Ritos y Arzobispo de Tarso, á quien convidó el Cabildo de San Pedro para celebrar la misa solemne, vestido con Dalmática, y asistido de dos señores Canónigos, vestidos de diácono y subdiácono, precediendo la cruz de aquella iglesia, y todo el clero de ella salió de la sacristía en procesión é hizo adoración al Santísimo Sacramento, ante quien, en la capilla mayor estaban pendientes seis lámparas de plata de mucho valor. Se hallaban en ellas las armas de Su Santidad y de la ciudad de Lima, y en cada una entallada la efigie de la Beata Rosa, debajo de la cual había una inscripción latina, que traducida en español decía: «La Beata Rosa de Santa María, nacida en Lima á veinte de Abril de mil quinientos y ochenta y seis, murió en la misma ciudad año de mil seiscientos y diez y siete. Beatificada por Clemente IX año de mil seiscientos y sesenta y ocho.»

Habiendo hecho adoración al Santísimo Sacramento, fué el celebrante al altar de los apóstoles San Pedro y San Pablo, y habiendo adorado las santas reliquias, pasó al presbiterio, se inclinó profundamente delante del altar donde se celebraba la Beatificación, que estaba todo cubierto de riquísimos brocados de plata; y en el frontal, con primorosas flores, lazos y recamados, y en medio de ellos, en una tarjeta, la imagen de Santa Rosa, de mucho primor y coste. De allí pasó al lado de

la epístola, donde se sentó en un rico dosel, dispuesto para eso.

Al lado del Evangelio, en asientos cubiertos de preciosos tapices, se sentaron los señores Cardenales de la Sagrada Congregación de Ritos; y cerca de ellos, en lugares más bajos, los consultores de la misma Congregación; más abajo los Reverendísimos Generales de las Religiones, convidados por el Rmo. P. Maestro Fr. Juan Bautista de Marinis, General de Predicadores, que también asistió con ellos.

Habiendo tomado sus asientos, Monseñor Casalio, Secretario de la Sagrada Congregación de Ritos, precediéndole uno de los Maestros de ceremonias del cabildo, se puso ante el señor Cardenal Gineti, Prefecto de la misma Congregación. Y al mismo tiempo precedidos de otro Maestro de ceremonias, se presentaron ante su Eminencia el Rmo. P. Maestro Fr. Pedro María de SEXTULA, Procurador de la Orden y el M. R. P. Mtro Fr. Antonio González, como Procurador especial de esta causa; y exhibiendo el Breve de la Beatificación, con toda reverencia le pusieron en mano del mismo señor Cardenal Prefecto, suplicándole se sirviese de ordenar que se le diese cumplimiento. El Breve y súplica traducidos son como sigue:

«Vistos en esta Sagrada Congregación de Ritos, los
»méritos de la Bendita Sierva de Dios Rosa de Santa
»María, de la Orden de Santo Domingo, nacida y falle-
»cida en la ciudad de Lima, en el Reino del Perú, de las
»Indias Occidentales; y habiendo constado de su santi-
»dad de vida y virtudes teologales y cardinales, y de mu-
»chos milagros que la Omnipotencia de Dios, después
»de su muerte, ha obrado por su intercesión; la misma
»Sagrada Congregación determinó que con seguridad
»se pueda proceder hasta su solemne Canonización,
»cuando al Santísimo Padre le pareciere; y en el ínterin
»conceder que se llame Bienaventurada. Y á instancia
»del rey católico Don Carlos II y de la reina Doña Maria-
»na de Austria, el Santísimo Padre por su benignidad

»y por su Breve dado á los 12 de Febrero de este año de 1668, concedió que se pueda nombrar y nombre Bienaventurada, y como á tal se le dé culto y veneración. »Por lo cual yo, como Procurador de dicha Orden, humildemente suplico á V. Eminencia, como su Prefecto, »mande que todo ello se ponga en debida ejecución, para mayor honra de Dios y de su sierva.»

Recibió su Eminencia el Breve, y por mano del Secretario Casalio le remitió á la de Monseñor el Cardenal Barberini, para que como Arcipreste de aquella iglesia se supusiese en ella en ejecución. Y obtenido el consentimiento de su Eminencia, sin detención se efectuó en esta forma.

En un púlpito, dispuesto para este objeto, se puso uno de los abades de San Pedro, y en voz alta leyó el Breve, estando presente á este acto el notario de la Sagrada Congregación de Ritos. Después de esto, Monseñor Febeo, celebrante, dejó el dosel y acompañado del diácono y subdiácono, vino al altar é inclinado y dejando la mitra, entonó el himno, *Te Deum laudamus*, que prosiguieron los cantores. Al entonar el himno se corrieron los velos de las cinco imágenes de la Beatificada, que estaban puestos de pintura en el altar, en diversos sitios, cada una con una representación de una particularidad de su vida; los cuales al mismo tiempo adoraron de rodillas el celebrante y ministros, los señores Cardenales, Prelado, clero y todo el pueblo, que era innumerable. Al mismo tiempo se corrió el velo á la imagen de la Beatificada, que estaba puesta sobre la puerta mayor y principal del frontispicio. En señal de universal gozo se oyeron en la plaza y contorno de la iglesia de San Pedro gran número de clarines, trompetas y cajas, haciendo salvas multitud de bombardas, morteretes y más de trescientas piezas de artillería del castillo de Sant-Angel y otros puestos de Roma. Correspondieron á ellas, con buen orden, otros tantos cañones y medias piezas, trabucos é infinita mosquetería y arcabucería, que estaba en puestos señalados de la

ciudad; como en la plaza de Santiago de los Españoles, la Minerva, convento principal y corte de la Orden, San Sixto, Santa Sabina, y en los conventos de religiosas de Santa Catalina, de la Magdalena y de la Humildad.

Acabado el *Te Deum* y dicho el versículo *ora pro nobis Beata Rosa*, dijo el celebrante la oración de la Beatificada, subió á la tarima del altar y turificó la imagen; y volviéndose con los ministros al dosel, se vistió riquísimos ornamentos de Pontifical para celebrar la misa; donde, desde que consagró, hasta consumir, asistió al Santísimo Sacramento la familia del señor Embajador de España, con hachas encendidas y vestidos de costosas galas.

Entre tanto el Padre Procurador de la causa repartió á los señores Cardenales allí presentes la copia del Breve, el epítome de la vida de la Beata Rosa y sus imágenes impresas en raso con rica guarnición de oro y plata; y otras tejidas en seda y guarnición de plata ú oro, se fueron también repartiendo á los señores consultores de la Sagrada Congregación, y á todos por su orden, según dijimos, habían tomado los asientos. Acabada esta distribución, se dió principio á la Misa solemne, que fué del común de una virgen no mártir, y acrecentó la alegría espiritual la benignidad del Santísimo Padre, con una indulgencia que concedió á todos los que aquel día visitasen la iglesia, habiendo confesado y comulgado ó asistiesen á la Misa de la beatificación.

Es indecible el gran concurso del pueblo que se halló en San Pedro, así por la mañana á gozar de la solemnidad, como á la tarde á oír las vísperas y reverenciar las imágenes de la beatificada, que todo el día estuvieron expuestas á la veneración y adoración. Quiso Su Santidad, además de haber concedido este favor, dar ejemplo á sus ovejas, y fué por la tarde en persona á visitar la iglesia de San Pedro, acompañando á Su Santidad tan gran número de cardenales, príncipes, prelados

y caballeros, que jamás se vió en Roma concurso tan grande ni tan calificado.

La nobleza y pueblo tuvieron cristiano y devoto empeño en celebrar y reverenciar con tiernos y fervorosos afectos la imagen de la Beata Rosa, concurriendo cada uno á honrarla como cosa suya propia, atrayendo á sí la Santa los corazones de todos. Continuó por la tarde del mismo domingo esta misma alegría con luminarias, fuegos, cohetes y regocijos en la plaza de Santiago de los Españoles, en la Minerva y demás conventos de la Orden, entrando toda la Corte romana á la parte, así del festejo como del gozo.

Llegó á España la noticia de la beatificación; y como coincidieron en nuestra patria la noticia de Rosa y de su beatificación, es indecible el regocijo que causó en los corazones de los españoles. Y como la rosa tiene con nuestro corazón esta simpatía natural, que mirada entre todas las flores, ella con tanta fuerza arrastra á sí nuestros afectos y nos dejamos llevar de su agrado, sin saber en qué consiste esta dulce tiranía; así cautivó su celebridad á toda Europa, y especialmente á toda España; siendo la solemnidad con que se celebró su beatificación tan grande en todas partes, cuanto en muchos siglos antes jamás se había visto.

Quiso la Reina de España que aun en esto se conociese la devoción de su real pecho, y escribió á todas las iglesias de su reino para que con todas demostraciones festejasen esta noticia. La carta es como sigue:

«La Reina Gobernadora.—Por quanto el Reverendo Maestro Fr. Juan Bautista de Marinis, General de la Orden de Santo Domingo, me dió cuenta en carta de 29 de Febrero de este año, que Su Santidad había ordenado se despachase el Breve de la beatificación de la Madre Rosa de Santa María que fué de su Religión y nació y murió en la ciudad de Lima, con Oficio y Misa anual el día 26 de Agosto, en aquella ciudad y diócesis y toda su Religión; queriendo Su Santidad que este primer año, después de la celebridad, que se haría en

«la Basílica de San Pedro el día 15 de Abril se solemnizase en todas las iglesias catedrales de los reinos de España é Indias, suplicóme fuese servida mandar despachar mi real cédula para la dicha ciudad y diócesis de Lima y á los Arzobispos y Obispos de estos y aquellos reinos, remitiéndoles el Breve para que pongan en ejecución lo que Su Santidad ordena, haciendo fiestas públicas. Y al mismo tiempo se representó en el Consejo Real de las Indias, por parte del Maestro Fr. Martín de Pereira, de la misma Orden, Procurador general de la Provincia del Perú, que esta Santa era la primera flor que Dios nuestro Señor había sido servido de plantar en su Iglesia, procedida de aquella gentilidad, hija espiritual de la Orden de Santo Domingo; por haber sido sus hijos de las Provincias de España, los primeros que en compañía de los conquistadores del Perú plantaron en aquellas provincias la fe católica con la predicación evangélica; con que parecía se la había querido dar el cielo á su Religión en premio de este servicio. Suplicándome, que, pues corría por mi cuenta aquella nueva propagación; y de este cuidado había logrado tan copioso fruto, fuese servida de mandar despachar mi real cédula y que se imprimiesen las copias necesarias y firmasen de mi real mano, para que en todas las Indias se tuviese entendida la resolución de la Iglesia. Y habiéndose visto por los del dicho Consejo, juntamente con la Bula original de la beatificación que Su Santidad se sirvió de expedir, su data en Santa Sabina á 12 de Febrero de este año, el decreto para que en todas las iglesias de la Religión de Santo Domingo se celebre con Octavario solemne, que remitió el Maestro Fr. Antonio González, á cuyo cargo ha estado la solicitud de esta causa; y consultádoseme, así lo he resuelto; y por la presente mando á los Virreyes de las provincias del Perú y Nueva España; y ruego y encargo á los Arzobispos y Obispos de las iglesias metropolitanas y catedrales de los reinos y de las Indias, Islas y Tierra

»Firme del mar Océano, que luego que reciban la dicha
 »Bula ó su traslado, pongan en ejecución lo determi-
 »nado por ella, haciendo las celebridades y fiestas que
 »corresponden á la solemnidad del asunto, con el ob-
 »sequio y veneración debida; para que quede radicada
 »en los corazones de los fieles la devoción de la Santa;
 »y por medio de su intercesión se consiga el aumento
 »y exaltación de la fe católica; teniendo entendido que
 »lo que en esto obráredes será para mí de toda grati-
 »tud. Dada en Madrid á 14 de Mayo de 1668.—Yo LA
 »REINA.—Por mandado de su Majestad, *Don Juan del*
 »*Solar.*»

Escribió asimismo su Majestad á las Indias en otra carta particular, y en especial al Excmo. Conde de Lemos, Virrey del Perú, dándole noticia de la buena dicha que gozaba aquel reino. Y como quien bien quiere una cosa, ama y quiere todo aquello que le toca, mostró su Majestad su devoción, no sólo en estas diligencias y otras mucho mayores que referiremos, sino inclinando su grandeza á que á los parientes de la Santa los honrasen y acomodasen, y se labrase en iglesia la casa en que nació y se crió aquella Rosa. La carta es como sigue:

«La Reina Gobernadora.—Conde de Lemos, Virrey,
 »Gobernador y Capitán general de las provincias del
 »Perú. El Marqués de Astorga, embajador en Roma,
 »avisó en carta de 3 de Enero próximo pasado, que
 »cumpliendo con las órdenes que había tenido mías,
 »para solicitar con Su Santidad la beatificación de la
 »Madre Rosa de Santa María, de la Tercera Orden de
 »Santo Domingo, natural de esa ciudad, había seguido
 »esta causa con tanto cuidado y felicidad, que se había
 »conseguido la conclusión de ella, como consta del de-
 »creto que remitta. Y al mismo tiempo se recibió una
 »carta del Maestro Fr. Antonio González, Secretario del
 »General de la misma Orden, que ha tenido á su cargo
 »el solicitar esta beatificación, en que refiere que ha-
 »biéndose hecho relación á Su Santidad de lo que la

»Congregación de Cardenales de los Sagrados Ritos
 »había determinado por el decreto citado, acerca de que
 »podía proceder á la solemne canonización de la Madre
 »Rosa, mandando que entre tanto fuese tenida por Bea-
 »ta en todo el mundo, con Oficio y Misa en esa ciudad
 »y diócesis y en toda su Religión, había recibido la no-
 »ticia con singular benignidad, ordenando se hiciesen
 »sufragios y oraciones para que Dios le alumbrase; lo
 »cual había ejecutado con tan buen efecto, que se le
 »había dado á entender podía prevenirse para el día de
 »San José para el acto solemne que se ha de hacer en
 »la Basílica de los Apóstoles San Pedro y San Pablo,
 »y lo quedaba disponiendo; y suplica que los decre-
 »tos que ha remitido se envíen á esa ciudad, cuya
 »noticia será el día de más consuelo que podían es-
 »perar; y se os encomendase favoreciédeses á los
 »parientes de la Santa, y especialmente á un her-
 »mano suyo que se llama Antonio y cree que está en
 »Condoroma. Y la casa en que vivió, que es pequeña,
 »donde está el jardín en que los árboles se inclinaban
 »á alabar á Dios con la Santa y tuvo continua familia-
 »ridad con el Niño Jesús, con su Madre Santísima, el
 »Patriarca Santo Domingo y otros Santos, la tome la
 »ciudad ó la venda á la Religión, mayormente cuando
 »en esa tierra solo es conocida por su nombre; dicien-
 »do la enseñanza que de esto se seguirá á sus natura-
 »les recientes en la fe; y cuánto conviene que por ha-
 »berla visto y tratado la veneren con conocimiento del
 »lugar en que la ha colocado la Iglesia. Y habiéndose
 »visto por los del Consejo Real de las Indias y consul-
 »tándoseme sobre ello, he resuelto enviaros los decretos
 »tocantes á la dicha beatificación, que recibiréis con
 »este despacho, para que se tenga noticia de ello en
 »esas provincias y por lo que se debe á la celebridad
 »de este acto, mayormente en las Indias, donde tanto
 »conviene exaltar con demostraciones devotas las vir-
 »tudes de la sierva de Dios, para que con este ejemplo
 »se alienten sus habitantes á la imitación. Os ordeno

»y mando dispongais que en esa ciudad se haga una fiesta en hacimiento de gracias á Nuestro Señor por esta beatificación, asistiendo vos á ella y á la que hiciera la Religión de Santo Domingo. Y atendiendo á la buena memoria de la Santa, os encargo que acomodeis y favorezcáis á sus deudos, conforme á su esfera, y también hareis se ejecute lo que propone Fray Antonio González, en cuanto á la casa en que vivió, disponiendo la tome á su cuidado la ciudad ó la venda á su Religión, para que se ponga con la veneración y decencia que se debe. Y de lo que en razón de esto executáredes me daréis cuenta en el dicho Consejo. Fecha en Madrid á 9 de Marzo de 1668.—Yo LA REINA.—Por mandado de su Majestad, *Don Juan del Solar.*»



CAPÍTULO XI

Llega á Lima la noticia de la Beatificación de Santa Rosa; pónense en ejecución los decretos de la Reina, y favores que hace el Sumo Pontífice.

No necesitaban mucho preceptos de la reina los moradores de Lima para ejecutar lo que su Majestad les había mandado; pero uniéndose el mandato á su voluntad, luego al punto dispusieron que quedara convertida en iglesia la casa en que vivió Rosa. No se publicaron las noticias de la Beatificación, hasta haberse dedicado la casa á Rosa; ó si llegaron, no se hicieron notorias, para que al mismo tiempo qua celebraban á Rosa en la iglesia, alabasen todos á Dios en su casa, por las maravillas que en ella obró.

Siempre tuvo atención la ciudad de Lima á la casa en que nació Rosa; siempre miró aquellas paredes con veneración, como testigos de vista de tantas visitas de Cristo nuestro Señor y de su Madre, con que favorecieron á su querida hija y esposa. Convinieron,

»y mando dispongais que en esa ciudad se haga una fiesta en hacimiento de gracias á Nuestro Señor por esta beatificación, asistiendo vos á ella y á la que hiciera la Religión de Santo Domingo. Y atendiendo á la buena memoria de la Santa, os encargo que acomodeis y favorezcáis á sus deudos, conforme á su esfera, y también hareis se ejecute lo que propone Fray Antonio González, en cuanto á la casa en que vivió, disponiendo la tome á su cuidado la ciudad ó la venda á su Religión, para que se ponga con la veneración y decencia que se debe. Y de lo que en razón de esto executáredes me daréis cuenta en el dicho Consejo. Fecha en Madrid á 9 de Marzo de 1668.—Yo LA REINA.—Por mandado de su Majestad, *Don Juan del Solar.*»



CAPÍTULO XI

Llega á Lima la noticia de la Beatificación de Santa Rosa; pónense en ejecución los decretos de la Reina, y favores que hace el Sumo Pontífice.

No necesitaban mucho preceptos de la reina los moradores de Lima para ejecutar lo que su Majestad les había mandado; pero uniéndose el mandato á su voluntad, luego al punto dispusieron que quedara convertida en iglesia la casa en que vivió Rosa. No se publicaron las noticias de la Beatificación, hasta haberse dedicado la casa á Rosa; ó si llegaron, no se hicieron notorias, para que al mismo tiempo qua celebraban á Rosa en la iglesia, alabasen todos á Dios en su casa, por las maravillas que en ella obró.

Siempre tuvo atención la ciudad de Lima á la casa en que nació Rosa; siempre miró aquellas paredes con veneración, como testigos de vista de tantas visitas de Cristo nuestro Señor y de su Madre, con que favorecieron á su querida hija y esposa. Convinieron,

pues, los moradores de Lima en que sólo su Majestad había de ser dueño de ella, pues tantas veces en ella le había visto Rosa; así que la destinaron para iglesia y para las solemnidades del sagrado culto.

Tan grande como la devoción que la ciudad de Lima tenía á su hija, tanto sentía no verla puesta por el Sumo Pontífice en el coro de las sagradas vírgenes. En orden á esto no reparó en gastos, y si fuera necesario dar sus corazones, los hubiera dado con la misma facilidad y alegría que dió sus intereses. Tal es la devoción de los del Perú á su santa; y no es mucho que así la quieran siendo tan estimada y venerada en todo el orbe cristiano.

Quiso nuestro Señor premiar su devoción y la nuestra haciéndola incribir en el catálogo de los bienaventurados. Llegó la nueva de su Beatificación á Lima á 18 de Enero de 1669 con la Bula y cédula de la reina. Alegres con tal noticia los habitantes de la Ciudad de los Reyes, lo manifestaron, apenas llegó á sus oídos, echando á vuelo todas las campanas de la santa iglesia catedral, de las parroquias y conventos.

Fomentaron sobre manera este regocijo general con su entusiasmo y su ejemplo las dos cabezas del reino, que eran; en el orden secular el Excmo. Sr. Conde de Lemos, virrey del Perú, que hermanando la devoción á la santa con la grandeza de su espíritu y nobilísima sangre, la festejó, como si la santa fuera su hija; y en el estado eclesiástico, el Illmo. Sr. D. Pedro de Villagómez, sobrino de Santo Toribio de Mogrovejo, á quien sucedió en la dignidad de Arzobispo de Lima, y en la devoción á Santa Rosa.

Diversas consultas hubo en señalar el día para la publicación de la Bula. No hubo tribunal que no tuviese en esto sus conferencias. Quizá por disposición soberana jamás se venía á un acuerdo definitivo; y para cada día que se señalaba se hallaban ocupaciones é inconvenientes. Después de muchas deliberaciones se escogió el día de Santa Catalina de Sena, á 30 de Abril;

con lo que parece que quiso nuestro Señor honrar á esta seráfica virgen, para que en esta ocasión fuese, en cierto modo, madrina de su hija Rosa, la que con tanto afán había procurado imitarla; y cuyo cuerpo estaba en su capilla, como hija querida en casa de su madre.

De la iglesia de Santo Domingo se llevó en procesión la tarde antes la Bula á la catedral donde había una imagen de la santa, de bulto, con un arco de vistosas flores. Púsose en el altar mayor, estando adornada la capilla con cirios, blandones y ricas alhajas de plata; las paredes con ricas colgaduras de terciopelo carmesí con franjas de oro; á lo que añadidos los perfumes olorosos, la fragancia del incienso y la dulzura de los instrumentos músicos, la capilla parecía convertida en antecámara del paraíso.

De palacio pasó á la catedral el Excmo. Sr. Conde de Lemos, Virrey, acompañado de la real Audiencia, tribunales y cabildo secular. Cantáronse visperas solemnes, vestido de Pontifical el Illmo. Sr. Doctor D. Pedro de Villagómez, su Arzobispo.

Siguióse la noche, que pareció día en las luces que ardieron, hasta en las calles más retiradas.

Al día siguiente, que fué Santa Catalina de Sena, acudió á la iglesia catedral innumerable concurso de gente, para ver lucir en el altar de la iglesia y en público á su Rosa, que siempre vivió tan retirada. Predicó en este día el Maestro Fr. Juan de Isturizarra, de la misma Orden.

Por la tarde volvieron la Bula al convento de Santo Domingo en procesión, con el mismo acompañamiento, estando las calles adornadas con altares y vistosos arcos de ramaje.

Después de haber dejado la Bula en el convento de Santo Domingo, se llevó en procesión la imagen de la santa á la casa donde nació y vivió; y por entonces cesaron las fiestas, hasta que se dió principio á ellas á diecinueve de Agosto con tanto gasto, lucimiento, autoridad y variedad, que pocas veces se habrán visto

los santos honrados con festejos públicos tan solemnes.

Parece que el Sumo Pontífice Clemente IX se había empeñado en honrar á su Rosa, pues los favores que la había hecho no indicaban otra cosa, que la grandísima devoción que la profesaba. Quizá tuviera ésta principio en un caso que parece providencial y que le aconteció poco antes de ser elegido Sumo Pontífice.

Estando los Eminentísimos Cardenales para entrar en cónclave, el que después fué Clemente IX se llevó consigo dos libros para entretenerse mientras estuviera encerrado, hasta que llegara el momento de la elección de Sumo Pontífice. Tenía en diversos idiomas los que se habían dado á la estampa de la vida de la santa; tomó dos de ellos, y estando en el cónclave quiso ver uno, y halló que era de la vida de la santa. Arrimóle á un lado, tomó al otro, y hallando ser el mismo, le dejó con algún sinsabor. En este tiempo entró el Cardenal Barberini á verle, y entre otras cosas le dijo estaba acabando de leer un libro, que se lo enviaría, y gustaría mucho de leerle. No le dijo qué contenía el libro; enviósele, y viendo que también era de Santa Rosa concibiendo en su imaginación un pensamiento, como profético de lo que sucedió, dijo para sí: si yo soy Papa, sin duda tiene Dios reservada la Beatificación de esta su esposa, para que yo sea su instrumento. Entraron en escrutinio y salió electo Sumo Pontífice; y al punto que se coronó, puso manos á la obra en el asunto de la Beatificación; y después de llevada á cabo hizo tan singulares favores y tan extraordinarios, que jamás se han oído otros como ellos en tal circunstancia.

Escribióle la reina, y á su instancia hizo extensión del rezo á todas las Indias, con el rito doble á todo el clero, así secular como regular de todas las religiones, en todos los reinos de América; despachó para ello su decreto en Santa María la Mayor, á 14 de Setiembre de 1668, refrendado por Juan Jorge Slusio.

Este favor que Su Santidad hizo, le acompañó la rei-

na, remitiéndole á las Indias, con su cédula firmada de su real mano, cuyo tenor es este:

«La Reina gobernadora.—Por cuanto la Santidad de Clemente IX, atendiendo á las instancias y deseos del rey Don Carlos, mi hijo y mías, acerca del aumento espiritual de los habitantes de las Indias, por medio de la intercesión de la Bienaventurada Rosa de Santa María, que fué de la Tercera Orden de Santo Domingo, natural de la Ciudad de los Reyes, ha sido servido de despachar Breve, su data en Roma á 14 de Noviembre de 1668 concediendo la extensión del Oficio doble y Misa anual de la bienaventurada Rosa, para el clero universal, secular y regular de todas las Indias Occidentales, cuya copia es la incluida; y porque conviene tenga cumplido efecto, por la presente ruego y encargo á los Arzobispos y Obispos de las iglesias metropolitanas y catedrales de todas las Indias Occidentales, islas y tierra firme del mar Océano, que cada uno en su diócesis hagan se cumpla y ejecute precisa y puntualmente lo contenido en dicho Breve, sin permitir se contravenga á ello en manera alguna. De Madrid á 11 de Marzo de 1669.—YO LA REINA.—Por mandado de Su Majestad, Don Juan de Solar.»

Conoció el Rmo. Maestro Fr. Juan Bautista de Marinis, los favores tan singulares que Su Santidad hacía á la Religión; y tomando de ellos ánimo le suplicó se sirviese de conceder rezo con octava á todo el clero, así seglar como de religiosos y religiosas de todas Ordenes, en todos los reinos del Perú é Indias. Concediólo Su Santidad, como consta de su Breve despachado á 18 de Octubre de 1668, firmado por Marcio, Obispo Portuense, Cardenal Ginetto, y refrendado por Bernardino Casalio, Secretario de la Congregación.

A 12 de Enero de 1669, concedió se pusiera á Rosa en el Martirologio Romano, con estas palabras: *Limæ in Regno Peruano Beatæ Rosæ de Sancta Maria, Virginis Tertii Ordinis Sancti Dominici.*

Después de haberla el Santísimo Padre Clemente IX

declarado por Bienaventurada, y Rosa fragante en el jardín de los bienaventurados, llegó la noticia á Inglaterra, ciega por las tinieblas de sus errores, fría y destemplada con el hielo de su pertinacia. La serenísima reina Doña Catalina, como tan católica, escribió á Su Santidad para que la hiciese participante de la fragancia de esta Rosa, cuya vida pròdigiosa se ponderaba en aquellos reinos y cuyos hechos gloriosos se repetían y conmemoraban; tanto para dulzura de los corazones, como para admiración de su prodigiosa vida. Y Su Santidad dando gracias á nuestro Señor, por haber puesto en su Iglesia Rosa que así florecía en aquel reino rebelde á Dios y apóstata de su Iglesia, y que su crédito resplandecía entre los ingleses; como piadoso Padre concedió á la Reina su petición, y satisfizo á su deseo concediéndola que en su capilla, que por concesión apostólica tenía para sí y para sus domésticos católicos, se pudiera celebrar misa de Santa Rosa. Escribióla Su Santidad una carta, cuyo tenor es éste:

«A nuestra hija carísima en Cristo Catalina, Reina ilustre de la Gran Bretaña.—CLEMENTE PAPA IX.—
«Amada hija nuestra en Cristo, salud y bendición Apostólica.—La esclarecida piedad de Vuestra Majestad para con Dios, unida con singular celo de la fe católica y con la devoción á Nos y á esta Santa Silla, se merece que en cuanto podemos con Nuestro Señor atendamos á vuestras piadosas súplicas, que se encaminan á aumentar en la tierra la veneración de los bienaventurados que reinan con Dios en los cielos. Y en días pasados habiendo Nos concedido con autoridad Apostólica que la sierva de Dios, Rosa de Santa María, virgen, natural de Lima, Religiosa de la Tercera Orden de Santo Domingo, sea llamada con nombre de Bienaventurada y que su Oficio se rece con rito de oficio doble y su Misa se celebre de una virgen no mártir, según las rúbricas del Breviario y Misal Romano, todos los años el día 26 de Agosto, que es el primer día no impedido después del día 24 del mismo mes, en

«el que entregó su espíritu en manos de su Criador, según más largamente consta de nuestras Letras, que en forma de Breve despachamos para este efecto el día 12 de Febrero de 1668, cuyo tenor y forma queremos que según en él está, aquí se entienda inserto; habiéndosenos suplicado, en nombre de Vuestra Majestad, y hecho saber que desea instantísimamente que el Oficio y Misa de la sobredicha bienaventurada Rosa se pueda rezar y celebrar en vuestra Real Capilla, en la cual, con licencia de la Silla Apostólica, se celebra el sacrosanto sacrificio de la Misa, para que así se acuda á vuestro consuelo espiritual y á la edificación de los católicos que viven en ese reino; Nos, gustando mucho de asentir á los piadosos y devotos deseos de Vuestra Majestad, con afecto paternal, é inclinándonos á las súplicas que humildemente se nos han hecho en vuestro nombre, por autoridad Apostólica y por el tenor de las presentes concedemos á Vuestra Majestad que podais hacer celebrar y rezar en vuestra Real Capilla libre y lícitamente, el Oficio y Misa de la sobredicha bienaventurada Rosa; con tal que se guarde la forma y disposición de nuestras Letras Apostólicas mencionadas arriba, no obstantes todas y cualesquier cosas en contrario que en las sobredichas Letras declaramos no obstar y asimismo todo aquello que en contrario hubiere. Dada en Roma, en Santa Sabina, bajo el Anillo del Pescador á 26 de Febrero de 1669, año segundo de nuestro Pontificado.—Juan Jorge Stusio.»

Junto con esta carta despachó Su Santidad el Breve que empieza *Coelstes Ecclesiae thesauros*, dado en Santa Sabina, el mismo día en que concede Jubileo plenísimo y remisión de todos sus pecados á los cristianos de ambos sexos que verdaderamente contritos, habiéndose confesado y recibido la sagrada Comunión, visitaren la sobredicha Real Capilla y allí rogaren á Nuestro Señor por la concordia de los príncipes cristianos, extirpación de las herejías y exaltación de la Santa Madre Iglesia, el día 26 de Agosto, en que se celebra la

fiesta de Santa Rosa, la cual indulgencia y privilegio concedió por veinte años. Con este favor atendió Su Santidad á los piadosos ruegos de aquella Reina y á la devoción de los católicos de aquel desdichado reino; para que se vea lo que ha querido Dios ensalzar á esta Rosa y hacer que este grano de mostaza crezca como árbol que extiende sus ramas por todo el universo, acudiendo á él las aves de todas partes á buscar nido en su devoción y ampararse con su protección.

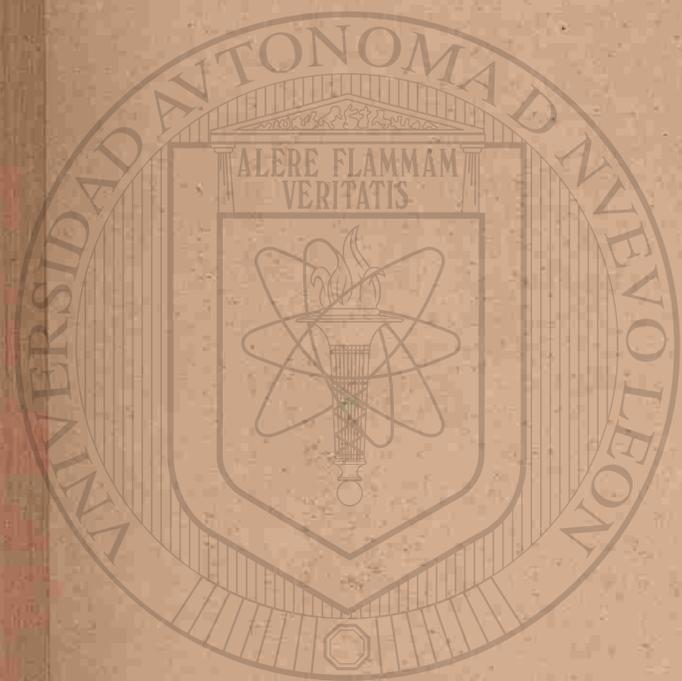
Luego que se celebraron las fiestas de su beatificación, se trató de hacerle oficio y misa propia, pues hasta allí se habían rezado los de una virgen no mártir. Y para asemejarla en todo con la Seráfica virgen Santa Catalina de Sena, se le dió el Evangelio de su fiesta, *Simile est Regnum Coelorum grano sinapis* del cap. 13 de San Mateo.

No contento Su Santidad con los favores referidos, extendió aún más la mano de su largueza en orden á honrar á la bienaventurada Rosa. A este fin escribió á Lima, patria afortunada de nuestra Santa, una carta, en que no se sabe que admirar más, si las alabanzas que tributa á la virgen y á sus afortunados paisanos, ó el modo con que lo hace. No podemos resistir á la tentación de copiarla, y es como sigue:

«A nuestros amados hijos los Gobernadores y Cabildo de la ciudad de Lima.—CLEMENTE PAPA IX.—
 «Amados hijos, salud y bendición Apostólica. En todos tiempos y lugares somos advertidos y se nos hace notar cuán flacos, inciertos y poco felices son los pensamientos y juicios de los hombres en investigar las cosas; para que de aquí lleguemos á conocer por necesidad el grande beneficio que Dios nos ha hecho con el conocimiento de las verdades que se ha dignado revelarnos. Pero singularmente la misma región que habitais nos da un ejemplo bien palpable de la ignorancia de los hombres. ¿Cuántos entre los antiguos, y aun antes de los últimos descubrimientos no hubo entre los sabios modernos que no hayan asegurado, y según



ESTATUA QUE REPRESENTA Á SANTA ROSA, REGALADA POR EL PAPA CLEMENTE IX Á LOS DOMINICOS DE LIMA.

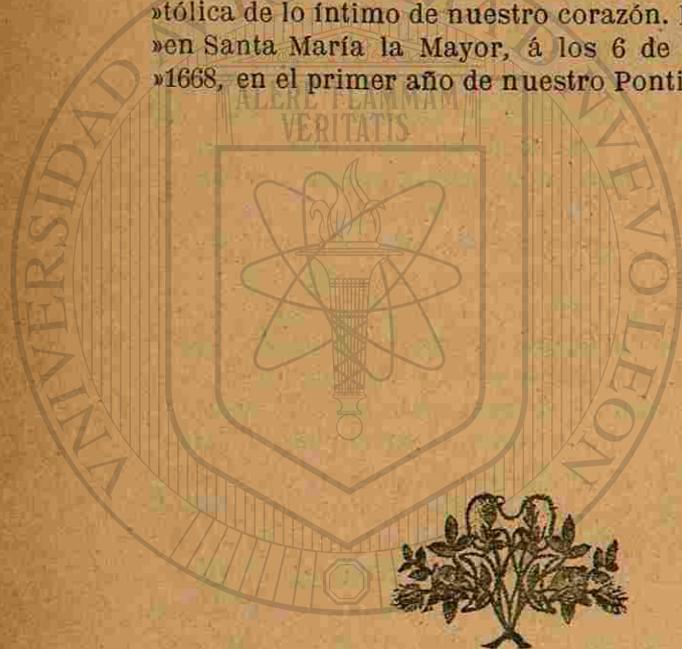


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

»su modo de ver con toda razón y no menor seguridad,
»que debajo de los ardores de la zona tórrida no podía
»haber habitantes, y que no hayan tenido por insensa-
»tos á algunos pocos que pensaban al contrario? ¿Quién
»hubiera buscado en tierras inhabitables y abrasadas
»por los ardientes rayos del sol, Rosas que acompañan
»la primavera? Sin embargo esto es hoy á todos pa-
»tente, y nadie se admira; pues entrambas cosas son
»una verdad palpable. Veis aquí á vuestra Rosa, ó mejor,
»también nuestra, que despidé celestes fragancias de
»heroicas virtudes y está adornada con rayos de luz ce-
»lestial; y no aparentes, sino verdaderos y aprobados
»con la verdad firme é indudable de insignes y verdade-
»ros milagros, á quien inspirados de lo alto hemos po-
»co ha decretado los honores de la beatificación, y á la
»cual, después de la declaración del oráculo Apostólico
»recibida con incomparable alegría de todos los fieles,
»veneran con el culto que se debe á los bienaventura-
»dos que están gozando de Dios en la patria celestial,
»no sólo la ciudad de Roma con espléndidas fiestas y
»regocijos, sino también los fieles, alegres á la par que
»compungidos, de todos los pueblos de Europa; deseán-
»do Nos en gran manera tributarle mayores honores,
»si fuere tal el divino beneplácito, cuando para esto se
»nos rogare. Y así, amados hijos, os damos el parabién
»por estas primicias tan excelentes de este campo del
»Señor, el cual Nos habiéndolo experimentado tan fér-
»til y lleno de buenas esperanzas, procuraremos con
»sumo cuidado y solicitud que se cultive con mayor
»esmero y produzca frutos en mayor abundancia con
»la ayuda del Señor, en cuanto dependa de la Autoridad
»de esta Santa Sede y de Nuestro amor paternal. Entre
»tanto dirigiéndonos á este objeto hemos concedido
»muchas gracias, y á más de esto enviamos algunos
»regalos, de todo lo que os hará larga relación nues-
»tro amado hijo Antonio González, de la Orden de Pre-
»dicadores, que enviasteis á esta ciudad como Procu-
»rador de la causa de la Beata Rosa, el cual con su pie-

»dad, fe y diligencia ha cumplido perfectamente con lo
 »que pertenecía á su oficio. Por lo demás, á vosotros,
 »muy amados hijos, tanto á los de ese Cabildo muni-
 »cipal como al eclesiástico, y también á todos los fie-
 »les del estado secular, á los cuales abrazamos muy
 »amorosamente en el Señor, damos la bendición Apos-
 »tólica de lo íntimo de nuestro corazón. Dado en Roma
 »en Santa María la Mayor, á los 6 de Noviembre de
 »1668, en el primer año de nuestro Pontificado.»

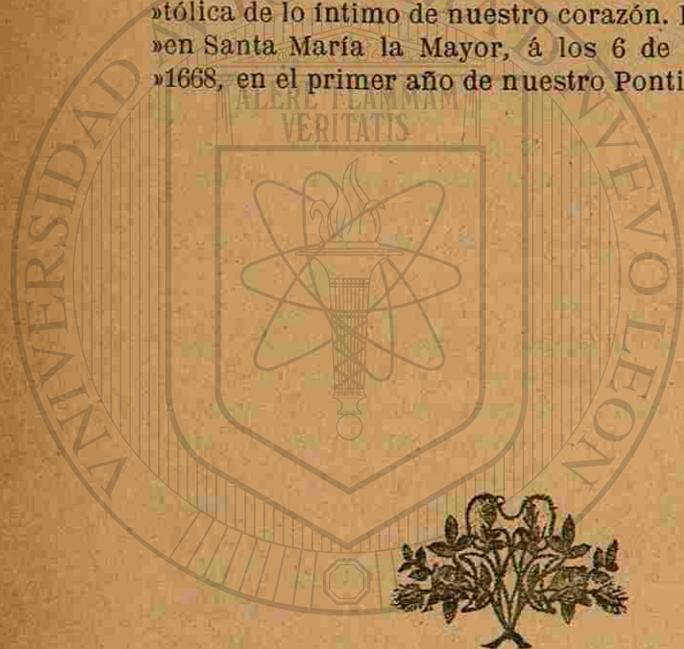


CAPÍTULO XII

Elección de la bienaventurada Rosa en principal Patrona de la ciudad de Lima y reinos del Perú.

Pasó Rosa de esta presente vida á los gozos eternos, y habiendo expirado, quedó con los ojos abiertos, como si no estuviera difunta, y como para dar á entender que no había de apartar la vista de su amada patria y paisanos. Este patrocinio ya le manifestó el cielo cuando hizo Nuestro Señor revelación de estar Rosa rogando á su Majestad mirase con ojos de piedad y amparase á su querida Lima. Y al mismo tiempo que aquella ciudad la quería jurar por Patrona, ya la Reina de España había con su devoción y afecto prevenido á los que más les tocaba, por ser naturales de su tierra. Pues como si la Santa hubiera sido hija suya y fuera empeño de su real corazón aumentar el culto y glorias de la bienaventurada Rosa, así fueron todos sus cuidados el festejarla y que la Santa fuera Patrona de aquellos reinos; para que con su intercesión y asistencia desde el cielo cuide de la tierra que la vió nacer.

»dad, fe y diligencia ha cumplido perfectamente con lo
 »que pertenecía á su oficio. Por lo demás, á vosotros,
 »muy amados hijos, tanto á los de ese Cabildo muni-
 »cipal como al eclesiástico, y también á todos los fie-
 »les del estado secular, á los cuales abrazamos muy
 »amorosamente en el Señor, damos la bendición Apos-
 »tólica de lo íntimo de nuestro corazón. Dado en Roma
 »en Santa María la Mayor, á los 6 de Noviembre de
 »1668, en el primer año de nuestro Pontificado.»



CAPÍTULO XII

Elección de la bienaventurada Rosa en principal Patrona de la ciudad de Lima y reinos del Perú.

Pasó Rosa de esta presente vida á los gozos eternos, y habiendo expirado, quedó con los ojos abiertos, como si no estuviera difunta, y como para dar á entender que no había de apartar la vista de su amada patria y paisanos. Este patrocinio ya le manifestó el cielo cuando hizo Nuestro Señor revelación de estar Rosa rogando á su Majestad mirase con ojos de piedad y amparase á su querida Lima. Y al mismo tiempo que aquella ciudad la quería jurar por Patrona, ya la Reina de España había con su devoción y afecto prevenido á los que más les tocaba, por ser naturales de su tierra. Pues como si la Santa hubiera sido hija suya y fuera empeño de su real corazón aumentar el culto y glorias de la bienaventurada Rosa, así fueron todos sus cuidados el festejarla y que la Santa fuera Patrona de aquellos reinos; para que con su intercesión y asistencia desde el cielo cuide de la tierra que la vió nacer.

Pidió su Majestad al Sumo Pontífice esta gracia por medio de su Embajador el Marqués de Astorga; y aunque había en contrario los decretos de Urbano VIII, en que piden haber de estar canonizado el Santo á quien se hubiere de elegir por Patrono, como Su Santidad dice, los méritos grandes de los Católicos Reyes de España y la piedad singular de la Reina hacia aquella Santa Silla, fueron razones para que á su instancia se dispensase en este caso y se concediese el Breve, declarándola por Patrona principal de la Ciudad de los Reyes y ciudades del Perú, dando por día de fiesta de precepto su día en aquellos reinos y que su fiesta se celebre perpetuamente con el rito de Patrono principal. El Breve de Su Santidad es como sigue:

«Clemente Papa IX. — Para perpetua memoria. — Cuando lo exige nuestro Ministerio Apostólico de buena gana favorecemos los deseos de los Reyes Católicos, que por muchos conceptos han merecido bien de la Iglesia de Dios, con los cuales se fomenta la devoción y piedad de los pueblos cristianos hacia los bienaventurados moradores del reino celestial, así como juzgamos en el Señor que es conducente al consuelo espiritual y amparo de los mismos pueblos. Habiendo, pues, Nós por nuestras Letras, asimismo en forma de Breve, con fecha del 12 de Febrero del año próximo pasado, puesto con nuestra Autoridad Apostólica en el número de los Bienaventurados según el rito de esta Santa Sede á la Beata Rosa de Santa María, natural de Lima, de la Tercera Orden de Santo Domingo, que brilló adornada de muchas virtudes, y determinado y concedido otras cosas á honor y veneración de la misma Beata Rosa, como es de ver en las mismas Letras; y como por parte de nuestro carísimo en Cristo hijo Carlos Rey Católico de las Españas, y de nuestra carísima en Cristo hija Mariana Reina viuda, su madre, por medio del amado hijo, noble varón el Marqués de Astorga, embajador que al presente es del mismo Rey Carlos en esta corte cerca de Nós y de la dicha Sede, se nos haya sig-

nificado que el mismo Rey Carlos y la Reina Mariana desean en gran manera que la misma Beata Rosa sea elegida y declarada por Patrona más principal de la ciudad de Lima ó de los Reyes y de todo el reino del Perú, para que así vaya en aumento la veneración hacia la misma Beata Rosa, á quien el celestial Esposo engalanó con tantas joyas de dones celestiales, adornó con tantas flores de virtudes y llenó con la fragancia de sus preciosos aromas, la cual se esparció por tantas partes, que mereció ser la primera que de los siervos de Dios que han producido las Indias Occidentales fuese honrada con el honor de culto público; y para que por su intercesión esperen los pueblos de aquellas partes un patrocinio tanto más poderoso, cuanto los mismos pueblos procuraren honrarla y venerarla con más intensa y fervorosa devoción; Nós, aunque las Constituciones Apostólicas y Decretos de la Congregación de nuestros Venerables Hermanos los Cardenales de la Santa Romana Iglesia, á cuyo cargo están los Sagrados Ritos prohiban las dichas elecciones en Patronos más principales de los Beatos aun no canonizados, y aunque falten los requisitos necesarios para que sea válida la dicha elección; sin embargo determinamos condescender á los piadosos ruegos y repetidas instancias que sobre esto se nos han hecho humildemente por los dichos Rey y Reina Carlos y Mariana que resplandecen con grandes méritos para con la Iglesia de Dios, con el singularísimo afecto de nuestro amor paternal hacia los mismos. Y así en virtud de nuestra Autoridad Apostólica y por el tenor de las presentes ELEGIMOS Y DECLARAMOS á la misma Beata Rosa de Santa María en Patrona más principal de la ciudad de Lima ó de los Reyes y de todo el reino del Perú, con todas las prerogativas que á los Patronos más principales se deben, y asimismo por la misma Autoridad de las presentes MANDAMOS que la fiesta de la misma Beata Rosa se guarde y celebre de precepto, como se guardan y celebran las otras

»fiestas de precepto en todo el sobredicho reino como
 »de Patrona más principal por todos los fieles cristianos
 »de uno y otro sexo, que están y son habitantes en él, y
 »que su Oficio sea rezado por todo el clero así secular
 »como regular del mismo reino según las rúbricas del
 »Breviario Romano de Patrona más principal. No obs-
 »tante cualesquiera Decretos, Constituciones y Ordena-
 »ciones Apostólicas que obren en contrario. Y asimis-
 »mo QUEREMOS que á los trasuntos y traslados de las
 »presentes Letras, aunque sean impresos firmados de
 »mano de algún Notario público y sellados con el sello
 »de cualquiera persona constituida en eclesiástica dig-
 »nidad, se les dé por todos y doquiera, así en juicio co-
 »mo fuera de él, la misma fe que se diera á las presen-
 »tes si fueran exhibidas y mostradas en su original.
 »Dado en Roma en Santa María la Mayor, á 2 de Enero
 »de 1669. Año segundo de nuestro Pontificado.»

Antes que en Lima se celebrasen las fiestas de la beatificación, quisieron los del cabildo de la ciudad jurarla por Patrona, dando de este modo una prueba del amor que la profesaban. Se votó este acuerdo en la casa de Ayuntamiento, y con ministriles, clarines y atabales salieron los Alcaldes ordinarios á publicar esta elección. Secundó el acuerdo toda la ciudad con júbilos y regocijos, mostrando el alborozo de tener por Patrona á la que habían conocido hermana, y tener una abogada en el cielo, á quien había conocido vecina y paisana en la tierra.

Habían dado noticia al Conde de Lemos, Virrey, y al Arzobispo; á su Excelencia pareció se podría continuar, pero su Ilustrísima dificultó la licencia.

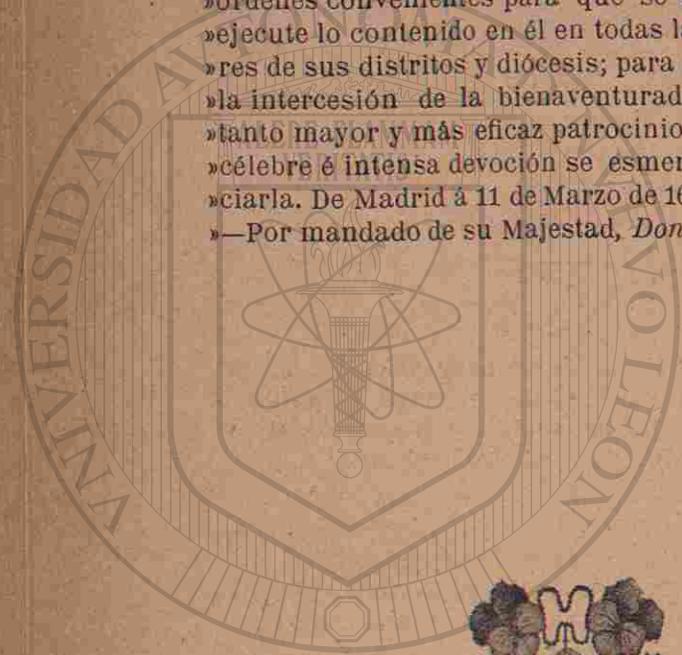
Consultáronse personas doctas, y viendo la Constitución de Urbano VIII de 23 de Marzo de 1630, se halló que para ser Patrona ha de preceder estar canonizada ó dispensarlo la Sede Apostólica.

Desmayaron los alientos y se enflaqueció el consuelo que todos habían concebido y el regocijo empezaba á convertirse en tristeza. Y como aquel Señor que es

Padre, y Dios, es Dios de consuelo y Padre de misericordia, quiso que llegase al Callao, dos leguas de Lima, un navío de aviso, tan á buen tiempo, con los despachos de Su Santidad y de la Reina para que fuese Patrona de Lima, que se atribuyó al especial favor de Nuestro Señor y á efecto de los méritos de su querida Esposa. Resucitó Lima en su gozo, volvieron á renacer sus regocijos, y celebrando el suceso por milagroso triunfo de sus tristezas, unos á otros se daban el parabién del singular beneficio con que la divina Majestad de los cielos y las Majestades de la tierra los favorecían con el Breve de Su Santidad. Llegó la carta de la Reina, que pongo aquí á la letra, porque en cada palabra hay una memoria eterna de su corazón piadoso y de los favores que ha hecho á aquella ciudad, á aquellos reinos, á la Santa y á su Religión, que dice así:

«La Reina Gobernadora.—Por cuanto la Santidad de
 »Clemente IX, atendiendo á los piadosos é instantes
 »ruegos del Rey mi hijo y míos, hechos por medio del
 »Marqués de Astorga, Embajador en aquella Corte,
 »acerca de que la bienaventurada Madre Rosa de Santa
 »María, que fué de la Tercera Orden de Santo Domingo
 »y natural de la Ciudad de los Reyes, fuese declarada
 »por Patrona de ella y de todo el reino del Perú; y á los
 »méritos que tenemos hechos en servicio de la Iglesia,
 »juntamente con haber sido esta gloriosa virgen la pri-
 »mera que entre los siervos de Dios que las Indias Oc-
 »cidentales produjeron, mereció ser decorada con ho-
 »nor de público culto por su admirable copia de virtu-
 »des y milagros, ha sido servido de despachar Breve,
 »su data en Roma á 2 de Enero próximo pasado, decla-
 »rándola por Patrona más principal de la dicha Ciudad
 »de los Reyes y de todo el reino del Perú, con fiesta de pre-
 »cepto, oficio y privilegio de tal. Y habiéndose visto en
 »el Consejo Real de Indias, se ha convenido en que ten-
 »ga debida observancia. Por la presente mando al Vi-
 »rrey y Presidentes de las Audiencias de las dichas pro-
 »vincias del Perú y á los Gobernadores y Corregidores

»de ella, y ruego y encargo á los Arzobispos y Obispos
 »de las iglesias metropolitanas y catedrales de aque-
 »llas provincias, que luego que vean la copia auténtica
 »del dicho Breve, que se les remite con esta, den las
 »órdenes convenientes para que se guarde, cumpla y
 »ejecute lo contenido en él en todas las iglesias y luga-
 »res de sus distritos y diócesis; para que por medio de
 »la intercesión de la bienaventurada Rosa, consigan
 »tanto mayor y más eficaz patrocinio, cuanto con más
 »célebre é intensa devoción se esmeraren en reveren-
 »ciarla. De Madrid á 11 de Marzo de 1669.—Yo LA REINA.
 »—Por mandado de su Majestad, *Don Juan del Solar.*»



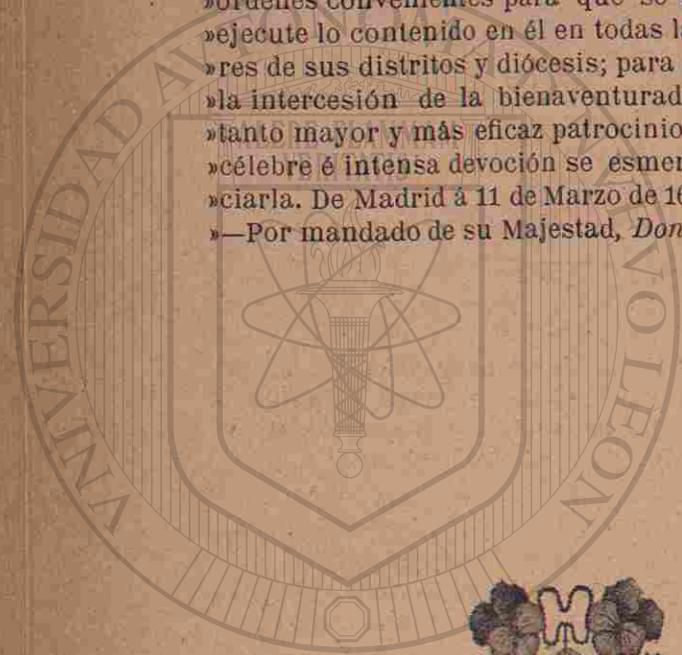
CAPÍTULO XIII

Milagros que se comprueban después de la Beatificación de Rosa de Santa María los que promueven su Canonización; y Breve del Papa Clemente X declarándola Patrona de todas las Indias.

MUCHOS fueron los procesos que se formaron para proceder á la Canonización de la bienaventurada Rosa de Santa María, bien en América, bien en diversas partes de Europa, los cuales se remitieron á Roma. Examinó la Sagrada Congregación de Ritos algunos de ellos, los bastantes para comprobar el aumento de las maravillas que ha obrado Dios por sus méritos, y para poder proceder á su solemne Canonización. El decreto que con este motivo expidió la Sagrada Congregación es como sigue:

«Después de haberse formado dos procesos en la ciudad de Sesa y en la de Palermo, en virtud de las letras remisoriales, expedidas por los jueces señalados por esta Sagrada Congregación de Ritos, y otro que se formó en Amberes por el Obispo, con autoridad ordina-

»de ella, y ruego y encargo á los Arzobispos y Obispos
 »de las iglesias metropolitanas y catedrales de aque-
 »llas provincias, que luego que vean la copia auténtica
 »del dicho Breve, que se les remite con esta, den las
 »órdenes convenientes para que se guarde, cumpla y
 »ejecute lo contenido en él en todas las iglesias y luga-
 »res de sus distritos y diócesis; para que por medio de
 »la intercesión de la bienaventurada Rosa, consigan
 »tanto mayor y más eficaz patrocinio, cuanto con más
 »célebre é intensa devoción se esmeraren en reveren-
 »ciarla. De Madrid á 11 de Marzo de 1669.—Yo LA REINA.
 »—Por mandado de su Majestad, *Don Juan del Solar.*»



CAPÍTULO XIII

Milagros que se comprueban después de la Beatificación de Rosa de Santa María los que promueven su Canonización; y Breve del Papa Clemente X declarándola Patrona de todas las Indias.

MUCHOS fueron los procesos que se formaron para proceder á la Canonización de la bienaventurada Rosa de Santa María, bien en América, bien en diversas partes de Europa, los cuales se remitieron á Roma. Examinó la Sagrada Congregación de Ritos algunos de ellos, los bastantes para comprobar el aumento de las maravillas que ha obrado Dios por sus méritos, y para poder proceder á su solemne Canonización. El decreto que con este motivo expidió la Sagrada Congregación es como sigue:

«Después de haberse formado dos procesos en la ciudad de Sesa y en la de Palermo, en virtud de las letras remisoriales, expedidas por los jueces señalados por esta Sagrada Congregación de Ritos, y otro que se formó en Amberes por el Obispo, con autoridad ordina-

ria; y examinado el aumento que de estos procesos resulta para la Canonización de la Bienaventurada Rosa de Santa María, de la Tercera Orden de Santo Domingo, virgen, natural de la ciudad de Lima; habiéndolos revisado con toda madurez, por mandado de nuestro Santísimo Señor Clemente Papa X en la sobredicha Congregación ordinaria de Ritos, atentos á la relación del Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo, ponente de esta causa; la sobredicha Sagrada Congregación, unánime en el juicio, y conforme en los votos, sentenció y declaró: que legitimamente constaba de la fama de santidad, que cada día se aumentaba por los milagros obrados; por la célebre devoción de los pueblos; por la confianza y piadoso recurso á la dicha bienaventurada Rosa, desde el tiempo en que la Santa Sede Apostólica la concedió pública veneración en toda la Iglesia de Dios. También constaron nueve milagros que en los tales procesos se habían comprobado, de los que aprobó solos cuatro, porque son bastantes; y con ellos se concluye y se prueba plenaria é irrefragablemente haberse obrado sobre las fuerzas de toda la naturaleza criada.

»El primero es sacado del proceso de la ciudad de Sesa, y fué: que Juan Celillo había estado por cuatro meses padeciendo una calentura continua, la cual había degenerado en tisis pulmonar. Había adelantado tanto la enfermedad, que el paciente tenía llagados los pulmones y la garganta; y la tos le tenía tan rendido, que además de la pena que con ella padecía, le hacía arrojar mucha cantidad de sangre. Sobrevinole una fiebre muy intensa, y los médicos, desesperando de poderle la salud, le ordenaron recibiese los santos sacramentos para morir; y apretándole la enfermedad, llegó al extremo de su vida, quedando sin movimiento en los pulsos ni en el cuerpo. Tres médicos afirmaron que estaba difunto. El enfermo en tal aprieto, habiendo implorado en su ayuda á la bienaventurada Rosa, y tomando unos polvos de su sepulcro en un poco de agua,

al punto cobró salud y fuerzas, con tan perfecta convalecencia, como si jamás hubiese enfermado.

»El segundo milagro, que es del mismo proceso, sucedió con Cándida Rosera, mujer del alférez Luis de Carvajal, español; la cual estando embarazada, conoció que había muerto la criatura que llevaba en sus entrañas. En tan grande afición; y próxima á la muerte, por las consecuencias del parto difícil, logró la salud, encomendándose á Rosa y valiéndose de una estampa que representaba á la misma virgen.

»El tercer milagro de los nueve, y primero de los del proceso de la ciudad de Palermo, fué con Fr. Serafín Pulliso, religioso de la Orden de Nuestra Señora del Carmen, el cual había enfermado de una calentura maliciosa; y llegando el día diecisiete de su enfermedad le desahució el médico, diciendo que moriría aquella noche entre las nueve y diez. Habíale faltado la vista y perdido el habla, y empezando á entrar en la agonía, invocó á Nuestro Señor por medio de su esposa, y á ésta para que intercediese con su Majestad; la cual le apareció y dió salud, y se levantó al instante libre de la enfermedad, tan sano y robusto, como si jamás hubiera padecido tal achaque.

»El cuarto, que fué el segundo del proceso de la ciudad de Palermo, sucedió con Angela Cibasa; que enfermó de tercianas dobles, atormentada de grandes dolores de cabeza y estómago, y falta de respiración por veintisiete días; desahuciada del médico y cercana á la muerte, estuvo en la última agonía por espacio de seis horas. Su madre que la asistía la animó á la esperanza en la bienaventurada Rosa, y la exhortó á que se encomendase muy de corazón; trájola aceite de la lámpara que ardía delante de su altar, y con él la ungió el cuello, pecho y estómago, y luego al instante halló recobradas sus fuerzas y con entera salud.

»Los cuales milagros habiéndolos examinado y aprobado la misma Sagrada Congregación, dió sentencia, que cuando quisiera Su Santidad, podía con toda segu-

ridad proceder á la solemne Canonización de esta bienaventurada, según los ritos y forma de la Santa Iglesia de Roma y la disposición de los sagrados Cánones, y definirla por santa y proponerla á la veneración de toda la Iglesia católica. Y asimismo habiéndose hecho relación á Su Santidad de todo lo sobredicho, y de cada cosa en particular; y demás de esto habiendo oído al Reverendo Promotor de la Fe, Su Santidad aprobó la sentencia de la Sagrada Congregación, y mandó se despachase este decreto final para el efecto de la solemne Canonización de la bienaventurada Rosa.»

Quien hubiere leído este libro, habrá notado el recíproco amor que hubo entre la gloriosa virgen Santa Catalina de Sena y Santa Rosa; por lo mucho que la procuró imitar en sus virtudes, y por la correspondencia de la santa madre á su hija. En esta ocasión parece que la seráfica virgen esperó á tener aumento de culto en la Iglesia al mismo tiempo que se trata del de su hija Rosa; y en el mismo día en que Su Santidad dió el sobredicho decreto, le dió también, á instancia del Reverendísimo P. Maestro Fr. Juan Tomás Rocaberti, General del Orden de Predicadores, para que toda la Iglesia universal que antes rezaba la fiesta de la seráfica virgen, con rito de semidoble, le rezara de allí adelante con rito de doble.

No sosegó la Reina de España con ver á Rosa hecha Patrona sólo de los reinos del Perú. Parecióle que sus diligencias quedaban deudoras á sus afectos; quiso cargarle á la Santa el patrocinio universal de todas las Indias y que en todas ellas creciese su devoción con especial cariño; y habiendo pedido á la Santidad de Clemente IX la declarase por Patrona de Lima, como se dijo arriba, después de la muerte de este Papa instó á Clemente X, su sucesor, para lograr el Patronato que deseaba. Dió gratos oídos Su Santidad á la petición de la Reina en nombre de su hijo el Rey D. Carlos; y despachó su Breve, insertando el que despachó su antecesor, que dice así:

«Clemente Papa X.—Para perpetua memoria.—El
»cuidado del sacrosanto Apostolado, que la inescrutable
»ble alteza de la divina bondad y sabiduría se ha digna-
»do imponer sobre nuestra humildad, por más que nos
»reconocemos sin fuerzas y méritos para tanta digni-
»dad, nos impele á que con paternal afecto demos acogi-
»da á los piadosos ruegos de los Reyes Católicos, que se
»encaminan al aumento de la veneración en la tierra de
»las sagradas vírgenes, que con el celestial Esposo rei-
»nan en la eternidad bienaventurada; y habiendo nues-
»tro predecesor Clemente Papa IX, de feliz recordación,
»con Autoridad Apostólica, elegido y declarado á la Bea-
»ta Rosa de Santa María, virgen, natural de Lima, de la
»Tercera Orden de Santo Domingo, por Patrona princi-
»pal de la Ciudad de los Reyes, ó Lima, y de todos los
»reinos del Perú, con todas las preeminencias que á los
»principales Patronos se les deben, como consta de sus
»Letras expedidas en forma de Breve....

»Y como el Marqués de Astorga, embajador del Rey
»Don Carlos, para con Nós y con esta santa Silla, en
»nombre de los mismos reyes Don Carlos y Doña Maria-
»na, Reina viuda, su madre, nos haya dado á entender
»que, atendiendo á la devoción que tienen á la bien-
»aventurada Rosa, y al deseo de que ésta se fomente y
»propague, suplican que las sobredichas Letras, y conce-
»sión de nuestro predecesor Clemente, en que la nombra
»Patrona del Perú, se extiendan universalmente á todos
»los reinos de la América: Nos atendiendo con grandísi-
»mo gozo espiritual de nuestro ánimo á los méritos de la
»gloriosa y bienaventurada Rosa, que con sus virtudes y
»fragancias de Cristo desde tan lejos, tan dilatadamente
»ha recreado á la Iglesia universal, y asimismo deseán-
»do acudir favorablemente á los piadosos y devotos rue-
»gos de los dichos Reyes Carlos y Mariana; siguiendo los
»pasos de Clemente, nuestro predecesor, con la sobre-
»dicha Autoridad Apostólica, y por el tenor de las pre-
»sentes elegimos y juntamente declaramos á la misma
»bienaventurada Rosa de Santa María, en Patrona prin-

»cipal y universal de todas y cualesquier provincias, reinos, islas y regiones de tierra firme de toda la América, Filipinas é Indias, con las mismas prerogativas y privilegios; y queremos que su fiesta en todos los dichos reinos se guarde de precepto, como las otras fiestas de precepto, como de Patrona principal, por todos los fieles de Cristo; y mandamos que su Oficio y Misa les rece y celebre el clero universal, así secular como regular, como de Patrona principal, según las rúbricas del Brevariario y Misal Romano; queriendo que si hubiere Patrono particular en alguna ó en algunas ciudades de las dichas tierras, los cuales legítimamente estén dados y constituídos por tales patronos, queden con firmeza y validez; no obstante todas aquellas y cualesquier cosas que nuestro predecesor Clemente declaró no obstar. Y demás de esto queremos que á los traslados de estas nuestras Letras, aunque sean impresos, suscritos de mano de algún Notario público y sellados con el sello de alguna persona constituida en dignidad eclesiástica, se les dé en juicio y fuera de él tan entera fe y crédito, como se les debe dar á estas Letras originales, si les fuesen mostradas. Dada en Roma en Santa María la Mayor, debajo del Anillo del Pescador, á 11 de Agosto de 1670, año segundo de nuestro Pontificado.—*Juan Jorge Slusio.*»



CAPÍTULO XIV

Solemne canonización de la bienaventurada Rosa de Santa María.

LEGÓSE por fin el tiempo en que quiso el Señor que la Iglesia militante conociera la estima y valimiento en que se tenía á la virgen de Lima en la triunfante. Dada la prontitud con que llegó; y teniendo en cuenta la facilidad con que se llevó á cabo la canonización de Rosa de Santa María, se creyó con fundamento que el haberse acelerado tanto fué efecto del cuidado que tuvo Nuestro Señor en premiar los esfuerzos de los hijos de Santo Domingo de Guzmán, por haber sido los primeros en evangelizar aquellas partes tan remotas de la América.

Fijado el día, Su Santidad mandó despachar la convocatoria para la solemnidad de la canonización. Uno de los *cursores* de Su Santidad repartióla por todos los palacios de los Eminentísimos Sres. Cardenales y la dió á los Reverendísimos Sres. Arzobispos, Obispos, Auditores, Consultores y demás Ministros de Su Santidad para indicar los ornamentos que habían de vestir con-

»cipal y universal de todas y cualesquier provincias, reinos, islas y regiones de tierra firme de toda la América, Filipinas é Indias, con las mismas prerogativas y privilegios; y queremos que su fiesta en todos los dichos reinos se guarde de precepto, como las otras fiestas de precepto, como de Patrona principal, por todos los fieles de Cristo; y mandamos que su Oficio y Misa les rece y celebre el clero universal, así secular como regular, como de Patrona principal, según las rúbricas del Brevariario y Misal Romano; queriendo que si hubiere Patrono particular en alguna ó en algunas ciudades de las dichas tierras, los cuales legítimamente estén dados y constituídos por tales patronos, queden con firmeza y validez; no obstante todas aquellas y cualesquier cosas que nuestro predecesor Clemente declaró no obstar. Y demás de esto queremos que á los traslados de estas nuestras Letras, aunque sean impresos, suscritos de mano de algún Notario público y sellados con el sello de alguna persona constituida en dignidad eclesiástica, se les dé en juicio y fuera de él tan entera fe y crédito, como se les debe dar á estas Letras originales, si les fuesen mostradas. Dada en Roma en Santa María la Mayor, debajo del Anillo del Pescador, á 11 de Agosto de 1670, año segundo de nuestro Pontificado.—*Juan Jorge Slusio.*»



CAPÍTULO XIV

Solemne canonización de la bienaventurada Rosa de Santa María.

LEGÓSE por fin el tiempo en que quiso el Señor que la Iglesia militante conociera la estima y valimiento en que se tenía á la virgen de Lima en la triunfante. Dada la prontitud con que llegó; y teniendo en cuenta la facilidad con que se llevó á cabo la canonización de Rosa de Santa María, se creyó con fundamento que el haberse acelerado tanto fué efecto del cuidado que tuvo Nuestro Señor en premiar los esfuerzos de los hijos de Santo Domingo de Guzmán, por haber sido los primeros en evangelizar aquellas partes tan remotas de la América.

Fijado el día, Su Santidad mandó despachar la convocatoria para la solemnidad de la canonización. Uno de los *cursores* de Su Santidad repartióla por todos los palacios de los Eminentísimos Sres. Cardenales y la dió á los Reverendísimos Sres. Arzobispos, Obispos, Auditores, Consultores y demás Ministros de Su Santidad para indicar los ornamentos que habían de vestir con-

forme á su oficio y dignidad, y fijarles la hora y sitio en que se habian de juntar.

Por ser pieza muy curiosa y muy correspondiente á esta historia, la ponemos á continuación, vertida al castellano:

»Domingo primero siguiente, segundo después de Pascua, que será el día 12 de este mes de Abril, á las siete de la mañana, nuestro Santísimo Padre, vestido de sagradas vestiduras, saldrá del Sagrario Pontificio y irá á la capilla de Sixto IV.

»Los Eminentísimos y Reverendísimos Señores Cardenales á la misma hora irán al Palacio Vaticano por la calle del Borgo Pío y por la escalera del Atrio que vulgarmente se llama *Belvedere* ó *Buena Vista*, y subirán á Palacio; en su lugar señalado, vestirán capas de color rojo; y dejando éstas en la Sala Real, tomarán las vestiduras sagradas en este orden. Los Obispos vestirán pluviales; los Presbíteros, casullas; y los Diáconos, dalmáticas; todos de color blanco con mitras, y así vestidos esperarán en la capilla Sixtina á que venga Su Santidad. De allí saldrán con Su Santidad los que han de suplicar las canonizaciones, por la plaza Mayor á la Basílica del Vaticano, y llevando en la mano diestra una antorcha encendida, irán delante de Su Santidad; y así se dará principio á la salida.

»Llegando á la Basílica se pondrán de rodillas ante el Santísimo Sacramento, y harán una breve oración. El Santísimo Padre se sentará en su solio, y allí le darán la obediencia según costumbre: primero los Eminentísimos Señores Cardenales, luego todos los Obispos y los Penitenciarios de la Basílica; y asistirán á la función de los bienaventurados Cayetano Tiene, Francisco de Borja, Felipe Benicio, Luis Bertrán y Rosa de Santa María, y también asistirán á la Misa que ha de celebrar Su Santidad.

»Acabada la Misa, dejarán las sagradas vestiduras, volverán á tomar las capas, y después que Su Santidad haya dejado asimismo las sagradas vestiduras

»y fuere llevado en su silla á su Palacio, entonces cada uno podrá irse al suyo.

»Quince de los Señores Cardenales, Obispos y Diáconos más antiguos de la Sagrada Congregación de Ritos, y cada uno con dos Caballeros sus familiares, vestidos con ropas largas, llevarán á Su Santidad, y con toda reverencia presentarán los ofertorios que se acostumbra.

»Por la tarde á vísperas, y la tarde de la misma Dominica, harán encender luminarias delante de sus palacios, y por la noche que se adornen sus balcones con luces.

»Se les intima á los señores Embajadores de los Reyes y á los Varones del Solio, Conservadores de las ciudades de la jurisdicción, á los Obispos asistentes y no asistentes, Padres Penitenciarios de la Basílica de San Pedro, Protonotarios Apostólicos, Auditores de la Rota, Clérigos de Cámara, Abreviadores, Votantes, Refrendarios de ambas signaturas: que á las seis se hallen en la capilla Sixtina, para asistir al solemne acto de la canonización.

»Los Obispos asistentes con casullas blancas y bonetes.

»Los Protonotarios Apostólicos con capas.

»Los demás Prelados, que son: Auditores de la Rota, Clérigos de Cámara, Abreviadores, Votantes, Refrendarios de una y otra signatura con roquetes y cotas.

»Por mandamiento de nuestro Santísimo Señor: *Carlos Vicente Carcarasio.*

Amaneció el dichoso día, domingo 12 de Abril de 1671, en que la Iglesia cantaba el Evangelio del Buen Pastor, y su Cabeza visible, atendiendo á tantos deseos y tantas súplicas de ambos mundos, enriqueció á la Orden de Predicadores con la canonización del valenciano Fr. Luis Beltrán y de la limana Rosa de Santa María. Juntamente fueron canonizados Cayetano, fundador de los Clérigos Regulares Teatinos; Felipe Benicio, fundador de la Religión de los Servitas ó Siervos de Ma-

ría, y Francisco de Borja, cuarto Duque de Gandía y General de la Compañía de Jesús.

A las siete de la mañana se dió principio á la solemnidad con la procesión del Clero y Religiones por la plaza de San Pedro, siendo llevado en andas Su Santidad con vela encendida en la mano. Una vez llegado al lugar prevenido en el pórtico de la Basílica de San Pedro, donde delante del altar que estaba preparado para este acto se revistió de amito, alba, cíngulo, estola y capa pluvial de color blanco; y después de haber presentado el incienso los dos Cardenales que hacían de Ministros, vuelta la cara al altar, teniendo el libro Monseñor Boblino, Patriarca de Constantinopla, alumbrando con vela en la palmatoria Monseñor Crescencio, Patriarca de Alejandría, Prelados Asistentes vestidos con capa de coro; con la asistencia del Sr. Cardenal Barberini, Obispo de Ostia y Decano del Sacro Colegio, también con capa de coro; entonó el himno *Ave maris Stella*, el cual prosiguió la Capilla, estando Su Santidad arrodillado hasta el fin de los cuatro primeros versos, junto con los Sres. Cardenales, Prelados y demás de la Capilla. Luego levantóse Su Santidad y siguió la procesión hasta la iglesia.

Llegado Su Santidad á la iglesia y bajando de la silla, fué á hacer oración al Santísimo Sacramento y después á los sepulcros de los Apóstoles San Pedro y San Pablo; luego entró en la capilla y subió al trono, ricamente adornado para este solemne acto. Una vez llegado á él, sentóse en su silla, y luego le dieron la obediencia los Cardenales besándole la mano; los demás Obispos, Arzobispos y Patriarcas le besaron la rodilla y los Penitenciarios el pie. Después el Sr. Fulvio Servancio, uno de los Maestros de ceremonias, y un Abogado Consistorial que había de hacer la instancia para la canonización, acompañaron al Sr. Cardenal Altieri, Procurador de la causa, y al Sr. Cardenal Portocarrero y al Embajador de Venecia en nombre del Rey Católico y de su tío el Emperador. Al llegar delante de

las gradas del Trono Pontificio, se arrodilló el Abogado Consistorial é hizo la primera instancia para que Su Santidad se sirviera inscribir en el catálogo de los Santos á los dichos bienaventurados, concluyendo con esta palabra *instanter*: con instancia. Oyendo Su Santidad la súplica, respondió por medio de su Secretarió Monseñor Espínola *que deseaba consolarlos*; dijo algunas palabras en honra y alabanza de los cinco bienaventurados, y que era necesario primero hacer oración implorando la luz del Espíritu Santo por medio de su intercesión, exhortando á todos en nombre de Su Santidad á invocar el auxilio de Dios en asunto de tanta monta. Bajó del trono Su Santidad y se puso de rodillas delante del altar, cantando luego los músicos de la Capilla las letanías de los Santos, acabadas las cuales Su Santidad volvió al trono. Luego el Abogado Consistorial en nombre de los Sres. Cardenales y Embajador renovó las instancias como la vez primera por medio de la palabra *instanter et instantius*, es decir, con instancia y con más instancia; y otra vez Monseñor Espínola respondió en nombre de Su Santidad *que deseaba consolarlos*, mas que era necesario, como negocio tan importante, encomendarlo á Nuestro Señor; y exhortó á que todos lo hiciesen. Bajó segunda vez del trono Su Santidad, y se arrodilló ante el altar, y entonces el Cardenal que hacía de Diácono, vuelto al pueblo, dijo en voz alta: *Orate*, y después de breve rato el Cardenal Subdiácono contestó diciendo: *Levate*.

Puesto en pie Su Santidad, llegaron los ya dichos dos Obispos Asistentes y le sirvieron el libro y la palmatoria con vela encendida, y Su Santidad entonó el primer verso del himno *Veni Creator Spiritus*; estuvo de rodillas hasta el fin de los cuatro primeros versos, y después se levantó, y puesta la tiara se subió al trono. Acabado el himno y quitada la tiara, dijo Su Santidad el versículo y oración, asistiéndole los Obispos sobredichos y dos Acólitos con dos candeleros, cuyas velas estaban encendidas. Acabada la oración y puesta la

tiara, Su Santidad volvió á sentarse; y el Abogado Consistorial, arrodillado al lado del Sr. Cardenal Altieri, volvió á repetir la instancia con la fórmula acostumbrada: *Instanter, instantius, instantissime*. Entonces Su Santidad respondió por medio de su Secretario Monseñor Espínola que *tenia por conveniente que los dichos bienaventurados Cayetano, Francisco de Borja, Felipe Benicio, Luis Beltrán y Rosa de Santa María fuesen puestos en el número de los Santos*. Trajéronle á Su Santidad el libro y palmatoria con luz los dos Obispos Asistentes, y pronunció la sentencia de la canonización, que vertida á nuestro galano y rico idioma es como sigue:

«A honor de la Santa é Individua Trinidad y exaltación de la Fe Católica, aumento de la Religión Cristiana, por la autoridad de Dios Omnipotente Padre, Hijo y Espíritu Santo y de los Bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo y Nuestra: después de madura deliberación y habiendo implorado muchas veces el socorro divino, y de consejo de nuestros Venerables Hermanos los Cardenales de la Santa Romana Iglesia, Patriarcas, Arzobispos y Obispos que se hallan en Roma, DEFINIMOS Y DECLARAMOS que los Bienaventurados Cayetano, Francisco de Borja, Felipe Benicio, Luis Beltrán y Rosa de Santa María son Santos y Santa: decretando que debe ser venerada todos los años el día de su fiesta con pía devoción por toda la Iglesia Universal, y de Rosa de Santa María será la fiesta de virgen no mártir el día 30 de Agosto. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.»

El Abogado en nombre del dicho Sr. Cardenal Procurador dió las gracias á Su Santidad, suplicándole humildemente que se dignase mandar despachar las Bulas Apostólicas de la misma canonización; á todo lo que Su Santidad respondió: *Decernimus* (1). El Señor

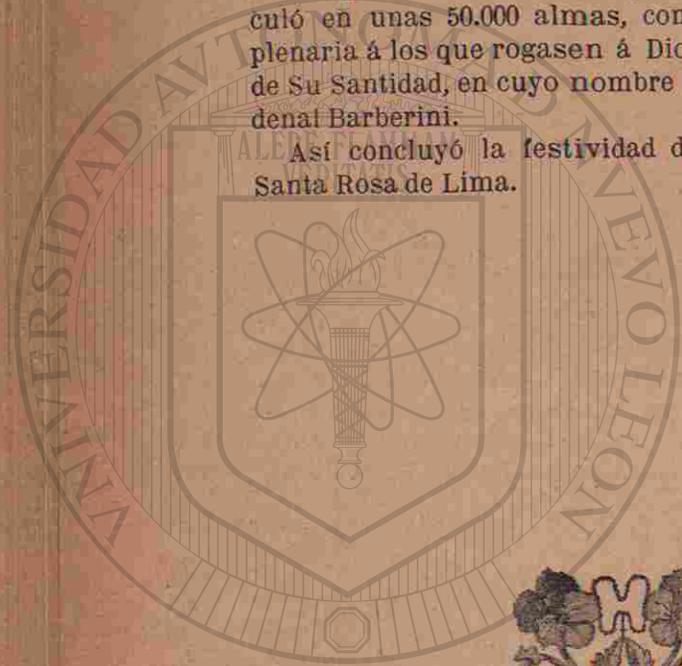
(1) Lo decretamos.

Cardenal Procurador fué al trono y besó la mano y la rodilla á Su Santidad, dándole muchas gracias. Oído todo esto por Monseñor Severoli, rogo á los Protonotarios que hiciesen las actas de la canonización para perpetua memoria. Dejó entonces Su Santidad la tiara, y con la asistencia de los Sres. Cardenales Barberini, Decano del Sacro Colegio, y Asistentes entonó el *Te Deum laudamus*, que continuó la Capilla y á que contestó el castillo de San Angelo con cien cañonazos, que es la salva de costumbre, y todas las campanas de Roma echadas á vuelo. Acabado el *Te Deum*, el Sr. Cardenal que hacía de Diácono cantó el verso: *Orate pro nobis Beati Caietane, Franciscæ, Philippe, Ludovice et Rosa, alleluia*; y el Coro respondió: *Ut digni efficiamur promissionibus Christi alleluia*. Su Santidad cantó la oración de los cinco Santos: *Oremus. Magnificantes Domine clementiam tuam, suppliciter exoramus, ut qui hodie Sanctorum tuorum Caietani, Francisci, Philippi, Ludovici Confessorum, et Rossæ Virginis glorificatione lætificas, illorum etiam praesidio salves semper et munias. Per Christum Dominum nostrum. Amen*. Después el Sr. Cardenal Azzolino delante del trono cantó el *Confiteor*, añadiendo los nombres de los Santos canonizados después de *Petri et Pauli*, y Su Santidad dió la bendición solemne. Estando todavía en pie dijo con los Asistentes el *Padre nuestro* y *Ave María*, y entonó Tercia; y luego que los cantores entonaron el Salmo *Legem pone...*, el Sumo Pontífice se sentó y tomó la tiara. Luego el Subdiácono Apostólico con uno de los Cubilarios ó Camareros Secretos le puso las sandalias, y entretanto el Sumo Pontífice con los Asistentes rezó el Salmo LXXXIII para la preparación de la Misa, y concluida Tercia, cantó la oración del día y luego celebró de pontifical. Dijo Su Santidad la Misa solemne que fué de Dominica, y después de la oración propia añadió otra de los Santos últimamente canonizados, que es la que hemos puesto arriba; se cantaron dos Epístolas y dos Evangelios, uno en latín y otro en griego, y se hizo el

Ofertorio como se acostumbra en las canonizaciones de los Santos.

Acabada la Misa dió Su Santidad la bendición al inmenso pueblo reunido en la gran Basílica, que se calculó en unas 50.000 almas, concediendo indulgencia plenaria á los que rogasen á Dios según la intención de Su Santidad, en cuyo nombre la publicó el Sr. Cardenal Barberini.

Así concluyó la festividad de la canonización de Santa Rosa de Lima.



CAPÍTULO XV

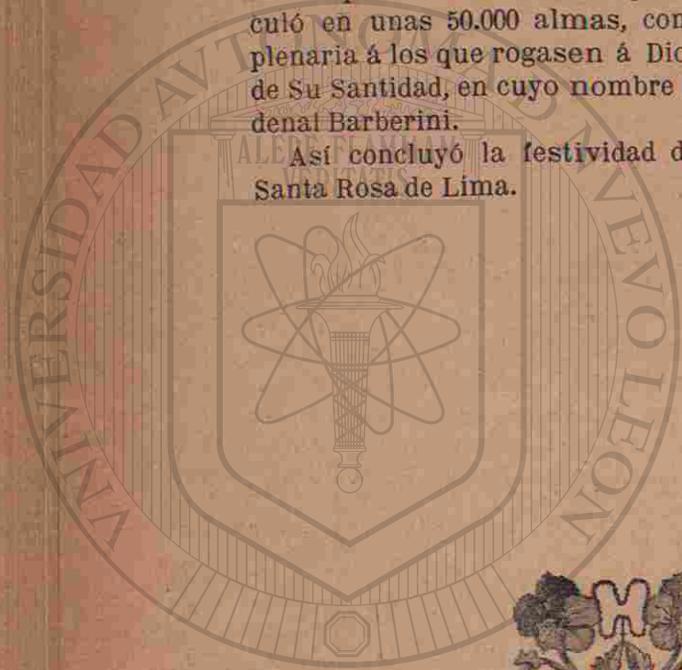
Alegría universal por las canonizaciones referidas en el capítulo anterior. Bula de Clemente X con motivo de la canonización de nuestra Santa. Conclusión.

No quieren decir las últimas palabras del capítulo anterior que la festividad de la canonización de Santa Rosa concluyese con la Bendición Papal que dió la Santidad de Clemente X á la apiñada multitud que llenaba la famosa Basílica. La función que en ésta se celebró era la parte intrínseca y esencial de la fiesta; pero la alegría de los fieles y el santo alborozo de la Religión de Santo Domingo por haberse puesto en un mismo día en el catálogo de los Santos á dos de sus preciados hijos, entre tantos y tantos como registra la historia de su Orden, necesitaban expansión y demostración exterior; y las hubo muy cumplidas, no sólo en Roma hasta muy entrada la noche, en las diversas casas de la Orden, sino también en todos los Monasterios de ambos sexos que militan bajo el estandarte del gran héroe español, Do-

Ofertorio como se acostumbra en las canonizaciones de los Santos.

Acabada la Misa dió Su Santidad la bendición al inmenso pueblo reunido en la gran Basílica, que se calculó en unas 50.000 almas, concediendo indulgencia plenaria á los que rogasen á Dios según la intención de Su Santidad, en cuyo nombre la publicó el Sr. Cardenal Barberini.

Así concluyó la festividad de la canonización de Santa Rosa de Lima.



CAPÍTULO XV

Alegría universal por las canonizaciones referidas en el capítulo anterior. Bula de Clemente X con motivo de la canonización de nuestra Santa. Conclusión.

No quieren decir las últimas palabras del capítulo anterior que la festividad de la canonización de Santa Rosa concluyese con la Bendición Papal que dió la Santidad de Clemente X á la apiñada multitud que llenaba la famosa Basílica. La función que en ésta se celebró era la parte intrínseca y esencial de la fiesta; pero la alegría de los fieles y el santo alborozo de la Religión de Santo Domingo por haberse puesto en un mismo día en el catálogo de los Santos á dos de sus preciados hijos, entre tantos y tantos como registra la historia de su Orden, necesitaban expansión y demostración exterior; y las hubo muy cumplidas, no sólo en Roma hasta muy entrada la noche, en las diversas casas de la Orden, sino también en todos los Monasterios de ambos sexos que militan bajo el estandarte del gran héroe español, Do-

mingo de Guzmán; y se cobijan debajo del purísimo manto de la Virgen del Rosario. Tarea difícil y prolija sería dar una reseña de las fiestas y regocijos que hubo aquella misma noche del 12 de Abril de 1671 en la ciudad de Roma. Baste decir que la espontánea iluminación en los palacios de los Eminentísimos señores Cardenales, en el del ilustre Sr. Marqués de Astorga, Embajador de España, y en todos los conventos de la Orden estuvo brillantísima. De Roma, como centro del Catolicismo, se encargó la fama de trasladar la alegre nueva á todas las capitales de Europa, llegando á Madrid la noticia el día 3 de Mayo. Las fiestas con que se celebró en España la venturosa nueva de contar entre sus ilustres hijos tres nuevos santos, pedirían un libro de mayor volumen que el que vamos á concluir con este capítulo. Bastará recordar lo que dejamos referido al describir con alguna extensión las fiestas de la Beatificación de Santa Rosa, para formarse alguna idea de la grandeza y esplendor que revestirían las de la Canonización de dos hijos de Santo Domingo y de uno de los más preclaros de la Compañía de Jesús, tercer General.

Vamos á dar cima á esta historia de Rosa de Santa María, ofreciendo á nuestros lectores el documento más interesante de esta narración biográfica, algunos párrafos de la Bula de la Canonización de nuestra Rosa, que vertidos al español son como sigue:

«Clemente Obispo Siervo de los siervos de Dios. Para perpetua memoria.—El celestial Padre de familias cuya naturaleza es bondad, cuya voluntad es poder y cuya obra es misericordia, luego que vió que los Indios convidados á la grande cena de su divinidad se excusaron por indignos, despachó á un criado fiel, que por las plazas y calles le recogiese y trajese por convidados á su Mesa á cuantos hallase. Pero no contento ni con tanta multitud de pobres, ciegos y débiles, ni con tan crecida copia de baldados y tullidos, ni con los que estaban cerca ni con los que estaban lejos; mandó al mismo siervo que volviese á ver hasta las últimas gentes y las

«convidase á todas para aquella mesa real en que estaban prevenidas no pocas viandas, sino todos los regalos, dulzuras y abundancias del cielo y de la tierra hasta llenarle de convidados el real Palacio. De todas partes: de Asia, del Africa y de Europa fué recogida una grande multitud de Santos, varones y mujeres de toda edad, condición y grado. Sola la América yacía hambrienta y enferma, ni conocía el misterioso secreto del Señor que quiere la salud de todos, ni podía oír las voces del criado que llamaba; hasta que vino la plenitud de los tiempos, y por medio de los ministros fieles resonó la voz del Padre de familias en los oídos de los que yacían sentados en las tinieblas y sombras de la muerte; y fué llevado el Evangelio más allá de los ríos Indo y Ganges y el Ecuador, y por todos los ángulos del mundo buscados los Gentiles hambrientos, para que en el dispuesto convite de tan sabrosos y substanciales manjares se sentasen á comer con el Dios de Abraham, Isaac y Jacob en su Real Palacio. Finalmente más allá de los confines de todo el antiguo orbe en grandísima distancia, hasta las últimas del Océano Atlántico y hasta las postreras playas de las Indias Occidentales que cercan las inmensas orillas del mar que llaman Pacífico, una y otra vez obligó á aquel su fiel siervo, por el cual, como lo expone y explica el Máximo Doctor de esta Santa Romana Iglesia nuestro predecesor San Gregorio se entiende la Orden de Predicadores á que llegase al Perú, donde, á una con aquellos que con su feliz entrada en aquella grande Región la sujetaron á Dios y á la Santa Iglesia Romana, entró la primera esta Orden, que por singular privilegio de esta Santa Sede Apostólica mucho ha que es conocida por el título de Predicadores, y antes que todas las otras anunció el santo evangelio de Jesucristo á la gentilidad del Perú; siendo también la primera Religión, que con su sangre rubricó la palabra de la saludable predicación, convidando eficazmente á aquella gentilidad á la Cena del Cordero inmaculado; y con

»su palabra, trabajo y sangre, cultivada en aquella rica
 »Región, para alegría de la Cena de la Iglesia Universal,
 »así militante como triunfante, entre otras flores de
 »cristiana piedad produjo una Rosa de muy suave olor
 »á Dios á los Angeles y á los hombres, dechado el más
 »acabado de perfección evangélica y la primera que del
 »Nuevo-Mundo se ha de poner en el catálogo de los San-
 »tos. Y como hubiese nacido y fuese dada para esto, el
 »Dispensador de todos los bienes la llenó del Espíritu de
 »sabiduría y de inteligencia; y de tal manera le inflamó
 »con el fuego de su caridad, que no sólo recreó con el
 »olor sino que brilló con luz esplendente en aquella
 »parte de la Casa de Dios que estaba en las tinieblas;
 »para que resplandeciese como el lucero de la mañana
 »entre las tinieblas, como la luna en su plenitud en
 »nuestros días y como el sol refulgente en perpetuas
 »eternidades.

»Juzgamos, pues, justo y muy conforme á la razón
 »que aquella á quien nuestro Señor Jesucristo, cuyas
 »veces hacemos en la tierra, se dignó manifestar como
 »esposa suya muy amada y singularmente escogida y
 »adornada con sus joyas y coronas: Nós, también, por
 »la obligación de nuestro cargo en toda la Iglesia uni-
 »versal, á la cual presidimos sin méritos nuestros, la
 »declaremos como Santa, escogida por Dios y digna de
 »veneración; para que desde el Oriente al Occidente to-
 »das las lenguas y todos los pueblos confiesen que el
 »Señor siempre es grande en todas sus obras y muy
 »digno de alabanza en sus maravillas; porque aun en
 »nuestros días no nos faltaron sus misericordias; y
 »aunque nos castigó como Padre, porque así lo exigen
 »nuestras culpas, sin embargo, no se olvida para siem-
 »pre, sino que en nuestras angustias no deja de ampa-
 »rarnos con el auxilio continuo de sus amigos y esco-
 »gidos, y nos fortalece y defiende con el patrocinio de
 »sus méritos y sufragios; y para que conozcan los fie-
 »les de Cristo nuestro Señor cuán grande sea este ejem-
 »plo de santidad que en el Nuevo Mundo en las presen-

»tes calamidades y peligros alumbró á toda la Iglesia;
 »por esto determinamos manifestar en estas nuestras
 »Letras sus dones más preciados, las virtudes y las ac-
 »ciones más heroicas, entre muchas muy admirables
 »que le comunicó el Señor; para que su santidad apro-
 »bada por esta Cátedra Apostólica brille siempre más y
 »más en todo el mundo.

(1).

»Y como no faltase cosa alguna de las que se requie-
 »ren para la sacrosanta función de la Canonización de
 »Rosa, esposa muy amada de Cristo Nuestro Señor,
 »conforme á la autoridad de los Santos Padres, Decre-
 »tos de los sagrados Cánones, antigua costumbre de la
 »Santa Romana Iglesia y de lo mandado por los nue-
 »vos Decretos; rogándonos nuestros carísimos hijos en
 »Cristo, Mariana, Reina Gobernadora y también Carlos II
 »Rey de las Españas, toda la Orden de los Frailes Pre-
 »dicadores de Santo Domingo, el reino del Perú y todas
 »las provincias de América; y añadiéndose á éstos los
 »ruegos é instancias de nuestros Venerables Hermanos
 »los Arzobispos y Obispos de los reinos de España é
 »Indias: juzgamos ser justo y debido que á la sobredi-
 »cha Beata á quien el mismo Señor cada día glorifica
 »más y más desde los cielos, Nós también la veneremos,
 »alabemos y glorifiquemos en la tierra. Por lo cual de-
 »terminamos que en el presente día, públicamente en
 »la sacrosanta Basílica del Príncipe de los Apóstoles,
 »celebrado el Sacrificio de la Misa, se hiciese su Cano-
 »nización. Y el mismo día, en la misma sacrosanta Ba-
 »síllica Vaticana, en la cual con solemne rito, acompa-
 »ñado de los Cardenales de la Santa Romana Iglesia,
 »Patriarcas, Arzobispos y Obispos, y de nuestros ama-
 »dos hijos los Prelados de la Corte Romana, Oficiales y
 »nuestros Familiares, y del Clero secular y regular y

(1) Van suprimidos 60 párrafos de la Bula por ser resumen de la vida de la Santa.

»de mucha concurrencia de pueblo, estuvimos por la
 »mañana; y repetidos por tres veces los ruegos y las
 »instancias para el Decreto de la Canonización hecha á
 »Nós por el amado Luis del Título de Santa Sabina Car-
 »denal Portocarrero, después de los sagrados himnos,
 »letanías y otras oraciones, implorada como se acos-
 »tumbra la gracia del Espíritu Santo:

»A honor de la Santa é Individua Trinidad y exalta-
 »ción de la Fe Católica, por la Autoridad de Dios Omni-
 »potente Padre, Hijo y Espíritu Santo, y de los Bien-
 »aventurados Apóstoles Pedro y Pablo, y Nuestra; de
 »consejo y unánime consentimiento de nuestros Vene-
 »rables Hermanos los Cardenales de la Santa Romana
 »Iglesia, Patriarcas, Arzobispos y Obispos que se ha-
 »llan en la Corte Romana: DEFINIMOS que la Bta. Rosa
 »de Santa María, virgen de Lima, de cuya vida, santi-
 »dad, sinceridad de fe y excelencia de milagros consta
 »plenariamente, es SANTA, y DECRETAMOS que como
 »tal debe ser inscrita en el catálogo de las Santas Vir-
 »genes, como por el tenor de las presentes así lo DE-
 »TERMINAMOS, DEFINIMOS y CONFIRMAMOS; man-
 »dando y estableciendo que su memoria deba ser cele-
 »brada cada año entre las Santas Virgenes por la Igle-
 »sia Universal el día 30 de Agosto. En el nombre del Pa-
 »dre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

»Con la misma Autoridad, á todos y cualesquiera,
 »que verdaderamente contritos y confesados, todos los
 »años en el día de la fiesta de la Santa Rosa visitaren el
 »sepulcro donde descansa su cuerpo, les remitimos
 »misericordiosamente en el Señor, en la forma acos-
 »tumbada siete años y otras tantas cuarentenas de
 »las penitencias que se les hubiesen impuesto; y de
 »otras, en otra manera debidas. Después de todo esto,
 »habiendo venerado con alabanzas y acciones de gra-
 »cias á Dios Padre Eterno y al Rey de la gloria Cristo
 »Señor Nuestro, Hijo sempiterno del Padre, y al Espíri-
 »tu Santo Paráclito, y cantado solemnemente el sagra-
 »do himno *Te Deum*; hemos rogado con particular ora-

»ción á honor de Santa Rosa por sus merecimientos, y
 »celebramos Misa con conmemoración de la misma
 »Santa en el altar de San Pedro Apóstol, y concedimos
 »Indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados
 »á todos los fieles cristianos presentes.

»Ahora, pues, por tan singular beneficio con toda
 »humildad bendecimos y glorificamos á Dios Padre
 »Omnipotente, á quien se deben bendición, honor, gloria
 »y poder por los siglos de los siglos; pidiendo á Su Ma-
 »jestad con ruegos continuos, que por la intercesión de
 »esta su escogida, apartando sus ojos de nuestros pe-
 »cados, tenga piedad de nosotros y mire á nosotros á
 »quienes ha manifestado su misericordia en medio de
 »su templo; pues que nos ha dado un nuevo amparo de
 »toda la América contra las antiguas asechanzas del
 »demonio y los errores de la infidelidad, y á todos nos
 »ha concedido ante su divina Majestad una Abogada y
 »Protectora, para tranquilidad de la santa Iglesia, au-
 »mento de la Fe católica, y luz y conversión de los in-
 »fieles.

»A más de esto, porque fuera cosa dificultosa que
 »las presentes Letras fuesen presentadas á todos los
 »lugares en que sería necesario, QUEREMOS que á sus
 »trasuntos y ejemplares, aunque sean impresos, firma-
 »dos de cualquier Notario público y sellados con el se-
 »llo de cualquier persona constituida en eclesiástica
 »dignidad, se les dé entera fe y crédito, como si las pre-
 »sentes, originalmente fuesen exhibidas y presentadas.

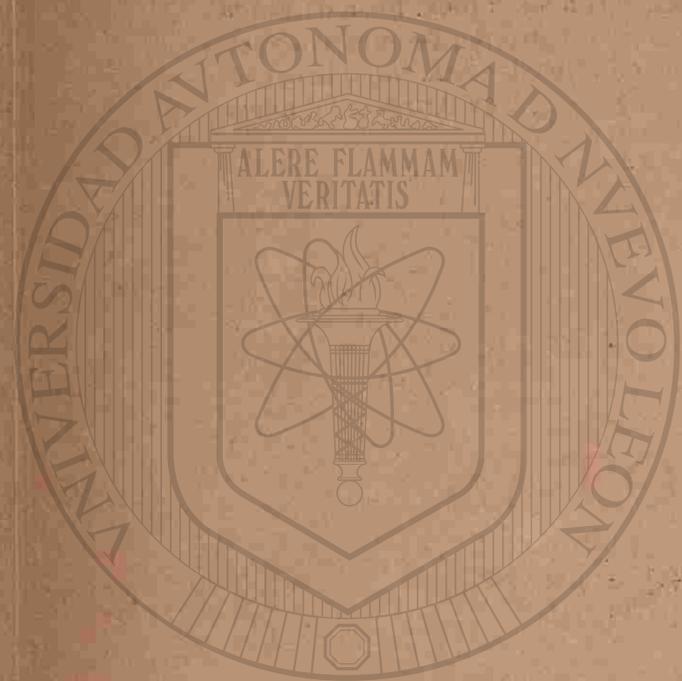
»A ninguno, pues, de los hombres sea lícito que-
 »brantar este escrito de nuestra definición, decreto,
 »confirmación, mandato, estatuto, concesión, disminu-
 »ción, liberalidad y voluntad, ó contradecirlo con teme-
 »rario atrevimiento. Y si alguno presumiere intentarlo,
 »entienda que incurrirá en la indignación de Dios To-
 »dopoderoso y de sus Bienaventurados Apóstoles San
 »Pedro y San Pablo. Dada en Roma en San Pedro, el día
 »doce de Abril, año de la Encarnación del Señor mil
 »seiscientos setenta y uno, y primero de nuestro Pon-

»tificado.—† Yo CLEMENTE, *Obispo de la Iglesia Católica.*»—(Siguen las firmas de treinta y cinco Cardenales.)

Llegados al término de la presente historia solo nos resta levantar los ojos al cielo y pedir á Rosa de Santa María, tan rica por los tesoros de gracias que en ella depositó la mano infinitamente pródiga del Altísimo, que nos alcance el esfuerzo necesario para imitarla, después de haberla admirado. No nos basta, virgen purísima, amada esposa del Cordero inmaculado, flor escogida del ameno jardín de la Iglesia católica; no nos basta para arribar al puerto feliz de la gloria, contemplar la hermosura de tu alma, la limpieza de tu cuerpo, la belleza singular de tu espíritu, la humildad profunda en que te abismaste, la paciencia consumada con que llevaste hasta el monte santo de la crucifixión el pesado madero de los trabajos de esta vida; y el amor ardentísimo á Dios y al prójimo en que te consumiste, durante los pocos años de tu peregrinación por este valle de lágrimas. Necesitamos sentir la sed de sacrificio, en que te abrasaste, durante tu existencia mortal, para ofrecernos por completo al Señor, como holocaustos agradables, en el altar sagrado de una caridad que nunca desfallezca. La naturaleza en nosotros se revela de continuo contra la gracia y con frecuencia la vence; las pasiones nos empujan hacia las filas de Satanás y á veces nos hacen militar en ellas. A pesar de haber sido tan heróico el desprecio con que miraste los bienes y deleites de este mundo, nosotros seguimos siendo esclavos de las riquezas transitorias y de los goces sensuales. No obstante haber dado tú, santa bendita, ejemplos tan elocuentes de fervor cristiano, nosotros nos vemos dominados aún por la tibieza, cuando no por la indiferencia más criminal en el servicio del Señor. Alcánzanos, esposa predilecta de Jesucrito, á quien contemplas y amas anegada en abismos de luz y de consuelos celestiales, más decisión para imitarte en todas las virtudes. De la protección jamás desmen-

tida que dispensas á todos los mortales esperamos fuerzas para seguirte por la senda derecha de la fiel correspondencia á los preceptos divinos, cuantos te decimos con el corazón y con los labios: Rosa de Santa María, hija ilustre del gran Patriarca Domingo de Guzmán, fiel discípula de Catalina de Sena, cándida azucena del paraíso florido de la Iglesia y Patrona del nuevo mundo, ruega por nosotros.



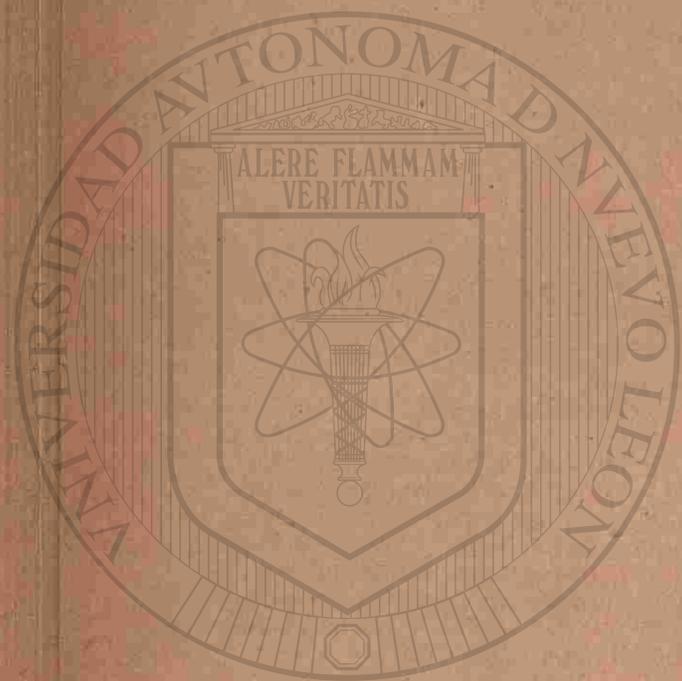


UANL

NOTAS

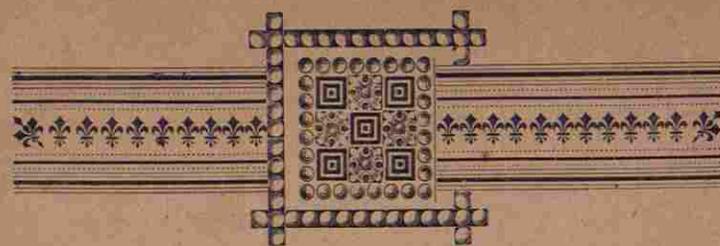
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



NOTAS AL LIBRO PRIMERO

1 (Pág. 1) Lima ó la Ciudad de los Reyes fué fundada por Francisco Pizarro el 6 de Enero de 1535. A esta circunstancia se debió sin duda el que se la diera el segundo nombre. El primero se deriva, según opinión admitida por muchos geógrafos é historiadores, de Rimac, valle fértil, que se extiende por donde está hoy edificada la ciudad, que con pequeña adulteración del vocablo se llamó Lima. Téngase en cuenta que en las armas de la misma hay una lima ó limón pequeño, que acaso se puso por el nombre que se la dió.

2 (Pág. 1) Es muy fundada la opinión de los que sostienen que nació nuestra Santa, no el 20 de Abril como decimos arriba, sino el 30 del mismo mes, fiesta de Santa Catalina de Sena, cuyas pisadas por la senda del bien siguió con tan admirable fidelidad la ilustre Patrona de las Indias. Así consta del *Sumario sobre la vida, virtudes y milagros para la Beatificación de Rosa de Lima* que se conserva en la secretaría arzobispal de dicha ciudad. Según el testimonio de la madre de nuestra Santa, consignado en dicho *Sumario*, el nacimiento de ésta tuvo lugar el *postrero día* de Abril á eso de las cuatro de la tarde. Fernando Flores, hermano de Santa Rosa, declaró lo mismo, confirmándolo con un dato de la mayor excepción, cual era el libro en que apuntaba su padre el día del nacimiento de cada uno de sus hi-

jos. Siguiendo esta opinión, como se ve no despreciable, están equivocados el Emmo. Cardenal Decio Azzolino y el P. Antonio González, Procurador en la causa de la beatificación de la Santa, en las fechas que pusieron al nacimiento de la misma. La causa pudo ser el no haber visto ni uno ni otro el *Sumario* de Lima y haber acaso error en la copia que se remitió á Roma.

3 (Pág. 2) En Lima, á la espalda del hospital de Marina del Espíritu Santo, en la calle de Santo Domingo, vivía Gaspar Flores, natural de San Juan de Puerto Rico en las Antillas, que arribó á Lima en 1548, obteniendo después la plaza de arcabucero real en la guardia de los Virreyes, título que le otorgó D. Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete y tercer Virrey del Perú, á 9 de Marzo de 1557. En 1577 Gaspar Flores contrajo matrimonio, á la edad de 55 años, con María de Oliva, natural de Lima é hija legítima de Francisco de la Oliva y de Herrera. Dichos esposos, bien que escasos en bienes de fortuna, lograron tener once hijos, y entre ellos á lo incomparable Rosa de Santa María, Patrona del nuevo mundo.

El padre de nuestra Santa murió diez años después de ésta y cuando contaba 102 de edad. De su madre se habla extensamente en varias ocasiones en todo el trascurso de la obra.

De los hermanos de Rosa sabemos: que la mayor, Bernardina, nació en 1581; Fernando, el predilecto de Rosa, en Mayo de 1584; Francisco en 1592; de Juana, Andrés, Antonio y Matías se han perdido hasta las partidas de bautismo y de los tres restantes hasta los nombres.

4 (Pág. 3) Para que se vean las maravillas que encierra la partida de bautismo de nuestra Santa, la ponemos á continuación tal como la trae el P. Melendez en sus *Verdaderos Tesoros de las Indias*, tomo 2, pág. 179. Dice así:

FE DE BAUTISMO DE SANTA ROSA.

«Certifico yo el Maestro D. Juan Messía de Mendoza, Cura Rector de la Parroquia del Señor S. Sebastián de esta ciudad de los Reyes y Catedrático de Prima de Filosofía en la Real Universidad, que en un libro

aforrado en pergamino, donde se asientan los españoles bautizados en dicha Parroquia, que comenzó á correr en 2 de Noviembre de 1561, á fojas 72, entre otras, está una partida que á la letra es como sigue:

En Domingo día de Pascua de Espíritu Santo, veinte y cinco de Mayo de mil y quinientos y ochenta y seis, bautizé á Isabel HIJA DE ESTIMA, hija de Gaspar Flores y de María de Oliva; fueron padrinos Hernández de Valdés y María Orosco.

Antonio Polanco.»

»Y encima de la B. del dicho nombre ay un borrón, que la ocupa toda, y al margen de dicha partida dice: Isabel hija de estima, la cual dicha partida con su margen está fielmente sacada del dicho libro, donde está la original á que me refiero; y para que coste di ésta firmada de mi nombre, en Lima á 4 de Noviembre de 1679.

El Maestro D. Juan Messía de Mendoza.

5 (Pág. 4) Por los años de 1597 habitaba en Quivi Gaspar Flores, ex-alabardero del Virrey, administrador de una mina de plata muy abundante del distrito de Araguay, en la provincia de Canta del departamento de Lima. El glorioso Arzobispo Santo Toribio, haciendo la segunda visita pastoral, fué advertido por el Párroco Fr. Francisco González, religioso mercenario, de la ninguna devoción de sus feligreses, y de que no había logrado, á pesar de sus exhortaciones, apartarlos de la idolatría. Afligido el santo Arzobispo, se dirigió á la Capilla del pueblo, en la cual encontró solamente dos niños y una niña que habían sido llevados por sus padres. La niña era Isabel Flores. Al confirmar el santo Arzobispo á la hija de Gaspar Flores le puso el nombre de Rosa, siendo su padrino el Párroco mencionado.

Al salir el Santo de la Capilla se mostró abatido por el sentimiento que le causaba ver triunfante la idolatría en Quivi; pues de 3.000 almas, solamente encontraba tres familias de sentimientos cristianos. Los muchachos, aleccionados sin duda por sus padres, esperaban al santo Arzobispo en la calle y le siguieron hasta la casa de su hospedaje, gritándole en quechua y en son de burla: «¡Narigudo! ¡Narigudo! ¡Narigudo!» Dice la tradición que el Santo en vez de levantar las manos

para bendecir á la chusma, las llevó á los ojos arrasados de lágrimas y murmuró: «¡Desgraciados! ¡No pasaréis de tres!» Temblores, derrumbes en las minas, pérdidas de cosechas, copiosas lluvias, incendios, caídas de rayos, enfermedades y todo linaje de desventuras contribuyeron á que antes de tres años quedase deshabitado el pueblo; trasladándose á las caserías y aldeas inmediatas los vecinos que sobrevivieron á tanta desgracia.

Ninguna ocasión mejor que la presente para hacer una pequeña biografía del santo Arzobispo que confirmó á Rosa de Santa María. Faltaríamos á un deber de gratitud, por lo mucho que le deben Lima y aun todo el Perú, si no le consagráramos aquí algunas líneas. Dispénsenos el lector, si dejándonos llevar de nuestra devoción al gran Obispo americano, somos un poco extensos en esta nota.

Toribio Alfonso de Mogrovejo, segundo Arzobispo de Lima, nació en Mayorga de León (España) el año del 1538, de la antigua y nobilísima familia de los Mogrovejos. Ufanos recordamos que el ascendiente de nuestro Santo fué el portaestandarte real en las reñidas batallas de Covadonga y Deva: alborada gloriosa de tan gigantesca como heroica lucha de nueve siglos, en la que, la amada patria España, unida y esforzada con su fe, batalló por su independencia, y por la de Europa, y no descansó triunfante hasta no arrojar de la Península al moro, y anegar el estandarte de Mahoma, en las amargas aguas de Lepanto.

Estudió en Valladolid, hasta graduarse de bachiller en Derecho y Cánones; pasó, como colegial mayor, al colegio de San Salvador de Oviedo, en Salamanca, á donde sólo entraban después de riguroso examen, aprobación de sus personas, de limpieza, letras, vida y costumbres.

Por aquel entonces, deseando el rey de Portugal Don Juan II, congregar en la Universidad de Coimbra á los sabios más eminentes de Europa, brindó y solicitó á Don Juan de Mogrovejo, tío de Toribio, para que aceptara la cátedra de Derecho, pasando ambos á enseñar en 1533. Apenada la Universidad de Salamanca por verse privada de sus afamados doctores, les instó para que regresaran á sus claustros, y así lo cumplieron en 1565, regentando la cátedra de Leyes.

Pero cuando tan celebrísima Universidad se remiraba en su dechado, el rey Don Felipe II escogió á To-

ribio en 1575 para Inquisidor de Granada. Oficio tan espinoso supo ejercerlo con aplauso general, pues sabía optar por la misericordia, siempre que la justicia y bien común no se lo vedaban. Después de atender á las obligaciones de su cargo y horas de estudio que él se había señalado, para su mayor acierto, pasaba á los hospitales á holgarse con los enfermos, sirviéndolos, consolándolos y socorriéndolos con copiosas limosnas. El atento Monarca, oídas algunas quejas, hizo visitar el santo Tribunal, haciendo residenciar á sus ministros: todos fueron tachados, menos el justo Toribio, en quien no se halló delito, culpa ni sospecha alguna.

El tan rico como turbulento Perú carecía entonces de un santo y prudente Pastor; pues su anciano como virtuoso Arzobispo, Fr. Jerónimo de Loaysa, de la Orden de Santo Domingo, que mereció el renombre de «Padre de los pobres indios,» había bajado al sepulcro, coronado de méritos, en 1575. Apremiaba el tiempo, por eso el avisado Monarca se hallaba perplejo: harto sabía que el modo más eficaz para regir acertadamente á un pueblo, era proporcionarle autoridades dignas y capaces de hacer reinar la paz y justicia, que llevan consigo la dulce felicidad. Todo empeño fué rechazado; la turba pestilencial de palaciegos, pretendientes, intrigantes y simoniacos enmudeció, y después de profunda como rectísima indagación, la real mirada se clavó en el virtuoso é irreprochable Inquisidor de Granada.

Nadie sospechaba tal elección, pues ni subdiácono era, por eso todos se maravillaron; mas al saber sus relevantes prendas lo aplaudieron y al ver el mérito premiado y sacado del olvido se regocijaron. Sólo Toribio se afligió, y sólo entonces acudió á sus poderosos amigos, para rogarles encarecidamente se apiadasen de él y lo librasen de tan pesada carga; pero todos sus ruegos y alegatos se estrellaron contra la firmeza de la autoridad. Para calmar su humildad conmovida, sus amigos le hicieron entender, que al promoverlo á tan alta dignidad era con el único fin de proporcionarle ocasión de merecer; ya que la Archidiócesis era inmensa y fragosísima, su clero muy escaso, la relajación de costumbres en armonía con las lejanas conquistas y encarnizadas guerras civiles; neófitos vacilantes en la fe, porque la oían anunciar, pero no practicar; numerosísimos infieles que atraer con dulzura y perseverancia al gremio de la Iglesia, y aventureros atrevidos y más feroces que los mismos salvajes. Ante cua-

dro tan pavoroso y la orden superior, Toribio inclinó su frente dispuesto á padecer por Dios y á propagar su reino.

Su Santidad Gregorio XIII lo preconizó en 1578; el Arzobispo de Granada, Don Juan Mendoza y Salvatierra, le confirió las órdenes eclesiásticas y sagradas; el año del Señor 1580 pasó á Sevilla donde le consagró su Arzobispo, Don Cristóbal de Rojas y Sandoval, con la asistencia de dos obispos y la nobleza sevillana.

Abandonó para siempre á su muy amada patria, á su queridísima hermana, Sor María, religiosa dominica, floreciente en olor de santidad, y á su anciana madre, Doña Ana de Robledo, viuda de Don Luis Alfonso de Mogrovejo; embarcándose el mismo año, en San Lucas de Barrameda, en la armada que mandaba Marcos de Aramburu. Tomó puerto en Nombre de Dios y atravesando el istmo de Panamá, salvó la vida milagrosamente, en un mal paso del río Chagres, cuando unos caimanes lo iban á devorar.

Desembarcó en Payta, puerto de su archidiócesis, distante más de doscientas leguas de la capital; atravesó los desiertos y arenales que forman la mayor parte del Perú, y á 24 de Mayo de 1581, entró en Lima, á pie, siendo recibido con gran regocijo, pues la fama de su santidad ya lo había precedido.

A la edad de cuarenta y tres años tomó el gobierno de su iglesia, no sólo para regirla y gobernarla, sino también para ser vivo ejemplo de todas las virtudes cristianas. Principió por concertar su casa, trabajó por infundir en sus familiares el espíritu de Cristo, sin consentir en ellos ni el mínimo abuso; por eso les repitía frecuentemente: «Reventar antes que cometer un pecado venial». Siempre en la presencia de Dios y siempre fija su ánima en Cristo crucificado, fuente de vida y de toda perfección, fué vigilantísimo sobre sí y sobre los suyos, no desperdiciando ni un sólo instante de su prelación; de ahí que hasta de su sueño fuera muy avaro, tomándolo sobre el rudo suelo y repitiendo con frecuencia: «No es nuestro el tiempo, es muy breve, y á Dios hemos de dar estrecha cuenta».

Fiel observante del Tridentino, que sabía casi de memoria, celebró trece sinodos diocesanos y tres concilios provinciales; el primero de éstos en 1583; el segundo en 1591; el tercero en 1601 y convocó el cuarto que no pudo presidir, porque lo arrebató la muerte. A dichos concilios provinciales citó á los obispos de su

Archidiócesis, la mayor del orbe, como fueron los de Nicaragua, Panamá, Popayán, Quito, Cuzco, Charcas (hoy Sucre), Santiago de Chile, La Imperial (hoy Concepción), Tucumán y Rio de la Plata ó Paraguay. Todos estos concilios fueron aprobados y confirmados por la Santa Sede, y el primero fué también ley civil y obligatorio para las provincias de Méjico, Bogotá, y el Brasil, incorporado por Felipe II á la corona española: en una palabra, los concilios de Toribio sirvieron de luz y norte al vasto imperio descubierto por Cristóbal Colón.

En vista de los grandes peligros, que por aquel entonces reinaban en la mar, S. S. Gregorio XIII concedió á nuestro Arzobispo el poder visitar, por procurador, la iglesia de los Santos Apóstoles en Roma, lo que cumplió religiosamente. Por los años de 1598 fenecían sus licencias, y escribiendo á S. S. Clemente VIII le decía: «si S. S. no me concediera las licencias que solicito, ni cadenas ni grillos no fueran bastantes, para impedirme la prosecución de tan largo viaje, rompiendo por todas las dificultades que hubiera, como tan observante que soy de los mandatos apostólicos.»

El año 1591 fundó en Lima el Seminario Conciliar, con hartas contrariedades de su clero y amargos vejámenes del virrey, Don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete. Tiene Lima la gloria de haber visto fundar el primer Seminario en América, como también la primera Universidad. Fué fundada ésta en 1553 por el Provincial de los PP. Dominicos, Fr. Tomás de San Martín, en el convento del Santísimo Rosario, y elevada en 1571 á la dignidad de Universidad Pontificia, por S. S. San Pío V, el mismo año de la memorable victoria de Lepanto.

Tanto fué su desvelo por el bienestar temporal de su rebaño, en toda su Archidiócesis, que hasta puentes y caminos hizo construir y mandó imprimir varios libros y folletos, para que en las escuelas tuviesen sana lectura; también animaba á los indios, á fin de que mudasen sus inmundas chozas, por casas cómodas y alñadas.

Como vamos de corrida, sólo indicaremos las obras que hizo en Lima: además del Seminario, levantó asilo para las esposas de Jesucristo, edificando la iglesia y monasterio de Santa Clara, dotándolo liberalmente; alejó del peligro á las divorciadas, fabricando para ellas hospicio apropiado; para los sacerdotes ancianos, pobres, desvalidos y enfermos construyó especial hos-

pital, bajo la advocación de la Cátedra de San Pedro, hoy Recogidas; erigió la parroquia de San Marcelo en 1584, la de San Lázaro en 1604, el monasterio de las Descalzas franciscanas en 1603, dedicándolo al Patriarca y Señor San José, y en su catedral, capilla suntuosa á N. S. de Copacabana.

Siguiendo el catecismo de San Pío V, ordenó otro mayor y menor en castellano, quichua y aymará, declarándolos obligatorios para la Archidiócesis y sufragáneas: dichos catecismos impresos en 1584 fueron los primeros libros que vieron la luz pública en Sud América. El Emmo. Cardenal Aguirre, Arzobispo de Toledo, en su famosa obra sobre los Concilios Españoles, alaba el catecismo de Santo Toribio, diciendo que gozaba de gran fama: prueba de ello, que se hicieron varias ediciones en España y Roma. También ordenó en dichas lenguas un Sermonario, Confesionario, Instrucción para Visitadores, Arancel eclesiástico, etc.

En cumplimiento de sus obligaciones pastorales anduvo seis mil leguas, internándose por espesos y salvajes bosques; trepando por caminos fragosísimos; atravesando caudalosos ríos, á la par que impetuosos como el Marañón; caminando por abrasados arenales y y trasmontando altísimas cumbres, cubiertas de perpetua nieve y muchas veces careciendo de calzado, cama y sustento. Así es como pudo penetrar en lugares desconocidos, por ir en busca de sus necesitadas ovejas, sin dejar albergue humilde, estancia pobre, ó casería miserable que no visitase, instruyese y confirmase, con peligro de su vida innumerables veces, rodando por despeñaderos é inconcebibles precipicios y salvándose milagrosamente.

Por tres veces visitó su dilatadísima Archidiócesis, con trabajos y penurias mil, empleando fuera de Lima más de doce años en tan penosa obra. Sabido está, que la actual Archidiócesis es apenas la cuarta parte de la que rigió Toribio, pues de ella han salido las grandísimas diócesis de Trujillo, Chachapoyas y Huánaco íntegras, y parte de las de Huamanga y Arequipa; sólo así se podrá estimar cuánto sufriría en esas trabajosísimas excursiones pastorales, ya que hoy mismo conocemos varios pueblos que desde Santo Toribio no han sido visitados, por los malos caminos que hay que andar.

Confirmó á más de *un millón* de almás; entre ellas, durante su segunda visita pastoral en 1597, á la Patro-

na del Nuevo Mundo, á la que, por inspiración divina, impuso al confirmarla, en el pueblo mineral de Quiví, de la cordillera de Canta, el deleitoso nombre de Rosa como apuntamos más arriba (1).

Fué nuestro Santo de carácter apacible y felicísima memoria: alto, enjuto, aguileño, ancha frente, barba partida, de gentil donaire y tostado de tez, por sus muchas correrías apostólicas; su presencia, varonil y cariñosa á la vez que majestuosa: suavísimo para todos y sólo para sí severo y riguroso; con los pobres piadosísimo y apacible con los ricos, pero severo é intransigente con los soberbios y escandalosos.

Con afabilidad recibía diariamente en audiencia al pobre como al rico; nunca se vió doblez en su ánimo, y sus palabras eran el eco fidelísimo de su corazón; por eso jamás dió crédito á cuentos ni chismes, no consintiendo que en su presencia se mofaran de nadie, ni de nadie maldijeran. Nunca se desdenó de entender personalmente en los oficios de su cargo, por penosos que fuesen; contra su clero no admitía delaciones, sino por escrito y conforme á derecho. Su traje exterior y menaje eran los que exigía su dignidad, de que fué muy celoso; pero á la raíz de sus carnes llevaba continuamente un ancho cilicio de garabatos de hierro, que le causaban harto dolor; y sus espaldas molidas y hechas una viva llaga, por las sangrientas disciplinas que se daba.

No visitó mujeres ni monjas, ni habló á ninguna sin que estuviesen presentes algunos veedores, y de noche bajo ningún pretexto. Visitas de pasatiempo no hacía, y empleaba sus horas desocupadas leyendo Derecho canónico, en el que era muy versado: murió virgen y así juraron sus confesores y catorce testigos después de su muerte.

Grande y perpetua fué su penitencia y mortificación, su ayuno continuo, sin que nadie pudiera conseguir que un solo día comiese fuera de su casa, aunque lo solicitaran virreyes y prelados; pero al sentarse á la mesa, su mayor satisfacción era verse rodeado de pobres, y más si eran indios, á quienes repartía las viandas con sus propias manos, y muchas veces sin probarlas siquiera; también acaecía que los pobres convidados, no satisfechos con lo que contenían los platos,

(1) Podemos también asegurar que el B. Martín de Porres fué confirmado por nuestro Santo.

se hurtaban éstos, viéndolos de plata labrada; los pa-
jes irritados castigaban á los robadores; cuando los co-
gían *in fraganti*, pero el santo bondadoso los excusa-
ba ó perdonaba.

Era devotísimo de los misterios del Redentor y en
particular de su Pasión sacratísima y del Sacramento
del altar: por eso diariamente celebraba la santa misa,
y entonces fulguraba su rostro: lo mismo acaecía quan-
do lavaba los pies á los pobrecitos. Fué puntualísimo
y atento en recitar el oficio divino, que muchas veces
salmodió con los ángeles en armonioso concierto y dul-
císima armonía.

A las afligidas ánimas del Purgatorio mostró tier-
nísima devoción; todos los días les rezaba su oficio y
fundó en sufragio de ellas las cofradías que pudo.

Su ardiente y filial amor á la inmaculada Madre de
Dios nació en su cuna, acompañándolo hasta su postrer
aliento; desde su muy temprana edad le rezaba su ofi-
cio parvo y santo Rosario sin faltar un solo día; y en
honor de tan excelentísima Señora ayunaba los sábados
á pan y agua. «A las Letanias Peruanas, compues-
tas en alabanza de la Santísima Virgen y aprobadas
por S. S. Paulo V, incorporó entre las glorias que se
cantan á esta Señora la de su inmunidad de la culpa
original, enseñándonos á decirle: «Por tu concepción
inmaculada, líbranos, Señora, de todo mal y peca-
do (1)».

En un lugar inmediato á Lima, llamado el Cercado
y poblado de naturales, había una ermita donde se ve-
neraba la efigie de N. S. de Copacabana, advocación del
Rosario en ésta y del que era devotísimo. Un día, ama-
neció destechada y se entendió que malvados aventu-
reros habían cometido tal desacato, en odio á los in-
dios; supolo el Santo que santamente se indignó, pues
no sabía pactar con la iniquidad, y más tratándose de
salir á la defensa del oprimido. Mandó, pues, hacer las
debidas inquisiciones, para que por justicia fuesen
castigados los delincuentes; ordenó que en todos los
templos se hiciesen rogativas ante el Santísimo ex-
puesto, pidiendo á nuestro Señor volviere por su hon-
ra; además comunicó á su Provisor que del Cercado
trajese á la Catedral la efigie de Copacabana en solem-

(1) Informe del Rmo. Arzobispo de Lima Sr. Luna Pizarro, en contesta-
ción á S. S. Pío IX pidiéndole el testimonio sobre la tradición de la iglesia
Limeña, para la declaración del dogma de la inmaculada Concepción.

ne procesión. Horrorizada la católica Metrópoli por tan
inaudito atentado, acudió presurosa á la voz de su Pas-
tor; pero al llegar la romería á la plaza mayor, he aquí
que la imagen de María y su divino Infante, como en
señal de clemencia, y ya aplacados, empezaron á su-
dar, con tanta copia, que en cuatro horas que duró el
portento, á vista de todos, el mismo Santo llenó dos
cálices de tan celestial rocío, sirviendo de eficazísimo
remedio para curar toda clase de enfermedades y dol-
encias. Entre los agraciados, hubo un marino holan-
dés protestante, hecho prisionero por la escuadra es-
pañola en Magallanes, el cual estando tullido se hizo
llevar, para cerciorarse del hecho, ó burlarse de los
crédulos; mas viendo que otros sanaban, exclamó ante
la efigie: «Si eres verdadera Madre de Dios, sáname y
creeré.» Al instante se levantó de su camilla sano y
bueno, abjuró la herejía, se hizo católico y pidió con
instancias al Santo Arzobispo que lo pusiese de Sacris-
tán de la Virgen: así lo obtuvo, y permaneció fiel hasta
su muerte. De hecho tan asombroso, ordenó el Metro-
politano un proceso jurídico, para perpetua memoria.
Autentizado el milagro, en que las oraciones del Santo
tuvieron tanta parte, fué colocada Nuestra Señora de
Copacabana en la Catedral, donde le labró suntuosa
capilla; fundando en ella cofradía de sólo indios, y te-
niéndola por tan propia, que mientras vivió, allí oraba
frecuentemente, allí celebraba diariamente, confirma-
ba y ordenaba. Pero como después de su muerte, se
quisiese ensanchar el templo y fuese necesario aquel
sitio, se erigió nueva iglesia en el barrio de San Lázaro,
donde se trasladó la Virgen con mucha solemnidad,
conservándose hasta nuestros días la memoria del ve-
nerable Prelado.

Muy mucho tuvo que padecer por dar cumplimiento
á los Sagrados Cánones y por su rendida obediencia al
Santo Padre; por eso le acusaron al rey quien le mandó
decir estar sentido y algo enojado contra él; pero no
por eso se turbó el Santo, ni amainó sus procedimien-
tos, y con santa libertad contestó: «que él era fiel cris-
tiano, y obediente en primer lugar á los mandatos
Apostólicos; y que aunque fuese martirizado (que
ojalá se viese en ello) había de hacer lo que le ordena-
se el Pontífice; y que el Rey era mal informado, por-
que lo que pedía, hacía repugnancia al Estado Ecle-
siástico.»

Acaeció otra vez que los émulos de nuestro Santo,

entre ellos el Virrey D. García Hurtado de Mendoza, denunciaron al Soberano de cómo el Arzobispo avisaba algunas cosas al Papa en perjuicio del real Patronato. El receloso Monarca despachó al Virrey, Marqués de Cañete, una cédula real á 29 de Marzo de 1593, ordenándole que en presencia de la Real Audiencia y de sus ministros, llamasen al Arzobispo y le leyesen el contenido, terminando así: «Y de su respuesta y demostraciones que hiciere, me avisaréis.—Yo el Rey.»

El vengativo Marqués hervía de gusto al ver llegada la oportunidad de humillar al Primado, que tantas veces había contenido sus invasiones sacrílegas, so pretexto de real Patronato. Al efecto, hizo congregarse en su palacio la asamblea de los magnates, y sobre gradas y bajo regio dosel, asentóse en su tribunal para dar cumplimiento á la real orden. Cuando todo estuvo preparado, con el mayor concurso y solemnidad posible, hizo llamar al Santo: éste, firme en su derecho y puesto su corazón en Dios, entró donairoso en la sala de audiencia; llegó hasta la presencia del Virrey, saludándole cortésmente, como también á los magistrados allí presentes; impertérrito miró á su alrededor, pero notando que adrede no se le había preparado asiento, á fin de tenerlo de pie, como á reo, salió muy tranquilo de la sala, y en la cámara inmediata cojió un taburete, lo arrastró hasta colocarlo debajo del dosel, diciendo al Virrey: «A bien que somos del Consejo de su Majestad, Sr. Marqués, y como ambos cabemos bajo el mismo dosel, nos sentaremos para escuchar la real cédula.» Y se sentó sereno.

El Virrey bufó de enojo, rechinó los dientes, de cólera centellaron sus ojos, se inmutó, no pudiendo disimular su ira, pero al fin tuvo que resignarse, puesto que no le podía negar su derecho; y en verdad que el Metropolitano era miembro del Real Consejo y además Protector General de los Indios, en representación del mismo Felipe II, por cédula real expedida en Lisboa. Terminada la lectura, á la que nuestro Santo atendió con mucha calma, contestó: «Enojado estaba nuestro rey, sea por el amor de Dios.» Minuciosamente fué informado el Monarca y entendiéndose que se las había con un justo, que sólo quería cumplir con las obligaciones de su cargo, le escribió cartas muy satisfactorias y de reprensión á sus émulo.

De la inmunidad y libertad de la Iglesia fué acérrimo defensor y constante en sostener la disciplina ecle-

siástica. A la defensa de la patria, amenazada por los piratas, acudió con su haber, sin consentir en el despojo del Santuario, siendo su lenguaje ordinario: «Hágase el deber, y sea Dios servido.»

Para rechazar todo empeño y poder administrar recta justicia, como para evitar todo juicio temerario, no admitía regalos; no sólo de los Virreyes y españoles, pero ni aun de los naturales, y escribiendo á Su Santidad Urbano VIII decía: «En las confirmaciones que he hecho en las visitas, no he aplicado ninguna cosa para mí, ni llevado nada á los Indios que he confirmado; no he consentido que me ofrezcan candela, ni plata, ni traigan vendas, sino de mi hacienda se han puesto las candelas y vendas; que todo ello me valiera mucha cantidad en razón de tanto número de Indios, como se echa de ver, y se da á entender; deseando que todos los naturales tengan mucho contentamiento, y no entiendan se les lleva algo por la administración de los Santos Sacramentos.»

Repartía sus rentas entre los templos desamparados, hospitales y pobres vergonzantes á quienes llamaba «mis acreedores»; varias veces no quedándole más que dar, se desnudó de la camisa; y andando por la frigidísima cordillera se despojó de su único manto, para cubrir á una misera india. En la relación que hizo al Santo Padre, diez años antes de morir, según lo mandado por el Tridentino, le decía: «Hasta la fecha llevo repartidos 143.344 pesos 4 reales, sin contar con otras limosnas secretas.»

Contra abusos inveterados protegió á los indios desvalidos, sus hijos predilectos, é hizo cuanto pudo en provecho de ellos; por eso aprendió el quinchua á fin de ser oído y escuchar sus quejas; todos los domingos y días festivos predicaba á indios y españoles, en su propia lengua; así, y con su celo y ejemplo pudo reducir á más cristiana vida á muchos más católicos; y al gremio de la Santa Iglesia, á innumerables infieles. Como prueba del amor que profesó Toribio á los indios, oigamos lo que dice un testigo del proceso de su beatificación: «después de muerto Toribio, faltó el pasto espiritual á sus ovejas, y fueron los indios en tanta disminución, que no había ya la cuarta parte.»

No ignorando nuestro ínclito Prelado, cuánto importa instruir á los niños en la sana doctrina, cimientó de su futura dicha, se dedicó personalmente á enseñar el Catecismo, afianzando con su ejemplo lo que tenía

ordenado á sus párrocos, por sus concilios y sínodos. Los domingos, después del medio día, bajaba de su palacio, y encaminándose hacia el arrabal de San Lázaro, albergue entonces de la gente desvalida, iba por su tránsito recogiendo y convidando á seguirlo á los muchachos y vagos. A cada paso crecía el abigarrado y bullicioso enjambre, atraído por la voz, dulzura y dádivas de tan amoroso Padre, hasta entrar en la iglesia, donde los adoctrinaba con gran provecho, regocijo y edificación de la feliz Ciudad de los Reyes. Verdaderamente que si asombraba el contemplarlo presidir, lleno de majestad y sabiduría, á sus sufragáneos, convocados por él á concilio desde Nicaragua y Panamá, hasta el Río de la Plata ó Paraguay y circundado por el Virrey con la Real Audiencia, pasmaba cuando se le escuchaba enseñando y preguntando el Catecismo á los chicuelos de la humilde plebe, compuesta de indiecitos, negritos, blanquitos, zambitos, mestecitos y huérfanitos; alumbrando sus inteligencias, y calentando, como madre amorosa, sus tiernos corazones con la luz de la verdad. ¿Y quién es éste que así catequiza? Es nada menos que el Primado de Sud América; es el insigne doctor de Salamanca y Coímbra; es el alumno predilecto de los consultores y antorchas del Santo Concilio de Trento; es el prudente y austero Inquisidor, ante cuyo cejo enmudecen los grandes de España, y el estimado compañero de estudios de los consejeros de Castilla, que á la sazón regían los destinos del más poderoso imperio: tal fué el Sumo Sacerdote Toribio.

Obtuvo el dón de lenguas, de éxtasis, de profecía y de milagros; pero como escribimos de vuelo, espigaremos de los muchos que hizo, uno que otro no más. La Sagrada Congregación, sólo comprobó detenidamente quince de los que hizo en vida y otros tantos de los acaecidos después de su muerte, por ser pruebas, más que suficientes, para declarar su heroica santidad.

En el monasterio de la Encarnación de Lima, de las canónigas de San Agustín, consagraba Toribio al Reverendísimo Arzobispo de Méjico, D. Alfonso Fernández de Borjilla. Fué tal el gentío y tal la apretura, que murió sofocada una parvulita. La consternación de la muchedumbre fué grande, y mayor el dolor de la pobre madre; fuera ésta de sí, pero guiada por su fe, rompe por entre el concurso con su hijita difunta entre los brazos, dirijese hacia el altar mayor, y allí, enmudecida, deposita á los pies del Santo el fruto de sus entra-

ñas. Toribio se conturba, mezcla lágrimas con lágrimas, la consuela, aviva su esperanza, se arrodilla, ora extático, se levanta, é imponiendo sus benditas manos sobre el angelito, la resucita y sana y festiva la retorna á la angustiada madre, que se creía despertar de una larga pesadilla.

Sabedores los habitantes de Macate, que su Santo Arzobispo venía á visitarlos, salieron á su encuentro, y al llegar á su presencia se postraron ante él reverentes, y con gran quebranto y clamoreo le dijeron: no tenemos agua, ni para nosotros, ni para nuestros ganados, y nos vemos obligados á dejar para siempre la tierra que nos vió nacer: Padre Santo, ten piedad de tus hijos. El Santo, hondamente conmovido, acudió á la oración, hizo levantar un altar en el sitio en que se hallaba, ofreció el Santo Sacrificio de la Misa, con aquel fervor que él solía, y terminado, hirió con su báculo la peña inmediata; al instante brotó de ella á borbollones agua fresca y abundante. La gente estupefacta y rebosando de gozo y alegría, prorrumpió en gritos de alabanza, bendiciendo á Dios Omnipotente por haber mandado á su pueblo un nuevo Moisés. El manantial que Toribio hizo brotar en Macate, sigue hasta hoy pregonando su virtud.

Para nosotros el mayor de sus prodigios, fué el haber florecido bajo su cayado pastoral Rosa de Santa María, Patrona de las Américas todas, Indias y Filipinas; San Francisco Solano, norma y dechado de los misioneros del Nuevo Mundo; los Beatos Juan Masías y Martín de Lima, asombro de humildad é ilimitada caridad, ambos de la Orden de Santo Domingo, con otros muchos Venerables de uno y otro sexo. En verdad, parece que tantos Bienaventurados, resplandecientes con sus heroicas virtudes, se citaron en Lima para cortejar y realzar la gloria de tan preclaro Arzobispo; entonces sí que rebosó el Perú en virtudes y riquezas mil, y con noble jactancia podemos decir que el siglo de Toribio, es el siglo de oro de la Iglesia en todo el Nuevo Mundo.

Años antes de morir, profetizó Toribio su dichosa muerte, señalando el lugar, el día y hasta la hora. Con serenidad la vió llegar, y como no tenía más anhelo que la gloria de Dios y el exacto cumplimiento de su cargo, emprendió animoso su tercera y última visita Pastoral. En Pacasmayo (distante 133 leguas de la capital, le acometió la fiebre mortal, no obstante prosi-

guió resuelto en su tarea apostólica; en Guadalete arrojó el mal, y en vano la afligida Comunidad Agustiniense lo quiso detener: como ciervo sediento vencía las penalidades del camino, anheloso por saciarse en la fuente de vida eterna, pues ya presentía el cumplimiento de su jaculatoria predilecta: «Deseo ser desatado de esta carne, para unirme con Cristo.» Visitó de paso las aldeas de Chérrepe y Reque, firmando con mano trémula la licencia para la fundación de la Recoleta dominicana en Lima, semillero de santos y doctos misioneros, que tuvo por uno de sus fundadores al príncipe de los poetas épicos castellanos, á Fr. Diego de Hojeda.

Rendido por la fiebre, llega moribundo á Saña el generoso atleta de Cristo, y al comunicársele su próxima partida, exclamó: «*Laetatus sum in his, quae dicta sunt mihi; in domum Domini ibimus...*» «¡Qué nueva tan alegre es ésta que me dan, de que pronto marcharemos á la casa del Señor!» En compañía de sus clérigos, y á pesar de su gravedad, hizo un supremo esfuerzo, para cantar por vez postrera las alabanzas de su Hacedor, rezando con ellos el largo oficio que tocaba, y terminado, se hizo llevar en pobre tarima hasta las puertas de la iglesia parroquial, porque se creía indigno de que todo un Dios Sacramentado lo fuese á visitar; y allí, anegado en lágrimas, y en medio del llanto y sollozos de su afligido como inconsolable pueblo, recibió el Viático para la eternidad.

De regreso á la posada, hizo su protestación de fe varias veces delante del auditorio y de las efigies de San Pedro y San Pablo, declarando que su mayor dicha era el haber vivido como hijo sumiso de la Santa Iglesia Católica; en seguida le ungieron con la última Unción, y movido por el lamentar de los suyos, y volviendo á ellos sus blandísimos ojos, les dijo: «¿Me lloráis porque muero lejos de mi Lima? ¡qué! ¿no murió Cristo Señor fuera de Jerusalén por nos redimir? ¡ánimo, hijitos míos!» Repartió todos sus bienes entre los pobres y templos más necesitados, dejándoles sus alhajas, pontifical, vestuarios, rentas devengadas, su mismo lecho; y viendo que ya no le quedaba más que dar, legó su paternal corazón á las monjas de Santa Clara de Lima; espirando á la edad de 65 años y 25 de gobierno, en Jueves Santo, entre tres y cuatro de la tarde, á 23 de Marzo, año del Señor 1606; mientras un Padre Agustino, por mandato del moribundo, cantaba y toca-

ba en el arpa el salmo: «*In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum.*» «En ti he esperado ¡oh Señor! y por eso no seré confundido eternamente.»

Al espirar el celosísimo Pastor, apareció en el cielo una cruz roja y luminosa, visible hasta muy entrada la noche, no sólo en Saña, sino también en Lima, Arequipa y otros lugares; al verla once religiosas de gran santidad de vida, del monasterio de la Encarnación, anunciaron á la populosa Lima la muerte de su Prelado esclarecido. En esa misma noche la luna, no obstante de ser la de Pascua y hallarse en el plenilunio, se eclipsó desde las ocho hasta las once, proyectando su lóbrega luz sobre la Catedral y palacio primacial únicamente; como si el cielo quisiera acompañar el llanto del misero peruano y pregonar á la vez la gloria excelsa de que Toribio gozaba en las moradas eternas.

Catorce meses después de su muerte, el Cabildo Metropolitano delegó al canónigo Maestro Escuela, D. Mateo González de Paz, para que en compañía de doce sacerdotes trasladara los restos de Saña á Lima. Precediendo las ceremonias y demás requisitos, se reconocieron los despojos mortales y todos se pasmaron al ver el cuerpo entero, incorrupto, fragante, flexible, el rostro hermosísimo, crecida la barba y otras muchas señales extraordinarias; á pesar de que los ornamentos pontificales que tenía puestos estaban verdes por la gran humedad del lugar, como también los hábitos que llevaba de Santo Domingo, San Francisco y San Agustín, con los cuales quiso ser sepultado, en muestra de su gratitud á dichas órdenes religiosas, por lo mucho que le ayudaron en su espinoso apostolado. Debiendo la comitiva, en su marcha para Lima, vadear el caudaloso río Santa, que baja de las dos cordilleras de Huaylas y el más copioso de toda la costa del Perú, se halló perpleja para pasarlo; pues las aguas bramadoras habían crecido muchísimo y desbordado sus riberas. Pero he aquí, que las mulas que cargaban la litera, donde iba el santo cuerpo, se acercaron á la orilla para beber, é instantáneamente las aguas se detuvieron reverentes, para dejar pasar al difunto Taumaturgo y á la muchedumbre que lo acompañaba, atraída por los muchos milagros que hacía. Cuando todos hubieron pasado, sin riesgo alguno, prosiguieron las arrebatadas corrientes caminando su camino.

Virtudes tan eminentes movieron á la Santidad de

Inocencio XI á beatificarlo en 1679 y á Su Santidad Benedicto XIII, de la Orden de Predicadores, á canonizarlo en 1726.

San Carlos Borromeo y Santo Toribio de Mogrovejo nacieron en el mismo año, ambos observaron el Tridentino fidelísimamente y por eso cosecharon ópimos frutos; éstos fueron los dos campeones puestos por Cristo en ambos hemisferios, para enrostrar al Protestantismo su fementida Reforma y demostrar que sólo la Iglesia Católica tiene virtud para regenerar á la humanidad extraviada.

El inmortal Pío IX le tuvo gran devoción y nos la recomendó muy mucho, cuando se dignó visitarnos en nuestro lecho de dolor, después de la batalla de Mantana; por eso, cumplimos con el gratisimo precepto, trazando hoy estas pobres líneas en señal de nuestro amor y gratitud hacia el mayor bienhechor de la raza indígena. También aprobó para Lima la misa y oficio propios de nuestro Santo; el Episcopado de los Estados Unidos, reunido en Concilio Nacional en Baltimore, ha pedido igual privilegio; y hoy, después de habernos dirigido al Episcopado de ambas Américas, desde el estrecho de Magallanes al de Behring, hemos remitido á la Santa Sede, por conducto de su Delegado Apostólico en Lima, las peticiones de los Rmos. Obispos á igual fin. Los Pastores del Nuevo Mundo se han unido hoy para implorar del Sucesor de Pedro se digne extender el culto de su ejemplar Santo Toribio á todo el Continente de Colón, para mejor celebrar el cuarto centenario del fausto descubrimiento.

Su Santidad León XIII, en su rescripto de 29 de Mayo de 1892, accediendo á los votos de los Obispos peticionarios, ha concedido la gracia que solicitaban y dado las órdenes á la Sagrada Congregación de Ritos para que conceda igual privilegio á todo Obispo americano que lo solicite. Alabado sea Dios que así ha coronado nuestras diligencias para propagar la devoción y culto de N. P. Santo Toribio.

6 (Pág. 7) Se cuenta, que admirado el cirujano de la fortaleza de la niña Rosa, se vió obligado á exclamar: *¡Han visto qué valiente la pequeñita!*

7 (Pág. 8) El remedio, á que se hace aquí alusión y de efectos tan contrarios á los que pretendía lograr la

madre de Rosa, es un mineral compuesto de arsénico y azufre, de color de limón, de textura laminar ó fibrosa y brillo craso anacarado, como lo define la Academia. Es venenoso y se emplea en pintura y tintorería.

8 (Pág. 22) A juzgar por la nota que el P. Capellán del Santuario de nuestra virgen, á quien citaremos con alguna frecuencia, puso al *Compendio de la Vida de Santa Rosa*, el hábito que vistió Rosa en esta ocasión para ahuyentar y desterrar todo indicio de vanidad, fué el de Terciaria de N. P. San Francisco. Un tanto aventurada parece lo afirmación, tanto más cuanto que no se debe ni puede usar tal hábito no habiendo ingresado en la Orden Tercera Seráfica, y no consta de nuestra Santa que lo hiciera.

9 (Pág. 32) Algunos autores hacen constar á propósito de los proyectos de casamiento que abrigaba la madre de Rosa respecto de ésta, las palabras que, con este motivo, mediaron entre ambas, de cuya autenticidad no es fácil responder. «Hija mía, dijo á nuestra virgen, María de Oliva, por el amor que siempre te he profesado y por el deseo de verte bien colocada, he procurado tus conveniencias. Bien sabes tú las pocas que tenemos, pues nuestro sustento pende de la labor de tus manos. Yo te veo muchas veces toda afligida y cansada, y que apenas puede tu delicado y tierno cuerpo con el pesado trabajo de una semana, sin grande quebrantamiento. Yo he tratado para ti un gran casamiento que será para ti la felicidad en esta vida y para nosotros el báculo de la ancianidad. El novio es noble y muy rico, es el heredero único de su casa. No despreciemos ocasión semejante, pues difícil será encontrarnos con otra que la aventaje.»

A estas palabras, que oyó Rosa con los ojos bañados en lágrimas, respondió ella con toda humildad: «Mis deseos, señora, han sido siempre entregarme toda á Dios. Son muchos los favores que he recibido de su divina mano en el ejercicio de este santo propósito; éstos han de gobernar mi vocación, porque más hace Dios en llamarme que yo en seguirle. ¿Sería buena correspondencia, sería cordura dejar al Criador por la criatura, á Dios por un hombre por bueno, hermoso y rico que éste sea? ¿Dejar lo eterno por lo que se acaba, lo sin límites por la nada? Esto lo dejo á la con-

»sideración de V. Ese caballero será sin duda alguna
 »muy noble, estará muy rico, cuanto V. quiera; pero
 »por más que fuese rey no me casara, porque la mayor
 »corona de la tierra es barro; y aunque es cosa grande
 »el reinar, preferible es servir ahora para reinar des-
 »pués eternamente. Yo me he de entregar toda á Dios
 »á quien adora mi alma; y primero ha de faltar mi vida
 »que faltar yo á la fe y á la palabra que llevo empeñada,
 »de ser toda suya.»

10 (Pág. 36) Hemos tenido que corregir aquí el texto, porque no á las Descalzas carmelitas, como en él se dice, sino á las Descalzas Franciscanas fué adonde intentó D. Gonzalo que entrara nuestra Rosa. Las primeras llegaron á Lima nueve años después de la muerte de Rosa, mientras que las segundas, fundadas en España y aprobadas por Julio II, llevaban algunos años de existencia en dicha ciudad, en la que se habían hecho célebres por su amor á la observancia.

11 (Pág. 62.) Tanto para dar noticia detallada del hecho á que se refiere el P. Hansen, como por lo deudora que es Lima y aún todo el reino del Perú al celo de San Francisco Solano, llamado con toda propiedad el Apóstol de la América Meridional, copiaremos del *Año Cristiano* algunos datos, relativos á la vida prodigiosa de este esclarecido hijo de N. P. San Francisco de Asís: «Nació este siervo de Dios en Montilla, ciudad de Andalucía, del marquesado de Priego, en el obispado de Córdoba, á 10 de Marzo del año de 1549, dieciseis de Paulo III y treinta y tres del imperio de Carlos V. Fueron sus padres Mateo Sánchez Solano y Ana Jiménez, distinguidos en el país por su piedad. Destinado de Dios para ilustrar con el esplendor de sus virtudes y con la luz de la predicación evangélica una gran parte de la América Meridional, y para ser otro de los muchísimos héroes que ilustran la sagrada Orden de San Francisco de Asís, desde su más tierna edad fué tan modesto que su presencia bastaba para estorbar á los otros jóvenes cualquier acción menos decente. Esmeráronse ciertamente sus padres en darle una educación cristiana; pero como se hallaba asistido con los más especiales auxilios de la divina gracia, que en él parecía obrar más que la naturaleza, costóles poco trabajo conseguir el fruto de sus deseos; su natural dulce, afa-

ble y benéfico, su corazón noble, dócil y generoso, la sublime idea que concibió de Dios, el sumo horror al pecado, con inclinación natural á la virtud, con un afecto muy particular al retiro, la distracción total de las diversiones propias de la niñez, el gusto y complacencia que manifestó desde luego á los ejercicios de piedad, y sobre todo la cordialísima devoción que profesaba á la Santísima Virgen, con cuyo escudo y merced á la modestia, mortificación y fuga de las ocasiones, conservó siempre inviolable la pureza, hicieron conocer á sus padres que en él disponía la divina Providencia uno de aquellos héroes con que en algunos siglos favorece el Señor á su Iglesia.

Aunque nuestro santo tenía grandes talentos y nobles disposiciones para seguir la carrera de las letras, con todo era mayor su inclinación al retiro; pues el deseo de atender únicamente, libre de los impedimentos del mundo, al importante negocio de su salvación eterna, tuvo para él más atractivo que todo. Animado de estos deseos, le inspiró Dios anhelase á la cumbre de la perfección en la soledad del claustro, y siguiendo vocación tan acertada, vistió el hábito de la Regular Observancia Franciscana en el convento de Recolectión de Montilla, su patria, en el año 1569, cuando contaba 20 de edad.

Hizo su solemne profesión con las supuestas preparaciones; y formando empeño en imitar la vida del seráfico Patriarca, salió una copia viva en todo parecida al original.

Recibió el Orden sacerdotal en virtud de un precepto expreso de su superior, bajo el supuesto de su resistencia humilde á tan alta dignidad, confesándose indigno para ella; y celebró el primer sacrificio en el día del seráfico Patriarca con tanta ternura, con tanta devoción y con tantas lágrimas, que dió á conocer á los asistentes el respeto y amor en que se hallaba abrasado su corazón para con aquél Señor que ofrecía al eterno Padre.

Mandó el rey Felipe II á los preladados de la religión de San Francisco que enviasen operarios á las Indias, á fin de ilustrarlas con la luz del Evangelio; y conociendo nuestro santo ser ésta la ocasión favorable para cumplir sus deseos, partió con los misioneros apostólicos á las regiones de América, habiéndose despedido de su buena madre, y de sus hermanos y deudos, y de todos los lugares donde había predicado; exhortándolos de

nuevo al temor de Dios con ardiente espíritu. Embarcóse el año 1589 en la armada en que iba por virrey del Perú el marqués de Cañete Don García Hurtado de Mendoza.

Comenzó su misión, y para hacer que el cielo derramase sus bendiciones sobre una tan difícil empresa, pasaba en oración la mayor parte de la noche, dejándose ver no pocas veces postrado con la boca en tierra, en forma de cruz, pidiendo al Señor auxilio para hacer guerra á los vicios radicados entre los bárbaros.

Hicieronle Vicario y Prefecto del convento de Santa María de los Angeles de Lima, y no cesaron sus ruegos hasta que le exoneró la religión de un empleo tan repugnante á su espíritu, deseoso de santificarse en las humillaciones y de vivir en la clase de súbdito, ocupado en las funciones de su apostólico ministerio. Aplicóse á desempeñarle en la misma ciudad y en los contornos con su acostumbrado celo, ya predicando, ya confesando y ya ejerciendo obras de caridad. Frecuentemente se presentaba en las calles y plazas de Lima con un crucifijo en la mano á declamar contra los vicios; no pocas veces, animado del divino espíritu, entraba en los teatros públicos, y manifestando la misma insignia, movía á todos á un verdadero arrepentimiento. También se empleaba en coloquios privados con las religiosas, en los que encendía el fervor de las esposas de Jesucristo, á que aspirasen á la perfección de su estado. Aunque en estas ocasiones lograba Francisco portentosas conversiones, las que perfeccionaba la divina gracia, que siempre acompañaba á su nerviosa elocuencia, con todo penetrado su corazón del más vivo dolor al ver los pecados escandalosos del pueblo, que provocaba á la justicia divina á los mismos castigos, con que en otro tiempo amenazó á Nínive, impelido de un superior impulso, salió en una ocasión del convento, y presentándose en la plaza mayor con un semblante grave y modesto, predicó con tanto espíritu y tan ardoroso fuego contra los vicios predominantes en la ciudad, alegando en confirmación de su doctrina con propiedad y discreción varias sentencias de la santa Escritura alusivas á la destrucción de los pueblos por sus vicios; que entendidas éstas equivocadamente como profecía de la destrucción de Lima, dado el concepto que se tenía formado de la santidad de Francisco, fué tal la conmoción y terror que causó el sermón en los ciudadanos, que imitando el ejemplo de los ni-

nivitas á la voz de Jonás, convertidos á Dios, hicieron tan asombrosas penitencias para templar su enojo, que la multitud de sacerdotes y religiosos de aquel numeroso pueblo apenas bastaba para oír las confesiones de los pecadores arrepentidos. Fueron tales las penitencias públicas que se hicieron aquella noche y los días siguientes, tal y tan universal la enmienda de las costumbres que obró Dios por este medio en aquella ciudad, que el Obispo de Orense Fr. Juan Venido, que entonces se hallaba en ella, asegura no haber memoria de otra conversión semejante á esta desde la de Nínive. Era entonces Arzobispo de Lima Santo Toribio de Mogrovejo.

En fin, quiso Dios premiar los trabajos de Francisco, y aunque toda su vida fué una cruz y un martirio continuo; con todo para que adquiriese más merecimientos, permitió que dos meses antes de su feliz tránsito sintiese unos dolores muy agudos, acompañados de muy ardiente calentura; bien que en toda la serie de su enfermedad dispuso la divina Providencia con maravilloso prodigio, que se mantuviesen en la ventana de su celda unas avecillas, inseparables de ella por más ruido que hiciesen, las cuales con sus sonoros cánticos recreaban el ánimo de su fiel siervo, que tenía á la vista un crucifijo, á quien daba repetidas gracias porque le afligía en tiempo que no podía con sus propias manos castigarse según su costumbre. Por la vehemencia de los dolores no desistió del ejercicio de la oración que fué siempre el objeto principal de sus esmeros, la cual pudo llamarse habitual, por no ser interrumpida en algún momento; dejándose ver en los últimos días de su vida tan anegado en dulces contemplaciones, que olvidado enteramente de las necesidades del cuerpo, parecía que ya conversaba entre los ángeles; sin permitir en ellos que á su presencia se suscitase otra conversación que de Dios ó se leyese alguna lectura espiritual. Creciendo la enfermedad, dispusieron los médicos que se le administrase el Viático diez días antes de morir, y respondió que era intempestivo y pronto, aunque muy bueno el que recibiese á semejante huésped. Dijo á los religiosos, temerosos de que falleciese de momento en momento por la debilidad de sus fuerzas, que fuesen á descansar, pues no moriría hasta el día de San Buena-ventura, á quien profesó siempre una devoción particularísima; y con efecto en el mismo día, al tiempo de hacer señal la campana para la elevación de la hostia y

cáliz, mirando al crucifijo, puestas las manos en cruz, entre amorosos coloquios, trasportado en un gozo celestial, dió apaciblemente su espíritu al Criador en el día 24 de Julio del año 1610, á los sesenta y uno de su edad, en el pontificado de Paulo V, reinando en España Felipe III.

12 (Pág. 64) Varias eran las cruces de que usaba nuestra Santa para su mortificación y penitencia, como indica el citado capellán del Santuario en su *Sumario*. He aquí lo que dice en sustancia acerca del particular: «Dos de sus Via-sacras ó Via-Crucis que existen dentro del cuartito ó celdita que está en el Santuario, de que se tratará más adelante, la devoción indiscreta las ha menoscabado tanto que ya no tienen cabeza. Otra de madera de alerce de cuatro dedos y medio de largo, tres de ancho, uno de sólido en su frente y medio por el costado, con sesenta y siete agudas púas de hierro en su frente bien fijas, de las que ya faltan tres: es la que traía colgada al pecho por cilicio, y de la que no hacen mención los escritores de su vida; y no obstante es la principal, pues sólo su vista horroriza y confunde nuestra flaqueza. Estaba colocada en un nicho junto á la entrada de la Sacristía del Santuario, y ahora se ha puesto más abajo dentro de un relicario de plata dorada en el nuevo altar del Corazón de Jesús, en el hueco triangular que forma el óvalo al lado de la Epístola. Otra también de madera un poco más delgada que la que llevamos descrita anteriormente. No tenía puntas de hierro. Sería la que tal vez usaba, por orden de su Director, cuando estaba enferma. Se hallaba colocada en el Santuario de abajo en el altar del Señor Crucificado, y ahora se halla colocada en un relicario de plata dorada al otro lado de la antecedente. Otra, por fin, usaba para ahuyentar el sueño. Esta cruz está en el monasterio de Santa Clara.»

13 (Pág. 66) Se han perdido todos los eslabones, menos uno, de la cadena á que se refiere el autor en este lugar. El eslabón que se conserva está en el convento de Santa Rosa.

14 (Pág. 76) Esta corona existe hoy en su Santuario, pero diminuta con sólo una cuarta y tres dedos

escasos en el ámbito en que estuvieron 53 puntas; al presente faltan 21, según los agujeros que acusan estos robos, nacidos de una imprudente devoción. Estaba colocada y sin vista en un nicho junto á la entrada de la Sacristía, y se ha pasado más abajo al nuevo altar del Corazón de Jesús, donde, para que se admire como permanece esmaltada con los vestigios de la sangre de Rosa, se ha colocado en la coronación del cuadro de la Santísima Virgen de Belén. La otra mitad de esta corona está en el monasterio de Santa Catalina.

15 (Pág. 91) Este clavo de que hablamos en el texto existía dentro de una urna de cristal, en un ochaño del arco toral del Santuario al lado de la Sacristía; ahora está colocado en la pilastra del lado del Evangelio del nuevo altar del Corazón de Jesús, que se ha puesto más abajo, frente del Niño conocido con el nombre de *El Mediquito*.

16 (Pág. 97) Las razones que alegó á su madre nuestra Santa para que le permitiese fabricar una celda, conviene á saber: estar más retirada y poder vacar más á Dios, son muy ciertas, y las únicas que podía aducir para que le diera licencia. Pero su Director (que era entonces el R. P. Juan de Lorenzana) y ella sabían la fuerte inspiración que para ello tuvo, y que se encerró en aquella celdita con propósito de llevar vida nueva y tan rigurosa como si antes nada hubiese hecho. He aquí las palabras con que lo depone su Director, tal como se hallan en el *Sumario*, pág. 17: «Cuando Sor Rosa comenzó á habitar en aquella celdita, fueron tan nuevos y extraordinarios los favores y gracias que le hizo el Señor, que parecía que entonces comenzaba á servirle; y le contó la bendita Rosa en aquella ocasión que el Señor le dijo: «¡Ah! Rosa, si hubieses conocido las gracias que te he hecho y el amor que te tengo, de otro modo me lo habrías agradecido.» Con cuyas palabras quedó tan penetrada de ternura y con tantos deseos de hacer vida nueva en el servicio de Dios...» ó como depone el P. Mtro. Pedro de Loaisa, (*Proceso*, folio 362 y *Summar.* pág. 28): «Estas palabras causaron á nuestra Santa tal contrición y arrepentimiento que sus ojos eran dos fuentes de lágrimas, y no podía pensar en otra cosa; de modo que vino á perder el sueño y fué

preciso que su Director calmase aquellos fervores, para que totalmente no perdiese la salud. Para este fin le dió algunos consejos, los cuales la humilde hija cumplió al pie de la letra.»

De otras dos reprensiones ó advertencias hacen mención los biógrafos. El Illmo. P. González de Acuña lo explica así en el cap. XVII de su Vida de la Santa: «La primera fué de su Maestra Santa Catalina de Sena. Imitábala en cuanto alcanzaba nuestra Santa, y parecíale que con sus acciones llenas de imperfección no podía igualarla, dándole esto alguna inquietud; y ministrándole el corazón razones á su deseo pidió á Dios la hiciera como á Santa Catalina en el amor, y que le diese fuerzas para la semejanza. Aparecióle la Santa y con rostro severo la reprendió, diciendo: «Yo soy una criatura que no he servido á Dios como merece ser servido; pedidle os haga como quiere que seáis.»—La segunda fué de su Padre Santo Domingo con ocasión de tentarla el demonio con un hedor intolerable cuando hacia oración. Estaba un día la Santa en este sano ejercicio, y para no divertirse y recoger sus potencias echó mano de unos algodones empapados con agua de olor; usando de este medio delante de un lienzo en que estaba pintada Nuestra Señora y á sus pies su fiel Capellán Santo Domingo. Al hacer ademán de coger los algodones le habló la imagen de su Padre, y le dijo en tono severo: «Muy delicada sois,» Digna advertencia de que en las materias del alma y salud eterna se hila delgado.»

17 (Pág. 99) Realmente era muy estrecha la celdilla de que se habla en este capítulo y en el anterior. He aquí la nota que ha dejado escrita el P. Capellán del Santuario en su *Compendio* otras veces citado, sobre este particular: «No contenta Rosa con un retrete que hizo en la recámara de su madre, superando muchas contradicciones de ésta y con el favor de su divino Esposo y de su Santísima Madre del Rosario, único consuelo en todas sus necesidades, fabricó otro ayudada de un hermano en el platanal de su huerto; con el ámbito de solo cinco pies de largo, cuatro de ancho y seis de alto, en cuya estrechez cabía muy bien con su dulce Esposo; como se lo contestó con donaire á su confesor, que el día de la estrena le dijo por ironía que estaba la celda muy grande. Existe el cuartito ó celdilla al lado del Evangelio, un poco detrás del altar de este su San-

tuario; y lo que más admira es que en un lugar donde la polilla no perdona aun los cedros, se mantenga incorrupto su techo compuesto de carrizos y pedacitos de tablas de sauce tan propenso á la carcoma. En este aposentito se hallan depositadas las cruces de su *Via Sacra*, como asimismo la sillita en que se sentaba para su labor, aunque ya desnuda de todos sus forros, por los hurtos devotos que ha sufrido. También está allí inclusa la puertecita de madera del mismo cuartito, que cuando la aferraron con rejas de plata, la arrancaron por desahogar un poco más la entrada que cubre otra puertecita del mismo aforro; y aunque la llavecita de dicho cuartito que manejaba la Santa estaba colocada en un altar en el Santuario de abajo, ya no existe; porque algún devoto ladrón se la llevó, y para que no se advirtiese el robo, sustituyó otra que he cotejado, y desdice totalmente de su chapa, en tamaño, grueso y guardas, por lo que se ha desechado.»

18 (Pág. 116) El P. Hansen no da los suficientes detalles para conocer en qué estuvo el prodigio de que habla al fin de la página á que nos referimos. Para suplir este defecto copiaremos lo que á este propósito dice uno de los últimos biógrafos de la Santa, el Padre Galella:

«Llegó por fin, dice este fervoroso capuchino, el domingo de Resurrección, y luego que amaneció fué Rosa con su madre á la capilla de Nuestra Señora del Rosario á darle las buenas Pascuas y los plácemes del inefable gozo que tuvo en la Resurrección de su santísimo Hijo. Postróse de rodillas delante de la santa imagen; y con gran fe y devoción, como si estuviera presente la misma que está gozando de gloria inefable en el cielo, le daba gracias por los favores tan singulares que con su valiosa intercesión le había impetrado de su divino Hijo. Luego le pidió con humildad la gracia de que su divino Esposo resucitase espiritualmente en su alma. Y volviendo de nuevo á ratificar la protesta de ser siempre su humilde esclava como se lo había prometido ocho días antes en el desposorio, quiso su divino Amante confirmar con otro prodigio cuán gustoso le había sido el ofrecimiento y encierro del anillo en aquel triduo de la Semana Santa; pues habiéndolo sacado de la urna el sacristán lo entregó á su confesor, quien después de haber celebrado la misa, lo puso en el dedo del corazón de nuestra santa. Esta imposición fué tan ocul-

ta y tan secreta que pasó inadvertida á la madre que estaba de rodillas á su lado, aunque tan diligente en escudriñar las acciones de su hija. Con este nuevo fervor tan conforme con su profunda humildad no cabía en sí de gozo nuestra santa. Con los seráficos incendios que el Señor sacramentado comunicó al anillo el tiempo que lo tuvo junto á sí en el monumento, eran tan notables los que sentía Rosa en su corazón que casi todo el día santo de Pascua la trajo transportada en Dios y casi fuera de este mundo, gozándole en su gloria con raptó admirable.»

«No he merecido tener en mis manos el anillo, dice otro biógrafo ilustre de nuestra virgen, el P. Antonio Lorea. Mostróme una estampa suya el Sr. D. José de Avellaneda, que la trae consigo, hecha según el modelo del de la santa, el cual estuvo en sus manos. El anillo es de oro, y en medio de él empieza diciendo: *Rosa de mi corazón, sé tú mi Esposa*. Donde había de decir corazón, no lo dice; en lugar de la palabra está un corazón, y en él está grabada una cifra así: IHS, y con esmalte dorado. Y leído por cualquier parte hace un laberinto, amoroso. Por una parte suena: *Mi corazón, sé tú mi Esposa, Rosa*. Leído desde el corazón, dice: *Sé tú mi Esposa, Rosa de mi corazón*. Y otros mil modos tiene para leerse, y en cualquiera hace misteriosa armonía, y en ninguno impropiedad; es tan fácil de ver, como de hacerle y grabarle, que se conocerán con facilidad los misterios.»

«Este anillo, según el Capellán del Santuario, estaba sin mayor vista en un nicho junto á la sacristía del Santuario, ensartado en una canilla peroné de la propia santa; y se ha colocado con el anillo al pie de la canilla en el altar del Corazón de Jesús al lado de la Epístola, dentro de la vidriera, que en ochavo hace costado al soberano cuadro de la Santísima Virgen de Belén. Al otro lado, para que haga simetría, está colocada la otra canilla peroné de la misma santa, con una rosquita de su pelo al pie. Así el anillo como el resalto que le sirve de piedra es de oro, en cuya circunferencia se lee grabado: *Rosa de mi corazón, sé mi Esposa*.»

19 (Pág. 121) Porque sospechamos será muy grato á los devotos de Rosa conocer la clase de oración á que se refiere el texto, ponemos á continuación las ciento cincuenta jaculatories de que se servía esta vir-

gen para ensalzar los atributos divinos. Son como sigue:

1.ª DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios espíritu, Dios simple, Dios inmortal, Dios perfecto, Dios infinito, Dios independiente, Dios de entendimiento infinito, Dios indeficiente, Dios altísimo, Dios amabilísimo.

Gloria Patri, etc.

2.ª DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios inmenso, Dios inmutable, Dios eterno, Dios invisible, Dios incomprendible, Dios inefable, Dios sabio, Dios glorioso, Dios Santo.

Gloria Patri, etc.

3.ª DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios uno, Dios verdadero, Dios de la verdad, Dios fiel, Dios bueno, Dios hermoso, Dios gran Señor, Dios vivo, Dios que ilumina.

Gloria Patri etc.

4.ª DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios que revela las cosas profundas, Dios celoso, Dios de la justicia, Dios que habla lo justo, Dios recto, Dios vengador, Dios terrible, Dios fuerte, Dios magnífico, Dios de los ejércitos.

Gloria Patri, etc.

5.ª DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios pacífico, Dios de longanimidad, Dios piadoso, Dios afable, Dios liberal, Dios paciente, Dios benigno, Dios manso.

Gloria Patri, etc.

6.ª DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios inenarrable, Dios dulce, Dios incomparable, Dios puro, Dios grande, Dios excelso, Dios sublime, Dios rico, Dios Salvador, Dios sin igual.

Gloria Patri, etc.

7.ª DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios criador de todas las cosas,

Dios conservador, Dios provisor, Dios gobernador, Dios guarda y defensor, Dios legislador, Dios glorificador, Dios rey de los siglos, Dios que habita en luz inaccesible.

Gloria Patri, etc.

8.ª DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios de eterna majestad, Dios bienaventurado, Dios bienaventuranza de todos, Dios padre de los huérfanos, Dios que oye las súplicas, Dios confortador de los pusilánimes, Dios protector nuestro, Dios en quien vivimos, Dios que habita en los cielos, Dios que mira á los humildes.

Gloria Patri, etc.

9.ª DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios Padre, Dios Ingénito, Dios principio de la deidad, Dios de quien todo tiene ser, Dios vida de quien te conoce, Dios muy laudable, Dios muy misericordioso, Dios castigador de las iniquidades de los padres en los hijos, Dios conocedor de los secretos del corazón, Dios que estás sentado sobre los querubines.

Gloria Patri, etc.

10.ª DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios hijo, Dios unigénito del Padre, Dios sabiduría del Padre, Dios Verbo divino, Dios imagen del Padre, Dios esplendor de su gloria, Dios candor de la luz eterna, Dios por quien todo tiene ser, Dios rey de reyes, Dios principio y fin de todo.

Gloria Patri, etc.

11.ª DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios y hombre verdadero, Dios Jesús, Dios hijo de la Virgen, Dios cordero inmaculado, Dios Pastor bueno, Dios vid verdadera, Dios semilla del Señor, Dios puerta del cielo, Dios vida del cielo, Dios vida nuestra,

Gloria Patri, etc.

12.ª DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios expectación de los siglos, Dios principio de la paz, Dios piedra angular, Dios juez

de vivos y muertos, Dios Adonay, Dios raíz de Jesé, Dios llave de David, Dios oriente del mundo, Dios artífice de todos.

Gloria Patri, etc.

13.ª DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios redentor nuestro, Dios admirable, Dios consejero, Dios Padre del siglo futuro, Dios dominador en Israel, Dios que estás á la diestra del Padre, Dios pan vivo, Dios pan de los ángeles, Dios pan verdadero del cielo, Dios viático de peregrinos.

Gloria Patri, etc.

14.ª DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios Espíritu Santo, Dios que procede del Padre y del Hijo, Dios dón de Dios Altísimo, Dios en quien todos se santifican, Dios fuego y caridad, Dios unción espiritual, Dios dulce huésped del alma, Dios dulce refrigerio, Dios consuelo en el llanto, Dios templanza en lo ardiente.

Gloria Patri, etc.

15.ª DECENA

¡Oh Dios! que eres: Dios Espíritu paráclito, Dios Espíritu de verdad, Dios ilustrador de las almas, Dios amador de los santos pensamientos, Dios inspirador de los perfectos, Dios doctor de los Apóstoles, Dios confortador de los mártires, Dios purificador de las vírgenes, Dios trompeta de los predicadores, Dios maestro de todos los santos.

Gloria Patri, etc.

Sednos propicio y perdonadnos, Señor.
Sednos propicio y escuchadnos, Señor.
De todo mal, libradnos, Señor.
De todo pecado, libradnos, Señor.
De las ilusiones y tentaciones del demonio, libradnos, Señor.

Por la inmensa bondad por la que quisisteis que os conociésemos: te rogamos que nos oigas.

Por la infinita caridad con que nos disteis á tu unigénito Hijo: te rogamos que nos oigas.

Por la intercesión de la Inmaculada Virgen María y de tus santos: te rogamos que nos oigas.

Los pecadores: te rogamos...

Dignaos concedernos una verdadera contrición y perdón de los pecados; te rogamos que nos oigas.

Dignaos infundir en nuestras almas tus virtudes; te rogamos que nos oigas.

Rige y conserva á nuestro Sumo Pontífice; te rogamos que nos oigas.

Conserva á los príncipes eclesiásticos y seculares; te rogamos...

Destruye todas las heregías y supersticiones; te rogamos...

Concede á los fieles difuntos descanso sempiterno; te rogamos...

Dios trino y uno: perdonadnos, Señor.

Dios trino y uno: escuchadnos, Señor.

Dios trino y uno: tened misericordia de nosotros.

V. Bendigamos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

R. Alabémosle y ensalzémosle por los siglos de los siglos.

Amén.

20 (Pág. 138.) Para que puedan hacerse cargo debidamente nuestros lectores del crédito que merece el maduro examen del Dr. Castillo y del R. P. Mtro. Fr. Juan de Lorenzana, diremos algo de ellos, especialmente del primero.

Diversas son las opiniones respecto á si el Dr. Castillo ingresó ó no en la Orden de Santo Domingo. Sostiene la afirmativa el P. Meléndez, apoyado principalmente en el testimonio del Illmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Pedro de Ortega y Sotomayor, testigo de mayor excepción; por lo mismo que le conoció tan á fondo y vivió muchos años en Lima; y sobre tado en las Actas de un Capítulo Provincial. Lo niegan otros sin más fundamento que el no afirmarlo el Illmo. González de Acuña, Procurador en la causa de la Beatificación y Canonización de Santa Rosa, quien no lo hubiera llamado, si fuera tan cierto, como supone el P. Meléndez. También hacen caso omiso de esta circunstancia de la vida del Dr. Castillo el *Sumario* y la *Vida de Santa Rosa* impresos en Roma, respectivamente, en 1665 y 1671. Creemos más fundada la primera opinión.

Sea lo que fuere, he aquí lo que á propósito de dicho Dr. Castillo dice el P. Meléndez en sus *Verdaderos Tesoros de Indias*:

«El Venerable hermano Fr. Juan del Castillo es

el mismo que con el nombre del Doctor Castillo hemos nombrado en la maravillosa vida de la gloriosísima virgen Santa Rosa de Santa María en el libro 2.º de nuestro 2.º tomo, capítulo 31. Allí dijimos como este siervo de Dios fué médico de profesión, celebrado y aplaudido por aquella su facultad, en la grande Universidad de Lima; y que supo aprovecharse tanto de lo sutil y delgado de su ingenio para aplicarlo á mayores lucimientos de la altísima medicina con que se curan las almas de los achaques nocivos de los vicios y malas inclinaciones, que entregándose todo á la oración y á la Teología Mística se hizo tan consumado en esta santísima facultad, que si antes con los aforismos de Hipócrates y Galeno curaba los más graves achaques y enfermedades del cuerpo, ahora con los de la sagrada Escritura y de los santos Padres de la Iglesia, meditados y contemplados en el continuo ejercicio de su oración, que es la verdadera escuela de materias tan sagradas, curaba los más graves achaques y dolencias del espíritu. Trujo siempre tan bien concertada su vida con los santos ejercicios de oración, abstinencia, humildad y mortificación que era ejemplo de toda la ciudad, que admiraba en un seglar virtudes tan admirables, que pasmaran en el más observante Religioso y en el más retirado anacoreta. Tuvo don de discreción de espíritus, y por mandato de sus confesores, que lo fueron los hombres más doctos y prudentes de la ciudad de Lima, escribió un libro de revelaciones que había tenido, que viéndolo nuestro Arzobispo de Mira, hombre de singular erudición y doctrina de nuestra religión y varón de muchos siglos, le pareció digna joya de presentarse al Pontífice Romano, Padre Universal de la Iglesia; y así se lo remitió á la Santidad del Papa Urbano VIII, de feliz recordación, que le estimó y agradeció, reconociendo en él el poder de las misericordias de Dios y de su gracia, cuando quiere comunicarse á los que le sirven.

«Fué este insigne varón el Caleb de los secretos del espíritu de nuestra Santa Rosa, cuando por orden de nuestros Prelados quisieron examinarle; comprometiéndose en su parecer y voto de lo que descubriese y examinase en la Santa los varones más doctos de la ciudad, á quienes se había encomendado el examen; y después de haber aprobado los caminos admirables por donde Dios llevaba el espíritu dichoso de la santa virgen, se hizo tanto caso en Roma en la Sagrada Con-

gregación de Ritos, para su Beatificación y Canonización del dicho jurado de este varón admirable, que casi fué el todo para aprobar las virtudes de la santa en grado heróico, y la verdad de sus éxtasis y revelaciones. Y después de muerta la gloriosa Santa, se apareció muchas veces á nuestro V. Dr. Juan del Castillo, cercada de luces y resplandores, sembrado el manto de flores y con un ramo de rosas y azucenas en la mano; y llegaron á ser cincuenta las veces que se le mostró la Santa, y conversando con él le descubría altísimos misterios de la gloria. Tanto que en la deposición que hizo en el proceso, sumario de la vida y virtudes de la santa declaró que por espacio de seis meses, que fué nuestro Señor servido de llevar su espíritu á la gloria, siempre vió en ella á la virgen Santa Rosa, y que cesando la frecuencia de estos favores le enviaba la misma Santa un Angel á que le visitase y diese alguna noticia de lo que no pueden comprender en carne mortal los hombres.

»Llegó este venerable varón á una edad muy madura, y adoleciendo de la última enfermedad llegó á tal extremo, que habiéndole desahuciado los médicos y recibido los santos sacramentos y pedido el hábito de nuestra Orden y la profesión, que uno y otro se le concedió, estimando que un hombre de tanto crédito y virtudes quisiese morir fraile de Santo Domingo. Vivió después muchos días sin comer ni beber cosa alguna más que recibiendo todos los días el Santísimo Sacramento del Altar de manos de un religioso que con licencia le decía misa en el mismo aposento en que yacía en su cama. Cosa que á juicio de todos se tuvo por maravilla soberana, así porque el achaque corriendo todos sus términos tenía supeditada á la naturaleza; como porque cuando en ésta hubieran quedado fuerzas para conservar la vida de nuestro enfermo, uno y otro no podían suceder naturalmente, faltándole por tantos días, que fueron más de veinte, totalmente el alimento. En este tiempo estuvo siempre en su juicio, hablando y discurrendo de Dios y de la vida del alma maravillosas sentencias; con singular edificación de los religiosos y otras personas que le asistían, hasta que entre actos fervorosos de amor de Dios y esperanzas de su salvación rindió el alma y fué sepultado con grande aclamación de todo el pueblo en nuestro Capítulo á los pies de Santa Rosa.

»El Illmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Pedro de Ortega y Soto-

mayor, Prebendado que fué de nuestro metropolitano de Lima, Catedrático de Prima de Sagrada Teología por oposición en nuestra Real Universidad, y obispo después de las iglesias de Trujillo, Arequipa y el Cuzco, escribió la vida de este gran siervo de Dios; pero por diligencias que hice no la he podido haber á las manos para ingerirla en la Historia, contentándome con lo poco que se ha dicho, entretanto Dios se sirve descubrir lo demás. Las palabras con que las Actas del Capítulo Provincial de que hemos hablado celebran su dichoso tránsito, son las siguientes: «Murió en Lima Fray Juan del Castillo, que en el último vale de su vida por el ardentísimo amor que siempre tuvo á nuestra sagrada Orden recibió su santo hábito y profesó en él; fué varón de feliz recordación, aclamado del pueblo por hombre santo, y singularmente dado al ejercicio de la oración.»

21 (Pág. 139.) De lo que dice en algunos lugares de su obra y especialmente en éste el P. Hansen sobre el confesor más ordinario de Santa Rosa de Lima, que lo fué el P. Fr. Juan de Lorenzana, se puede colegir, en parte, el mérito de este gran siervo de Dios. Para prueba de sus virtudes y del acierto con que dirigió á las almas por el camino del bien, basta saber la solicitud con que acudían á su confesonario, en busca de luces y consuelos celestiales, las personas ansiosas de los adelantos en el camino de la perfección cristiana. Aunque no hubiera contado entre sus hijos espirituales más que á la Patrona del Nuevo Mundo, había de sobra para calcular los tesoros de gracia que en él debió depositar el Señor.

Por lo que se refiere á su suficiencia literaria, que corría parejas con los dones sobrenaturales de que se hallaba adornado, sépase que, después de haberse formado en el famoso convento de San Esteban de Salamanca, plantel fecundísimo de santos y de sabios, y pasado al Nuevo Mundo, ayudó á la fundación de la Universidad del Perú, que se estableció en el convento máximo del Rosario; en la que fué catedrático de Prima, y uno de los que más la ilustraron con su saber. Desempeñó en la Provincia de San Juan Bautista del Perú los cargos más honoríficos é importantes, lo que prueba el buen concepto en que todos le tenían, y la altísima estimación que se había granjeado por sus prendas y merecimientos.

22 (Pág. 157.) No están acordes los autores en las circunstancias del prodigio que en esta página se refiere. Nos parece más verídica la relación del P. Hansen, en atención á que estando Rosa en el huerto no es fácil tuviera á la mano el crucifijo de que hablan los que sostienen que sucedió el hecho como ellos le cuentan. He aquí las palabras del Capellán del Santuario, en la nota xvi, pág. 89 de su Compendio de la Vida de Santa Rosa:

«Una noche que Rosa estaba con una fatiga mortal de debilidad, no habiendo recurso humano ni queriendo ella buscarlo por no privarse de comulgar, pues eran las doce de la noche, mereció que un crucifijo le diese á beber de su soberano costado, con lo que quedó enteramente fortalecida; y es el mismo (según una constante y antigua tradición) que estaba en el altar del sitio de su nacimiento, y al presente está colocado en un nicho al lado del Evangelio, en el presbiterio de este santuario, conocido desde tiempo inmemorial con el nombre del Señor de los favores.»

23 (Pág. 165.) Al siguiente día de sucedido el prodigio de que aquí se da cuenta, la virgen Santa Rosa escribió á Doña María de Usategui la carta siguiente, que se conserva en el Santuario de Lima:

«Jesucristo sea glorificado:—Madre de mi alma y señora; la Divina Majestad se ha servido comunicarme su divino Esposo, para que yo acierte á hacer lo que su Majestad manda, que yo de mi parte haré todo lo que en mi fuere. Pida Vmd., madre, al Señor oiga mis pobres oraciones y las de Vuestra Merced, y en las de mi Señor Padre me encomiendo, cuyas manos, todos juntos, con las de estos angelitos, mi Madre y yo, millares de veces besamos; y todas las personas de esta su casa pedimos á nuestro Señor pague á Vmd. con premio de gloria la limosna de anoche que cierto llegó á tiempo de muy apretada necesidad.

«Nuestro Señor me guarde á Vmd. como yo deseo; esclava de la Virgen y Jesús María y sierva de Vmd.—
«Rosa de Santa María.»

24 (Pág. 168.) A continuación de este prodigio, y no después del que se refiere sucedido con el demonio en casa del contador, como dicen algunos, es donde

debe ponerse la *nota* del Capellán del Santuario, referente al mismo. La razón es muy obvia. En casa de Rosa y no en la del contador es donde se conservaba el limón que destruyó el demonio en su vergonzosa huida. La *nota* es como sigue:

«Vencido el demonio, huyó furioso, introduciéndose por entre un limoncito que Rosa cultivaba en su huerto, dejando su tronco hueco y quemado de arriba á bajo, pero siempre verde y fructífero; aunque nada de esto dicen los escritores de su Vida; y verdaderamente pasaba á todos, y me pasmó á mí ahora pocos años que lo alcancé fructificando, no obstante su ruina, como se ve su tronco que existe, pero ya partido en dos trozos y arrancado de su centro por algún mentecato que no supo conservarlo radicado, aunque estuviera árido. Se han colocada los dos trozos en un nicho cuadrilongo con puerta embutido en la pared de un corto espacio del huerto que ha quedado para memoria.»

25 (Pág. 214) Tanto el P. Hansen, como su traductor el P. Parra; aquél por no haber comprendido acaso el sentido de las palabras del Proceso, que se formó y escribió en español, para la Beatificación de Santa Rosa, y éste por seguir literalmente al primero, han incurrido en un pequeño error al narrar el hecho de que aquí se trata.

No fué tan sólo la Madre de Dios, como en el texto se indica, la que daba señales de alegría, oyendo ponderar los prodigios que se contaban de la imagen de Atocha; también las daba el Niño que aquella Señora tenía en sus brazos. Casualmente á esta última circunstancia se debió el que el divino Infante adquiriera la postura que conserva hoy en el cuadro conocido con el nombre de *Cuadro de la Virgen de Belén*, el que se conserva en el que se llama Santuario de Arriba, bajo del óvalo en el nuevo altar del Corazón de Jesús.

Creemos, pues, más autorizada la narración que del hecho en cuestión trae el Capellán del Santuario en la nota xvi, página 89; por lo mismo que había visto multitud de veces el cuadro de que se trata.

La relación á que aludimos es como sigue: «Mientras V. refería, dijo Rosa á D.^a María de Usategui, los milagros y portentos de la ausente imagen de la Virgen de Atocha, esta que tenemos presente daba señales de singular alegría y el divino Niño que tiene en los bra-

zos y que estaba mamando y dormido soltó el pecho y volvió el rostro á oír las alabanzas y excelencias de su Madre. Durante la interrupción el divino Niño volvió á tomar el pecho; por lo que Rosa instó que siguiese hablando de la Señora para gozar la repetición de dicha maravilla, caso que se verificó.»

26 (Pág. 206) La devoción y confianza de los limeños hacia la Virgen del Rosario, de que aquí se hace mención, no ha menguado desde Santa Rosa á nosotros, apesar de las vicisitudes por las que ha atravesado Lima. Desde las cinco de la mañana, hora en que se abre el templo, hasta las nueve de la noche en que se cierra, siempre se hallan devotos implorando sus favores; de media en media hora se reza el Rosario en común por la hermandad fundada por el que suscribe, cuando fué mayordomo de la Santa, para cumplir los deseos de S. S. León XIII; los sábados es inmenso el concurso, especialmente de mujeres; el novenario y mes del Rosario son suntuosos y concurridos.

El altar del Rosario hace frente á la nave izquierda del templo, el altar de las reliquias de Santa Rosa á la nave derecha, ambos altares son como los ojos del vasto templo que miran piadosos las necesidades de sus hijos.

La urna de las reliquias está colocada en la antigua capilla de San Jerónimo, edificada por D. Jerónimo de Aliaga, uno de los compañeros de Francisco Pizarro; esta capilla fué donde Santa Rosa se ofreció como víctima por la salvación de su patria cuando la invasión holandesa; al pie de las reliquias se admira la bella estatua de mármol de Santa Rosa, regalada por Su Santidad Clemente IX. Un buen cuadro del Ticiano representando á San Jerónimo ornaba la parte superior del altar; un caballero ecuatoriano se llevó el original, dejando una mala copia.

Hablando con propiedad, toda la iglesia de Santo Domingo de Lima se puede llamar, por antonomasia, el gran relicario de Santa Rosa: allí oía misa, allí se confesaba, allí comulgaba y regaba el suelo con abrazadas lágrimas, allí hacía sus fervientes súplicas y tenía sus regalos inefables: Martín de Porres y Rosa de Lima han embalsamado ese templo con sus virtudes, dejándonos ejemplos de vida santísima.

La capilla, hoy del Calvario, inmediata á la Sacristía, fué la del desposorio de Rosa con el Niño Jesús, en Do-

mingo de Ramos. En el lado del Evangelio de la misma hay una efigie de Santa Rosa con el Niño Dios en una mano y en la diestra una palma bendita. Todos los años, después de la bendición de las palmas, el diácono la pone en la mano una nueva, para remediar el olvido pasado. En el sitio del desposorio donde Rosa estuvo arrodillada, hay una plancha de bronce que dice:

«ROSA DE MI CORAZÓN
YO TE QUIERO POR ESPOSA.»
«VE AQUÍ ESTA ESCLAVA TUYA ¡OH REY DE ETERNA
MAJESTAD! TUYA SOY Y TUYA SERÉ.»

Hablando con verdad, el altar de las reliquias de Santa Rosa en Santo Domingo no corresponde á la piedad de la opulenta Lima. Ciertamente cuando el general Sanmartín vino á libertar á Lima con sus argentinos y chilenos, libertó á la Patrona del Nuevo Mundo de más de 3.875 marcos de plata con que estaba chapeado el altar. De la iglesia de Santo Domingo se sacaron para libertar la patria tres carretadas de plata, según lo refirió un Padre de esa época.

Durante la última guerra con Chile, al declararse la dictadura también se sacaron de las iglesias las prendas de valor que aún quedaban como reliquias de las riquezas y piedad de nuestros mayores, con pretexto de comprar armamento. Terminó la guerra del Perú, como era de esperar; sin que nadie viese ni una lancha ni un fusil comprados con dicha plata. Ninguno, pues, que sepamos, ha prosperado con los despojos sacrilegos; lo que sí sabemos por experiencia es la miseria que sucede á los despojos, como acontece hoy con nosotros.

27 (Pág. 241) Tanto los de Lima como los del Callao atribuyeron á las fervientes oraciones de Rosa haberse visto libres de la invasión calvinista, de que se habla en este hecho prodigioso, con la muerte repentina del almirante, que mandaba la escuadra holandesa. Esta es la causa de que los peruanos pinten á su Patrona con un ancla en la mano.

28 (Pág. 259) Este hospital es el de Santa Ana, fundado por Fr. Jerónimo de Loaisa, del Orden de Predicadores, primer Arzobispo de Lima, quien dotó con 16.000 pesos anuales. En el crucero del vasto hospital

se conservaba hace poco la cobacha, que vimos con nuestros propios ojos, del caritativo Arzobispo de los Reyes. Allí descansaba tan preclaro Prelado después de barrer y asear la habitación de sus amados enfermos, comiendo la misma comida que ellos y no teniendo más ropa de cama que aquella que usaban sus enfermos. Parece que testigo tan elocuente de la caridad del primer Metropolitano de la América del Sur, era una pesadilla para los filántropos socios de la beneficencia de Lima; por eso la han quitado junto con su sombrero pastoral.

En el dicho hospital de Santa Ana se conserva aún en el primer patio, entrando por la plaza de Santa Ana, á mano derecha, la capilla en que la virgen Rosa hacía oración antes y después de asistir á los enfermos.

La enfermería de Rosa era un cuarto con ventana de reja á la calle, que quedaba entrando á mano derecha por la antigua calle de Santo Domingo. Allí tenía Santa Rosa un niño Dios en pie y bendiciendo con la diestra, escultura de media vara de alto. A éste llamaba el doctorcito; con éste consultaba antes de administrar los remedios á sus queridos enfermos. Dicha reliquia se conserva aún en Santa Rosa de los Padres, segundo altar á mano derecha.

En el plano para la nueva basílica va marcado el sitio que ocupaba la enfermería y los lugares más notables de la casa paterna.

29 (Pág. 290) Doña Lucía Guerra de la Daga, fundadora del convento de Santa Catalina, fué esposa de D. Antonio Pérez de Mondeja. Su hermana D.^a Clara Guerra de la Daga, doncella de 18 años, y el Licenciado D. Juan Robles, Presbítero y Mayordomo de la Santa Iglesia Catedral de Lima, ayudaron á dicha señora en la fundación del convento. Entre los tres dieron 312.743 pesos y dos reales para la fábrica y rentas del monasterio de Santa Catalina de Sena, predichos por Santa Rosa. Con el tiempo se acrecentó y aumentó la primera fábrica hasta adquirir la extensión y grandeza que hoy tiene.

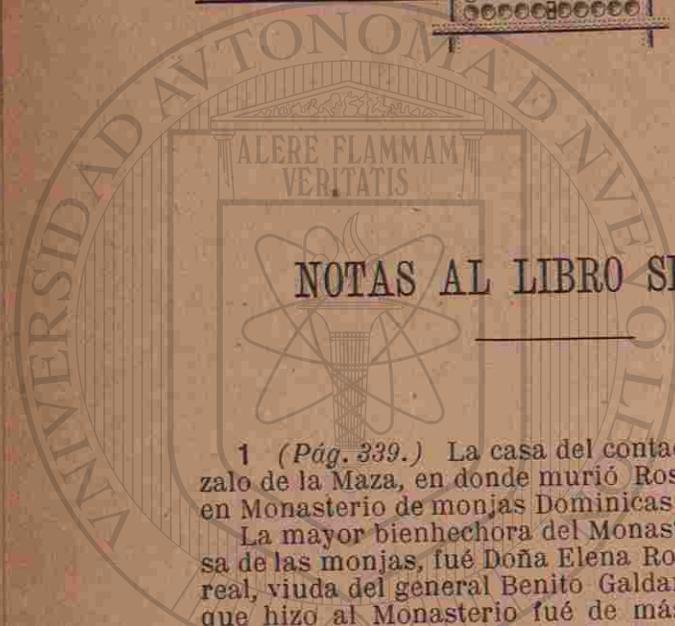
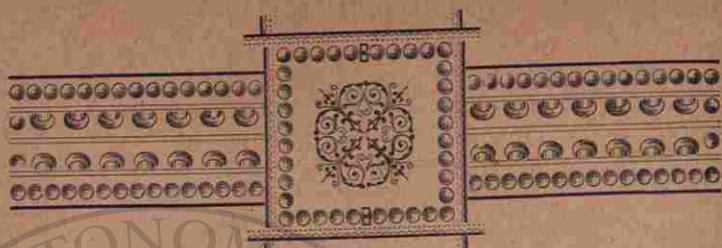
30 (Pág. 332) La fe de muerte de Santa Rosa existe en la parroquia de San Sebastián en Lima. Se encuentra en el Libro de Funerales que comenzó el año de 1606 y finalizó en 1648 y es la siguiente: «En 24 de

Agosto de 1617 se enterró en Santo Domingo Rosa de Santa María, hija de Gaspar de Flores y María de la Oliva; tuvo en gran veneración de santidad en vida y en muerte; bautizóse en esta Santa Iglesia día de Pascua de Espíritu Santo el 25 de Mayo de 1586.»

De aquí se colige que está equivocado el P. Hansen en el número de años que da á Santa Rosa de Lima. No fueron por consiguiente treinta y dos y cinco meses los que nuestra Santa vivió sobre la tierra, sino treinta y uno, cuatro meses y cuatro días. Los PP. Bolandistas en el *Acta Sanctorum* siguen también esta opinión, que es la única segura, dado que es la que encuentra apoyo en los documentos pontificios que se expidieron con motivo de la Beatificación y Canonización de la Patrona del Nuevo Mundo y la que siguen todos los historiadores, menos los que han copiado al P. Hansen. Creemos que el error de éste historiador se debe á una inadvertencia ó descuido en el cálculo que hizo para averiguar el número de años de nuestra Santa.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NOTAS AL LIBRO SEGUNDO

1 (Pág. 339.) La casa del contador real Don Gonzalo de la Maza, en donde murió Rosa, fué convertida en Monasterio de monjas Dominicas por el año 1708.

La mayor bienhechora del Monasterio de Santa Rosa de las monjas, fué Doña Elena Rodríguez de Cortereal, viuda del general Benito Galdamos. La donación que hizo al Monasterio fué de más de 130.000 pesos fuertes, valor de dos grandes haciendas de labranza y dos casas, como consta en su testamento, hecho á 23 de Agosto de 1695.

El número de monjas de velo blanco es de treinta y tres. Estuvo bajo la protección de los reyes de España; y los Sumos Pontífices Benedicto XIV, Clemente XII y Pío VI lo enriquecieron con muchas gracias y privilegios. La iglesia del Monasterio es de una sola nave bastante espaciosa y bien construída.

Dentro del Monasterio, detrás del altar mayor del templo, se conserva el cuarto donde murió Rosa á los 31 años, 3 meses y 25 días de peregrinación por este valle de lágrimas; dicho sitio sirve de oratorio á las religiosas y mide once varas de largo por siete de ancho. Entrando á mano izquierda se ve en la esquina un catre de madera, cubierto por una vidriera; los ladrillos que pisaron por vez postrera los virginales pies de Rosa se conservan aún; al pie hay una lápida que dice:

«Desde este lugar dichoso
Partió con vuelo ligero
Triunfante pura y hermosa
La que fué limeña Rosa.
El 24 de Agosto de 1617.»

En dicho oratorio se conservan, en una urna de cristal, un trozo de hueso de uno de los hombros de la santa, una muela entera, un clavo de una de las coronas con que se ceñía la cabeza, un eslabón de la cadena con que ceñía sus lomos, de pulgada y media de largo por una de ancho, y una gran cruz de dos varas y tres cuartas de largo y el travesaño de una vara y dos tercias, con dos clavos en los brazos.

Esta es la cruz en que se colgaba la santa para vencer el sueño y hacer oración.

También conserva el Monasterio dos cartas originales de Rosa á Doña María Usateguí: la una casi borrada consérvase en un marco de plata, y la otra, más borrada aún, en marco de plata dorado.

2 (Pág. 450) Ya fuera por propia iniciativa y espontánea devoción, lo que es más de creer, ó ya por lo que mandaba la Reina: «Y la casa en que vivió la Santa, que es pequeña, donde está el jardín en que los árboles se inclinaban á alabar á Dios con ella, y tuvo continua familiaridad con el Niño Jesús, con su Madre Santísima, el Patriarca Santo Domingo y otros Santos, la tome la ciudad ó la vendan á la Religión, mayormente cuando en esa tierra sólo es conocida por su nombre; hareis que se ponga con la veneración y decencia que se debe para edificación y amaestramiento de sus propios conciudadanos; se hicieron en seguida diligencias para adquirir la casa de la Santa, que poseía el Dr. D. Andrés Villela, Caballero de la Orden de Santiago, del Consejo de Su Majestad y Oidor jubilado de la Real Audiencia de Lima, por haberla comprado en 5.725 pesos. De ella hizo donación dicho señor á la Orden de Predicadores con la condición de que dijese á su intención cuatro misas cantadas en el Convento del Rosario en los cuatro días que señaló al efecto, y una rezada á las doce los días festivos, en la casa de Santa Rosa para la vecindad que no pudiese oír las de otras horas.

Esta casa, que según dijimos en el cap. I del libro 1.º, se hallaba situada en la calle que va desde Santo Do-

mingo al Hospital del Espíritu Santo; fué lo que es hoy el Santuario de Santa Rosa y parte del claustro. Así lo afirma el P. Capellán del Santuario en la nota I de su Compendio impreso en París. Además añade en el propio lugar: «El lugar de su nacimiento fué donde estaba antes colocado en un retablo viejo el crucifijo de que se tratará en la nota XVI, y al presente se halla ocupado con un retablo dorado, donde está colocada una efigie de la Santa, y debajo de la mesa el ataúd en que estuvo guardado su cadáver hasta su Beatificación, enfrente de la entrada que hay de la portería para dicho Santuario.»

Vamos á trasladar á nuestras páginas la descripción que nos hizo el R. P. Fr. Antonio de Lorea Navarro en su *Vida de Santa Rosa de Santa María*; dice así: «La puerta principal tiene por guarda una cadena, y sobre el frontispicio sube el campanario, que como pirámide hace punta en lo alto y remata en una cruz. Al entrar, lo primero que se pisa es el zaguán ó vestíbulo que consta de 18 pies de ancho y 24 de largo; ciérrale un antepecho con cuatro almenas en que remata por cada parte, sirviendo dos de ellas de peanas á dos cruces, las cuales dejan claro en medio y dan paso á lo interior de la casa. Entrase en el patio que es de 32 pies, y volviendo el rostro á la puerta de la calle tiene á la mano derecha una capilla que se formó de dos piezas que eran vivienda de los padres de la Santa; tiene 45 pies de largo y 21 de ancho con su Coro pequeño levantado del suelo vara y media, y hace frente al altar en que está una imagen de la Santa hecha de bulto, teniendo la Sacristia y las reliquias al lado de la Epístola. En el lado del Evangelio hay un arco abierto por donde se va á la capilla de Nuestra Señora del Rosario, que es la pieza donde nació tan dichosa Rosa, y señalada la distancia corre dos varas y tres cuartas del altar á la puerta de la capilla pequeña que se sigue. Esta hace correspondencia á una ventana de vara y media de hueco, y vara y tres cuartas de alto, en que Santa Rosa se sentaba á hacer labor.

«En el altar de esta capilla hay un lienzo de dos tercias, retrató suyo, en manifestación de lo que sucedió por aquellos días. Algunas personas aflagidas de aquella ciudad en sus necesidades le llevaban algunos papeles escritos como memoriales, los cuales dejaban en aquel sitio pidiendo á la Santa su intercesión con Dios. Cayó una vela sobre ellos, prendió fuego en el lienzo

y, al llegar al rostro de la Santa, hizo la llama canal por una vidriera que derritió, sin que llegase el fuego al rostro de Rosa. De aquí se entra á otra capilla pequeña de 21 pies de largo y 18 de ancho, en la cual dormía la Santa las pocas horas de su sueño y en que ejercitaba con penitencias su delicado cuerpo. A un lado de la puerta está el hueco en que tenía la pila del agua bendita, y á vara y media el nicho del oratorio en que hay un altar con la milagrosa imagen de Nuestra Señora de la Concepción que fué de la Santa, con la cual imagen sucedió una cosa particular. Háblala hurtado una mujer, luego que murió Rosa; túvola en su poder más de cincuenta años con la decencia que le fué posible; luego que llegó á Lima la noticia de la Beatificación, fué tal el escrúpulo que le causó el retenerla, que luego al punto la restituyó para que se pusiese en su sitio, y la colocaron donde la Santa solía venerarla. En esta capilla, entre la pila del agua bendita y el oratorio, se venera el sitio donde se le apareció Cristo Señor Nuestro, y á dos varas de distancia el lugar de la cruel cama en que se acostaba, donde hay otro altar al que corresponde en la pared frontera un hueco de media vara que le servía de alacena con estampas de su devoción. Cierran el patio dos celdas, que eran antes una salita en que curaba los enfermos. Por la puerta que da luz al Coro se va al segundo patio, y de éste se baja por tres escalones al huerto que es de sesenta pies, y en medio tiene el jardín de cuarenta pies en cuadro.

«A un lado tiene la capilla que sirve para que en ella se pueda venerar la celdilla de cinco pies de largo, cuatro de ancho y tres varas de alto, la cual formó la Santa con sus propias manos, y en ella hizo tantos años de vida solitaria. Está encajada en maderas de cedro, y sobre la puerta en un nicho dorado el retrato de la Santa; y al lado derecho un altar con una imagen de bulto de Santa Rosa, hecha por el célebre escultor Francisco de Flores. Esta capilla que sirve de relicario á esta celda está por dentro adornada con finísimas pinturas y jaspes, á la cual corona una vistosa torre de madera en dos cuerpos pequeños, obra de mucho primor que remata con una cruz de Caravaca de una cuarta de largo. En el primer cuerpo hay una hechura de bronce de un Niño Jesús hermosísimo, y a sus pies una imagen de la Santa. El hueco lleno de pájaros y flores de grandísimo primor, guarnecido con un cerco

de plata. En el segundo una corona de espinas, tres clavos y una lanza tocada á la original que está en Roma, la cual abrió en el santísimo cuerpo de Jesús difunto aquella fuente preciosa por donde corrió la sangre y agua con que se lavaron nuestras culpas. En esta casa, ya iglesia, es donde se ve el concurso de los fieles, llevados de su devoción, que á todas horas la visitan, porque á todas horas hallan remedio á sus males y consuelo á sus aflicciones. Hay en este Santuario doce Religiosos confesores para consuelo de los muchos devotos que acuden á purificar sus conciencias de las manchas de la culpa.»

Mientras se estaba transformando esta santa casa en iglesia, sucedió un raro portento. Al levantar una pared necesaria para la fábrica, tuvieron que apoyar la escalera en una mesa para continuar la obra. Subió por ella el albañil, y al dar el último paso para llegar á la pared, resbaló la escalera, dando él un terrible golpe en la mesa y de ella en el suelo. Un Religioso de la Orden que asistía á la fábrica, movido á piedad por semejante desgracia, pues le creía muerto, levantó los ojos al cielo y dijo á la Santa: «Rosa bendita, no será bien visto que un hombre que está trabajando en vuestra casa haya perdido la vida de un modo tan desgraciado! ¿Para cuándo son vuestras maravillas?» Llegóse al albañil y dijo: «¡Pobre hombre!» y éste se levantó sano y bueno, diciendo: «¿Qué dice, Padre? yo no tengo nada.» Miráronle la cabeza y la hallaron con señal del golpe, pero sin experimentar dolor; por lo que dieron todos mil alabanzas al Señor por tan singular prodigio obrado por intercesión de su amada Esposa. Así Dios pagó los trabajos para honrar á su sierva en aquella casa que había sido mudo testigo de tantas obras virtuosas y tantas maravillas como en ella obrara.

Los Religiosos de Santo Domingo compraron la casa vecina y en ella dispusieron un convento de Religiosos de la Orden para que fuesen fieles custodios de aquel Santuario, rico tesoro de la ciudad de Lima. Poco después fundose en la casa que está enfrente de la iglesia un convento de Beatas de Santo Domingo, para que siempre tuviesen á la vista el modelo que debían imitar, y desde entonces no se vieron por las calles con el hábito de la Orden. Al cabo de algunos años se trasladaron á la casa de D. Gonzalo de la Maza, donde murió la penitente virgen, que hoy se llama *Monasterio de Santa Rosa*.

En el convento á que se refiere el párrafo anterior hubo comunidad de dominicos hasta que el dictador, General Santa Cruz, suprimió las casas de estudio de los religiosos. Estos siguieron, sin embargo, cuidando del Santuario en calidad de capellanes, hasta la última guerra de Chile contra el Perú, época en que fueron arrojados del mismo; á pesar de que había sido edificado con los fondos del convento máximo de Santo Domingo y con los que espontáneamente había dado la piedad de los fieles.

En 1871, siendo Presidente de la República el Coronel D. José Balta, Presidente que más obras hizo en el Perú al tiempo mismo que difundió la instrucción en toda la República y cruzó de vías férreas el territorio; viendo la estrechez del Santuario de la Patrona de las Américas quiso reedificarlo ordenando la demolición del antiguo; pero al año dejó de existir. Su sucesor, D. Manuel Pardo, habló de seguir la obra, sin tocarla, hasta que en 1874, estando el que esto escribe en Arequipa, recibió la triste nueva de que el Santuario de Santa Rosa había sido convertido en cuartel de policía, donde se anidaban gendarmes, mujeres de mala vida y malhechores detenidos; y quejándoseme el celoso Padre Masía, que daba misiones en la gran plaza de Arequipa, me dijo estas memorables palabras:

«¡Oh Zuavo! temo mucho para tu patria, pues esta profanación del Santuario me da la medida de la indiferencia religiosa de Lima. ¡Cómo, el santuario de la virginidad convertido en lupanar! ¡pobre Perú!» Mi contestación fué esta: «No tema, Padre, le respondí yo, aún vive el Zuavo Pontificio. Desde que fui á Roma, en 1862, al ver las Basílicas que los Papas han levantado en honor de nuestros Padres en la fe, hice el propósito de levantar una magnífica á nuestra gloriosa paisana, y Dios mediante, lo cumpliré.»

«Dios bendiga tu fe, hijo mío, repuso el venerable misionero descalzo; pero veo muchas dificultades.»

Efectivamente, las hubo, y no es del caso referir en este lugar los muchos pasos que se dieron para lograr fuera desalquilado el convento de la gente que le ocupaba.

Firmes en el propósito de levantar en honor de la Patrona del Nuevo Mundo un templo digno de Santa tan admirable, entre otros muchos recursos, apelamos al de acudir á Su Santidad Pío IX para que bendijera

la obra. El inmortal Pontífice se dignó aprobar nuestra idea y nos dirigió la carta siguiente:

PIUS PP. IX.

Dilecte fili salutem et apostolicam benedictionem.

Jucundae Nobis fuerunt litterae tuae die 3 Novembris conscriptae, in quibus ea zeli flagrantis et filialis pietatis inditia perspeximus, quae Nobis jam explorata fuerant eo tempore quo pro juribus hujus apostolicae Sedis strenue certavisti. Quod decori Domus Dei studeas et nobile templum in honorem S. Rosae Limaenae moliaris vehementer probamus; dolemus tamen quod temporum difficultatibus impediti, et tanto locorum intervallo dissiti desideris tuis de simulacro ab urbe mittendo satisfacere nequeamus. Interea vero Deum adprecamur ut conatibus tuis propitius faveat, et zelum augeat fidelium regionis istius, quo certent impensius in comparandis honoribus coelesti Patronae suae quae illis gloriae et ornamento fuit, et opem in malis quae deploras erit allatum. Testem denique paternae dilectionis Nostrae apostolicam Benedictionem tibi, et omnibus quos in pio opere socios et adiutores habes peramanter impertimus.

Datum Romae apud Sanctum Petrum die 8 Martii 1876 Pontificatus Nostri anno trigesimo.

PIUS PP. IX.

Dilecto Filio Equiti Josepho Sevilla.

Lima.

Casi un año antes de la fecha de esta carta se había dado principio á la construcción de la Basílica con limosnas que se habían ido recogiendo, merced á las que siguio adelante la obra, la que á estas horas hubiera estado acaso concluída, si la circunstancia de la guerra con Chile no hubiera obligado á suspenderla. Entonces faltaron los recursos y fué necesario cesar de edificar. Confiamos, sin embargo, verla terminada, aunque en plazo acaso relativamente largo, dadas las circunstancias por que atraviesa nuestra república.

Cómo la mayor parte de las reliquias de la Santa Patrona de las Indias se conservan en su Santuario, nos parece éste el lugar más á propósito para hacer mención de lo que hay en él; por más que ya se ha hablado de algunas en las notas anteriores.

Reliquias que se conservan en el Santuario: 1.ª La

carta de Santa Rosa que ya queda copiada.—2.ª Dos canillas de la Santa.—3.ª La mitad de la corona con que se ceñía la cabeza, de tres órdenes de púas en número de 33 cada hilera.—4.ª El clavo de que se colgaba la santa por los cabellos para no dormirse en la oración.—5.ª Dos crucecitas, una de ellas con 33 púas afiladas que llevaba interiormente y que comprimía contra su virginal pecho cuando era tentada.—6.ª El anillo del desposorio.—7.ª Una mata de pelo.—8.ª Dos cruces grandes que cargaba la Santa para hacer penitencia.—9.ª Una silleta á la cual le faltan muchas astillas.—10.ª Las dos tibias enteras de la Santa en relicario de plata.—11.ª El Señor de los favores: crucifijo grande que se menciona en la vida, que la estrechó contra su pecho con su divina diestra, sanándola de un dolor de garganta.—12.ª El mediquito: Niño Dios de que se ha hablado.—13.ª Un buen lienzo de Nuestra Señora de Belén, de la propiedad del Contador de la Maza que se refiere en la vida; es pintura romana. El rostro de esta Virgen es bellissimo, pues el pintor ha sabido darle el candor de la virginidad y la ternura de la maternidad. La cabeza del Niño que lleva en sus brazos es preciosa: de pelo colorado, los ojos vivos y en actitud de dejar el pecho de la dulce Madre para oír sus alabanzas.—14.ª El naranjito de la tentación.—15.ª Ermita de Santa Rosa. Esta ermita se puede llamar con toda propiedad el «Santuario de Santa Rosa», es de ladrillo secado al sol, que en el país se llama adobe, mide 2 metros 45 centímetros de altura, por 2 metros de largo y 1 metro 75 de ancho; la puerta tiene 1 metro de alto, por medio de ancho; la ventanilla 45 centímetros de alto, por 30 de ancho.—16.ª Finalmente se conserva en el Santuario el pozo donde Rosa arrojó la llave que cerraba la cadena que ceñía sus lomos; tiene hoy día 23 metros de profundidad; es una obra de cal y canto muy bien trabajada, que cuenta más de tres siglos; en el verano abunda el agua que proviene de las filtraciones del río Rimac, distante 120 metros. Toda su profundidad se compone de piedra rodada y arena, lo que hace creer que el terreno de Lima é inmediaciones ha sido en tiempos pasados fondo de mar, levantado por algún gran cataclismo; del cual sólo dista dos leguas; y el pozo en la nueva basílica ocupará el centro de la nave mayor.

En el antiguo claustro del convento del Santuario se halla una lápida de bronce que dice:

«Estando rompiendo cimientos para la construcción

»de este claustro, por el año de 1720, al llegar á este dichoso lugar, exhaló tan celestial fragancia á rosas la tierra, que causó general asombro, el que atrajo á muchas personas, entre quienes se hizo pública la maravilla. Examinando el motivo de qué podían provenir estos efluvios, se vino en claro conocimiento de que en aquel sitio fueron enterradas las *secundinas* de Santa Rosa, el día 20 de Abril de 1586, que lo fué el de su feliz nacimiento, habiendo corrido hasta el año de su invención 134 años, queriendo Dios manifestar con tan singular prodigio ser Rosa de su corazón su amada esposa.»

Se conservan también algunas otras reliquias en el convento de Santa Catalina y en la catedral. En Santa Catalina se conservan: un hueso, una flor bordada en tela por la Santa, un coco en que tomaba su desayuno y que está hoy forrado en plata, una mesa grande de uso de la Santa, que su madre llevó al Monasterio, y la mitad de la corona con que ceñía sus sienes la virgen Rosa. Es de plata y tiene algo más de un dedo del grueso de medio real.

En la catedral, al lado de la epístola, dentro de un relicario de plata, existe un hueso como de cuatro dedos de largo, separado de una canilla que comprende el nudo, trasladado de la iglesia de Santo Domingo en 29 de Agosto de 1807.

3 (Pág. 452) Durante este Octavario se trasladó de nuevo el cuerpo de Santa Rosa á la iglesia, de donde se había retirado para dar cumplimiento á la Bula de Urbano VIII, como se dijo en otro lugar. El P. Meléndez, en su *Aclamación*, refiere dicha traslación del modo siguiente:

«Después de la procesión que se hizo por el claustro, que terminó al ponerse el sol, en 21 de Agosto del dicho año de 1669, día tercero de la solemne Octava, se quemaron fuegos artificiales que duraron dos horas; y durante este tiempo, después de despedida la gente y cerradas las puertas de la iglesia, con asistencia de los eclesiásticos, señores Virrey y algunos caballeros de su familia y del M. R. P. Provincial, acompañado del R. P. Prior del convento y de algunos de los M. Reverendos Padres Maestros, se abrió la sepultura de la Santa, que estaba en el capítulo, y se sacaron de ella las Reliquias. Estaban en dos cajones: el exterior inmediato á tierra, breado y clavado con buenos clavos; éste se

rompió, y dividido en pedazos se repartió entre todos los presentes. El interior era también de cedro, forrado de terciopelo liso carmesí con clavazón y cantoneras doradas; y abierto parecieron en él las venerables reliquias de la bienaventurada virgen, que todos veneraron con devoción y lágrimas. Pasáronlas á otro de fina plata que ofreció la Excm. Sra. Condesa Virreina, llevándose en cambio por de más estimación el de madera en que habían estado.»

4 (Pág. 462.) Del contexto de cuanto se dice sobre la Beatificación de Santa Rosa en el convento de Santa Sabina, y de todo lo apuntado hasta esta página, se deduce cuán grande fué la devoción que la profesó el Papa Clemente IX. Este hecho de gloriosa recordación para la Orden Dominicana, para el Perú y para la cristiandad se ha conmemorado levantando en el atrio interior de la iglesia de dicho convento una gran estatua que representa á Rosa en pie levantándose un poco el escapulario, y descansando en medio de rosas el niño Dios en actitud de acariciar á la Santa.

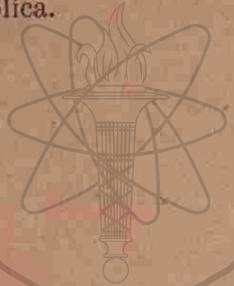
No satisfecho S. S. Clemente IX con haber escrito el nombre de Rosa en el catálogo de los bienaventurados expidió siete Breves en su favor en solos dos años y medio que reinó, lo que quizá no se podrá decir de ningún otro santo. También extendió á todo el clero secular y regular de las Américas el oficio doble compuesto por el Cardenal Bona, uno de los más hermosos del Breviario romano. En 2 de Enero de 1663 hizo fiesta de precepto la de la bienaventurada Rosa, para Lima y el Perú nombrándole por su principal Patrona.

Después de la Beatificación, como se dijo, S. S. Clemente IX regaló una bella estatua de mármol al convento del Rosario de Lima para que fuera colocada cerca de las reliquias de Rosa. El escultor fué Melchor Caffa, de la escuela del famoso escultor Bernini: representa á Rosa en el momento de exhalar el último suspiro: la diestra abandona por vez primera su bendito Rosario, á la cabecera una rosa se inclina sobre su tallo, un querubín la descubre el rostro, extasiado al contemplar santidad y belleza tanta.

Finalmente S. S. Clemente IX dejó al morir un fuerte legado para que se edificase en Pistoya, su tierra natal, una suntuosa capilla en honra de Rosa de Santa María.

5 (Pág. 469) Conviene que se fijen en este Breve los que sostienen que Santa Rosa es tan sólo Patrona del Perú. Léase y reléase y se convencerá el más incrédulo que lo es de todas las Indias, comprendiendo bajo este nombre todas las tierras descubiertas desde Colón hasta nuestros días, que han sido ó son en la actualidad del dominio de España.

6 (Pág. 476) Como se ve, el Papa Clemente X trasladó la fiesta de Santa Rosa del día 26 de Agosto, en que mandó celebrarla su predecesor Clemente IX, al 30, en el que actualmente se la honra en toda la Iglesia católica.



ÍNDICE

	PÁG.
PRÓLOGO.....	v
LIBRO PRIMERO	
CAP. I. Patria, nacimiento é infancia de Rosa.....	1
II. Niñez de Rosa, sus inclinaciones y el voto que hizo de virginidad.....	6
III. Educación de Santa Rosa.....	13
IV. Admirable obediencia de Rosa. Piedad y solicitud con que asistió á sus padres.....	17
V. Llama Dios á Rosa á la imitación de Santa Catalina de Sena. Ella, siguiendo sus pasos, toma el hábito de la Tercera Orden de Santo Domingo..	30
VI. Abiertos los cimientos de una humildad profunda, levanta Rosa en su alma el suntuoso edificio de las demás virtudes.....	41
VII. Abstinencia admirable de Rosa y exceso prodigioso de sus ayunos.....	51
VIII. Doma Rosa el delicado cuerpo con cilicios, disciplinas y cadenas.....	60
IX. Rosa ciñe la cabeza con corona de agudas púas y la fija y asegura en ella.....	70
X. Lecho estrecho, cabecera dura y vigiliias nocturnas de Rosa.....	79
XI. Rosa evita cuanto puede el presentarse en público y se reduce á muy estrecha celda.....	92
XII. Admirable desposorio de Rosa con Jesucristo, siendo madrina la Reina soberana de los ángeles.....	106
XIII. Rosa con el ejercicio continuo de la oración consigue admirable unión con Dios.....	117
XIV. Ejercita Dios rigurosamente á Rosa con visiones aterradoras; le da á gustar las penas horribles de la otra vida.....	128
XV. Sujétase Rosa al examen de hombres doctos para que averigüen y juzguen si su espíritu es de Dios.....	137
XVI. Goza Rosa de trato familiar con Jesucristo, con su Madre y con Santa Catalina de Sena. Delicias y consuelos que la proporcionan estas visitas...	153

5 (Pág. 469) Conviene que se fijen en este Breve los que sostienen que Santa Rosa es tan sólo Patrona del Perú. Léase y reléase y se convencerá el más incrédulo que lo es de todas las Indias, comprendiendo bajo este nombre todas las tierras descubiertas desde Colón hasta nuestros días, que han sido ó son en la actualidad del dominio de España.

6 (Pág. 476) Como se ve, el Papa Clemente X trasladó la fiesta de Santa Rosa del día 26 de Agosto, en que mandó celebrarla su predecesor Clemente IX, al 30, en el que actualmente se la honra en toda la Iglesia católica.



ÍNDICE

	PÁG.
PRÓLOGO.....	v
LIBRO PRIMERO	
CAP. I. Patria, nacimiento é infancia de Rosa.....	1
II. Niñez de Rosa, sus inclinaciones y el voto que hizo de virginidad.....	6
III. Educación de Santa Rosa.....	13
IV. Admirable obediencia de Rosa. Piedad y solicitud con que asistió á sus padres.....	17
V. Llama Dios á Rosa á la imitación de Santa Catalina de Sena. Ella, siguiendo sus pasos, toma el hábito de la Tercera Orden de Santo Domingo..	30
VI. Abiertos los cimientos de una humildad profunda, levanta Rosa en su alma el suntuoso edificio de las demás virtudes.....	41
VII. Abstinencia admirable de Rosa y exceso prodigioso de sus ayunos.....	51
VIII. Doma Rosa el delicado cuerpo con cilicios, disciplinas y cadenas.....	60
IX. Rosa ciñe la cabeza con corona de agudas púas y la fija y asegura en ella.....	70
X. Lecho estrecho, cabecera dura y vigiliias nocturnas de Rosa.....	79
XI. Rosa evita cuanto puede el presentarse en público y se reduce á muy estrecha celda.....	92
XII. Admirable desposorio de Rosa con Jesucristo, siendo madrina la Reina soberana de los ángeles.....	106
XIII. Rosa con el ejercicio continuo de la oración consigue admirable unión con Dios.....	117
XIV. Ejercita Dios rigurosamente á Rosa con visiones aterradoras; le da á gustar las penas horribles de la otra vida.....	128
XV. Sujétase Rosa al examen de hombres doctos para que averigüen y juzguen si su espíritu es de Dios.....	137
XVI. Goza Rosa de trato familiar con Jesucristo, con su Madre y con Santa Catalina de Sena. Delicias y consuelos que la proporcionan estas visitas...	153

XVII.	Goza dichosamente Rosa del trato familiar con su Angel de Guarda. Lucha varias veces con el demonio: queda siempre vencedora.....	163
XVIII.	Rosa oprimida con persecuciones, enfermedades y trabajos, se dispone gloriosamente á ejercitarse con fruto en la escuela de la paciencia.....	175
XIX.	Rosa manifiesta con varias demostraciones el ardor amante que tiene al divino Esposo.....	185
XX.	Para persuadir Rosa á todos con más eficacia el amor de Dios, alcanzó que sudase manifiestamente una imagen de Jesucristo.....	195
XXI.	La imagen de la Reina de los Angeles en la capilla del Santísimo Rosario, muy á menudo consuela, regala y enseña á Rosa.....	205
XXII.	Singular devoción de Rosa á la señal saludable de la cruz. Adornando la imagen de Sta. Catalina de Sena, recibe en retorno favores de la Santa.	217
XXIII.	Devoción de Rosa al Santísimo Sacramento del altar; por él se dispone á padecer valerosamente el martirio.....	228
XXIV.	Celo extremado de Rosa por la salvación de las almas, que estaban en peligro.....	243
XXV.	Rosa, aunque pobre, socorre con largueza á los prójimos con obras de misericordia corporales..	254
XXVI.	La gran confianza que en su Dios tenía Rosa, se manifiesta repetidas veces en los socorros con que aliviaba el cielo sus necesidades y las de sus parientes y amigos.....	264
XXVII.	Tiene Rosa revelación divina de que ha de florecer en Lima un nuevo convento de Santa Catalina, aunque se la oculta el tiempo en que ha de ser fundado.....	277
XXVIII.	Se descubren á Rosa otros muchos sucesos ocultos por revelación divina.....	291
XXIX.	Rosa, sabiendo el día de su muerte por revelación divina, entra esforzadamente en la pelea de la última enfermedad, en la que sale siempre victoriosa.....	309
XXX.	Llega el último trance de la vida de Rosa. Queda dulcemente desmayada y entrega su alma al Criador.....	324

LIBRO SEGUNDO

I. Comienza nuestro Señor á dar á conocer la gloria

	de que gozaba su sierva, la virgen Santa Rosa..	335
II.	Exequias de Rosa y solemne entierro que se la hace.....	340
III.	Mudan de sepulcro á Rosa con autoridad del Ordinario, y trasladan su cuerpo solemnemente....	351
IV.	Rosa después de su fallecimiento aparece gloriosa muchas veces á varias personas.....	359
V.	Desde que murió Rosa se muestra admirable en convertir súbitamente pecadores obstinados y en ablandar la pertinacia de corazones endurecidos.	370
VI.	Al contacto, olor y veneración de las reliquias de Rosa huyen la muerte, los peligros y las enfermedades.....	381
VII.	Las reliquias é imágenes de Rosa de Santa María sanan toda clase de enfermedades.....	402
VIII.	Merecidos elogios con que fué celebrada la virgen Santa Rosa en las instancias de su Beatificación y Canonización.....	419
IX.	Diligencias para la beatificación y canonización de la penitente virgen Rosa de Santa María.....	427
X.	Breve de Clemente IX para la beatificación de Rosa de Santa María y solemnidad con que se celebró.....	436
XI.	Llega á Lima la noticia de la Beatificación de Santa Rosa; pónense en ejecución los decretos de la Reina, y favores que hace el Sumo Pontífice..	449
XII.	Elección de la bienaventurada Rosa en principal Patrona de la ciudad de Lima y reinos del Perú..	459
XIII.	Milagros que se comprueban después de la Beatificación de Rosa de Santa María, los que promueven la Canonización; y Breve del Papa Clemente X declarándola Patrona de todas las Indias.	465
XIV.	Soiemne canonización de la bienaventurada Rosa de Santa María.....	471
XV.	Alegría universal por las canonizaciones referidas en el capítulo anterior. Bula de Clemente X con motivo de la canonización de nuestra Santa.	479
	Conclusión.....	479
	Notas al libro primero.....	491
	Notas al libro segundo.....	532



IOTE